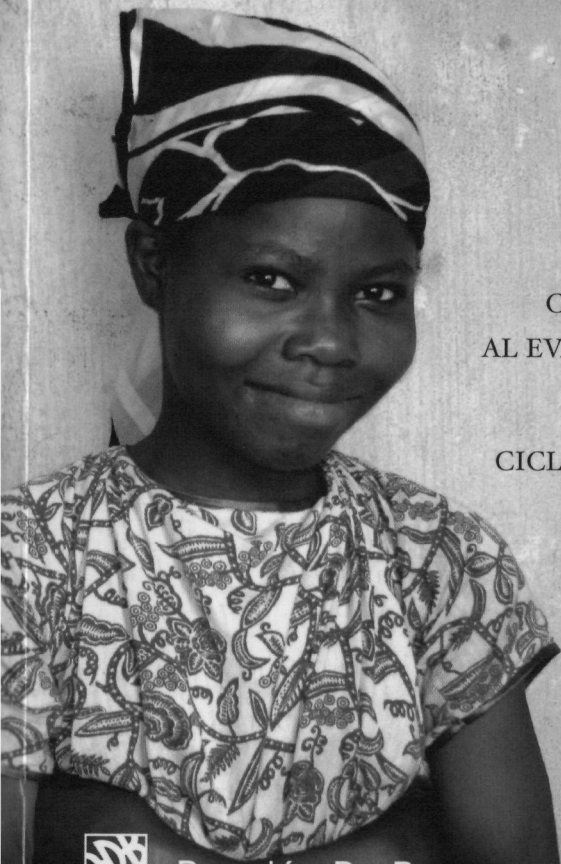


JOSÉ M^a CASTILLO

la religión de Jesús



COMENTARIO
AL EVANGELIO DIARIO

§

CICLO B (2011 - 2012)



José M^a Castillo

La religión de Jesús
Comentarios al Evangelio diario
Ciclo B (2011-2012)

Desclée De Brouwer

© José M^a Castillo, 2011
© EDITORIAL DESCLÉE DE BROUWER, S.A., 2011
Henao, 6 - 48009 Bilbao
www.edesclee.com
info@edesclee.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos -www.cedro.org), si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Impreso en España - Printed in Spain
ISBN: 978-84-330-2497-8
Depósito Legal: BI-1966/11
Impresión: RGM, S.A., - Urduliz

ÍNDICE

Presentación	5
Adviento	7
Navidad	46
Comienzo del tiempo ordinario	69
Cuaresma	128
Semana Santa	177
Pascua	192

PRESENTACIÓN

Es un hecho que, en la práctica diaria de la vida de la Iglesia y de la vida de los cristianos, se le concede más importancia al Catecismo que al Evangelio. Y prueba de ello es que a los cristianos –especialmente a los católicos– se les reconoce y se les identifica más por las ideas y las costumbres que han aprendido en el Catecismo, que por las convicciones, valores y pautas de conducta que puede deducir del Evangelio quien lo toma en serio y organiza su vida de acuerdo con sus exigencias. Los niños, en la escuela, aprenden antes el Catecismo que el Evangelio. Y si un sacerdote enseña a sus feligreses cosas que no están de acuerdo con el Catecismo, seguramente recibirá una reprimenda del obispado. Pero si la vida de ese sacerdote tiene poco que ver con lo que dijo Jesús en el Sermón del Monte, lo más probable es que nadie le llame la atención.

Este libro no pretende quitarle importancia al Catecismo. Lo que pretende es ayudar a los creyentes en Jesús a que se den cuenta –y saquen las consecuencias que de ello se siguen– de que el Evangelio es central en el cristianismo. Porque en el Evangelio es donde descubrimos y aprendemos dónde está, lo que es y lo que representa el centro mismo de la Iglesia y de la fe. Ese centro no es Dios. Ni es la religión. Ni la fe. No hay más centro que Jesús mismo. Porque en Jesús, tal como lo descubrimos en el Evangelio de cada día, es donde encontramos a Dios, donde nos enteramos de cómo es Dios y de lo que Dios quiere.

Hay que decirlo sin miedo: la Iglesia pierde credibilidad, pierde fieles, pierde sacerdotes y vocaciones, pierde importancia. La Iglesia pierde tantas cosas porque en la Iglesia se le tiene miedo al Evangelio. Es

Mc 13, 33-37

En aquel tiempo dijo Jesús a sus discípulos: "Mirad, vigilad: pues no sabéis cuándo es el momento. Es igual que un hombre que se fue de viaje, y dejó su casa y dio a cada uno de sus criados su tarea, encargando al portero que velara. Velad entonces, porque no sabéis cuándo vendrá el dueño de la casa, si al atardecer, o a medianoche, o al canto del gallo, o al amanecer: no sea que venga inesperadamente y os encuentre dormidos. Lo que os digo a vosotros, lo digo a todos: ¡Velad!".

1. Durante las cuatro semanas que anteceden a la Navidad, la Iglesia celebra el Adviento, es decir, la preparación para el "advenimiento" o venida de Jesús a la tierra. Los intereses del consumo y del comercio han impuesto una forma de preparación para la Navidad que consiste en organizar las vacaciones, comidas, regalos y diversiones que cada cual prefiere para pasar las fiestas lo mejor posible. Esto tiene de bueno que asocia el nacimiento de Jesús con la alegría de vivir. Pero también es verdad que, de esta manera, el recuerdo de la venida de Jesús al mundo ha perdido su verdadero significado.
2. La Navidad se prepara cristianamente mediante la vigilancia de la que habla Jesús en este evangelio. En los años que siguieron a la muerte de Jesús, en no pocas comunidades cristianas se difundió la idea de que el fin del mundo estaba a punto de llegar. Por eso, al redactar los evangelios, en algunos textos pusieron en boca de Jesús dichos o palabras que daban pie a pensar que el mundo se acababa y que el Señor vendría a pedir cuentas a cada cual por la vida que había llevado. Así, entre mucha gente, la preocupación por la muerte se hizo más fuerte que la preocupación por hacer más digna esta vida. Es decisivo dejar claro que el evangelio no se refiere a la vigilancia ante la muerte o ante el fin del mundo. Se trata de la vigilancia ante el cambio tan fuerte que Jesús nos vino a presentar sobre la idea y la experiencia que nosotros tenemos de Dios. Tenemos que ser muy vigilantes en eso. Porque eso precisamente es algo que nos da miedo.
3. Al nacer Jesús, Dios se nos hizo presente en él. Es decir, se nos hizo presente en un niño débil y pobre. A Dios lo encontramos en lo débil y en lo pobre, en lo marginal y excluido. Y eso es lo que nos da miedo. Y nos resistimos a aceptarlo. A Dios lo buscamos en la religión y en los templos. No lo buscamos en los establos y pesebres de este mundo. Y, sin embargo, es en lo más pobre, sencillo y débil, en lo más humano, ahí es donde sobre todo encontramos al Dios de Jesús.

Mt 8, 5-11

"En aquel tiempo, al entrar Jesús en Cafarnaúm, un centurión se le acercó diciéndole: "Señor, tengo en casa un muchacho que está en cama paralítico y sufre mucho". Jesús le contestó: "Voy yo a curarlo". Pero el centurión le replicó: "Señor, ¿quién soy yo para que entres bajo mi techo? Basta que lo digas de palabra y mi muchacho quedará sano. Porque yo también vivo bajo disciplina y tengo soldados a mis órdenes y le digo a uno 've' y va; al otro 'ven' y viene; a mi muchacho, 'haz esto', y lo hace". Al oírlo, Jesús quedó admirado y dijo a los que le seguían: "Os aseguro que en Israel no he encontrado en nadie tanta fe. Os digo que vendrán muchos de Oriente y Occidente y se sentarán con Abrahán, Isaac y Jacob en el Reino de los cielos".

1. Un jefe militar, del ejército invasor de ocupación en Galilea (W. Carter), que no practicaba la religión de Israel, acude a Jesús a pedirle la curación de un muchacho. El jefe militar era una buena persona. No soportaba ver el sufrimiento de un criado que trabajaba en su casa. Y no le importó pedir el favor de la curación del muchacho a un súbdito galileo. Lo que, a fin de cuentas, era Jesús para el militar romano. Es más, un militar de graduación no se consideraba digno de que el galileo Jesús entrara en su casa. El centurión era un hombre bueno y humilde.

2. Pero hay algo más fuerte en este relato. Todos los militares del Imperio tenían que hacer un juramento de fidelidad al emperador, al que veneraban como "Dios". En las Églogas de Calpurnio Sículo, se califica al emperador como *ipse deus*, "verdadero Dios". Otros autores de entonces, como Séneca, repiten esta idea. Pues bien, lo sorprendente es que de un hombre, que tenía semejante religión, Jesús dice que en nadie había visto tanta fe. Entonces, ¿qué era la fe para Jesús? ¿Cómo entendía Jesús la religión?

3. A juicio de Jesús, la fe no se mide por la exactitud de las creencias o la observancia de las prácticas religiosas, sino por la bondad y la humanidad de la persona. Es decir, lo decisivo no es la religión a la que uno pertenece, sino la bondad del corazón, la sensibilidad ante el sufrimiento de los demás y el empeño por remediar el dolor ajeno. Jesús nunca antepuso las ideas y las normas a las personas. Ni siquiera las ideas religiosas fueron lo primero para él. Lo primero siempre fue el ser humano.

Lc 10, 21-24

"En aquel tiempo, lleno de la alegría del Espíritu Santo, exclamó Jesús: "Te doy gracias, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has escondido estas cosas a los sabios y a los entendidos, y las has revelado a la gente sencilla. Sí, Padre, porque así te ha parecido bien. Todo me lo ha entregado mi Padre, y nadie conoce quién es el Hijo, sino el Padre; ni quién es el Padre, sino el Hijo, y aquél a quien el Hijo se lo quiere revelar". Volviéndose a los discípulos, les dijo: "¡Dichosos los ojos que ven lo que vosotros veis! Porque os digo que muchos profetas y reyes desearon ver lo que vosotros veis, pero no lo vieron, y oír lo que oís, pero no lo oyeron".

1. El término "Padre" designa a Dios. Y Jesús dice algo sorprendente: a Dios no lo conocen los "sabios y entendidos", mientras que se da a conocer a los más pequeños, los últimos de este mundo. Dios no es una cosa, un objeto, un saber. Porque Dios es, por definición, el Trascendente, es decir, trasciende o está más allá de todo cuanto los mortales podemos alcanzar. Por eso ni los más sabios y entendidos lo pueden conocer. Y por eso mismo a los más insignificantes es a quienes se revela. ¿Por qué esto es así? ¿Por qué precisamente a los más insignificantes?

2. Porque Dios se nos da a conocer en el Hijo, en Jesús, que se identificó con los últimos y murió como los que están mas abajo, los últimos en la historia. Jesús revela a Dios a los que van por la vida como fue él: sin pretensiones de títulos ni deseos de poderes. Dios se revela a quienes van por la vida sólo con su entrañable humanidad. Y es que Dios, en Jesús, se ha fundido con la condición humana, con lo más sencillo de la humanidad. No conocemos a Dios mediante el saber, sino en la medida en que somos cada día más humanos.

3. A Dios se le conoce en Jesús, al que veían y oían los discípulos. Dios no está disponible en la letra de la Biblia (F. Fernández Ramos). La verdad de Dios no está en las fórmulas de los sabios, sino en la sencillez y la elemental humanidad de los humildes.

Mt 15, 29-37

"En aquel tiempo Jesús bordeando el lago de Galilea, subió al monte y se sentó en él. Acudió a él mucha gente llevando tullidos, ciegos, lisiados, sordomudos y muchos otros; los echaban a sus pies y él los curaba. La gente se admiraba al ver hablar a los mudos, sanos a los lisiados, andar a los tullidos y con vista a los ciegos, y dieron gloria al Dios de Israel. Jesús llamó a sus discípulos y les dijo: "Me da lástima de la gente, porque llevan ya tres días conmigo y no tienen qué comer. Y no quiero despedirlos en ayunas, no sea que se desmayen en el camino". Los discípulos le preguntaron: "¿De dónde vamos a sacar en un despoblado panes suficientes para saciar a tanta gente?". Jesús les preguntó: "¿Cuántos panes tenéis?". Ellos contestaron: "Siete y unos pocos peces". Él mandó que la gente se sentara en el suelo. Tomó los siete panes y los peces, dijo la acción de gracias, los partió y los fue dando a los discípulos, y los discípulos a la gente. Comieron todos hasta saciarse y recogieron las sobras: siete cestas llenas".

1. Las dos cosas que más preocupan a todo el mundo son la *salud* y la *alimentación*. Estar sano y no pasar hambre. Por eso, lo que más deseamos los humanos es no estar enfermos y poder comer. Es lo más humano. Lo más común a todos los humanos. En esto todos somos iguales. Y esto es previo y más elemental que la cultura, la religión, la nacionalidad...

2. Por eso las dos preocupaciones más fuertes de Jesús fueron la salud de los enfermos y la comida de los hambrientos. Esto explica que los dos temas que más se repiten en los evangelios son las *curaciones de enfermos* y las *comidas de Jesús*, de los pobres, de los discípulos... La salud y la alimentación aparecen en los evangelios mucho más que la oración, el culto, la liturgia. Basta leer los evangelios con atención y contar las veces que se habla de curaciones, de comidas, de oración, de culto religioso... Esto es capital, enteramente capital, para empezar a entender el Evangelio, la vida de Jesús y el mensaje que nos quiso dejar.

3. Para Jesús es más importante "lo humano" que "lo religioso". Porque Dios, según Jesús, se ha humanizado de forma que a nuestro Dios lo encontramos, ante todo, cuando nos portamos con humanidad, de forma que la religiosidad es válida solamente cuando nos hace más humanos y nos ayuda a vencer la deshumanización que todos llevamos dentro. Sin duda, al decir esto, estamos tocando una de las cuestiones básicas en las que las religiones más se equivocan y más desorientan a la gente.

Mt 7, 21. 24-27

"En aquel tiempo dijo Jesús a sus discípulos: "No todo el que me dice: ¡Señor, Señor!, entrará en el Reino de los cielos, sino el que cumple la voluntad de mi Padre que está en el cielo. El que escucha estas palabras mías y las pone en práctica se parece a aquel hombre prudente que edificó su casa sobre roca. Cayó la lluvia, se salieron los ríos, soplaron los vientos y descargaron contra la casa, pero no se hundió, porque estaba cimentada sobre roca. El que escucha estas palabras mías y no las pone en práctica se parece a aquel hombre necio que edificó su casa sobre arena. Cayó la lluvia, se salieron los ríos, soplaron los vientos y rompieron contra la casa, y se hundió totalmente".

1. Jesús desmonta los criterios que suele tener mucha gente piadosa. Y los desmonta afirmando que lo más importante en la vida no es invocar al Señor, sino hacer lo que Dios quiere. Es decir, la ética es más importante que la piedad y que la religiosidad en general. La devoción piadosa tranquiliza la conciencia, incluso en el caso de personas que pueden tener buena imagen pública, pero viven de forma que con su conducta causan malestar o hasta es posible que también demasiado sufrimiento. Además, la piedad ejemplar hace que el devoto se sienta satisfecho. Y, para colmo, no raras veces, hay piadosos que se suelen ver a sí mismos mejores que los demás, como le pasaba al fariseo que, según la parábola del Evangelio, despreciaba al publicano (Lc 18, 9-14).

2. El Sermón del Monte termina diciendo que hay hombres inteligentes y hombres necios. Inteligente es el que escucha lo que dice Jesús y lo pone en práctica. Necio es el que escucha el Evangelio y no lo pone en práctica. Esta necedad se debe, en última instancia, a que la aspiración inmediata al bienestar material es mucho más fuerte y tiene más poder sobre nosotros que las promesas sociales y religiosas que nos presentan los movimientos políticos o los grupos religiosos (Susan George).

3. Así las cosas, dado que las ofertas de bienestar y poder, que se nos hacen a diario, son tan fuertes y determinantes, lo más frecuente es que cedemos ante tales ofertas y no vivimos de acuerdo con el Evangelio. Lo que pasa es que, como no estamos dispuestos a reconocer la contradic-

ción en que vivimos, lo que hacemos es construir la casa. Pero la construimos sobre arena, sin consistencia y sin estabilidad. Esto es lo que sucede cuando hacemos del Evangelio una "ideología": nos identificamos con las ideas del Evangelio, pero no las vivimos. Y así, lo único que conseguimos es engañarnos a nosotros mismos. Pensamos que estamos cerca de Jesús, cuando en realidad lo que tenemos es una pura fachada sin estabilidad, ni firmeza, ni seguridad.

2 DE DICIEMBRE - VIERNES

1ª SEMANA DE ADVIENTO

Mt 9, 27-31

"En aquel tiempo, al marcharse Jesús, le siguieron dos ciegos gritando: 'Ten compasión de nosotros, Hijo de David'. Al llegar a la casa se le acercaron los ciegos y Jesús les dijo: '¿Creéis que puedo hacerlo?'. Contestaron: 'Sí, Señor'. Entonces les tocó los ojos diciendo: 'Que os suceda conforme a vuestra fe'. Y se les abrieron los ojos. Jesús les ordenó severamente: 'Cuidado con que lo sepa alguien'. Pero ellos, al salir, hablaron de él por toda la comarca".

1. Este relato da mucho que pensar. La ceguera era frecuente en oriente próximo en tiempo de Jesús: el sol fuerte, la suciedad, la sequedad polvorienta del ambiente, favorecían las condiciones propicias para las enfermedades de la vista e incluso su pérdida. El desamparo de las personas ciegas era proverbial (Deut 28, 29; Is 59, 9 s; Lam 4, 14). Además, los ciegos no tenían otra salida que buscarse la vida mendigando (cf. 2 Sam 5, 6-8). Y a eso hay que añadir lo que seguramente era más humillante en aquella sociedad: la ceguera se veía como un castigo de Dios (Jn 9, 2; cf. Strack-Billerbeck, II, 193; F. Graber). Los ciegos estaban excluidos del sacerdocio (Lev 21, 18). En tales condiciones, es llamativo que el Evangelio presenta a estos dos hombres como "seguidores" de Jesús y como "creyentes" en él. Los castigados y excluidos por la religión eran acogidos por Jesús y vivían cerca de él.

2. Según los evangelios, Jesús curó a muchos ciegos (Mt 9, 27 ss; 12, 22; 15, 30; 21, 14; Mc 8, 22 ss; 10, 46 par; Lc 7, 21). Y se presentó como "el que tenía que venir" precisamente porque "los ciegos ven" (Mt 11, 5; cf. Is 29, 18; 35, 5). Quizá algunos de estos relatos son repeticiones o duplicados meramente narrativos. Pero eso precisamente es importante en cuanto que, al insistir tan machaconamente en el tema de los ciegos, los evangelios quieren dejar claro que Jesús acogía a los que la religión excluía. Y que Jesús hacía felices a aquellos a quienes la religión los hacía unos desgraciados. Los rechazados por la religión eran los íntimos de Jesús.

3. Donde todo esto queda más claro es en la curación del ciego de nacimiento (Jn 9, 1-41). Jesús le abre los ojos al que los dirigentes religiosos insultan, desprecian y excomulgan (Jn 9, 28-34). Este hombre se vio aban-

donado por todos, hasta por sus propios padres (Jn 9, 20-23). Y cuando resiste hasta la soledad total, entonces es cuando hace su acto de fe en Jesús (Jn 9, 35-38). La venida de Jesús es la subversión del “orden presente”. Es un “proceso” contra este orden de cosas, de forma que quienes se creen que son ellos los que ven, éstos son lo que realmente están ciegos. Mientras que quienes se ven a sí mismos como ciegos, éstos son lo que ven la vida como hay que verla (Jn 9, 39). La pregunta que queda pendiente es tremenda: ¿nos ha dejado ciegos la religión o vemos la vida como la ve el Evangelio?

3 DE DICIEMBRE - SÁBADO

1ª SEMANA DE ADVIENTO

Mt 9, 35 - 10, 1. 6-8

“En aquel tiempo, Jesús recorría todas las ciudades y aldeas, enseñando en sus sinagogas, anunciando el evangelio del Reino y curando todas las enfermedades y todas las dolencias. Al ver a las gentes se compadecía de ellas, porque estaban extenuadas y abandonadas, como ovejas que no tienen pastor. Entonces dijo a sus discípulos: “La mies es abundante, pero los trabajadores son pocos; rogad, pues, al Señor de la mies que mande trabajadores a su mies”. Llamó a sus doce discípulos y les dio autoridad para expulsar espíritus inmundos y curar toda enfermedad y dolencia. A estos doce los envió con estas instrucciones: “Id a las ovejas descarriadas de Israel. Id y proclamad diciendo que el Reino de los cielos está cerca: curad enfermos, resucitad muertos, limpiad leprosos, echad demonios. Lo que habéis recibido gratis, dadlo gratis”.

1. Jesús no fue un hombre instalado. No tuvo títulos, ni cargos, ni estuvo vinculado a ninguna institución. Quiso ser libre, para enseñar donde había ignorancia, y para aliviar el sufrimiento donde había enfermedades y dolencias. Ante el dolor, la opresión y el abandono de la pobre gente, Jesús “se compadecía”, literalmente “se le conmovían las entrañas”. Jesús vio que lo más importante en la vida es la libertad al servicio de la misericordia. Al decir esto, se trata de caer en la cuenta y destacar que no basta con insistir en la importancia de la libertad. Por supuesto, la libertad es importante. Pero, libertad ¿para qué? La libertad se puede invocar para usarla en propio beneficio; o para hacer daño a otros. La libertad de Jesús fue siempre libertad para dar vida, felicidad, dignidad a quienes carecían de todo eso.

2. A los doce “apóstoles” (Mt 10, 2), Jesús les dio “autoridad”. ¿Para qué? No para dominar o someter a nadie en nada, sino para expulsar demonios y sanar enfermos. Estas dos expresiones significan: liberar de opresiones y aliviar sufrimientos. El Jesús histórico, el que vivió en Palestina, no pensó en una misión autoritaria para imponer doctrinas, normas o ceremonias.

3. La misión (según Mateo) se refería a Israel, para recuperar a los israelitas descarriados. Para eso, Jesús envía a sus apóstoles a anunciar la cercanía del Reino de Dios, que no se refiere a nada “sagrado” o “espiritual”, sino (otra vez) a una serie de actividades que se refieren todas ellas a una sola cosa: dar vida, mejorar la vida, defender la vida, hacer feliz la vida. Por supuesto, Jesús no excluye ni lo sagrado ni lo espiritual. Pero el hecho es que el Evangelio no menciona nada de eso. Habla sólo de lo que hace desgraciados o felices a los humanos.

Mc 1, 1-8

"Comienzo del Evangelio de Jesucristo, Hijo de Dios.

Está escrito en el Profeta Isaías. Yo envío mi mensajero delante de ti para que te prepare el camino. Una voz grita en el desierto: Preparadle el camino al Señor, allanad sus senderos. Juan bautizaba en el desierto: predicaba que se convirtieran y se bautizaran, para que se les perdonaran los pecados. Acudía la gente de Judea y de Jerusalén, confesaban sus pecados y los bautizaba en el Jordán. Juan iba vestido de piel de camello, con una correa de cuero a la cintura y se alimentaba de saltamontes y miel silvestre. Y proclamaba: "Detrás de mí viene el que puede más que yo, y yo no merezco agacharme para desatarle las sandalias. Yo os he bautizado con agua, pero él os bautizará con Espíritu Santo".

1. El comienzo, el punto de partida, para conocer a Jesús es el "Evangelio", que significa literalmente "Buena Noticia". Pero está demostrado que, al referirse al Segundo-Isaías (como en otros autores de entonces: Filóstrato), se trata de una "Buena Noticia" que equivale a una victoria, un triunfo (M. B. Boring, Joel Marcus). Es, como se verá a lo largo de este evangelio de Marcos, la victoria sobre todos los falsos caminos para encontrar a Dios. Por eso se hace referencia enseguida al "camino" que allana, que facilita la búsqueda de Dios. Ese camino es Jesús mismo. El Evangelio de Jesús es el relato y el mensaje que nos explica a Jesús y que así nos enseña el camino que es la vida misma de Jesús. La vida de Jesús, sus convicciones, sus hábitos y costumbres, sus gustos y preferencias, su estilo y sus formas, todo eso es lo que nos traza el camino a seguir en la vida.

2. Este camino no empieza en el templo, sino en el desierto. No es el camino de lo sagrado, sino de lo profano. No es el camino de lo religioso, sino de lo laico. No es el camino de los sacerdotes, sino de los profetas. No es el camino de las dignidades y los privilegios, sino el camino de las sospechas y las amenazas. No es el camino de las normas, sino el camino de la libertad. Ni siquiera es el camino de los ascetas y de la soledad, sino el camino de la normalidad y la convivencia.

3. Este camino, que sigue el programa de vida que siguió Jesús, le produce a mucha gente (sobre todo si es gente de Iglesia) desconcierto, dudas,

miedos inconfesables, malestar, rechazo y seguramente indignación. Por eso la Iglesia, su teología y su espiritualidad, se resisten ante la propuesta de este camino. Y además se resisten con el convencimiento de que deben resistirse ante una propuesta que rompe con tradiciones de siglos, con enseñanzas de santos y teólogos, con doctrinas papales, con normas religiosas y canónicas. Así, debido a tales resistencias, la Iglesia se ha hecho odiosa para mucha gente. Y la religión es cada día un fenómeno más marginal. Por eso, hasta el Evangelio resulta con frecuencia insignificante. Un día, Jesús les dijo a los "hombres de la religión": "Os aseguro que los recaudadores y las prostitutas os llevan la delantera para entrar en el Reino de Dios. Porque Juan os enseñó el camino para ser justos y no le creísteis; en cambio, los recaudadores y las prostitutas le creyeron" (Mt 21, 31-32). ¿No seguirá sucediendo esto mismo en nuestros días?

Lc 5, 17-26

Sucedió que un día estaba Jesús enseñando y estaban sentados unos fariseos y maestros de la ley, venidos de todas las aldeas de Galilea, Judea y Jerusalén. Y el poder del Señor lo impulsaba a curar. Llegaron unos hombres que traían en una camilla a un paralítico y trataban de introducirlo para colocarlo delante de él. No encontrando por dónde introducirlo, a causa del gentío, subieron a la azotea y, separando las losetas, lo descolgaron con la camilla hasta el centro, delante de Jesús. El, viendo la fe que tenían, dijo: "Hombre, tus pecados están perdonados". Los letrados y los fariseos se pusieron a pensar: "¿Quién es éste que dice blasfemias? ¿Quién puede perdonar pecados más que Dios?" Pero Jesús, leyendo sus pensamientos, les replicó: "¿Qué pensáis en vuestro interior? ¿Qué es más fácil: decir "tus pecados quedan perdonados", o decir "levántate y anda?" Pues para que veáis que el Hijo del Hombre tiene poder en la tierra para perdonar pecados... -dijo al paralítico-: A ti te lo digo, ponte en pie, toma tu camilla y vete a tu casa". Él, levantándose al punto, a la vista de ellos, tomó la camilla donde estaba tendido, y se marchó a su casa dando gloria a Dios. Todos quedaron asombrados, y daban gloria a Dios, diciendo llenos de temor: "Hoy hemos visto cosas admirables".

1. Es evidente que el tema central de este relato no es la curación del paralítico, sino el perdón de los pecados. Lo que este relato atestigua es el convencimiento, que tenía la comunidad cristiana primitiva, de haber recibido, a partir de Jesús, el poder de perdonar los pecados. Y es precisamente este convencimiento la idea central que se transmite sirviéndose del episodio de la presunta curación de un paralítico (F. Bovon, H. J. Klauke). Según el relato, lo que dice y hace Jesús se encamina directamente a sanar al paralítico. Pero se relata de forma que incluso la curación física del enfermo se plantea, se orienta y se resuelve con la mirada puesta en el problema central: el poder de perdonar los pecados. Ese poder, hasta entonces, era visto como un privilegio exclusivo de Israel. De ahí, el empeño de la comunidad cristiana para dejar muy claro que el poder de perdonar estaba también en la comunidad de los discípulos de Jesús.

2. Los hombres de la religión se extrañaron y hasta llegaron a pensar que Jesús, al perdonar los pecados, estaba blasfemando. El perdón de los pecados era privilegio de los hombres del templo. Pero Jesús lo sacó del templo. Y dio esa "autoridad" a los humanos, que por eso alababan a Dios (Mt 9, 8). El fondo del problema está en que el pecado se comete cuando se ofende a otra persona, ya que los mortales (hablando con propiedad) no podemos ofender a Dios. Así lo dice el mismo Santo Tomás (Sum. contra gent. III, 122). Los mortales ofendemos a Dios cuando nos ofendemos unos a otros: "Lo que hicisteis con uno de éstos, a Mí me lo hicisteis" (Mt 25, 40). "Quien os rechaza a vosotros, me rechaza a Mí" (Lc 10, 16).

3. Por tanto, el perdón de los pecados tiene que ser perdón de quienes se han ofendido: "Si no perdonáis a los hombres, tampoco vuestro Padre perdonará vuestras ofensas" (Mt 6, 15; Mc 11, 25). No tiene sentido que un hombre ofenda a su vecino y luego vaya a pedir perdón al cura. Al que tiene que pedir perdón es al vecino. Al actuar como "perdonadores", lo que realmente hacen los sacerdotes es tranquilizar las conciencias y dar pie a que la gente siga dividida, ofendida y enfrentada. Cuando buscamos "unidad", y no mera "tranquilidad", hacemos todo lo posible por unirnos y pedir perdón al que hemos dañado o herido. Todo lo que no sea eso, son engaños piadosos que no sirven para nada.

Mt 18, 12-14

“En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: “¿Qué os parece? Suponed que un hombre tiene cien ovejas; si una se le pierde, ¿no deja a las noventa y nueve y va en busca de la perdida? Y si la encuentra, os aseguro que se alegra más por ella que por las noventa y nueve que no se habían extraviado. Lo mismo vuestro Padre del cielo no quiere que se pierda ni uno de estos pequeños”.

1. Esta parábola enseña que Dios no castiga, ni amenaza, ni juzga a los perdidos y extraviados. Todo lo contrario, Dios busca a los que son calificados como los alejados, los extraviados, los desorientados, los que se quedan sin nadie y a los que nadie quiere. Los que se creen los buenos no son los que más interesan a Dios. Porque Dios no es un juez que amenaza a los perdidos, sino un Padre que no puede pasar sin ellos, porque los quiere de verdad. Y cuando se quiere a alguien de verdad, se le busca donde esté. Dios no coincide con los criterios de los que se ven a sí mismos como “personas respetables”. Dios prefiere a los que se ven a sí mismos como los “miserables” y los “donnadie” de este mundo.

2. El pastor bueno que busca a la oveja perdida contrasta con los malos pastores a los que denuncian los profetas, especialmente Ezequiel (34, 1-16). Se trata de los dirigentes religiosos que se apacientan a sí mismos. Son los que buscan al pecador para reprenderle, echarle en cara lo que hace, afearle su conducta, amenazarle. Quienes hacen eso, lo que realmente hacen es afirmar su superioridad, su autoridad, su propio poder. Eso no es “buscar” al perdido, sino “dominar” al perdido. Lo contrario de lo que hacía Jesús.

3. La parábola acusa a los pastores de la Iglesia que se relacionan bien con los “fieles” que les obedecen, al tiempo que marginan y humillan a colectivos enteros de personas que no coinciden con los puntos de vista del clero: los “extraviados” que no se someten a los dictámenes de la religión. El Evangelio quiere otro modelo de Iglesia. Una Iglesia en donde la “alegría del encuentro” es lo que importa. Una Iglesia con los brazos abiertos para todos, sin hacer más distinciones.

Mt 11, 28-30

“En aquel tiempo, exclamó Jesús y dijo: “Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados, y yo os aliviaré. Cargad con mi yugo y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y encontraréis vuestro descanso. Porque mi yugo es llevadero y mi carga ligera”.

1. Para mucha gente, la religión resulta una carga pesada y agobiante. Esto ya ocurría en tiempo de Jesús. Pero entonces la gente se aguantaba. Hoy ya no aguanta. Y abandona la práctica religiosa, la pertenencia a la Iglesia, quizá incluso la creencia en Dios. La religión es carga pesada porque, a veces, manipula los sentimientos de culpa. Y porque los dirigentes religiosos pretenden que los pecados sean además delitos.

2. El evangelio de Mateo pone en boca de Jesús este llamamiento a aliviar el cansancio y el agobio. Tal alivio se encuentra en Jesús. Porque él no impone leyes, ni sumisiones, ni descalificaciones, ni juicios, ni condenas. Es urgente que la Iglesia asuma este estilo de gobierno, de acción pastoral, de relación con la sociedad. Y es mucho más urgente aún que cada creyente repense su relación con Jesús, su confianza en él, su seguridad interior en la convicción de que la relación con Jesús es siempre fuente de paz, de sosiego, de ilusión y alegría. Y que, en todo caso, Jesús nunca puede ser una carga. Ni Jesús está donde se imponen cargas y la vida se hace insoportable.

3. Jesús dice: “Aprended de mí”. Soñamos con el día en que la predicación y la pastoral de la Iglesia se pudiera resumir en ese llamamiento. De forma que la predicación eclesial consistiera en explicar a la gente cómo vivimos los eclesialistas... Y también cómo viven los seglares cristianos. Y por qué vivimos de manera que, en esta forma de vivir, se encuentra un yugo llevadero y una carga ligera.

Lc 1, 26-38

"En aquel tiempo, el ángel Gabriel fue enviado por Dios a una ciudad de Galilea llamada Nazaret, a una virgen desposada con un hombre llamado José, de la estirpe de David. La virgen se llamaba María. El ángel, entrando en su presencia, dijo: "Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo". Ella se turbó ante estas palabras y se preguntaba qué saludo era aquél. El ángel le dijo: "No temas, María, porque has encontrado gracia ante Dios. Concebirás en tu vientre y darás a luz un hijo, y le pondrás por nombre Jesús. Será grande, se llamará Hijo del Altísimo, el Señor Dios le dará el trono de David, su padre, reinará sobre la casa de Jacob para siempre, y su reino no tendrá fin". María dijo al ángel: "¿Cómo será eso, pues no conozco a varón?" El ángel le contestó: "El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y la fuerza del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso el Santo que va a nacer se llamará Hijo de Dios. Ahí tienes a tu pariente Isabel, que, a pesar de su vejez, ha concebido un hijo, ya está de seis meses la que llamaban estéril, porque para Dios no hay nada imposible". María contestó: "Aquí está la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra". Y la dejó el ángel".

1. En la fiesta de la Inmaculada, la Iglesia celebra que María, la madre de Jesús, no tuvo el pecado original. Por eso, como es lógico, para comprender debidamente lo que significa esta fiesta, lo primero que se ha de tener en cuenta es lo que representa eso que los teólogos llaman el "pecado original". La teología cristiana se inventó la teoría del pecado original porque, en la antigüedad, se pensó que el relato de Adán y Eva en el paraíso (Gén 3) es un relato histórico en el que se nos cuenta cómo el primer hombre (y padre de todos los humanos) pecó y se alejó de Dios. El pecado de Adán habría sido el pecado original "originante". Y por eso todos los hijos de Adán venimos a este mundo con el pecado original "originado", es decir, heredado de nuestros padres.

2. Hoy se sabe que lo de Adán no es una "historia", sino un "mito". Lo que con este mito quisieron decirnos los antiguos es que el mal existe en el mundo, no porque lo quiso Dios, sino porque el hombre (Adán) pecó. Es decir, el responsable del mal no es Dios, sino el hombre. Hoy, todo esto

está sometido a una profunda revisión. Y lo que está claro es que el ser humano es un ser "limitado" y además "inclinado al mal". Esta limitación y esta inclinación es lo que se puede denominar con la expresión "pecado original".

3. María, la madre de Jesús, no hizo mal alguno. Y fue siempre una mujer del pueblo, humilde y sencilla, que "creyó" profundamente (Lc 1, 45) en Dios y sus designios. Y, sobre todo, María fue la mujer dichosa que supo criar a Jesús (cf. Lc 11, 27). La fiesta de hoy nos habla, más que de la pureza de María, de su bondad, de su fe y de su humanidad.

Mt 11, 16-19

"En aquel tiempo, dijo Jesús a la gente: "¿A quién se parece esta generación? Se parece a los niños sentados en la plaza que gritan a otros: 'Hemos tocado la flauta y no habéis bailado, hemos cantado lamentaciones y no habéis llorado'. Porque vino Juan, que ni comía ni bebía, y dicen: 'Tiene un demonio'. Vino el Hijo del Hombre, que come y bebe, y dicen: 'Ahí tenéis a un comilón y borracho, amigo de publicanos y pecadores'. Pero los hechos dan razón a la Sabiduría de Dios".

1. La expresión "esta generación", que usa Jesús, es un reproche a la gente que oyó a Juan y que le oía a él. Porque no hicieron caso ni a uno ni a otro. Y buscaron excusas para justificar el rechazo de Juan, del que dijeron que estaba endemoniado; y el rechazo de Jesús, del que dijeron que era un comilón y un borracho. Es frecuente maquillar nuestros rechazos inconfesables utilizando insultos y ofensas. Hoy, cuando los cristianos estamos tan divididos y tan crispados, es frecuente oír y leer reproches y arengas que bien se podrían calificar como "teología del insulto". Hay personas que, para oponerse a lo que dice el otro, no tiene más argumento la agresión insultante.

2. El Evangelio explica la diferencia entre Juan Bautista y Jesús contando el juego que hacían dos grupos de niños en la plaza de un pueblo. Uno de los grupos tocaba la flauta, imitando una boda; o cantaba lamentaciones, imitando un entierro. Pero el otro grupo no quería entrar en el juego, ni en el de la boda ni en el del entierro. ¿Por qué contó Jesús esta historieta?

3. Para dejar clara la diferencia entre la religión de Juan y la suya, la del propio Jesús. La boda es la fiesta de la vida. El entierro es la memoria de la muerte. La humanidad de Jesús es vida, gozo, alegría y disfrute de vivir. La figura y la predicación tremendista de Juan es dolor, lágrimas y muerte. La felicidad y la tristeza se contagian. Y lo que Jesús quiere es que nuestra forma de ser y de vivir contagie felicidad y haga dichosos a quienes conviven con nosotros.

Mt 17, 10-13

"Al bajar del monte le preguntaron a Jesús sus discípulos: "¿Por qué dicen los letrados que primero tiene que venir Elías?". Él les contestó: "Elías vendrá y lo renovará todo. Pero os digo que Elías ya ha venido y no lo reconocieron, sino que lo trataron a su antojo. Así también el Hijo del Hombre va a padecer a manos de ellos". Los discípulos comprendieron entonces que se refería a Juan Bautista".

1. El monte del que bajan los discípulos es el monte de la transfiguración. Allí han tenido una visión: Jesús junto al profeta Elías. Los judíos de aquel tiempo creían que, antes de la venida del Mesías, tenía que volver Elías a este mundo. Lo que seguramente, para algunos, era una dificultad contra Jesús. Porque, si Elías no había venido a la tierra, Jesús no podía ser el verdadero Mesías y sería, por tanto, un farsante. Es frecuente que quienes viven de forma que su conducta no está de acuerdo con el Evangelio, si es preciso, se agarran a lo que sea, aunque sea un clavo ardiendo, para justificar su forma de vivir y de proceder.

2. Jesús responde a los discípulos diciendo que el profeta Elías ya había venido, representado en la figura del gran profeta que fue Juan Bautista. La frase de Jesús está en futuro porque cita literalmente un texto de Malaquías (3, 23). Y Jesús añade que Juan terminó asesinado, la misma muerte que le esperaba a él.

3. El Evangelio destacaba ayer la diferencia entre Juan y Jesús. Hoy los iguala a los dos en que terminaron su vida asesinados. Juan porque denunció los escándalos de Herodes. Jesús porque denunció los escándalos del Templo, de los sacerdotes y de los letrados. La libertad ante los grandes de este mundo se paga muy cara. Con todo, los evangelios presentan la libertad profética de Jesús como un hecho enormemente más importante que la libertad de Juan. De ahí, la diferencia, en extensión y calidad teológica, entre el relato de la pasión y muerte de Jesús, por una parte, y, por otra, el breve relato del asesinato del Bautista.

Jn 1, 6-8.19-28

Surgió un hombre enviado por Dios, que se llamaba Juan: éste venía como testigo, para dar testimonio de la luz, para que por él todos vinieran a la fe. No era él la luz, sino testigo de la luz. Y este fue el testimonio de Juan, cuando los judíos enviaron desde Jerusalén sacerdotes y levitas a Juan a que le preguntaran: "¿Tú quién eres?". Él contestó sin reservas: "Yo no soy el Mesías". Le preguntaron: "Entonces, ¿qué? ¿Eres tú Elías?". Él dijo: "No lo soy". "¿Eres tú el Profeta?". Respondió: "No". Y le dijeron: "¿Quién eres? Para que podamos dar una respuesta a los que nos han enviado, ¿qué dices de ti mismo?". Él contestó: "Yo soy la voz que grita en el desierto: "Allanad el camino del Señor" (como dijo el profeta Isaías). Entre los enviados había fariseos y le preguntaron: "Entonces, ¿por qué bautizas, si tú no eres el Mesías, ni el Profeta?". Juan les respondió: "Yo bautizo con agua; en medio de vosotros hay uno que no conocéis, el que viene detrás de mí, que existía antes que yo y al que no soy digno de desatar la correa de la sandalia". Esto pasaba en Betania, en la otra orilla del Jordán, donde estaba Juan bautizando".

1. Aquí queda claro que la enseñanza y el testimonio de Juan no coincidía con lo que enseñaban y querían los dirigentes religiosos. Téngase en cuenta que, en el evangelio de Juan, la expresión "los judíos" designa (menos en 4, 9. 22 y 18, 33. 35. 39; cf. 19, 3. 19. 21) a los hombres que se identificaban totalmente con la religión, sobre todo a sus dirigentes religiosos (2, 18; 5, 10. 16. 18; 9, 22; 11, 47; 19, 7. 12) y especialmente a las autoridades supremas del Templo (8, 31; 11, 19; 12, 11). Por eso Juan despierta la alarma en "los judíos". Y mandan sacerdotes, levitas y fariseos a interrogar al Bautista. Querían saber quién era aquel extraño predicador que anunciaba una nueva luz, en la otra orilla del Jordán, fuera de la ciudad santa, el territorio de la religión oficial, que no tolera que se anuncie una luz al margen de la institución.

2. Lo que les interesaba a los dirigentes religiosos es qué título o qué cargo tenía Juan para predicar y bautizar. Los títulos y los cargos denotan poder. El poder es lo que obsesiona a los sacerdotes. Pero Juan no aceptó ni títulos ni cargos. Juan era un "donnadie". Su autoridad era su vida, su

ejemplo, su libertad de todo y en todo. Es sólo una voz que grita en desierto. No se trata de humildad. La clave está en que sólo desde el despojo de toda pretensión puede uno ser testigo autorizado de la Luz, que es el Señor.

3. Juan fue una voz, escuchada y acogida por unos, "los publicanos y las prostitutas" (Mt 21, 32), y rechazada por otros, los "sacerdotes y senadores" (Mt 21, 32. Cf Mt 21, 23). Los "nadies" escuchan y acogen la voz del Señor. Los "titulados" la rechazan. El Evangelio trastorna nuestras seguridades. Jesús fue tan audaz que llegó a decirles, a los supremos dirigentes religiosos, que los publicanos a y las prostitutas entran antes que ellos en el Reino de Dios.

Mt 21, 23-27

“En aquel tiempo, Jesús fue al templo y, mientras enseñaba, se le acercaron los sumos sacerdotes y los ancianos del pueblo para preguntarle: “¿Con qué autoridad haces esto? ¿Quién te ha dado semejante autoridad?” Jesús les replicó: “Os voy a hacer yo también una pregunta; si me la contestáis os diré yo también con qué autoridad hago esto. El bautismo de Juan, ¿de dónde venía, del cielo o de los hombres?” Ellos se pusieron a deliberar: “Si decimos “del cielo”, nos dirá “¿por qué no le habéis creído?” Si decimos “de los hombres”, tememos a la gente; porque todos tienen a Juan por profeta”. Y respondieron a Jesús: “No sabemos”. El, por su parte, les dijo: “Pues tampoco yo os digo con qué autoridad hago esto”.

1. Mateo coloca este episodio a la mañana siguiente (Mt 21, 18) de la expulsión violenta de los mercaderes del templo (Mt 21, 12-13). Esto quiere decir que la pregunta de los supremos dirigentes religiosos se refiere lógicamente a la autoridad, el poder y el derecho (esos tres significados tiene el término *exousía*, que se repite dos veces) que tenía Jesús cuando dijo que habían convertido aquel templo en una “cueva de bandidos”. Lo que llama la atención es que a los dirigentes no les preocupa saber si Jesús tenía o no tenía “razón” en la denuncia que hizo, sino si tenía “poder” para hacerla. A la gente del poder (también el religioso) le preocupa sobre todo el poder. Y le suele interesar menos si ejerce ese poder con razón o sin ella. No se preguntan si ellos estaban actuando como “bandidos”. Le preguntan a Jesús en virtud de qué poder indicó que ellos vivían como “bandidos”.

2. Jesús no les contesta a la pregunta sobre el poder, sino que les responde haciéndoles otra pregunta. La pregunta de la fe: en definitiva, ¿por qué no creyeron a Juan Bautista? Los sacerdotes y los senadores del Sanedrín no se atrevieron a responder. Lo cual quiere decir que, efectivamente, no creyeron. Cosa que poco después confirma el mismo Jesús (Mt 21, 32 a). O sea, aquellos hombres ni creyeron a Juan, ni creyeron a Jesús. Eran los más altos responsables de la religión y, sin embargo, ni estaban de acuerdo con los ascetas del desierto, ni con los profetas de la ciudad. Tal

como los presenta el Evangelio, a aquellos dirigentes religiosos sólo les interesaba su poder y los privilegios que sus cargos representaban para ellos. Eran muy religiosos, pero poco humanos. Creían en el poder y en las ventajas del poder.

3. Y además, para colmo, le tenían miedo al pueblo sencillo (*óchlos*) (Mt 21, 26). Ese miedo les selló la boca. Y no respondieron a Jesús. En el fondo, los “hombres del poder” parecen fuertes, pero en realidad no saben sino ocultar sus miedos a base de callar cosas que tendrían que decir; o quizá representando una imagen que es pura apariencia, porque es una imagen falsa. No es posible creer en Jesús y en el poder, ambas creencias a la vez. Jesús y el poder (que somete a los demás) son incompatibles.

Mt 21, 28-32

“En aquel tiempo, dijo Jesús a los sumos sacerdotes y a los senadores del pueblo: “¿Qué os parece? Un hombre tenía dos hijos. Se acercó al primero y le dijo: “Hijo, ve hoy a trabajar en la viña”. Él le contestó: “No quiero”. Pero después se arrepintió y fue. Se acercó al segundo y le dijo lo mismo. Él le contestó: “Voy, Señor”. Pero no fue. ¿Quién de los dos hizo lo que quería el padre?”. Contestaron: “El primero”. Jesús les dijo: “Os aseguro que los publicanos y las prostitutas os llevan la delantera en el camino del Reino de Dios. Porque vino Juan a vosotros enseñándoos el camino de la justicia y no le creísteis, en cambio, los publicanos y prostitutas le creyeron. Y, aun después de ver esto, vosotros no recapacitasteis ni le creísteis”.

1. La parábola de los dos hijos indica, como es obvio, que la fe no consiste en lo que “se dice”, sino en lo que “se hace”. Lógicamente, en este diálogo de confrontación entre Jesús y los sumos sacerdotes, la parábola tiene el sentido fuerte de una acusación muy dura contra los hombres del templo. Porque Jesús, además de la denuncia de “bandidos”, les dice con toda claridad que no aceptaban la fe. Y es que, para Jesús, tiene fe el que hace lo que hizo Jesús, en cuanto eso es posible a la limitada condición humana. Y no tiene fe el que, por muy hombre del templo que sea y muchos cargos que ostente, en realidad no vive de acuerdo con lo que hizo y dijo Jesús.

2. Jesús anduvo con malas compañías. Porque convivió con la gente de peor fama en aquel tiempo. No hizo eso por desvergüenza, sino porque estaba convencido de que los últimos son los primeros. Los últimos de entonces eran los publicanos y las prostitutas. Los últimos de ahora son los mendigos, los ignorantes, los inmigrantes, los excluidos (homosexuales, divorciados, madres solteras...), los pecadores... La Iglesia tiene que estar siempre cerca y a favor de todos los que son vistos como “últimos”. Sólo desde ellos se puede creer en el Evangelio y enseñarlo a los demás.

3. La Iglesia necesita una reforma a fondo. En este evangelio se ve la transformación radical que pide el Evangelio. Ahora ocurre algo que se parece a lo que pasaba en tiempo de Jesús. Los sumos sacerdotes de entonces no tenían fe. Muchos de los de ahora dan la impresión de que creen más en su poder, su dignidad y sus privilegios que en el Evangelio, que sitúa a los pecadores y prostitutas por delante del clero. ¿Qué nos dice esto a cada uno?

Lc 7, 19-23

En aquel tiempo, Juan envió a dos de sus discípulos a preguntar al Señor: “¿Eres tú el que ha de venir, o tenemos que esperar a otro?” Los hombres se presentaron a Jesús y le dijeron: “Juan el Bautista nos ha mandado a preguntarte: “¿Eres tú el que ha de venir o tenemos que esperar a otro?” Y en aquella ocasión Jesús curó a muchos de enfermedades, achaques y malos espíritus, y a muchos ciegos les otorgó la vista. Después contestó a los enviados: “Id a anunciar a Juan lo que habéis visto y oído: los ciegos ven, los inválidos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan y a los pobres se les anuncia la Buena Noticia. Y dichoso el que no se escandalice de mí”.

1. Hay quienes piensan que esta pregunta de Juan a Jesús indica, como es lógico, duda e inseguridad. Y seguramente se refiere a las dudas que tenía la comunidad de los seguidores de Juan Bautista, que seguían reuniéndose cuando se redactó el evangelio de Lucas (F. Bovon). Estos discípulos de Juan pensaban, sin duda, lo que el mismo Juan les había transmitido: la duda sobre si Jesús era o no era “el que tenía que venir”, o sea el Mesías (A. Strobel, F. Hahn), el que podría traer la salvación y la solución a este mundo. No dudaban de que Jesús era bueno, era ejemplar. Pero, ¿es la solución? Lo mismo les pasa hoy a muchos cristianos. Por tanto, la pregunta que tenemos que afrontar es la siguiente: ¿estamos seguros de que la solución está en hacer lo que hizo Jesús?

2. Jesús curaba enfermos, aliviaba sufrimientos, contagiaba felicidad y bienestar. ¿Está en eso la solución que necesita este mundo? ¿Y la religión? ¿Y la fe? ¿Y la espiritualidad? La gran preocupación de Juan Bautista fue el problema del “pecado” y la conversión de los “pecadores” (Mt 3, 1-10). La gran preocupación de Jesús fue el sufrimiento de los enfermos, los pobres, los maltratados por la vida... Es verdad que Jesús respondió a la duda de Juan citando pasajes proféticos (Is 29, 18; 35, 5 s; 42, 18; 26, 19...). Pero eso indica que Jesús vio que este mundo se arregla, no con las amenazas condenatorias de Juan, sino con la bondad humanitaria de los profetas.

3. Existe el moralismo de los predicadores justicieros. Y existe el humanismo de quienes contagian salud, felicidad, bienestar. Este último fue, sin duda alguna, el camino de Jesús. Y es evidente que el camino de Jesús sólo puede ser seguido por personas profundamente buenas y profundamente espirituales. Porque amenazar es más fácil que sanar y dar felicidad.

Lc 7, 24-30

Cuando se marcharon los mensajeros de Juan, Jesús se puso a hablar a la gente acerca de Juan: "¿Qué salisteis a contemplar en el desierto?, ¿una caña sacudida por el viento? ¿O qué salisteis a ver?, ¿un hombre vestido con lujo? Los que se visten fastuosamente y viven entre placeres están en los palacios. Entonces, ¿qué salisteis a ver? ¿Un profeta? Sí, os digo, y más que profeta. El es de quien está escrito: "Yo envío mi mensajero delante de ti para que prepare el camino ante ti". Os digo que entre los nacidos de mujer nadie es más grande que Juan. Aunque el más pequeño en el Reino de Dios es más grande que él". Al oírlo toda la gente, incluso los publicanos, que habían recibido el bautismo de Juan, bendijeron a Dios. Pero los fariseos y los letrados, que no habían aceptado su bautismo, frustraron el designio de Dios para con ellos.

1. La primera pregunta, que hace Jesús a la gente, no pretende que sus oyentes tomen conciencia de "quién" era Juan Bautista, sino de que caigan en la cuenta de "qué relación" mantenían con aquella figura ejemplar, aquel hombre extraordinario que fue Juan. En definitiva, lo que Jesús le pregunta a aquella gente es lo que realmente representaba para ellos el Bautista. Por tanto, mediante estas preguntas, lo que pretende Jesús es que sus oyentes piensen en serio si estaban preparados para entender y aceptar el mensaje que el mismo Jesús les estaba presentando. No olvidemos que la misión de Juan fue preparar el camino del Señor, ser el precursor de Jesús. Los que habían rechazado a Juan, con más razón rechazarían a Jesús. Este es el problema que Jesús le plantea al público que tenía delante en aquel momento.

2. Juan no fue "una caña agitada por el viento". Es decir, Juan no fue un hombre débil, vacilante, inestable. Tal era el sentido que se le daba a la metáfora de la caña agitada en la literatura de entonces (F. Bovon). Tampoco fue un individuo que vivió con lujo y entre comodidades. A eso, sin duda, se refieren las indicaciones relativas a la forma de vestir y a la vivienda. Llevar vestimentas refinadas y vivir en un palacio son signos que descubren un tipo de persona que no vive en condiciones de entender lo que enseñaba Juan Bautista. Y mucho menos, lo que enseñó Jesús. La

forma de vivir condiciona la forma de pensar. El "desde dónde" se vive determina el "cómo se ve" la vida. Quien vive con comodidad y con seguridad no está en condiciones de darse cuenta de lo que pienso cómo piensa la gente que pasa la vida entre problemas, inseguridades y dificultades. Todo esto es capital para poder estar en condiciones de entender el Evangelio.

3. Juan fue un profeta eminente. El más grande de los profetas. Pero el más grande entre los profetas que vivieron antes de la venida del Reinado de Dios que anunció Jesús y que se hizo presente en este mundo con el Evangelio. Por eso Jesús afirma que los hijos del Reino son más grandes que Juan. No porque sean más religiosos, más santos o más eminentes que Juan Bautista. El Reino de Dios no consiste en santidades, religiosidades o eminencias. El Reino de Dios es la fuerza que nos humaniza, es decir, que nos hace más humanos y más sensibles a todo lo humano. En este sentido, los "hijos del Reino" son más que Juan el Bautista. Y por esto se comprende que hasta los publicanos aceptaron el camino que llevaba al Reino, mientras que los fariseos y los letrados no lo aceptaron. ¿Por qué? Porque, como sabemos por experiencia, la "religiosidad" se suele anteponer a la "humanidad". Y el que se deshumaniza, aunque lo haga por ser muy religioso, ése se incapacita para entender el Evangelio.

Jn 5, 33-36

"En aquel tiempo, dijo Jesús a los judíos: "Vosotros enviasteis mensajeros a Juan, y él ha dado testimonio a la verdad. No es que yo dependa del testimonio de un hombre; si digo esto es para que vosotros os salvéis. Juan era la lámpara que ardía y brillaba y vosotros quisisteis gozar un instante de su luz. Pero el testimonio que yo tengo es mayor que el de Juan: las obras que el Padre me ha concedido realizar; esas obras que hago dan este testimonio de mí: que el Padre me ha enviado".

1. En este pasaje del evangelio de Juan, la Iglesia primitiva dejó patente, una vez más, la superioridad de Jesús sobre Juan. Pero esta superioridad no se demuestra, ni se pretende argumentar, a partir de títulos, dignidades, cargos o distinciones. A nada de eso se refiere Jesús. Ni siquiera se fundamenta en el testimonio de un hombre tan extraordinario y tan autorizado como era Juan Bautista. Con esto, Jesús deja claro que lo determinante para él no son ni los títulos, ni los cargos, ni las dignidades, ni los testimonios de hombres, por más eminentes que sean. Jesús destroza así nuestros criterios relativos a la categoría y valor de una persona.

2. Los testigos en favor de Jesús son sus "obras" (*erga*). La palabra *ergon* significa, tanto en el N. T. como en el griego profano, la "actividad", la "tarea", los "hechos" que realiza y lleva a cabo una persona (R. Heiligenthal). Lo cual quiere decir que, en la mentalidad de Jesús, la autenticidad de una persona, su calidad, su valor, su categoría, se mide por un solo criterio: *los hechos que realiza, su actuación, sus tareas en la vida*. Jesús lo afirmó con toda claridad. Con fórmulas distintas vino a decir esto: "si no creéis en mí, creed en mis obras" (Jn 5, 20. 36; 9, 3 ss; 10, 25. 32. 37 s; 14, 10-17). Jesús había sido un pobre artesano de una humilde aldea de Galilea. No había hecho estudios, no tenía títulos, carecía de carrera, de cargos y de dignidades. ¿Qué podía exhibir? ¿De qué argumentos podía echar mano?

3. El argumento de Jesús es muy claro: el argumento en favor mío no es lo que sé, ni lo que digo, ni los papeles que puedo enseñar. Nada de eso vale de verdad. Lo único que vale en la vida es *lo que uno hace*. Hay gente que se pasa la vida ocultando "lo que hacen" y enseñando "lo que saben". Por eso tenemos en la cabeza tantas *verdades* y en el corazón tan pocas *convicciones*. Y sin embargo, lo que cambia el mundo y transforma la vida, no son las verdades, sino las convicciones. Y las convicciones se demuestran por una sola cosa: lo que uno hace. Cada cual hace aquello de lo que está convencido. Y si no lo hace, es que no está convencido de que tiene que hacerlo.

Mt 1, 1-17

"Genealogía de Jesucristo, hijo de David, hijo de Abrahán. Abrahán engendró a Isaac, Isaac a Jacob, Jacob a Judá y a sus hermanos. Judá engendró a Tamar a Farés y a Zará, Farés a Esrón, Esrón a Arám, Arám a Aminadab, Aminadab a Nasón, Nasóm a Salmón, Salmón a Jesé, Jesé engendró a David, el rey.

David, de la mujer de Urías, engendró a Salomón, Salomón a Roboám, Roboám a Abdías, Abdías a Asafat, Asafat a Josafat, Josafat a Joram, Joram a Ozías, Ozías a Joatam, Joatam a Acáz, Acáz a Ezequías, Ezequías engendró a Manasés, Manasés a Amós, Amós a Josías, Josías engendró a Jeconías y a sus hermanos, cuando el destierro de Babilonia.

Después del destierro de Babilonia, Jeconías engendró a Salatiel, Salatiel a Zorobabel, Zorobabel a Abiud, Abiud a Eliaquín, Eliaquín a Azor, Azor a Sadoc, Sadoc a Aquim, Aquim a Eliud, Eliud a Eleazar. Eleazar a Matán, Matán a Jacob y Jacob engendró a José, el esposo de María, de la cual nació Jesús, llamado Cristo.

Así, las generaciones de Abrahám a David fueron en total catorce; desde David hasta la deportación, catorce, y desde la deportación a Babilonia hasta el Mesías, catorce".

1. Para mucha gente en la actualidad, hay pocas cosas en la Biblia con menos significado que las listas de descendientes o antepasados. En esta genealogía de Mateo no se pretende presentar la lista histórica de los antepasados de Jesús, a partir de José. Lo que se pretende con esta lista de presuntos antepasados de Jesús es mostrar la significación que, con criterios bíblicos, se le puede atribuir a Jesús (M. D. Johnson, R. R. Wilson).

2. Hay que destacar dos cosas. 1) Esta genealogía está dividida en tres grupos de catorce antepasados cada uno. El primero recoge los antepasados anteriores a la monarquía, que va de Abrahán hasta David. El segundo enumera a los antepasados que pertenecieron al linaje de David que se reinaron en Jerusalén. El tercero enumera las catorce generaciones que se supone vivieron hasta la aparición en la historia del rey definitivo, el Mesías. 2) En esta genealogía, casi todos los nombres son de varones, menos cuatro que son de mujeres: Tamar, Rajab, Rut y Betsabé, la mujer

de Urías, con la que el rey David se relacionó mediante un adulterio. San Jerónimo destacó que el Evangelio no hace problema de recordar los antepasados escandalosos que tuvo Jesús. Además, estas cuatro mujeres eran extranjeras, cosa que recuerda Lutero.

3. Todo esto da pie a numerosas consideraciones bíblicas y espirituales. Lo más obvio es tomar conciencia de que el Evangelio no tiene dificultad en destacar que Jesús fue un hombre que, como los demás hombres, tuvo sus antepasados. Y además una historia que no fue en todo precisamente ejemplar. Dios, en Jesús, se humanizó totalmente y con todas las consecuencias. El Evangelio no se interesa por la humanidad "esencial" (ontológica) de Jesús, sino por su humanidad "histórica" (concreta), incluidas las limitaciones y miserias que se suelen dar en lo humano. También eso es importante para comprender el significado de Jesús.

Lc 1, 26-38

"En aquel tiempo, el ángel Gabriel fue enviado por Dios a una ciudad de Galilea, llamada Nazaret, a una virgen desposada con un hombre llamado José, de la estirpe de David; la virgen se llamaba María. El ángel, entrando a su presencia, dijo: "¡Alégrate, llena de gracias, el Señor está contigo, bendita tú entre las mujeres". Ella se turbó ante estas palabras, y se preguntaba qué saludo era aquél. El ángel le dijo: "No temas, María, porque has encontrado gracia ante Dios. Concebirás en tu vientre y darás a luz un hijo y le pondrás por nombre Jesús. Será grande, se llamará Hijo del Altísimo, el Señor Dios le dará el trono de David su padre, reinará sobre la casa de Jacob para siempre, y su reino no tendrá fin". Y María dijo al ángel: "¿Cómo será eso, pues no conozco varón?". El ángel le contestó: "El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y la fuerza del Altísimo te cubrirá con su sombra, por eso el santo que va a nacer se llamará Hijo de Dios. Ahí tienes a tu parienta Isabel que, a pesar de su vejez, ha concebido un hijo, y ya está de seis meses la que llamaban estéril, porque para Dios nada hay imposible". María contestó: "He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra". Y la dejó el ángel".

1. El *sitio*: lo que aquí se cuenta, tan trascendental para la humanidad, sucede en Galilea, la región de los que en Israel se tenían por ignorantes, impuros, con los que no había que relacionarse (M. Pérez Fernández). Era famoso el dicho de Yojanán ben Zakkai: "Galilea, Galilea, tú odias la *Toráh*". En un pueblo perdido, de un sitio así, acontece el hecho estremeceador, al que se refiere san Pablo, cuando afirma que Dios se despojó de su rango, se vació de sí mismo, y asumió la forma y presencia de un esclavo (Fil 2, 6-7). Dios ya no es como se lo representaron tantas generaciones durante siglos y siglos. Dios se pone en el último lugar. Para empezar, con su propia ejemplo, a decirnos que es verdad eso de que los primeros tienen que irse al último lugar. Se acabaron todos los motivos de orgullos, titulaciones, homenajes y privilegios.

2. La *persona*: central en el relato es María, una mujer desconocida y humilde, de la que se dice que era "virgen", una palabra que, en el judaísmo de aquel tiempo, designaba a una muchacha, desde su pubertad hasta su

primer alumbramiento. El relato de Lucas quiere destacar que el hecho prodigioso, que sucedió en María, es mucho más importante que el de su parienta Isabel. El texto no habla de la virginidad biológica de María, sino de su fidelidad total a Dios.

3. El mensaje: de María va a nacer el Mesías que esperaba Israel. Y mucho más de lo que esperaba. Este texto se escribió cuando ya se tenía conciencia de lo que dice san Pablo en Rom 1, 3-4: el hijo de David fue constituido, *“por su resurrección”*, Señor e Hijo de Dios. Aunque Lucas no conociera este texto de Pablo, lo que dice el texto era ya conocido en la Iglesia. Y por eso se le aplica aquí ya al niño que María llevó en sus entrañas durante nueve meses.

Lc 1, 5-25

“En tiempos de Herodes, rey de Judea, había un sacerdote, llamado Zacarías, del turno de Abías, casado con una descendiente de Aarón llamada Isabel. Los dos eran justos ante Dios, y caminaban sin falta según los mandamientos y leyes del Señor. No tenían hijos, porque Isabel era estéril, y los dos eran de edad avanzada. Una vez que oficiaba delante de Dios con el grupo de su turno, según el ritual de los sacerdotes, le tocó a él entrar en el santuario del Señor a ofrecer el incienso. Y se le apareció el ángel del Señor, de pie a la derecha del altar del incienso. Al verlo, Zacarías se sobresaltó y quedó sobrecogido de miedo. Pero el ángel le dijo: “No temas, Zacarías, porque tu ruego ha sido escuchado: tu mujer Isabel te dará un hijo y le pondrá por nombre Juan. Te llenarás de alegría y muchos se alegrarán de su nacimiento, pues será grande a los ojos del Señor: no beberá vino ni licor; se llenará del Espíritu Santo ya en el vientre materno, y convertirá muchos israelitas al Señor, su Dios. Irá delante del Señor, con el espíritu y el poder de Elías, para convertir los corazones de los padres hacia los hijos, y a los desobedientes a la sensatez de los justos, preparando para el Señor un pueblo bien dispuesto”. Zacarías replicó al ángel: “¿Cómo estaré seguro de eso? Porque yo soy viejo y mi mujer es de edad avanzada”. El ángel le contestó: “Yo soy Gabriel, que sirvo en presencia de Dios; he sido enviado a hablarte para darte esta buena noticia. Pero mira, guardarás silencio, sin poder hablar, hasta el día en que esto suceda, porque no has creído mis palabras, que se cumplirán en su momento”.

“El pueblo estaba esperando a Zacarías sorprendido de que tardase tanto en el santuario. Al salir no podía hablarles, y ellos comprendieron que había tenido una visión en el santuario. Él les hablaba por señas, porque seguía mudo. Al cumplirse los días de su servicio en el templo volvió a su casa. Días después concibió Isabel, su mujer, y estuvo sin salir cinco meses, diciendo: “Así me ha tratado el Señor cuando se ha dignado quitar mi afrenta ante los hombres”.

1. En los evangelios de la infancia de Jesús, se cuentan dos apariciones de ángeles, que anuncian dos nacimientos prodigiosos. La aparición a Zaca-

rias, para el nacimiento de Juan. Y la aparición a María, para el nacimiento de Jesús. Zacarías era sacerdote y aquella aparición ocurrió en lugar sagrado, el templo. María era laica y la aparición, que ella tuvo, ocurrió en lugar profano, un pueblo de Galilea.

2. La respuesta a ambas apariciones fue opuesta: Zacarías se resistió y no creyó, mientras que María aceptó y creyó. El sacerdote, el hombre sagrado, en el lugar sagrado y en el tiempo sagrado de la oración, no tuvo fe. La mujer del pueblo, en el lugar profano, tuvo fe. Eso es lo que Isabel elogió de su parienta María, la madre de Jesús (Lc 1, 45).

3 La consecuencia fue también opuesta: el sacerdote se quedó mudo (Lc 1, 20). La mujer del pueblo habló (Lc 1, 46). La venida de Jesús empieza a ser desconcertante y trastorna las situaciones establecidas: “lo sagrado” se queda sin palabra y no tiene nada que decir; mientras que “lo profano” toma la palabra y dice lo más elocuente. Se trata del “Magníficat”, en el que María explica también el trastorno asombroso que causa la venida de Jesús: los poderosos caen de sus tronos, al tiempo que los humildes son encumbrados (Lc 1, 52). La institución santa enmudece. La mujer humilde y desconocida dice maravillas. Las religiones, hasta entonces, habían marginado a las mujeres. A partir de la venida de Jesús, la mujer empieza a tener una presencia que antes no había tenido en la mayoría de las culturas.

20 DE DICIEMBRE - MARTES

FERIAS DE ADVIENTO

Lc 1, 26-38

En el sexto mes, el ángel Gabriel fue enviado por Dios a una ciudad de Galilea, llamada Nazaret, a una Virgen, desposada con un hombre llamado José, de la estirpe de David; la Virgen se llamaba María. El ángel, entrando en su presencia, dijo: “Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo, bendita tú entre las mujeres”. Ella se turbó ante estas palabras y se preguntaba qué saludo era aquél. El ángel le dijo: “No temas, María, porque has encontrado gracia ante Dios. Concebirás en tu vientre y darás a luz un hijo, y le pondrás por nombre Jesús. Será grande, se llamará Hijo del Altísimo, el Señor Dios le dará el trono de David su padre, reinará sobre la casa de Jacob para siempre y su reino no tendrá fin”. Y María dijo al ángel: “¿Cómo será eso, pues no conozco varón”. El ángel le contestó: “El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y la fuerza del Altísimo te cubrirá con su sombra, por eso el santo que va a nacer se llamará Hijo de Dios. Ahí tienes a tu parienta Isabel, que, a pesar de su vejez, ha concebido un hijo, y ya está de seis meses la que llamaban estéril, porque para Dios nada hay imposible”. María contestó: “Aquí está la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra”. Y la dejó el ángel”.

1. Lo que cuenta este relato fue el punto de partida del cambio más asombroso que se ha producido en la historia de las tradiciones religiosas de la humanidad. Se trata, ni más ni menos, que de la “encarnación de Dios”. El Trascendente se hace visible, tangible, audible (cf. 1 Jn 1, 1) en lo inmanente. El que nadie había visto jamás (Jn 1, 18) se hace tan visible y patente como lo era Jesús para quienes convivían con él (Jn 14, 8-11). Hasta que ocurrió lo que aquí se cuenta, la gente que creía en el mono-teísmo pensaba que Dios era invariablemente el *Absolutamente-Otro*, y por tanto el “Eterno Desconocido”. La “trascendencia” (Dios) y la “inmanencia” (el ser humano) eran radicalmente distintas y estaban absolutamente separadas.

2. Así las cosas, los pueblos que creían en un solo Dios, se lo imaginaban como podían y, a veces, como les convenía. Además, lo veían como el *Ab-soluto*. De ahí nació el Dios nacionalista y xenófobo. Y sobre todo el Dios *Absoluto*, que legitima las verdades absolutas, las normas intocables y la

sumisión total a la religión. Un Dios así, acrecentó la *intolerancia* y, con ella, la *violencia inapelable*.

3. La asombrosa novedad, que vino al mundo con la encarnación de Dios en Jesús, es que Dios se humaniza, se despoja de su rango y se hace como uno de tantos (Fil 2, 7). A Dios lo conocemos, lo vemos, en un ser humano, en su entrañable sencillez y en su bondad sin límites. De forma que toda agresión a lo humano es agresión a Dios. Más aún: a partir de la encarnación de Dios, lo más fuerte es que Dios se identifica con la realidad de este mundo. De ahí, la impresionante propuesta de Dietrich Bonhoeffer: "Vivir en la plenitud de las tareas, problemas, éxitos y fracasos, experiencias y perplejidades, en eso es cómo uno se arroja por completo en los brazos de Dios".

21 DE DICIEMBRE - MIÉRCOLES

FERIAS DE ADVIENTO

Lc 1, 39-45

"Unos días después, María se puso en camino y fue aprisa a la mañana, a un pueblo de Judá; entró en casa de Zacarías y saludó a Isabel. En cuanto Isabel oyó el saludo de María, saltó la criatura en su vientre. Se llenó Isabel del Espíritu Santo y dijo a voz en grito: "¿Quién soy yo para que me visite la madre de mi Señor? En cuanto tu saludo llegó a mis oídos, la criatura saltó de alegría en mi vientre. ¡Dichosa tú, que has creído!, porque lo que te ha dicho el Señor se cumplirá".

1. Este episodio está situado entre dos anuncios angélicos de concepciones (la de Isabel y la de María) y dos relatos de nacimientos (el de Juan y el de Jesús). Y sirve para unir a los personajes de ambos relatos, mostrando sobre todo la posición subordinada de Juan Bautista respecto a Jesús (R. E. Brown). Fue una preocupación del cristianismo naciente el destacar la superioridad de Jesús respecto a Juan. Porque se sabe que los discípulos de Juan se mantuvieron fieles a su bautismo y doctrina durante bastante tiempo (cf. Hech 19, 4). De ahí la preocupación de los seguidores de Jesús.

2. ¿Qué se destaca aquí en Jesús? Causa la admiración y la conciencia de pequeñez en Isabel, que era de la familia de Aarón (Lc 1, 5), la más importante de las familias sacerdotales. Lucas apunta ya la mayor importancia del laicado sobre el sacerdocio. Al acercarse Jesús, Juan salta de alegría en el seno materno. Lo primero que provocó la proximidad de Jesús fue una enorme alegría. Es decir, la alegría es signo indicativo de la cercanía de Jesús. Y, sobre todo, la llegada de Jesús a casa de Isabel lleva consigo la plenitud de la presencia del Espíritu Santo en aquella mujer y en aquella casa.

3. Jesús, ya antes de nacer y en el seno materno, se pone en camino, va a toda prisa, para dar alegría y, más que nada, para transmitir Espíritu. Los signos de la presencia de Jesús en la vida son la prontitud para ponerse en camino, para transmitir felicidad, para enaltecer a las mujeres, para destacar que ya "lo sagrado" no ocupa una posición superior a "lo laico". La cercanía de Jesús anuncia ya cambios muy profundos en la tradicional forma de entender y vivir la religiosidad.

Lc 1, 46-56

“En aquel tiempo, María dijo: “Proclama mi alma la grandeza del Señor, se alegra mi espíritu en Dios, mi salvador; porque ha mirado la humillación de su esclava. Desde ahora me felicitarán todas las generaciones, porque el Poderoso ha hecho obras grandes por mí: su nombre es santo. Y su misericordia llega a sus fieles de generación en generación. Él hace proezas con su brazo: dispersa a los soberbios de corazón, derriba del trono a los poderosos y enaltece a los humildes, a los hambrientos los colma de bienes y a los ricos los despide vacíos. Auxilia a Israel, su siervo, acordándose de la misericordia –como lo había prometido a nuestros padres–, en favor de Abrahán y su descendencia para siempre. María se quedó con Isabel unos tres meses y después volvió a su casa”.

1. Sea cual sea el origen histórico de este himno, lo que interesa es saber que el evangelio pone en boca de María el sentimiento de alabanza a Dios. Sólo ese sentimiento, aunque ella se veía como una “esclava humillada”. Mucha gente, cuando se ve así, se desespera y hasta maldice la hora en que nació. María era una mujer en la que no había ni desesperación, ni amargura, ni resentimiento. ¿Por qué?

2. Porque María no cree en el Dios terrible, amenazante y violento que aparece muchas veces en la Biblia. María sólo cree en el Dios de la misericordia. Según es el Dios que da sentido a nuestra vida, así son los sentimientos que cada cual alimenta y contagia a los demás. La gente religiosa, que juzga, rechaza y desprecia, demuestra así que cree en un Dios que nada tiene que ver con el Evangelio.

3. El problema preocupante, que plantea el *Magnificat*, está en que nuestro comportamiento en la vida no coincide con el proyecto de Dios. Dios quiere cambiar por completo las situaciones (sociales y económicas) establecidas. Pero nosotros no colaboramos con su proyecto, sino que hacemos (con demasiada frecuencia) lo contrario. Por eso los soberbios, poderosos y ricos siguen en sus tronos, mientras que los humildes y hambrientos aumentan cada día. La Navidad es así una invitación, un reclamo, una voz que grita en el desierto, entre tanto consumismo y deseos de disfrute, para que aceptemos que el sistema de este “orden” es un profundo “desorden”.

Lc 1, 57-66

“A Isabel se le cumplió el tiempo y dio a luz un hijo. Se enteraron sus vecinos y parientes de que el Señor le había hecho una gran misericordia y la felicitaban. A los ocho días fueron a circuncidar al niño, y lo llamaban Zacarías, como a su padre. La madre intervino diciendo: “No, se va a llamar Juan”. Le replicaron: “Ninguno de tus parientes se llama así”. Entonces preguntaron por señas al padre cómo quería que se llamase. Él pidió una tablilla y escribió: “Juan es su nombre”. Todos se quedaron extrañados. Inmediatamente se le soltó la boca y la lengua y empezó a hablar bendiciendo a Dios. Los vecinos quedaron sobrecogidos, y corrió la noticia por toda la montaña de Judea. Y todos los que lo oían reflexionaban diciendo: “¿Qué va a ser este niño?” Porque la mano de Dios estaba con él”.

1. El nacimiento de Juan prepara el nacimiento de Jesús. Juan recibió la circuncisión, como también Jesús. Así queda claro que ambos, no sólo nacieron en el pueblo de Israel, sino además que pertenecían a la religión de Israel. Pero los dos –cada uno en su papel– no se limitaron a ser meros “cumplidores” de aquella religión, sino que fueron audaces “innovadores”.

2. La primera innovación, en el caso de Juan, fue el nombre. No le llamaron Zacarías, como esperaba la gente, sino Juan, que significa “Yahvé es clemente”. Ya en Juan Bautista se esboza una nueva imagen de Dios. La clemencia, y no la rigidez o la condena, es lo que caracteriza al Dios que se anuncia en Juan y precede a Jesús.

3. Juan nació en una familia en la que el padre (Zacarías) era sacerdote. Y la madre (Isabel) era de la familia de Aarón (Lc 1, 5), la principal familia sacerdotal de Israel. Es decir, Juan pertenecía al clero judío por los cuatro costados. Y sin embargo, Juan no se fue al templo, sino al desierto (Lc 1, 80). Ya con eso anunció que la salvación no viene ni del clero ni del templo, sino de donde menos se imagina la gente. Con frecuencia, Dios nos habla donde menos esperamos y de la forma que menos podemos imaginar. Lo que importa, en la vida del creyente, es la atención a los signos de la presencia de Dios. Y, sobre todo, la apertura de corazón para estar dispuesto a escuchar a Dios en todo y en todos.

Lc 1, 67-79

“En aquel tiempo, Zacarías, padre de Juan, lleno del Espíritu Santo, profetizó diciendo: “Bendito sea el Señor, Dios de Israel, porque ha visitado y redimido a su pueblo, suscitándonos una fuerza de salvación en la casa de David, su siervo, según lo había prometido desde antiguo por boca de sus santos profetas. Es la salvación que nos libra de nuestros enemigos y de la mano de todos los que nos odian; realizando la misericordia que tuvo con nuestros padres, recordando su santa alianza y el juramento que juró a nuestro padre Abrahán. Para concedernos que, libres de temor, arrancados de la mano de los enemigos, le sirvamos en santidad y justicia, en su presencia todos nuestros días. Y a ti, niño, te llamarán profeta del Altísimo, porque irás delante del Señor, a preparar sus caminos, anunciando a su pueblo la salvación, el perdón de los pecados. Por la entrañable misericordia de nuestro Dios, nos visitará el sol que nace de lo alto, para iluminar a los que viven en tinieblas y en sombra de muerte, para guiar nuestros pasos por el camino de la paz”.

1. Zacarías había estado mudo varios meses. Cuando pudo hablar, no se quejó. Ni le pidió explicaciones a Dios. Lo primero que hizo fue bendecir al Señor. Zacarías veía el lado positivo de la vida. No se lamentaba de los males que le sobrevenían. Y agradecía los bienes de los que disfrutaba. Zacarías era un hombre bueno. Y esa bondad se manifestaba, ante todo, en que lo primero que veía era lo positivo que tiene la vida de cada día. Era un hombre de Espíritu, motivado por buenos deseos. En todo esto, Zacarías es un ejemplo a seguir; y una buena lección que es importante aprender.

2. Pero con frecuencia ocurre que también las buenas personas, quizá sin darse cuenta de lo que les pasa, abrigan sentimientos equivocados o torcidos. Zacarías creía en un Dios nacionalista, para el que son enemigos los enemigos que odian a un pueblo determinado. Para Zacarías, los enemigos de Israel eran enemigos de Dios. Y es que, con frecuencia, las religiones dividen, separan y hasta enfrentan a los pueblos y a las personas. En los evangelios, páginas adelante, veremos que el Dios de Jesús no es así. Porque Jesús fue el primero que mostró una ejemplar predilección

por los extranjeros y extraños en general. El Dios de Jesús no es nacionalista y, menos aún, xenófobo.

3. Como decimos que Dios es trascendente y, por tanto no está a nuestro alcance, cada pueblo, cada nación, cada grupo humano y cada individuo se lo imagina como puede o quizá como le conviene. Por eso hay tanta gente, que son buenas personas y, sin embargo, creen en un Dios que se identifica con los de mi país, los de mi partido o los de mi grupo. Y rechaza a mis enemigos o a los que me odian. Todo esto entraña una lección fuerte, dura, que da que pensar. Se trata de que, a veces, las personas religiosas, los que son vistos como los “buenos”, utilizan a Dios como un argumento o un motivo que favorece sus intereses y mantiene sus privilegios. Esto hace mucho daño a la religión y a las personas religiosas.

Misa de medianoche: Lc 2, 1-14

“En aquel tiempo salió un decreto del emperador Augusto, ordenando hacer un censo del mundo entero. Este fue el primer censo que se hizo siendo Cirino gobernador de Siria. Y todos iban a inscribirse, cada cual a su ciudad. También José, que era de la casa y familia de David, subió desde la ciudad de Nazaret en Galilea a la ciudad de David, que se llama Belén, para inscribirse con su esposa María, que estaba encinta. Y mientras estaban allí le llegó el tiempo del parto y dio a luz a su hijo primogénito, lo envolvió en pañales y lo acostó en un pesebre, porque no tenían sitio en la posada. En aquella región había unos pastores que pasaban la noche al aire libre, velando por turno su rebaño. Y un ángel del Señor se les presentó: la gloria del Señor los envolvió de claridad y se llenaron de gran temor. El ángel les dijo: “No temáis, os traigo la buena noticia, la gran alegría para todo el pueblo: hoy, en la ciudad de David, os ha nacido un Salvador: el Mesías, el Señor. Y aquí tenéis la señal: encontraréis un niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre”. De pronto, en torno al ángel, apareció una legión del ejército celestial, que alababan a Dios, diciendo: “Gloria a Dios en el cielo y en la tierra paz a los hombres que Dios ama”.

1. Lo que interesa, en este relato, no son los datos históricos, sino el mensaje religioso. No está demostrado que Jesús naciera el 25 de diciembre. Ni que fuera en Belén porque no se sabe nada del censo de Augusto. Lo más probable es que todo eso es un montaje para justificar que Jesús nació en la ciudad del rey David (Belén). Seguramente Jesús nació en su pueblo, Nazaret. Por eso le llamaron siempre “el Nazareno” (Mt 2, 23; 21, 11; Mc 1, 9; Lc 1, 26; 2, 4. 39. 51; Jn 1, 45 s; Hech 10, 38). Incluso a los cristianos se les llamó “la secta de los nazarenos” (Hech 24, 5). El cristianismo nació como un movimiento ligado, no a la realeza de Judea, sino al pueblo sencillo de Galilea.

2. El dato capital que el relato destaca es que Jesús entra en la historia vinculado, no sólo a la pobreza e incluso a la marginación, sino sobre todo a la exclusión. La señal que dan los ángeles, para encontrar a Jesús, no está entre los pobres, sino entre las bestias. Jesús deja claro, desde el

primer instante de su vida en este mundo, que la salvación está vinculada a lo último, a lo marginal, a lo excluido. ¿Qué significa esto?

3. Significa, ante todo, que en el mundo hay salvación en la medida en que nos acercamos a lo excluido, a lo que nadie quiere acercarse y con lo que nadie quiere solidarizarse. Jesús tomó en serio, desde el primer instante, que los últimos tienen que ser los primeros. Porque en los últimos es donde se encuentra “lo mínimamente humano”, lo que es común a todos los seres humanos, aquello en lo que todos coincidimos y somos iguales. En lo mínimamente humano está lo que nos une, no lo que nos divide. La “buena noticia”, la “gran alegría”, la clave de la felicidad no se encuentra en lo que nos separa y nos distancia, sino en lo que nos funde en la unidad. La felicidad está donde se encuentra lo más entrañablemente humano (un niño en pañales), esté donde esté, aunque se le encuentre donde menos podemos imaginarlo.

Jn 1, 1-18

"En el principio ya existía la Palabra, y la Palabra estaba junto a Dios, y la Palabra era Dios. La Palabra en el principio estaba junto a Dios. Por medio de la Palabra se hizo todo, y sin ella no se hizo nada de lo que se ha hecho. En la Palabra había vida, y la vida era la luz de los hombres. La luz brilla en la tiniebla, y la tiniebla no la recibió. Surgió un hombre enviado por Dios, que se llamaba Juan: éste venía como testigo, para dar testimonio de la luz, para que por él todos vinieran a la fe. No era él la luz, sino testigo de la luz. La palabra era la luz verdadera, que alumbraba a todo hombre. Al mundo vino y en el mundo estaba; el mundo se hizo por medio de ella, y el mundo no la conoció. Vino a su casa, y los suyos no la recibieron. Pero a cuantos la recibieron, les da poder para ser hijos de Dios, si creen en su nombre. Estos no han nacido de sangre, ni de amor carnal, ni de amor humano, sino de Dios. Y la palabra se hizo carne, y acampó entre nosotros, y hemos contemplado su gloria: gloria propia del hijo único del Padre, lleno de gracia y de verdad. Juan da testimonio de él y grita diciendo: "Éste es de quien dije: el que viene detrás de mí pasa delante de mí, porque existía antes que yo". Pues de su plenitud todos hemos recibido gracia tras gracia: porque la ley se dio por medio de Moisés, la gracia y la verdad vinieron por medio de Jesucristo. A Dios nadie lo ha visto jamás: el Hijo único, que está en el seno del Padre, es quien lo ha dado a conocer".

1. Según este himno del IV evangelio, Dios se nos presenta como "Palabra", es decir, como comunicación, explicación. Toda palabra comunica o explica algo. Este himno nos viene a decir que Dios se nos comunica y se nos explica en Jesús. Algo asombroso. Porque acabamos de oír, en la misa de medianoche, que Jesús se presentó como el ser más abandonado y débil. Así se nos comunica Dios. Y eso es lo que Dios nos dice de Sí mismo. El problema, que presenta este himno, está en que utiliza un término tomado del pensamiento griego. Con lo que la historia sencilla del "niño" quedó absorbida por la filosofía especulativa del "Logos" griego. Con el paso de los siglos, esto dio pie a una teología sobre Cristo demasiado

alejada de la mentalidad del pueblo y de lo que puede entender la gente sencilla.

2. Esta "Palabra", este "Lógos", "se hizo carne". La encarnación de Dios en Jesús significa que Dios se despoja de todo su poder y autoridad. Es el vaciamiento de Dios (Fil 2, 7), que se funde con lo humano. Dios salva despojándose, despojándose, privándose de medios, poderes y dignidades. Hay futuro y esperanza, no en la exaltación y aumento del poder, sino en la dignificación de lo humano. He aquí la gran lección de la Navidad.

3. "A Dios nadie lo ha visto jamás". Dios está fuera de lo que nosotros podemos conocer. Desde el momento en que decimos que lo conocemos, eso que conocemos ya no es Dios, sino un "objeto" que nosotros elaboramos. Lo que nosotros podemos conocer de Dios es lo que se nos ha revelado en el niño "envuelto en pañales y acostado en un pesebre". La grandeza de Dios es la grandeza de este niño, que no tiene otra grandeza que la grandeza de su humanidad.

Mt 10, 17-22

"En aquel tiempo, dijo Jesús a sus apóstoles: "No os fiéis de la gente, porque os entregarán a los tribunales, os azotarán en las sinagogas y os harán comparecer ante gobernadores y reyes, por mi causa; así daréis testimonio ante ellos y ante los gentiles. Cuando os arresten no os preocupéis de lo que vais a decir o de cómo lo diréis: en su momento se os sugerirá lo que tenéis que decir; no seréis vosotros los que habléis, el Espíritu de vuestro Padre hablará por vosotros. Los hermanos entregarán a sus hermanos para que los maten, los padres a los hijos; se rebelarán los hijos contra los padres y los matarán. Todos os odiarán por mi nombre; el que persevere hasta el final se salvará".

1. Cuando uno se convence en serio de que Dios es como el "Niño acostado en el pesebre", es seguro que, entonces, el que está convencido de eso se verá metido en situaciones inesperadas, probablemente peligrosas, y puede ser que muy peligrosas. Porque un Dios así no interesa. Y pone nerviosos a gobernantes y mandatarios, a los jefes de las sinagogas y a los dirigentes de la religión. A los de entonces y a los de ahora. Esta historia empezó con Esteban, asesinado por los sacerdotes y por el fariseo Saulo, que estaba allí (Hech 7, 1 - 8, 1).

2. Así las cosas, lo primero que hay que superar es el miedo. Y vencer los fantasmas de la inevitable preocupación que sobreviene al que toma en serio el Evangelio. Porque uno no sabe qué decir. Y tiene el peligro de recortar su propia libertad. Cuando uno se ve así, es seguro que el Espíritu pone palabras, en la boca, ante las que ningún poder tiene respuesta. El problema está en que entonces al poder sólo le queda la fuerza. Y eso es muy peligroso.

3. Pero lo peor de todo es cuando el poder se disfraza de religión que rompe los lazos de la carne. Y divide y enfrenta a los hermanos, a los padres y a los hijos, hasta crear odio entre ellos. Es la religión que genera intolerancia hasta el extremo de despreciar al que no piensa y vive "como Dios manda", aunque eso le cueste a tu hermano sentirse solo y despreciado. Es la religión que destroza a todo el que no se somete al modelo oficial. Esto justamente es lo que le sucedió a Esteban. El era el líder de los cristinos de habla griega (Hech 6, 5). Y no comulgaba con la religiosidad de los judíos más aferrados a la Ley y al Templo (Hech 7, 48-53). A Esteban le pasó lo mismo que a Jesús: su libertad frente a la religión más fanática y tradicional le costó la vida. La Religión de los más intolerantes e integristas no tolera libertades. Ni quiere cambios. Ni dialoga con la cultura. Esto sobre todo es lo que nos enseña la muerte de Esteban.

Jn 20, 2-8

"El primer día de la semana, María Magdalena echó a correr y fue donde estaba Simón Pedro y el otro discípulo, a quien tanto quería Jesús, y les dijo: "Se han llevado del sepulcro al Señor y no sabemos dónde lo han puesto". Salieron Pedro y el otro discípulo camino del sepulcro. Los dos corrían juntos, pero el otro discípulo corría más que Pedro, se adelantó y llegó primero al sepulcro y, asomándose, vio las vendas en el suelo, pero no entró. Llegó también Simón Pedro detrás de él y entró en el sepulcro: vio las vendas en el suelo y el sudario con que le habían cubierto la cabeza, no por el suelo con las vendas, sino enrollado en un sitio aparte. Entonces entró también el otro discípulo, el que llegó primero al sepulcro; vio y creyó".

1. El autor del cuarto evangelio no es el apóstol Juan, el hijo de Zebedeo. El autor de este evangelio fue "el discípulo amado" (Jn 21, 24), que no podía ser un modesto pescador de Galilea. ¿En qué cabeza cabe que un modesto pescador galileo fuera un "conocido del Sumo Sacerdote"? (Jn 18, 15-16). El autor fue un cristiano desconocido de la segunda o tercera generación cristiana (J. Zumstein).

2. La Iglesia, que recuerda estos días el pesebre del nacimiento, recuerda también el sepulcro de la muerte. Jesús, que nació en dificultades, terminó su vida asesinado como un malhechor. El Evangelio se compuso a base de "relatos", no como una serie de "teorías". El Evangelio no es "filosofía del ser" divino del Señor, sino "recuerdo del acontecer". El acontecer humano de un hombre bueno y libre que luchó por la libertad de quienes sufren, especialmente los oprimidos. Una libertad que nunca fue caprichosa, sino que siempre estuvo al servicio de la misericordia.

3. El "recuerdo" que nos propone el Evangelio es tan subversivo que el discípulo, "a quien tanto quería Jesús", no creía en lo que aquello significaba. Sólo cuando llegó al sepulcro y vio lo que vio, entonces creyó. Es decir, se convenció de que quien cree que Jesús es "solución", por eso "tiene vida unido a él" (Jn 20, 31). Posiblemente, en el fondo de este pasaje, se oculta una probable rivalidad que existió entre Juan y Pedro. Así piensan no pocos especialistas de este evangelio (cf. M. Hengel). Lo que daría pie a dos modelos de cristianismo: uno, más jerárquico, el de Pedro; otro, más basado en el el mandado central del amor, el del IV evangelio.

Lc 2, 22-40

“Cuando se marcharon los magos, el ángel del Señor se apareció en sueños a José y le dijo: “Levántate, coge al niño y a su madre y huye a Egipto; quédate allí hasta que yo te avise, porque Herodes va a buscar al niño para matarlo”. José se levantó, cogió al niño y a su madre, de noche, se fue a Egipto y se quedó hasta la muerte de Herodes. Así se cumplió lo que dijo el Señor por el profeta: “Llamé a mi hijo, para que saliera de Egipto”. Al verse burlado por los magos, Herodes montó en cólera y mandó matar a todos los niños de dos años para abajo, en Belén y sus alrededores, calculando el tiempo por lo que había averiguado de los magos. Entonces se cumplió el oráculo del profeta Jeremías: “Un grito se oye en Ramá, llanto y lamentos grandes, es Raquel que llora por sus hijos, y rehúsa el consuelo, porque ya no viven”.

1. Los estudiosos del evangelio de Mateo están generalmente de acuerdo en que este relato no es histórico. Ni la crueldad (bien conocida) de Herodes; ni el hecho de que Egipto fuera el lugar a donde escaparan los israelitas perseguidos por las autoridades, nada de eso es una prueba suficiente para demostrar que esto sucedió tal como lo relata aquí el texto de Mateo (Ulrich Luz; A. Schall). Tampoco tiene explicación el hecho de por qué Herodes esperó hasta dos años para ejecutar aquella cruel matanza que habría dañado gravemente su imagen como gobernante.

2. Sin duda, lo que interesa hoy al creyente, cuando lee este extraño y sangriento episodio, es la enseñanza humana y religiosa que en él se nos da. Se trata, ante todo, de la enseñanza según la cual Jesús, apenas apareció en este mundo y entró en la historia de la humanidad, fue visto como una amenaza, un grave peligro, para los poderes tiránicos de esta tierra, en la que suelen tener el máximo poder quienes llevan en sí el germen de la máxima maldad. Es algo que ha ocurrido demasiadas veces en la historia.

3. La Navidad nos recuerda el dolor, el peligro, la violencia y la muerte que sufren tantos niños. Lo han sufrido a lo largo de los tiempos. Y lo siguen sufriendo en la actualidad. La Iglesia y los creyentes hacemos bien cuando nos ponemos de parte de la vida de los no nacidos y en contra del

aborto. Pero, ¿por qué la Iglesia y los cristianos hemos sido tan permisivos con los abusos sexuales contra los menores? ¿por qué se ha permitido la venta y el negocio de niños recién nacidos? ¿por qué no se protege mejor a los más inocentes, los más débiles, los más abandonados? Los seres humanos que merecen más respeto, protección y cariño son los más pequeños. ¿Hasta dónde llega nuestra sensibilidad en este sentido?

Lc 2, 22-35

"Cuando llegó el tiempo de la purificación, según la ley de Moisés, llevaron a Jesús a Jerusalén para presentarlo al Señor, de acuerdo con lo escrito en la Ley del Señor: 'Todo primogénito varón será consagrado al Señor'. Y para entregar la ofrenda, como dice la Ley del Señor: 'un par de tórtolas y dos pichones'. Vivía entonces en Jerusalén un hombre llamado Simeón, hombre honrado y piadoso, que aguardaba el consuelo de Israel; y el Espíritu Santo moraba en él. Había recibido un oráculo del Espíritu Santo: que no vería la muerte antes de ver al Mesías del Señor. Impulsado por el Espíritu Santo fue al Templo. Cuando entraban con el niño Jesús, sus padres, para cumplir con él lo previsto por la Ley, Simeón lo tomó en brazos y bendijo a Dios diciendo: 'Ahora, Señor, según tu promesa puedes dejar a tu siervo irse en paz; porque mis ojos han visto a tu Salvador, a quien has presentado ante todos los pueblos: luz para alumbrar a las naciones, y gloria de tu pueblo, Israel'.

Su padre y su madre estaban admirados por lo que se decía del niño. Simeón los bendijo diciendo a María, su madre: 'Mira: éste está puesto para que muchos en Israel caigan y se levanten; será como una bandera discutida: así quedará clara la actitud de muchos corazones. Y a ti, una espada te traspasará el alma'.

1. Jesús nació en una familia judía. Fue educado en la religión de Israel. Recibió, practicó e integró en su vida los rituales, las normas, las costumbres de aquella sociedad y de aquella religión. Nada de eso, sin embargo, marcó y determinó para siempre su forma de entender a Dios, ni su experiencia religiosa, ni sus costumbres o sus criterios éticos y prácticas de moralidad. Jesús fue un "judío marginal". Los sociólogos dicen que su forma de vivir constituyó una "conducta desviada". ¿Por que Jesús no se sometió sin condiciones a la religión de su pueblo y de su tiempo?

2. Con frecuencia, la religión se antepone a la revelación. Y hasta puede suceder que la religión llegue a constituirse en una forma de "negación de la revelación". En tal caso, la religión puede llegar a ser una forma piadosa de "increencia" (K. Barth). Es lo que ocurre cuando alguien da más importancia a las prácticas religiosas que al espíritu y a la letra del

Evangelio. Para mucha gente, los ritos tienen más importancia que las bienaventuranzas. La vida de Jesús es el caso más claro de la superación de este peligro.

3. Además, la religión, que es "respeto a lo sagrado", entraña también las "prohibiciones que impone lo sagrado" (el "tabú") (Mircea Eliade). Por eso, tantas veces y en tantas cosas, "lo sagrado" se antepone y se superpone a "lo humano". De ahí, la violencia de la religión, que causa tantos sufrimientos. Por esto, sobre todo, Jesús quiso "humanizar" la religión. Toda agresión a lo humano es anti-religiosa y anti-divina.

Lc 2, 36-40

"En aquel tiempo, había una profetisa, Ana, hija de Fanuel, de la tribu de Aser. Era una mujer muy anciana. De jovencita había vivido siete años casada, y llevaba ochenta y cuatro de viuda; no se apartaba del Templo día y noche, sirviendo a Dios con ayunos y oraciones. Acercándose en aquel momento, daba gracias a Dios y hablaba del niño a todos los que aguardaban la liberación de Israel. Y cuando cumplieron todo lo que prescribía la Ley del Señor se volvieron a Galilea, a su ciudad de Nazaret. El niño iba creciendo y robusteciéndose, y se llenaba de sabiduría, y la gracia de Dios lo acompañaba".

1. La devoción, la piedad, el fervor religioso de la profetisa Ana es ejemplar: siempre en el Templo, dedicada a la oración, mortificándose con ayunos. Y así, durante más de ochenta años. Cuando la piedad religiosa es auténtica, produce personas ejemplares, profundamente buenas. Necesitamos cultivar el espíritu, la paz interior, la oración. Así nos liberamos de las tensiones y el desgaste que producen los afanes de la vida.

2. La oración, la contemplación, el silencio interior, en el sosiego de un espacio adecuado, ya sea el templo, ya sea la soledad del campo o la montaña, nos rehacen, nos liberan de crispaciones y ansiedades. Y así se ponen las condiciones para ver y enjuiciar nuestros problemas como realmente son, no como nos los imaginamos. No sólo las personas religiosas, sino la gente en general, la sociedad, necesita espacios de silencio y paz, lugares de sosiego y reflexión, que nos liberen de la crispación diaria y de las tensiones frecuentes que nos impone el trabajo y la convivencia.

3. La oración y la austeridad han sido, durante miles de años, mediaciones privilegiadas para el encuentro de cada cual con su verdadera humanidad. Y, mediante eso, para el encuentro con Dios. La oración y la austeridad fueron determinantes para Jesús, hasta el momento mismo de su muerte.

Jn 1, 1-18

"En el principio ya existía la Palabra, y la Palabra estaba junto a Dios, y la Palabra era Dios. La Palabra en el principio estaba junto a Dios. Por medio de la Palabra se hizo todo, y sin Ella no se hizo nada de lo que se ha hecho. En la Palabra había vida, y la vida era la luz de los hombres. La luz brilla en la tiniebla, y la tiniebla no la recibe. Surgió un hombre enviado por Dios, que se llamaba Juan: éste venía como testigo, para dar testimonio de la luz, para que por él todos vinieran a la fe. No era él la luz, sino testigo de la luz. La Palabra era la luz verdadera, que alumbra a todo hombre. Al mundo vino, y en el mundo estaba; el mundo se hizo por medio de ella, y el mundo no la conoció. Vino a su casa, y los suyos no la recibieron. Pero a cuantos la recibieron les dio poder para hacerse hijos de Dios, a los que creen en su nombre; los cuales no han nacido de sangre, ni de deseo carnal, de deseo de hombre, sino de Dios. La Palabra se hizo carne, y acampó entre nosotros, y hemos visto su gloria, gloria que recibe del Padre como Hijo único, lleno de gracia y de verdad. Juan da testimonio de Él y grita diciendo: "Éste es de quien dije: el que viene detrás de mí pasa delante de mí, porque existía antes que yo". Pues de su plenitud todos hemos recibido gracia tras gracia, porque la Ley se dio por medio de Moisés, la gracia y la verdad vinieron por medio de Jesucristo. A Dios nadie lo ha visto jamás: el Hijo único, que está en el seno del Padre, es quien lo ha dado a conocer".

1. Por más cierta que pueda ser la teoría científica del Big Bang (sobre el origen del Universo), el evangelio de Juan dice que todo lo que existe tiene su origen en Cristo. Y todo tiene, desde su primer origen, como finalidad a Cristo (Col 1, 16-17). La teología no es una teoría científica, sino un mensaje religioso. Según este mensaje, todo lo que existe (desde que existe) se orienta a Jesús, el Señor. Lo natural está fundido con lo sobrenatural, lo humano con lo divino. Lo "meramente natural" (la "naturaleza pura", según decían los antiguos teólogos escolásticos) nunca ha existido. Ni sabemos lo que eso puede ser.

2. Todo lo que es verdaderamente natural y humano nos lleva a Dios y nos acerca a Dios. El trabajo, el descanso, los quehaceres y relaciones de

los humanos, los gozos y disfrutes de la vida, todo lo que es verdaderamente humano, es por eso mismo divino. Así es en nosotros la presencia de lo *sobrenatural* (H. De Lubac, K. Rahner...), aunque el sujeto humano tenga otras creencias o no tenga creencias religiosas.

3. Las leyes religiosas fueron dadas por Moisés y por otros muchos fundadores de religiones. Las religiones son buenas y convenientes en la medida en que nos ayudan a ser más humanos, que eso, en definitiva, es la "gracia" y la "verdad" que nos da Jesús, el Dios humanado. Es un error pensar que solamente "lo religioso" es lo que nos acerca a Dios. A Dios nos lleva todo lo que es verdaderamente humano. Y lo que nos hace más humanos.

1 DE ENERO - DOMINGO

SANTA MARÍA MADRE DE DIOS

Lc 2, 16-21

"En aquel tiempo los pastores fueron corriendo y encontraron a María y a José y al Niño acostado en el pesebre. Al verlo, les contaron lo que habían dicho de aquel niño. Todos los que lo oían se admiraban de lo que decían los pastores. Y María conservaba todas estas cosas, meditando en su corazón. Los pastores se volvieron dando gloria y alabanza a Dios por lo que habían visto y oído, todo como les habían dicho.

Al cumplirse los ocho días, tocaba circuncidar al niño, y le pusieron por nombre Jesús, como lo había llamado el ángel antes de su concepción".

1. Si María es la madre de Dios, lo primero que lógicamente nos dice la Iglesia, al empezar el año nuevo, es que Dios tiene madre. Y la tiene porque Dios se nos da a conocer y se nos hace presente en Jesús. Por tanto, en Jesús, Dios se ha humanizado, es decir, se ha despojado de su rango, de su poder y su gloria, y se ha hecho como uno de tantos (Fil 2, 7).

2. Lo primero que aprendemos en el año nuevo es que Dios no quiere ni rangos, ni categorías, ni pedestales de gloria, que separan, distinguen, dividen, alejan y hasta enfrentan. Dios es el primero que da ejemplo de este abajamiento. Y nos dice que el camino para ser como Él quiere no es endiosarse, sino humanizarse. Pero no sólo eso. Además de eso, al humanizarse en Jesús, Dios se hace presente y se nos comunica, no sólo en "lo sagrado", en "lo religioso", en "lo santo". Antes que en nada de eso, Dios se nos da en "lo laico". Y a Dios lo encontramos en "lo profano", es decir, en lo que es común a todos, en donde nos encontramos todos y es propio de todos los seres humanos. Antes que los privilegios de lo sagrado está el respeto a lo laico.

3. Dios, en Jesús, tuvo una madre. Una sencilla y humilde mujer de Nazaret. María educó a Jesús, como todas las madres educan a sus hijos. María educó la sensibilidad de Jesús, su bondad, su fortaleza y también su libertad. Si Jesús fue tan admirable que, siendo como fue, nos reveló a Dios, ¡qué mujer y qué madre tan admirable fue María para poder educar así a Jesús!

Jn 1, 19-28

"Éste es el testimonio de Juan, cuando los judíos enviaron desde Jerusalén sacerdotes y levitas a Juan a que le preguntaran: "¿Tú quién eres?" Él confesó sin reservas: "Yo no soy el Mesías". Le preguntaron: "¿Entonces, qué? ¿Eres tú Elías?". Él dijo: "No lo soy". "¿Eres tú el Profeta?". Respondió: "No". Y le dijeron: "¿Quién eres? Para que podamos dar una respuesta a los que nos han enviado, ¿qué dices de ti mismo?". Él contestó: "Yo soy la voz que grita en el desierto: allanad el camino del Señor (como dijo el profeta Isaías)". Entre los enviados había fariseos y le preguntaron: "Entonces, ¿por qué bautizas si tú no eres el Mesías, ni Elías, ni el Profeta?". Juan les respondió: "Yo bautizo con agua: en medio de vosotros hay uno a quien no conocéis, el que viene detrás de mí, que existía antes que yo y al que no soy digno de desatar la correa de la sandalia". Esto pasaba en Betania, en la otra orilla del Jordán, donde estaba Juan bautizando".

1. Juan Bautista se negó a admitir título alguno, por muy santos y sagrados que fueran los títulos que le daban. Juan vio que, desde el poder que dan los títulos religiosos, no se prepara el camino del Señor. Por eso Juan se limitó a ser una voz que clama en el desierto. Una voz que pide sólo una cosa: allanad el camino. Es decir, facilitad el camino. La gente de los títulos, de las categorías, de las dignidades, lo que hace es crear desigualdades, poner a unos más arriba y a otros más abajo, exaltar a unos y humillar a otros. Todo eso, en definitiva, es violencia.

2. Juan era solamente una voz. Donde sólo hay voz, es que esa voz merece crédito por lo que dice. Es un dolor, una desgracia, que la Iglesia funcione de forma que necesita tantas cosas para terminar, a fin de cuentas, no allanando, sino complicando el camino del Señor. La voz de la Iglesia, cada día que pasa, se oye menos, se entiende menos, interesa menos y a menos gente. ¿Qué pasa en la Iglesia para que cada día esté más al margen de lo que la gente necesita, espera y quiere?

3. La voz, que es Juan, sigue diciendo: *"en medio de vosotros hay uno a quien no conocéis"*. Jesús sigue siendo el gran desconocido. Y está en medio de nosotros. Está en el otro, sea quien sea. Está en los otros, sobre todo en los que sufren, en los desconocidos, en todos, por más que sean considerados como gente sospechosa o mala. Eso es lo que dijo Jesús al anunciar el juicio final de Dios sobre la historia y sobre las naciones (Mt 25, 31-46).

Jn 1, 29-34

"Al día siguiente, al ver Juan a Jesús que viene hacia él, exclama: "Éste es el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo. Éste es aquél de quien yo dije: "Tras de mí viene un hombre que está por delante de mí, porque existía antes que yo. Yo no le conocía, pero he salido a bautizar con agua, para que sea manifestado a Israel". Y Juan dio testimonio diciendo: "He contemplado al Espíritu que bajaba del cielo como una paloma y se posó sobre él. Yo no le conocía, pero el que me envió a bautizar con agua me dijo: "Aquél sobre quien veas bajar el Espíritu y posarse sobre él, ése es el que ha de bautizar con Espíritu Santo. Y yo le he visto, y he dado testimonio de que éste es el Hijo de Dios".

1. El cordero representaba para los judíos la liberación de la esclavitud de Egipto (Ex 12, 5). Y la liberación del pecado, mediante el rito de la muerte de la víctima, que era el cordero sacrificado (Lv 9, 3; Nm 15, 5). En el fondo, todo esto viene a decir que las gentes del Antiguo Testamento pensaban que Dios, para liberar de esclavitudes o perdonar pecados, necesita sangre y muerte. Es la teología del Dios violento, que se repite en los mitos primitivos. Nunca sabremos cuándo, ni cómo, ni por qué un día los humanos empezaron a imaginarse que Dios necesitaba sufrimiento, destrucción sangre y muerte para que sea posible la relación entre el ser humano y Dios.

2. En todo caso, lo más seguro es que Juan Bautista tenía estas ideas y pensaba que se cumplían en Jesús. Por eso le aplica el título de *"Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo"*. Sin duda, Juan estaba convencido del mandato estremecedor de la Ley religiosa según la cual *"sin derramamiento de sangre no hay perdón"* (Heb 9, 22). Lo más grave es que hay gente que sigue manteniendo es forma de pensar. Y se imagina que el dolor es un regalo de Dios. O que el hecho de sufrir, por sí mismo, nos acerca a Dios. Esta idea está en la base de la ascética y de la espiritualidad de algunos grupos o instituciones religiosas.

3. Jesús no es la víctima religiosa que, como el cordero, con su sangre aplaca a Dios. El Dios de Jesús no necesita sangre para perdonar. Jesús fue asesinado (no "sacrificado") porque se enfrentó a la religión que predica el dolor y la muerte como medio para estar cerca de Dios. Los cristianos sustituyeron el sacrificio por la comensalia, la mesa compartida. Eso es, en definitiva, la eucaristía.

Jn 1, 35-42

"En aquel tiempo estaba Juan con dos de sus discípulos y, fijándose en Jesús que pasaba, dice: "Este es el Cordero de Dios". Los dos discípulos oyeron sus palabras y siguieron a Jesús. Jesús se volvió y, al ver que lo seguían, les pregunta: "¿Qué buscáis?" Ellos le contestaron: "Rabí (que significa Maestro), ¿dónde vives?" El les dijo: "Venid y lo veréis". Entonces fueron, vieron donde vivía y se quedaron con él aquel día; serían las cuatro de la tarde. Andrés, hermano de Simón Pedro, era uno de los dos que oyeron a Juan y siguieron a Jesús; encuentra primero a su hermano Simón y le dice: "Hemos encontrado al Mesías" (que significa Cristo). Y lo llevó a Jesús. Jesús se le quedó mirando y le dijo: "Tú eres Simón, el hijo de Juan; tú te llamarás Cefas" (que se traduce Pedro)".

1. Es significativo que, en estos primeros días del año, la liturgia nos recuerde el primer encuentro de Jesús con los discípulos más cercanos que tuvo el propio Jesús durante su ministerio terreno. ¿Por qué se nos recuerda esto precisamente apenas comienza el año? Entre otros motivos, porque, en definitiva, la información que tenemos de Jesús se nos ha transmitido y ha llegado a nosotros gracias a los discípulos que aquí se mencionan. Es como decirnos: lo que sabemos de Jesús, se lo debemos a estos hombres. Y eso es también decirnos a nosotros que, lo mismo que hicieron aquellos discípulos, la tarea primera del creyente tendría que ser dar a conocer a Jesús, hacer que su memoria alcance a la mayoría posible de gente.

2. Este relato nos aporta un dato importante: los evangelios sinópticos sitúan el primer encuentro de Jesús con sus discípulos en Galilea, junto al lago (Mc 1, 16-21; Mt 4, 18-22; Lc 5, 1-11), pero aquí se nos dice que el primer encuentro con aquellos hombres sucedió ya en Judea. Porque tales discípulos provenían de los seguidores de Juan Bautista (R. E. Brown). Eran, por supuesto pescadores del lago. Pero, antes que eso, eran hombres del desierto. Hombres inquietos, que ya se habían adherido al mensaje del Bautista.

3. Los primeros seguidores de Jesús fueron hombres con inquietudes muy serias y hondas, con profundas preocupaciones de cambio, de renovación, para un pueblo, una sociedad y una religión que vivía desorientada por sus dirigentes religiosos. Y además sometida por sus ocupantes políticos, los poderosos ejércitos del Imperio. En definitiva, sólo donde se viven inquietudes humanas, sociales y religiosas, puede germinar la fe y el seguimiento de Jesús.

Jn 1, 43-51

"En aquel tiempo, determinó Jesús salir para Galilea. Encontró a Felipe y le dice: "Sígueme". Felipe era de Betsaida, ciudad de Andrés y de Pedro. Felipe encuentra a Natanael y le dice: "Aquel de quien escribieron Moisés en la Ley y los Profetas lo hemos encontrado; a Jesús, hijo de José, de Nazaret". Natanael le replicó: "¿De Nazaret puede salir algo bueno?". Felipe le contestó: "Ven y verás". Vio Jesús que se acercaba Natanael y dijo de él: "Ahí tenéis a un israelita de verdad, en quien no hay engaño. Natanael le contesta: "¿De qué me conoces?". Jesús le responde: "Antes de que Felipe te llamara, cuando estabas debajo de la higuera, te vi". Natanael respondió: "Rabí, tú eres el Hijo de Dios, tú eres el Rey de Israel". Jesús le contestó: "¿Por haberte dicho que te vi debajo de la higuera, crees? Has de ver cosas mayores". Y le añadió: "Yo os aseguro: veréis el cielo abierto y a los ángeles de Dios subir y bajar sobre el Hijo del Hombre".

1. La primera decisión firme que tomó Jesús fue irse a Galilea. Judea era la región de los entendidos, de los ricos, los piadosos, los notables. Galilea era todo lo contrario. Jesús se fue con los peor vistos y los que peor vivían. Porque el *desde dónde* ve uno la vida marca y determina *lo que* uno ve en la vida y, sobre todo, *cómo* ve la realidad. Desde los notables y sus pedestales no se predica el Evangelio, sino la religiosidad sumisa, que es lo que más interesa a los que ven la vida desde la seguridad de los que gozan de buen nombre.

2. Jesús se rodeó enseguida de un grupo de amigos (Jn 15, 14), con los que no tuvo secretos; se lo contaba todo (Jn 15, 15). Jesús no fue un asceta o un anacoreta del desierto. Jesús fue un hombre normal, que ejerció un profundo atractivo sobre quienes se acercaban a él. La generosidad, la ejemplaridad y hasta el heroísmo de la vida de Jesús, que nos presentan los evangelios, no nos exige (normalmente) llevar una vida apartada de la gente, al margen del resto de la vida del común de los ciudadanos. Lo más generoso y hasta heroico es ser un buen ciudadano, una persona extraordinaria en la más sencilla normalidad de lo cotidiano.

3. Jesús dice que en él vemos el cielo abierto y a los mensajeros de Dios (los ángeles) subir y bajar sobre él (Gn 28, 11-17). Se abre el cielo, es decir, el ámbito de la trascendencia queda patente, en la inmanencia de un ser humano. A Dios lo vemos y lo conocemos en Jesús. Lo trascendente se palpa en lo inmanente. Esto es lo más grande y genial que encontramos en Jesús.

Mt 2, 1-12

Jesús nació en Belén de Judá en tiempos del rey Herodes. Entonces, unos Magos de Oriente se presentaron en Jerusalén preguntando: "¿Dónde está el Rey de los Judíos que ha nacido? Porque hemos visto salir su estrella y venimos a adorarlo. Al enterarse el rey Herodes, se sobresaltó y todo Jerusalén con él; convocó a los sumos pontífices y a los letrados del país, y les preguntó dónde tenía que nacer el Mesías. Ellos le contestaron: "En Belén de Judá, porque así lo ha escrito el Profeta: "Y tú, Belén, tierra de Judá, no eres ni mucho menos la última de las ciudades de Judá pues de ti saldrá un jefe que será el pastor de mi pueblo Israel".

Entonces Herodes llamó en secreto a los Magos, para que le precisaran el tiempo en que había aparecido la estrella y los mandó a Belén diciéndoles: "Id y averiguad cuidadosamente qué hay del niño y, cuando lo encontréis, avisadme, para ir yo también a adorarlo". Ellos, después de oír al rey, se pusieron en camino, y de pronto la estrella que habían visto salir comenzó a guiarlos hasta que vino a pararse encima de donde estaba el niño. Al ver la estrella, se llenaron de inmensa alegría. Entraron en la casa, vieron al niño con María, su madre, y cayendo de rodillas, lo adoraron; después, abriendo sus cofres, le ofrecieron regalos: oro, incienso y mirra.

Y habiendo recibido en sueños un oráculo, para que no volvieran a Herodes, se marcharon a su tierra por otro camino.

1. "Epifanía" significa "manifestación". Este relato indica que Jesús se manifiesta a todos los pueblos del mundo, representados en los Magos de Oriente. Aquellos Magos eran hombres de otras culturas. Y practicaban otras religiones. La salvación, que se manifiesta en Jesús, no se reduce a una cultura (Occidente), ni se limita a una religión (cristianismo). La salvación, que nos trajo Jesús, alcanza a todas las culturas y a todas las religiones del mundo. Por eso es correcto afirmar que Jesús trasciende el cristianismo. Jesús es patrimonio de toda la humanidad. Porque lo que más y mejor define a Jesús es que él es la plenitud de "lo humano". Una plenitud tal, que en ella se nos revela "lo divino".

2. La diversidad de culturas y de religiones ha servido más para dividir y enfrentar a las gentes que para unirlos. Por eso las religiones han causado tanta violencia. La fiesta de la "Epifanía" es la fiesta de la "Aceptación" de la diversidad. No podemos abandonar nuestra propia piel cultural y religiosa. Ni debemos pretender que otros abandonen la suya. Los Magos no se quedaron con Jesús. Se volvieron a su cultura y a su religión. Y la Iglesia los venera como santos.

3. El Dios de Jesús no es "excluyente", sino "amante" de todo lo que es verdaderamente humano. Porque Dios, en Jesús, se ha fundido y confundido con lo humano. El respeto, la tolerancia, la aceptación de la diferencia son los "regalos de reyes" que hoy más necesitamos.

Mt 4, 12-17. 23-25

"En aquel tiempo, al enterarse Jesús de que habían arrestado a Juan, se retiró a Galilea. Dejando Nazaret, se estableció en Cafarnaúm, junto al lago, en el territorio de Zabulón y Neftalí. Así se cumplió lo que había dicho el profeta Isaías: "País de Zabulón y país de Neftalí, camino del mar, al otro lado del Jordán, Galilea de los gentiles. El pueblo que habitaba en tinieblas vio una luz grande; a los que habitaban en tierra y sombra de muerte una luz les brilló". Entonces comenzó Jesús a predicar diciendo: "Convertíos, porque está cerca el Reino de los Cielos". Recorría toda Galilea, enseñando en las sinagogas y proclamando el Evangelio del Reino, curando enfermedades y dolencias del pueblo. Su fama se extendió por toda Siria y le traían todos los enfermos aquejados de toda clase de enfermedades y dolores, poseídos, lunáticos y paralíticos. Y él los curaba. Y le seguían multitudes venidas de Galilea, Decápolis, Jerusalén, Judea y Trasmorquia".

1. El evangelio de Mateo destaca que Jesús, para predicar el Reino, se fue a Galilea. Y se fue a sabiendas de que allí Herodes metía en la cárcel al que le molestaba, que es lo que aquel rey corrupto había hecho con Juan Bautista. En Galilea aparecían con frecuencia agitadores y grupos contestatarios, que cuestionaban la religión oficial y el dominio despótico del poder político. Por eso, como galileo, Jesús se expuso a ser visto como un peligroso "outsider", el clásico y extraño "extranjero" que hemos visto en los filmes de pistoleros del Oeste.

2. Jesús anunciaba el Reino "curando enfermedades y dolencias del pueblo". Es decir, Jesús anunciaba el Reino dando vida y aliviando el sufrimiento. Esto es lo que indica el texto de Mateo. Para Jesús, lo primero no era organizar actos religiosos o retiros espirituales. Eso es importante. Pero antes que la preocupación religiosa o espiritual está la preocupación por la vida y por el dolor humano.

3. Como la vida y el sufrimiento es lo que más interesa a todo el mundo, a Jesús acudía todo el mundo, sin distinción de nacionalidad, de creencias religiosas o de lenguajes y culturas. Jesús trasciende todo eso. Va al fondo de lo primero, lo más vital para los seres humanos. Así debería estar conformada nuestra mentalidad cristiana. Y así, la Iglesia sería muy distinta. Porque sería presencia viva y palpable de Jesús en la vida.

Mc 1, 7-11

"En aquel tiempo proclamaba Juan: "Detrás de mí viene el que puede más que yo, y yo no merezco ni agacharme para desatarle las sandalias. Yo os bautizo con agua, pero él os bautizará con Espíritu Santo". Por entonces llegó Jesús desde Nazaret de Galilea a que Juan lo bautizara en el Jordán. Apenas salió del agua, vio rasgarse el cielo y al Espíritu bajar hacia él como una paloma. Se oyó una voz del cielo: "Tú eres mi Hijo, mi predilecto".

1. El bautismo es un rito religioso de iniciación, es decir, se trata del punto de partida de un nuevo camino en la vida. Este rito se practica mediante un símbolo acuático. El agua es fuente de vida. A veces, mata (a los que se ahogan). Se utiliza para lavar y limpiar. Y siempre nos quita la sed. Las religiones se sirven de estos efectos del agua para expresar que el creyente renace a una vida nueva. Es como si naciera otra vez, para emprender una vida distinta.

2. Jesús acude a donde estaba Juan, se pone en la fila de los pecadores, los que se veían necesitados de un cambio de vida, los que quizá pensaban que tenían que nacer de nuevo. Jesús hizo esto como uno de tantos. Él no hacía teatro, ni representaba un papel del que no estaba convencido. Jesús se fue de Nazaret persuadido de que tenía que cambiar de vida y emprender una tarea nueva y distinta. Seguramente, el Espíritu le hizo ver que su pueblo y sus gentes necesitaban ver a Dios y vivir la relación con Dios de otra manera. En eso estuvo el nuevo motor de la vida de Jesús.

3. Zambullirse en el agua y salir de nuevo simboliza hundirse en la muerte y renacer a la vida. Jesús murió al pasado, o sea abandonó su vida anterior. Y emprendió una forma nueva de vivir. En ese momento vio el cielo abierto. Vio al Espíritu que se posaba sobre él. Y oyó la voz de Dios al que sintió como Padre que le quería indeciblemente. Jesús cambió desde aquel momento su idea de Dios. Desde entonces, ya no habló del "Altísimo" o del "Cielo", sino que siempre habló del "Padre". Nunca, del Padre como "autoridad" o "poder", sino como "bondad", "acogida", "amor".

Mc 1, 14-20

"Cuando arrestaron a Juan, Jesús se marchó a Galilea a proclamar el Evangelio de Dios. Decía: "Se ha cumplido el plazo, está cerca el Reino de Dios: Convertíos y creed en la Buena Noticia". Pasando junto al lago de Galilea, vio a Simón y a su hermano Andrés, que eran pescadores y estaban echando el copo en el lago. Jesús les dijo: "Venid conmigo y os haré pescadores de hombres". Inmediatamente dejaron las redes y lo siguieron. Un poco más adelante vio a Santiago, hijo de Zebedeo, y a su hermano Juan, que estaban en la barca repasando las redes. Los llamó, dejaron a su padre Zebedeo en la barca con los jornaleros y se marcharon con él".

1. Marcos resume la actividad de Jesús en un sumario que comprende cuatro expresiones: el "cumplimiento del plazo", la "cercanía del Reino", la "conversión", la "fe". Jesús tuvo cuatro cosas muy claras. 1) Se había cumplido el plazo, es decir, había llegado al final de una etapa y comenzaba otra. 2) Esto era así porque, desde aquel momento, el centro no es ya Dios en sí, sino el Reino de Dios, es decir, la forma de vivir en la que Dios se manifiesta y se hace presente. La forma de vida que vivió Jesús. 3) Por eso se exige conversión, es decir, cambio de mentalidad y de vida. O sea, ver la vida como la vio Jesús. Y tener su estilo de vida, sus costumbres, sus preferencias y su bondad sin límites. 4) Para eso se necesita tener fe, mucha fe. Es decir, se necesitan las "convicciones" en las que se expresa la fe de Jesús y la fe en Jesús.

2. Jesús puso en marcha este asombroso proyecto rodeándose de un reducido grupo de compañeros. Eran gente sencilla, trabajadores, hombres con poca formación y con muy escasos medios. Pero aquellos hombres tenían algo fundamental: se pusieron a "seguir" a Jesús. Seguir a alguien comporta dos cosas: "cercanía" y "movimiento". El seguimiento es acompañar a Jesús. Pero no es sólo eso. Es algo más: *acompañarlo moviéndose*, es decir, no estancados en el pasado, ni siquiera en el presente, sino siempre avanzando hacia un futuro mejor, el futuro del Reino de Dios en el mundo.

3. La Iglesia, como prolongación en la historia del movimiento de Jesús, no puede detenerse. Y, menos aún, mirar hacia atrás. La Iglesia tiene que avanzar el ritmo de la historia y de la cultura. Fiel a los signos de los tiempos. En continuo "aggiornamento", puesta al día. Sólo así podrá "seguir" a Jesús y anunciar el Reino.

Mc 1, 21-28

"Llegó Jesús a Cafarnaún, y cuando el sábado siguiente fue a la sinagoga a enseñar, se quedaron asombrados de su enseñanza, porque no enseñaba como los letrados, sino con autoridad. Estaba precisamente en la sinagoga un hombre que tenía un espíritu inmundo, y se puso a gritar: "¿Qué quieres de nosotros, Jesús Nazareno? ¿Has venido a acabar con nosotros? Sé quién eres: el Santo de Dios". Jesús lo increpó: "Cállate y sal de él". El espíritu inmundo lo retorció y, dando un grito muy fuerte, salió. Todos se preguntaron estupefactos: "¿Qué es esto? Este enseñar con autoridad es nuevo. Incluso a los espíritus inmundos les manda y le obedecen". Su fama se extendió enseguida por todas partes, alcanzan-do la comarca entera de Galilea".

1. En cuanto Jesús se puso a enseñar a la gente, dos cosas llamaron la atención de los oyentes. 1) que no enseñaba como los "letrados". 2) la diferencia estaba en que Jesús enseñaba con "autoridad", cosa que, por lo visto, no tenían los letrados. Al darse cuenta de esta diferencia, la gente se quedó asombrada. El motivo de este asombro se comprende: lo que hacían los letrados era "repetir" las normas que habían oído de otros letrados anteriores a ellos. Lo que hacía Jesús era "comunicar" su propia experiencia. Los letrados imponían dogmas y preceptos. Jesús transmitía sus propias convicciones, su misma vida.

2. Los letrados eran llamados también "maestros de la Ley". Porque eso es lo que sabían y a eso se dedicaban: a repetir lo que decía la Ley religiosa y a exigir que la gente se sometiera a ella. Eran, por tanto, meros repetidores de lo que les habían enseñado que había que decir. No podían enseñar otra cosa. Jesús, por el contrario, hablaba con libertad. Y decía cosas que la gente nunca había oído, pero que las necesitaba oír, porque respondían a sus aspiraciones más hondas.

3. El espíritu inmundo, que uno de los presentes llevaba dentro, al darse cuenta de que los maestros de la Ley quedaban desautorizados, se puso a gritar contra Jesús y lo acusaba de que había venido a acabar con los demonios. Por tanto, el Evangelio identifica a los "maestros de la Ley" con los "demonios". Y así veía la gente a los que no sabían ni hacían otra cosa que repetir la Ley de siempre. Se les veía como auténticos demonios. Y la gente les tenía miedo o se sentía mal ante ellos.

Mc 1, 29-39

“En aquel tiempo, al salir Jesús de la sinagoga, fue con Santiago y Juan a casa de Simón y de Andrés. La suegra de Simón estaba en cama con fiebre, y se lo dijeron. Jesús se acercó, la cogió de la mano. Se le pasó la fiebre y se puso a servirles. Al anochecer, cuando se puso el sol, le llevaron todos los enfermos y poseídos. La población entera se agolpaba a la puerta. Curó a muchos enfermos de diversos males y expulsó muchos demonios; y como los demonios lo conocían, no les permitía hablar. Se levantó de madrugada, se marchó al descampado y allí se puso a orar. Simón y sus compañeros fueron y, al encontrarlo, le dijeron: “Todo el mundo te busca”. Él les respondió: “Vámonos a otra parte, a las aldeas cercanas, para predicar también allí; que para eso he venido”. Así recorrió toda Galilea, predicando en las sinagogas y expulsando demonios”.

1. Los evangelios cuentan con frecuencia hechos prodigiosos de Jesús o afirman, de forma genérica, que curaba enfermos. Estos hechos han sido interpretados muchas veces como milagros que demuestran la divinidad de Cristo, ya que un hombre como los demás no puede sanar enfermos y resucitar muertos. Como es lógico, quienes han hecho esta interpretación han utilizado los evangelios como argumento apologético para demostrar que Jesús es Dios.

2. Pero esta interpretación de los llamados “milagros” no está demostrada ni mucho menos. Porque, en tiempo de Jesús, se atribuían curaciones y prodigios a muchos personajes famosos (J. P. Meier). Además, no nos consta que Jesús tuviera un poder ilimitado para hacer prodigios. Cuando fue a su pueblo, Nazaret, allí no pudo curar enfermos (Mc 6, 5). Sus mismos discípulos, después de la muerte de Jesús, pensaban que en realidad él había sido “un profeta poderoso... ante Dios” (Lc 24, 19). Pero nada más que eso.

3. Lo único que está fuera de toda duda es que a Jesús le preocupó mucho la salud de la gente y el sufrimiento de los enfermos. Como sabemos que, en cuanto estuvo a su alcance, alivió las penas y dolores de los que tenían la salud limitada o dañada. Y transmitía esperanza y alegría a sus familiares. Es una ingenuidad decir que con eso se demuestra que Jesús era Dios. Porque lo que nadie sabe (ni puede saber) es si Dios se dedica a hacer milagros en este mundo. Lo que sí sabemos es que Jesús no soportaba ver a la gente sufrir. Y eso es lo que está a nuestro alcance. Y lo que nos enseña el Evangelio que debemos hacer nosotros. Todos podemos aliviar penas en esta vida.

Mc 1, 40-45

“En aquel tiempo, se acercó a Jesús un leproso suplicándole de rosillas: “Si quieres, puedes limpiarme”. Sintiéndolo lástima, extendió la mano y lo tocó diciendo: “Quiero, queda limpio”. La lepra se le quitó inmediatamente y quedó limpio. Él le despidió encargándole severamente: “No se lo digas a nadie; pero para que conste, ve a presentarte al sacerdote y ofrece por tu purificación lo que mandó Moisés”. Pero cuando se fue, empezó a divulgar el hecho con grandes ponderaciones, de modo que Jesús ya no podía entrar abiertamente en ningún pueblo; se quedaba fuera, en descampado; y aun así acudían a él de todas partes”.

1. La lepra era una de las enfermedades más detestables en tiempos antiguos. Se tenían por lepra, en general, las enfermedades de la piel. Por ser tan contagiosas y repugnantes (Lev 13-14; 2 Re 5, 7; cf. Mt 8, 2 s par; 10, 8; 11, 5; 26, 6; Lc 4, 27; 17, 12). El que la padecía era además considerado religiosamente “impuro”. Por eso los leprosos eran expulsados de las ciudades y tenían que vivir en descampado, solos y abandonados. Y la religión los rechazaba como apestados y excluidos. Es decir, la religión de aquel tiempo, en lugar de ayudar al leproso, lo que hacía era aumentar sus sufrimientos y humillaciones.

2. En este relato, el leproso “se acerca” a Jesús, cosa que prohibía la ley religiosa. Y Jesús “toca” al leproso, lo que estaba también prohibido. Tocar al “impuro” era un acto que “impurificaba”. Pero en este caso ocurre exactamente lo contrario: lo que, según la religión, “impurifica”, cuando lo hace Jesús, “purifica” al impuro. Y Jesús le manda que vaya al sacerdote, para legalizar su situación y así integrar al excluido en la convivencia social. Jesús no quería exclusiones ni excluidos.

3. La consecuencia de todo esto para Jesús fue terrible: el relato termina diciendo que Jesús no podía entrar ya en los pueblos y se tenía que quedar en descampado. Jesús se solidarizó con el excluido hasta el extremo de pasar, él también, a tener que vivir como un excluido. Jesús no se limitaba a “ayudar” al que sufre. Jesús “se identificaba” con quienes sufren. Y cargaba con las consecuencias.

Mc 2, 1-12

"Cuando a los pocos días volvió Jesús a Cafarnaún, se supo que estaba en casa. Acudieron tantos, que no quedaba sitio a la puerta. Él les proponía la Palabra. Llegaron cuatro llevando un paralítico, y como no podían meterlo por el gentío, levantaron unas tejas encima de donde estaba Jesús, abrieron un boquete y descolgaron la camilla con el paralítico. Viendo Jesús la fe que tenían, le dijo al paralítico: "Hijo, tus pecados quedan perdonados". Unos letrados, que estaban allí sentados, pensaban para sus adentros: "¿Por qué habla éste así? Blasfema. ¿Quién puede perdonar pecados fuera de Dios?". Jesús se dio cuenta de lo que pensaban y les dijo: "¿Por qué pensáis eso? ¿Qué es más fácil; decirle al paralítico tus pecados quedan perdonados o decirle: levántate, coge la camilla y echa a andar? Pues, para que veáis que el Hijo del Hombre tiene potestad para perdonar pecados...", entonces le dijo al paralítico: Contigo hablo: Levántate, coge tu camilla y vete a tu casa". Se levantó inmediatamente, cogió la camilla y salió a la vista de todos. Se quedaron atónitos y daban gloria a Dios diciendo: "Nunca hemos visto una cosa igual".

1. En tiempo de Jesús, se pensaba que la causa de las enfermedades era la mala conducta del enfermo o de su familia. Así lo dan a entender los discípulos cuando vieron al ciego da nacimiento (Jn 9, 2). Y eso mismo es lo que pensaba san Pablo (1 Cor 11, 30). Por eso los enfermos, además de sufrir por la enfermedad, eran tenidos por malas personas en cuanto que se les veía como responsables de sus males, a ellos o a sus familiares más cercanos. El sufrimiento del enfermo, por tanto, era doble: los dolores o limitaciones de la enfermedad y las humillaciones del espíritu.

2. Por eso, lo primero que hace Jesús es decirle al paralítico que sus pecados están perdonados. O sea, lo primero que hizo Jesús fue devolver a aquel hombre la paz de la conciencia y la dignidad propia de todo ser humano. Posiblemente el paralítico sufría más por el desprecio (al verse juzgado como una mala persona) que por la parálisis. En las culturas mediterráneas del s. primero, se apreciaba más la honra que la salud o el dinero (B. J. Malina; R. Aguirre).

3. Si la preocupación de Jesús fue enseguida devolver al enfermo su dignidad y su salud, lo que preocupó a los maestros de la Ley fueron tres cosas: la "blasfemia", el "poder" y los "pecados". La religión antepone estas tres cosas a la dignidad y a la felicidad de las personas. Pero Jesús se enfrenta aquí ya directamente a los representantes oficiales de la religión. Cuando aquellos dirigentes pensaron que Jesús estaba blasfemando, lo que en realidad pensaban es que merecía la pena de muerte (Lev 24, 16; cf. Hech 6, 11). Pero para Jesús era más importante la dignidad del otro que su propia dignidad y hasta su propia vida.

Mc 2, 13-17

"En aquel tiempo, Jesús salió de nuevo a la orilla del lago; la gente acudía a él, y les enseñaba. Al pasar vio a Levi, el de Alfeo, sentado al mostrador de los impuestos, y le dijo: "Sígueme". Se levantó y lo siguió. Estando Jesús a la mesa en su casa, de entre los muchos que lo seguían, un grupo de recaudadores y otra gente de mala fama se sentaron con Jesús y sus discípulos. Algunos letrados fariseos, al ver que comía con recaudadores y otra gente de mala fama, les dijeron a los discípulos: "¿De modo que come con recaudadores y pecadores?". Jesús lo oyó y les dijo: "No necesitan médico los sanos, sino los enfermos. No he venido a llamar justos, sino pecadores".

1. Los publicanos o recaudadores de impuestos eran gente indeseable y odiada por la población. En Galilea, los impuestos iban a las arcas de Herodes. Por otra parte, los publicanos no tenían sueldo. Ganaban lo que cobraban de más a la pobre gente. O sea que eran ladrones y colaboradores con el poder opresor. A esta clase de individuos pertenecía Levi. Así y todo, Jesús no dudó en llamarlo. Jesús no se fijaba en los "selectos". Ni en los "intachables". Jesús creía de verdad y tomaba en serio a los despreciados y excluidos, incluso cuando la gente tenía razones para despreciarlos y excluirlos. Jesús es más desconcertante de lo que imaginamos.

2. Pero Jesús fue más lejos. No se limitó a llamar a un "indeseable", sino que además se fue a su casa y allí, con aquel hombre de mala fama y sus compañeros de oficio, a los que se sumaron "muchos pecadores", organizaron una comida. Cosa que fue vista como un verdadero escándalo y una provocación. La gente "intachable" y "selecta" ve con frecuencia escándalos. Porque, en aquel tiempo, compartir la mesa era solidarizarse con los comensales, es decir, dar a entender que uno estaba junto a ellos y se ponía de su parte. En este caso, se trataba de gentes de mal vivir.

3. Los "letrados fariseos" (los maestros de la Ley que pertenecían al partido de los más observantes de la religión) no soportaron este nuevo escándalo. Y enseguida vino la acusación, una tarea frecuente entre los "piadosos observantes". La respuesta de Jesús es fuerte. Porque afirma que él no vino al mundo para los que se ven y son vistos como "justos" y "ejemplares", sino para los que se ven y son vistos como "pecadores" e "indeseables". Quienes nos consideramos "buena gente" tenemos que cambiar de mentalidad en cuanto se refiere a la gente con la que nos gusta estar.

Jn 1, 35-42

"En aquel tiempo estaba Juan con dos de sus discípulos y fijándose en Jesús que pasaba, dijo: "Éste es el cordero de Dios". Los dos discípulos oyeron sus palabras y siguieron a Jesús. Jesús se volvió al ver que lo seguían, les preguntó: "¿Qué buscáis?". Ellos le contestaron: "Rabí (que significa Maestro), ¿dónde vives?". Él les dijo: "Venid y lo veréis". Entonces fueron, vieron donde vivía y se quedaron con él aquel día; serían las cuatro de la tarde. Andrés, hermano de Simón Pedro, era uno de los dos que oyeron a Juan y siguieron a Jesús; encontró primero a su hermano Simón y le dijo: "Hemos encontrado al Mesías (que significa Cristo)". Y lo llevó a Jesús. Jesús se le quedó mirando y le dijo: "Tú eres Simón, el hijo de Juan; tú te llamarás Cefas (que significa Pedro)".

1. Según el IV Evangelio, los primeros discípulos de Jesús pertenecían al grupo de discípulos que se habían congregado en torno a Juan Bautista. El propio Juan no tuvo el menor inconveniente en que lo abandonaran a él y se fueran con Jesús. Algo después, cuando se produjeron roces entre los discípulos de Juan y los de Jesús (Jn 3, 25-26), fue Juan el que cortó las rivalidades con una sentencia genial: "A él le toca crecer, a mí menguar" (Jn 3, 30). El Evangelio no tolera ni los protagonismos ni los proselitismos.

2. Los que se pusieron a seguir a Jesús querían ver dónde vivía. En cuanto vieron eso, se quedaron con él. Y se convencieron de que era el Mesías. El sitio donde uno vive indica la forma de vida que lleva. Jesús dijo que los que viven con lujo viven en los palacios de los reyes (Mt 11, 8). Y eso, la clase de vida y la forma de vivir, es lo que convence y arrastra. O, por el contrario, lo que escandaliza y espanta a la gente. Además, esto es contagioso. Lo mismo la forma de vivir que atrae, que su contraria, la que repele.

3. Una de las equivocaciones más peligrosas que se dan en la Iglesia consiste en pensar que el Evangelio se transmite mediante la "ortodoxia" de las ideas y el "poder" de gobernar. El único medio eficaz para transmitir el Evangelio es el que puso en práctica Jesús, que no se fijó ni en la ortodoxia ni en el poder, sino en la "ejemplaridad" de la propia vida. Vivir de tal manera, que la gente vea en eso una reproducción de la forma de vida que llevó Jesús y así "glorifiquen al Padre de cielo" (Mt 5, 16). El centro del Evangelio no está en la Fe, sino en la Ética; no está en la "religión", sino en la "bondad". Una fe sin obras es una fe muerta.

Mc 2, 18-22

"En aquel tiempo, los discípulos de Juan y los fariseos estaban de ayuno. Vinieron unos y le preguntaron a Jesús. "Los discípulos de Juan y los discípulos de los fariseos ayunan. ¿Por qué los tuyos no?" Jesús les contestó: "¿Es que pueden ayunar los amigos del novio, mientras el novio está con ellos? Mientras tienen al novio con ellos, no pueden ayunar. Llegará un día en que se lleven al novio; aquel día sí que ayunarán. Nadie le echa un remiendo de paño sin remojar a un manto pasado; porque la pieza tira del manto –lo nuevo de lo viejo– y deja un roto peor. Nadie echa vino nuevo en odres viejos; porque revientan los odres; y se pierde el vino y los odres, a vino nuevo, odres nuevos".

1. Siguen los conflictos de Jesús con la religión. Ahora es por causa de un asunto que suele tener importancia en las religiones: la comida. No por causa de con *quién* se come, ni *qué* se come, sino *cuándo* se come. Lo que menos importa es si el ayuno se hacía por obligación o por devoción. El hecho es que, por motivos religiosos, los seguidores de Juan y los fariseos estaban de ayuno, pensando que, al privarse de comer, agradaban a Dios. Seguramente habían aprendido esta práctica de los monjes de Qumrán (Joel Marcus). El ayuno se basa en la idea de que a Dios le agrada que sus fieles se priven de comer. Si la comida es fuente de vida, el que ayuna cree en un Dios de muerte.

2. Por eso Jesús no enseñó a sus seguidores a ayunar. Porque el Dios de Jesús es un Dios de vida y de felicidad. El Dios de Jesús está más satisfecho cuando los humanos se sienten felices. Jesús explica la conducta de sus discípulos diciendo que están como cuando uno va a una boda. La boda, por lo que simboliza y en ella se goza, es la fiesta de la vida. El ayuno, por lo que tiene de privación, es símbolo de muerte. Para entender el cristianismo es decisivo tener muy claro que Jesús está de parte de la vida. Y de la felicidad, el goce y el disfrute de la vida.

3. Pero Jesús va más lejos. Con las dos imágenes, la del remiendo y la del vino en los odres, Jesús afirma que no se puede ir por la vida haciendo componendas, intentando una síntesis entre lo antiguo y lo nuevo. Lo antiguo es la religión de siempre, que impone ayunos y privaciones. Lo nuevo es el Evangelio, que se vive siendo feliz y contagiando felicidad a los demás.

Mc 2, 23-28

"Un sábado atravesaba el Señor un sembrado; mientras andaban los discípulos iban arrancando espigas. Los fariseos le dijeron: "Oye, ¿por qué hacen en sábado lo que no está permitido?". Él les respondió: "¿No habéis leído nunca lo que hizo David cuando él y sus hombres se vieron faltos y con hambre?". Entró en la casa de Dios, en tiempo del sumo sacerdote Abiatar, comió de los panes presentados, que sólo pueden comer los sacerdotes, y les dio también a sus compañeros". Y añadió: "El sábado se hizo para el hombre y no el hombre para el sábado; así que el Hijo del Hombre es señor también del sábado".

1. El mandato del Decálogo sobre el descanso del sábado (Ex 20, 8-11; Dt 5, 12-15) no prohíbe que ese día se arranquen espigas para comer. Sin embargo, los rabinos judíos lo habían prohibido, por su obsesión de hacer extremadamente rigurosa la Ley religiosa. Es lo que ocurre en todas las religiones: la falta de *espíritu* se pretende suplir con el rigorismo de las *normas*. O sea, los hombres de la religión imponen, como voluntad de Dios, lo que es voluntad de ellos. Se utiliza a Dios para someter las conciencias y someter a la gente. Es una más de las muchas imposturas que imponen las religiones.

2. Los discípulos de Jesús quebrantan las normas de los maestros de la Ley. La expresión que usa Marcos (*hodon poiein*) (2, 23) puede indicar que los discípulos le "hacían camino" a Jesús (F. Field). Sea lo que sea de esto, el hecho es que quebrantaron la norma establecida. Y Jesús, no sólo se lo permite, sino que los defiende ante las acusaciones de los observantes fariseos. En todo caso, el ejemplo de David se refiere claramente a que se antepone la necesidad humana al respeto que se le debía tener a un pan consagrado en el Templo. Lo profano se antepone a lo sagrado. Y, sorprendentemente, Jesús presenta eso como modelo de conducta. Jesús era más laico y secular que nosotros.

3. La famosa sentencia del sábado y el hombre quiere decir (aunque el texto se refiera directamente al "Hijo del Hombre") (J. Dewey) que la religión y sus normas están al servicio del ser humano y no al revés. El Hijo del Hombre, a fin de cuentas, era también un hombre. Una religión que funciona de forma que no sirve para dar vida a los humanos, defender sus derechos y libertades, y hacerlos más felices, es una religión que no cumple su razón de ser.

Mc 3, 1-6

"En aquel tiempo, entró Jesús otra vez en la sinagoga y había allí un hombre con parálisis en un brazo. Estaban al acecho, para ver si curaba en sábado y acusarlo. Jesús le dijo al que tenía la parálisis: "Levántate y ponte ahí en medio". Y a ellos les preguntó: "¿Qué está permitido en sábado? ¿Hacer lo bueno o lo malo?, ¿salvarle la vida a un hombre o dejarlo morir?". Se quedaron callados. Echando en torno una mirada de ira y dolido de su obstinación, le dijo al hombre: "Extiende el brazo". Lo extendió y quedó restablecido. En cuanto salieron de la sinagoga, los fariseos se pusieron a planear con los herodianos el modo de acabar con él".

1. Aquí estalla el enfrentamiento mortal de la religión oficial con Jesús. Los hombres religiosos más observantes, los fariseos, *"estaban al acecho"* para ver si curaba a algún enfermo. Y si curaba a alguien, denunciarlo. Cuando la religión antepone sus normas a las personas, inevitablemente endurece el corazón de los hombres religiosos. Y los trastorna hasta el extremo de que van por la vida acechando al que no hace lo que ellos piensan que hay que hacer. Y al que no hace lo que ellos quieren, lo denuncian y, si pueden lo arruinan o le amargan la vida. Así de cruel es la religiosidad intolerante de los fanáticos observantes.

2. Jesús hace una pregunta tan fuerte como provocativa: ¿Qué quiere la religión? ¿el bien o el mal? ¿dar vida o matar? Ante esta pregunta, se quedaron callados. Cuando la religión antepone las verdades y las normas religiosas a la vida plena y a la felicidad de las personas, esa religión (como los fariseos aquéllos) no tiene nada que decir. Porque sus verdaderos deseos son inconfesables. Lo que provoca la ira de Jesús.

3. Como lo que estaba en juego era la vida, Jesús se jugó allí su propia vida. Desobedeció en público a los dirigentes religiosos. Y los hombres de la religión se pusieron inmediatamente de acuerdo con los hombres de la política para matarlo. Ya estaba condenado a muerte. La profunda humanidad de Jesús da vida. La torcida religiosidad de los fariseos responde a eso buscando la muerte.

Mc 3, 7-12

"En aquel tiempo, Jesús se retiró con sus discípulos a la orilla del lago, y lo siguió una muchedumbre de Galilea. Al enterarse de las cosas que hacía, acudía mucha gente de Judea, de Jerusalén y de Idumea, de la Trasjordania, de las cercanías de Tiro y Sidón. Encargó a sus discípulos que tuvieran preparada una lancha, no lo fuera a estrujar el gentío. Como había curado a muchos, todos los que sufrían de algo se le echaban encima para tocarlo. Cuando lo veían, hasta los espíritus inmundos se postraban ante él, gritando: "Tú eres el Hijo de Dios". Pero él les prohibía severamente que lo diesen a conocer".

1. La religión interesa a la gente cuando la religión responde a lo que la gente necesita. Jesús fue un hombre profundamente religioso. Pero su religión no tenía nada que ver ni con la religión del Templo, ni con la de los sacerdotes. A la religión del Templo y los sacerdotes le interesaban tres cosas: las *ceremonias* sagradas, la *sumisión* de los fieles, el *dinero* de la gente. A Jesús le interesaban otras tres cosas: que la gente tuviera *salud*, que tuviera para *comer*, y que tuvieran *buenas relaciones humanas*.

2. Cuando la religión se entiende así, desaparecen las fronteras, las diferentes culturas, las distancias religiosas. Todo el mundo se une. Porque todo el mundo coincide en el deseo de estar sano, en la necesidad de comer y en que todos somos indigentes y necesitamos respeto, tolerancia, estima, comprensión y cariño. La religión que responde a estas cosas, acaba con la religión de los ritos, las normas y el dinero. Y despeja el camino para la religión que *revela*, y que no *vela*, el verdadero rostro de Jesús en el que vemos a Dios.

3. Es una pena, es un enorme dolor, ver y palpar el descrédito en el que ha caído la religión, la Iglesia, el clero. ¿Eso se ha producido porque la gente es mala, de forma que la Iglesia es la víctima de esa maldad? Algo de esto es posible. Pero el problema es mucho más profundo. El problema está en que la gente no ve en la vida de la Iglesia, ni en sus enseñanzas, lo que fue la vida de Jesús. Ni así encuentra al Dios de Jesús.

Mc 3, 13-19

“En aquel tiempo, Jesús subió a la montaña, llamó a los que quiso y se fueron con él. A doce los hizo sus compañeros, para enviarlos a predicar, con poder para expulsar demonios: Simón, a quien dio el sobrenombre de Pedro, Santiago el de Zebedeo y su hermano Juan, a quienes dio el sobrenombre de Boanerges –los Truenos–, Andrés, Felipe, Bartolomé, Mateo, Tomás, Santiago el de Alfeo, Tadeo, Simón el Cananeo y Judas Iscariote que lo entregó”.

1. Jesús quiere que, en el grupo de los que le acompañan, haya algunos establemente comprometidos. Por eso designó a doce. De ellos quería tres cosas: que estuvieran con él, que se dedicaran a predicar, y que se dedicaran a expulsar demonios, es decir, a liberar a la gente que sufre de las fuerzas del mal. El relato de Marcos destaca la importancia de esta decisión de Jesús situándola en “la montaña”, que, en el lenguaje de la Biblia, alude a la subida de Moisés a la montaña del Sinaí (Ex 19, 24-34; Num 27; Deut 9-10). Lo que da idea de la solemnidad del momento.

2. *Estar con Jesús* es no solamente orar y tener una intensa espiritualidad, sino además es llevar una vida lo más parecida (que sea posible) a la vida que llevó Jesús. Entre los apóstoles y Jesús existió una “comunidad de vida”. Es la comunión que tendría que distinguir a los obispos, sucesores de los apóstoles. *Predicar* es comunicar lo que enseñaba Jesús y hacer eso como lo hacía Jesús, con la humanidad, la sencillez y la libertad con que siempre habló Jesús. *Expulsar demonios* era, en aquel tiempo, una manera de decir que se dedicaban a curar enfermos, ya que algunas enfermedades se las atribuían a los malos espíritus.

3. Los doce hombres que escogió Jesús eran muy distintos. Por ejemplo, Mateo había sido publicano, o sea de los que colaboraban con el régimen. Por el contrario, hay quienes piensan que Simón Cananeo era de los revolucionarios que más tarde fueron llamados “fanáticos” (del partido *zelota*). Y Judas Iscariote, parece que perteneció a los “sicarios”, la banda armada de los subversivos contra el poder romano. Lo que le interesaba a Jesús es que fueran hombres entregados con entusiasmo a la causa que se les encomendaba, sin importarle la opción política de cada cual.

Mc 3, 20-21

“En aquel tiempo, volvió Jesús con sus discípulos a casa y se juntó tanta gente, que no los dejaban ni comer. Al enterarse su familia, vinieron a llevárselo, porque decían que no estaba en sus cabales”.

1. El evangelio de Marcos es el más duro cuando habla de la relación entre Jesús y su familia (Joel Marcus). Aquí se dice que los parientes de Jesús pensaban de él que estaba loco. Y más adelante, el mismo Marcos destaca que los familiares de Jesús no creían en él y hasta el propio Jesús se sentía despreciado por ellos (Mc 6, 1-6). La falta de fe de los parientes de Jesús, en su relación con él, se afirma también en Jn 7, 3. Jesús percibía que su familia no se fiaba de él. Esto es humillante para cualquiera. Y lo tuvo que ser para Jesús.

2. Se sabe que los parientes de Jesús tuvieron cargos de importancia en la primera comunidad cristiana de Jerusalén. Y se sabe también que aquellos parientes, liderados por Santiago, hermano de Jesús (Mc 6, 3), fueron observantes integristas de la Torá (cf. Hech 15, 13-21). Una postura contra la que Marcos se manifiesta en su evangelio (E. Trocmé; J. D. Crossan). Seguramente esto explica la insistencia de Marcos al destacar la tensión entre Jesús y sus parientes.

3. Sea de todo esto lo que sea, lo que está fuera de duda es que la forma de vida, que llevó Jesús, dio pie a que, quienes no estaban de acuerdo con lo que enseñaba, pensarán o dijeran que se trataba de un perturbado. En los grupos religiosos ocurre con frecuencia que a los profetas del Evangelio se les desautoriza. Y cuando no se tienen argumentos para desautorizarlos se suele echar mano del desprestigio y hasta se llega a decir que son personas que han perdido la cabeza. Cuando no se acepta un mensaje, hay quienes reaccionan “matando al mensajero”. ¿Por qué no aceptamos honradamente el Evangelio y sus exigencias?

Mc 1, 14-20

"Cuando arrestaron a Juan, Jesús se marchó a Galilea a proclamar el Evangelio de Dios. Decía: "Se ha cumplido el plazo, está cerca el Reino de Dios, convertíos y creed la Buena Noticia". Pasando junto al lago de Galilea, vio a Simón y a su hermano Andrés, que eran pescadores y estaban echando el copo en el lago. Jesús les dijo: "Venid conmigo y os haré pescadores de hombres". Inmediatamente dejaron las redes y lo siguieron. Un poco más adelante vio a Santiago, hijo del Zebedeo, y a su hermano Juan, que estaban en la barca repasando las redes. Los llamó, dejaron a su padre Zebedeo en la barca con los jornaleros y se marcharon con él".

1. Este evangelio habla de los primeros discípulos que "siguieron" a Jesús. Este relato ha dado pie para pensar que *seguimiento* y *discipulado* están unidos hasta tal punto que el "seguimiento" es la característica específica del "discipulado" (M. Hengel), de forma que el "discipulado" se ha de entender a partir del "seguimiento". Esto quiere decir que donde no hay "seguimiento" de Jesús no puede haber "discipulado" de Jesús. Es más, donde no hay "seguimiento" de Jesús no puede haber ni verdadero "conocimiento" de Jesús. Los discípulos conocieron a Jesús, no estudiándolo, sino siguiéndole. La cristología se constituye a partir del seguimiento.

2. Sin embargo, hay que tener cuidado cuando se presenta el seguimiento de Jesús como privilegio distintivo de los "escogidos", como si en la Iglesia hubiera una categoría especial de "selectos", los "elegidos", llamados a la "vida perfecta". Semejante lenguaje es producto de un mal disimulado orgullo o de una ingenua vanidad. En los evangelios, el verbo "seguir" se refiere 17 veces a los "discípulos" y 25 veces a la "gente" (*óchlos*) o pueblo sencillo.

3. Seguir a Jesús es asumir, como proyecto de vida, lo que Jesús decía por toda Galilea: ha llegado la hora de tomar en serio el proyecto del Reino de Dios y, por tanto, lo decisivo es creer que el Evangelio es la Buena Noticia que ha de orientar nuestras vidas. Insistamos: "El saber cristológico no se constituye ni se transmite primariamente en el concepto, sino en los relatos de seguimiento" (J. B. Metz).

Mc 3, 22-30

En aquel tiempo, unos letrados de Jerusalén decían: "Tiene dentro a Belzebú y expulsa a los demonios con el poder del jefe de los demonios". El los invitó a acercarse y les puso estas comparaciones: "¿Cómo va a echar a Satanás a Satanás? Un reino en guerra civil no puede subsistir; una familia dividida no puede subsistir. Si Satanás se rebela contra sí mismo, para hacerse la guerra, no puede subsistir, está perdido. Nadie puede meterse en casa de un hombre forzado para arramblar con la casa. Creedme, todo se les puede perdonar a los hombres: los pecados y cualquier blasfemia que digan; pero el que blasfeme contra el Espíritu Santo no tendrá perdón jamás, cargará con su pecado para siempre". Se refería a los que decían que tenía dentro un espíritu inmundo.

1. Esta acusación, que hacen los letrados de la capital (Jerusalén) contra Jesús, es seguramente la más dura que se hizo para desautorizar a Jesús. Porque, en definitiva, lo que los letrados ponen en cuestión es si Jesús traía la salvación o, por el contrario, tenía un demonio dentro (E. Schillebeeckx). Esto era tanto como sembrar la duda de si Jesús era portador de salvación o, por el contrario, de perdición. Es lo más grave que se podía decir de él. Lo que más lo desprestigiaba. Y lo que más lo podía humillar.

2. Además, en las leyes del judaísmo se establecía que quien realizaba actividades satánicas o demoníacas merecía la pena de muerte (Cf. por ejemplo: Deut 18, 19-20; Filón, Leyes Esp. 4, 50-52) (Joel Marcus). El asunto, por tanto, era grave. Y podía acarrear muy graves consecuencias. Sin duda, una de las cosas que más impresionan en los evangelios es la resistencia psicológica y espiritual de Jesús para soportar las peores acusaciones y las más injustificadas denuncias.

3. La parábola del Fuerte es un argumento propuesto con toda fuerza en el momento de más tensión. De un modo provocativo (propio de las parábolas), Jesús compara aquí sus propias acciones con las de un personaje de tipo transgresor, en este caso, un ladrón que se mete en la casa de un hombre al que ata y le roba sus bienes. Satán es el "Fuerte". Pero Jesús es "el Más Fuerte". La fuerza de Jesús estaba en su profunda humanidad sin fisuras, en plena transparencia, con toda honradez y una bondad hasta el límite. Porque "la bondad es lo más fuerte que hay en la vida".

Mc 3, 31-35

"En aquel tiempo, llegaron la madre y los hermanos de Jesús, y desde fuera lo mandaron llamar. La gente que tenía sentada alrededor le dijo: "Mira, tu madre y tus hermanos están fuera y te buscan". Les contestó: "¿Quiénes son mi madre y mis hermanos?". Y pasando la mirada por el corro, dijo: "Estos son mi madre y mis hermanos. El que cumple la voluntad de Dios, ése es mi hermano y mi hermana y mi madre".

1. Está claro que, para Jesús, era más importante la relación que le unía a quienes estaban allí, escuchándole y conversando con él, que la relación que tenía con su madre y sus hermanos. Es decir, para Jesús, era más importante la relación humana, basada en la amistad o en la fe, que la relación humana basada en el parentesco. Jesús pensaba así, por la importancia que para él tenía la libertad. Las relaciones de amistad o de fe son libres porque se basan en convicciones libremente asumidas, mientras que las relaciones de parentesco nos son dadas. Nadie puede elegir libremente quién es su madre o quienes son sus hermanos.

2. Para Jesús, los más cercanos a él son los que hacen la voluntad de Dios. Ahora bien, la voluntad de Dios es que todos nos respetemos, nos ayudemos, nos queramos, y que jamás nos hagamos daño. La voluntad de Dios es que no nos relacionemos desde el interés y, menos aún, desde el egoísmo. Pero de sobra sabemos con qué frecuencia y hasta qué extremos de brutalidad se deforman las relaciones de parentesco, que empiezan por manifestaciones de prepotencia, de uso y de abuso, y terminan en rivalidades, rencores, desprecios, odios, venganzas y muerte. Por una herencia o por una envidia, hay hermanos que no se hablan o incluso se desprecian y hasta se odian. Como hay madres "castradoras" que anulan a sus hijos. No. Jesús sólo quería la relación humana enteramente libre. Porque es la única que nos hace más humanos y más libres.

3. La familia es una institución fundamental. Por medio de la familia, los seres humanos nos integramos en la sociedad, en la cultura, en la convivencia. Es importante proteger la familia. Pero la familia es una institución condicionada por la cultura. Y suele evolucionar con los cambios que experimenta la cultura. Es importante proteger la familia. Pero es igualmente importante proteger y educar también la libertad de los individuos y de los grupos humanos. Hay que equilibrar el amor (que nos da la familia) con la libertad (que nos garantiza la sociedad).

Mc 4, 1-20

"En aquel tiempo, Jesús se puso a enseñar otra vez junto al lago. Acudió un gentío tan enorme, que tuvo que subirse a una barca; se sentó y el gentío se quedó en la orilla. Les enseñó mucho rato con parábolas, como él solía enseñar: "Escuchad: Salió el sembrador a sembrar; al sembrar, algo cayó al borde del camino, vinieron los pájaros y se lo comieron. Otro poco cayó en terreno pedregoso, donde apenas tenía tierra; como la tierra no era profunda, brotó enseguida; pero en cuanto salió el sol, se abrasó y, por falta de raíz, se secó. Otro poco cayó entre zarzas; las zarzas crecieron, lo ahogaron y no dio grano. El resto cayó en tierra buena; nació, creció y dio grano; y la cosecha fue del treinta o del sesenta o del ciento por uno". Y añadió: "El que tenga oídos para oír que oiga". Cuando se quedó solo, los que estaban alrededor, y los Doce le preguntaban el sentido de la parábola. Él les dijo: "A vosotros se os han comunicado los secretos del Reino de Dios; en cambio a los de fuera todo se les presenta en parábolas, para que por más que miren, no vean, por más que oigan, no entiendan, no sea que se conviertan y los perdona". Y añadió: "¿No entendéis esta parábola? ¿Pues cómo vais a entender las demás? El sembrador siembra la palabra. Hay unos que están al borde del camino, se siembra la palabra; pero en cuanto la escuchan, viene Satanás y se lleva la palabra sembrada en ellos. Hay otros que reciben la simiente como terreno pedregoso, al escucharla la acogen con alegría, pero no tienen raíces, son inconstantes, y cuando viene una dificultad o persecución por la Palabra, enseguida sucumben. Hay otros que reciben la simiente entre zarzas; estos son los que escuchan la Palabra, pero los afanes de la vida, la seducción de las riquezas y el deseo de todo lo demás los invade, ahogan la Palabra, y se queda estéril. Los otros son los que reciben la simiente en tierra buena; escuchan la Palabra, la aceptan y da una cosecha del treinta o del sesenta o del ciento por uno".

1. Dios se nos comunica en su Palabra. La Palabra que está en el Evangelio y, sobre todo, en Jesús. La Palabra se comunica cuando se escucha. Y cuando la escucha se convierte en convicción. Pero "una convicción se define por el hecho de que orientamos nuestro comportamiento confor-

me a ella" (J. Habermas). Como explicó muy bien Ch. S. Peirce, "la convicción consiste principalmente en el hecho de que está uno dispuesto reflexivamente a dejarse guiar en su actividad por la fórmula de la que está convencido". El que está convencido de una cosa, la hace. Y si no la hace, es que no tiene la convicción.

2. La superficialidad, la dureza de corazón o los afanes de la vida impiden que la Palabra se traduzca en convicciones, que cambian nuestros hábitos de conducta. Hay teólogos que conocen el Evangelio, poetas que lo admiran, devotos que se emocionan al leerlo o escucharlo, y mucha gente que se entusiasma con tal frase o tal relato. Pero todo eso sirve de poco, si no cambia nuestra vida, de forma que se ajuste a lo que fue la vida de Jesús.

3. Por eso Jesús insiste tanto, en esta parábola y en todo el Evangelio, en que lo decisivo es la conducta, los hábitos de vida, el fruto que se produce. El Evangelio no es una teoría moral, sino la descripción de una forma de vivir.

Lc 10, 1-9

"En aquel tiempo, designó el Señor otros setenta y dos, y los mandó por delante, de dos en dos, a todos los pueblos y lugares adonde pensaba ir él. Y les decía: "La mies es abundante y los obreros pocos: rogad, pues, al dueño de la mies que mande obreros a su mies. ¡Poneos en camino! Mirad que os mando como corderos en medio de lobos. No llevéis talega, ni alforja, ni sandalias; y no os detengáis a saludar a nadie por el camino. Cuando entréis en una casa, decid primero: "Paz a esta casa". Y si allí hay gente de paz, descansará sobre ellos vuestra paz; si no, volverá a vosotros. Quedaos en la misma casa, comed y bebed de lo que tengan; porque el obrero merece su salario. No andéis cambiando de casa. Si entráis en un pueblo y os reciben bien, comed lo que os pongan, curad a los enfermos que haya, y decid: "está cerca de vosotros el Reino de Dios".

1. Estos dos santos, como es sabido, fueron discípulos de san Pablo y lo acompañaron en sus viajes. En las dos cartas a Timoteo y en la de Tito aparecen ya como dirigentes estables de sus comunidades. Estas cartas son tardías en el conjunto del Nuevo Testamento. Lo más probable es que fueron escritas por un discípulo de Pablo perteneciente a la tercera generación cristiana. O sea, ya de finales del siglo primero. En esta cartas se advierte ya una Iglesia más organizada, en la que la jerarquía tiene más peso. Una jerarquía más preocupada por la verdad de la "doctrina" que por el "radicalismo de vida" del Evangelio.

2. Este radicalismo está claramente formulado en las indicaciones que Jesús dio a los setenta y dos discípulos que mandó a predicar el Evangelio. Para esa tarea, no deben llevar nada: ni provisiones, ni dinero, ni calzado. Jesús estaba convencido de que el ejemplo de la propia vida puede más que todo lo que se pueda llevar en una maleta o tener seguro en una cuenta corriente. En esto, mientras el clero no tenga total transparencia y goce de credibilidad, poco podrá hacer la Iglesia.

3. Los que hablamos del Evangelio tenemos que ser, ante todo, gente de paz. Una Iglesia y una jerarquía que habla y gobierna de forma que crea malestar, tensiones y división entre los cristianos; o entre los cristianos y los que no lo son, es una Iglesia que ha equivocado el camino y, por eso, desorienta y desalienta a la gente.

Mc 4, 26-34

"En aquel tiempo, decía Jesús a las turbas: "El Reino de Dios se parece a un hombre que echa simiente en la tierra. Él duerme de noche, y se levanta de mañana: la semilla germina y va creciendo, sin que él sepa cómo. La tierra va produciendo la cosecha ella sola: primero los tallos, luego la espiga, después el grano. Cuando el grano está a punto, se mete la hoz, porque ha llegado la siega". Dijo también: "¿Con qué podemos comparar el Reino de Dios? ¿Qué parábola usaremos? Con un grano de mostaza: al sembrarlo en la tierra, es la semilla más pequeña, pero después, brota, se hace más alta que las demás hortalizas y echa ramas tan grandes que los pájaros pueden cobijarse y anidar en ellas". Con muchas parábolas parecidas les exponía la Palabra, acomodándose a su entender. Todo se lo exponía con parábolas, pero a sus discípulos se lo explicaba todo en privado".

1. En la primera parábola, Jesús utiliza un hecho enteramente obvio, que la gente, que trabaja en el campo, ve todos los días. La tierra y la semilla tienen fuerza, en sí mismas y por sí mismas, para producir el fruto y dar vida. Pues bien, eso es lo que sucede con el Reino de Dios. El Reino es una semilla que da vida, por el vigor y la fuerza que el Reino tiene en sí. No es cuestión de habilidades o técnicas humanas. Se equivocan los que se afanan más por las habilidades y las técnicas que por el Reino, que es el centro mismo del Evangelio.

2. La parábola del grano de mostaza deja bien claro que el Reino de Dios es, y será siempre, una cosa pequeña, casi insignificante y que, para casi todos, pasará inadvertida. El Reino no crece a base de grandes concentraciones de gente ni de solemnidades con poder mediático. Eso es lo propio de los poderes de este mundo. El gigantismo, como ocurrió con los dinosaurios, está llamado a desaparecer. Las hormigas, sin embargo, perviven en su pequeñez.

3. Pero hay algo más profundo y desconcertante en estas parábolas. Jesús no compara el Reino de Dios con nada que tenga que ver con "lo religioso" o con "lo sagrado". Jesús compara el Reino y explica lo que es el Reino de Dios mediante lo que ocurre en la naturaleza, en la vida, en lo que todo el mundo ve y entiende. Y lo que a todo el mundo interesa. El centro de lo que Jesús enseña no es "lo religioso" o "lo sagrado", sino "lo humano", "lo laico", lo que todo el mundo entiende y a todo el mundo le interesa. Muchas veces, nos sobra religiosidad y solemnidad. Y nos falta humanidad y sencillez de vida.

Mc 4, 35-41

"Aquel día, al atardecer, dijo Jesús a sus discípulos: "Vamos a la otra orilla". Dejando a la gente, se lo llevaron en barca, como estaba; otras barcas los acompañaban. Se levantó un fuerte huracán y las olas rompían contra la barca hasta casi llenarla de agua. Él estaba a popa, dormido sobre un almohadón. Lo despertaron, diciéndole: "Maestro, ¿no te importa que nos hundamos?". Se puso en pie, increpó al viento y dijo al lago: "¡Silencio, cállate!". El viento cesó y vino una gran calma. Él les dijo: "¿Por qué sois tan cobardes? ¿Aún no tenéis fe?". Se quedaron espantados y se decían unos a otros: "¿Pero quién es éste? ¡Hasta el viento y las aguas le obedecen!".

1. Este extraño relato plantea una serie de preguntas que seguramente no tienen respuesta: ¿ocurrió esto de verdad?; ¿se produjo realmente en aquel pequeño y tranquilo lago una tempestad tan peligrosa?; ¿el mar y el viento obedecieron sumisamente a Jesús?; ¿alude este relato a los peligros que acechan a la "barca de Pedro", es decir, a la Iglesia? El "relato histórico" presenta muchas dudas. Sin embargo, el "mensaje religioso" es muy claro. Esto es lo que interesa al creyente, por más insatisfecho que se quede el historiador.

2. Aquí queda claro que, si de verdad tenemos fe en Jesús; si nos fiamos en serio de Jesús, no tenemos por qué dejarnos dominar por el miedo, incluso en situaciones límite, como les pasó a aquellos discípulos. Está claro también que Jesús asociaba la falta de fe con el miedo, es decir, para Jesús, el enemigo de la fe no es el error dogmático o la desobediencia religiosa, sino el miedo, o sea cuando falla nuestra seguridad en Jesús. Y está claro, finalmente, que los discípulos, aunque "seguían" a Jesús, tenían poca fe. Como es claro también que aquellos discípulos no sabían quién era Jesús, no lo conocían a fondo. Porque Jesús es siempre sorprendente, incluso para quienes se imaginan que lo conocen a fondo.

3. El viento y el mar obedecían a Jesús. El verbo "obedecer" (*ypakoúein*) se aplica, en los evangelios, al viento y el mar, a los demonios (Mc 1, 27) y a un árbol (Lc 17, 6). Jamás Jesús exigió obediencia y sometimiento a ningún ser humano. Jesús no quería súbditos, sino seguidores, compañeros de camino, y amigos (Jn 15, 15). En la formación religiosa de muchos cristianos, se le da más importancia a la "obediencia" que al "seguimiento". Es una de las deformaciones más frecuentes entre los cristianos.

Mc 1, 21-28

“Llegó Jesús a Cafarnaún, y cuando el sábado siguiente fue a la sinagoga a enseñar, se quedaron asombrados de su enseñanza, porque no enseñaba como los letrados, sino con autoridad. Estaba precisamente en la sinagoga un hombre que tenía un espíritu inmundo, y se puso a gritar: “¿Qué quieres de nosotros, Jesús Nazareno? ¿Has venido a acabar con nosotros? Sé quién eres, el Santo de Dios”. Jesús lo increpó: “Cállate y sal de él”. El espíritu inmundo, dando un grito muy fuerte, salió. Todos se preguntaron estupefactos: “¿Qué es esto? Este enseñar con autoridad es nuevo. Hasta los espíritus inmundos les manda y le obedecen”. Su fama se extendió enseguida por todas partes, alcanzando la comarca entera de Galilea”.

1. Los demonios no existen como seres personales, como seres malos que no son de este mundo y buscan hacer daño a algunas personas desgraciadas de las que misteriosamente se apoderan y en las que se instalan, hasta que son expulsados por un ritual de exorcismo. Todo eso no está demostrado en ninguna parte. En la antigüedad, las gentes no sabían cómo explicar las enfermedades y las desgracias. Para explicar esas situaciones echaban mano de los demonios, que eran las fuerzas del mal, causantes del sufrimiento.

2. La “autoridad” de Jesús se asocia en los evangelios a la capacidad de expulsar demonios. Es decir, la “autoridad” no consiste en saber o en tener títulos y cargos, sino en la capacidad para aliviar el sufrimiento, las penas y las humillaciones de los demás. Para hacer eso no es necesario poseer poderes sobrenaturales, sino tener voluntad de estar de parte del que sufre, estar junto a quien lo pasa mal, ayudarle y, sobre todo, quererle. En definitiva, tener “autoridad” es (en la mentalidad de Jesús) lo mismo que tener “sensibilidad” ante el dolor y “entrañas de misericordia”.

3. Lo que más necesita la gente –lo necesitamos todos– no es que nos enseñen doctrinas y teorías, sino que nos liberen de las fuerzas del mal que nos causan sufrimientos y nos hacen, tantas veces, quizá demasiado desgraciados.

Mc 5, 1-20

En aquel tiempo, Jesús y sus discípulos llegaron a la orilla del lago en la región de los Gerasenos. Apenas desembarcó, le salió al encuentro, desde el cementerio, donde vivía en las tumbas, un hombre poseído de espíritu inmundo; ni con cadenas podía ya nadie sujetarlo; muchas veces lo habían sujetado con cepos y cadenas, pero él rompía las cadenas y destruía los cepos, y nadie tenía fuerza para domarlo. Se pasaba el día y la noche en los sepulcros y en los montes, gritando e hiriéndose con piedras. Viendo de lejos a Jesús, echó a correr, se postró ante él y gritó a voz en cuello: “¿Qué tienes que ver conmigo, Jesús Hijo de Dios Altísimo? Por Dios te lo pido, no me atormentes”. Porque Jesús le estaba diciendo: “Espíritu inmundo, sal de este hombre”. Jesús le preguntó: “¿Cómo te llamas?” El respondió: “Me llamo Legión, porque somos muchos”. Y le rogaba con insistencia que no los expulsara de aquella comarca. Había cerca una gran piara de cerdos hozando en la falda del monte. Los espíritus le rogaron: “Déjanos irnos a meternos en los cerdos”. El se lo permitió. Los espíritus inmundos salieron del hombre y se metieron en los cerdos; y la piara, unos dos mil, se abalanzó acantilado abajo al lago y se ahogó en el lago. Los porquerizos echaron a correr y dieron la noticia en el pueblo y en el campo. Y la gente fue a ver qué había pasado. Se acercaron a Jesús y vieron al endemoniado que había tenido la legión, sentado, vestido y en su juicio. Se quedaron espantados. Los que lo habían visto les contaron lo que había pasado al endemoniado y a los cerdos. Ellos le rogaban que se marchase de su país. Mientras se embarcaba, el endemoniado le pidió que lo admitiese en su compañía. Pero no se lo permitió, sino que le dijo: “Vete a casa con los tuyos y anúnciales lo que el Señor ha hecho contigo por su misericordia”. El hombre se marchó y empezó a proclamar por la Decápolis lo que Jesús había hecho con él; todos se admiraban.

1. Llama la atención en este relato la extensión del mismo y la cantidad de detalles que ofrece. Lo cual indica, por lo pronto, la importancia que Marcos le concede a este extraño episodio. Lo que menos interesa aquí es comprobar la exactitud histórica y geográfica de cada dato. Por ejem-

plo, es dudoso que esto sucediera cerca de la ciudad de Gerasa, que se encuentra a sesenta kilómetros del lago. Seguramente, todo sucedió en Gadara (Mt 8, 28) (B. M. Metzger). Sea lo que sea de éste y otros detalles, Marcos destaca, entre otros, tres hecho que tienen una fuerza simbólica enorme: 1) La figura del endemoniado. 2) La muerte de los cerdos en el lago. 3) La reacción de los dueños de los cerdos.

2. El endemoniado resulta tan extravagante y peligroso por su vinculación con la muerte y la violencia: cementerio, tumbas, cadenas, piedras, gritos. La simbolización más repugnante del mal y la destrucción.

3. Dos mil cerdos tenían que ser, en aquella región donde la carne de cerdo era apreciada, una fortuna enorme. Y sucedió que la fuerza satánica de la “legión” de demonios, al salir del hombre, se precipitó en el mar. La fuerza de muerte pasó del hombre a los cerdos. La fortuna de los gerasenos aparece asociada a la violencia de muerte del hombre, mientras que la liberación del hombre desencadena la muerte de aquel enorme capital. Y lo más dramático del relato es que los dueños de aquel capital le piden a Jesús que se vaya de allí. Querían cerdos y capital. Habían soportado el hombre encadenado a la muerte. No soportaron verse privados de su fortuna. Al apego al capital trastorna y pervierte a una sociedad entera.

Mc 5, 21-43

“En aquel tiempo, Jesús atravesó de nuevo a la otra orilla, se reunió mucha gente a su alrededor, y se quedó junto al lago. Se acercó un jefe de la sinagoga, que se llamaba Jairo, y al verlo se echó a sus pies, rogándole con insistencia: “Mi niña está en las últimas, ven, pon las manos sobre ella, para que se cure y viva”. Jesús se fue con él, acompañado de mucha gente que lo apretujaba. Había una mujer que padecía flujos de sangre desde hacía doce años. Muchos médicos la habían sometido a toda clase de tratamientos y se había gastado en eso toda su fortuna; pero en vez de mejorar, se había puesto peor. Oyó hablar de Jesús y, acercándose por detrás, entre la gente, le tocó el manto, pensando que con solo tocarle el vestido, curaría. Inmediatamente se secó la fuente de sus hemorragias y notó que su cuerpo estaba curado. Jesús, notando que había salido fuerza de él, se volvió en seguida, en medio de la gente, preguntando: “¿Quién me ha tocado el manto?”. Los discípulos le contestaron: “Ves como se apretuja la gente y preguntas: “¿Quién me ha tocado?”. Él seguía mirando alrededor, para ver quién había sido. La mujer se acercó asustada y temerosa, al comprender lo que había pasado, se le echó a los pies y le confesó todo. Él le dijo: “Hija, tu fe te ha curado. Vete en paz y con salud”. Todavía estaba hablando cuando llegaron de casa del jefe de la sinagoga para decirle: “Tu hija se ha muerto. ¿Para qué molestar más al maestro?”. Jesús alcanzó a oír lo que hablaban y le dijo al jefe de la sinagoga: “No temas; basta que tengas fe”. No permitió que lo acompañara nadie, más que Pedro, Santiago y Juan, el hermano de Santiago. Llegaron a casa del jefe de la sinagoga y encontró el alboroto de los que lloraban y se lamentaban a gritos. Entró y les dijo: “¿Qué estrépito y qué lloros son éstos? La niña no está muerta, está dormida”. Se reían de él. Pero él los echó fuera a todos, y con el padre y la madre de la niña, la cogió de la mano y le dijo: “Talitha Kum” que significa: “contigo hablo, niña, levántate”. La niña se puso en pie inmediatamente y echó a andar –tenía doce años–. Y se quedaron viendo visiones. Les insistió en que nadie se enterase; y les dijo que dieran de comer a la niña”.

Mc 6, 1-6

"En aquel tiempo, fue Jesús a su tierra en compañía de sus discípulos. Cuando llegó el sábado, empezó a enseñar en la sinagoga; la multitud que lo oía se preguntaba asombrada: "¿De dónde saca todo eso? ¿Qué sabiduría es ésta que le han enseñado? ¿Y esos milagros de sus manos? ¿No es éste el carpintero, el hijo de María, hermano de Santiago y José y Judas y Simeón? Y sus hermanas, ¿no viven con nosotros aquí?". Y desconfiaban de él. Jesús les decía: "No desprecian a un profeta más que en su tierra, entre sus parientes y en su casa". No pudo hacer allí ningún milagro, sólo curó algunos enfermos imponiéndoles las manos. Y se extrañó de su falta de fe. Y recorría los pueblos de alrededor enseñando".

1. Lo primero que queda claro, en este relato, es que en Nazaret la gente no valoraba ni a Jesús, ni a María. Jesús era un trabajador manual ("tétkton") (Mc 6, 3; Mt 13, 55), sin cultura (quizá sólo sabía leer) (J. P. Meier) y al que los vecinos consideraban incapaz de hablar bien en público. Además, si se extrañan de los milagros que le salían de las manos, seguramente es que sospechaban que practicaba actos de magia, cosa que aumentaba el descrédito. Para los vecinos del pueblo, Jesús era un tipo que hacía cosas raras o, al menos, difíciles de entender y explicar.

2. Jesús tenía hermanos y hermanas. No eran parientes, sino hijos de la misma madre. En todo el Nuevo Testamento, siempre que aparece la palabra griega "*adelphoi*", para señalar relaciones de parentesco, significa hermanos de sangre, sin que haya ni una sola excepción. Esto no cuestiona necesariamente la cuestión de la virginidad de María en la concepción y el parto de Jesús. Pero, en todo caso, lo que importa no es la virginidad biológica, sino el significado teológico de la virginidad, que quiere decir: Jesús era "Hijo de Dios".

3. Jesús se sintió "despreciado" "*en su pueblo, entre sus parientes y en su casa*". Es duro esto. Es posible que, al decir Jesús eso, estuviera repitiendo un refrán de aquel tiempo. En cualquier caso, ya sabemos que los parientes de Jesús pensaban que estaba loco (Mc 3, 21) y no se fiaban de él (Jn 7, 5) (R. E. Brown). El problema de fondo está en que cuando una persona no se acomoda a lo que la sociedad y sus parientes y amigos esperan de ella, esa persona cae en desgracia. La "conducta desviada" (G. Theissen) de los profetas tiene un costo muy alto y acarrea enormes sufrimientos.

1. La humanidad entrañable de Jesús queda patente en este largo relato, en el que Marcos deja constancia de la relación, no ya sólo respetuosa, sino sobre todo benéfica, de Jesús con las mujeres. El relato, en efecto, habla de dos mujeres: una enferma y la otra muerta. La enferma era una mujer adulta. La difunta, una niña. Marcos nos presenta un pueblo en el que estaba marcada por el sufrimiento, la marginación, la exclusión, el desprestigio, la debilidad y la muerte. Jesús se encuentra con semejante situación. ¿Y qué hace?

2. En realidad, la situación era más complicada de lo que aparece a primera vista. Porque, en el caso de la mujer adulta, se trataba de una persona que padecía una enfermedad (hemorragias menstruales) relacionada con la sangre y el sexo. La sangre y el sexo son fuente de vida. Pero, para no pocas religiones, son también origen del "tabú", es decir, lo prohibido. Se palpa aquí la enorme ambigüedad de "lo sagrado", que, al mismo tiempo, dignifica y mancha, da vida y mata. De ahí, las severas prohibiciones que la religión de Israel imponía a las mujeres en este orden de cosas (Lev 15, 19-27). Y si esta mujer padecía hemorragias constantes, estaba socialmente imposibilitada para una vida normal (J. D. G. Dunn). Pues bien, el contacto con Jesús acabó con todo esto. Jesús acabó con la enfermedad y con el tabú. Jesús no quiere nada de eso. Lo que quiere es salud, vida, felicidad y libertad.

3. Lo de la niña es más fuerte. Una chiquilla en Israel era, socialmente hablando, un cadáver. Y lo era por causa de la religión, que le negaba los derechos, la libertad y la dignidad de una persona adulta. Por eso, lo que hizo Jesús fue buscar a la niña difunta, levantarla de su postración total, restituirla la vida y ponerla en camino ("echó a andar"). Si queremos parecer-nos a Jesús, ésta debe ser nuestra actitud ante la mujer. Y más, ante la mujer postrada y excluida.

Lc 2, 22-40

“Cuando llegó el tiempo de la purificación, según la ley de Moisés, los padres de Jesús lo llevaron a Jerusalén, para presentarlo al Señor, de acuerdo con lo escrito en la ley del Señor: ‘Todo primogénito varón será consagrado al Señor, y para entregar la oblación, como dice la ley del Señor: ‘un par de tórtolas y dos pichones’. Vivía entonces en Jerusalén un hombre llamado Simeón, hombre justo y piadoso, que aguardaba el consuelo de Israel; y el Espíritu Santo moraba en él. Había recibido un oráculo del Espíritu Santo: que no vería la muerte antes de ver al Mesías del Señor. Impulsado por el Espíritu, fue al templo. Cuando entraban con el niño Jesús sus padres para cumplir con él lo previsto por la ley, Simeón lo tomó en brazos y bendijo a Dios diciendo: ‘Ahora, Señor, según tu promesa, puedes dejar a tu siervo irse en paz. Porque mis ojos han visto a tu Salvador a quien has presentado ante todos los pueblos: luz para alumbrar a las naciones y gloria de tu pueblo Israel’. Su padre y su madre estaban admirados por lo que se decía del niño. Simeón los bendijo, diciendo a María, su madre: ‘Mira, éste está puesto para que muchos en Israel caigan y se levanten; será como una bandera discutida: así quedará clara la actitud de muchos corazones. Y a ti, una espada te traspasará el alma’. Había también una profetisa, Ana, hija de Fanuel, de la tribu de Aser. Era una mujer muy anciana; de jovencita había vivido siete años casada, y luego viuda hasta los ochenta y cuatro, no se apartaba del templo día y noche, sirviendo a Dios con ayunos y oraciones. Acercándose en aquel momento, daba gracias a Dios y hablaba del niño a todos los que aguardaban la liberación de Jerusalén. Y, cuando cumplieron todo lo que prescribía la ley del Señor, se volvieron a Galilea, a su ciudad de Nazaret. El niño iba creciendo y robusteciéndose, y se llenaba de sabiduría; y la gracia de Dios lo acompañaba”.

1. Jesús fue judío, educado en la cultura y en la religión de Israel. Pero eso no quiere decir que el cristianismo sea una mera prolongación del judaísmo. Jesús dijo: *“La Ley y los Profetas llegaron hasta Juan (Bautista); desde entonces se anuncia el Reino de Dios”* (Lc 16, 16). Jesús es, por tanto, el “centro del tiempo” (H. Conzelmann). Con Juan se acaba una etapa fun-

damental en la historia de las tradiciones religiosas (el Antiguo Testamento). Con Jesús se inicia la plenitud del tiempo, que arranca del judaísmo y lo lleva a su plenitud.

2. En el evangelio de hoy y en la liturgia de la Iglesia, se sigue leyendo la Ley de Moisés y los textos del Antiguo Testamento. Recordar todo aquello ayuda a nuestra fe. Porque en eso están las raíces de nuestra fe. Pero la fe cristiana se origina en Jesús y a partir de él. Este planteamiento nos debería ayudar a situar las lecturas del Antiguo Testamento en su importante y justa significación para quienes creemos en Jesús.

3. Ni María necesitaba “purificación”. Ni Jesús “presentación” en el Templo. La “purificación” presupone que la mujer, que llega a ser madre, por eso mismo llega a ser impura. La “presentación” se realizaba porque se tenía la idea de que sólo cuando un ser humano entra en el ámbito de “lo sagrado”, entonces empieza a ser como tiene que ser. Pero es claro que estos rituales, y las ideas religiosas en que se basan, representan un menosprecio hacia “lo humano”. Lo que más dignifica al hombre no es “lo religioso”, sino “lo humano”. Lo que más importa en la vida es ser profundamente humano. Y la religión verdadera es la que nos ayuda a humanizarnos.

Mc 6, 14-29

En aquel tiempo, como la fama de Jesús se había extendido, el rey Herodes oyó hablar de él. Unos decían: "Juan Bautista ha resucitado, y por eso los ángeles actúan en él". Otros decían: "Es Elías". Otros: "Es un profeta como los antiguos". Herodes, al oírlo, decía: "Es Juan, a quien yo decapité, que ha resucitado". Es que Herodes había mandado prender a Juan y lo había metido en la cárcel encadenado. El motivo era que Herodes se había casado con Herodías, mujer de su hermano Felipe, y Juan le decía que no le era lícito tener la mujer de su hermano. Herodías aborrecía a Juan y quería quitarlo de enmedio; no acababa de conseguirlo, porque Herodes respetaba a Juan, sabiendo que era un hombre honrado y santo, y lo defendía. En muchos asuntos seguía su parecer y lo escuchaba con gusto. La ocasión llegó cuando Herodes, por su cumpleaños, dio un banquete a sus magnates, a sus oficiales y a la gente principal de Galilea. La hija de Herodías entró y danzó, gustando mucho a Herodes y a los convidados. El rey le dijo a la joven: "Pídeme lo que quieras, que te lo doy". Y le juró: "Te daré lo que me pidas, aunque sea la mitad de mi reino". Ella salió a preguntarle a su madre: "¿Qué le pido?" La madre le contestó: "La cabeza de Juan el Bautista". Entró en seguida, a toda prisa, se acercó al rey y le pidió: "Quiero que ahora mismo me des en una bandeja la cabeza de Juan el Bautista". El rey se puso muy triste; pero por el juramento y los convidados no quiso desairarla. En seguida le mandó a uno de su guardia que trajese la cabeza de Juan. Fue, lo decapitó en la cárcel, trajo la cabeza en una bandeja y se la entregó a la joven; la joven se la entregó a la madre. Al enterarse sus discípulos fueron a recoger el cadáver y lo enterraron.

1. Desde el punto de vista literario, esta historia es una excelente composición de relato de martirio, como lo es la historia de la muerte de los mártires Macabeos (2 Mac 6, 18-31; 4 Mac 5, 1-6. 30) o el linchamiento mortal en el que acabó el mártir Esteban (Hech 6, 8 - 7, 60) (Joel Marcus). Estos relatos, cuidadosamente conservados, muestran la extraordinaria estima que el cristianismo ha tenido, desde sus orígenes, a la coherencia íntegra y hasta el final de quienes han sido ejemplares cabales de una vida íntegra y entregada hasta el final.

2. El martirio es el acto supremo de generosidad y heroísmo que culmina una vida. Y es siempre la consecuencia de esa vida. En el caso de Juan, esto queda patente en la historia que aquí se cuenta. Juan fue degollado porque fue libre y valiente para decir lo que tenía que decir ante un gobernante corrupto y escandaloso. Como más tarde, Jesús fue crucificado porque libre y valiente para hacer y decir lo que tenían que ver y oír los responsables de la religión y jefes del templo, los sumos sacerdotes de Israel. Lo mismo en el caso de Juan que en la pasión de Jesús, ambos mártires son sujetos pasivos en manos de sus asesinos. Lo determinante en Juan y en Jesús fue la vida que ambos llevaron. Lo que se enaltece en la muerte es la forma de vida que ambos llevaron.

3. Juan murió por la crueldad morbosa del poder político. Jesús murió por la crueldad hipócrita del poder religioso. Los poderes de este mundo no soportan la honradez y la integridad al servicio de la misericordia.

Mc 6, 30-34

“En aquel tiempo, los apóstoles volvieron a reunirse con Jesús, y le contaron todo lo que habían hecho y enseñado. Él les dijo: “Venid vosotros solos a un sitio tranquilo a descansar un poco”. Porque eran tantos los que iban y venían, que no encontraban tiempo ni para comer. Se fueron en barca a un sitio tranquilo y apartado. Muchos los vieron marcharse y los reconocieron; entonces, de todas las aldeas fueron corriendo por tierra a aquel sitio y se les adelantaron. Al desembarcar, Jesús vio una multitud y le dio lástima de ellos, porque andaban como ovejas sin pastor; y se puso a enseñarles con calma”.

1. Ante todo, es sorprendente la atracción que ejercía Jesús sobre las gentes de Galilea. Los habitantes de aquellas aldeas eran pobres, ignorantes y poco religiosos. Se ha hecho famosa la expresión de Yojanán ben Zakkai, desesperado por el poco éxito de su misión en Galilea: *“Galilea, Galilea, tú odias la Ley y el Sábado”*. Por lo tanto, si la gente acudía en masa a Jesús, no era porque en él encontraban un maestro de la Ley o un maestro de ceremonias.

2. Aquellas gentes acudían a Jesús porque en él encontraban respuesta a sus carencias y aspiraciones más hondas y más profundamente humanas: la salud, la comida y sobre todo la acogida y la necesidad de que alguien nos comprenda, nos respete, nos quiera, tal como somos y tal como vivimos.

3. La humanidad de Jesús es única: cuando no tiene ni tiempo para comer, ni para descansar; y cuando la gente acude de nuevo en masa, la reacción de Jesús fue, al ver a aquellas pobres gentes, que *“se le conmovieron las entrañas”*. Eso es lo que literalmente dice el relato. Jesús nunca les predica que vayan al Templo o a la sinagoga, ni que recen Salmos o que estudien la Palabra de Dios. Jesús acoge, comprende, acepta... a todos, sean como sean y vivan como vivan. Su humanidad paciente y entrañable llevaba a la gente, sin más, a Dios. Y así, la gente sencilla se sentía mejor, incluso más feliz y aliviada en sus penas.

Mc 1, 29-39

“En aquel tiempo, al salir Jesús de la sinagoga, fue con Santiago y Juan a casa de Simón y Andrés. La suegra de Simón estaba en cama con fiebre y se lo dijeron. Jesús se acercó, la cogió de la mano y la levantó. Se le pasó la fiebre y se puso a servirles. Al anochecer, cuando se puso el sol, le llevaron todos los enfermos y poseídos. La población entera se agolpaba a la puerta. Curó a muchos enfermos de diversos males y expulsó muchos demonios; y como los demonios lo conocían no les permitía hablar. Se levantó de madrugada, se marchó al descampado y allí se puso a orar. Simón y sus compañeros fueron y, al encontrarlo, le dijeron: “Todo el mundo te busca”. Él les respondió: “Vámonos a otra parte, a las aldeas cercanas, para predicar también allí; que para eso he venido”. Así recorrió toda Galilea, predicando en las sinagogas y expulsando demonios”.

1. Lo que más interesa en este relato es constatar que la oración era muy importante y muy frecuente en la vida de Jesús. Él era consciente de su intimidad con el Padre (Mt 11, 27). Y, sin embargo, llama la atención la frecuencia, la duración y la insistencia con que los evangelios hablan de la oración de Jesús (Mc 1, 35; 6, 46; 14, 32. 35. 39; Mt 14, 23; 19, 13; 26, 36. 42. 44; Lc 3, 21; 5, 16; 6, 12; 9, 18. 28. 29; 11, 1; 22, 41. 44. 45). Repasar estos textos ilumina nuestro conocimiento sobre Jesús. Él era consciente de que sin oración no podía llevar la vida que llevaba.

2. Jesús vio que necesitaba orar al Padre. Lo necesitaba mucho. Y con frecuencia. Pero, para orar no se iba al templo, ni a sitio sagrado alguno. Jesús oraba en lugares solitarios, donde nadie le veía, en el campo, el monte. Y así pasaba noches enteras en oración. El Dios de Jesús sólo ve *“en lo escondido”*, lo que queda oculto, lo que nadie advierte (Mt 6, 5-6). Jesús llevó una vida tan profundamente espiritual y religiosa, como radicalmente laica y secular. Jesús nos enseñó así lo que justamente se ha denominado *“un cristianismo no-religioso”* (D. Bonhoeffer).

3. La clave de la *humanidad* de Jesús está en su *espiritualidad*. Es decir, Jesús fue tan profundamente humano *por causa de la relación tan frecuente y profunda que tuvo con la fuente de toda humanidad*. La condición huma-

na, tal como de hecho existe –mezclada y fundida con lo inhumano y con la deshumanización–, no da de sí que un hombre, que fue “como uno de tantos” (Fil 2, 7), fuera tan plenamente humano que en él no cabía inhumanidad alguna. Por eso Jesús fue tan “religioso” y tan “laico”, tan “espiritual” y tan “humano”, tan “piadoso” y tan “intachable”. Saber armonizar estas actitudes es decisivo. La religiosidad laica lleva derechamente a la honradez ética. La religiosidad ostentosa lleva inevitablemente al fariseísmo hipócrita (Mt 6, 1-6).

6 DE FEBRERO - LUNES

5ª SEMANA DEL TIEMPO ORDINARIO

Mc 6, 53-56

“En aquel tiempo, cuando Jesús y sus discípulos terminaron la travesía, tomaron tierra en Genesaret, y atracaron. Apenas desembarcados, algunos los reconocieron, y se pusieron a recorrer toda la comarca; cuando se enteraba la gente dónde estaba Jesús, le llevaban los enfermos en camillas. En la aldea o pueblo o caserío donde llegaba, colocaban a los enfermos en la plaza y le rogaban que les dejase tocar al menos el borde de su manto; y los que lo tocaban se ponían sanos”.

1. Genesaret designa la parte norte de la ribera occidental del lago. Parece que aquella zona era tierra fértil y estaba bastante poblada. En este sumario no se presenta a Jesús como *maestro que enseña*, sino como *terapeuta que da vida*. La misión de Jesús es rehacer al ser humano: en todo cuanto le puede afectar: para que tenga salud, alimentación y medios de vida, derechos y dignidad, esperanza y sentido de la vida.

2. “Colocaban a los enfermos en la plaza”. Cuenta el historiador Herodoto (I, 197), que en la antigüedad la gente que no podía acudir al médico llevaba a los enfermos a la plaza y los que pasaban por allí se detenían a hablar con ellos y consolarlos. La cercanía humana, el hecho de que el enfermo y el que sufre se sienta acompañado y comprendido, eso (por sí mismo) tiene un fuerte poder curativo.

3. Los enfermos que tocaban a Jesús se curaban. En la Ley religiosa de Israel, se prohibía el contacto con distintas clases de enfermos (Lv 13-15). De forma que tal contacto “impurificaba” al que se atrevía a tocar al enfermo. Aquí ocurre exactamente lo contrario: el contacto con Jesús, no sólo no impurifica a Jesús, sino que sana al enfermo. El legalismo religioso es estéril y mancha; la cercanía humana da vida.

Mc 7, 1-13

“En aquel tiempo, se acercó a Jesús un grupo de fariseos con algunos letrados de Jerusalén y vieron que algunos discípulos comían con manos impuras (es decir, sin lavarse las manos). (Los fariseos, como los demás judíos, no comen sin lavarse antes las manos, restregando bien, aferrándose a la tradición de sus mayores, y al volver de la plaza no comen sin lavarse antes, y se aferran a otras muchas tradiciones, de lavar vasos, jarras y ollas). Según eso, los fariseos y los letrados preguntaron a Jesús: “¿Por qué comen tus discípulos con manos impuras y no siguen tus discípulos la tradición de los mayores?” Él les contestó: “Bien profetizó Isaías de vosotros, hipócritas, como está escrito: Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí. El culto que me dan está vacío, porque la doctrina que enseñan son preceptos humanos. Dejáis a un lado el mandamiento de Dios para aferraros a la tradición de los hombres”. Y añadió: “Anuláis el mandamiento de Dios por mantener vuestra tradición. Moisés dijo: Honra a tu padre y a tu madre y el que maldiga a su padre o a su madre tiene pena de muerte. En cambio vosotros decís: “Si uno le dice a su padre o a su madre: los bienes con que podría ayudarte los ofrezco al templo”, ya no le permitís hacer nada por su padre o por su madre; invalidando la palabra de Dios con esa tradición que os transmitís; y como éstas hacéis muchas”.

1. Las purificaciones rituales por medio de lavatorios eran, y siguen siendo, importantes en muchas religiones. Tales rituales se basan en la idea según la cual hay acciones, animales, comidas, enfermedades o actos humanos, sobre todo los relacionados con la sexualidad, que “manchan” la conciencia y por eso dejan al ser humano en condiciones de “indignidad” para acercarse a “lo sagrado” (Lv 11-15; Dt 14 y 19). Esto equivale a convertir la religión en magia.

2. Jesús desobedece a estos preceptos y rituales religiosos. Sus discípulos también. Y además Jesús les dice a los fariseos y a los letrados que todas esas normas religiosas no sirven para nada y son un “culto vacío”. Un fenómeno que se sigue produciendo entre personas religiosas y en

los ceremoniales eclesiásticos. Se anteponen las normas ceremoniales humanas a los principios más básicos de la ética y del Evangelio.

3. Jesús pone el ejemplo concreto de la práctica establecida por los hombres de la religión que engañaban a la gente para quedarse con el dinero que se debía dedicar a atender a los padres ancianos y desamparados. Así, la religión anteponía los intereses del Templo a las necesidades de las personas. Por eso Jesús denuncia provocativamente la hipocresía y el cinismo de la religión. Porque esto es una de las cosas que más daño hacen a la gente y su fe en Dios.

Mc 7, 14-23

“En aquel tiempo, llamó Jesús de nuevo a la gente y les dijo: “Escuchad y entended todos: Nada que entre de fuera puede hacer al hombre impuro; lo que sale de dentro es lo que hace impuro al hombre. El que tenga oídos para oír que oiga”. Cuando dejó a la gente y entró en casa, le pidieron sus discípulos que les explicara la comparación. Él dijo: “¿Tan torpes sois también vosotros? ¿No comprendéis? Nada que entre de fuera puede hacer impuro al hombre, porque no entra en el corazón, sino en el vientre y se echa en la letrina” (con esto declaraba puros todos los alimentos). Y siguió: “Lo que sale de dentro, eso sí mancha al hombre. Porque de dentro, del corazón del hombre, salen los malos propósitos, las fornicaciones, robos, homicidios, adulterios, codicia, injusticias, fraudes, desenfreno, envidia, difamación, orgullo, frivolidad. Todas esas maldades salen de dentro y hacen al hombre impuro”.

1. Las religiones dividen la realidad en dos órdenes de cosas: lo “sagrado” y lo “profano”. En el lenguaje popular, se habla de lo “religioso” y lo “laico”. Los hombres de la religión suelen decir que lo sagrado y lo religioso es lo primero y principal en la vida. De forma que lo profano y lo laico es bueno en tanto en cuanto lo aprueban y lo bendicen los dirigentes religiosos. Según este criterio, las cosas de este mundo, si no son aceptadas por la religión, impurifican al ser humano y lo hacen indigno ante Dios. Con lo cual las religiones dividen a la gente, crean tensiones y conflictos, complicando así la convivencia social.

2. Jesús afirma que solamente lo que sale del corazón, de lo más hondo de cada uno (de la intimidad de la conciencia), eso es lo que nos hace malas personas. Ahora bien, lo que sale del corazón humano es el amor o el odio. El amor y el odio son realidades profanas, laicas. Por tanto, Jesús asegura que lo decisivo en la vida es lo profano, lo laico, lo que es común a todos. Y a todos nos une o nos divide.

3. La lista de vicios que pone el evangelio de Marcos es, como ocurre con las listas de pecados que recuerda san Pablo (1 Co 6, 9-10; Ga 5, 19-21; Ef 5, 3-5, etc), catálogos que circulaban en la cultura popular de aquel tiempo y que posiblemente tenían influencias de la filosofía estoica. Aun-

que lo más seguro es que provenían del judaísmo tardío de Palestina (S. Wibbing). En estos catálogos de vicios tenía una fuerte presencia el puritanismo de la tradición griega desde Pitágoras. En la actualidad, habría que tener en cuenta sobre todo los delitos que se cometen por la codicia económica y el afán de bienestar consumista.

Mc 7, 24-30

“En aquel tiempo, Jesús fue a la región de Tiro. Se alojó en una casa procurando pasar desapercibido, pero no lo consiguió; una mujer que tenía una hija poseída por un espíritu impuro se enteró enseguida, fue a buscarlo y se le echó a los pies. La mujer era pagana, una fenicia de Siria, y le rogaba que echase el demonio de su hija. Él le dijo: “Deja que coman primero los hijos. No está bien echarles a los perros el pan de los hijos”. Pero ella replicó: “Tienes razón, Señor: pero también los perros debajo de la mesa, comen las migajas que tiran los niños”. Él le contestó: “Anda vete, que por eso que has dicho, el demonio ha salido de tu hija”. Al llegar a su casa, se encontró a la niña echada en la cama; el demonio se había marchado”.

1. El final de este corto relato deja claro que Jesús es fuente de salud y de vida para cualquier persona, sea de la cultura que sea y tenga la religión que tenga. Porque el desenlace final es que la niña quedó sana. Jesús curó a aquella mujer pagana, lo mismo que había curado a tantos judíos o personas de otro origen o religión.

2. Sin embargo, este evangelio muestra las dificultades que generan las religiones por causa de las divisiones y preferencias que establecen. En el judaísmo existía el convencimiento de que los judíos eran los preferidos de Dios, aunque la salvación alcanzaría también, en segundo lugar, a los demás pueblos. De esta idea participaba san Pablo (Rom 1, 16; cf. Hech 13, 46). Y es el criterio que Marcos refleja aquí.

3. Jesús, educado en la cultura y en la religión de su pueblo, seguramente participaba de estas ideas. Pero, a juicio del relato de Marcos, su humanidad, su bondad, estaba por encima de las convicciones religiosas. Para Jesús, los seres humanos están antes que las ideas y sentimientos que difunde la religión. En nuestro tiempo, que la sociedad es más plural, necesitamos hacer lo que hizo Jesús: superar toda idea de privilegio y rechazar todo lo que sea xenofobia. El problema más serio, que todo esto representa, está en que los sentimientos de rechazo y enfrentamiento, por causa de la religión, no sólo siguen siendo demasiado frecuentes, sino que quienes los viven suelen estar persuadidos de que *así es como deben proceder en la vida*.

Mc 7, 31-37

“En aquel tiempo, dejando Jesús el territorio de Tiro, pasó por Sidón, camino del lago de Galilea, atravesando la Decápolis. Y le presentaron un sordo, que, además, apenas podía hablar; y le piden que le imponga las manos. Él, apartándolo de la gente a un lado, le metió los dedos en los oídos y con la saliva la tocó la lengua. Y mirando al cielo, suspiró y le dijo: “Effeta” (esto es, “Ábrete”). Y al momento se le abrieron los oídos, se le soltó la traba de la lengua y hablaba sin dificultad. Él les mandó que no lo dijeran a nadie; pero, cuanto más se lo mandaba, con más intensidad lo proclamaban ellos. Y en el colmo del asombro, decían: “Todo lo ha hecho bien: hace oír a los sordos y hablar a los mudos”.

1. Un sordo que, además, no puede hablar es una persona que tiene problemas muy serios para la comunicación con los demás. El problema de fondo, que resuelve aquí Jesús, es el problema de la incomunicación humana. Un problema que se simboliza en el hombre sordo y mudo. Un problema que tenemos todos los humanos. Porque todos tenemos sectores de nuestra intimidad que no la comunicamos a nadie. Es más, todos tenemos ámbitos de nuestro inconsciente que no conocemos ni nosotros mismos.

2. Además, la sociedad de los “medios de comunicación” es la sociedad de la “incomunicación”. Se nos oculta la verdad de lo que realmente ocurre. Y se hace insoportable la incapacidad de empatizar con el otro, ponerse en el lugar del otro. Y así, el aislamiento en que viven muchas personas es aterrador. Como aterrador es la información manipulada que nos llega sobre asuntos que son los que más nos importan a todos.

3. Superar la incomunicación humana es algo tan difícil, que este evangelio termina diciendo que, cuando la gente vio que el sordo y mudo empezó a comunicarse con normalidad, todo el mundo llegó al “colmo del asombro”. Y decía la gente: *“todo lo ha hecho bien”*. La sinceridad y la libertad para hablar, así como la capacidad de escucha y la paciencia para atender, sin duda son las cosas más difíciles que hay en la relación humana.

Mc 8, 1-10

"Uno de aquellos días, como había mucha gente y no tenían qué comer, Jesús llamó a sus discípulos y les dijo: "Me da lástima de esa gente; llevan ya tres días conmigo y no tienen qué comer, y si los despidió a sus casas en ayunas, se van a desmayar por el camino. Además, algunos han venido desde lejos". Le replicaron sus discípulos: "¿Y de dónde se puede sacar pan, aquí en despoblado, para que se queden satisfechos?". Él les preguntó: "¿Cuántos panes tenéis?". Ellos contestaron: "Siete". Mandó que la gente se sentara en el suelo: tomó los siete panes, pronunció la Acción de Gracias, lo partió y lo fue dando a sus discípulos para que los sirvieran. Ellos los sirvieron a la gente. Tenían también unos cuantos peces: Jesús los bendijo, y mandó que los sirvieran también. La gente comió hasta quedar satisfecha, y de los trozos que sobraron llenaron siete canastas; eran unos cuatro mil. Jesús los despidió, luego se embarcó con sus discípulos y se fue a la región de Dalmanuta".

1. La multiplicación de los panes es el hecho de la vida de Jesús que más veces se repite en los evangelios, más aún, en toda la Biblia. Porque se repite seis veces. Hay una primera multiplicación de panes que cuentan los cuatro evangelio. Y una segunda que se relata solamente en Mateo y Marcos. Este hecho debió impresionar mucho a las primeras comunidades de cristianos. Por eso lo recordaron más que ninguna de las otras cosas que hizo y dijo Jesús.

2. Debió impresionar mucho a aquellas gentes el *hecho humano* que en con esto se hizo patente: el hambre de la gente, el hambre en el mundo. Algo que nos tiene que impresionar tanto, que se nos conmuevan las entrañas hasta el extremo de que no podamos soportar ver a la gente destrozada y en peligro inminente de *"desmayar por el camino"*. Ahora mismo son cerca de mil millones de personas en el mundo.

3. Para los cristianos fue muy fuerte también el *símbolo cristiano*, que representaba la Eucaristía: la *"Acción de Gracias"*, la *"Fracción del Pan"*. Cada domingo, en cada comunidad de creyentes en Jesús, se recordaba así la presencia del Señor. La mesa compartida les recordaba, además, que la unión y la humanidad, que los distinguía, tenía su origen en Jesús allí presente, y no en el honor o el poder, que eran los valores supremos de aquella sociedad.

Mc 1, 40-45

"En aquel tiempo se acercó a Jesús un leproso, suplicándole: "Si quieres, puedes limpiarme". Sintiendo lástima, extendió la mano y lo tocó diciendo: "Quiero, queda limpio". La lepra se le quitó inmediatamente y quedó limpio. Él lo despidió, encargándole severamente: "No se lo digas a nadie; pero para que conste, ve a presentarte al sacerdote y ofrezca por tu purificación lo que mandó Moisés". Pero cuando se fue, empezó a divulgar el hecho con grandes ponderaciones, de modo que Jesús ya no podía entrar abiertamente en ningún pueblo; se queda fuera, en descampado; y aun así acudían a él de todas partes".

1. Después de la curación del leproso, Jesús le prohibió que lo dijera. En el evangelio de Marcos especialmente se repite esta prohibición (1, 44; 5, 43; 7, 36; 9, 9). Parece que Jesús no quería que se divulgaran los prodigios que hacía. ¿Por qué? ¿Jesús quería guardar en secreto que él era el Mesías? Lo único cierto es que a Jesús acudían los que sufrían, los enfermos, los que pasaban hambre, los que se sentían agobiados. Por lo demás, la prohibición de divulgar las curaciones era algo imposible. ¿Cómo iba a ocultar un ciego que había dejado de ser ciego?

2. También es cierto que a los dirigentes religiosos y observantes piadosos les molestaba y les irritaba que Jesús ayudara a la gente. Por eso, de Jesús dijeron que estaba endemoniado (Mc 3, 22), que violaba las leyes religiosas y había que matarlo (Mc 3, 6; Jn 5, 16; 9, 16), que era un blasfemo (Mc 2, 7; 14, 64), un impostor (Mt 27, 63), un subversivo (Lc 23, 2) y hasta un peligro para la estabilidad del templo y del país (Jn 11, 48).

3. Jesús no quiso fama. Porque no quiso aparecer como un agitador populista o nacionalista (Lc 4, 14-30). Ni que lo tomaran por rey (Jn 6, 15). Ni cedió a la tentación del poder (Mt 4, 1-10). Y menos aún toleró al deseo de prepotencia de los que mandan; porque vino a ser el "sirviente" (*"diakonésai"*) de todos (Mc 10, 45). Si Jesús pensaba así, se comprende por qué no quería propagandistas del bien que hacía. La cosa está clara.

Mc 8, 11-13

“En aquel tiempo, se presentaron los fariseos y se pusieron a discutir con Jesús; para ponerlo a prueba, le pidieron un signo del cielo. Jesús dio un profundo suspiro y dijo: “¿Por qué esta generación reclama un signo? Os aseguro que no se le dará un signo a esta generación”. Los dejó, se embarcó de nuevo y se fue a la otra orilla”.

1. Los fariseos eran un grupo religioso-político de judíos devotos que, según parece, se habían organizado siglo y medio antes de Cristo. Su característica principal era la importancia que daban al estudio y a la práctica de la Ley religiosa y sus minuciosas interpretaciones. Les preocupaba, sobre todo, la pureza ritual y sexual, la observancia del sábado y los ritos del Templo. Muchos de ellos, como es lógico, pensaban que estaban más cerca de Dios que los demás.

2. Los fariseos acuden a Jesús, no para aprender, sino para ponerlo a prueba. Esto se da mucho en los observantes que se ven mejores que quienes no son como ellos. Le piden a Jesús un “signo del cielo”. Ellos creen en el cielo. De sus semejantes no se fían. Por eso buscan signos celestiales: milagros, apariciones, visiones, cosas extraordinarias.

3. Cuando en los evangelios se habla de “esta generación” (Mt 11, 16; Lc 7, 31; Mt 23, 36; Lc 11, 50; Mt 12, 42; Lc 11, 31; Mt 13, 45) se habla de gente sin fe, que no tiene buenas intenciones. Jesús viene a decir que las personas, a quienes les interesan más los signos extraordinarios que el Evangelio, son gente sin fe y no muy de fiar. Por eso Jesús los dejó y se fue a otra parte.

Mc 8, 14-21

“En aquel tiempo, a los discípulos se les olvidó llevar pan, y no tenían más que un pan en la barca. Jesús les recomendó: “Tened cuidado con la levadura de los fariseos y con la de Herodes”. Ellos comentaban: “Lo dice porque no tenemos pan”. Dándose cuenta, les dijo Jesús: “¿Por qué comentáis que no tenéis pan? ¿No acabáis de entender? ¿Tan torpes sois? ¿Para qué os sirven los ojos si no veis, y los oídos si no oís? A ver, ¿cuántos cestos de sobras recogisteis cuando repartí cinco panes entre cinco mil? ¿Os acordáis?” Ellos contestaron: “Doce”. “¿Y cuántas canastas de sobras recogisteis cuando repartí siete entre cuatro mil?”. Les respondieron: “Siete”. Él les dijo: “¿Y no acabáis de entender?”.

1. Este episodio sólo se puede entender teniendo en cuenta los dos relatos de multiplicación de panes que recuerda el evangelio de Marcos. Los discípulos van de viaje con Jesús. Y llevan sólo un pan para trece hombres, por lo menos. ¿Se habían olvidado de la comida? ¿Esperaban que Jesús resolvería el problema haciendo otra multiplicación milagrosa? ¿Estaban quizá persuadidos de que, si fuera necesario, Jesús convertiría las piedras en pan?

2. Pensaran lo que pensaran, el hecho es que Jesús les advirtió que debían tener cuidado con la levadura de los fariseos y de Herodes. “La levadura” significaba entonces el influjo que podía ejercer una persona o un mensaje. Los fariseos y Herodes eran los que no creían en Jesús. Los discípulos pensaron que, si Jesús hablaba de levadura, se estaba refiriendo al pan. Y no. Jesús les estaba diciendo que, por falta de fe (como les pasaba a los fariseos y a Herodes), no se habían enterado de lo que realmente ocurrió en las llamadas multiplicaciones de panes.

3. Lo de los panes no fue un acto de magia, como si un mago se hubiera sacado panes de una chistera. El pan se “multiplicó” cuando hubo quien empezó a poner en común lo que tenía. Cuando se hace eso, hay para todo el mundo. Y hay de sobra. Esto es lo que no habían entendido los discípulos. Y es lo que no entienden tantos cristianos ahora. Esperan que Dios haga milagros. Y no se enteran de que el verdadero milagro no es *el poder divino, sino la solidaridad humana*.

Mc 8, 22-26

"En aquel tiempo, Jesús y sus discípulos llegaron a Betsaida. Le trajeron un ciego pidiéndole que le tocara. Él lo sacó de la aldea, llevándolo de la mano, le untó saliva en los ojos, le impuso las manos y le preguntó: "¿Ves algo?". Empezó a distinguir y dijo: "Veo hombres, me parecen árboles, pero andan". Le puso otra vez las manos en los ojos; el hombre miró: estaba curado, y veía todo con claridad. Jesús lo mandó a casa diciéndole: "No se lo digas a nadie en el pueblo".

1. Este relato contiene elementos míticos y algunos también de tipo mágico. Se sabe que, en tiempo de Jesús, se pensaba que la saliva tenía poder curativo para las enfermedades de la vista. Como se sabe también que, en la mitología griega, el ciego Alcetas de Halieis fue curado por Asclepio de forma que al principio veía árboles en el recinto del templo (Epidauro). Lo que al creyente le interesa no es precisar si el relato de Marcos recoge datos mágicos o míticos. Lo que importa es el "mensaje religioso" que aquí nos da el Evangelio.

2. El mensaje está en que Jesús, no sólo hizo ver a aquel ciego, sino que además le hizo ver con claridad, con nitidez, de forma que sabía distinguir con precisión la realidad de la fantasía. Esto precisamente es una de las dificultades más fuertes y costosas que muchas personas tienen que superar. De ello saben los psicólogos y terapeutas. Hay demasiada gente que confunde sus fantasías con la realidad.

3. De la misma manera que aquel hombre, a partir del contacto con Jesús, superó sus fantasías y vio "las cosas como son", cuando nuestro contacto con Jesús es auténtico, entonces empezamos a superar las imaginaciones y fantasmas que con frecuencia nos hacen pensar que son árboles, cuando en realidad son seres humanos.

Mc 8, 27-33

"En aquel tiempo, Jesús y sus discípulos se dirigieron a las aldeas de Cesarea de Felipe; por el camino preguntó a sus discípulos: "¿Quién dice la gente que soy yo?". Ellos le contestaron: "Unos, Juan Bautista; otros, Elías, y otros, uno de los profetas". Él les preguntó: "Y vosotros, ¿quién decís que soy"? Pedro le contestó: "Tú eres el Mesías". Él les prohibió terminantemente decirse a nadie. Y empezó a instruirlos: "El Hijo del Hombre tiene que padecer mucho, tiene que ser condenado por los senadores, sumos sacerdotes y letrados, ser ejecutado y resucitar a los tres días". Se lo explicaba con toda claridad. Entonces Pedro se lo llevó aparte y se puso a increparlo. Jesús se volvió, y de cara a los discípulos increpó a Pedro: "¡Quítate de mi vista, Satanás! ¡Tú piensas como los hombres, no como Dios!".

1. Aquí empieza una nueva sección del evangelio de Marcos. A partir de aquí, todo se orienta hacia el final dramático de la vida de Jesús. Y lo primero es la pregunta que Jesús hace a los discípulos. ¿Quién es Jesús? Como hombre, como Maestro, ya lo sabían de sobra. Entonces, ¿por qué la pregunta? Porque Jesús no era un hombre y nada más que eso. Pedro, en nombre de los demás, confiesa que es el Mesías, la solución y la esperanza que esperaba aquel pueblo.

2. A partir de esta confesión de los discípulos, Jesús "empezó" a instruirlos. ¿Qué les enseñaba? Que el Mesías de Israel no iba a terminar su vida *triunfando*, sino *fracasando*. Y condenado por las máximas autoridades, empezando por los sumos sacerdotes. El conflicto de Jesús con los dirigentes religiosos se había agudizado hasta el extremo que el desenlace fatal se veía venir.

3. Aunque el relato pone en boca de Jesús que la muerte no es el final, sino que todo apunta a una plenitud de vida, en la resurrección, esta promesa no debió ser entendida por Pedro, que se puso a "increpar" a Jesús. Pedro no aceptaba un Mesías fracasado. La respuesta de Jesús fue durísima: oponerse al destino profético de Jesús, el destino de la misericordia, que lleva a la muerte, es sencillamente satánico. Es pensar "como los hombres, no como Dios".

Mc 8, 34- 9, 1

"En aquel tiempo, Jesús llamó a la gente y a sus discípulos y les dijo: "El que quiera venirse conmigo, que se niegue a sí mismo, que cargue con su cruz y me siga. Mirad, el que quiera su vida, la perderá; pero el que pierda su vida por mí y por el Evangelio, la salvará. Pues, ¿de qué le sirve al hombre ganar el mundo entero si arruina su vida? ¿o qué podrá dar uno para recobrarla? Quien se avergüence de mí y de mis palabras en esta época descreída y malvada, también el Hijo del Hombre se avergonzará de él cuando venga con la gloria de su Padre entre sus santos ángeles". Y añadió: "Os aseguro que algunos de los aquí presentes no morirán sin haber visto llegar el Reino de Dios en toda su potencia".

1. Jesús, que cuando dijo esto ya se daba cuenta del final que le esperaba, habló desde entonces con más firmeza, claridad y exigencia. La fórmula que propone es muy fuerte: el que quiera seguirle tiene que cargar con la cruz. ¿Cómo pudo decir esto Jesús antes de la pasión cuando todavía no había subido al calvario con su cruz auestas? Porque, en la Palestina de entonces, todo el mundo sabía de sobra lo que era cargar con la cruz. Los romanos mataban así a muchos judíos. Y la gente había visto a los condenados a muerte cargar con sus cruces.

2. Jesús no dice que el Padre había decretado su muerte y necesitaba la sangre de su Hijo para perdonar a los pecadores. Eso se dijo mucho más tarde a gentes que no sabían cómo fue la vida de Jesús. Los que lo veían y oían, los que sabían cómo vivía, no necesitaban misteriosos argumentos para entender que aquel profeta itinerante se había metido en un lío tan peligroso, que cualquier día podía verse cargado con una cruz, camino del sitio donde lo iban a ejecutar.

3. Cargar con la cruz no es sólo llevar con paciencia las penas, ni imponerse privaciones. La cruz es la consecuencia de la libertad al servicio de la misericordia ante el dolor y la humillación de los que tanto sufren por culpa de los canallas.

Mc 9, 2-13

"En aquel tiempo, Jesús se llevó a Pedro, a Santiago y a Juan, subió con ellos solos a una montaña alta, y se transfiguró delante de ellos. Sus vestidos se volvieron de un blanco deslumbrador, como no puede dejarlos ningún batanero del mundo. Se les aparecieron Elías y Moisés, conversando con Jesús. Entonces Pedro tomó la palabra y le dijo a Jesús: "Maestro. ¡Qué bien se está aquí! Vamos a hacer tres chozas, una para ti, otra para Moisés y otra para Elías". Estaban asustados y no sabían lo que decían. Se formó una nube que lo cubrió y salió una voz de la nube: "Éste es mi Hijo amado; escuchadlo". De pronto, al mirar alrededor, no vieron a nadie más que a Jesús, solo con ellos. Cuando bajaban de la montaña, Jesús les mando: "No contéis a nadie lo que habéis visto hasta que el Hijo del Hombre resucite de entre los muertos". Esto se les quedó grabado y discutían qué querría decir aquello de resucitar de entre los muertos. Le preguntaron: "¿Por qué dicen los letrados que primero tiene que venir Elías?". Les contestó él: "Elías vendrá primero y lo restablecerá todo. Ahora, ¿por qué está escrito que el Hijo del Hombre tiene que padecer mucho y ser despreciado? Os digo que Elías ya ha venido y han hecho con él lo que han querido, como estaba escrito".

1. Inmediatamente después de haber increpado a Pedro, de haber anunciado su fracaso final y de exigir a sus seguidores estar dispuestos a cargar con una cruz, para centrar debidamente semejante situación, Jesús se transforma, ante los tres más cercanos, en una figura celestial. ¿Fue real aquello? ¿Fue una visión que ellos tuvieron? Lo que importa es que el Evangelio certifica así que Jesús iba por el camino que tenía que ir. Y llevaba la dirección correcta. Por más claro que se viera el final fatal.

2. Para que todo quedase bien claro, allí estaban, junto a Jesús, nada menos que Moisés y Elías, La Ley y los Profetas, toda la tradición de Israel. Y Pedro, como es lógico, encantado. Porque allí había encontrado la síntesis perfecta, la armonía entre su religión de siempre y la inquietante novedad de Jesús. Por eso quería instalarse allí y que aquello pudiera durar para siempre.

3. Pero el Padre del cielo no quiere componendas. Ni apaños a nuestra medida. La voz del cielo, que salió de la nube, lo dejó todo claro: *sólo nos queda Jesús, que es a quien tenemos que escuchar*. Hay gente que no soporta escuchar sólo a Jesús. Hay quienes necesitan el Evangelio, pero también necesitan las normas que les den seguridad. Necesitan a Jesús y necesitan una buena cuenta corriente o un cargo que les asegure un prestigio al que no están dispuestos a renunciar.

Mc 2, 1-12

"Cuando a los pocos días volvió Jesús a Cafarnaún, se supo que estaba en casa. Acudieron tantos, que no quedaba sitio en la puerta. Él les proponía la palabra. Llegaron cuatro llevando un paralítico, y como no podían meterlo por el gentío, levantaron unas tejas encima de donde estaba Jesús, abrieron un boquete y descolgaron la camilla con el paralítico. Viendo Jesús la fe que tenían, le dijo al paralítico: "Hijo, tus pecados quedan perdonados". Unos letrados, que estaban allí sentados, pensaban para sus adentros: "¿Por qué habla éste así? Blasfemia. ¿Quién puede perdonar pecados fuera de Dios?". Jesús se dio cuenta de lo que pensaban y les dijo: "¿Por qué pensáis eso? ¿Qué es más fácil: decirle al paralítico 'tus pecados quedan perdonados' o decirle 'levántate, coge tu camilla y echa a andar'? Pues para que veáis que el Hijo del Hombre tiene potestad en la tierra para perdonar pecados... entonces le dijo al paralítico: "Contigo hablo: levántate, coge tu camilla y vete a tu casa". Se levantó inmediatamente, cogió la camilla y salió a la vista de todos. Se quedaron atónitos y daban gloria a Dios diciendo: "Nunca hemos visto una cosa igual".

1. "Viendo la fe que tenían" los que traían al enfermo, Jesús le perdona a éste sus pecados, cuando el paralítico ni siquiera había demandado el perdón. A este hombre, Jesús no le preguntó nada: ni qué pecados tenía, ni si estaba arrepentido, ni si tenía propósito de la enmienda. Jesús perdona sin condiciones. No exigió confesión. Ni impuso penitencia.

2. ¿Se puede asegurar que Jesús sabía los pecados de aquel hombre? ¿Conocía Jesús las intimidades de un individuo al que seguramente veía por primera vez? ¿Cabe decir que, como Dios que era, Jesús lo sabía todo? Los humanos no conocemos (ni podemos conocer) a Dios. Porque es el Trascendente y no está a nuestro alcance. Si Jesús es quien nos revela a Dios (Jn 1, 18; Mt 11, 27), más lógico es decir que Dios se porta con los pecadores como se portó Jesús.

3. Hay quienes dicen que todo esto es una blasfemia. Los "letrados" de hoy reproducen el comportamiento de los "letrados" de entonces. La respuesta de Jesús fue dar vida al paralítico. Si una persona tiene poder para perdonar pecados, que lo demuestre dando vida, no esgrimiendo títulos o cargos. Sin duda, los caminos del Evangelio están muy lejos de nuestros caminos.

Mc 9, 14-29

"En aquel tiempo, cuando Jesús hubo bajado del monte, al llegar adonde estaban los demás discípulos, vieron mucha gente alrededor, y a unos letrados discutiendo con ellos. Al ver a Jesús, la gente se sorprendió, y corrió a saludarlo. Él les preguntó: "¿De qué discutís? Uno le contestó: "Maestro, te he traído a mi hijo, tiene un espíritu que no le deja hablar, y cuando lo agarra, lo tira al suelo, echa espumarajos, rechina los dientes y se queda tieso. He pedido a tus discípulos que lo echen, y no han sido capaces". Él les contestó: "¿Gente sin fe! ¿Hasta cuándo estaré con vosotros? ¿Hasta cuándo os tendré que soportar? Traédme lo". Se lo llevaron. El espíritu, en cuanto vio a Jesús, retorció al niño; cayó por tierra y se revolcaba echando espumarajos. Jesús preguntó al padre: "¿Cuánto tiempo hace que le pasa esto?". Contestó él: "Desde pequeño. Y muchas veces hasta lo ha echado al fuego y el agua para acabar con él. Si algo puedes, ten lástima de nosotros y ayúdanos". Jesús replicó: "¿Si puedo? Todo es posible al que tiene fe". Entonces el padre del muchacho gritó: "Tengo fe, pero dudo, ayúdame". Jesús, al ver que acudía gente, increpó al espíritu inmundo, diciendo: "Espíritu mudo y sordo, yo te mando: Vete y no vuelvas a entrar en él". Gritando y sacudiéndolo violentamente, salió. El niño se quedó como un cadáver, de modo que la multitud decía que estaba muerto. Pero Jesús lo levantó cogiéndolo de la mano, y el niño se puso en pie. Al entrar en casa, sus discípulos le preguntaron a solas: "¿Por qué no pudimos echarlo nosotros?". Él les respondió: "Esta especie sólo puede salir con oración y ayuno".

1. El muchacho, al que cura Jesús, padecía de epilepsia, que lo descontrataba hasta situaciones de extrema violencia. Además, el enfermo era sordo y mudo, o sea tenía problemas muy serios de comunicación. El relato relaciona la violencia con la incomunicación al atribuir ambas cosas al mismo "espíritu". El cuadro total resulta sumamente sombrío: un niño indefenso al que una fuerza ("espíritu") brutal impulsa, de forma irresistible, a situaciones de violencia mortal.
2. Los discípulos no pueden resolver el caso porque, según explica Jesús, estas situaciones sólo tienen solución *"con oración y ayuno"*, es decir, mediante una experiencia interior profunda y abnegada.
3. El evangelio de Marcos se interesa de nuevo por el espíritu de la incomunicación. Y asocia ese espíritu a la violencia más brutal. Cuando una persona se bloquea y no se abre al diálogo, con sinceridad y transparencia, genera una violencia mortal para sí misma. Y contagia intolerable sufrimiento a quienes le rodean.

Mc 9, 30-37

"En aquel tiempo, Jesús y sus discípulos se marcharon del monte y atravesaron Galilea; no quería que nadie se enterase, porque iba instruyendo a sus discípulos. Les decía: "El Hijo del Hombre va a ser entregado en manos de los hombres, y lo matarán; y después de muerto, a los tres días resucitará". Pero no entendían aquello, y les daba miedo preguntarle. Llegaron a Cafarnaún, y una vez en casa, les preguntó: "¿De qué discutíais por el camino?". Ellos no contestaron, pues por el camino habían discutido quién era el más importante. Jesús se sentó, llamó a los Doce y les dijo: "Quien quiera ser el primero, que sea el último de todos y el servidor de todos". Y acercándose a un niño, lo puso en medio de ellos, lo abrazó y les dijo: "El que acoge a un niño como éste en mi nombre, me acoge a mí; y el que me acoge a mí, no me acoge a mí, sino al que me ha enviado".

1. Hay cuatro hechos, en este relato de Marcos, que plantean muy bien la situación. Los hechos son: 1) Jesús anuncia de nuevo que lo van a matar. 2) Los discípulos no lo entienden. 3) Se sentían tan mal que incluso les daba miedo preguntar a Jesús. 4) Cuando Jesús les está hablando de fracaso y muerte, sus discípulos hablan de éxito y poder.
2. Jesús se siente solo cuando ve cercano su fracaso final. Porque el miedo bloquea a sus amigos hasta el extremo de que ni se interesan por lo que está viviendo Jesús. Y los que parecían amigos no encuentran más salida, ante aquella dura situación, que huir en dirección opuesta al camino que lleva Jesús. Él ve ya cercano el final de una vida que le ha llevado a la humillación y al desamparo. Ellos buscan una vida que les lleve a ser importantes, los primeros, los famosos.
3. Jesús no se queja de la cobardía de sus amigos. No les echa nada en cara. Se limita a insistir en su idea maestra: el que quiera ser el primero, que se ponga el último. Y que vaya por la vida como un niño, la criatura de quien nadie teme que se ponga por delante o por encima, porque carece de medios para eso. Jesús les estaba diciendo: "vosotros tenéis miedo y por eso me dejáis solo; que la gente os vea como niños y así ni tendréis miedo, ni daréis miedo".

Mt 6, 1-6. 16-18

"En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: "Cuidad de no practicar vuestra justicia delante de los hombres para ser vistos por ellos; de lo contrario, no tendréis recompensa de vuestro Padre celestial. Por tanto, cuando hagais limosna, no vayas tocando la trompeta por delante, como hacen los hipócritas en las sinagogas y por las calles con el fin de ser honrados por los hombres; os aseguro que ya han recibido su paga. Tú, en cambio, cuando hagais limosna, que no sepa tu mano izquierda lo que hace tu derecha; así tu limosna quedará en secreto, y tu Padre, que ve en lo secreto, te lo pagará. Cuando recéis no seáis como los hipócritas, a quienes les gusta rezar de pie en las sinagogas y en las esquinas para que los vea la gente. Os aseguro que ya han recibido su paga. Cuando tú vayas a rezar entra en tu cuarto, cierra la puerta y reza a tu Padre, que está en lo escondido, y tu Padre, que ve en lo escondido, te lo pagará. Cuando ayunéis no andéis cabizbajos, como los farsantes que desfiguran su cara para hacer ver a la gente que ayunan. Os aseguro que ya han recibido su paga. Tú, en cambio, cuando ayunes, perfúmate la cabeza y lávate la cara, para que tu ayuno lo note, no la gente, sino tu Padre que está en lo escondido; y tu Padre, que ve en lo escondido, te recompensará".

1. El día que empieza la Cuaresma, Jesús les dice a los cristianos: "No hagáis el bien *para que os vean*. Porque si hacéis el bien con esa intención, no os sirve para nada". Dios quiere que hagamos el bien, pero que eso pase desapercibido. Que no se note el bien que hacemos. Y por tanto, que aparezcamos como los demás. Porque Dios está *en lo escondido* y ve solamente lo que se hace *en lo escondido*. Dios se vuelve ciego ante lo solemne, lo grandioso, lo que llama la atención.

2. La limosna, la oración, el ayuno se hacen, con frecuencia, de forma que quien hace esas cosas se note que las hace. Y todo eso se hace así "con buena intención": para dar ejemplo, para hacer el bien a otros, para que la Iglesia se haga presente en la sociedad... Al Dios de Jesús no le interesa en absoluto nada de eso. Dios no quiere lo fastuoso, lo que llama la atención.

3. La doctrina del "mérito" ante Dios fue un mal invento de los teólogos antiguos. Con el Padre del cielo no se hacen negocios. Hacer el bien *"en lo escondido"* es buscar únicamente el bien de los demás, no el negocio celestial de uno mismo.

Lc 9, 22-25

"En aquel tiempo, dijo Jesús: "El Hijo del Hombre tiene que padecer mucho, ser desechado por los ancianos, sumos sacerdotes y letrados, ser ejecutado y resucitar al tercer día". Y dirigiéndose a todos, dijo: "El que quiera seguirme que se niegue a sí mismo, cargue con su cruz cada día y se venga conmigo. Pues el que quiera salvar su vida, la perderá; pero el que pierda su vida por mi causa, la salvará. ¿De qué le sirve a uno ganar el mundo entero si se pierde o se perjudica a sí mismo?"

1. Ningún buen padre quiere que sus hijos sufran, que fracasen, que los maten. El Padre-Dios es absolutamente bueno (Mt 5, 43-48). El Padre de Jesús no pudo querer el sufrimiento y la muerte en la cruz. Entonces, ¿cómo se explica que Jesús pidiera a gritos escapar de aquella muerte (Heb 5, 7) y al mismo tiempo tuviera que añadir "hágase tu voluntad"? (Mt 25, 39). ¿Cómo entender que Dios "entregara a su Hijo a la muerte"? (Rm 8, 32).

2. Lo que el Padre-Dios quiso es que Jesús se pusiera de parte de todos los que sufren por culpa de los que causan sufrimiento a los demás. Los que tienen poder (económico, político, religioso...) causan demasiado sufrimiento a los que carecen de poder. Jesús se puso de parte de éstos y fue víctima de aquellos. Por eso murió en la cruz. Dios no quiere más sufrimiento que el que brota de la lucha contra el sufrimiento.

3. En el Nuevo Testamento hay textos sobre la muerte de Cristo que evocan la teología judía del "sacrificio" (Lv 17, 11; Dt 12, 23) y la "expiación" (Ex 29, 36 s). Pero esa teología ya no vale para los cristianos. Porque *"la solidaridad y hacer el bien son los sacrificios que agradan a Dios"* (Heb 13, 16). Ya no se puede decir que *"sin derramamiento de sangre no hay perdón"* (Heb 9, 22). El Padre de Jesús no es el "dios vampiro" que necesita sangre y dolor para aplacarse y perdonar. La muerte de Jesús no fue un ajuste de cuentas entre Dios y Dios. Fue el final de una vida *para los demás*. Sólo eso salva a los humanos.

Mt 9, 14-15

"En aquel tiempo, los discípulos de Juan se le acercaron a Jesús preguntándole: "¿Por qué nosotros y los fariseos ayunamos a menudo y en cambio, tus discípulos no ayunan?". Jesús les dijo: "¿Es que pueden guardar luto los amigos del novio mientras el novio está con ellos?". Llegará el día en que se lleven al novio y entonces ayunarán".

1. Está claro que Jesús no enseñó a sus discípulos las normas religiosas sobre el ayuno. Jesús estaba persuadido de que privarse de alimentos o de otras cosas pensando que a Dios le agrada que nos privemos de lo que nos gusta, eso no lo quiere Dios. Jesús quiere que seamos capaces de compartir nuestro pan con los que no tienen. Porque eso es fuente de abundancia, como ocurrió en la multiplicación de los panes. Pensar que cuando lo pasamos mal, Dios se pone contento, se parece a una blasfemia.

2. El proyecto del Reino de Dios es como una fiesta de bodas, un banquete regio (Mt 22, 10; Lc 14, 15-24), en el que entran todos, "malos y buenos" (Mt 22, 10). Dios es el primero que quiere para todos, ante todo, nuestra felicidad. Una felicidad de la que nadie quede excluido.

3. El "día en que se lleven al novio y entonces habrá que ayunar" no puede indicar el tiempo después de la muerte y resurrección del Señor. Porque eso no cuadra con la constante presencia de Jesús en la vida de los cristianos (Mt 28, 20). La alegoría de Mt 25 1-13 sigue hablando de la presencia del "novio". Lo más probable es que la última referencia al ayuno es un indicio de que, cuando se escribió el evangelio de Mt, había cristianos que ayunaban y quisieron justificar su costumbre añadiendo al texto algo que nunca dijo Jesús.

Lc 5, 27-32

"En aquel tiempo, al salir, Jesús vio a un recaudador llamado Leví sentado al mostrador de los impuestos y le dijo: "Sígueme". Él, dejándolo todo, se levantó y lo siguió. Leví ofreció en su honor un gran banquete en su casa y estaban a la mesa con ellos un gran número de recaudadores y otros. Los fariseos y los letrados dijeron a sus discípulos, criticándolo: "¿Cómo es que coméis y bebéis con publicanos y pecadores?". Jesús les replicó: "No necesitan médicos los sanos, sino los enfermos. No he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores a que se conviertan".

1. Si Jesús pretendía promover en Galilea un movimiento alternativo, lo más desacertado que podía hacer era meter en el grupo a un recaudador de impuestos. Los recaudadores eran odiados por la gente. Porque eran los primeros colaboracionistas con el poder opresor del Imperio. Además, poner a Leví el "publicano", junto a Judas el "sicario", ¿no era destrozar el grupo creando una fuente de tensiones muy peligrosas? Para Jesús había algo mucho más determinante: *cambiar la mentalidad de aquellos hombres, conviviendo él con ellos.*

2. Jesús dio un paso decisivo en su vida el día que se fue al gran banquete de los recaudadores. Desde aquel día Jesús quedó asociado a aquel grupo de hombres a los que la gente tenía por ladrones e indeseables. El acto de comer juntos es un tipo de comportamiento que simboliza la existencia de sentimientos comunes. Así, Jesús se jugó su imagen pública. Y su prestigio. Para él, lo decisivo era la cercanía humana a quienes, desde el punto de vista de la religión, se veían como los más indeseables.

3. Los fariseos, los que se veían como "los más dignos", no podían soportar que un hombre, que influía en la gente, se mezclara así con aquellos despreciables. Es un hecho que los más piadosos y observantes, por eso mismo, se ven como los mejores. Y los mejores no se mezclan con la chusma. Por eso, entre otras cosas, la religión divide tanto a la gente.

Mc 1, 12-15

"En aquel tiempo, el Espíritu empujó a Jesús al desierto. Se quedó en el desierto cuarenta días, dejándose tentar por Satanás; vivía entre alimañas, y los ángeles le servían. Cuando arrestaron a Juan, Jesús se marchó a Galilea a proclamar el Evangelio de Dios. Decía: "Se ha cumplido el plazo, está cerca el reino de Dios; convertíos y creed en el Evangelio".

1. Lo primero que se dice de Jesús, en cuanto fue bautizado por Juan, es que el Espíritu lo empujaba. Jesús fue un hombre llevado por el Espíritu, no por otros intereses o apetencias. ¿A dónde lo llevó el Espíritu? Al desierto. El desierto era, en aquel tiempo, *ruptura* con el sistema de vida y de sociedad en que se vivía. En el Egipto de los faraones, a eso se le llamaba *Anachóresis*, un fenómeno que se producía entre personas desarraigadas, deudores, descontentos con el orden social imperante (R. Teja).

2. Jesús ha sido decisivo en la historia de la humanidad. Lo ha sido, sobre todo, por su forma de entender la vida, las relaciones humanas, el poder, el valor del dinero, la extraordinaria importancia de los pobres, los últimos, los que sufren... Y también ha sido decisivo porque le dio un giro decisivo a la religión y a nuestra idea sobre Dios. Tales cambios, y tan asombrosos, empezaron a fraguarse en la *Anachóresis*, en el "estado de ausencia ilegal" (H. Henne) que inició Jesús en el desierto.

3. Y enseguida se puso a decir que ya estaba cerca el Reinado de Dios, el Reinado del Padre del cielo. Es la *Buena Noticia*. Porque es la noticia que anuncia una vida distinta, una sociedad distinta, una felicidad para todos, una esperanza para los pobres, los enfermos, los que sufren, los que ya han perdido toda esperanza.

Mt 25, 31-46

"En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: "Cuando venga en su gloria el Hijo del Hombre, y todos los ángeles con él, se sentará en el trono de su gloria y serán reunidas ante él todas las naciones. Él separará a unos de otros, como un pastor separa a la ovejas de las cabras. Y pondrá las ovejas a su derecha y las cabras a su izquierda. Entonces dirá el rey a los de su derecha: 'Venid vosotros, benditos de mi Padre; heredad el Reino preparado para vosotros desde la creación del mundo: porque tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber, fui forastero y me hospedasteis, estuve desnudo y me vestisteis, enfermo y me visitasteis, en la cárcel y vinisteis a verme'. Entonces los justos le contestarán: "Señor, ¿cuándo te vimos con hambre y te alimentamos, o con sed y te dimos de beber? ¿cuándo te vimos forastero y te hospedamos, o desnudo y te vestimos? ¿cuándo te vimos enfermo o en la cárcel y fuimos a verte?". Y el rey les dirá: "Os aseguro que cada vez que lo hicisteis con uno de estos mi humildes hermanos, conmigo lo hicisteis". Y entonces dirá a los de su izquierda: "Apartaos de mí, malditos, id al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles. Porque tuve hambre y no me disteis de comer, tuve sed y no me disteis de beber, fui forastero y no me hospedasteis, estuve desnudo y no me vestisteis, enfermo y en la cárcel y no me visitasteis". Entonces también estos contestarán: "Señor, ¿cuándo te vimos con hambre o con sed, o forastero o desnudo, o enfermo o en la cárcel, y no te asistimos?" Y él replicará: "Os aseguro que cada vez que no lo hicisteis con uno de estos, los humildes, tampoco lo hicisteis conmigo". Y estos irán al castigo eterno y los justos a la vida eterna".

1. Vamos derechamente al fondo del problema. Seguramente este evangelio, más que una exhortación al amor fraterno, es una descripción de lo que será el juicio final. Ahora bien, lo más decisivo que contiene este texto es que Dios se funde y se confunde con lo humano, de tal forma y hasta tal punto, que lo que se haga o se deje de hacer con cualquier ser humano, en definitiva, a quien se le hace o se le deja de hacer es a Dios. La respuesta del Señor, a los de la derecha y a los de la izquierda, no es poner al hombre en lugar de Dios, sino la afirmación de que los humanos no

tenemos otro sitio ni otra forma de encontrar a Dios que nuestra propia humanidad.

2. Por eso, cuando llegue el momento definitivo, lo que se va a tener en cuenta no es la fe, ni la religión, ni siquiera Dios. En ese momento, *sólo se tendrá en cuenta la humanidad de cada uno*. Y lo que cada cual ha hecho o ha dejado de hacer por aliviar el sufrimiento que genera la inhumanidad que todos llevamos fundida en la sangre de nuestra vida, en la civilización que hemos construido, en la sociedad que hemos organizado, en los poderes a los que nos sometemos, en los silencios cómplices ante tanto dolor y tanta humillación que encontramos en este mundo desbocado.

3. Lo que pasa es que, como esto es tan duro y exigente, los hombres hemos inventado “dioses”, “religiones” y “ceremoniales” para tranquilizar conciencias, con la ilusión de estar unidos al “Bien Supremo”. Así, imponemos mejor el sufrimiento o lo toleramos también mejor.

28 DE FEBRERO - MARTES

1ª SEMANA DE CUARESMA

Mt 6, 7-15

“En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: “Cuando recéis no uséis muchas palabras como los paganos, que se imaginan que por hablar mucho les harán caso. No seáis como ellos, pues vuestro Padre sabe lo que os hace falta antes que se lo pidáis. Vosotros rezad así: Padre nuestro del cielo, santificado sea tu nombre, venga tu reino, hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo, danos hoy el pan nuestro, perdónanos nuestras ofensas, pues nosotros hemos perdonado a los que nos han ofendido, no nos dejes caer en la tentación, sino libranos del Maligno. Porque si perdonáis a los demás sus culpas, también vuestro Padre del cielo os perdonará a vosotros. Pero si no perdonáis a los demás, tampoco vuestro Padre perdonará vuestras culpas”.

1. El “Padre nuestro” no es una bella plegaria para recitarla de carretilla. El Padre no quiere que hablemos mucho en la oración. Lo que importa son las convicciones que determinan nuestra conducta y organizan nuestros hábitos de vida. Esas convicciones son las que expresa el “Padre nuestro”.

2. Ante todo, que el nombre santo de Dios no sea jamás utilizado para lo que no se debe utilizar: para legitimar poderes o falsedades, para tranquilizar conciencias perversas, para justificar violencias. Después, el anhelo por la llegada del Reino, es decir, que los criterios del Evangelio vayan impregnando el tejido social, En tercer lugar, que se haga lo que Dios quiere, no lo que interesa a quienes tienen poder para imponer sus intereses.

3. El Padre no quiere que nos falte el pan: que no nos falte lo indispensable para vivir con dignidad. Y sobre todo, que seamos capaces de perdonar. Nos interesa mucho. Porque la medida del perdón que demos, será exactamente la medida del perdón que recibiremos. El que no perdona no tiene perdón.

Lc 11, 29-32

"En aquel tiempo, la gente se apiñaba alrededor de Jesús y él, se puso a decirles: "Esta generación es una generación perversa. Pide un signo, pero no se le dará más signo que el signo de Jonás. Como Jonás fue un signo para los habitantes de Nínive, lo mismo será el Hijo del Hombre para esta generación. Cuando sean juzgados los hombres de esta generación, la reina del Sur se levantará y hará que los condenen; porque ella vino desde los confines de la tierra para escuchar la sabiduría de Salomón, y aquí hay uno que es más que Salomón. Cuando sea juzgada esta generación, los hombres de Nínive se alzarán y harán que los condenen; porque ellos se convirtieron con la predicación de Jonás, y aquí hay uno que es más que Jonás".

1. La fórmula "esta generación" tiene, en los evangelios, un sentido negativo y se refiere a "mala gente". En los otros evangelios sinópticos, se dice que quienes pedían "una señal" eran los fariseos y saduceos (Mc 8, 11-12; Mt 16, 1. 4). Un "signo" o "señal" es un hecho extraordinario que tiene fuerza para demostrar algo en lo que no se cree. Lo que pedía aquella "generación" era un hecho que les demostrase que Jesús era el Mesías, el Salvador.

2. Jesús dice que no se les va a dar más señal que la de Jonás. Este Jonás fue un profeta que Dios envió a Nínive, la gran capital del Imperio Asirio. Y en tres días, la capital entera, desde el rey hasta los animales, se convirtieron y cambiaron de vida. Jesús les dice a los fariseos y saduceos: ¿Queréis una señal? Pues la señal es que os convirtáis, es decir, que cambiéis de mentalidad y de forma de vivir. Y eso será la prueba más clara de que el Evangelio, que os anuncio, viene de Dios y es la solución que buscáis.

3. Hay gente que quisiere ver una señal extraordinaria que les sacara de sus dudas y oscuridades, en lo que se refiere a Dios, a Cristo, a la fe... Y la respuesta de Jesús es clara: "Atrévete a cambiar de mentalidad y de vida; y te darás cuenta de que, al verle sentido a tu vida y al sentirte mejor y hasta feliz, no te quedará más remedio que reconocer que *aquí hay algo que es más que Jonás*. Es decir, aquí está Dios, aquí está Jesús. El día que cambies de vida, le verás sentido a Jesús, a Dios y a la vida entera.

Mt 7, 7-12

"En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: "Pedid y se os dará, buscad y encontraréis, llamad y se os abrirá; porque quien pide recibe, quien busca encuentra y al que llama se le abre. Si a alguno de vosotros le pide su hijo pan, ¿le va a dar una piedra?; y si le pide pescado, ¿le dará una serpiente? Pues si vosotros, que sois malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre del cielo dará cosas buenas a los que le piden? Tratad a los demás como queréis que ellos os traten: en esto consiste la Ley y los Profetas".

1. ¿Tiene sentido la oración de petición? ¿Tiene algún sentido pedir por la lluvia cuando hay sequía o rezar para que se cure un enfermo terminal? El argumento que aquí presenta el Evangelio parece de una lógica incuestionable. Si los padres de este mundo, que tantas veces son malos, no son capaces de negar a sus hijos lo que necesitan, ¿cómo nos va a negar el Padre del cielo lo que nos hace falta?

2. El argumento, sin embargo, no está tan claro. Porque Dios *sabe* lo que necesitamos y *quiere* lo mejor para nosotros. Entonces, si Dios lo sabe y lo quiere, ¿qué sentido tiene pedírselo? Parece que no tiene ningún sentido. Por tanto, ¿no sería más lógico tener confianza en Dios, fiarnos de Él y vivir tranquilos, en la medida de lo posible? ¿No es eso el mejor acto de fe y de confianza en Dios que podemos hacer los humanos? Además, a veces, los rezos pueden tener el peligro de motivarnos a escurrir el hombro, es decir, poner en manos de Dios lo que depende de nuestro esfuerzo.

3. Esto es verdad. Sin embargo, si nos fijamos en lo que somos y como somos, parece que la súplica al Padre del cielo es algo que tiene un sentido profundo. Los humanos somos así. El bebé percibe su invalidez, siente sus limitaciones y pide, llora y acude a la madre que le puede ayudar. Es un mecanismo profundamente humano, que nos dura mientras vivimos. Si acudimos constantemente a quien puede ayudarnos en la tierra, ¿por qué no acudir al Padre del cielo? Otra cosa es que esa oración sea un justificante de nuestra irresponsabilidad. Entonces, NO.

Mt 5, 20-26

"En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: "Si no sois mejores que los letrados y fariseos, no entraréis en el Reino de los Cielos. Habéis oído que se dijo a los antiguos: No matarás, y el que mate será procesado. Pero yo os digo: todo el que esté peleado con su hermano, será procesado. Y si uno llama a su hermano "imbécil", tendrá que comparecer ante el Sane-drín, y si lo llama "renegado", merece la condena del fuego. Por tanto, si cuando vas a poner tu ofrenda sobre el altar, te acuerdas allí mismo de que tu hermano tiene quejas contra ti, deja allí tu ofrenda ante el altar y vete primero a reconciliarte con tu hermano, y entonces vuelve a presentar tu ofrenda. Procura arreglarte con el que te pone pleito, enseguida, mientras vais todavía de camino, no sea que te entregue al juez, y el juez al alguacil, y te metan en la cárcel. Te aseguro que no saldrás de allí hasta que no hayas pagado el último cuarto".

1. Leyendo este evangelio, hay que preguntarse: ¿qué queda de todo esto en nuestra sociedad a la que llamamos "cristiana"? Más aún: ¿los católicos, la Iglesia, hemos tomado en serio lo que dijo Jesús? El problema no está en la inevitable debilidad que es propia de la condición humana. *El problema está en que hemos organizado una forma de vivir la fe en la que pensamos que estas palabras de Jesús son compatibles y se pueden armonizar con nuestras enemistades, nuestros resentimientos y nuestras intolerancias.*

2. De lo dicho se sigue una consecuencia tremenda, indicada ya en los profetas y en los libros sapienciales de Israel: *el que pretende practicar el culto religioso, a sabiendas de que está causando sufrimientos y odios que no soluciona, le provoca horror a Dios* (Os 6, 6; Prov 15, 8; 21, 3. 27; Eclo 31, 21-24; 35, 1-3). En esas condiciones, lo mejor que haces es no acercarte al altar.

3. Jesús no aclara si las quejas de tu hermano contra ti están o no justificadas. Y menos aún explica si la "ortodoxia" doctrinal justifica las "excomuniones" de los dogmáticos. Sea lo que sea de estas cosas, lo que es cierto es que hay derecho a pensar que Jesús no puede estar presente en una Iglesia tan dividida y enfrentada. Y entre unos católicos que se desprecian unos a otros.

Mt 5, 43-48

"En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: "Habéis oído que se dijo: Amarás a tu prójimo y aborrecerás a tu enemigo. Yo, en cambio, os digo: Amad a vuestros enemigos, haced el bien a los que os aborrecen y rezad por los que os persiguen y calumnian. Así seréis hijos de vuestro Padre que está en el cielo, que hace salir su sol sobre malos y buenos, y manda la lluvia a justos e injustos. Porque, si amáis a los que os aman, ¿qué premio tendréis? ¿no hacen lo mismo los publicanos? Y si saludáis sólo a vuestro hermano, ¿qué hacéis de extraordinario? ¿no hacen lo mismo también los paganos? Por tanto, sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto".

1. Jesús habla aquí nada menos que de *enemigos, odio, aborrecimiento, persecuciones y calumnias*. Una persona, que sabe que pesa sobre ella todo eso, tiene motivos para temer. Y temer lo peor. La violencia política, religiosa y de género dan miedo. Y obligan a tomar precauciones. Los gobernantes, la justicia y la policía deben intervenir. Jesús habla de algo muy actual y muy grave.

2. Sin embargo, Jesús dice que, cuando uno se ve en tales situaciones, tiene que amar al enemigo, al que te aborrece, al que te amenaza. Amar es no querer destruir al otro. Y hacerle el bien que se le puede hacer. Cuando se hace eso, se desarma al agresor y se deshace la amenaza. Por supuesto, hay que recurrir a los medios legales que dispone el ordenamiento jurídico en esos casos. Pero bien sabemos que estas situaciones no se resuelven sólo con leyes y sanciones.

3. La solución, según Jesús, está en algo tan sencillo como desconcertante: cada mañana sale el sol lo mismo para la víctima que para el verdugo. A nadie se le pasa por la cabeza que, después de una agresión brutal, el sol va a salir sólo para la víctima y nunca más para el agresor. El día que todo el mundo piense de ti que, lo mismo si te besan que si te escupen en la cara, tú vas a seguir siendo igual para todos, ese día se acaba la violencia en cualquiera de sus formas.

Mc 9, 2-10

"En aquel tiempo, Jesús se llevó a Pedro, a Santiago y a Juan, subió con ellos solos a una montaña alta, y se transfiguró delante de ellos. Sus vestidos se volvieron de un blanco deslumbrador, como no puede dejarlos ningún batanero del mundo. Se les aparecieron Elías y Moisés conversando con Jesús. Entonces Pedro tomó la palabra y le dijo a Jesús: "Maestro, ¡qué bien se está aquí! Vamos a hacer tres chozas, una para ti, otra para Moisés y otra para Elías". Estaban asustados y no sabían lo que decía. Se formó una nube que los cubrió y salió una voz de la nube: "Este es mi Hijo amado; escuchadlo". De pronto, al mirar alrededor, no vieron a nadie más que a Jesús, solo con ellos. Cuando bajaban de la montaña, Jesús les mandó: "No contéis a nadie lo que habéis visto hasta que el Hijo del Hombre resucite de entre los muertos". Esto se les quedó grabado y discutían qué quería decir aquello de resucitar de entre los muertos".

1. Está claro que este relato, en el segundo domingo de cuaresma, apunta claramente a la resurrección de Jesús. El relato lo sugiere al presentar a Jesús transfigurado, deslumbrante. Y el mismo Jesús hace referencia expresa a su propia resurrección de entre los muertos. Estamos, por tanto, ante un evangelio de vida que trasciende la muerte y pretende mantener viva la esperanza. Además, la palabra del Padre dijo muy claro, desde la nube, que escucharan sólo a Jesús. Lo que era dar las máximas garantías de credibilidad a lo que Jesús iba a decir a los discípulos.

2. Pero el relato termina diciendo que ellos no se enteraron de lo que Jesús les anunció. Por eso discutían qué quería decir aquello. No era la primera vez, ni la última, que los discípulos se atascaban ante el anuncio de la resurrección. Siempre que, según parece, Jesús les anunció este desenlace final (Mt 16, 21; Mc 14, 28; Lc 9, 22; Mc 8, 31; 9, 8-10; 9, 31) no se enteraron ni supieron de qué hablaba, ni aquello les sirvió de motivo para la esperanza. Prueba de ello es que, según los relatos de las apariciones del Resucitado, los discípulos se resistieron a creer que aquello era verdad.

3. La transfiguración es el anticipo de algo que a muchos no nos acaba de entrar en la cabeza: la vida de Jesús no es un recuerdo de la historia pasada, sino que sigue presente en la historia nuestra, en la historia de todos los tiempos. Porque *Jesús es el Viviente*, que trasciende el espacio y el tiempo. Por eso ahora y siempre podemos seguir "escuchando" su palabra. Y por eso no nos debe sorprender que nos resulte tan complicado entender lo que quiere decir.

Lc 6, 36-38

"En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: "Sed compasivos como vuestro Padre es compasivo, no juzguéis, y no seréis juzgados, no condenéis y no seréis condenados; perdonad y seréis perdonados; dad y se os dará: os verterán una medida generosa, colmada, remecida, rebosante. La medida que uséis, la usarán con vosotros".

1. Sin duda alguna, Jesús dijo estas cosas pensando en lo que más necesitamos los mortales. Todos, en efecto, necesitamos que se nos quiera, que nadie nos juzgue de mala manera, y que nadie nos condene. Además, necesitamos siempre que se nos perdone, se nos disculpe, se nos comprenda. Y, por último, tenemos mucha necesidad de que los demás estén siempre dispuestos a ayudarnos sin tacañería y con generosidad rebosante, sin límites. ¿Verdad que todo esto es como un sueño maravilloso?

2. Pues resulta que esto, precisamente todo esto, es el corazón mismo del Evangelio. Jesús, que nos conoce muy bien, no amenaza, no recrimina, no echa nada en cara. Por el contrario, nos manda (en imperativo) que seamos siempre "compasivos", siempre buenas personas, como siempre es bueno Dios (Sant 5, 11). Se trata de la bondad que lleva consigo "ternura entrañable, agrado, humildad, sencillez, tolerancia" (Col 3, 12).

3. Es verdad que la religión ayuda a muchas personas a ser así. Pero ocurre con frecuencia que la gente religiosa y piadosa suele juzgar, rechazar y condenar a quienes no se ajustan a lo que mandan los dirigentes de la religión. Jesús no fue cristiano (los "cristianos" empezaron a existir en Antioquía, años después de la muerte de Jesús. Hech 11, 26) y hoy lo sería menos todavía. El cristianismo de ahora está demasiado lejos de lo que Jesús hizo, dijo y quiso.

Mt 23, 1-12

"En aquel tiempo, Jesús habló a la gente y a sus discípulos diciendo: "En la cátedra de Moisés se han sentado los letrados y los fariseos: haced y cumplid lo que os digan, pero no hagáis lo que ellos hacen, porque ellos no hacen lo que dicen. Ellos ligan fardos pesados e insoportables y se los cargan a la gente en los hombros, pero ellos no están dispuestos a mover un dedo para empujar. Todo lo que hacen es para que los vea la gente: alargan las filacterias y ensanchan las franjas del manto; les gustan los primeros puestos en los banquetes y los asientos de honor en las sinagogas; que les hagan reverencias por la calle y que la gente los llame maestros. Vosotros, en cambio, no os dejéis llamar maestros, porque uno solo es vuestro Maestro y todos vosotros sois hermanos. Y no llaméis padre vuestro a nadie en la tierra, porque uno solo es vuestro Padre, el del cielo. No os dejéis llamar señores, porque uno solo es vuestro Señor, Cristo. El primero entre vosotros será vuestro servidor. El que se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido".

1. Los estudiosos del evangelio de Mateo están generalmente de acuerdo en que este discurso, tal como está, no fue pronunciado así por Jesús. Este texto es un conjunto de dichos que recopiló y adaptó la comunidad de Mateo. En cualquier caso, el discurso expresa (en conjunto) el pensamiento de Jesús sobre un asunto capital: *las deformaciones y contradicciones a que suele llegar la religión.*

2. Lo primero y lo más claro que aquí se dice es que la deformación de la religión no viene *de abajo*, de los que obedecen, sino que viene *de arriba*, de los que mandan. Porque imponen a la gente obligaciones pesadas que ellos no cumplen. Cuanto más altos están, más lejos viven. Lejos de la gente. Y por tanto, de Jesús. Y de Dios. Lo que les importa es *su imagen*: las vestimentas que se ponen, los sitios de honor que ocupan, los títulos solemnes que usan. La *apariencia* les preocupa más que la *realidad*.

3. Todo esto genera un proceso de descomposición. Ni los que mandan ven la realidad como realmente es; ni ellos son vistos como realmente son. El que se sitúa a un nivel de "dignidad" sobre los demás, se ve obligado a vivir en la hipocresía, para mantener su imagen, y obliga a los demás a que le traten de una forma ficticia, para defenderse ellos de un poder y de una dignidad que les resulta amenazante. En tales condiciones, la verdadera relación humana se hace imposible. Y todos terminamos viviendo en la mentira. Es el germen de la descomposición.

Mt 20, 17-28

"En aquel tiempo, mientras iba Jesús subiendo a Jerusalén, tomando aparte a los doce les dijo: "Mirad, estamos subiendo a Jerusalén y el Hijo del Hombre va a ser entregado a los sumos sacerdotes y a los letrados, y lo condenarán a muerte y lo entregarán a los gentiles para que se burlen de él, lo azoten y lo crucifiquen, y al tercer día resucitará". Entonces se acercó a Jesús la madre de los Zebedeos con sus hijos y se postró para hacerle una petición. Él le preguntó: "¿Qué deseas?". Ella contestó: "Ordena que estos dos hijos míos se sienten en tu reino, uno a tu derecha y el otro a tu izquierda". Pero Jesús replicó: "No sabéis lo que pedís. ¿Sois capaces de beber el cáliz que yo he de beber?". Contestaron: "Lo somos". Él les dijo: "Mi cáliz lo beberéis; pero el puesto a mi derecha o a mi izquierda no me toca a mí concederlo, es para aquellos para quienes lo tiene reservado mi Padre". Los otros diez, que lo habían oído, se indignaron contra los dos hermanos. Pero Jesús reuniéndolos, les dijo: "Sabéis que los jefes de los pueblos los tiranizan y que los grandes los oprimen. No será así entre vosotros: el que quiera ser grande entre vosotros, que sea vuestro servidor, y el que quiera ser primero entre vosotros, que sea vuestro esclavo. Igual que el Hijo del Hombre no ha venido para que le sirvan, sino para dar su vida en rescate por muchos".

1. Este evangelio tiene dos partes. En la 1ª, Jesús afirma el camino y el destino que le espera: sufrimiento, fracaso, muerte de ignominia y después plenitud de vida. En la 2ª, los Doce proponen la categoría a la que ellos aspiran: puestos de importancia, tener poder y estar sobre los demás (la indignación de "los otros diez" indica que allí todos querían lo mismo). Cualquiera ve que se trata de destinos estrictamente opuestos. Así se está viendo en la Iglesia desde hace más de mil quinientos años: hombres revestidos de pompa y poder representando a un crucificado.

2. El contraste está en lo más determinante que hay en la vida: *el prestigio y el poder*. Jesús sabe lo que le espera en Jerusalén; y va derecho al desprestigio y el despojo. Los Doce saben lo que hacen los jefes de los pueblos y los grandes de este mundo; y apetecen con astucias y enfados mandar como mandan los poderosos. Lo preocupante del poder no es

quién lo tiene, sino cómo lo ejerce. ¿Qué clase de poder puede tener un crucificado? ¿Qué forma de poder ejerce *de facto* un monarca absoluto?

3. Los católicos, como católicos, vivimos (y viviremos) perdidos y desamparados mientras la contradicción entre la *"debilidad de Dios"* (1 Cor 1, 25) y la *"potestad suprema, plena, inmediata y universal"* del Vicario de Cristo (Canon 331) no se resuelva. *"No será así entre vosotros"*, dijo el Señor.

8 DE MARZO - JUEVES

2ª SEMANA DEL TIEMPO ORDINARIO

Lc 16, 19-31

"En aquel tiempo dijo Jesús a los fariseos: "Había un hombre rico que se vestía de púrpura y de lino y banquetaba espléndidamente cada día. Y un mendigo llamado Lázaro estaba echado en su portal, cubierto de llagas, y con ganas de saciarse de lo que tiraban de la mesa del rico, pero nadie se lo daba. Y hasta los perros se le acercaban a lamerle las llagas. Sucedió que se murió el mendigo y los ángeles lo llevaron al seno de Abrahán. Se murió también el rico y lo enterraron. Y estando en el infierno, en medio de los tormentos, levantando los ojos, vio de lejos a Abrahán y a Lázaro en su seno, y gritó: "Padre Abrahán, ten piedad de mí y manda a Lázaro que moje en agua la punta del dedo y me refresque la lengua, porque me torturan estas llagas. Pero Abrahán le contestó: "Hijo, recuerda que recibiste tus bienes en vida y Lázaro a su vez males: por eso encuentra aquí consuelo, mientras que tú padeces. Y además entre nosotros y vosotros se abre un abismo inmenso, para que no puedan cruzar, aunque quieran, desde aquí hacia vosotros, ni puedan pasar de ahí hasta nosotros". El rico insistió: "Te ruego, entonces, padre, que mandes a Lázaro a casa de mi padre, porque tengo cinco hermanos, para que, con su testimonio, evites que vengan también ellos a este lugar de tormento". Abrahán le dice: "Tienen a Moisés y a los profetas que los escuchen". El rico le contestó: "No, padre Abrahán. Pero si un muerto va a verlos, se arrepentirán". Abrahán le dijo: "Si no escuchan a Moisés y a los profetas, no harán caso ni aunque resucite un muerto".

1. En esta parábola se ve, como en ningún otro sitio, la gravedad que entraña el "pecado de omisión". El rico no le hizo ningún daño al pobre Lázaro. No se sabe que él fuera el responsable directo de la miseria en que vivía el mendigo. Ni siquiera lo echó de su casa. Lo dejó en su portal, dentro de la casa, no en la puerta. El rico se limitó a dejar al pobre tal como estaba.

2. En el relato del juicio final, la ruina de los que se pierden está motivada exactamente por la misma causa que se llevó al rico al infierno. No se condenan porque dejaron en cueros a los que no tenía que ponerse, ni porque negaron el agua a los que tenían sed, etc. Su perdición estuvo en

que dejaron a todo el mundo tal como está (Mt 25, 41-43). Y lo mismo hay que decir de la parábola del buen samaritano: ni el sacerdote, ni el levita, le hicieron daño alguno al que fue robado y apaleado (Lc 10, 31-32).

3. El patio trasero de Europa es África, como el de Estados Unidos es América Latina. Los europeos y los norteamericanos tenemos en nuestra historia más crueldad que el rico aquél con el pobre Lázaro. En todo caso, lo que es seguro es que el gran pecado de muchos de nosotros es de omisión. “Las venas abiertas de América Latina” y “la carne muerta de África” están ahí. Y nosotros aquí, soportando las desagradables noticias de inmigrantes y pateras. Pero son noticias soportables. Como el rico soportó a Lázaro en su portal.

9 DE MARZO - VIERNES

2ª SEMANA DEL TIEMPO ORDINARIO

Mt 21, 33-43. 45-46

“En aquel tiempo, dijo Jesús a los sumos sacerdotes y a los ancianos del pueblo. “Escuchad esta parábola: Había un propietario que plantó una viña, la rodeó con una cerca, cavó en ella un lagar, construyó la casa del guarda, la arrendó a unos labradores y se marchó de viaje. Llegado el tiempo de la vendimia, envió sus criados a los labradores para percibir los frutos que le correspondían. Pero los labradores, agarrando a los criados, apalearon a uno, mataron a otro, y a otro lo apedrearon. Envío de nuevo otros criados, más que la primera vez, e hicieron con ellos lo mismo. Por último les mandó a su hijo, diciéndose: “Tendrán respeto a mi hijo”. Pero los labradores, al ver al hijo se dijeron: “Este es el heredero: venid, lo matamos y nos quedamos con su herencia”. Y, agarrándolo, lo empujaron fuera de la viña y lo mataron. Y ahora, cuando vuelva el dueño de la viña, ¿qué hará con aquellos labradores?”. Le contestaron: “Hará morir de mala muerte a esos malvados y arrendará la viña a otros labradores que le entreguen los frutos a su tiempo”. Y Jesús les dice: “¿No habéis leído nunca en la Escritura: “La piedra que desecharon los arquitectos es ahora la piedra angular. Es el Señor quien lo ha hecho, ha sido un milagro patente?”. Por eso os digo, que se os quitará a vosotros el Reino de los Cielos y se dará a un pueblo que produzca sus frutos”. Los sumos sacerdotes y los fariseos, al oír sus parábolas, comprendieron que hablaba de ellos. Y aunque buscaban echarle mano, temieron a la gente que lo tenía por profeta”.

1. Hay quienes piensan que esta parábola es un sólido argumento para justificar la “teoría de la sucesión”: Israel fue el pueblo infiel a Dios y a Israel le sucedió, como pueblo fiel, la Iglesia. Según esta teoría, la Iglesia relevó a Israel como pueblo elegido. Y, de hecho, sabemos que la teología cristiana ha elaborado la teoría según la cual la Iglesia es el “nuevo Pueblo de Dios”.

2. Pero esta teoría es sencillamente inadmisibile. Y además es peligrosa. Las religiones son producto de la cultura. Por eso, las culturas nacionalistas suelen tener también religiones nacionalistas y dioses nacionalistas. Los “pueblos elegidos” por el dios de cada pueblo son abundantes, aun-

que no utilicen ese nombre. Israel se sintió singularmente elegido (Nm 23, 8 s; Jos 24, 3; Sal 106, 5) por el amor preferencial de Yahvé (Ex 19, 5; Dt 7, 6-8; 1 Jn 4, 19). Esta idea fue asumida por los cristianos, que se vieron como una nueva raza (1 Pe 2, 9), los elegidos (Mt 24, 22; Rm 8, 33; 16, 13; Col 3, 12; 1 Pe, 1, 1).

3. Lo intolerable y lo peligroso de esta teoría es que fomenta una secreta soberbia nacionalista y un inevitable menosprecio hacia los demás pueblos y las otras religiones. Dios no puede querer eso. Dios no ha querido el antisemitismo que los cristianos difundieron en siglos pasados, amparados en la “funesta teoría de sustitución” y en la “peligrosa teoría de suplantación” (J. B. Metz) que ha causado tanto odio. El responsable de la muerte de Jesús no fue Israel, sino la torpeza de unos dirigentes religiosos que rechazaron al más grande de los profetas.

Lc 15, 1-3. 11-32

“En aquel tiempo, se acercaron a Jesús los publicanos y los pecadores a escucharle. Y los fariseos y los letrados murmuraban entre ellos: Ese acoge a los pecadores y come con ellos”. Jesús les dijo esta parábola: “Un hombre tenía dos hijos: el menor de ellos dijo a su padre: “padre, dame la parte que me toca de la fortuna”. El padre les repartió los bienes. No muchos días después, el hijo menor, juntando todo lo suyo, emigró a un país lejano, y allí derrochó su fortuna viviendo perdidamente. Cuando lo había gastado todo, vino por aquella tierra un hambre terrible, y empezó él a pasar necesidad. Fue entonces y tanto insistió a un habitante de aquel país, que lo mandó a sus campos a guardar cerdos. Le entraban ganas de llenarse el estómago de las algarrobas que comían los cerdos; y nadie le daba de comer. Recapacitando entonces se dijo: “Cuántos jornaleros de mi padre tienen abundancia de pan, mientras yo aquí me muero de hambre”. Me pondré en camino a donde está mi padre, y le diré: “padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no merezco llamarme hijo tuyo; trátame como a uno de tus jornaleros”. Se puso en camino a donde estaba su padre: cuando todavía estaba lejos, su padre lo vio y se conmovió; y echando a correr, se le echó al cuello y se puso a besarlo. Su hijo le dijo: “Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no merezco llamarme hijo tuyo”. Pero el padre dijo a sus criados: “Sacad enseguida el mejor traje y vestido; ponedle un anillo en la mano y sandalias en los pies; traed el ternero cebado y matadlo; celebremos un banquete, porque este hijo mío estaba muerto y ha revivido; estaba perdido y lo hemos encontrado”. Y empezaron el banquete. Su hijo mayor estaba en el campo. Cuando al volver se acercaba a la casa, oyó la música y el baile, y llamando a uno de los mozos, le preguntó qué pasaba. Éste le contestó: “Ha vuelto tu hermano; y tu padre ha matado el ternero cebado, porque lo ha recobrado con salud”. Él se indignó y se negaba a entrar, pero su padre salió e intentaba persuadirlo. Y él replicó a su padre: “Mira: en tantos años como te sirvo, sin desobedecer una orden tuya, a mí nunca me has dado un cabrito para tener un banquete con mis amigos; y cuando ha venido ese hijo tuyo que se ha comido tus bienes con malas mujeres, le matas el ternero cebado”. El padre le dijo: “hijo, tú estás siempre conmi-

go y todo lo mío es tuyo: deberías alegrarte, porque este hermano tuyo estaba muerto y ha revivido, estaba perdido, y lo hemos encontrado”.

1. La parábola del “hijo perdido” no habla de la “conversión del pecador”, sino del “regreso del hambriento”. Lo que el hijo extraviado sintió no fue la culpa del pecador, sino el hambre del pobre. Y esto es lo que le motivó a volver a su padre. La explicación que da el hijo al padre: “he pecado contra el cielo y contra ti” era la fórmula que se usaba entre los judíos para encontrar acogida (G. Lohfink).

2. Lo que la parábola quiere enseñar es que hay dos imágenes de Dios: 1) el Dios de los fariseos, retratado en la relación del hijo mayor con el padre; 2) el Dios de Jesús, retratado en la experiencia que vivió el hijo menor. Por eso hay dos espiritualidades: 1) la espiritualidad del fariseo, que se ve mejor que el otro y lo desprecia; 2) la espiritualidad del perdido, que se ve como un perdido, como el último, y por eso no puede despreciar a nadie. La clave de la espiritualidad está en el Dios en el que creemos. El Dios de Jesús siempre acoge al perdido, no le reprocha nada y se limita a abrazarlo, besarlo y convertir su vida en una fiesta.

11 DE MARZO - DOMINGO

3º DE CUARESMA

Jn 2, 13-25

“Se acercaba la Pascua de los judíos y Jesús subió a Jerusalén. Y encontró en el templo a los vendedores de bueyes, ovejas y palomas, y a los cambistas sentados; y, haciendo un azote de cordeles, los echó a todos del templo, ovejas y bueyes, y a los cambistas les esparció las monedas y les volcó las mesas; y a los que vendían palomas les dijo: “Quitad esto de aquí: no convirtáis en un mercado la casa de mi Padre”. Sus discípulos se acordaron de lo que está escrito: “el celo de tu casa me devora”. Entonces intervinieron los judíos y le preguntaron: “¿Qué signos nos muestras para obrar así?”. Jesús contestó: “Destruid este templo, y en tres días lo levantaré”. Los judíos replicaron: “Cuarenta y seis años ha costado construir este templo, ¿y tú lo vas a levantar en tres días?”. Pero él hablaba del templo de su cuerpo. Y cuando resucitó de entre los muertos, los discípulos se acordaron de que lo había dicho, y dieron fe a la Escritura y a la Palabra que había dicho Jesús. Mientras estaba en Jerusalén por las fiestas de Pascua, muchos creyeron en su nombre, viendo los signos que hacía, pero Jesús no se confiaba con ellos, porque los conocía a todos y no necesitaba el testimonio de nadie sobre un hombre, porque él sabía lo que hay dentro de cada hombre”.

1. Seguramente este hecho sucedió en vísperas de la pasión, como indican los sinópticos. Juan lo adelanta al comienzo de la vida pública. Para destacar, desde el principio, que este tremendo conflicto con la religión marca lo que el IV Evangelio quiere enseñar. Según el evangelio de Juan, el lugar del encuentro con Dios ya no es el templo (con sus sacerdotes, rituales y ceremonias), sino el ser humano. O sea, a Dios no se le encuentra ya en la sacralidad de las relaciones religiosas, sino en la laicidad de las relaciones humanas.

2. Jesús no pretendió “purificar” el templo, sino “acabar” con él. Cuando las autoridades religiosas (“los judíos”: Jn 1, 19; 11, 47; 19, 7. 12; cf. 8, 31; 11, 19; 12, 11) piden explicaciones a Jesús, él responde: “destruid este templo y en tres días lo levantaré”. Y se refería a su persona. Para Jesús, el templo es el ser humano. Y así pensaba la Iglesia primitiva: cada cristiano

es el templo de Dios (1 Co 3, 17; 6, 19; 2 Co 6, 16). Y cada ser humano es una piedra viva del santuario que Dios quiere (Is 66, 1 s; Hech 7, 49-51; 17, 24).

3. Los cristianos hemos restaurado lo que Jesús destruyó. Ahora merecen más respeto las iglesias que las personas. Y en las catedrales vuelve a correr el dinero. Eso sí, con unas liturgias observadas al pie de la letra, por más pesadas e insoportables que resulten. Da la impresión de que en Roma preocupa más el Ritual que el Evangelio.

12 DE MARZO - LUNES

3ª SEMANA DE CUARESMA

Lc 4, 24-30

"Vino Jesús a Nazaret y dijo al pueblo en la sinagoga: "Os aseguro que ningún profeta es bien mirado en su tierra. Os garantizo que en Israel había muchas viudas en tiempos de Elías, cuando estuvo cerrado el cielo tres años y seis meses, y hubo una gran hambre en todo el país; sin embargo, a ninguna de ellas fue enviado Elías, más que a una viuda de Sarepta en el territorio de Sidón. Y muchos leprosos había en Israel en tiempos del Profeta Eliseo, sin embargo, ninguno de ellos fue curado, más que Naamán el sirio". Al oír esto, todos en la sinagoga se pusieron furiosos y, levantándose, lo empujaron fuera del pueblo hasta un barranco del monte en donde se alzaba su pueblo, con intención de despeñarlo. Pero Jesús se abrió paso entre ellos y se alejaba".

1. Este evangelio pone al descubierto lo peligroso que es el nacionalismo intolerante y fanático. En Nazaret abundaban los nacionalistas de ese estilo. Por eso se pusieron furiosos cuando Jesús les dijo que una viuda de Sarepta y un leproso de Siria habían sido preferidos a todas las viudas y a todos los leprosos que había en Israel. Los nacionalistas no toleran que los que ellos llaman "extranjeros" sean mejor considerados y tratados que ellos.

2. Es bueno amar la propia patria y la propia nacionalidad. Pero no es bueno el nacionalismo que se vincula a la intolerancia y al fanatismo. Porque "el fanatismo reside en el hecho de obligar a los demás a cambiar" (Amos Oz). Y la intolerancia lleva consigo el rechazo de las creencias y convicciones de los demás, unido eso al poder de impedir que los otros vivan como ellos creen que más les conviene.

3. Jesús vio y experimentó el peligro que lleva consigo el nacionalismo, así vivido. Porque divide y enfrenta a las personas, a los pueblos y a las culturas. Desencadena violencias y desprecios mutuos. Y, desde el punto de vista religioso, este tipo de nacionalismo se convierte en una especie de religión civil que se fundamenta en un Dios violento, intolerante y peligroso.

Mt 18, 21-35

"En aquel tiempo, se adelantó Pedro y preguntó a Jesús: "Señor, si mi hermano me ofende, ¿cuántas veces le tengo que perdonar? ¿hasta siete veces?" Jesús le contesta: "No te digo hasta siete, sino hasta setenta veces siete". Y les propuso esta parábola: "Se parece el Reino de los Cielos a un rey que quiso ajustar las cuentas con sus empleados. Al empezar a ajustarlas, le presentaron uno que debía diez mil talentos. Como no tenía con qué pagar, el Señor mandó que lo vendieran con su mujer y sus hijos y todas sus posesiones, y que pagara así. El empleado, arrojándose a sus pies, le suplicaba diciendo: "Ten paciencia conmigo y te lo pagaré todo". El Señor tuvo lástima de aquel empleado y lo dejó marchar, perdonándole la deuda. Pero al salir, el empleado aquél encontró a uno de sus compañeros que le debía cien denarios, y, agarrándolo, lo estrangulaba diciendo: "págame lo que me debes". El compañero, arrojándose a sus pies, le rogaba diciendo: "Ten paciencia conmigo y te lo pagaré". Pero él se negó y fue y lo metió en la cárcel hasta que pagara lo que debía. Sus compañeros, al ver lo ocurrido, quedaron consternados y fueron a contarle a su señor todo lo sucedido. Entonces el señor lo llamó y le dijo: "¡Siervo malvado! Toda aquella deuda te la perdoné porque me lo pediste. ¿No debías tú también tener compasión de tu compañero, como yo tuve compasión de ti?". Y el señor, indignado, lo entregó a los verdugos hasta que pagara toda la deuda. Lo mismo hará con vosotros mi Padre del Cielo si cada cual no perdona de corazón a su hermano".

1. Todo es desproporcionado, y hasta desmesurado, en esta parábola. No tiene proporción ni medida la cantidad enorme de dinero que le debía el primer empleado al rey. No tiene proporción ni medida que el rey perdona semejante deuda por la simple razón de que el deudor se lo pide. Tampoco tiene proporción ni medida que el que acaba de recibir un perdón tan descomunal, apenas sale a la calle y se encuentra a un desgraciado que le debe una miseria, por poca cosa lo mete en la cárcel. ¿Qué explicación tiene esta serie continuada de despropósitos?

2. No se trata de exageraciones ni extravagancias. Esto (o algo muy parecido) ocurre a diario y, si se piensa a fondo, lo vemos por todas partes. Se

trata de la desproporción asombrosa que existe entre la enorme tolerancia que tenemos con nosotros mismos y con lo que nos conviene, por una parte, y la brutal intolerancia que tenemos con los demás y con lo que no nos conviene, por otra parte.

3. Basta pensar en la tolerancia que tenemos con lo que nosotros molestamos a otros. Y la intolerancia que tenemos con lo que otros nos molestan. La tolerancia con las propias equivocaciones y la intolerancia con las equivocaciones de los demás. La tolerancia con lo masculino y la intolerancia con lo femenino o al revés. La tolerancia con los de mi tendencia religiosa y la intolerancia con los de otras tendencias religiosas. La medida de nuestras intolerancias será la medida de la intolerancia que se va a tener con cada cual.

Mt 5, 17-19

"En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: "No creáis que he venido a abolir la ley o los profetas: no he venido a abolir, sino a dar cumplimiento. Os aseguro que antes pasarán el cielo y la tierra que deje de cumplirse hasta la última letra o tilde de la ley. El que se salte uno solo de los preceptos menos importantes, y lo enseñe así a los hombres, será el menos importante en el Reino de los Cielos. Pero quien los cumpla y enseñe será grande en el Reino de los Cielos".

1. En el Sermón del Monte, después de las bienaventuranzas, Jesús les dice a sus discípulos que él no ha venido a "deshacer" o "abolir" la ley o los profetas. Todo lo contrario. Jesús vino a llevar a su "perfección" o a su total "plenitud" lo que representan la ley y los profetas. Por tanto, no se trata de que Jesús se ajustó y se limitó a observar la religión de Israel. Lo que hizo Jesús fue ir más lejos y llevar a otra dimensión la religión. La de Israel y cualquier otra religión. ¿Qué quiere decir esto?

2. Quiere decir que Jesús se dio cuenta de que la religión, incluida la suya (la de los judíos), no basta. Porque está limitada y es incompleta. Por tanto, no basta someterse a la religión establecida y cumplirla al pie de la letra. Hay que llegar más lejos. Y hay que sentirse libre para pensar así y actuar así. Jesús lo demostró en su vida, con su conducta. Y lo dijo muy claro: "Todo lo que queríais que hicieran los demás por vosotros, hacedlo vosotros por ellos, porque eso significa la ley y los profetas" (Mt 7, 12).

3. Por tanto, "la plenitud", que sustituye a la mera "observancia", es la llamada "Regla de Oro". La religión, que es sumisión a dogmas, normas y ritos, es sustituida y queda superada por la relación con los demás, que es respeto, justicia, libertad, generosidad, bondad sin condiciones. Todo eso es lo que deseamos que los demás hagan con nosotros. Pues eso es lo que sustituye y supera a la religión de siempre. Con razón, Jesús repitió dos veces (Mt 9, 13; 12, 7) que hay que tomar en serio lo que dijo el profeta Oseas: "Misericordia quiero y no sacrificios" (Os 6, 6).

Lc 11, 14-23

En aquel tiempo, Jesús estaba echando un demonio que era mudo, y apenas salió el demonio habló el mudo. La multitud se quedó admirada, pero algunos de ellos dijeron: "Si echa los demonios es por arte de Belcebú, el príncipe de los demonios". Otros, para ponerlo a prueba, le pedían un signo en el cielo. El, leyendo sus pensamientos, les dijo: "Todo reino en guerra civil va a la ruina y se derrumba casa tras casa. Si también Satanás está en guerra civil, ¿cómo mantendrá su reino? Vosotros decís que yo echo los demonios con el poder de Belcebú; y vuestros hijos, ¿por arte de quién los echan? Por eso, ellos mismos serán vuestros jueces. Pero si yo echo los demonios con el dedo de Dios, entonces es que el Reino de Dios ha llegado a vosotros. Cuando un hombre fuerte y bien armado guarda su palacio, sus bienes están seguros. Pero si otro más fuerte lo asalta y lo vence, le quita las armas de que se fiaba y reparte el botín. El que no está conmigo, está contra mí; el que no recoge conmigo, desparrama".

1. El cristianismo primitivo tuvo que defender a Jesús, y defender a los mismos cristianos, contra un ataque preciso: que practicaban la magia, en el sentido de influencia y fuerza satánica (F. Bovon). Acusaciones de este tipo se encuentran fácilmente en el Apologeticum de Tertuliano o en el Contra Celsum de Orígenes. Sería, sin duda, frecuente que los cristianos fueran vistos y acusados de ministros del demonio y, por tanto, agentes del mal. Este hecho doloroso sería la explicación de que los evangelios recogieran las palabras de Jesús que recuerda este evangelio. En los escritos de los apologistas cristianos de los siglos II y III es frecuente encontrar argumentaciones refutando las acusaciones que se hacían contra los cristianos como agentes del mal y, por tanto, un serio peligro religioso y social e incluso como ateos (A. Von Harnack).

2. Seguramente, la pregunta más seria, que plantea este hecho, es la siguiente: ¿cómo se explica que, por motivos religiosos, se justifique el ataque más duro que se le puede hacer a la religión, el ataque que consiste en agredir, ofender, calumniar y maltratar a los hijos de Dios? Esto se ha hecho en la historia del cristianismo desde Jesús hasta nosotros. Y

es, además, algo que todos hacemos (de una forma o de otra) sin darnos cuenta de lo que hacemos y sin concederle la importancia que tiene.

3. La respuesta a esta pregunta es clara: desde el momento en que desvinculamos a Dios del ser humano y, sobre todo, si enfrentamos a Dios con el ser humano, inmediatamente nos ponemos a agredir a los seres humanos, pensando que así estamos defendiendo a Dios y honrando a Dios. Esto es lo que les pasaba a los enemigos de Jesús. Y lo que reproducimos todos cada día con la conciencia tranquila y hasta orgullosos de nuestro celo religioso.

Mc 12, 28 b - 34

"En aquel tiempo, un letrado se acercó a Jesús y le preguntó: "¿Qué mandamiento es el primero de todos?" Respondió Jesús: "El primero es: "Escucha, Israel, el Señor nuestro Dios es el único Señor, y amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente, con todo tu ser". El segundo es éste: "Amarás a tu prójimo como a ti mismo". No hay mandamiento mayor que éstos". El letrado replicó: "Muy bien, Maestro, tienes razón cuando dices que el Señor es único y no hay otro más que él y hay que amarlo con todo el corazón, con todo el entendimiento y con todo el ser, y amar al prójimo como a uno mismo vale más que todos los holocaustos y sacrificios". Jesús, viendo que había respondido sensatamente, le dijo: "No estás lejos del Reino de los Cielos". Y nadie se atrevió a hacerle más preguntas".

1. El judaísmo tenía una ley religiosa tan complicada, que se componía de 613 mandamientos. En tiempo de Jesús, había teólogos judíos, como Shammai, que ni siquiera toleraban que se pudiera preguntar cuál de esos mandamientos era el principal. Para los judíos integristas, todos los mandamientos tenían el mismo valor. Los judíos que seguían a Hillel, más liberales, se preguntaban qué mandamiento era el más importante.

2. Jesús admite la pregunta, o sea Jesús era de la tendencia más abierta y progresista de su tiempo. Pero, no sólo eso, sino que además da la respuesta afirmando que el principal mandamiento es el amor a Dios (Dt 6, 4 s). Y añade que el amor al prójimo va unido al amor a Dios. Cosa que el letrado acepta y reafirma. Añadiendo que eso vale más que todos los actos del culto, es decir, que el amor está antes que la religión (Os 6, 6; Is 1, 11).

3. Hay gente religiosa que le da más valor a la religión que al amor. Y hay gente que le da más importancia al amor a Dios que al amor al prójimo. Estas dos cosas son dos disparates temibles. Porque justifican actos de extrema violencia. A Dios no lo ve nadie (Jn 1, 18). Al prójimo lo vemos y lo tenemos cerca. El amor a Dios y el amor al prójimo son de tal modo inseparables, que no es posible amar a Dios si no es a través del amor que le tenemos al prójimo. Todo lo que no sea eso, es un engaño que puede justificar las mayores violencias.

Lc 18, 9-14

“En aquel tiempo, dijo Jesús esta parábola por algunos que, teniéndose por justos, se sentían seguros de sí mismos y despreciaban a los demás: “Dos hombres subieron al templo a orar. Uno era fariseo; el otro, un publicano. El fariseo, erguido, oraba así en su interior: “¡Oh Dios!, te doy gracias porque no soy como los demás: ladrones, injustos, adúlteros; ni como ese publicano. Ayuno dos veces por semana y pago el diezmo de todo lo que tengo”. El publicano, en cambio, se quedó atrás y no se atrevía ni a levantar los ojos al cielo; sólo se golpeaba el pecho diciendo: “¡Oh Dios!, ten compasión de este pecador”. Os digo que éste bajó a su casa justificado, y aquél no. Porque todo el que se enaltece, será humillado, y el que se humilla será enaltecido”.

1. En tiempo de Jesús había fariseos. Y ahora los sigue habiendo, aunque no se llamen así. Los motivos que movilizan al fariseo son *motivos religiosos*. Por eso, es fariseo todo individuo en el que se dan tres características: 1) se ve a sí mismo como “bueno”: ortodoxo en sus ideas, cumplidor de sus deberes, observante y sumiso a lo que está mandado; 2) se siente “seguro” de sí mismo: de sus ideas, de su forma de vivir, de su buena familia y sus buenas costumbres; 3) “desprecia” a los que no piensan como él y no viven como él.
2. El fariseo entra “erguido” en el templo. Va por la vida con la cabeza alta. No se reprocha nada. Y sólo tiene motivos para dar gracias a Dios. Porque él “no es como los demás”. Da miedo pensar en la cantidad de fariseos que hay ahora. Y, sobre todo, da mucho miedo pensar en el destrozo que están haciendo en la Iglesia. Porque la han roto, la han dividido, la han partido por la mitad. Por eso en esta Iglesia no hay manera de vivir unidos, como no sea sometiéndose a las ideas y a la forma de vida que nos quieren imponer los fariseos de ahora. Y conste que aquí todos somos fariseos.
3. En este momento, como en tiempo de Jesús, hay muchos “publicanos”: son todos los que, por el motivo que sea, “no se atreven a levantar los ojos al cielo”. Se sienten avergonzados, humillados y, a veces, también despreciados. Los publicanos de hoy son los divorciados, los homosexuales, los enfermos de sida... y todos los que no encuentran más solución que el recurso a la misericordia de Dios. Porque ni pueden cambiar de vida, ni la religión y sus representantes los toleran. A no ser que se pongan a llevar una “doble vida”.

Jn 3, 14-21

“En aquel tiempo dijo Jesús a Nicodemo: “Lo mismo que Moisés elevó la serpiente en el desierto, así tiene que ser elevado el Hijo del Hombre, para que todo el que cree en él tenga vida eterna. Tanto amó Dios al mundo, que entregó a su Hijo único, para que no perezca ninguno de los que creen en él, sino que tengan vida eterna. Porque Dios no mandó su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo se salve por él. El que cree en él no será condenado; el que no cree, ya está condenado, porque no ha creído en el nombre del Hijo único de Dios. Esta es la causa de la condenación: que la luz vino al mundo, y los hombres prefirieron la tiniebla a la luz, porque sus obras eran malas. Pues todo el que obra perversamente detesta la luz, y no se acerca a la luz, para no verse acusado por sus obras. En cambio, el que realiza la verdad se acerca a la luz, para que se vea que sus obras están hechas según Dios”.

1. Antiguamente, la serpiente era un símbolo que representaba a los dioses curanderos. En la Biblia se habla de la serpiente de bronce que curaba a los hebreos mordidos por serpientes en el desierto (Nm 21, 8; Sb 16, 5.7). Se trata de un símbolo de salud y de vida. Como lo es Jesús para cuantos lo miran con fe. El nuevo símbolo de la vida no es un rito mágico, sino Jesús, víctima de su generosidad extrema.
2. Dios no se hizo presente en este mundo, en la persona y vida de Jesús, porque se sintiera ofendido, indignado, irritado. Dios se hizo presente en el mundo, en el hombre Jesús de Nazaret, porque quiere tanto al mundo, que no soportaba más estar lejano, distante, desconocido. Dios *se humanizó* en Jesús.
3. Humanizándonos, encontramos la luz y amamos la luz. Endiosándonos, encontramos las tinieblas y toda nuestra vida proyecta oscuridad. No hay cosa más turbia y oscura que una persona que sólo aspira a subir, trepar, instalarse. Como no hay luz más poderosa que la luz del que es tan humano que no tiene nada que ocultar, de forma que sus obras, su vida, contagian bondad y humanidad.

Mt 1, 16. 18-21. 24 a

"Jacob engendró a José, el esposo de María, de la cual nació Jesús, llamado Cristo. El nacimiento de Jesucristo fue de esta manera: la madre de Jesús estaba desposada con José y, antes de vivir juntos, resultó que ella esperaba un hijo, por obra del Espíritu Santo. José, su esposo, que era bueno y no quería denunciarla, decidió repudiarla en secreto. Pero apenas había tomado esta resolución se le apareció en sueños un ángel del Señor que le dijo: José, hijo de David, no tengas reparo en llevarte a María, tu mujer, porque la criatura que hay en ella viene del Espíritu Santo. Dará a luz un hijo y tú le pondrás por nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de los pecados. Cuando José se despertó hizo lo que le había mandado el ángel del Señor".

1. El valor histórico de este relato es muy discutido entre los entendidos más serios y competentes en los evangelios. Y abundan lo exegetas que no le conceden valor alguno. Porque la fuente informativa de donde pudo proceder ese posible relato es muy limitada (José). Y porque se sabe que los familiares más cercanos de Jesús no creían en él (Mc 6, 1-6; Jn 7, 5) y hasta pensaban que estaba loco (Mc 3, 21), cosas que no resultan verosímiles si la familia supiera que había tenido un origen tan divino y sobrenatural.

2. De José, sabemos que era un trabajador manual, que en griego se llamaba *tékton*, término que designaba a los que practicaban un oficio con materiales duros (madera, piedra...). Éste era el oficio de José (Mt 13, 55) y el de Jesús (Mc 6, 3). Lo que indica que no tenían propiedades (una tierra que cultivar) y vivían de los encargos o chapuzas que se les presentaban ocasionalmente, en un pueblo que se vivía de una agricultura de mera subsistencia.

3. También se sabe de José que los vecinos de Nazaret, al darse cuenta de que Jesús no mencionaba "el día del desquite de nuestro Dios" (Is 61, 2, en Lc 4, 19), es decir, que no estaba a favor de la violencia nacionalista, se preguntaban: "Pero, ¿no es éste el hijo de José?" (Lc 4, 22). Lo que indica claramente que José era considerado en su pueblo como un nacionalista que quería el desquite de Dios contra los paganos.

Jn 5, 1-3. 5-16

"En aquel tiempo, se celebraba una fiesta de los judíos y Jesús subió a Jerusalén. Hay en Jerusalén, junto a la puerta de las ovejas, una piscina que llaman en hebreo Betesda. Esta tiene cinco soportales, y allí estaban echados muchos enfermos, ciegos, cojos, paralíticos, que aguardaban el movimiento del agua. Estaba también allí un hombre que llevaba treinta y ocho años enfermo. Jesús, al verlo echado, y sabiendo que ya llevaba mucho tiempo, le dice: "¿Quieres quedar sano?". El enfermo le contestó: "Señor, no tengo a nadie que me meta en la piscina cuando se remueve el agua; para cuando llego yo, otro se me ha adelantado". Jesús le dice: "Levántate, toma tu camilla y echa a andar". Y al momento el hombre quedó sano, tomó su camilla y echó a andar. Aquel día era sábado y los judíos dijeron al hombre que había quedado sano: "Hoy es sábado y no se puede llevar la camilla". El les contestó: "El que me ha curado es quien me ha dicho: Toma tu camilla y echa a andar". Ellos le preguntaron: "¿Quién es el que te ha dicho que tomes la camilla y echas a andar?". Pero el que había quedado sano no sabía quién era, porque Jesús, aprovechando el barullo de aquel sitio, se había alejado. Más tarde lo encuentra Jesús en el templo y le dice: "Mira, has quedado sano, no peques más, no sea que te ocurra algo peor". Se marchó aquel hombre y dijo a los judíos que era Jesús quien lo había sanado. Por esto los judíos acosaban a Jesús, porque hacía tales cosas en sábado".

1. Un hombre que lleva treinta y ocho años enfermo y solo, esperando que alguien le ayude y no encuentra a nadie, es un caso que impresiona. Por la enfermedad que padece. Y, sobre todo, por la soledad en que malvive. No tiene a nadie en este mundo. Por eso Jesús, al verlo de aquella manera, no lo pensó un instante. Ni se puso a pensar que era sábado y por tanto estaba prohibido curar y hacer que el hombre se fuera cargado con la camilla. Cuando Jesús tropezaba con el sufrimiento de alguien, no soportaba dejar así las cosas.

2. Todos tenemos muchas razones para escurrir el hombro ante el dolor ajeno. Con frecuencia echamos mano de argumentos políticos. Por eso decimos que es responsabilidad de los poderes públicos. O argumen-

tamos diciendo que lo importante es que cambie el sistema económico mundial. Efectivamente, todo eso tiene mucho de verdad. Pero hay algo que no se resuelve con dinero y política. El desamparo de los que se sienten enteramente solos, eso no tiene otra solución que la cercanía personal y la sensibilidad del que es capaz de empatizar con el otro.

3. La razón más falsa, que se puede dar, para abandonar al que sufre, es la que se basa en motivos religiosos: "tengo que irme de retiro", "no me lo permite mi conciencia", "eso está prohibido por la Iglesia"... Y así sucesivamente. Una religión o una espiritualidad que abandona, con buena conciencia, al que sufre es la mayor mentira y el más descarado auto-engaño.

Jn 5,17-30

En aquel tiempo, dijo Jesús a los judíos: "Mi Padre sigue actuando y yo también actúo". Por eso los judíos tenían más ganas de matarlo: porque no sólo violaba el sábado, sino también llamaba a Dios Padre suyo, haciéndose igual a Dios. Jesús tomó la palabra y les dijo: "Os lo aseguro: el Hijo no puede hacer por su cuenta nada que no vea hacer al Padre. Lo que hace éste, eso mismo hace también el Hijo, pues el Padre ama al Hijo y le muestra todo lo que él hace, y le mostrará obras mayores que ésta para vuestro asombro. Lo mismo que el Padre resucita a los muertos y les da vida, así también el Hijo da vida a los que quiere. Porque el Padre no juzga a nadie, sino que ha confiado al Hijo el juicio de todos, para que todos honren al Hijo como honran al Padre. El que no honra al Hijo, no honra al Padre que lo envió. Os lo aseguro: quien escucha mi palabra y cree al que me envió, posee la vida eterna y no será condenado, porque ha pasado ya de la muerte a la vida. Os aseguro que llega la hora, y ya está aquí, en que los muertos oirán la voz del Hijo de Dios, y los que hayan oído vivirán. Porque igual que el Padre dispone de la vida, así ha dado también al Hijo el disponer de la vida. Y le ha dado potestad de juzgar; porque es el Hijo del Hombre. No os sorprenda que venga la hora en que los que están en el sepulcro oirán su voz: los que hayan hecho el bien saldrán a una resurrección de vida; los que hayan hecho el mal, a una resurrección de condena. Yo no puedo hacer nada por mí mismo, según le oigo, juzgo, y mi juicio es justo, porque no busco mi voluntad, sino la voluntad del que me envió".

1. Jesús hizo esta reflexión, ante los dirigentes judíos, después de la curación del paralítico de la piscina, el hombre aquél que llevaba 38 años tirado en una camilla, en el suelo, junto a la piscina de Siloé, esperando un milagro que nunca se producía para él (Jn 5, 1-9). Los dirigentes de la religión judía, consecuentes con sus criterios religiosos, se pusieron enseguida "a perseguir a Jesús porque hacía aquellas cosas en sábado" (Jn 5, 16). Así, actuaron como fieles observantes de una religión que anteponía la norma religiosa a la vida y la salud de un ser humano.

2. Aquellos observantes religiosos se comportaban así porque creían en

un Dios para el que lo primero es su propia voluntad, su propia autoridad, su propio poder. De forma que a eso se tiene que subordinar absolutamente todo lo demás, incluida la misma vida humana. Porque, para aquellos piadosos observantes, a fin de cuentas, "lo divino" tiene que estar siempre antes que "lo humano".

3. Pues bien, ésta es la idea que rebate Jesús en su discurso. Un discurso cuyo razonamiento descansa en un principio muy claro: lo que Jesús hace, no es un invento de Jesús, sino que eso es lo que él ha aprendido del Padre. Jesús no hace sino lo que él sabe que hace el Padre. Lo cual quiere decir que Jesús fue tan profundamente humano y entrañable porque así es como Dios quiere que seamos, si es que de verdad queremos parecernos a Dios. Lo cual quiere decir que el ser más humano y entrañable que hay es sobre todo Dios mismo.

Jn 5, 31-47

"En aquel tiempo, dijo Jesús a los judíos: "Si yo doy testimonio de mí mismo, mi testimonio no es válido. Hay otro que da testimonio de mí y sé que es válido el testimonio que da de mí. Vosotros enviasteis mensajeros a Juan y él ha dado testimonio a la verdad. No es que yo dependa del testimonio de un hombre; si digo esto es para que vosotros os salvéis. Juan era la lámpara que ardía y brillaba, y vosotros quisisteis gozar un instante de su luz. Pero el testimonio que yo tengo es mayor que el de Juan: las obras que el Padre me ha concedido realizar; esas obras que hago dan testimonio de mí: que el Padre me ha enviado. Y el Padre que me envió, él mismo ha dado testimonio de mí. Nunca habéis escuchado su voz, ni visto su semblante, y su palabra no habita en vosotros, porque al que él envió no le creísteis. Estudiáis las Escrituras pensando encontrar en ellas vida eterna: pues ellas están dando testimonio de mí, ¡y no queréis venir a mí para tener vida! No recibo gloria de los hombres; además, os conozco y sé que el amor de Dios no está en vosotros. Yo he venido en nombre de mi Padre y no me recibisteis; si otro viene en nombre propio a ése sí lo recibiréis. ¿Cómo podréis creer vosotros, que aceptáis gloria unos de otros y no buscáis la gloria que viene del único Dios? No penséis que yo os voy a acusar ante el Padre, hay uno que os acusa: Moisés, en quien tenéis vuestra esperanza. Si creyerais a Moisés, me creeríais a mí, porque de mí escribió él. Pero si no dais fe a sus escritos, ¿cómo daréis fe a mis palabras?"

1. El evangelio de Juan considera que el problema planteado con motivo de la curación del paralítico es tan serio, que prolonga la reflexión de Jesús, en su enfrentamiento con los dirigentes judíos. Por haber curado al hombre que llevaba treinta y ocho años enfermo y solo (Jn 5, 1-15), empezó la persecución de los dirigentes religiosos contra Jesús (Jn 5, 16). Cuando la religión antepone sus normas a la felicidad de los humanos, se enfrenta (si es necesario) a Dios mismo. Y hasta puede pensar que Jesús (o el que actúa como Jesús) es un blasfemo y hay que matarlo (Jn 5, 18).

2. Jesús se defiende diciendo que es el Padre del cielo el que da testimonio en favor de él. ¿En qué consiste ese testimonio de Dios a favor de

Jesús? No consiste en lo que Jesús *dice*, sino en lo que *hace*: las “*obras que hago dan testimonio de mí*”. Cuando uno se comporta de manera que se juega su nombre, su fama, su prestigio, su respetabilidad religiosa, por aliviar el sufrimiento, por dar vida, por estar de parte de los que nadie quiere, el que hace tales “obras”, ése es el que merece crédito. Con quien hace eso está Dios.

3. El problema está en que todo esto le suena a mucha gente como si fuera música celestial. Porque se trata de gente que ni tiene fe, ni puede tenerla. ¿Por qué? Jesús lo dice muy claro: “¿*Cómo podéis creer vosotros, que aceptáis gloria unos de otros*? Los que buscan gloria, títulos, homenajes, cargos y distinciones, unos de otros, aunque lleguen a alcanzar las máximas dignidades eclesíásticas, universitarias o políticas, no pueden creer. Este es el problema.

Jn 7, 1-2. 10. 25-30

“En aquel tiempo, recorría Jesús la Galilea, pues no quería andar por Judea porque los judíos trataban de matarlo. Se acercaba la fiesta judía de los Campamentos. Cuando sus parientes habían subido ya a la fiesta subió también él; pero no mostrándose, sino clandestinamente. Entonces algunos que eran de Jerusalén dijeron: “¿No es éste el que intentan matar? Pues mira cómo habla abiertamente y no le dicen nada. ¿Será que los jefes se han convencido de que éste es el Mesías? Pero éste sabemos de dónde viene, mientras que el Mesías, cuando llegue, nadie sabrá de dónde viene”. Entonces Jesús, mientras enseñaba en el templo, gritó: “A mí me conocéis y conocéis de dónde vengo. Sin embargo, yo no vengo por mi cuenta, sino enviado por el que es veraz: a ése vosotros no le conocéis; yo lo conozco porque procedo de él y él me ha enviado”. Entonces intentaban agarrarlo; pero nadie le pudo echar mano, porque todavía no había llegado su hora”.

1. La fiesta de los Campamentos (o de las Chozas) se celebraba en otoño, cuando los campesinos habían terminado de recoger la vendimia. Era una fiesta de agricultores que daban gracias a Dios por la cosecha. Duraba una semana y a ella acudía mucha gente. Pero lo más importante era la fuerte carga religiosa que se vivía esos días que servían para excitar las esperanzas mesiánicas del judaísmo (Lv 23, 33-36; Zac 14, 16. 19; 9, 9). Si a Jesús se le veía como una posible promesa o una amenaza, se comprende que acudiera a la fiesta clandestinamente.

2. Tiene que ser fuerte sentirse vigilado, controlado y amenazado de muerte. Jesús sabía que lo iban a matar. En tales condiciones, acudir a una fiesta tan nacionalista y de tanta exaltación religiosa era evidentemente correr un riesgo. Podía pasar cualquier cosa. Jesús tuvo que echarle valor a aquel viaje. Pero no se dejó dominar por el miedo. Subió a Jerusalén, se fue derecho al templo y allí se puso a hablar e incluso a gritar. Y gritó de tal manera que intentaron matarlo entonces mismo. Pudo escapar porque no le había llegado su hora.

3. Para hablar de Dios, como lo hizo Jesús, hay que ser muy libre. Y tener valor para vencer el miedo. Y es que hablar de Dios, como se debe hablar, es un asunto muy peligroso. Hablar del “Dios” que les conviene a los poderes de este mundo es una cosa que da poder y prestigio. Hablar del Dios que cuestiona a esos poderes, sobre todo al poder y a los intereses de los hombres de la religión, es peligroso, en ello se juega uno hasta la misma vida.

Jn 7, 40-53

"En aquel tiempo, de la gente que habían oído estos discursos de Jesús, unos decían: "Este es de verdad el profeta". Otros decían: "Este es el Mesías". Pero otros decían: "¿Es que de Galilea va a venir el Mesías? ¿No dice la Escritura que vendrá del linaje de David, y de Belén, el pueblo de David?". Y así surgió entre la gente una discordia por su causa. Algunos querían prenderlo, pero nadie le puso la mano encima. Los guardias del templo acudieron a los sumos sacerdotes y fariseos, y éstos les dijeron: "¿Por qué no lo habéis traído?". Los guardias respondieron: "Jamás ha hablado nadie así". Los fariseos les replicaron: "¿También vosotros os habéis dejado embaucar? ¿Hay algún jefe o fariseo que haya creído en él? Esa gente que no entiende de la ley son unos malditos". Nicodemo, el que había ido en otro tiempo a visitarlo y que era fariseo, les dijo: "¿Acaso nuestra ley permite juzgar a nadie sin escucharlo primero y averiguar lo que ha hecho?". Ellos le replicaron: "¿También tú eres galileo? Estudia y verás que de Galilea no salen profetas". Y se volvieron cada uno a su casa.

1. El enfrentamiento de los jefes religiosos y de los fariseos contra Jesús va en aumento. De forma que la tensión, la división y la crispación llega a la gente sencilla (*óchlos*), al pueblo humilde y de más baja condición. Nadie se preguntaba si Jesús tenía que morir porque eso era lo que Dios quería, porque así salvaría al mundo, porque Dios estaba ofendido por nuestros pecados... Lo que allí se planteaba era si tenían razón los dirigentes religiosos; o si quien tenía la razón era Jesús.

2. Con Jesús estaba el pueblo. Contra Jesús estaban los "hombres de la religión". Los argumentos del pueblo eran que Jesús es el Mesías, es el Profeta, es decir, argumentos positivos. Los argumentos de los dirigentes religiosos eran que el Mesías no podía venir de Galilea, que de Galilea no podía salir un profeta, que el pueblo no conocía la ley religiosa y que además el pueblo estaba maldito. Es decir, los argumentos de los entendidos en religión eran negativos y de profundo desprecio hacia la pobre gente.

3. Ni siquiera se tuvo en cuenta la justa advertencia de Nicodemo: ¿es que se puede condenar a alguien sin oírlo y sin darle ocasión de defenderse? La historia se repite: los que tienen poder, y más si se trata de poder religioso, siempre se creen en posesión de la verdad y con razones para condenar a quien no se somete a ellos. Jesús vivió en sus carnes esta dolorosa historia.

Jn 12, 20-33

"En aquel tiempo, entre los que habían venido a celebrar la Fiesta había algunos gentiles; éstos, acercándose a Felipe, el de Betsaida de Galilea, le rogaban: "Señor, quisiéramos ver a Jesús". Felipe fue a decírselo a Andrés; y Andrés y Felipe fueron a decírselo a Jesús. Jesús les contestó: "Ha llegado la hora de que sea glorificado el Hijo del Hombre. Os aseguro, que si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda infecundo; pero si muere, da mucho fruto. El que se ama a sí mismo, se pierde, y el que se aborrece a sí mismo en este mundo, se guardará para la vida eterna. El que quiera servirme, que me siga y donde esté yo, allí también estará mi servidor; a quien me sirva, el Padre le premiará. Ahora mi alma está agitada y, ¿qué diré?: Padre, librame de esta hora. Pero si por esto he venido, para esta hora. Padre, glorifica tu nombre". Entonces vino una voz del cielo: "Lo he glorificado y volveré a glorificarlo". La gente que estaba allí y lo oyó decía que había sido un trueno; otros decían que le había hablado un ángel. Jesús tomó la palabra y dijo: "Esta voz no ha venido por mí, sino por vosotros. Ahora va a ser juzgado el mundo; ahora el Príncipe de este mundo va a ser echado fuera. Y cuando yo sea elevado sobre la tierra, atraeré a todos hacia mí". Esto lo decía dando a entender la muerte de que iba a morir".

1. Nunca insistiremos bastante en que el Padre no quiere que sus hijos sufran. Hay que insistir en esto porque se ha insistido demasiado en la imagen horrenda del "dios vampiro", que necesita sangre dolor y muerte para perdonar a sus hijos. "Con frecuencia decimos de Dios cosas que no diríamos de ninguna persona decente" (T. De Mello).

2. El grano de trigo tiene que morir porque sólo así puede dar fruto. Dios no quiere la muerte, sino el fruto, es decir, la vida. Pero, en este mundo, todo el que se pone de parte de la vida, y de los derechos de la vida, si es que hace eso en serio, tendrá que pasar por situaciones que se parecen mucho a la muerte o que incluso terminan en la muerte.

3. Es humano sentir miedo ante la muerte. Jesús pasó por esa experiencia. Por eso se comprende su oración: "*Padre, librame de esta hora*". Así lo pidió "*a gritos y con lágrimas*" (Heb 5, 7). Pero superó tal angustia por la fuerza que le daba el Padre. Y porque sabía que así, con esa libertad y esa fortaleza, se expulsa del mundo al "Príncipe" del "orden" (*kósmos*) presente, que es el asombroso "desorden" que genera tanta violencia.

Jn 8, 1-11

"En aquel tiempo, Jesús se retiró al monte de los Olivos. Al amanecer se presentó de nuevo en el templo y todo el pueblo acudía a él y, sentándose, les enseñaba. Los letrados y los fariseos le traen a una mujer sorprendida en adulterio y, colocándola en medio, le dijeron: "Maestro, esta mujer ha sido sorprendida en flagrante adulterio. La ley de Moisés nos manda apedrear a las adúlteras: tú ¿qué dices?". Le preguntaban esto para comprometerlo y poder acusarlo. Pero Jesús, inclinándose, escribía con el dedo en el suelo. Como insistían en preguntarle, se incorporó y les dijo: "El que esté sin pecado, que tire la primera piedra". E inclinándose otra vez, siguió escribiendo. Ellos, al oírlo, se fueron escabullendo uno a uno, empezando por los más viejos, hasta el último. Y quedó solo Jesús, y la mujer en medio de pie. Jesús se incorporó y le preguntó: "Mujer, ¿dónde están tus acusadores?, ¿ninguno te ha condenado?". Ella contestó: "Ninguno, Señor". Jesús dijo: "Tampoco yo te condeno. Anda y en adelante no peques más".

1. Este relato no fue escrito por el autor del IV Evangelio. No se encuentra ni en los papiros ni en los códices principales. Y el vocabulario que aquí se utiliza no corresponde al del resto de este evangelio. Probablemente fue escrito por el autor del evangelio de Lucas (R. E. Brown). Los autores cristianos de habla griega, que comentaron el evangelio de Juan, no explicaron este texto hasta el s. XII. No se sabe quién lo redactó y cuándo se introdujo en el Evangelio. La Iglesia lo ha aceptado como relato auténtico de la vida de Jesús. Y existe un consenso generalizado de que este episodio se produjo en la vida de Jesús, probablemente poco antes de la pasión.

2. Jesús se puso siempre de parte de las mujeres, en una sociedad en la que los hombres, aunque fueran adúlteros, podían (y debían) matar a las adúlteras (Lv 20, 10; Dt 22, 22 s). Cuando a Jesús le plantearon el caso flagrante de una adúltera, su respuesta fue actuar de forma que, en realidad, lo que hizo fue despenalizar el adulterio. Además, no le reprochó nada a la mujer. Y la perdonó sin más. Para que ella se sintiera en paz con su

conciencia y pudiera recuperar el sentido de su dignidad. Jesús no juzga ni condena a nadie. De esto podemos estar completamente seguros.

3. Con frecuencia, los "hombres de la religión" pretenden que los "pecados" sean además "delitos". Es lo que ocurre en las sociedades en las que "lo religioso" y "lo laico" no están debidamente separados y se interfieren mutuamente. Además, en este tipo de situaciones, se produce con frecuencia el caso de personas que se ven abocadas a llevar una "doble vida".

Jn 8, 21-30

"En aquel tiempo, dijo Jesús a los fariseos: "Yo me voy y me buscaréis, y moriréis por vuestro pecado. Donde yo voy no podéis venir vosotros". Los judíos comentaban: "¿Será que va a suicidarse, y por eso dice "donde yo voy no podéis venir vosotros?". Y él continuaba: "Vosotros sois de aquí abajo, yo soy de allá arriba: vosotros sois de este mundo, yo no soy de este mundo. Con razón os he dicho que moriréis por vuestros pecados: pues si no creéis que yo soy, moriréis por vuestros pecados". Ellos le decían: "¿Quién eres tú?". Jesús les contestó: "Después de todo, ¿para qué seguir hablándoos? Podría decir y condenar muchas cosas en vosotros; pero el que me envió es veraz y yo comunico al mundo lo que he aprendido de él" Ellos no comprendieron que les hablaba del Padre. Y entonces dijo Jesús: "Cuando levantéis al Hijo del Hombre sabréis que yo soy, y que no hago nada por mi cuenta, sino que hablo como el Padre me ha enseñado. El que me envió está conmigo, no me ha dejado solo, porque yo hago siempre lo que le agrada". Cuando les exponía esto, muchos creyeron en él".

1. "¿Quién eres tú?" Jesús tenía que resultar desconcertante. Por eso se explica la pregunta que le hicieron los fariseos. Veían en él a un hombre. Y al mismo tiempo oían de sus labios palabras que sólo podían venir de Dios: "yo soy de allá arriba"... "yo no soy de este mundo"... "si no creéis que yo soy, moriréis en vuestros pecados". Aquí justamente se plantea el enigma y el misterio de Jesús, que es también el enigma y el misterio de Dios. ¿Por qué?

2. En este relato, Jesús utiliza tres veces la expresión "yo soy" (8, 23. 24. 28). Con esa expresión, Dios reveló su nombre a Moisés (Ex 3, 14). Pero ese nombre no es una definición ontológica de la esencia divina. Dios no revela en la Biblia su "ser", sino su "actuar", es decir, no pretende dar a conocer *lo que es*, sino *cómo actúa*. Por tanto, lo que nosotros podemos aprender, en los evangelios, no se refiere a lo que es Dios, sino cómo actúa Dios, cómo se comporta, qué ocurre y qué acontece cuando Dios se hace presente en la vida, en las personas, en la historia.

3. Jesús nos revela y nos da a conocer a Dios. No porque nos revela la esencia divina, sino porque vivió, habló y se comportó de tal forma que, haciendo eso, nos dijo: "Dios es así". De ahí, la extraña afirmación: "Cuando levantéis al Hijo del Hombre sabréis que yo soy". Es decir, en el crucificado, en el ajusticiado, en el fracasado, por defender a los indefensos, ahí y en eso sabemos que Jesús es Dios porque nos está diciendo así es *dónde* y *cómo encontramos a Dios*. A muchas personas lo que les preocupa es saber si Jesús es Dios, pero no les interesa saber *cómo tienen que vivir para encontrar a Dios*.

Jn 8, 31-42

"En aquel tiempo, dijo Jesús a los judíos que habían creído en él: "Si os mantenéis en mi palabra seréis de verdad discípulos míos; conoceréis la verdad y la verdad os hará libres". Le replicaron: "Somos linaje de Abrahán y nunca hemos sido esclavos de nadie. ¿Cómo dices tú: seréis libres?". Jesús les contestó: "Os aseguro que quien comete pecado es esclavo. El esclavo no se queda en la casa para siempre, el hijo se queda para siempre. Y si el Hijo os hace libres, seréis realmente libres. Ya sé que sois linaje de Abrahán; sin embargo, tratáis de matarme, porque no dais cabida a mis palabras. Yo hablo de lo que he visto junto a mi Padre, pero vosotros hacéis lo que le habéis oído a vuestro padre". Ellos replicaron: "nuestro Padre es Abrahán". Jesús les dijo: "Si fuerais hijos de Abrahán haríais lo que hizo Abrahán. Sin embargo, tratáis de matarme a mí, que os he hablado de la verdad que le escuché a Dios, y eso no lo hizo Abrahán. Vosotros hacéis lo que hace vuestro padre". Le replicaron: "Nosotros no somos hijos de prostituta, tenemos un solo padre: Dios". Jesús les contestó: "Si Dios fuera vuestro Padre, me amaríais, porque yo salí de Dios y aquí estoy. Pues no he venido por mi cuenta, sino que él me envió".

1. "Conocer la verdad" es "mantenerse en la palabra de Jesús". Y manteniéndose en su palabra, *ser de verdad discípulo suyo*. O sea, el conocimiento de la verdad, según Jesús, no es cuestión de doctrinas o teorías, sino de fidelidad a lo que él dice y de autenticidad en el discipulado. En la Iglesia hay mucha gente que da más importancia a las verdades de la fe que al fiel seguimiento de Jesús, viviendo de la forma más parecida posible a como vivió Jesús.

2. Y esto es lo que nos hace libres: *"conoceréis la verdad y la verdad os hará libres"*. Si el conocimiento de las verdades religiosas no nos hace más libres, tales verdades no son verdades, sino mentiras. La sumisión intelectual, que impide pensar y decir lo que se piensa, no es el camino para llegar a la verdad, sino el camino de la esclavitud y de la mentira. Los grupos bloqueados por el control del pensamiento enrarecen el ambiente de maneja que quien está dentro del grupo se incapacita para darse cuenta del engaño en que vive.

3. Y entonces, el desajuste, entre lo que se piensa y lo que se vive, desemboca inevitablemente en la hipocresía social y religiosa, que consiste en el cuidado obsesivo de la propia imagen. Un cuidado que hace a la gente esclava de lo que piensan los demás, de lo que esperan y quieren los demás. Cuando eso ocurre en un grupo humano, en ese grupo entra el virus de la descomposición evangélica.

Jn 8, 51-59

"En aquel tiempo, dijo Jesús a los judíos: "Os aseguro: quien guarda mi palabra no sabrá lo que es morir para siempre". Los judíos le dijeron: "Ahora vemos claro que estás endemoniado; Abrahán murió, los profetas también, ¿y tu dices "quien guarde mi palabra no conocerá lo que es morir para siempre?". ¿Eres tú más que nuestro Padre Abrahán que murió? También los profetas murieron, ¿por quién te tienes?". Jesús contestó: "Si yo me glorificara a mí mismo, mi gloria no valdría nada. El que me glorifica es mi Padre de quien vosotros decís: "Es nuestro Dios", aunque no lo conocéis. Yo sí lo conozco, y si dijera "no lo conozco sería, como vosotros, un embustero; pero yo lo conozco y guardo su palabra. Abrahán, vuestro padre, saltaba de gozo pensando ver mi día: lo vio, y se llenó de alegría". Los judíos le dijeron: "No tienes todavía cincuenta años, ¿y has visto a Abrahán?". Jesús les dijo: "Os aseguro que antes que naciera Abrahán existo yo". Entonces cogieron piedras para tirárselas, pero Jesús se escondió y salió del templo".

1. Jesús anuncia un mensaje que quien lo acepta y se esfuerza por llevarlo a la práctica, por eso mismo gozará de una vida sin límites. La vida que, como el amor, es más fuerte que la muerte. Por eso precisamente se trata de una vida con esperanza, es decir, con plenitud de sentido. El sentido, que muchas veces tiene la vida, alcanza por eso una razón de ser que es fuente inagotable de sentido, es decir, de esperanza, que supera el destino inevitable de la muerte.

2. Pero ocurre que, entre gentes religiosas, suelen abundar quienes se aferran a las tradiciones y costumbres de antes, a lo pasado, a lo antiguo, negándose a aceptar lo nuevo, lo que rompe sus esquemas de pensamiento y sus costumbres de toda la vida. Es lo que les pasó a los fariseos del tiempo de Jesús. Y lo que les pasa ahora a no pocos cristianos, chapados a la antigua, que no toleran la novedad que les desconcierta, les inquieta y les irrita.

3. La reacción, en tales casos, suele ser el recurso al insulto, a la descalificación y a la agresión personal. Los fariseos le decían a Jesús que ellos estaban con Abrahán. Por eso se sentían autorizados para decir que Jesús estaba endemoniado. Y hasta llegaron a intentar apedrearle. La resistencia al Evangelio se puede disfrazar, en nuestro tiempo, de añoranzas por la Iglesia que hubo antes del Vaticano II.

Jn 10, 31-42

"En aquel tiempo, los judíos agarraron piedras para apedrear a Jesús. Él les replicó: "Os he hecho ver muchas obras buenas por encargo de mi Padre: ¿por cuál de ellas me apedreáis?". Los judíos le contestaron: "No te apedreemos por una obra buena, sino por una blasfemia: porque tú, siendo un hombre, te haces Dios". Jesús les replicó: "¿No está escrito en vuestra Ley: "Yo os digo: sois dioses?". Si la Escritura llama dioses a aquellos a quienes vino la palabra de Dios (y no puede faltar la Escritura), a quien el Padre consagró y envió al mundo, ¿decís vosotros que blasfema porque dice que es Hijo de Dios? Si no hago las obras de mi Padre, no me creáis; pero si las hago, aunque no me creáis a mí, creed en las obras para que comprendáis y sepáis que el Padre está en mí y yo en el Padre". Intentaron de nuevo detenerlo, pero se les escabulló de las manos. Se marchó de nuevo al otro lado del Jordán, al lugar donde antes había bautizado Juan, y se quedó allí. Muchos acudieron a él y decían: "Juan no hizo ningún signo; pero todo lo que Juan dijo de éste era verdad". Y muchos creyeron en él allí".

1. La conducta de Jesús era patente. Lo dice él: *Os he hecho ver muchas obras buenas*". La bondad de Jesús se metía por los ojos. Lo sorprendente es que aquella bondad era enjuiciada como una "blasfemia". Parece increíble. Pero tiene su explicación: de nuevo, el enigma y el misterio de Jesús. Todo el mundo veía que era un hombre. Y todo el mundo veía que hablaba como Dios. No podían entender que, en Jesús, *Dios se había humanizado*.

2. Quien se aferra a la idea de que el Trascendente no se puede encarnar en lo inmanente, el que se empeña en que Dios no se puede humanizar, verá en Jesús a Dios disfrazado de hombre, pero jamás podrá ver lo humano, lo más profundamente humano (la bondad humana, la belleza humana, la felicidad humana, el trabajo humano, el amor humano, el sufrimiento humano...) como la revelación fundamental de Dios a los humanos.

3. *"Aunque no me creáis a mí, creed en las obras para que comprendáis que el Padre está en mí y yo en el Padre"*. Las obras que hacía Jesús eran obras de un hombre. Eso es lo que podían ver aquellas gentes. Veían a un hombre que curaba a los enfermos, que daba de comer a los pobres, que acogía a los pecadores... Jesús viene a decir que *en lo más humano es donde se encuentra a Dios*. El que no puede entender esto, verá en el Evangelio una blasfemia.

Jn 11, 45-57

"En aquel tiempo, muchos judíos que habían venido a casa de María, al ver lo que había hecho Jesús, creyeron en él. Pero algunos acudieron a los fariseos y les contaron lo que había hecho Jesús. Los sumos sacerdotes y los fariseos convocaron el sanedrín y dijeron: "¿Qué estamos haciendo? Este hombre hace muchos milagros. Si lo dejamos seguir, todos creerán en él y vendrán los romanos y nos destruirán el lugar santo y la nación". Uno de ellos, Caifás, que era sumo sacerdote aquel año, les dijo: "Vosotros no entendéis ni palabra: no comprendéis que os conviene que uno muera por el pueblo, y que no perezca la nación entera". Esto no lo dijo por propio impulso, sino que, por ser sumo sacerdote aquel año, habló proféticamente anunciando que Jesús iba a morir por la nación, y no sólo por la nación, sino también para reunir a los hijos de Dios dispersos. Y aquel día decidieron darle muerte. Por eso Jesús ya no andaba públicamente con los judíos, sino que se retiró a la región vecina al desierto, a una ciudad llamada Efraín, y pasaba el tiempo con los discípulos. Se acercaba la Pascua de los judíos, y muchos de aquella región subían a Jerusalén, antes de la pascua, para purificarse. Buscaban a Jesús y, estando en el templo, se preguntaban: "¿Qué os parece? ¿No vendrá a la fiesta?" Los sumos sacerdotes y los fariseos habían mandado que el que se enterase de dónde estaba les avisara para prenderlo".

1. Jesús le acababa de devolver la vida a Lázaro (Jn 11, 18-44). Donde había muerte, Jesús dio vida. Esto fue la gota que colmó el vaso. Jesús tenía cada día más fuerza de atracción sobre la gente. Cosa que no pudieron soportar los hombres de la religión, que veían (y siguen viendo) en Jesús el mayor peligro para sus intereses. Si las grandes instituciones "cristianas" tomaran en serio las exigencias del Evangelio, se morirían de miedo. Porque tendrían que poner en cuestión sus seguridades económicas, sus privilegios sociales y tantas otras cosas que se han empeñado en armonizar con lo que hizo y dijo Jesús.

2. El hecho es que los dirigentes religiosos del judaísmo se dieron cuenta de que Jesús y ellos eran incompatibles. El peligro mayor para ellos es-

taba en la fe de los que tomaban a Jesús en serio. La fe, cuando es fe de verdad, representa una amenaza de muerte para el templo y para todo sistema religioso-político. Los hombres del sanedrín fueron lúcidos y consecuentes: *o él o nosotros*. Y tomaron la decisión lógica: *hay que matarlo*.

3. El problema insoluble se plantea cuando se pierde la lógica. Concretamente, cuando se pretende hacer compatible lo que los sumos sacerdotes vieron que era incompatible. Es decir, cuando se pretende meter a Jesús en el templo, identificarlo con el boato de la religión y hasta utilizarlo para promocionar intereses, que, por más “religiosos” que parezcan, en realidad nada tienen que ver con el Evangelio.

1 DE ABRIL

DOMINGO DE RAMOS

Lc 19, 28-40

“En aquel tiempo, Jesús echó a andar delante, subiendo hacia Jerusalén. Al acercarse a Betfagé y Betania, junto al monte llamado de los Olivos, mandó a dos discípulos diciéndoles: “Id a la aldea de enfrente: al entrar encontraréis un borrico atado, que nadie ha montado todavía. Desatadlo y traedlo. Y si alguien os pregunta: ¿Por qué lo desatáis?, contestadle: El Señor lo necesita”. Ellos fueron y lo encontraron como les había dicho. Mientras desataban el borrico, los dueños les preguntaron: “¿Por qué desatáis el borrico?”. Ellos contestaron: “El Señor lo necesita”. Se lo llevaron a Jesús, lo aparejaron con sus mantos, y le ayudaron a montar. Según iban avanzando, la gente alfombraba el camino con los mantos. Y cuando se acercaba ya la bajada del monte de los Olivos, la masa de los discípulos, entusiasmados, se pusieron a alabar a Dios a gritos por todos los milagros que habían visto, diciendo: “¡Bendito el que viene como rey, en nombre del Señor! Paz en el cielo y gloria en lo alto”. Algunos fariseos de entre la gente le dijeron: “Maestro, reprende a tus discípulos”. El replicó: “Os digo, que si estos callan, gritarán las piedras”.

1. Jesús llega a Jerusalén. La ciudad y el momento en que esto sucede indican el trágico final que allí le espera. Jesús lo sabe. Pero lo sorprendente es que no se acerca a la derrota final como un derrotado. Ni entra en la ciudad como un triunfador victorioso. Con una sencillez, una humildad y una bondad que impresionan, organiza él mismo la entrada para que sea, no la ostentación triunfal de un vencedor, sino una manifestación popular de paz y alegría de las gentes más humildes y sencillas, los que siempre le han acompañado y han estado con él.

2. El borrico en el que monta, los discípulos que le aclaman, los hechos prodigiosos que en ese momento recuerdan (prodigios que han dado vida a los enfermos y alimento a los pobres) y las aclamaciones de paz y gloria en el cielo, todo eso no evoca sino el logro de las aspiraciones de los más débiles y desamparados de este mundo. En Jesús triunfa todo lo que en el orden presente fracasa. Tal es el significado más profundo de la entrada de Jesús en Jerusalén.

3. El relato presenta a los fariseos protestando y exigiendo reprensión para los humildes y sencillos. La religión puede endurecer (y endurece) el corazón de no pocas personas. Eso se nota en que sólo quieren que triunfe la religión. Y no soportan que sea el pueblo humilde el que cante de alegría.

Jn 12, 1-11

“Seis días antes de la Pascua, fue Jesús a Betania, donde vivía Lázaro, a quien había resucitado de entre los muertos. Allí le ofrecieron una cena. Marta servía y Lázaro era uno de los que estaban con él a la mesa. María tomó una libra de perfume de nardo, auténtico y costoso, le ungió a Jesús los pies y se los enjugó con su cabellera. Y la casa se llenó de la fragancia del perfume. Judas Iscariote, uno de sus discípulos, el que lo iba a entregar, dice: “¿Por qué no se ha vendido este perfume por trescientos denarios para dárselos a los pobres?” (Esto lo dijo no porque le importasen los pobres, sino porque era un ladrón, y como tenía la bolsa llevaba lo que iban echando). Entonces Jesús dijo: “Dejadla: lo tenía preparado para el día de mi sepultura, porque a los pobres los tenéis siempre con vosotros, pero a mí no siempre me tenéis. Una muchedumbre de judíos se enteró de que estaba allí y fueron no sólo por Jesús, sino también para ver a Lázaro, al que había resucitado de entre los muertos. Los sumos sacerdotes decidieron matar también a Lázaro, porque muchos judíos, por su causa, se les iban y creían en Jesús”.

1. Esta cena es el símbolo del triunfo de la vida sobre la muerte. En Lázaro, la vida fue más fuerte que la muerte. Como iba a ser más fuerte en el propio Jesús. Y esa fuerza de la vida se expresa en el Evangelio mediante símbolos de vida: la mesa compartida, la amistad servicial de Marta, el perfume costoso de María, la unción de los pies, la fragancia que llena la casa. Jesús quiso celebrar el don de la vida en plenitud. También es vida la amistad, la gratitud, la estética, el perfume que invade con su fragancia. Jesús entendía la vida y la espiritualidad de forma que incluía hasta el encanto del cabello femenino que acaricia los pies.

2. La vida, así entendida, no se reduce a la solución de la “cuestión social”. Eso pensaba Judas. Pero Jesús no estuvo de acuerdo. En cualquier caso, lo que este relato no justifica es el boato de la religión que antepone el lujo de los templos y sus ceremonias a las necesidades básicas de los pobres.

3. El contraste con Jesús no es Judas, sino los sumos sacerdotes. Jesús es vida. Los sumos sacerdotes son muerte. El relato destaca este contraste al indicar que aquellos notables clérigos no tuvieron bastante con la condena a muerte de Jesús, sino que además decidieron también matar a Lázaro. La religión, mal entendida y mal vivida, es un peligro. El mayor peligro. Es peligro de muerte.

Jn 13, 21-33. 36-38

“En aquel tiempo, Jesús, profundamente conmovido, dijo: “Os aseguro que uno de vosotros me va a entregar”. Los discípulos se miraron unos a otros perplejos, por no saber de quién lo decía. Uno de ellos, al que Jesús tanto amaba, estaba a la mesa, a su derecha. Simón Pedro le hizo señas para que averiguase por quién lo decía. Entonces él, apoyándose en el pecho de Jesús, le preguntó: “Señor, ¿quién es?”. Le contestó Jesús: “Aquel a quien yo le dé este trozo de pan untado”. Y untando el pan se lo dio a Judas, hijo de Simón el Iscariote. Detrás del pan, entró en él Satanás. Entonces Jesús le dijo: “Lo que tienes que hacer hazlo enseguida”. Ninguno de los comensales entendió a qué se refería. Como Judas guardaba la bolsa, algunos suponían que Jesús le encargaba comprar lo necesario para la fiesta o dar algo a los pobres. Judas, después de tomar el pan, salió inmediatamente. Era de noche. Cuando salió dijo Jesús: “Ahora es glorificado el Hijo del Hombre y Dios es glorificado en él (si Dios es glorificado en él, también Dios lo glorificará en sí mismo: pronto lo glorificará)”. Simón Pedro le dijo: “Señor, ¿a dónde vas?”. Jesús le respondió: “A donde yo voy no me puedes acompañar ahora, me acompañarás más tarde”. Pedro replicó: “Señor, ¿por qué no puedo acompañarte ahora? Daré mi vida por ti”. Jesús le contestó: “¿Con que darás tu vida por mí? Te aseguro que no cantará el gallo antes que me hayas negado tres veces”.

1. Una cena y otra cena. Dos cenas de despedida. La cena de Betania fue un lujo de símbolos de amor, de amistad, un derroche de humanidad. La cena de Jerusalén fue la conmoción profunda del que se ve traicionado, vendido, engañado y abandonado por quien niega y reniega de una amistad que no se cansaba de prometer con una fidelidad que no existe. Aquella noche, Jesús empezó a palpar que estaba solo. Es lo más duro que a uno le puede pasar.

2. ¿Qué ocurrió allí? No es fácil saber con seguridad los motivos que tuvieron Judas y Pedro para hacer lo que hicieron aquella noche. Interesa más saber lo que hicieron que por qué lo hicieron. Y lo que hicieron fue *negar su fe en Jesús y renegar de su amistad con Jesús*. Por un motivo o

por otro, no aceptaron el fracaso de Jesús, su entrega voluntaria y sin resistencia a las autoridades. No entendían el proyecto de Jesús si no era sobre la base de un triunfo popular, de un éxito político. Nunca les entró en la cabeza el final que tuvo la vida de Jesús.

3. Para aquellos dos hombres, en aquel momento, la tarea del Mesías, la presencia del Hijo de Dios en la historia estaba asociada al éxito popular, la aceptación de las masas, el triunfo político, la conquista del poder. Hasta que se dieron cuenta de que Jesús no iba por ahí. Lo de Jesús no fue sólo hacer el bien. Fue hacerlo de tal forma que entró en conflicto con quienes, por motivos de poder (religioso o político) hacen imposible que este mundo resulte más humano y la vida más soportable.

4 DE ABRIL

MIÉRCOLES SANTO

Mt 26, 14-25

"En aquel tiempo, uno de los doce, llamado Judas Iscariote. Fue a los sumos sacerdotes y les propuso: "¿Qué estáis dispuestos a darme si os lo entrego?" Ellos se ajustaron con él en treinta monedas. Y desde entonces andaba buscando ocasión propicia para entregarlo. El primer día de los ázimos se acercaron los discípulos a Jesús y le preguntaron: "¿Dónde quieres que te preparemos la cena de Pascua?". El contestó: "Id a casa de fulano y decidle: "El Maestro dice: mi momento está cerca; deseo celebrar la Pascua en tu casa y con mis discípulos". Los discípulos cumplieron las instrucciones de Jesús y prepararon la Pascua. Al atardecer se puso a la mesa con los doce. Mientras comían, dijo: "Os aseguro que uno de vosotros me va a entregar". Ellos, consternados, se pusieron a preguntarle uno tras otro: "¿Soy yo acaso, Señor?". El respondió: "El que ha mojado en la misma fuente que yo, ése me va a entregar. El Hijo del Hombre se va como está escrito de él; pero, ¡ay del que va a entregar al Hijo del Hombre!, más le valdría no haber nacido". Entonces preguntó Judas, el que lo iba a entregar: "¿Soy yo acaso, Maestro?". El respondió: "Tú lo has dicho".

1. La liturgia de la Iglesia, en los días que preceden inmediatamente al jueves y viernes santo, insiste en recordar a Judas. Sin duda, este hombre evoca cosas muy importantes que los lectores de los evangelios deben tener siempre en cuenta. Si es que "Iscariote" significa "sicario" (de "iskarios"), revolucionario violento, por más que esto no sea seguro, Judas nos recordaría que el proyecto de imponer un "bien", mediante la violencia, puede ser tan fuerte, que llegue a anular todo lo humano, bueno y entrañable que Judas había vivido junto a Jesús.

2. El "caso Judas" pone en evidencia que la deshumanización puede estar presente en los momentos y en los actos que más nos humanizan. En el "caso Judas", la traición a la amistad y a la vida puede estar en el centro mismo de la comensalía, en el momento en que compartimos la mesa y el pan, es decir, en el símbolo central de la "vida compartida".

3. Mateo (con Mc y Lc) le da más importancia a este hecho al situarlo en la cena de la Pascua judía. Pero se sabe que esta cena no fue la "cena

pascual", ya que se celebró un día antes (Jn 13, 1; 18, 25), en el día de la Preparación, cuando se sacrificaban los corderos pascuales (Jn 19, 14; cf. 19, 31. 42). La última cena no fue un acto "religioso", sino una cena de despedida, un acto profundamente humano, cargado de intimidad, de miedos, de oscuridades. Y también de cinismos y traiciones. Todo como la vida misma. La vida de un hombre entre otros hombres.

5 DE ABRIL

JUEVES SANTO

Jn 13, 1-15

"Antes de la fiesta de la Pascua, sabiendo Jesús que había llegado la hora de pasar de este mundo al Padre, habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo. Estaban cenando (ya el diablo le había metido en la cabeza a Judas Iscariote, el de Simón, que lo entregara) y Jesús, sabiendo que el Padre había puesto todo en sus manos, que venía de Dios y a Dios volvía, se levanta de la cena, se quita el manto y, tomando una toalla, se la ciñe; luego echa agua en la jofaina y se pone a lavarles los pies a los discípulos, secándoselos con la toalla que se había ceñido. Llegó a Simón Pedro y éste le dijo: "Señor, ¿lavarme los pies tú a mí?". Jesús le replicó: "Lo que yo hago, tú no lo entiendes ahora, pero lo comprenderás más tarde". Pedro le dijo: "No me lavarás los pies jamás". Jesús le contestó: "Si no te lavo, no tienes nada que ver conmigo". Simón Pedro le dijo: "Señor, no sólo los pies, sino también las manos y la cabeza". Jesús le dijo: "Uno que se ha bañado no necesita lavarse más que los pies, porque todo él está limpio. También vosotros estáis limpios, aunque no todos" (porque sabía quién lo iba a entregar, por eso dijo: "No todos estáis limpios"). Cuando acabó de lavarles los pies, tomó el manto, se lo puso otra vez y les dijo: "¿Comprendéis lo que he hecho con vosotros? Vosotros me llamáis "El Maestro" y "El Señor", y decís bien, porque lo soy. Pues si yo, el Maestro y el Señor, os he lavado los pies unos a otros, os he dado ejemplo para que lo que yo he hecho con vosotros, vosotros también lo hagáis".

1. Hay en este relato algo tan sencillo y ejemplar como incomprensible y escandaloso. Lo sencillo es el ejemplo de humildad, servicio y amor que Jesús dio a sus discípulos al lavarles los pies. Lo incomprensible y escandaloso es lo que se oculta detrás de ese servicio de amor. Y es capital entender esto último. Si esto no se entiende, todo el relato se queda en un gesto piadoso, un buen ejemplo, como tantos otros de tantas otras gentes. ¿De qué se trata?

2. Jesús le dice a Pedro: "Lo que yo hago, tú no lo entiendes ahora". Y luego les dijo a todos: "¿Comprendéis lo que he hecho con vosotros?". Está claro que, a juicio de Jesús, lo que allí pasó resultaba difícil de entender. A Pe-

dro no le cabía en su cabeza. Y era algo tan importante que Jesús le dijo: *"Si no te lavo, no tienes nada que ver conmigo"*. La cosa era tan seria, que allí se jugaba el ser o no ser de lo que Jesús quería.

3. Jesús afirma que él es *"el Maestro y el Señor"*, el que (según aquella cultura) tiene el control, el dominio sobre los demás, y la autoridad para decidir. *El Señor* designaba al dueño y señor de sirvientes y esclavos, al emperador y, en definitiva, a Dios. Pues bien, lo incomprensible y escandaloso es que Jesús, al hacer lo que hizo aquella noche, en realidad lo que dijo fue esto: *"si el Señor se pone a vuestros pies, con esto quiero decir que por encima del hombre, ¡Ni Dios!* Porque Dios, en Jesús, se ha fundido con el ser humano. Cambia Dios, cambia la religión. El Dios de Jesús y la religión de Jesús es el servicio al ser humano, a todo lo humano.

18, 1 - 19, 42

"En aquel tiempo salió Jesús con sus discípulos al otro lado del torrente Cedrón. Donde había un huerto, y entraron allí él y sus discípulos. Judas, el traidor, conocía también el sitio, porque Jesús se reunía a menudo allí con sus discípulos. Judas entonces, tomando la patrulla y unos guardias de los sumos sacerdotes y de los fariseos, entró allí con faroles, antorchas y armas. Jesús, sabiendo todo lo que venía sobre él, se adelantó y les dijo: "¿A quién buscáis?". Le contestaron: "A Jesús el Nazareno". Les dijo Jesús: "Yo soy". Estaba también con ellos Judas, el traidor. Al decirles "Yo soy", retrocedieron y cayeron a tierra. Les preguntó otra vez: "¿A quién buscáis?". Ellos dijeron: "A Jesús el Nazareno". "Os he dicho que soy yo. Si me buscáis a mí, dejad marchar a éstos". Y así se cumplió lo que había dicho: "No he perdido a ninguno de los que me diste". Entonces Simón Pedro, que llevaba una espada, la sacó e hirió al criado del Sumo Sacerdote, cortándole la oreja derecha. Este criado se llamaba Malco. Dijo entonces Jesús a Pedro: "Mete la espada en la vaina. ¿El cáliz que me ha dado mi Padre, no lo voy a beber?"

La patrulla, el tribuno y los guardias de los judíos prendieron a Jesús, lo ataron y lo llevaron primero a Anás, porque era suegro de Caifás, sumo sacerdote aquel año, el que había dado a los judíos este consejo: "Conviene que muera un solo hombre por el pueblo". Simón Pedro y otro discípulo seguían a Jesús. Este discípulo era conocido del sumo sacerdote y entró con Jesús en el palacio del sumo sacerdote, mientras Pedro se quedó fuera a la puerta. Salió el otro discípulo, el conocido del sumo sacerdote, habló a la portera e hizo entrar a Pedro. La criada que hacía de portera dijo entonces a Pedro: "¿No eres tú también de los discípulos de ese hombre?". El dijo: "No lo soy". Los criados y los guardias habían encendido un brasero, porque hacía frío y se calentaban. También Pedro estaba con ellos de pie, calentándose. El sumo sacerdote interrogó a Jesús acerca de sus discípulos y de la doctrina. Jesús les contestó: "Yo he hablado abiertamente al mundo; yo he enseñado continuamente en la sinagoga y en el templo, donde se reúnen todos los judíos, y no he dicho nada a escondidas. ¿Por qué me interrogas a mí? Interroga a los que me han oído, de qué les he hablado. Ellos saben lo que he dicho

yo". Apenas dijo esto, uno de los guardias que estaba allí le dio una bofetada a Jesús, diciendo: "¿Así contestas al sumo sacerdote?". Jesús respondió: "Si he faltado al hablar, muestra en qué he faltado; pero si he hablado como se debe, ¿por qué me pegas?". Entonces Anás le envió atado a Caifás, sumo sacerdote.

Simón Pedro estaba en pie, calentándose, y le dijeron: "¿No eres tú también de sus discípulos?". El lo negó, diciendo: "No lo soy". Uno de los criados del sumo sacerdote, pariente de aquel a quien Pedro le cortó la oreja, le dijo: "¿No te he visto yo con él en el huerto?". Pedro volvió a negar, y enseguida cantó un gallo.

Llevaron a Jesús de casa de Caifás al Pretorio. Era el amanecer y ellos no entraron en el Pretorio para no incurrir en impureza y poder así comer la Pascua. Salió Pilato, afuera, adonde estaban ellos y dijo: "¿Qué acusación presentáis contra este hombre?". Le contestaron: "Si éste no fuera un malhechor, no te lo entregaríamos". Pilato les dijo: "Lleváoslo vosotros y juzgadlo según vuestra ley". Los judíos le dijeron: "No estamos autorizados para dar muerte a nadie". Y así se cumplió lo que había dicho Jesús, indicando de qué muerte iba a morir. Entró otra vez Pilatos en el Pretorio, llamó a Jesús y le dijo: "¿Eres tú el rey de los judíos?". Jesús le contestó: "¿Dices eso por tu cuenta o te lo han dicho otros de mí?". Pilato replicó: "¿Acaso soy yo judío?". Tu gente y los sumos sacerdotes te han entregado a mí, ¿qué has hecho?". Jesús le contestó: "Mi reino no es de este mundo. Si mi reino fuera de este mundo, mi guardia habría luchado para que no cayera en manos de los judíos. Pero mi reino no es de aquí". Pilato le dijo: "Conque, ¿tu eres rey?". Jesús le contestó: "Tú lo dices: soy rey. Yo para esto he nacido y para esto he venido al mundo; para ser testigo de la verdad. Todo el que es de la verdad, escucha mi voz". Pilato le dijo: "Y, ¿qué es la verdad?". Dicho esto, salió otra vez a donde estaban los judíos y les dijo: "Yo no encuentro en él ninguna culpa. Es costumbre entre vosotros que por Pascua ponga a uno en libertad. ¿Queréis que os suelte al rey de los judíos?". Volvieron a gritar: "A ése no, a Barrabás" (el tal Barrabás era un bandido).

Entonces Pilatos tomó a Jesús y lo mando azotar. Y los soldados trenzaron una corona de espinas, se la pusieron en la cabeza y le echaron por encima un manto de color púrpura; y, acercándose a él, le decían: "¡Salve, rey de los judíos!". Y le daban bofetadas. Pilato salió otra vez afuera y les dijo: "Mirad, os lo saco afuera, para que sepáis que

no encuentro en él ninguna culpa". Y salió Jesús afuera, llevando la corona de espinas y el manto color púrpura. Pilato les dijo: "Aquí lo tenéis". Cuando lo vieron los sacerdotes y los guardias gritaron: "¡Crucifícale, crucifícale!". Pilato les dijo: "Lleváosle vosotros y crucificadle, porque yo no encuentro culpa en él". Los judíos le contestaron: "Nosotros tenemos una ley, y según esa ley tiene que morir, porque se ha declarado Hijo de Dios". Cuando Pilato oyó estas palabras, se asustó aún más y, entrando otra vez en el Pretorio, dijo a Jesús: "¿De dónde eres tú?". Pero Jesús no le dio respuesta. Y Pilato le dijo: "¿A mí no me hablas? ¿No sabes que tengo autoridad para soltarte y autoridad para crucificarte?". Jesús le contestó: "No tendrías ninguna autoridad sobre mí si no te la hubieran dado de lo alto. Por eso el que me ha entregado a ti tiene un pecado mayor".

Desde este momento Pilato trataba de soltarlo, pero los judíos gritaban: "Si sueltas a ése, no eres amigo del César. Todo el que se declara rey está contra el César". Pilato entonces, al oír esta palabra, sacó afuera a Jesús y lo sentó en el tribunal, en el sitio que llaman "El Enlosado" (en hebreo Gábbata). Era el día de la Preparación de la Pascua, hacia el mediodía. Y dijo Pilato a los judíos: "Aquí tenéis a vuestro Rey". Ellos gritaron: "¡Fuera, fuera; crucifícale!" Pilato les dijo: "¿A vuestro rey voy a crucificarle?". Contestaron los Sumos Sacerdotes: "No tenemos más Rey que el César". Entonces se lo entregó para que lo crucificaran.

Tomaron a Jesús y él, cargado con la cruz, salió al sitio llamado "de la Calavera" (que en hebreo se dice Gólgota), donde lo crucificaron; y con él a otros dos, uno a cada lado, y en medio Jesús. Y Pilato escribió un letrero y lo puso encima de la cruz; en el que estaba escrito: JESÚS EL NAZARENO, EL REY DE LOS JUDÍOS. Leyeron el letrero muchos judíos, porque estaba cerca el lugar donde crucificaron a Jesús y estaba escrito en hebreo, latín y griego. Entonces los sumos sacerdotes de los judíos le dijeron a Pilato: "No escribas 'El rey de judíos', sino 'Este ha dicho: soy el rey de los judíos'". Pilato les contestó: "Lo escrito, escrito está.

Los soldados, cuando crucificaron a Jesús, cogieron su ropa, haciendo cuatro partes, una para cada soldado, y apartaron la túnica. Era una túnica sin costura, tejida toda de una pieza de arriba abajo. Y se dijeron: "No la rasguemos, sino echemos a suertes a ver a quien le toca". Así se cumplió la Escritura: "Se repartieron mis ropas y echaron a suerte mi túnica". Esto hicieron los soldados.

Junto a la cruz de Jesús estaban su madre, la hermana de su madre María de Cleofás, y María la Magdalena. Jesús, al ver a su madre y cerca al discípulo que tanto quería, dijo a su madre: "Mujer, ahí tienes a tu hijo". Luego dijo al discípulo: "Ahí tienes a tu madre". Y desde aquella hora, el discípulo la recibió en su casa.

Después de esto, sabiendo Jesús que todo había llegado a su término, para que se cumpliera la Escritura, dijo: "Tengo sed". Había allí una jarra llena de vinagre. Y, sujetando una esponja empapada en vinagre a una caña de hisopo, se la acercaron a la boca. Jesús, cuando tomó el vinagre, dijo: "Está cumplido". E inclinando la cabeza, entregó el espíritu.

Los judíos entonces, como era el día de la Preparación, para que no se quedaran los cuerpos en la cruz el sábado, porque aquel sábado era un día solemne, pidieron a Pilato que les quebraran las piernas y que los quitaran. Fueron los soldados, le quebraron las piernas al primero y luego al otro que habían crucificado con él; pero al llegar a Jesús, viendo que ya había muerto, no le quebraron las piernas, sino que uno de los soldados, con la lanza le traspasó el costado y al punto salió sangre y agua. El que lo vio da testimonio y su testimonio es verdadero y él sabe que dice verdad para que también vosotros creáis. Esto ocurrió para que se cumpliera la Escritura: "No le quebrarán un hueso"; y en otro lugar la Escritura dice: "Mirarán al que atravesaron".

Después de esto, José de Arimatea, que era discípulo clandestino de Jesús por miedo a los judíos, pidió a Pilato que le dejara llevarse el cuerpo de Jesús. Y Pilato lo autorizó. El fue entonces y se llevó el cuerpo. Llegó también Nicodemo, el que había ido a verlo de noche, y trajo unas cien libras de una mixtura de mirra y áloe. Tomaron el cuerpo de Jesús y lo vendaron todo, con los aromas, según se acostumbra a enterrar entre los judíos. Había un huerto en el sitio donde lo crucificaron, y en el huerto un sepulcro nuevo donde nadie había sido enterrado todavía. Y como para los judíos era el día de la Preparación, y el sepulcro estaba cerca, pusieron allí a Jesús".

1. Una cosa es la historia de la muerte de Jesús y otra cosa es la interpretación teológica que se le ha dado a esta muerte. La historia de la muerte nos dice que los Sumos Sacerdotes se dieron cuenta de que Jesús y la Religión

(tal como ellos la entendían) son incompatibles: "Nosotros tenemos una ley y según esa ley tiene que morir". Jesús es irreconciliable con la Religión cuando en ella unos hombres (los dirigentes) se sirven de Dios para dominar, someter y ejercer violencia sobre los demás seres humanos.

2. La interpretación teológica de la muerte de Jesús no puede hacerse de forma que, en definitiva, se termine diciendo que "sin derramamiento de sangre no hay perdón" (Heb 9, 22). Porque ese criterio está rechazado en la carta a los hebreos. Y porque semejante principio lleva derechamente a la idea del "dios vampiro", que necesita sangre y muerte para perdonar. Una blasfemia.

3. De lo dicho se sigue que la muerte de Jesús no se puede entender desde la religión; porque no fue un acto religioso, sino la ejecución de un condenado por la autoridad civil. Ni se entiende desde la devoción, porque un crucificado no es una imagen de piedad, sino el símbolo más fuerte de la exclusión social. Tampoco se entiende desde la política, porque Jesús no fue un subversivo nacionalista, sino que acabó así su vida por fidelidad al designio del Padre del cielo. La muerte de Jesús sólo se puede comprender como exponente cumbre de la *lucha por la libertad*, es decir, la lucha por la humanización que supera la deshumanización.

Mc 15, 1-7

"Pasado el sábado, María Magdalena, María la de Santiago y Salomé, compraron aromas para ir a embalsamar a Jesús. Y muy temprano, el primer día de la semana, al salir el sol, fueron al sepulcro. Y se decían unas a otras: "¿Quién nos correrá la piedra a la entrada del sepulcro?" Al mirar vieron que la piedra estaba corrida, y eso que era muy grande. Entraron en el sepulcro y vieron un joven sentado a la derecha, vestido de blanco. Y se asustaron. El les dijo: "No os asustéis. ¿Buscáis a Jesús el Nazareno, el crucificado? No está aquí. Ha resucitado. Mirad el sitio donde lo pusieron. Ahora id a decir a sus discípulos y a Pedro: El va por delante de vosotros a Galilea. Allí lo veréis, como os dijo".

1. No es lo mismo revivir que resucitar. Revivir es volver a esta vida. Resucitar es trascender esta vida. El que revive (Lázaro) vuelve al espacio y al tiempo, las dimensiones de la historia. El que resucita (Jesús) supera el espacio y el tiempo, trasciende las dimensiones de la historia. Por eso se puede (y se debe) decir que la resurrección trasciende la historia, es *meta-histórica*. Por esto se comprende la enorme dificultad que tenemos los mortales para comprender y aceptar la resurrección de Jesús. Y también nuestra resurrección.

2. La resurrección es esperanza. Es el mensaje y la promesa de esperanza que aporta el cristianismo a la condición de quienes nos vemos abocados inevitablemente a la muerte. Desde este punto de vista, se puede afirmar que el Evangelio es un argumento privilegiado para *dar sentido a la vida*, en unas condiciones en las que el "sin-sentido" de la vida nos abruma.

3. Si la resurrección no acontece dentro de la historia, sino más allá de ella, resulta lógico decir que la resurrección se acepta, no por la evidencia que se impone, sino por la fe que se acepta. Pero sabemos que la fe es siempre un acto libre, que se basa en una decisión en libertad. Y la libertad nunca da seguridad total. Por eso es correcto decir que *el Resucitado es una fuente de esperanza*.

Jn 20, 1-9

"El primer día de la semana, María Magdalena fue al sepulcro al amanecer, cuando aún estaba oscuro, y vio la losa quitada del sepulcro. Echó a correr y fue donde estaba Simón Pedro, y el otro discípulo, a quien quería Jesús, y les dijo: "Se han llevado del sepulcro al Señor y no sabemos dónde lo han puesto. Salieron Pedro y el otro discípulo camino del sepulcro. Los dos corrían juntos, pero el otro discípulo corría más que Pedro, se adelantó y llegó primero al sepulcro y, asomándose, vio las vendas en el suelo; pero no entró. Llegó también Simón Pedro detrás de él y entró en el sepulcro: vio las vendas en el suelo y el sudario con que le habían cubierto la cabeza, no por el suelo con las vendas, sino enrollado en un sitio aparte. Entonces entró también el otro discípulo, el que había llegado primero al sepulcro. Vio y creyó. Pues hasta entonces no habían entendido la Escritura: que Él había de resucitar de entre los muertos".

1. La resurrección significa que Jesús es el gran argumento, que el cristianismo ofrece a la humanidad, para mostrar que la vida es más fuerte que la muerte. El Resucitado nos dice, según la fe de los cristianos, que, más allá de todas las evidencias que se nos imponen, la muerte no tiene la última palabra en el destino de los humanos. No estamos destinados al fracaso y a la corrupción, sino a la vida y a la felicidad.

2. Pero nunca se debería olvidar que la esperanza en "otra vida" más allá de la muerte, puede convertirse en una amenaza para "esta vida". Todos los que, a lo largo de la historia de las religiones, han muerto matando, han llegado a ser asesinos porque la esperanza en la otra vida les ha dado argumentos para matar y para matarse. Los terroristas suicidas se han inmolado en tantas masacres porque estaban persuadidos de que, haciendo eso, entraban en el paraíso de los resucitados.

3. Sin llegar hasta esos excesos de deshumanización, la esperanza hace daño a la "vida humana" cuando esa esperanza en la "vida divina" justifica cualquier forma de agresión a lo humano. Sabemos que hay personas que, por ser fieles a sus creencias de eternidad, menosprecian o incluso desprecian a quienes no piensan como ellos, tienen otras creencias religiosas o no se ajustan a las exigencias de un determinado "credo". A los seres humanos hay que respetarlos y quererlos, no porque así se consiguen premios eternos, sino porque los seres humanos se merecen nuestro respeto y nuestro amor, *etsi Deus non daretur*, "aunque Dios no existiera".

Mt 28, 8-15

"En aquel tiempo, las mujeres se marcharon a toda prisa del sepulcro, impresionadas y llenas de alegría, corrieron a anunciarlo a los discípulos. De pronto, Jesús les salió al encuentro y les dijo: "Alegraos". Ellas se acercaron, se postraron ante él y le abrazaron los pies. Jesús les dijo: "No tengáis miedo: id a comunicar a mis hermanos que vayan a Galilea; allí me verán". Mientras las mujeres iban de camino, algunos de la guardia fueron a la ciudad y comunicaron a los sumos sacerdotes lo ocurrido. Ellos, reunidos con los ancianos, llegaron a un acuerdo y dieron a los soldados una fuerte suma, encargándoles: "Decid que sus discípulos fueron de noche y robaron el cuerpo mientras vosotros dormíais. Y si esto llega a oídos del gobernador, nosotros nos lo ganaremos y os sacaremos de apuros". Ellos tomaron el dinero y obraron conforme a las instrucciones. Y esta historia se ha ido difundiendo entre los judíos hasta hoy".

1. Los especialistas en el estudio de los evangelios discuten si estos relatos, que cuentan las apariciones del Resucitado, tienen valor histórico. La Iglesia cree firmemente que Jesús venció la muerte y fue resucitado. Y por la fuerza de la resurrección "fue constituido Hijo de Dios y Señor nuestro" (Rm 1, 4). De forma que, si no es cierto que Jesús resucitó, "nuestra predicación no tiene contenido ni nuestra fe tampoco" (1 Co 15, 14).

2. Aquí no se duda de la fe en la Resurrección. Es claro que nuestra fe se basa en el testimonio que nos dejaron los primeros discípulos: ellos tuvieron la experiencia cierta de que Jesús había resucitado. Pero, al ser experiencias subjetivas que ellos tuvieron, la objetividad de *cómo se vivieron aquellas experiencias* es lo que no cuadra. Por eso Marcos y Mateo sitúan las apariciones en Galilea, mientras que Lucas las pone en Jerusalén. En Marcos, las mujeres tienen miedo, en Mateo y Lucas se alegran y van a contarlo a los discípulos. Y llama la atención que en todos estos relatos se cuentan más *sentimientos* que *hechos objetivos*.

3. Seguramente no les falta razón a algunos teólogos muy serios que explican estos relatos de apariciones "en clave de deseo" (G. Ebeling, M. Fraijó). El deseo de ver y palpar al que creían resucitado pudo motivar el desajuste de los relatos.

Jn 20, 11-18

"En aquel tiempo, estaba María junto al sepulcro, fuera, llorando. Mientras lloraba se acercó al sepulcro y vio dos ángeles vestidos de blanco, sentados, uno a la cabecera y otro a los pies donde había estado el cuerpo de Jesús. Ellos le preguntan: "Mujer, ¿por qué lloras?" Ella les contesta: "Porque se han llevado a mi Señor y no sé dónde lo han puesto". Dicho esto, da media vuelta y ve a Jesús de pie, pero no sabía que era Jesús. Jesús le dice: "Mujer, ¿por qué lloras?, ¿a quién buscas?". Ella, tomándolo por el hortelano, le contesta: "Señor, si tú te lo has llevado, dime dónde lo has puesto y yo lo recogeré". Jesús le dice: "¡María!". Ella se vuelve y le dice: "Rabboni" (que significa Maestro). Jesús le dice: "Suéltame, que todavía no he subido al Padre. Anda, vé a mis hermanos y diles: Subo al Padre mío y Padre vuestro, al Dios mío y Dios vuestro". María Magdalena fue y anunció a los discípulos: "He visto al Señor y ha dicho esto".

1. Lo más importante que contienen los relatos de la resurrección es que muestran que la vida y la presencia de Jesús, en este mundo y en esta vida, no se acabó con la muerte en la cruz. De Jesús no nos queda sólo la memoria de sus enseñanzas y el ejemplo de su vida. Además de eso, nos queda sobre todo su presencia. Por su Encarnación, Dios, en el hombre Jesús de Nazaret, se fundió y se confundió con lo humano. Por su Resurrección, Jesús prolonga su presencia en cada ser humano, hasta el fin de los tiempos. La cristología tradicional (descendente) tenía su centro en la Encarnación. La cristología moderna (ascendente) tiene su centro en la Resurrección. El centro está en el hombre Jesús, en el que Dios se encarna y se revela (Encarnación) y que fue constituido Hijo de Dios, siendo para siempre el Viviente (Resurrección).

2. En la vida de Jesús, ocuparon un lugar de singular importancia las mujeres. Ellas le acompañaron (Lc 8, 2-3). Se dejó besar, tocar y perfumar por ellas (Lc 7, 36-50; Jn 12, 3). Siempre las comprendió, las disculpó, les devolvió su dignidad (Jn 8, 1-11; Mc 5, 25-34). Y en los relatos de Pascua, las primeras apariciones del Resucitado son para las mujeres, de forma

que ellas fueron las primeras que anunciaron que Jesús, el Señor, está vivo entre nosotros.

3. Es un dolor que en la Iglesia, desde sus orígenes en las comunidades que fundó Pablo, el puritanismo helenista ha tenido (y sigue teniendo) más fuerza que la presencia del Resucitado. Y lo peor de todo es que este puritanismo ha impregnado la cultura de Occidente en forma, sobre todo, de marginación, exclusión y hasta desprecio de la mujer. Es evidente que la miseria del puritanismo no tiene nada que ver con la memoria del Resucitado. Para el Resucitado, *lo primero* fueron las mujeres, mientras que, para muchos ahora, son *lo último*.

Lc 24, 13-35

"Dos discípulos de Jesús iban andando aquel mismo día a una aldea llamada Emaús, distante unas dos leguas de Jerusalén; iban comentando todo lo que había sucedido. Mientras conversaban y discutían, Jesús en persona se acercó y se pudo a caminar con ellos. Pero sus ojos no eran capaces de reconocerlo. El les dijo: "¿Qué conversación es ésta que traéis mientras vais de camino?". Ellos se detuvieron preocupados. Y uno de ellos, que se llamaba Cleofás, le replicó: "¿Eres tú el único forastero en Jerusalén, que no sabe lo que ha pasado allí estos días?". El le preguntó: "¿Qué?". Ellos le contestaron: "Lo de Jesús el Nazareno, que fue un profeta poderoso en obras y palabras, ante Dios y ante todo el pueblo; cómo lo entregaron los sumos sacerdotes y nuestros jefes para que lo condenaran a muerte, y lo crucificaron. Nosotros esperábamos que él fuera el futuro liberador de Israel. Y ya ves: hace ya dos días que sucedió esto. Es verdad que algunas mujeres de nuestro grupo nos han sobresaltado: pues fueron muy de mañana al sepulcro, no encontraron su cuerpo, e incluso vinieron diciendo que habían visto una aparición de ángeles, que les habían dicho que estaba vivo. Algunos de los nuestros fueron también al sepulcro y lo encontraron como habían dicho las mujeres; pero a él no le vieron". Entonces Jesús les dijo: "¿Qué necios y torpes sois para creer lo que anunciaron los profetas! ¿No era necesario que el Mesías padeciera esto para entrar en su gloria?". Y comenzando por Moisés y siguiendo por los profetas, les explicó lo que se refería a él en toda la Escritura. Ya cerca de la aldea donde iban, él hizo ademán de seguir adelante; pero ellos le apremiaron diciendo: "Quédate con nosotros porque atardece y el día va de caída". Y entró para quedarse con ellos. Sentado a la mesa con ellos, tomó el pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo dio. A ellos se les abrieron los ojos y lo reconocieron. Pero él desapareció. Ellos comentaron: "¿No ardía nuestro corazón mientras nos hablaba por el camino y nos explicaba las Escrituras?". Y, levantándose al momento, se volvieron a Jerusalén, donde encontraron reunidos a los Once con sus compañeros que estaban diciendo: "Era verdad, ha resucitado el Señor y se ha aparecido a Simón". Y ellos comentaron lo que les había pasado por el camino y cómo lo habían reconocido al partir el pan".

1. Sea cual sea el "valor histórico" que se le conceda a este relato, el "significado religioso" (para la fe) está claro. Es el relato que explica *el retorno de los que se van de la comunidad*. Por qué se van. Y por qué retornan. Todo esto es lo que explica el episodio de los discípulos de Emaús.

2. Se van porque han perdido la esperanza. No la esperanza en la otra vida, sino sus esperanza para esta vida. Piensan que Jesús ya no les aporta nada: "nosotros esperábamos". Pensaban que Jesús iba a arreglar el mundo. Y fracasó. Esperanzas rotas que dejan desengaños.

3. Escuchan al "caminante desconocido", lo acogen, lo invitan a cenar. Acoger al "caminante desconocido" es acoger a Dios. Así, la Palabra de Dios les toca el corazón. Y se les abren los ojos para ver a Jesús al "partir el pan". Así recuperan las esperanzas perdidas y con ellas la alegría. Es el camino del retorno.

12 DE ABRIL - JUEVES

DE LA OCTAVA DE PASCUA

Lc 24, 35-48

"En aquel tiempo, contaban los discípulos lo que les había pasado por el camino y cómo lo habían reconocido al partir el pan. Estaban hablando de estas cosas, cuando se presenta Jesús en medio de ellos y les dice: "Paz a vosotros". Llenos de miedo por la sorpresa, creían ver a un fantasma. El les dijo: "¿Por qué os alarmáis?, ¿por qué surgen dudas en vuestro interior? Mirad mis manos y mis pies: soy yo en persona. Palpadme y dáos cuenta de que un fantasma no tiene carne y huesos, como veis que yo tengo". Dicho esto, les mostró las manos y los pies. Y como no acababan de creer por la alegría, y seguían atónitos, les dijo: "¿Tenéis ahí algo que comer?". Ellos le ofrecieron un trozo de pez asado. El lo tomó y comió delante de ellos. Y les dijo: "Esto es lo que os decía mientras estaba con vosotros: que todo lo escrito en la ley de Moisés y en los profetas y salmos acerca de mí tenía que cumplirse. Entonces les abrió el entendimiento para comprender la Escrituras. Y añadió: "Así estaba escrito: el Mesías padecerá, resucitará de entre los muertos al tercer día, y en su nombre se predicará la conversión y el perdón de los pecados a todos los pueblos, comenzando por Jerusalén. Vosotros sois testigos de esto".

1. Los relatos de las apariciones quieren destacar *la identidad entre el Crucificado y el Resucitado*. El que murió en la cruz y el que resucitó del sepulcro es el mismo. Por eso el Resucitado muestra, como señas de su identidad, sus manos y sus pies. Pide que le palpen. Insiste en que un fantasma no tiene carne y huesos. Y hasta se pone a comer delante de ellos. Lo importante aquí está en que las señas de identidad que da el Resucitado son todas *señas de identidad humana*: manos, pies, carne, huesos, comer...

2. Por tanto, el que ha sido exaltado a la Gloria, no sólo sigue identificado con lo humano, sino que es precisamente en lo humano en lo que puede ser identificado. El Cristo glorificado no se identifica por su poder, su gloria, su dignidad, su divinidad, sino por su humanidad. Un Dios que se desentiende de nuestra condición de carne y hueso, de lo que vemos y palpamos, de nuestra necesidad de comer y beber, es un Dios deshumanizado. Y por eso mismo, semejante "Dios", ya no es el Dios que se nos ha comunicado en Jesús, el Crucificado y el Resucitado.

3. En la enseñanza religiosa, que se nos ha dado, se ha insistido mucho en la *divinidad* de Cristo. Pero se ha insistido menos en la *humanidad* de Jesús. Y jamás se ha hablado de la *humanización de Dios*. Los hombres de la religión se manejan bien con "lo divino". Como nadie lo ha visto..., en nombre de "lo divino" se manda y se gobierna con poder indiscutible. El problema está en que, si tomamos en serio que Dios se identifica con lo humano, no iremos por la vida sacrificando o excluyendo "lo humano" porque así estamos más cerca de "lo divino".

13 DE ABRIL - VIERNES

DE LA OCTAVA DE PASCUA

Jn 21, 1-14

"En aquel tiempo, Jesús se apareció otra vez a los discípulos junto al lago de Tiberíades. Y se apareció de esta manera: estaban juntos Simón Pedro, Tomás apodado el Mellizo, Natanael el de Caná de Galilea, los Zebedeos y otros dos discípulos suyos. Simón Pedro les dice: "Me voy a pescar". Ellos contestaron: "Vamos también nosotros contigo". Salieron y se embarcaron; y aquella noche no cogieron nada. Estaba ya amaneciendo, cuando Jesús se presentó en la orilla; pero los discípulos no sabían que era Jesús. Jesús les dice: "Muchachos, ¿tenéis pescado?". Ellos contestaron: "No". El les dice: "Echad la red a la derecha de la barca y encontraréis". La echaron, y no tenían fuerzas para sacarla, por la multitud de peces. Y aquel discípulo que Jesús tanto quería le dice a Pedro: "Es el Señor". Al oír que era el Señor, Simón Pedro, que estaba desnudo, se ató la túnica y se echó al agua. Los demás discípulos se acercaron en la barca, porque no distaban de tierra más que unos cien metros, remolcando la red con los peces. Al saltar a tierra, ven unas brasas con un pescado puesto encima y pan. Jesús les dice: "Traed los peces que acabáis de coger". Simón Pedro subió a la barca y arrastró hasta la orilla la red repleta de peces grandes: ciento cincuenta y tres. Y aunque eran tantos, no se rompió la red. Jesús les dice: "Vamos, almorzad". Ninguno de los discípulos se atrevía a preguntarle quién era, porque sabían bien que era el Señor. Jesús se acerca, toma el pan, se lo da, y lo mismo el pescado". Esta fue la tercera vez que Jesús se apareció a los discípulos, después de resucitar de entre los muertos".

1. Jesús murió y fracasó a la vista de todos. Pero Jesús no resucitó a la vista de todos. Ni se apareció a todos los que lo habían visto fracasar y morir. A veces, pensamos que hubiera sido de una eficacia contundente si se hubiera producido una aparición solemne y gloriosa de Jesús en la explanada del Templo, ante el pueblo y, sobre todo, ante los sumos sacerdotes y autoridades en general. Así habría quedado patente que Jesús había resucitado y los había derrotado a quienes lo habían asesinado. Es decir, que Dios estaba de parte de Jesús y en contra de los que lo persiguieron, lo rechazaron y lo asesinaron.

2. Pero los caminos de Dios no son los caminos de los hombres. No hay más posibilidad de encuentro con Dios que la fe. Y sólo por la fe es posible el acceso al Resucitado. De hecho, Jesús no se apareció nada más que a sus discípulos, es decir, *a quienes creían en él*. Lo cual no quiere decir que aquellos primeros discípulos lo tuvieran claro. Nada de eso. A ellos les pasaba lo que nos pasa a nosotros. No se lo creían. Y cuando se les aparecía les costaba trabajo reconocerlo. La resurrección es siempre, para nosotros, un problema cargado de preguntas, de oscuridades y de inseguridad.

3. El encuentro con el Resucitado se produce, como en este relato, *en una situación humana*, un desayuno, una comida, una cena. Cuando en Jesús se hizo más patente la divinidad, entonces fue cuando se le vio más humano, más entrañable, más cerca de nosotros.

14 DE ABRIL - SÁBADO

DE LA OCTAVA DE PASCUA

Mc 16, 9-15

"Jesús, resucitado al amanecer del primer día de semana, se apareció primero a María Magdalena, de la que había echado siete demonios. Ella fue a anunciárselo a sus compañeros que estaban tristes y llorando. Ellos, al oírle decir que estaba vivo y que lo habían visto, no la creyeron. Por último, apareció Jesús a los Once, cuando estaban a la mesa, y les echó en cara su incredulidad y dureza de corazón porque no habían creído a los que lo habían visto resucitado. Y les dijo: "Id al mundo entero y predicad el Evangelio a toda la creación".

1. Este texto no fue escrito por el autor del evangelio de Marcos. No aparece en los papiros y códices más antiguos e importantes. Fue añadido algún tiempo después. Y ha sido aceptado como auténtico por las comunidades cristianas y por la autoridad de la Iglesia. Su antigüedad, tan cercana al texto original de Marcos, lo autentifica.

2. El mismo Jesús que había liberado a la Magdalena de los males que la oprimían es el Jesús que se le muestra a ella y a los demás discípulos. Se afirma, una vez más, la identidad del Jesús resucitado y del Jesús que había muerto. Como se ha dicho muy bien, *sólo puede haber resurrección donde previamente ha habido muerte*. Pero, además, los textos evangélicos no hablan sólo de muerte, sino más concretamente de *muerte en cruz*.

3. La consecuencia que se sigue de lo dicho es clara: si la resurrección nos habla de la cruz y se comprende desde la cruz, de forma que sin cruz no hay resurrección, *los crucificados de la historia son el lugar más apropiado para comprender la resurrección de Jesús* (J. Sobrino). Dios no resucitó a un muerto cualquiera. Dios resucitó a un crucificado. La resurrección de Jesús es el argumento, que tenemos los cristianos, para fundamentar la esperanza de las víctimas de la historia para reivindicar la vida y la dignidad que les fueron arrebatadas por la violencia.

Jn 20, 19-31

"Al anochecer de aquel día, el día primero de la semana, estaban los discípulos en una casa con las puertas cerradas, por miedo a los judíos. Y en esto entró Jesús, se puso en medio y les dijo: "Paz a vosotros". Y diciendo esto, les enseñó las manos y el costado. Y los discípulos se llenaron de alegría al ver al Señor. Jesús repitió: "Paz a vosotros. Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo". Y dicho esto, exhaló su aliento sobre ellos y les dijo: "Recibid el Espíritu Santo; a quienes les perdonéis los pecados les quedan perdonados; a quienes se los retengáis les quedan retenidos". Tomás, uno de los Doce, llamado el Mellizo, no estaba con ellos cuando vino Jesús. Y los otros discípulos le decían: "Hemos visto al Señor". Pero él les contestó: "Si no veo en sus manos la señal de los clavos, si no meto el dedo en el agujero de sus clavos y no meto la mano en su costado, no lo creo". A los ocho días estaban otra vez dentro los discípulos y Tomás con ellos. Llegó Jesús, estando cerradas las puertas, se puso en medio y dijo: "Paz a vosotros". Luego dijo a Tomás: "Trae tu dedo, aquí tienes mis manos; trae tu mano y métela en mi costado; y no seas incrédulo, sino creyente". Contestó Tomás: "¡Señor mío y Dios mío!". Jesús le dijo: "¿Porque me has visto has creído? Dichosos los que crean sin haber visto".

Muchos otros signos, que no están escritos en este libro, hizo Jesús a la vista de los discípulos. Estos se han escrito para que creáis que Jesús es el Mesías, el Hijo de Dios, y para que, creyendo, tengáis vida en su nombre".

1. Dios entra por los sentidos. Es lo que le pasó a Tomás. Este hombre decía lo que dice mucha gente cuando se plantea el tema de Dios: "si no lo veo no lo creo". Tomás quería ver, tocar, palpar. Y Jesús se lo concedió.

2. Pero, ¿qué vio y tocó Tomás? Vio y tocó llagas de dolor y muerte. Palpó cicatrices de sufrimiento. Y ahí, en eso, en lo que entra por los sentidos, Tomás se dio de cara con la fe: "¡Señor mío y Dios mío!". Esto no quiere decir que el camino para ir a Dios sea el camino del dolor. Dios no quiere el sufrimiento. Lo que ocurre es que en esta vida hay mucha gente que sufre más de lo que puede soportar. Y esto supuesto, la fe en la resurrección

se expresa en el hecho de que nos pone en el recto camino para prestar atención a los padecimientos y esperanzas del pasado; y para aceptar el desafío de los muertos (J. B. Metz).

3. Dichosos los que creen si haber visto a Jesús. Hoy la presencia de Jesús está allí donde los que le buscan, encuentran llagas de dolor y muerte. Si, en lugar de eso, encuentran poder, pompa y boato, no podrán decir: "¡Señor mío y Dios mío!".

Jn 3, 1-8

"Había un fariseo llamado Nicodemo, jefe judío. Fue a ver a Jesús de noche y le dijo: "Rabí, sabemos que has venido de parte de Dios, como maestro; porque nadie puede hacer los signos que tú haces si Dios no está con él". Jesús le contestó: "Te aseguro, el que no nazca de nuevo, no puede ver el Reino de Dios". Nicodemo le pregunta: "¿Cómo puede nacer un hombre siendo viejo? ¿Acaso puede por segunda vez entrar en el vientre de su madre y nacer?". Jesús le contestó: "Te aseguro, el que no nazca de agua y de Espíritu, no puede entrar en el Reino de Dios. Lo que nace de la carne es carne, lo que nace del Espíritu es espíritu. No te extrañes de que te haya dicho: Tenéis que nacer de nuevo; el viento sopla donde quiere y oyes su ruido, pero no sabes de donde viene ni adónde va. Así es todo el que ha nacido del Espíritu".

1. "Nacer de nuevo" es "ser una persona distinta". A veces, encontramos personas que dicen: "si yo naciera de nuevo, viviría de otra forma distinta, sería diferente, haría o dejaría de hacer tal o cual cosa". Por tanto, lo que Jesús le dijo al fariseo Nicodemo es que su vida tenía que cambiar de tal forma, que quien lo viera lo tendría por otra persona, como si viera a otro hombre. Y conste que Nicodemo fue siempre un hombre honrado (Jn 7, 50; 19, 39). Pues incluso a este hombre Jesús le pide que cambie como si viniera de nuevo a este mundo.

2. ¿En qué tendría que cambiar? Jesús no le pide que deje de pertenecer al partido de los fariseos. Ni que cambie en tal o cual cosa. Lo que le pide es que sea un hombre "de espíritu". ¿Qué es eso? "Espíritu" traduce la palabra griega "*pneuma*", que significa "viento". Por tanto, Jesús le pide a Nicodemo que sea como el viento, que "*no sabes de dónde viene ni a dónde va*". Por tanto, lo que Jesús le pide a Nicodemo es que sea libre, es decir, que, como el viento, no esté atado a nada ni a nadie.

3. Jesús no le dice a Nicodemo que haga siempre lo que le dé la gana. Porque eso no es libertad. Los que tienen adicción a algo, cuando satisfacen su adicción, hacen lo que les da la gana. Pero no son libres. Son esclavos de su adicción. La libertad, que pide Jesús, brota del espíritu. Es libertad al servicio de la misericordia, algo tan desconocido e infrecuente que nadie sabe "ni de dónde viene ni a dónde va".

Jn 3, 5 a. 7 b-15

"En aquel tiempo, dijo Jesús a Nicodemo: "Tenéis que nacer de nuevo; el viento sopla donde quiere y oyes su ruido, pero no sabes de dónde viene ni a dónde va. Así es todo el que ha nacido del Espíritu". Nicodemo le preguntó: "¿Cómo puede suceder eso?". Le contestó Jesús: "Y tú, el maestro de Israel, ¿no lo entiendes? Te lo aseguro, de lo que sabemos hablamos, de lo que hemos visto damos testimonio. Si no creéis cuando hablo de la tierra, ¿cómo creeréis cuando os hablo del cielo? Porque nadie ha subido al cielo, sino el que bajó del cielo, el Hijo del hombre".

1. Un cambio total de vida, hasta el extremo de ser visto como una persona distinta, como el que ha nacido otra vez, eso no es tan fácil. Ni lo hace cualquiera. Un cambio así de vida supera lo que da de sí la condición humana. Se comprende la pregunta de Nicodemo: "¿Cómo puede suceder eso?".

2. Jesús responde apelando a la distinción radical que existe entre lo que pertenece a la tierra y lo que es propio del cielo, de forma que no se trata sólo de lo que *procede* del cielo, sino de lo que *permanece* en el cielo y, por tanto, se sustrae a los ojos humanos. De esto último es de lo que habla aquí Jesús (Sab 9, 16; 4 Esd 4, 1-21; Heb 8, 5; 9, 23; 11, 16). Con ello le está diciendo a Nicodemo: "si tienes fe en lo que te digo, con esa fe podrás llegar a ser un hombre distinto".

3. El problema está en que eso tiene un peligro. El peligro que siempre han tenido (y tienen) las religiones. Exigir a la gente cambios radicales en nombre de realidades celestiales, que se sustraen a nuestros ojos, se presta a que los representantes "oficiales" de esas realidades obliguen a los demás a hacer lo que a ellos se les ocurre y a ellos les conviene, no lo que realmente quiere Dios. Jesús lo advierte: "Nadie ha subido al cielo". Por eso lo que afirma Jesús es esto: "No creáis nada más que *al que baja de cielo*". Jesús merece todo nuestro crédito porque no es un Dios que se quedó en el cielo, sino porque es el Hijo de Dios que bajó, que descendió, que se vació de su poder y renunció a su grandeza. El que hace eso es —a juicio de Jesús— el único que tiene credibilidad. Para hablar de Dios, la credibilidad la tiene el que baja, no el que sube.

Jn 3, 16-21

"En aquel tiempo, dijo Jesús a Nicodemo: "Tanto amó Dios al mundo, que entregó a su Hijo único, para que no perezca ninguno de los que creen en él, sino que tengan vida eterna. Porque Dios no mandó su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo se salve por él. El que cree en él, no será condenado; el que no cree, ya está condenado, porque no ha creído en el nombre del Hijo único de Dios. Esta es la causa de la condenación: que la luz vino al mundo, y los hombres prefirieron la tiniebla a la luz, porque sus obras eran malas. Pues todo el que obra perversamente, detesta la luz y no se acerca a la luz, para no verse acusado por sus obras. En cambio, el que realiza la verdad, se acerca a la luz, para que se vea que sus obras están hechas según Dios".

1. Jesús desmonta la teoría jurídica de la "satisfacción", aplicada a la salvación. Dios no mandó a su Hijo al mundo porque estuviera ofendido e irritado por nuestros pecados. Dios nos dio a su Hijo porque nos quiere tanto, que no quiere que se pierda ninguno de los que creen en Jesús.

2. ¿Significa esto que quienes no creen en Jesús no tienen salvación? Jesús no habla ni de creencias religiosas ni de observancias o prácticas de piedad. Jesús se refiere al comportamiento de cada uno. El que es honrado, respetuoso, tolerante, buena persona, de forma que de él se puede decir que vive en la luz, ése está en camino de salvación. El que se comporta perversamente, ése está en camino de perdición.

3. Por tanto, el problema de la salvación, tal como lo presenta aquí Jesús, no es cuestión de religión, sino de ética. Se trata de vivir en la luz y en la verdad. El que vive de tal forma que su vida es transparente y hace el bien que está a su alcance, ése es el que "hace sus obras según Dios". La religión, con sus creencias y sus prácticas, es importante en la medida en que motiva a cada persona y le da la fortaleza necesaria para vivir en la luz y en la verdad.

Jn 3, 31-36

"En aquel tiempo dijo Jesús a Nicodemo: "El que viene de lo alto está por encima de todos. El que es de la tierra, es de la tierra y habla de la tierra. El que viene del cielo está por encima de todos. De lo que ha visto y ha oído da testimonio y nadie acepta su testimonio. El que acepta su testimonio certifica la veracidad de Dios. El que Dios envió habla la Palabra de Dios porque no da el espíritu con medida. El Padre ama al Hijo y todo lo ha puesto en su mano. El que cree en el Hijo posee la vida eterna; el que no crea al Hijo no verá la vida, sino que la ira de Dios pesa sobre él".

1. Como se advierte fácilmente, este breve relato no habla de la *historia* de Jesús, sino de la *cristología* (reflexión teórica sobre Cristo) que elaboró el evangelio de Juan. En la cristología de Juan, tiene un lugar importante el verbo griego *erchomai*, que significa "venir" o "ir", o sea se trata de un verbo que expresa un desplazamiento. Se puede decir que, según el IV evangelio, Jesús es un "desplazado": ha abandonado su origen y viene con una misión o encargo que tiene que cumplir.

2. Jesús es "el que viene" ("*ho erchómenos*") "de Dios", "del Padre", "del cielo", "de lo alto" (Jn 3, 31. 32; 5, 43; 7, 28; 8, 14. 42; 9, 39; 10, 10; 12, 47; 13, 3; 16, 28; 18, 37). Según las creencias religiosas de todos los tiempos y de todos los pueblos y culturas, Jesús representa un caso absolutamente único: viene de la condición y posición más excelsa y privilegiada que los hombres religiosos han podido pensar. Es decir, ha abandonado su gloria, sus privilegios, su condición excelsa, sus poderes, su autoridad. Y se ve equiparado a lo terreno, lo de abajo, lo limitado, lo efímero, lo mortal, lo transitorio. Y, por si era poco, aquí, en esta tierra de los mortales, se ve rechazado, de forma que "*nadie acepta su testimonio*". Es fuerte y duro verse así.

3. Con esto Jesús está diciendo que el procedimiento para dar vida en plenitud, lo que se suele decir vida "eterna" ("*aiónios*"), es el camino del descenso, del despojo de toda grandeza y privilegio, el camino trillado y vulgar de los mortales, donde uno pierde poder y ha de ganarse la credibilidad, no por el estamento al que pertenece, sino por la autenticidad de su vida.

Jn 6, 1-15

"En aquel tiempo, Jesús se marchó a la otra parte del lago de Galilea (o de Tiberiades). Lo seguía mucha gente, porque habían visto los signos que hacía con los enfermos. Subió Jesús entonces a la montaña y se sentó allí con sus discípulos. Estaba cerca la Pascua, la fiesta de los judíos. Jesús entonces levantó los ojos, y al ver que acudía mucha gente, dice a Felipe: "¿Con qué compraremos panes para que coman éstos?" (lo decía para tantearlo, pues bien sabía él lo que iba a hacer). Felipe le contestó: "Doscientos denarios de pan no bastan para que a cada uno le toque un pedazo". Uno de sus discípulos, Andrés, el hermano de Simón Pedro, le dice: "Aquí hay un muchacho que tiene cinco panes de cebada y un par de peces; pero ¿qué es eso para tantos?". Jesús dijo: "Decid a la gente que se siente en el suelo". Había mucha hierba en aquel sitio. Se sentaron: sólo los hombres eran unos cinco mil. Jesús tomó los panes, dijo la acción de gracias y los repartió a los que estaban sentados, y lo mismo todo lo que quisieron del pescado. Cuando se saciaron dijo a sus discípulos: "Recoged los pedazos que han sobrado; que nada se desperdicie". Los recogieron y llenaron doce canastas con los pedazos de los cinco panes de cebada, que sobraron a los que habían comido. La gente entonces, al ver el signo que había hecho, decía: "Éste sí que es el Profeta que tenía que venir al mundo". Jesús, sabiendo que iban a llevárselo para proclamarlo Rey, se retiró otra vez a la montaña él solo".

1. Lo más seguro es que, cuando se escribió el evangelio de Juan, la multiplicación de los panes estaba ya relatada por escrito, por lo menos, cinco veces (Mc 6, 33-46; 8, 1-9; Mt 14, 18-23; 15, 32-39; Lc 9, 10-17). Por eso cabe decir que, si el IV evangelio relata una vez más este episodio, sin duda lo hace porque quiere que los cristianos caigan en la cuenta (o se enteren) de algo que no está dicho en los otros relatos y que es importante. ¿De qué se trata?

2. La multiplicación de los panes le sirve a Juan para introducir el capítulo que dedica al pan del cielo y a la eucaristía. Pero, en el relato de los panes, Juan señala un detalle que puede pasar inadvertido, pero que es de importancia. Se trata de que este hecho singular ocurrió cuando *"estaba*

cerca la Pascua, la fiesta de los judíos". Esta fiesta era la más importante de la religión de Israel. Porque conmemoraba el acontecimiento de la liberación de Egipto. Los israelitas tenían la obligación de subir a Jerusalén. Para matar el cordero en el templo y participar en los ceremoniales religiosos, que duraban siete días.

3. El evangelio de Juan señala que, cuando llega la Pascua, la fiesta religiosa más importante de aquel pueblo, Jesús no sube a Jerusalén, no va al templo, no participa en los ritos religiosos de su nación. Jesús se queda en Galilea, con los pobres, en el campo, en medio de la pobre gente que sólo tiene panes de cebada, el pan de los necesitados. Y además lo tiene escaso. Y así las cosas, la gran fiesta religiosa, para Jesús, es que los hambrientos coman hasta saciarse. Jesús "seculariza" la religión: la hace menos sagrada y menos solemne, pero más humana. Según Jesús, cuanto *más humano* es algo, por eso mismo es *más divino*.

Jn 6, 16-21

"En aquel tiempo, al oscurecer, los discípulos de Jesús bajaron al lago, se embarcaron y empezaron a atravesar hacia Cafarnaún. Era ya noche cerrada y todavía Jesús no los había alcanzado, soplaban un viento fuerte y el lago se iba encrespando. Habían remado unos cinco o seis kilómetros, cuando vieron a Jesús que se acercaba a la barca, caminando sobre el lago, y se asustaron. Pero él les dijo: "Soy yo, no temáis". Querían recogerlo a bordo, pero la barca tocó tierra enseguida, en el sitio a donde iban".

1. El relato de la multiplicación de los panes termina diciendo que aquellas gentes, entusiasmadas al ver que Jesús les había dado de comer en abundancia, quisieron proclamarlo rey. Jesús no aceptó semejante propuesta: despidió a la gente, mandó a los discípulos a la otra orilla del lago, lejos de aquella posible tentación, y él se fue solo al monte, a orar. Jesús era un "hombre de Dios", no un "hombre del poder", ni "hombre de fama" y, menos aún, un "populista". La profunda humanidad de Jesús se alimentaba de su profunda espiritualidad.

2. Alejarse del lugar del éxito, de la popularidad y del aplauso de la gente, resultó difícil, como una noche oscura, en un mar encrespado y con viento contrario. Así las cosas, lo que más sintieron fue el miedo, no la cercanía de Jesús que les buscaba rápido, para alcanzarlos, con la ingravidez del que se desliza por encima de las aguas agitadas.

3. La palabra de Jesús, "Soy yo", va acompañada de un mandato que siempre agrada: "No temáis". La cercanía de Jesús, la presencia de Jesús, va siempre acompañada de una experiencia que todos necesitamos y que tanto deseamos: *liberarnos del miedo*. Son demasiados los miedos que nos atenazan, nos atormentan, nos avergüenzan. Miedos inconfesables, miedos que no podemos superar. La presencia de Jesús se nota en la paz, la alegría y la ilusión que va unida a la victoria sobre el miedo.

Lc 24, 35-48

"En aquel tiempo, contaban los discípulos lo que les había acontecido en el camino y cómo reconocieron a Jesús en el partir el pan. Mientras hablaban, se presentó Jesús en medio de sus discípulos y les dijo: "Paz a vosotros". Llenos de miedo por la sorpresa, creían ver un fantasma. El les dijo: "¿Por qué os alarmáis?", ¿por qué surgen dudas en vuestro interior? Mirad mis manos y mis pies: soy yo en persona. Palpadme y daos cuenta de que un fantasma no tiene carne y huesos, como veis que yo tengo". Dicho esto, les mostró las manos y los pies. Y como no acababan de creer por la alegría, y seguían atónitos, les dijo: "Tenéis ahí algo que comer?". Ellos le ofrecieron un trozo de pez asado. El lo tomó y comió delante de ellos. Y les dijo: "Esto es lo que os decía mientras estaba con vosotros: que todo lo escrito en la ley de Moisés y en los profetas y salmos acerca de mí tenía que cumplirse". Entonces les abrió el entendimiento para comprender las Escrituras. Y añadió: "Así estaba escrito: el Mesías padecerá, resucitará de entre los muertos al tercer día, y en su nombre se predicará la conversión y el perdón de los pecados a todos los pueblos, comenzando por Jerusalén. Vosotros sois testigos de esto".

1. Por más que el valor histórico de las apariciones del Resucitado se pueda poner en cuestión, su mensaje profundo es incuestionable. Ahora bien, tal mensaje no consiste sólo en afirmar que Jesús es El Viviente, que ha vencido a la muerte. Además de eso, los relatos de las apariciones dejan muy claro que Jesús Resucitado, por más que estuviera "exaltado por la diestra de Dios" (Hech 2, 33) y por más que "Dios lo constituyera Señor y Mesías" (Hech 2, 36) e *Hijo de Dios en plena fuerza*" (Rm 1, 4), lo más increíble y lo que más impresiona es que Jesús, *precisamente después de la resurrección, es cuando aparece y se muestra más humano que nunca*.

2. Una vez que, en Jesús, Dios se fundió y se confundió con lo humano, cuando Jesús resucita, por más divinizado que nosotros lo pensemos y lo creamos, la divinización no lleva consigo ni un alejamiento, ni el mínimo de pérdida de su condición humana, sino todo lo contrario: precisamente porque nosotros lo vemos más divino, por eso se hace más profundamente humano.

3. Esto explica que Jesús es reconocido al partir el pan, y su presencia quita todos los miedos y dudas, dando paz y alegría; se deja ver, tocar, palpar; come ante todos, se muestra a las mujeres antes que a nadie, les explica las Escrituras, condesciende con las exigencias de un incrédulo como Tomas, y hasta le pregunta a Pedro tres veces si es cierto que le quiere más que nadie. También Jesús resucitado es sensible al cariño humano y lo necesita.

Jn 6, 22-29

“Al día siguiente, la gente que se había quedado al otro lado del lago, notó que allí no había habido más que una lancha y que Jesús no había embarcado con sus discípulos, sino que sus discípulos se habían marchado solos. Entre tanto, unas lanchas de Tiberiades llegaron cerca del sitio donde habían comido el pan (sobre el que el Señor pronunció la acción de gracias). Cuando la gente vio que ni Jesús ni sus discípulos estaban allí, se embarcaron y fueron a Cafarnaún en busca de Jesús. Al encontrarlo en la otra orilla del lago le preguntaron: “Maestro, ¿cuándo has venido aquí?”. Jesús les contestó: “Os lo aseguro: me buscáis, no porque habéis visto signos, sino porque comisteis pan hasta saciaros. Trabajad no por el alimento que perece, sino por el alimento que perdura, el que os dará el Hijo del Hombre; pues éste lo ha sellado el Padre, Dios”. Ellos le preguntaron: “¿Y qué obra tenemos que hacer para trabajar en lo que Dios quiere?”. Respondió Jesús: “La obra que Dios quiere es ésta: que creáis en el que Él ha enviado”.

1. La primera preocupación que siempre han tenido, y siguen teniendo, todos los seres humanos es la preocupación por la vida, por tener una vida sana y segura. Ahora bien, la sanidad y seguridad de la vida supone alimentación y salud. Por eso, como ya se ha dicho en este libro, los dos grandes temas, que aparecen constantemente en los evangelios, son la salud de los enfermos y la comida de los que carecen de alimentos, no en cuanto limosna para llenar el estómago, sino como comensalía para compartir la mesa.

2. Por eso, si hablamos de la comida, no en cuanto mera solución al hambre de cada uno, sino en cuanto comensalía, que nos lleva al tema del compartir con los demás, se comprende lo que Jesús le dijo a la gente que le buscaba. Aquella gente no comprendió el significado de la multiplicación de los panes. Sólo apetecían el pan que aquel día les resolvería el problema del hambre. El problema está en que, como eso es lo único que nos preocupa a casi todos, por eso no se resuelve el problema del hambre en el mundo. Y, menos aún, el problema que es la causa de que haya tanta hambre en un mundo en el que sobran alimentos.

3. Se suele decir que este espantoso problema no se resuelve porque no hay voluntad política para resolverlo. No es eso. El problema radica en la falta de fe, es decir, en la falta de una motivación superior, de una voluntad y una fuerza superior, que nos haga sensibles a la solidaridad y a la comensalía para todos. La solución está en que tengamos fe en Él, es decir, que la “memoria subversiva” de Jesús movilice nuestras vidas.

Jn 6, 30-35

“En aquel tiempo, dijo la gente a Jesús: “¿Y qué signo vemos que haces tú, para que creamos en ti? ¿Cuál es tu obra? Nuestros padres comieron el maná en el desierto, como está escrito: Les dio a comer pan del cielo”. Jesús les replicó: “Os aseguro que no fue Moisés quien os dio pan del cielo, sino que es mi Padre el que os da el verdadero pan del cielo. Porque el pan de Dios es el que baja del cielo y da vida al mundo”. Entonces le dijeron: “Señor, danos siempre de este pan”. Jesús les contestó: “Yo soy el pan de vida. El que viene a mí no pasará hambre, y el que cree en mí nunca pasará sed”.

1. Jesús empieza a explicar aquí el significado profundo del pan que dio a comer a la gente cuando el episodio de la multiplicación de los panes. Jesús les ha dicho que no entendieron el significado profundo de lo que allí pasó. Y ellos le preguntan en qué consiste tal significado. En las Escrituras judías estaba dicho que, a los que huyeron de Egipto, Dios les dio a comer “pan del cielo” (Ex 16, 13 ss; Sal 77, 24 s; Sab 16, 20), el maná del desierto.

2. Jesús les responde que “*el pan de Dios*” es el que da vida, no a algunos privilegiados solamente, sino a todo el mundo. Pero aquí es determinante saber que, en tiempo de Jesús, cuando los judíos hablaban del “pan de Dios”, con esa expresión se referían a la Ley que Dios dio al pueblo en el desierto por medio de Moisés. Esta interpretación está bien documentada y aceptada por los mejores especialistas en este asunto (X. León-Dufour).

3. Pero lo sorprendente es que, a renglón seguido, Jesús añade: “*Yo soy el pan de vida*”. Al decir eso, Jesús estaba afirmando: “La Ley que Dios os da soy yo”. Es decir, la religión de Jesús no consiste en la observancia de unas normas legales, sino en el seguimiento y la adhesión a una persona. La estructura básica del cristianismo no es jurídica, sino personal. En cuanto que consiste en ser fiel a la relación fiel a Jesús.

Jn 6, 35-40

“En aquel tiempo, dijo Jesús a la gente: “Yo soy el pan de vida. El que viene a mí no pasará hambre, y el que cree en mí no pasará nunca sed; pero como os he dicho, habéis visto y no creéis. Todo lo que me da el Padre vendrá a mí, y al que venga a mí no lo echaré afuera, porque he bajado del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me ha enviado. Ésta es la voluntad del que me ha enviado: que no pierda nada de lo que me dio, sino que lo resucite en el último día. Ésta es la voluntad de mi Padre: que todo el que ve al Hijo y cree en él, tenga vida eterna, y yo lo resucitaré en el último día”.

1. Jesús es el pan de vida. Aquí Jesús no habla todavía de la eucaristía. El “pan de vida”, según se pensaba entonces, es la ley religiosa dada por Moisés a Israel. Jesús, por tanto, al decir que él es el “pan de vida”, lo que en realidad afirma es que, con su venida al mundo, se acabó la religión basada en el cumplimiento de leyes y normas, y empezó otra forma de entender y vivir la religión. Es la religión que consiste en vivir como vivió Jesús, pensar como pesó él y tener las costumbres y preferencias que él tuvo.

2. Al proponer este proyecto de religión, Jesús no pide un imposible. NI se trata de un proyecto de renunciaciones y sacrificios heroicos. Todo lo contrario. Lo que Jesús promete es que quien tome en serio su proyecto no pasará ni hambre ni sed. Es decir, encontrará la satisfacción de sus apetencias más básicas. Lo que es tanto como asegurar que, en cualquier caso, la religión tiene que ser un proyecto de satisfacción, es decir, de felicidad.

3. El problema, a juicio de Jesús, está en que la fe se conecta, no con “lo que se oye”, sino con “lo que se ve”. Lo que se oye es doctrina, teorías...; lo que se ve son hechos de vida. Y aquí es donde tropezamos con la dificultad. Los que vieron a Jesús, lo lógico es que creyeran en él. Nuestra dificultad radica en que no vemos a Jesús, sino cosas y conductas que, muchas veces, poco o nada tienen que ver con Jesús. Por eso, el recurso al Evangelio, a la “memoria” de su vida y su palabra, eso es lo que podrá fortalecer la fe que sacia nuestras apetencias más legítimas.

Jn 6, 44-51

"En aquel tiempo, dijo Jesús a los judíos: "Nadie puede venir a mí, si no lo trae el Padre que me ha enviado. Y yo lo resucitaré el último día. Está escrito en los profetas: "Serán todos discípulos de Dios". Todo el que escucha lo que dice el Padre y aprende, viene a mí. No es que nadie haya visto al Padre, a no ser el que viene de Dios: ése ha visto al Padre. Os lo aseguro: el que cree tiene vida eterna. Yo soy el pan de la vida. Vuestros padres comieron en el desierto el maná, y murieron: éste es el pan que baja del cielo, para que el hombre coma de él y no muera. Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo; el que coma de este pan vivirá para siempre. Y el pan que yo daré es mi carne, para la vida del mundo".

1. En este texto del discurso en Cafarnaún, Jesús avanza en su propuesta. Y da un paso decisivo. Hasta ahora ha dicho algo fundamental, que repite una vez más: *"Yo soy el pan de la vida"*. La propuesta religiosa, que Jesús hace, es propuesta de pan que sacia apetencias y que da vida. Vida "eterna", es decir, una vida sin limitación alguna, sin principio ni fin. Decir "eterna" no es hablar de duración, sino de plenitud. Tomar en serio a Jesús es tomar en serio la vida, la propia y la de los demás.

2. Esto supuesto, el paso decisivo que ahora da Jesús es asegurar algo sorprendente: *"el pan que yo daré es mi carne"*. Ya no se trata del pan que representa a Jesús en cuanto que sustituye a la Ley y pone en marcha una nueva forma de entender y vivir la religión, según lo ya explicado. Ahora se trata de que Jesús mismo se da como pan. La palabra "carne" (*sarx*) tiene en el griego antiguo, entre otros significados, también el de "persona", es decir, el ser humano en su totalidad. Por eso, cuando Jesús dice: *"el pan que yo daré es mi carne"*, quiere decir: *"el pan que yo daré, no es sólo el proyecto y el ejemplo de mi vida, sino que soy yo mismo. Jesús está presente en la vida del que cree en él. Jesús está en el creyente y le acompaña en su vida."*

3. Jesús hace esto *"para la vida del mundo"*, es decir, para que en el mundo haya vida. Jesús no habla aquí de la vida "religiosa", ni de la vida "sobrenatural", "espiritual" o "eterna". Jesús habla de la vida sin adjetivo. Es lo más elemental y lo central que todos apetecemos: vivir. Y vivir bien, con seguridad, con salud, con dignidad. Esto es lo que, ante todo y sobre todo, quiere y propone Jesús.

Jn 6, 52-59

"En aquel tiempo, disputaban los judíos entre sí: "¿Cómo puede éste darnos a comer su carne?". Entonces Jesús les dijo: "Os aseguro que si no coméis la carne del Hijo del Hombre y no bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna, y yo lo resucitaré en el último día. Mi carne es verdadera comida y mi sangre es verdadera bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre, habita en mí y yo en él. El Padre que vive me ha enviado yo vivo por el Padre: del mismo modo, el que me come, vivirá por mí. Éste es el pan que ha bajado del cielo: no como el de vuestros padres, que lo comieron y murieron: el que come este pan vivirá para siempre".

1. Para entender correctamente este texto, parece necesario tener en cuenta lo siguiente: 1) Lo más probable es que Jesús no dijo estas cosas. Así lo piensan los autores mejor documentados sobre este punto (A. Sand). Al unir "comer la carne" con "beber la sangre", seguramente estamos ante una añadidura del redactor final del IV evangelio, para conectar al discurso de Jesús con la ceremonia eucarística que ya entonces celebraban no pocas comunidades cristianas. 2) En esta forma de hablar, se expresa (según parece) la postura que los cristianos más ortodoxos adoptaron frente a los docetas, una de las muchas sectas gnósticas de aquel tiempo, que mostraban un desprecio fuerte contra lo carnal del ser humano.

2. En la eucaristía está presente Jesús. Pero en la eucaristía no nos comemos el cuerpo histórico de Jesús, el cuerpo que nació de María, el que recorrió los caminos de Palestina, el que murió en la cruz. No comemos ese cuerpo porque ese cuerpo ya no existe. En la eucaristía recibimos al Cristo resucitado. Lo recibimos realmente, de verdad. Pero eso se ha explicado en la Iglesia de distintas maneras. San Agustín decía que la eucaristía es "una figura que nos manda comulgar con la pasión del Señor" (*De Doctr. Christ.*, III, 24). Esta comunión la entendió la Iglesia de forma simbólica durante más de diez siglos. Comulgar no es recibir una "cosa" santa y sagrada. Comulgar es unirse a Cristo de forma que la persona y la vida de Jesús están presentes en la vida del que comulga.

Jn 6, 60-59

"En aquel tiempo, muchos discípulos de Jesús, al oírlo, dijeron: "Este modo de hablar es duro, ¿quién puede hacerle caso?". Advirtiendo Jesús que sus discípulos lo criticaban les dijo: "¿Esto os hace vacilar?", ¿y si vierais al Hijo del Hombre subir a donde estaba antes? El Espíritu es el que da vida; la carne no sirve de nada. Las palabras que os he dicho son espíritu y vida. Y con todo, algunos de vosotros no creen" (Pues Jesús sabía desde el principio quiénes no creían y quién lo iba a entregar). Y dijo: "Por eso os he dicho que nadie puede venir a mí si el Padre no se lo concede". Desde entonces, muchos discípulos suyos se echaron atrás y no volvieron a ir con él. Entonces Jesús les dijo a los Doce: "¿También vosotros queréis marcharos?". Simón Pedro le contestó: "Señor, ¿a quién vamos a acudir? Tú tienes palabras de vida eterna; nosotros creemos y sabemos que tú eres el Santo consagrado por Dios".

1. Es comprensible la reacción de aquellos discípulos que se resistían a aceptar lo que Jesús acababa de decir. Téngase en cuenta que el texto griego, al hablar de "comer", utiliza el verbo *trógo*, que tiene el matiz de "masticar". La religión mal entendida es motivo de no pocos escándalos y de muchos abandonos. La gente ya está cansada de oír cosas que no entiende y que sólo sirven para complicar la vida.

2. Por eso Jesús explica que, al contraponer el "Espíritu" a la "carne", no se refería a ningún desprecio de lo corporal, ni siquiera al menosprecio de nuestra condición carnal. Lo que Jesús quiso decir es que el Espíritu es quien nos hace comprender lo que significa todo eso de la identidad entre el pan y el cuerpo de Cristo. Una persona que no piensa nada más que en lo carnal, y que carece de Espíritu y las cosas del Espíritu no le interesan en absoluto, ¿qué hace acercándose a comulgar? Eso es lo que dijo Jesús.

3. Cuando Jesús ve que los discípulos se le van en masa, no se pone a llamarlos para explicarles mejor lo que ha dicho o para convencerlos de que se queden con él. Jesús se limita a hacer una sola pregunta a los pocos que le quedaban: "¿Vosotros también queréis ir?". Cuando Jesús decía una cosa, no daba un paso atrás. Estaba dispuesto a seguir su camino, él solo. Así de fuertes eran sus convicciones. Por lo demás, la respuesta de Pedro es genial: "¿A quién vamos a acudir?". O sea, después de haberte conocido a ti y de haber convivido contigo, ¿dónde nos vamos a meter? La vida sin ti, Jesús, ya no tiene sentido."

Jn 10, 11-18

"En aquel tiempo, dijo Jesús a los fariseos: "Yo soy el buen Pastor. El buen pastor da la vida por las ovejas. El asalariado, que no es pastor ni dueño de las ovejas, ve venir al lobo, abandona las ovejas y huye; y el lobo hace estrago y las dispersa; y es que a un asalariado no le importan las ovejas. Yo soy el buen Pastor, que conozco a las mías y las mías me conocen, igual que el Padre me conoce y yo conozco al Padre, yo doy mi vida por las ovejas". Tengo, además, otras ovejas que no son de este redil, también a éstas las tengo que traer, y escucharán mi voz y habrá un solo rebaño, un solo Pastor. Por eso me ama el Padre, porque yo entrego mi vida para poder recuperarla. Nadie me la quita, sino que yo la entrego libremente. Tengo poder para quitarla y tengo poder para recuperarla. Este mandato he recibido del Padre".

1. En un pueblo de cultura agraria, como lo fue Israel, los rebaños y sus pastores tuvieron siempre una notable importancia práctica y una significación simbólica. El título de "Pastor" se aplica con frecuencia a Dios, como el Pastor fiel que cuida del pueblo. Por el contrario, los reyes y gobernantes son denunciados por los profetas como pastores infieles, egoístas y perversos. Impresiona leer el capítulo 34 de Ezequiel o las diatribas de Jeremías (2, 8; 3, 15; 10, 21, etc.).

2. Jesús se define a sí mismo como el "Pastor bueno". El contraste no es el "pastor malo", sino el "mercenario". La diferencia está en que el "bueno" se define por la *ausencia absoluta de interés*, hasta el extremo de que, si es preciso, se deja quitar la vida, con tal que las ovejas no se vean amenazadas, en peligro, divididas o dispersas. Lo más opuesto a Jesús es un "mercenario", al que Jesús califica como un "asalariado". Cuando en el pastoreo, como figura simbólica, *entran los intereses* del dinero, el sueldo, el cargo, el ascenso, el buen nombre, la buena imagen que se tiene ante la gente, ya tenemos un "mercenario", que puede estar en formación, en ascenso o en altos cargos de mucha responsabilidad. Ése, aunque ni se dé cuenta de lo que hace, lo que en realidad hace es "estragos". Porque lo que le importa no son las ovejas, sino otras cosas.

3. En tiempo de Jesús, los pastores tenían mala fama. El oficio de pastor estaba en las listas de "oficios despreciados". Porque tenían fama de tramposos y ladrones (J. Jeremías). El contraste es Jesús, que considera a las ovejas como algo tan suyo, que por ellas se deja la vida. Es más, también siente como suyas las "otras ovejas" que llenan el ancho mundo.

Jn 10, 1-10

"En aquel tiempo, dijo Jesús a los fariseos: Os aseguro que el que no entra por la puerta en el aprisco de las ovejas, sino que salta por otra parte, ése es ladrón y bandido; pero el que entra por la puerta es pastor de las ovejas. A éste le abre el guarda y las ovejas atienden a su voz, y él va llamando por el nombre a sus ovejas y las saca fuera. Cuando ha sacado todas las suyas, camina delante de ellas y las ovejas lo siguen, porque conocen su voz: a un extraño no lo seguirán, sino que huirán de él, porque no conocen la voz de los extraños". Jesús les puso esta comparación, pero ellos no entendieron de qué les hablaba. Por eso añadió Jesús: "Os aseguro que yo soy la puerta de las ovejas. Todos los que han venido antes de mí son ladrones y bandidos; pero las ovejas no los escucharon. Yo soy la puerta: quien entra por mí, se salvará, y podrá entrar y salir, y encontrará pastos. El ladrón no entra sino para robar y matar, y hacer estrago: yo he venido para que tengan vida y la tengan abundante".

1. La simple lectura de este texto sugiere una reflexión lógica y elemental: si uno ve una casa en la que quienes entran y salen de ella no lo hacen por la puerta, sino que saltan por las ventanas y balcones, cualquiera que presencie una cosa tan rara, pensará que los que entran y salen de la casa son ladrones o están locos de remate. No usar la puerta en una casa rompe la lógica de la normalidad y nos mete de lleno en lo extravagante. Pues bien, Jesús dice: "Yo soy la puerta". Quien no entra por esta puerta, es decir quien no se ajusta a la vida de Jesús, a su Evangelio, ¿qué busca en la comunidad cristiana o en la Iglesia? ¿No parecemos, muchas veces, gente extraña?

2. Pero también aquí tropezamos con una dificultad inevitable: si para la salvación no hay más puerta que Jesús, ¿no es eso condenar a la gran mayoría de la humanidad? ¿no es eso tanto como despreciar a quienes tienen otras creencias o han nacido en otras culturas con sus religiones? Jesús termina diciendo: "yo he venido para que tengan vida". En los evangelios no consta que Jesús fundara una religión. Lo que Jesús quiso es que todos tengamos vida. Una vida plenamente humana y feliz. Jesús es la puerta, el acceso, a todas las religiones o proyectos de vida que hacen que este mundo sea más humano y más habitable. Por eso, y sólo por eso, Jesús puede ser el acceso a la plenitud total de la vida.

Jn 10, 22-30

"En aquel tiempo, se celebraba en Jerusalén la fiesta de la Dedicación del Templo. Era invierno, y Jesús se paseaba en el templo por el pórtico de Salomón. Los judíos, rodeándolo, le preguntaban: "¿Hasta cuándo nos vas a tener en suspenso? Si tú eres el Mesías, dínoslo francamente". Jesús les respondió: "Os lo he dicho y no me creéis: las obras que yo hago en nombre de mi Padre, ésas dan testimonio de mí. Pero vosotros no creéis, porque no sois ovejas mías. Mis ovejas escuchan mi voz, y yo las conozco y ellas me siguen, y yo les doy la vida eterna; no perecerán para siempre y nadie las arrebatará de mi mano. Mi Padre, que me las ha dado, supera a todos y nadie puede arrebatarlas de la mano de mi Padre. Yo y el Padre somos uno".

1. Cuando se trata de cargos o tareas civiles (políticas, sociales, de enseñanza...), cada cual se autentifica por los títulos, documentos, nombramientos y otros papales que puede enseñar a quien se los pida. Cuando se trata de actuar en nombre de Dios y para representar a Dios, no hay más credenciales que la propia vida, la vida que uno lleva, las obras que hace y los frutos que produce. Por eso dice Jesús: "las obras que yo hago, dan testimonio de mí".

2. En la cultura antigua se decía que la coordinación entre "ergon" (tarea, obra) y "lógos" (palabra) expresa la unidad y armonía de la persona (Jenofonte, Epicteto, Eclo 3, 8; 4, Mac 5, 38; Josefo). Cuando una persona habla defendiendo unas creencias y se comporta al revés de lo que dice, ¿qué credibilidad puede tener para que la gente acepte su enseñanza? Y tiene que ser así. Porque las verdaderas convicciones de una persona se manifiestan en lo que hace (cómo vive, lo que hace, cómo lo hace...), no en lo que dice.

3. De lo dicho se sigue una consecuencia fuerte: la predicación religiosa tendría que plantearse de forma que el predicador se dedicara y se limitara a explicar su propia vida. O sea, decirle a la gente, en catequesis, homilias y sermones: "Mirad, yo vivo así y hago lo que hago porque creo en el Evangelio y lo he tomado en serio. Sólo así se podría asegurar y garantizar la unidad y armonía entre el lógos (la palabra) y el ergon (la tarea y la conducta). Eso es lo que hizo Jesús. Dar un testimonio de su vida. En realidad, el Sermón del Monte no fue sino una explicación de lo que Jesús hacía y de cómo vivía. No se trata de ser ingenuamente vanidoso, hablando uno de sí mismo. Se trata de que la propia vida sea una transparencia del Evangelio, en el que está patente lo mismo la grandeza de Jesús que la pequeñez de publicanos y pecadores. Jesús transmitió conocimientos, que fueron la explicación de su propia vida.

Jn 12, 44-50

"En aquel tiempo, gritó Jesús: "El que cree en mí, no cree en mí, sino en el que me ha enviado. Y el que me ve a mí, ve al que me ha enviado. Yo he venido al mundo como luz, y así el que cree en mí no quedará en tinieblas. Al que oiga mis Palabras y no las cumpla, yo no le juzgo, porque no he venido para juzgar al mundo, sino para salvar al mundo. El que me rechaza y no acepta mis Palabras, tiene quien lo juzgue: la Palabra que yo he pronunciado, ésa lo juzgará en el último día. Porque yo no he hablado por cuenta mía, el Padre que me envió es quien me ha ordenado lo que he de decir y cómo he de hablar. Y sé que su mandato es vida eterna. Por tanto, lo que yo hablo, lo hablo como me ha encargado el Padre".

1. Sin duda alguna, lo más importante y lo más fuerte, que hay en el Evangelio, es que *cambia nuestra idea de Dios*. La existencia de Dios es un Enigma y un Misterio. Pero, además de eso, la idea misma de Dios es una Contradicción. Porque, cuando hablamos de Dios, tropezamos con un problema que no tiene solución: conciliar la *omnipotencia* y la *bondad* de Dios con el mal que hay en el mundo. A la vista de tanta desgracia, o Dios no es tan poderoso como dicen; o no es tan bueno como lo imaginamos.

2. Por tanto, Dios tiene que ser diferente de como nos lo han presentado los filósofos y los teólogos de antaño. Aquí es donde entra la genialidad del Evangelio, en el que Jesús dice: *"el que me ve a mí, ve al que me ha enviado"*. La gente que veía a Jesús, veía a un hombre. Pero lo grande es que, en aquel hombre, veía a Dios, que era quien lo había enviado. El hombre Jesús es la imagen de Dios. De forma que la genialidad del Evangelio está en que, a partir de Jesús, no se trata de aplicar los *atributos divinos* al modesto judío de Nazaret, sino de entender a Dios desde las *convicciones humanas* de Jesús.

3. Dios, por tanto, es tan humano como Jesús. Y tan cercano a los pobres, los enfermos, los que sufren, los que se sienten atormentados por dudas y sentimientos de culpa, como lo fue Jesús. Por eso Jesús dice que *"creer"* en él es *"creer"* en Dios.

Jn 13, 14-20

"Después que Jesús lavó los pies a sus discípulos les dijo: "Os aseguro: el criado no es más que su amo, ni el enviado es más que el que lo envía. Puesto que sabéis esto, dichosos vosotros si lo ponéis en práctica. No lo digo por todos vosotros; yo sé bien a quiénes he elegido, pero tiene que cumplirse la Escritura: "El que compartía mi pan me ha traicionado". Os lo digo ahora, antes de que suceda, para que cuando suceda creáis que yo soy. Os lo aseguro: El que recibe a mi enviado, me recibe a mí, y el que a mí me recibe, recibe al que me ha enviado".

1. Dios se ha encarnado con lo humano en el hombre Jesús. Por eso, se ha revelado en lo humano. Y se ha fundido con lo humano. Y hasta se puede afirmar que *Dios se ha confundido con lo humano*. De forma que, en todo lo verdaderamente humano, ahí está Dios y en eso se encuentra a Dios. Hasta el punto de que, en todo cuanto es agresión o desprecio de lo humano, por más que se haga por motivos divinos, en eso no puede estar Dios.

2. Hay quien se resiste a aceptar que Dios se ha confundido con lo humano. Sin embargo, Jesús dice: *"el que recibe a mi enviado, me recibe a mí, y el que mí me recibe, recibe al que me ha enviado"* (Jn 13, 20). Lo mismo se dice en Mt 10, 40, aplicado también a los discípulos. Lo mismo se dice igualmente de los niños, los que entonces carecían de todo derecho y dignidad (Mc 9, 37; Mt 18, 5). Y lo mismo, aplicado a cualquier ser humano (Lc 10, 16; 9, 48).

3. ¿Por qué tratamos con más respeto "lo sagrado" que "lo profano"? ¿Por qué a muchas personas les preocupa más "lo religioso" que "lo laico" o "lo civil"? ¿No será porque creemos más en el Dios que está en el templo, que en el Dios que está en el niño, en el vecino, en el mendigo, en cualquiera? ¿No será eso el más claro indicio de que nos importa más el éxito de la religión que la suerte o la desgracia de los seres humanos?

Jn 14, 1-6

"En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: "No perdáis la calma: creed en Dios y creed también en mí. En la casa de mi Padre hay muchas estancias, y me voy a prepararos sitio. Cuando vaya y os prepare sitio, volveré y os llevaré conmigo, para que donde estoy yo, estéis también vosotros. Y adonde yo voy, ya sabéis el camino. Tomás le dice: "Señor, no sabemos adonde vas, ¿cómo podemos saber el camino?". Jesús le responde: "Yo soy el camino, y la verdad, y la vida. Nadie va al Padre, sino por mí".

1. Jesús dijo estas palabras cuando se despedía de sus discípulos. Fue una despedida tranquilizante, esperanzadora y hasta ilusionante: Jesús tranquiliza a sus amigos. Y les asegura que les prepara sitio para estar juntos: *"Os llevaré conmigo"*. Los detalles de humanidad son entrañables. Pero una humanidad fundida con la fe religiosa y la esperanza del que está persuadido de que las limitaciones de lo humano se verán trascendidas.

2. Pero, ¿cómo será eso posible? Las dudas y las oscuridades de Tomás son nuestras dudas y oscuridades. De sobra sabemos que este tipo de lenguaje y estos temas entrañan siempre pensamientos e inseguridades que nunca nos tranquilizan plenamente. Es la inevitable oscuridad de la fe.

3. La respuesta de Jesús es genial: *"El camino soy Yo"*. Quien se esfuerza por identificarse con Jesús, con su bondad, su libertad, su cercanía a todo dolor y toda pena, su paz y su honda felicidad, quien quiere hacer eso, en su vida y en sus circunstancias concretas, está en el buen camino, en el único camino. Teniendo presente un punto capital: esto no es *cuestión de religión*, sino que es *cuestión de humanidad*. Todo ser humano que, coherente con su cultura y sus creencias, se comporta con bondad y humanidad, está en el camino correcto. Porque *la clave de lo que nos enseña Jesús no está en "lo religioso" que explicó, sino en "lo humano" que vivió.*

Jn 14, 7-14

"En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: "Si me conocierais a mí, conoceríais también a mi Padre. Ahora ya lo conocéis y lo habéis visto". Felipe le dice: "Señor, muéstranos al Padre y nos basta". Jesús le replica: "Hace tanto tiempo que estoy con vosotros, ¿y no me conoces, Felipe? Quien me ha visto a mí, ha visto al Padre. ¿Cómo dices tú: "Muéstranos al Padre"? ¿No crees que yo estoy en el Padre y el Padre en mí? Lo que yo os digo no lo hablo por cuenta propia. El Padre, que permanece en mí, él mismo hace las obras. Creedme que yo estoy en el Padre y el Padre en mí. Si no, creed a las obras. Os lo aseguro: el que cree en mí, también él hará las obras que yo hago, y aún mayores. Porque yo me voy al Padre, y lo que pidáis en mi nombre, yo lo haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo. Si me pedís algo en mi nombre, yo lo haré".

1. Jesús plantea aquí directamente el problema que representa *conocer a Dios*. No olvidemos que, en el lenguaje del Nuevo Testamento, *el Padre* es el nombre propio de Dios. Pues bien, Jesús afirma que quien le conoce a él, por eso mismo conoce a Dios. Lo que es tanto como decir que Jesús es la imagen de Dios.

2. Pero Jesús da aquí un paso más. Se trata de un conocimiento que entra por los ojos, es decir, por lo sensible, por lo más carnal y humano que hay en nosotros. Esto explica la intervención de Felipe y la respuesta que Jesús le da. La propuesta de Felipe es enteramente lógica: *"Muéstranos al Padre"*, o sea, *"Muéstranos a Dios"*, dínos cómo es Dios. Lo que no parece lógico es la respuesta de Jesús: *"Tanto tiempo que estoy yo con vosotros y ¿todavía no me conoces? Felipe veía en Jesús a un hombre. No se había enterado todavía de que, en aquel hombre que él veía y palpaba, allí estaba viendo y palpando a Dios.*

3. Felipe seguía creyendo en el Dios Infinito y Absoluto del que siempre había oído hablar. A veces, quizá se preguntaría si en Jesús no había algo del antiguo Dios de siempre. Pero lo que seguramente no le cabía en su cabeza es que el Dios fulminante del Sinaí, el Dios vencedor de todas las batallas, estaba allí, delante de él, cenando, despidiéndose de sus amigos. Dios se había vaciado, había renunciado a su grandeza y había enfilado el camino que, para los hombres de aquel tiempo, era un *"escándalo"* y una *"locura"* (1 Cor 1, 23). Más difícil de entender y aceptar que el Dios infinito es el Dios humanizado. Por eso no entendemos ni aceptamos a Jesús, aunque pensemos que lo entendemos y lo aceptamos.

Jn 15, 1-8

"En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: "Yo soy la verdadera vid y mi Padres el labrador. A todo sarmiento mío que no da fruto lo poda para que dé más fruto. Vosotros estáis limpios por las palabras que os he hablado; permaneced en mí y yo en vosotros. Como el sarmiento no puede dar fruto por sí, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí. Yo soy la vid, vosotros los sarmientos: el que permanece en mí y yo en él, ése da fruto abundante; porque sin mí no podéis hacer nada. Al que no permanece en mí, lo tiran fuera, como al sarmiento, y se seca: luego los recogen y los echan al fuego y arden. Si permanecéis en mí y mis palabras permanecen en vosotros, pediréis lo que deseáis, y se realizará".

1. Jesús se despide de sus amigos más íntimos con una recomendación, que es también un imperativo: *"permaneced en mí"*. El verbo griego *"méno"* no tiene ningún significado sobrenatural. Y no se refiere a permanecer unidos con Jesús por medio de la gracia divina. Tal cosa no estaba (ni podía estar) en la mente de aquellos hombres. Lo que Jesús les pide a los discípulos es que se mantengan firmes y tengan consistencia en lo que han aprendido y vivido junto a él.

2. El motivo de esta petición radica en que, sólo manteniéndose firmes y fieles a lo que han aprendido y vivido con Jesús, sólo así, podrán producir los frutos que de ellos se esperan en la vida. Jesús, en el tiempo que convivió con sus discípulos, no fundó una institución, ni estableció un reglamento, ni dio unas normas o redactó una constitución. Y menos aún puso en marcha una empresa. Jesús fue derecho al fondo de lo que es determinante en la vida: vivió de forma que cambió la mentalidad y el corazón de aquellos hombres. Así, les contagió una mística. Y quedaron marcados con una espiritualidad.

3. Así nació aquel "movimiento de carismáticos itinerantes" (G. Theissen). Un grupo de personas dotadas de un carisma, el don de ejercer autoridad, sin basarse en instituciones y funciones previas. Aquel grupo que, como Jesús, pronto entró en conflicto con las instituciones, tuvo una fuerza de cambio tan fuerte, que desde entonces se inició una nueva etapa en la historia de la cultura. Y también en las esperanzas para este mundo.

Jn 14, 21-26

"En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: "El que sabe mis mandamientos y los guarda, ése me ama: y al que me ama lo amará mi Padre y lo amaré yo, y me mostraré a él". Le dijo Judas, no el Iscariote: "Señor, ¿qué ha sucedido para que te muestres a nosotros y no al mundo?". Respondió Jesús y les dijo: "El que me ama guardará mi palabra y mi Padre lo amará, y vendremos a él y haremos morada en él. El que no me ama no guardará mis palabras. Y la palabra que estáis oyendo no es mía, sino del Padre que me envió. Os he hablado de esto ahora que estoy a vuestro lado; pero el Paráclito, el Espíritu Santo, que enviará el Padre en mi nombre, será quien os lo enseñe todo y os vaya recordando todo lo que os he dicho".

1. Lo primero que dice aquí Jesús es que la condición indispensable para amarle a él es amar a los demás: *"el que realiza mis mandamientos, ése me ama"*. Ahora bien, el "mandamiento" (entolé) central de Jesús, el mandamiento que distingue a los cristianos de los que no lo son, es el mandamiento del amor a los demás (Jn 13, 34-35). Por tanto, lo primero que afirma aquí Jesús es que solamente quien cumple ese mandamiento es quien puede empezar a hablar de su amor a Jesucristo y, en definitiva, a Dios.

2. Además, Jesús insiste en que sólo el que acepta y cumple las palabras de Jesús, ése es el que puede decir que ama al propio Jesús. Por tanto, únicamente desde la aceptación de la palabra y el cumplimiento de su mandato, solamente cuando eso se tiene resuelto, se puede hablar de amor a Jesús y de amor a Dios.

3. Lo importante aquí es tener la sinceridad y la clarividencia para aterrizar en este asunto. Porque, entre cristianos, el lenguaje del amor a Dios y a Cristo está tan manoseado y tan repetido, que ha terminado por ser un lenguaje vacío, que ni dice, ni interpela, ni interesa. Y es que, en los ambientes religiosos, de amor a Cristo hablan hasta las malas personas, individuos que hacen daño a veces, mucho daño, a la Iglesia, a ellos, a otros. El lenguaje del amor a Jesús merece un respeto. Y necesita un cuidado de extrema delicadeza. Porque está prohibido usar el nombre del amor en vano.

Jn 14, 27-31 a

"En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: "La Paz os dejo, mi paz os doy; no os la doy yo como la da el mundo. Que no tiemble vuestro corazón ni se acobarde. Me habéis oído decir: "Me voy y vuelvo a vuestro lado". Si me amarais, os alegraríais de que vaya al Padre, porque el Padre es más que yo. Os lo he dicho ahora, antes de que suceda, para que cuando suceda, sigáis creyendo. Ya no hablaré mucho con vosotros, pues se acerca el Príncipe de este mundo, no es que él tenga poder sobre mí, pero es necesario que el mundo comprenda que yo amo al Padre, y que lo que el Padre me manda, yo lo hago".

1. Jesús les deja a sus discípulos la paz. Es deseo y mandato de Jesús para su comunidad de discípulos. La paz, por tanto, es principio fundante del cristianismo. Y sin embargo, la experiencia histórica nos enseña que el cristianismo ha sido (y sigue siendo) una de las tres grandes religiones "de confrontación", fuente y origen de indecibles violencias. No hace falta recordarlas de nuevo. Son de sobra conocidas. Los dos últimos papas han pedido perdón al mundo por esta historia tan sombría.

2. Hay quien se ha preguntado si la relación entre religión y violencia es una relación meramente *histórica* o es, además, una relación *esencial*. De ser esto así, sería cierto que donde hay religión (sea la que sea) hay violencia. Pero no parece que esto se pueda demostrar. Porque la experiencia histórica nos dice que han existido personas y grupos profundamente religiosos que jamás fueron violentos, sino todo lo contrario. El ejemplo de Francisco de Asís es elocuente en este sentido.

3. Pero ocurre que Jesús distingue sabiamente entre la paz que él da y la que da el "orden establecido" (*kósmos* = "mundo"). La paz de este mundo se basa en el equilibrio de fuerzas y está basada, por tanto, en el principio de la "violencia controlada", que, como sabemos, con tanta frecuencia se descontrola. El problema está en que, no sin razón, se ha dicho que "toda religión es política" (E. Barnavi). Porque toda religión, en cuanto grupo organizado, es poder. De ahí, su conexión con la violencia. Por eso Jesús afirma que él no da la paz como la da el mundo. La paz, que ha de ofrecer el cristianismo, se basa en que hay hombres que toman en serio la presencia de Jesús en ellos y entre ellos. En hombres así, el corazón no tiembla ni se acobarda. Sólo así se anula la raíz de la violencia.

Jn 15, 1-8

"En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: "Yo soy la verdadera vid y mi Padre es el labrador. A todo sarmiento mío que no da fruto, lo arranca; y a todo el que da fruto lo poda, para que dé más fruto. Vosotros ya estáis limpios por las palabras que os he hablado; permaneced en mí y yo en vosotros. Como el sarmiento no puede dar fruto por sí, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros si no permanecéis en mí. Yo soy la vid, vosotros los sarmientos; el que permanece en mí y yo en él, ése da fruto abundante porque sin mí no podéis hacer nada. Al que no permanece en mí, lo tiran fuera como el sarmiento, y se seca; luego los recogen y los echan al fuego, y arden. Si permanecéis en mí, y mis palabras permanecen en vosotros, pediréis lo que deseáis, y se realizará. Con esto recibe gloria mi Padre, con que deis fruto abundante, así seréis discípulos míos".

1. Jesús habla aquí del "fruto" que tienen que producir sus discípulos. Jesús le da a esto tanta importancia que, si no hay fruto, no hay cristiano, ni cristianismo. Ahora bien, si esto se toma en serio, resulta preocupante y problemático en este momento. Porque, ¿qué frutos estamos produciendo hoy los creyentes en Cristo en cuanto tales? ¿Se puede decir que donde hay cristianos, hay paz, armonía, concordia, respeto a los demás y a las instituciones públicas...?

2. El evangelio de Juan establece un criterio sobrecogedor: "para dar fruto, el grano de trigo tiene que fracasar y morir" (Jn 12, 34-36). Jesús, para producir fruto, tuvo que morir (H. Th. Wrege). Aquí está la piedra dura en la que los cristianos nos partimos los dientes porque nunca la acabamos de masticar y digerir. Porque hemos asociado el fruto al éxito, a la influencia, al poder y a las alianzas con otros poderes, que poco o nada tienen que ver con Jesús.

3. La religión cristiana, que han asimilado y viven bastantes que se auto-denominan cristianos, se ha configurado de forma que ya tiene poco que ver con Jesús, por más que haya quienes se empeñen en mantener una ortodoxia doctrinal y de principios abstractos, que, ni proceden del Evangelio, ni por aceptarlos al pie de la letra, hacen a la gente más honrada, más bondadosa, más responsable. ¿No tendremos que volver a ser grano de trigo que se pudre y así da fruto?

Jn 15, 9-11

"En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: "Como el Padre me ha amado, así os he amado yo: permaneced en mi amor. Si guardáis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor, lo mismo que yo he guardado los mandamientos de mi Padre y permanezco en su amor. Os he hablado de esto para que mi alegría esté en vosotros, y vuestra alegría llegue a plenitud".

1. En este texto, Jesús termina hablando de la alegría. De la alegría que llega a su total plenitud. Es decir, se trata de la felicidad perfecta, la aspiración suprema de todos los humanos. Pero es importante caer en la cuenta de que, inmediatamente antes de hablar de semejante felicidad, Jesús ha estado hablando de amor. Jesús vivió dos experiencias que se vinculaban la una a la otra: 1) La necesidad de cariño plenamente satisfecha, por su experiencia religioso-mística de relación con el Padre. 2) La alegría desbordante que vivió y gozó hasta el final de sus días.

2. Jesús quiere que su propia alegría esté en los discípulos. La alegría no se impone, ni se ordena, ni hay recetas para tenerla. *La alegría se contagia*. El que le tiene, la transmite a quienes conviven con él. Como el que está amargado o resentido, contagia amargura y resentimiento. Por tanto, Jesús quiere que los cristianos seamos de tal manera y vivamos de tal forma, que contagiemos alegría, felicidad, bienestar. Y todo esto hasta el colmo.

3. Resulta desagradable constatar que mucha gente asocia a Dios, a Jesús, la religión *más con la tristeza y el sufrimiento que con la alegría y la felicidad*. Aquí tenemos una de las deformaciones más fuertes de la fe cristiana. Una deformación que ha deformado también a Jesús, al Evangelio y a Dios. De lo cual la Iglesia también se ha resentido, y no poco. Mientras, en el tejido social, no se relacione espontáneamente la religión con la alegría, difícil lo van a tener las religiones, empezando por el cristianismo y la Iglesia.

Jn 15, 12-17

"En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: "Éste es mi mandamiento: Que os améis unos a otros como yo os he amado. Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos. Vosotros sois mis amigos, si hacéis lo que yo os mando. Ya no os llamo siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su Señor: a vosotros os llamo amigos, porque todo lo que he oído a mi Padre os lo he dado a conocer. No sois vosotros los que me habéis elegido, soy yo quien os he elegido y os he destinado para que vayáis y deis fruto, y vuestro fruto dure. De modo que lo que pidáis al Padre en mi nombre, os lo dé. Esto os mando: que os améis unos a otros".

1. Para decirlo de la forma más sencilla, el amor se puede vivir como *decisión* o como *atracción*. El amor como decisión puede ser más universal, hasta el extremo de amar incluso al enemigo. Cuando el amor se vive así, gana en extensión, pero no se vive como pasión o deseo. En todo caso, querer así a los demás manifiesta grandeza de espíritu, nobleza y bondad. Este amor sólo se puede vivir cuando para ello hay una motivación que trasciende a la persona a quien queremos. El amor como atracción es limitado y se vive en la relación con personas concretas a las que nos sentimos vinculados por razones de familia, amistad, simpatía o, sobre todo, deseo erótico.

2. El mandamiento del amor, del que habla Jesús, se refiere al amor como decisión. Pero es importante recordar que la fidelidad al amor de atracción no es posible, a lo largo de la vida, si muchas veces no se superan los problemas de convivencia por la fuerza y la firmeza de una decisión que quiere siempre el bien del otro. Y, por tanto, quiere a la otra persona de forma que la relación no degenera jamás en un amor posesivo o impositivo. El amor es amor cuando se traduce en respeto, aceptación, estima y libertad.

3. Así fue el amor de Jesús. Nunca pretendió poseer, ni dominar, ni aprovecharse. Tuvo libertad para decirles a los discípulos los fallos en que caían. Pero nunca les echó en cara nada. Ni les pasó facturas. Y tuvo la delicadeza de tratarlos de tal forma que la noche de la despedida, cuando dijo que uno le iba a traicionar, ninguno sospechó de Judas. Y pasó por

encima de los miedos y abandonos en que le dejaron al final. Jesús quiso mucho a las mujeres: a mujeres que eran bien vistas y a otras que tenían mala fama. No sabemos que jamás fuese posesivo con ninguna. Porque supo unir el cariño al respeto y a la libertad. Jesús, en fin, amó a los que nadie quiere, a los lisiados, a los mendigos y vagabundos, a gentes de mala vida. Esto es lo que nos mandó hacer a todos.

Jn 15, 18-21

"En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: "Si el mundo os odia, sabed que me ha odiado a mí antes que a vosotros. Si fuerais del mundo, el mundo os amaría como cosa suya, pero como no sois del mundo, sino que yo os he escogido sacándoos del mundo, por eso el mundo os odia. Recordad lo que os dije: No es el siervo más que su amo. Si a mí me han perseguido, también a vosotros os perseguirán; si han guardado mi palabra, también guardarán la vuestra. Y todo eso lo harán con vosotros a causa de mi nombre, porque no conocen al que me envió".

1. Si, efectivamente, los seguidores de Jesús se quieren y viven como Jesús quiso, eso tuvo que suponer una innovación que pronto se vio como amenaza y peligro para el "sistema" o el "orden establecido". Por eso Jesús les anuncia el "odio del mundo". La palabra "mundo" traduce el término griego "kósmos", que remite, no sólo a la idea de "totalidad", sino también a lo que es el "sistema", la "institución" y, finalmente, el "ornato" o adorno que usan las personas.

2. ¿Por qué el "orden establecido" odió a Jesús y odia a quienes le siguen? Porque el sistema del orden presente se basa en el "interés" (económico, político...), que controla y domina la libertad. Por el contrario, el proyecto de Jesús se basa en relaciones de amor y libertad, que, al poner sus preferencias en los últimos, entran en conflicto con los intereses de poder, de acumulación, que generan tanta exclusión y tanta violencia. El amor entre personas, que optan por los más desgraciados, puede ser una seria amenaza para los intereses del poder.

3. Jesús ejerce una soberanía, sobre quienes le siguen, que inevitablemente es un peligro para el "orden" de este mundo. Además, cuando hablamos del "orden de este mundo", nos referimos, por supuesto, al ordenamiento político y económico. Pero no sólo eso. La soberanía de Jesús, al ser la soberanía sobre pobres y excluidos, es también un peligro y una amenaza para el ordenamiento religioso. Todo poder, también el religioso, se siente mal cuando percibe que la fuerza del amor, que plantea el Evangelio, cobra vigor y va en serio, con todas sus consecuencias.

Jn 15, 9-17

“En aquel tiempo dijo Jesús a sus discípulos: “Como el Padre me ha amado, así os he amado yo; permaneced en mi amor. Si guardáis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor, lo mismo que yo he guardado los mandamientos de mi Padre y permanezco en su amor. Os he hablado de esto para que mi alegría esté en vosotros, y vuestra alegría llegue a plenitud. Éste es mi mandamiento: que os améis unos a otros como yo os he amado. Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos. Vosotros sois mis amigos, si hacéis lo que yo os mando. Ya no os llamo siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor: a vosotros os llamo amigos, porque todo lo que he oído a mi Padre os lo he dado a conocer. No sois vosotros los que me habéis elegido; soy yo quien os ha elegido; y os he destinado para que vayáis y deis fruto, y vuestro fruto dure. De modo que lo que pidáis al Padre en mi nombre, os lo dé. Esto os mando: “que os améis unos a otros”.

1. Lo que más llama la atención, al leer un texto como éste, es que Jesús, precisamente cuando se estaba despidiendo de sus discípulos y, por tanto, les estaba diciendo lo último que les tenía que decir, les habla de lo que más le gusta oír a cualquier ser humano. Jesús, en efecto, habla de relaciones humanas, concretamente de amor, de alegría, de amistad. Y si les habla de Dios, ni siquiera menciona ese nombre. Jesús les habla del Padre, que le quiere a él. Y que les quiere a ellos, les cuida y las dará lo que le pidan.

2. Pero hay algo más interesante. El criterio de Jesús es que las buenas relaciones humanas son el único medio posible para que sean buenas también nuestras relaciones con lo que llamamos “lo divino”. Da la impresión, oyendo a Jesús, que lo humano y lo divino está todo tan unido, tan mezclado, tan fundido, tan hecho una sola cosa, que no es posible ni pensar que estamos en buena relación con Jesús o con el Padre, si las relaciones entre nosotros los humanos no están claras, ni son limpias, ni transparentes.

3. Es evidente que Jesús veía la religión de forma muy distinta a como la vemos nosotros. Es más, parece que la religión de Jesús se parecía muy poco a la nuestra. El problema fuerte que hoy tenemos los cristianos no está en que la Iglesia esté en crisis y el laicismo sea cada día más fuerte. El problema está en que nuestra religión ha puesto sus preocupaciones en cosas que ni menciona el Evangelio, mientras que el centro del Evangelio ha quedado desplazado, y está a merced de las manías o intereses de cada cual.

Jn 15, 26 - 16, 4 a

“En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: “Cuando venga el Paráclito, que os enviaré desde el Padre, el Espíritu de la verdad, que procede del Padre, él dará testimonio de mí; y también vosotros daréis testimonio, porque desde el principio estáis conmigo. Os he hablado de esto, para que no se tambalee vuestra fe. Os excomulgarán de la Sinagoga, más aún, llegará incluso una hora cuando el que os dé muerte, pensará que da culto a Dios. Y esto lo harán porque no han conocido ni al Padre ni a mí. Os he hablado de esto para que cuando llegue la hora, os acordéis de que yo os lo había dicho”.

1. Jesús avisa a sus discípulos que van a tener que soportar la peor violencia que una persona creyente puede sufrir. Se trata de la violencia de la propia religión. Los discípulos de Jesús eran judíos. Y Jesús les dice que los van a expulsar de la Sinagoga, es decir, que la religión de ellos y de sus padres los va a excomulgar. Más aún, llegará el día en que quien los mate pensará que así da culto a Dios.

2. Sufrir persecución de los poderes civiles, militares o religiosos, pero de otras religiones distintas de la propia, es siempre difícil de soportar. Pero sentir que es tu propia religión la que te margina, te desprecia, te persigue y te amenaza, eso es muy duro. Porque entonces, al sufrimiento físico y moral, se suma la duda, la inseguridad y el miedo a vivir equivocado. Al desprecio de los demás se suma el auto-desprecio. La destrucción que se vive, en esos casos, es total. Y además hay que vivir tal destrucción en soledad porque, por lo general, te miran con recelo y sospechan hasta los de tu propia religión. Esto es lo peor de todo.

3. Pero la violencia religiosa puede llegar más lejos. Dice Jesús que se dará el caso en que quien te mate, “pensará que da culto a Dios”. La perversión más asombrosa: el culto *divino* convertido en culto *asesino*. ¿Cómo es posible llegar a semejante contradicción? Muy sencillo: desde el momento en que pensamos en Dios como *El Trascendente*, Dios ya no está a nuestro alcance, nadie lo conoce y, por eso, cada cual lo piensa o lo imagina como le conviene. Y le puede convenir que Dios justifique las venganzas, los odios y los asesinatos. Un Dios “des-humanizado” es el mayor peligro para los mortales.

Jn 16, 5-11

“En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: “Me voy al que me envió, y ninguno de vosotros me pregunta: ¿a dónde vas? Sino que, por haberos dicho esto, la tristeza os ha llenado el corazón. Sin embargo, lo que os digo es la verdad: os conviene que yo me vaya; porque si no me voy, no vendrá a vosotros el Defensor. En cambio, si me voy, os lo enviaré. Y cuando venga, dejará convicto al mundo con la prueba de un pecado, de una justicia, de una condena. De un pecado, porque no creen en mí; de una justicia, porque me voy al Padre y no me veréis; de una condena, porque el Príncipe de este mundo está condenado”.

1. Hablando de despedidas, Jesús se da cuenta que sus amigos más cercanos sienten su corazón invadido por una profunda tristeza. Así las cosas, Jesús les dice lo que menos podían esperar: *“os conviene que yo me vaya”*. Y lo explica: *“vais a necesitar un Defensor”*. Un “Defensor” que ocupe el centro. Porque tendrá la tarea central entre vosotros. Por eso, lo mejor es que yo me quite de en medio. ¿Qué quiere decir todo esto?

2. El evangelio de Juan utiliza aquí el término griego *“parákletos”*, que significa “el que es llamado en apoyo o para ayudar”. Por eso esta palabra pasó a designar al “abogado”, es decir, “el defensor”. Por tanto, Jesús les dice a sus discípulos que, a lo largo de la historia, van a necesitar siempre un abogado que esté en el centro. Con esto, Jesús les dice a los cristianos: si me sois fieles, os vais a meter en líos, tendréis problemas y, por eso, necesitaréis que esté siempre con vosotros un buen abogado defensor.

3. La tarea de este Defensor será convencer al mundo, al “sistema establecido”, de que está equivocado. Porque un sistema que, después de tantos avances, inventos y logros, está destruyendo el planeta, causando millones de muertos cada año, es que no cree nada más que en sí mismo, en el propio sistema de la destrucción. Su pecado es no creer en Jesús y en su propuesta de humanización. No se cree en Jesús porque no se le ve. Pero nuestro Defensor nos dice que el Príncipe de este mundo ha sido derrotado. Así, mantenemos viva la esperanza y estamos persuadidos de que “Otro Mundo es posible”.

Jn 16, 12-15

“En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: “Muchas cosas me quedan por deciros, pero no podéis cargar con ellas por ahora: cuando venga él, el Espíritu de la Verdad, os guiará hasta la verdad plena. Pues lo que hable no será suyo; hablará de lo que oye y os comunicará lo que está por venir. Él me glorificará, porque recibirá de mí lo que os irá comunicando. Todo lo que tiene el Padre es mío. Por eso os he dicho que tomará de lo mío y os lo anunciará”.

1. Muchas veces se ha dicho que el judaísmo, el cristianismo y el islam son las tres “religiones del libro”. No puede haber ninguna religión “del libro”. Porque ningún libro puede contener a Dios, ni todo lo que Dios tiene que decir a quienes tenemos creencias religiosas. Por eso, al decir Jesús: *“Muchas cosas me quedan por deciros”*, lo que en realidad dice es que no hay palabra humana, ni texto humano, que contenga la verdad plena. De ahí que el Evangelio, y cualquier otro texto sagrado, nunca es un *punto de llegada*, sino un *punto de partida*.

2. Por eso, todos los creyentes, a partir de los textos sagrados y definidos que se nos han dado, tenemos el derecho y el deber de seguir buscando. No para negar lo que ya tenemos, sino para ahondar en lo que ya sabemos y así seguir avanzando en la búsqueda de una verdad plena que nos rebasa a todos. De ahí, el respeto que les debemos a quienes no se limitan a repetir y justificar lo que ya se dijo, sino que proponen lo nuevo y desconocido que hasta ahora no sabíamos.

3. Por eso el Espíritu, que promete Jesús, es el *Espíritu de la Verdad*. El Espíritu que tiene como tarea propia *“guiarnos hasta la verdad plena”*. La actitud propia del creyente, de todos los creyentes, es la escucha. Porque nada ni nadie, en este mundo, tiene, ni puede tener, el monopolio del Espíritu. Ni a nadie en particular se le ha prometido la exclusiva. Todos tenemos que escuchar porque todos tenemos que aprender.

Jn 16, 16-20

"En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: "Dentro de poco ya no me veréis, y poco después me volveréis a ver". Entonces algunos de sus discípulos comentaron entre sí: ¿"Qué querrá decirnos con eso de "dentro de poco ya no me veréis y dentro de poco me volveréis a ver" y "Me voy al Padre"? Y decían: "¿Qué es ese "poco"? No sabemos lo que quiere decir". Se dio cuenta Jesús de que querían preguntarle y les dijo: "¿Andáis preguntándoos acerca de lo que dije: "Dentro de poco ya no me veréis, y poco después me volveréis a ver"?". "Yo os aseguro que lloraréis y os lamentaréis, y el mundo se alegrará. Estaréis tristes, pero vuestra tristeza se convertirá en gozo".

1. Jesús palpa la tristeza de los discípulos. Tristeza que llegará al lamento y las lágrimas. Es la tristeza de la ausencia y la inseguridad del que, en un ambiente hostil, se siente solo. Jesús sabe que está hablando a hombres hechos y derechos. Hombres que no son precisamente unos cobardes. Pero también sabe Jesús que las convicciones que los discípulos han hecho suyas no son las convicciones dominantes en los ambientes en los que van a vivir y trabajar. Van a tener un futuro erizado de problemas. Y Jesús lo sabe.

2. La tristeza de la ausencia se refiere, ante todo, a lo que va a ocurrir inmediatamente después: la pasión y la muerte. Pero muy pronto, *"dentro de poco"*, lo volverán a ver. Y Jesús será para ellos, para la comunidad cristiana, *El Viviente*. Por eso insiste Jesús en que *"vuestra tristeza se convertirá en gozo"*.

3. Lo importante de este texto está en la convicción de que Jesús no es un difunto, que, como todos los que mueren, pasó a la historia. De Jesús no queda sólo el recuerdo y el ejemplo de lo que fue su vida. Además de eso, de Jesús tenemos la presencia viva del Viviente que es. No tenemos evidencia de ello. Pero la fe nos hace palpar su presencia reconfortante y gozosa. Lo vemos presente en la fuerza de transformación que tiene en tantas personas y grupos que ocultamente siguen haciendo presente el Evangelio en nuestra historia. De no ser así, no se entiende la actualidad que sigue teniendo Jesús en este momento.

Jn 16, 20-23 a

"En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: "Vosotros estaréis tristes, pero vuestra tristeza se convertirá en alegría. La mujer, cuando va a dar a luz, siente tristeza, porque ha llegado su hora, pero en cuanto da a luz al niño, ni se acuerda del apuro, por la alegría de que al mundo le ha nacido un hombre. También vosotros ahora sentís tristeza; pero volveré a veros y se alegrará vuestro corazón y nadie os quitará vuestra alegría".

1. Jesús insiste en que se aproxima un cambio decisivo, que marcará un antes y un después. La comparación con la mujer que va a dar a luz así lo indica. El parto es un hecho definitivo: una vida nueva está en el mundo a partir del momento en que la mujer da a luz. Pero a la alegría de la vida nueva precede la tristeza que acompaña a los dolores del parto.

2. Las palabras de Jesús, tal como las presenta el IV Evangelio, son una profecía, que anuncia lo que va a suceder con el paso de la muerte a la vida en la Resurrección. Pero Jesús hace algo más que anunciar el futuro. Lo que, de inmediato, preocupa a Jesús es el estado de ánimo en que ve sumidos a sus amigos. Les invade la tristeza, el miedo, la oscuridad de un futuro que no saben en qué puede parar. Les preocupa el futuro de Jesús. Pero, como es lógico, les preocupa también su propio futuro.

3. Y ahí es donde se pone en evidencia la humanidad de Jesús. Él no soporta verlos tristes, hundidos, desalentados. Jesús aquí, una vez más, se muestra como el Hijo del Padre, imagen del Padre en el mundo. Pero, además de eso y precisamente por eso, se muestra también como el ser humano más sensible al sufrimiento y a la alegría. No quiere ver a sus amigos hundidos. De ahí que su última palabra es *"alegría"*.

Jn 16, 23 b-28

"En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: "Yo os aseguro: Si pedís algo al Padre en mi nombre os lo dará. Hasta ahora no habéis pedido nada en mi nombre: pedid y recibiréis, para que vuestra alegría sea completa. Os he hablado de esto en comparaciones: viene la hora en que ya no hablaré en comparaciones, sino que os hablaré del Padre claramente. Aquel día pediréis en mi nombre y no os digo que yo rogaré al Padre por vosotros, pues el Padre mismo os quiere, porque vosotros me queréis y creéis que yo salí de Dios. Salí del Padre y he venido al mundo, otra vez dejo el mundo y me voy al Padre".

1. Cuando se pide algo a alguien, si se tiene seguridad de que lo va a conceder, es porque se tiene también una confianza que rebasa todos los límites. Por lo que dice Jesús, la confianza se basa en dos cosas: 1) La petición va dirigida al *Padre*. 2) La petición se hace *en nombre de Jesús*. Seguramente nunca hemos pensado en estas dos condiciones que definen cómo tiene que ser la petición del cristiano.

2. Ante todo, se le pide al *Padre*. Se sabe que los griegos, a Zeus le llamaban "rey" por su poder, pero le llamaban "padre" por su solicitud (Dión Crisóstomo, *Or.*, 1, 40). Pues bien, según Jesús, Dios ejerce su soberanía, pero no como Rey, sino como Padre (G. Theissen). Jesús viene a decir que el Dios que él revela, al que deja de llamarle "Dios" y le llama "Padre", *no tiene más soberanía que la que brota de su solicitud amorosa*. El poder del Padre es su amor. Porque *"Dios es amor"* (1 Jn 4, 8. 16). Y en el Nuevo Testamento no hay más definición de Dios que ésa.

3. En segundo lugar, la petición se hace *en nombre de Jesús*. "En nombre de Jesús" sólo se puede pedir lo que está de acuerdo con lo que vivió y enseñó Jesús. Pedir, "en nombre de Jesús", éxitos, ganancias, poderes y otros intereses semejantes, ¿no es un despropósito sin pies ni cabeza? ¿Por qué no pedimos, "en nombre de Jesús", con insistencia y fe, que vivamos, *individual y socialmente*, según el espíritu y la letra del Sermón del Monte?

Mc 16, 15-20

"En aquel tiempo, se apareció Jesús a los Once y les dijo: "Id al mundo entero y proclamad el Evangelio a toda la creación. El que crea y se bautice se salvará; el que se resista a creer será condenado. A los que crean, les acompañarán estos signos: echarán demonios en mi nombre, hablarán lenguas nuevas, cogerán serpientes en sus manos y, si beben un veneno mortal, no les hará daño. Impondrán las manos a los enfermos y quedarán sanos". Después de hablarles, el Señor Jesús subió al cielo y se sentó a la derecha de Dios. Ellos se fueron a pregonar el Evangelio por todas partes, y el Señor cooperaba confirmando la palabra con las señales que los acompañaban".

1. Está demostrado que el evangelio de Marcos termina en 16, 8. Por tanto, Mc 16, 9-20 son conclusiones añadidas posteriormente a este evangelio. Así lo demuestran los códices más autorizados. No se sabe con seguridad cuándo se añadieron estas "conclusiones secundarias" del evangelio de Marcos. Este relato, por tanto, no es auténtico.

2. La Ascensión del Señor es la fiesta de la exaltación de Cristo al cielo. Jesús es entronizado a la derecha de Dios. Además, cuando se lee este evangelio en la misa, esta fiesta se ve también como la exaltación del cristianismo, que aquí se nos presenta como: 1) la *única* religión que salva; 2) la religión *universal*; 3) la religión que tiene *poderes sobrehumanos*, ya que ni las enfermedades, ni las serpientes, ni los venenos pueden amenazar a sus fieles. Ahora bien, ni podemos saber qué significa eso de sentarse a la derecha de Dios. Ni el cristianismo es la única religión universal. Ni los cristianos poseen los poderes sobrehumanos que aquí se mencionan. Y en cuanto a que no haya salvación fuera del cristianismo, la teología actual no está de acuerdo con tal afirmación.

3. La exaltación de Jesús no puede presentarse de forma que dé pie a pensar que Jesús se aleja para siempre de este mundo y, menos aún que Jesús se diviniza hasta tal punto que, por eso mismo, nos resulta menos humano. Todo lo contrario: la exaltación de Jesús es, y debe ser, la más entrañable humanización suya. Y también la nuestra.

Jn 16, 29-33

“En aquel tiempo, dijeron los discípulos a Jesús: “Ahora sí que hablas claro y no usas comparaciones. Ahora vemos que lo sabes todo y no necesitas que te pregunten; por ello creemos que saliste de Dios”. Les contestó Jesús: “¿Ahora creéis? Pues mirad: está para llegar la hora, mejor, ya ha llegado, en que os disperséis cada cual por su lado y a mí me dejéis solo. Pero no estoy solo, porque está conmigo el Padre. Os he hablado de esto, para que encontréis la paz en mí. En el mundo tendréis luchas; pero tened valor: yo he vencido al mundo”.

1. Por lo que dicen los discípulos, ellos mismos dan a entender que no entendían a Jesús y sus palabras les resultaban oscuras o quizá poco comprensibles. De ahí, sus dudas y oscuridades. A los discípulos, que tuvieron el privilegio único de convivir con Jesús, se les hacía oscura la fe, les asaltaban las dudas y no siempre veían con claridad lo que debían hacer. La experiencia de ellos es, en este punto, también nuestra experiencia. La firmeza en la fe no consiste en la claridad sin dudas, sino en la búsqueda que supera las oscuridades.

2. La inseguridad de aquellos hombres en la fe se puso en evidencia apenas se les presentó la primera dificultad seria. La pasión de Jesús produjo inmediatamente la dispersión del grupo. Lo que provocó que Jesús se sintiera abandonado y solo en la situación más dura y en el momento decisivo.

3. Y sin embargo, Jesús pudo afirmar con toda razón: *“no estoy solo”*. La presencia del Padre en su vida fue la fuerza que le sostuvo. Es más, Jesús llega a decir que les habla de su intimidad con el Padre *“para que encontréis paz en mí”*. Saber que el Padre jamás abandona, aunque uno sea cobarde o traidor, es la fuente de paz que nunca falla.

Jn 17, 1-11 a

“En aquel tiempo, Jesús levantando los ojos al cielo dijo: “Padre, ha llegado la hora, glorifica a tu Hijo, para que tu Hijo te glorifique y, por el poder que tú le has dado sobre toda carne, dé la vida eterna a los que le confiaste. Ésta es la vida eterna: que te conozcan a ti, único Dios verdadero, y a tu enviado, Jesucristo. Yo te he glorificado sobre la tierra, he coronado la obra que me encomendaste. Y ahora, Padre glorifícame cerca de ti, con la gloria que yo tenía cerca de ti antes que el mundo existiese. He manifestado tu Nombre a los hombres que me diste de en medio del mundo. Tuyos eran, y tú me los diste, y ellos han guardado tu palabra. Ahora han conocido que todo lo que me diste procede de ti; porque yo les he comunicado las palabras que tú me diste, y ellos las han recibido, y han conocido verdaderamente que yo salí de ti, y han creído que tú me has enviado. Te ruego por ellos; no ruego por el mundo, sino por estos que tu me diste y son tuyos. Sí, todo lo mío es tuyo y lo tuyo mío; y en ellos he sido glorificado. Ya no voy a estar en el mundo; pero ellos están en el mundo, mientras yo voy a ti”.

1. Esta larga oración, que Jesús pronuncia antes de su pasión y muerte, es una meditación teológica que hace el autor del IV Evangelio. Una meditación que el autor pone en boca de Jesús en forma de plegaria al Padre. Esta oración, por tanto, no expresa lo que Jesús pensaba aquella noche, horas antes de morir, sino la cristología que predominaba en “la comunidad del discípulo amado”, seguramente a finales del siglo primero. Lo cual no quiere decir que todo esto fuera un invento del “discípulo amado”. Como es lógico, en esta oración se recogen ideas y palabras que fueron clave para Jesús.

2. Cuando llegó el momento culminante, Jesús fue consciente de que le había llegado *“la hora”*. Concretamente, *“su hora”*. No sólo la hora de la muerte, sino además, y en aquella muerte tal como se produjo, Jesús vio la *hora de la gloria*. Estamos, por tanto, ante la inversión total de todos los valores que en este mundo se aprecian y se exaltan. Con lo que Jesús está diciendo que *la glorificación no está en el éxito y el triunfo, sino en la vinculación de la propia suerte y el propio destino a la suerte y al destino de todas las víctimas de este mundo*.

Jn 17, 11 b-19

"En aquel tiempo, Jesús, levantando los ojos al cielo, oró diciendo: "Padre santo: guárdalos en tu nombre a los que me has dado, para que sean uno, como nosotros. Cuando estaba con ellos, yo guardaba en tu nombre a los que me diste, y los custodiaba, y ninguno de ellos se perdió, sino el hijo de la perdición, para que se cumpliera la Escritura. Ahora voy a ti, y digo esto en el mundo para que ellos mismos tengan mi alegría cumplida. Yo les he dado tu palabra, y el mundo los ha odiado porque no son del mundo, como tampoco yo soy del mundo. No ruego que los retires del mundo, sino que los guardes del mal. No son del mundo, como tampoco yo soy del mundo. Santifícalos en la verdad: tu palabra es verdad. Como tú me enviaste al mundo, así los envío yo también al mundo. Y por ellos me consagro yo para que también se consagren ellos en la verdad".

1. Jesús pide aquí tres cosas para su comunidad de discípulos. Ante todo, Jesús pide *unidad*. Y no cualquier forma de unidad. Jesús le ruega al Padre: *"que sean uno, como nosotros"*. La unidad de los creyentes ha de ser, según el deseo de Jesús, la reproducción visible en el mundo de la unidad invisible que existe en Dios, tal como Jesús nos ha enseñado que es Dios: *unión de seres que supera todas las desuniones que pude haber en esta vida*. Es lo primero por lo que se tienen que afanar quienes dicen o piensan que siguen a Jesús.

2. En segundo lugar, Jesús pide *alegría*. Jesús lo dice con una expresión fuerte: *"que ellos mismos tengan mi alegría cumplida"*. La gran preocupación de Jesús es que se sientan felices, que en ellos se reproduzca la experiencia de gozo profundo, que supera los peores momentos, de forma que el clima humano habitual en ellos no sea el miedo, la culpa, la ansiedad o la oscuridad, sino una alegría tan fuerte, que resulte difícil de explicar.

3. En tercer lugar, que vivan en la *verdad*. Es cierto que el concepto de "verdad" es muy difícil de explicar. Y seguramente más aún cuando hablamos de la "verdad" en el IV Evangelio. En cualquier caso, la verdad aquí no es la que pueden enseñar los filósofos. Ni algo que se sitúa en el plano de las teorías y de los conocimientos. Vivir en la verdad es vivir en la fidelidad, que nos es posible, a la Palabra, que es Jesús mismo.

Jn 17, 20-26

"En aquel tiempo, levantando los ojos al cielo Jesús dijo: "No sólo por ellos ruego, sino también por los que crean en mí por la palabra de ellos, para que todos sean uno, como tú, Padre en mí y yo en ti, para que ellos también lo sean en nosotros, para que el mundo crea que tú me has enviado. También les di a ellos la gloria que tú me diste, para que sean uno, como nosotros somos uno: yo en ellos y tú en mí para que sean completamente uno, de modo que el mundo sepa que tú me has enviado y los has amado como me has amado a mí. Padre, éste es mi deseo: que los que me confiaste estén conmigo, donde yo estoy y contemplen mi gloria, la que me diste, porque me amabas, antes de la fundación del mundo. Padre justo, si el mundo no me ha conocido, yo te he conocido, y éstos han conocido que tú me enviaste. Les he dado a conocer y les daré a conocer tu Nombre, para que el amor que me tenías esté en ellos, como también yo estoy en ellos".

1. Prescindiendo de problemas históricos, relacionados con la comunidad en la que se redactó este texto, y dado que de eso no tenemos un conocimiento seguro, lo más razonable será pensar en lo que este evangelio dice claramente y las consecuencias que entraña.

2. Aquí se insiste en que el deseo más fuerte de Jesús es la unidad de los que crean en él, sean quienes sean y estén donde estén. Además, Jesús pide una unidad tal, que sea un argumento para que el mundo crea que Jesús ha venido de Dios. O sea, la unidad entre los creyentes en Jesús tiene que ser un fenómeno que sólo se pueda explicar porque en eso se palpa la intervención de una fuerza que rebasa lo meramente humano.

3. Si tenemos en cuenta que en este mundo hay gentes tan distintas, en culturas, lenguajes, formas de pensar y, sobre todo, intereses tan diversos y hasta opuestos, resulta evidente que la unidad que pide Jesús no puede ser: 1) coincidencia de todos con las ideas y el lenguaje religioso de la cultura helenista de los ss. IV y V; 2) uniformidad en prácticas rituales propias de la cultura latina de la Edad Media; 3) sumisión de todos a un solo hombre, que es visto como el representante de Cristo en la tierra. Parece razonable decir que la unidad que pide Jesús, para todos los que

crean en él, tiene que ser algo más profundo y que sea algo motivador para cualquier ser humano. ¿No podría decirse que estamos hablando de la unidad en lo que todos anhelamos y nunca alcanzamos? ¿No sería la unidad en el respeto, la tolerancia, el acercamiento a la igualdad en derechos y deberes, y, por supuesto, en el amor que todos necesitamos? ¿No habría que decir que, si se da esa unidad, es que la Humanidad, que se reveló en Jesús y en tantos otros hombres profundamente humanos, la ha hecho posible? Si no coincidimos, al menos, en esto, hablar de unidad, ¿no es hablar por hablar?

25 DE MAYO - VIERNES

7ª SEMANA DE PASCUA

Jn 21, 15-19

"Habiéndose aparecido Jesús a sus discípulos y comiendo con ellos, preguntó a Simón Pedro: "Simón, hijo de Juan, ¿me amas más que éstos?" El le contestó: "Sí, Señor, tú sabes que te quiero". Jesús le dice: "Apacienta mis corderos". Por segunda vez le pregunta: "Simón, hijo de Juan, ¿me amas?". El le contesta: "Sí, Señor, tú sabes que te quiero". Él le dice: "Pastorea mis ovejas". Por tercera vez le pregunta: "Simón, hijo de Juan, ¿me quieres?". Se entristeció Pedro de que le preguntara por tercera vez si lo quería y le contestó: "Señor, tú conoces todo, tú sabes que te quiero". Jesús le dice: "Apacienta mis ovejas. Te lo aseguro: cuando eras joven, tú mismo te ceñías e ibas a donde querías, pero cuando seas viejo, extenderás las manos, otro te ceñirá y te llevará a donde no quieras". Eso dijo aludiendo a la muerte con que iba a dar gloria a Dios".

1. Siempre se ha dicho que, a las tres negaciones de Pedro en la pasión, corresponden estas tres afirmaciones de fidelidad de Pedro a Jesús en la resurrección. Pero el contenido de las tres preguntas de Jesús, y el triple encargo o tarea que encomienda a Pedro, van mucho más lejos de lo que sería restaurar una amistad, una fe y una confianza.
2. Jesús repite tres veces una pregunta que nunca había hecho a nadie –que sepamos– durante su vida pública. En los evangelios no consta que Jesús le preguntara a alguien si lo quería. Es verdad que Pedro había negado, tres veces y en público, su relación con Jesús. Pero tales negaciones se podían haber resuelto con otro tipo de pregunta. No cabe duda que el *Resucitado* se muestra más *Humanizado* que antes de ser "constituido *Hijo de Dios en plena fuerza a partir de su resurrección*" (Rm 1, 4). En Jesús, lo divino se funde con lo humano, de forma que *cuanto más divino y más sagrado, más humano y más laico*.
3. El encargo de Jesús a Pedro es constituirlo "pastor" de sus ovejas Pedro prolonga en la historia el servicio del *Buen Pastor* (Jn 10, 11-16). A diferencia de los "pastores mercenarios", el ministerio de Pedro no se define por el poder o la autoridad, sino por el despojo de todo interés, de manera que *el interés primordial de Pedro*, y de quienes prologuen su ministerio a lo largo de los tiempos, ha de ser la seguridad y la protección de sus ovejas.

Jn 21, 20-25

"En aquel tiempo Pedro, volviéndose, vio que los seguía el discípulo a quien Jesús tanto amaba (el mismo que en la cena se había apoyado en su pecho y le había preguntado: Señor, ¿quién es el que te va a entregar?). Al verlo, Pedro, dice a Jesús: "Señor, y éste ¿Qué?". Jesús le contesta: "Si quiero que se quede hasta que yo venga, ¿a ti qué? Tú sígueme". Entonces se empezó a correr entre los hermanos el rumor de que ese discípulo no moriría, pero no le dijo Jesús que no moriría, sino: "Si quiero que se quede hasta que yo venga, ¿a ti qué?". Éste es el discípulo que da testimonio de todo esto y lo ha escrito: y nosotros sabemos que su testimonio es verdadero. Muchas otras cosas hizo Jesús. Si se escribieran una por una, pienso que los libros no cabrían ni en todo el mundo".

1. Este diálogo final explica por qué el autor del IV Evangelio añadió el capítulo 21 a la primera redacción del texto. El "discípulo amado", autor de este evangelio, no iba a vivir hasta la definitiva venida del Señor. Pero ¿qué hay detrás de este incidente, a primera vista, sin importancia?

2. En el grupo de escritos que forman el IV Evangelio y las tres cartas, cuya autoría se atribuye a "Juan", Pedro ocupa un lugar eminente. Pero también es verdad que el IV Evangelio se caracteriza por la mención de un personaje particular de quien no puede afirmarse que perteneciera el grupo de los Doce. Se le designa en dos pasajes como "el otro discípulo" (Jn 18, 15-16; 20, 3-4. 8) y seis veces como "el discípulo a quien Jesús amaba" (Jn 13, 23-26; 19, 25-27; 20, 2; 21, 7; 21, 20-23; 21, 24).

3. Reconociendo la singularidad de Pedro en la comunidad de los creyentes y el servicio de "pastoreo" (que implica la "estructura jerárquica") que Jesús le encomendó, "el discípulo amado" nos indica que existe "otra" manera de ser discípulo, que es la de ser especialmente amado por Jesús. En todo caso, la teología del IV Evangelio y las cartas de Juan indica que la comunidad de Jesús es un tejido de relaciones de amor entre los creyentes, sin que haya nada que decir de cómo se organiza cada comunidad. Para quienes viven esta "otra" manera de ser discípulo de Jesús, *la organización se basa exclusivamente en el servicio mutuo* (X. León-Dufour).

Jn 20, 19-23

"Al anochecer de aquel día, el día primero de la semana, estaban los discípulos en una casa, con las puertas cerradas, por miedo a los judíos. En esto entró Jesús, se puso en medio y les dijo: "Paz a vosotros". Y diciendo esto, les enseñó las manos y el costado. Y los discípulos se llenaron de alegría al ver al Señor. Jesús repitió: "Paz a vosotros. Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo". Y dicho esto, exhaló su aliento sobre ellos y les dijo: "Recibid el Espíritu Santo; a quienes les perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos".

1. El evangelio del domingo de Pentecostés relaciona esta fiesta con tres hechos fundamentales: 1) el Resucitado se hace presente a su comunidad mostrando "las manos y el costado", es decir, las señas de identidad de la resurrección son las llagas del que ha muerto como víctima; 2) Jesús envía a los discípulos a continuar la misma misión que él ha cumplido y que ha dejado sus huellas en las llagas; 3) de la misma manera que Jesús, al morir, "entregó el espíritu" (*parédoken to pneuma*) (Jn 19, 30), ahora les dice: "Recibid Espíritu Santo" (*lábet pneuma Agion*) (Jn 20, 22). Cuando Jesús se va, en su lugar, deja el Espíritu.

2. A partir de Pentecostés, inicia su andadura la comunidad de creyentes en Jesús, que, con el paso de los años, se auto-denominó Iglesia. Esta Comunidad-Iglesia vive sobre la base de tres principios que la constituyen: 1) la memoria de Jesús, "memoria subversiva" del Crucificado y Resucitado; 2) la presencia del Espíritu, que la conduce y le enseña progresivamente la verdad plena; 3) el ministerio apostólico, testigo del recuerdo, la vida y las enseñanzas de Jesús.

3. En la Iglesia de todos los tiempos se ha dado la tentación constante de centrarlo todo en el ministerio como testigo de Jesús y su Evangelio. Cuando se hace esto, se incurre en lo que bien ha sido denominado como el "cristomonismo" = Cristo - Apóstoles (Y. Congar), es decir, en la práctica se prescinde del Espíritu o, lo que es lo mismo, se "supone" que, en toda actuación ministerial o jerárquica, está presente y operante el Espíritu, lo que equivale de facto a anular su presencia.

Mc 10, 17-27

En aquel tiempo, cuando salía Jesús al camino, se le acercó uno corriendo, se arrodilló y le preguntó: "Maestro bueno, ¿qué tengo que hacer para heredar la vida eterna?" Jesús le contestó: "¿Por qué me llamas bueno? No hay nadie bueno más que Dios. Ya sabes los mandamientos: no matarás, no cometerás adulterio, no robarás, no darás falso testimonio, no estafarás, honra a tu padre y a tu madre". Él replicó: "Maestro, todo eso lo he cumplido desde pequeño". Jesús se le quedó mirando con cariño y le dijo: "Una cosa te falta: anda, vende lo que tienes, dale el dinero a los pobres –así tendrás un tesoro en el cielo–, y luego, sígueme". A esas palabras, él frunció el ceño y se marchó pesadoso, porque era muy rico. Jesús, mirando alrededor, dijo a sus discípulos: "¿Qué difícil les va a ser a los ricos entrar en el Reino de Dios". Los discípulos se extrañaron de estas palabras. Jesús añadió: "Hijos, ¿qué difícil les es entrar en el Reino de Dios a los que ponen su confianza en el dinero! Más fácil le es a un camello pasar por el ojo de una aguja, que a un rico entrar en el Reino de Dios". Ellos se espantaron y comentaban: "Entonces, ¿quién puede salvarse?" Jesús se les quedó mirando y les dijo: "Es imposible para los hombres, no para Dios. Dios lo puede todo".

1. Este relato es uno de los textos más claros para comprender lo que realmente era determinante, en la religiosidad y en la cultura del tiempo de Jesús, para alcanzar lo más importante: entrar en el Reino de Dios, o sea tener a Dios por Rey y hacer lo que Dios quiere y espera de cada creyente. El anónimo demandante, que se acerca a Jesús, no le pregunta por lo que tiene que "creer" o los ritos y ceremoniales que tiene que "cumplir". Es decir, no pregunta ni por dogmas, ni por creencias, ni por observancias. Lo que aquel hombre veía que era decisivo es lo que "tenía que hacer".

2. Jesús acepta la pregunta y responde a ella. Jesús, por tanto, estaba de acuerdo con el planteamiento que le hace el hombre que pregunta. En el fondo, esto significa que, para Jesús, lo importante y lo decisivo no son las "creencias religiosas" o las "observancias rituales". Lo decisivo, para Jesús es la "ética", es decir, la "conducta". Para explicar de qué conducta

se trata, Jesús le recuerda los mandamientos. Pero recuerda sólo los mandamientos que se refieren al provecho del prójimo, no los que defienden el honor de Dios. Es lo mismo que hace san Pablo en la carta a los romanos (Rom 13, 8-9; cf. Ex 20, 13-17; Deut 5, 17-21). Porque, a juicio de Pablo, toda la ética cristiana alcanza su síntesis y su culminación en: "Amarás a tu prójimo como a ti mismo" (Lev 19, 18).

3. El abandono de la riqueza y el seguimiento de Jesús es el nudo de la cuestión. Este relato viene a decir que el mayor impedimento para querer a los demás es el apego y la confianza en el dinero. De forma que, en definitiva, lo que Jesús afirma es que sólo puede amar de verdad a los demás el que pone al dinero (y la confianza en el dinero) en su sitio. Y su sitio es la utilidad social, la ayuda a l que lo necesita y, sobre todo, la justicia. Sólo el que ve así las cosas y hace así las cosas puede seguir a Jesús. Y sólo ése es el que puede entrar en el Reino de Dios.

Mc 10, 28-31

En aquel tiempo, Pedro se puso a decirle a Jesús: "Ya ves que nosotros lo hemos dejado todo y te hemos seguido". Jesús dijo: "Os aseguro que quien deja casa, o hermanos, o madre o padre, o hijos o tierras, por mí y por el Evangelio, recibirá ahora, en este tiempo, cien veces más –casas y hermanos y hermanas y madres e hijos y tierras, con persecuciones–, y en la edad futura, vida eterna. Muchos primeros serán últimos, y muchos últimos primeros".

1. Lo central, que enseña este breve y denso relato, es que lo determinante en el proyecto de Jesús es la libertad real y efectiva ante todo lo que nos ata y nos condiciona en la vida. Eso fue lo que más distinguió al propio Jesús: abandonó su casa, su familia, su aldea, su trabajo... Y se fue él solo. De forma que, mientras vivió, fue un carismático itinerante, que encontró en la comunidad de sus discípulos, seguidores y amigos el sustitutivo de toda instalación, de toda seguridad, de toda protección económica, laboral, social y hasta religiosa. Porque, como muy bien se ha dicho, Jesús encontró en la comunidad un sustitutivo del templo (G. Theissen).

2. Esto no quiere decir que, para ser cristiano y seguidor de Jesús, sea imprescindible andar de un lado para otro, sin casa, sin hogar, sin familia, sin profesión... Esto sería una extravagancia sin sentido, si es que se pretendiera hacer de ello la norma fundamental del cristianismo. Pedro siguió teniendo y utilizando su barca (Jn 21, 2-3), es decir, su propiedad y su medio de trabajo. Como, más tarde, Pedro y los demás apóstoles siguieron viviendo con sus mujeres (1 Cor 9, 4). Pero nada de eso les impidió vivir siempre disponibles, con la libertad del Evangelio, para ir a donde hiciera falta y a lo que fuera necesario.

3. La libertad al servicio de los demás es la mística de los cristianos. Libertad para pensar y para decir lo que se piensa. Libertad para defender la justicia, el bien de los excluidos y marginados. Libertad ante el sistema social y político, en la medida en que todo ese montaje es causante de represión, humillación y violencia. Sin duda alguna, la libertad es lo más duro y lo más necesario en la vida, si es que se quiere hacer algo que valga la pena para lograr el mundo y la Iglesia que anhelamos y necesitamos.

Mc 10, 32-45

En aquel tiempo, los discípulos iban subiendo camino de Jerusalén, y Jesús se les adelantaba; los discípulos se extrañaban y los que seguían iban asustados. Él tomó aparte otra vez a los Doce y se puso a decirles lo que le iba a suceder: "Mirad, estamos subiendo a Jerusalén, y el Hijo del Hombre va a ser entregado a los sumos sacerdotes y a los letrados, lo condenarán a muerte y lo entregarán a los gentiles, se burlarán de él, le escupirán, lo azotarán y lo matarán; y a los tres días resucitará". Se le acercaron los hijos de Zebedeo, Santiago y Juan, y le dijeron: "Maestro, queremos que hagas lo que te vamos a pedir". Les preguntó: "¿Qué queréis que haga por vosotros?" Contestaron: "Concédenos sentarnos en tu gloria uno a tu derecha y otro a tu izquierda". Jesús replicó: "No sabéis lo que pedís, ¿sois capaces de beber el cáliz que yo he de beber, o de bautizaros con el bautismo con que yo me voy a bautizar?" Contestaron: "Lo somos". Jesús les dijo: "El cáliz que yo voy a beber lo beberéis, y os bautizaréis con el bautismo con que yo me voy a bautizar,, pero el sentarse a mi derecha o a mi izquierda no me toca a mí concederlo; está ya reservado". Los otros diez, al oír aquello, se indignaron contra Santiago y Juan. Jesús, reuniéndolos, les dijo: "Sabéis que los que son reconocidos como jefes de los pueblos los tiranizan, y que los grandes los oprimen. Vosotros, nada de eso: el que quiera ser grande, sea vuestro servidor; y el que quiera ser primero, sea esclavo de todos. Porque el Hijo del Hombre no ha venido para que lo sirvan, sino para servir y dar su vida en rescate por todos".

1. Este relato tiene claramente dos partes, íntimamente relacionadas la una con la otra. La primera parte (Mc 10, 31-34) reproduce el tercer anuncio de la pasión, que es paralelo de Mt 20, 18-19 y Lc 18, 31-33. Han precedido dos anuncios del final trágico, que Jesús anuncio tal y como le esperaba en Jerusalén (Mt 16, 21; Mc 8, 31; Lc 9, 22 y Mt 17-22-23; Mc 9, 31; Lc 9, 43-44). Lo sorprendente es que todos estos textos coinciden en lo fundamental. Señal clara de que no fue un invento de los primeros cristianos, para sugerir que Jesús adivinaba el futuro. Se trata de algo mucho más grande y más dramático: tal como iba transcurriendo su vida, Jesús

era consciente de que su vida terminaba como, de hecho, terminó (J. Jeremías). Y lo más estremecedor es que Jesús no cedió. Y siguió derecho y por delante de todos hacia el final que le aguardaba en la capital.

2. La segunda parte de este relato (Mc 10, 35-45; Mt 20, 20-28) nos informa de la postura, radicalmente opuesta a Jesús, que tenían sus apóstoles. Según los evangelios, unir la propia vida y el propio destino, a lo que fue la vida y el destino de Jesús, significa no sólo correr peligro (Mt 5, 39; Lc 6, 29; Mt 16; Lc 10, 3; Mt 10, 23...) (D. G. Dunn), sino algo mucho más dramático: asumir la posibilidad y hasta la probabilidad del fracaso, el rechazo y la exclusión total, hasta la misma muerte. Pero está claro que, empezando por Santiago y Juan, y acabando por los demás, aquellos hombres no entendían la vida así. Todo lo contrario: la entendían como un proyecto de instalarse y de situarse sobre los demás. De ahí las apetencias de unos y la rivalidad de los demás. Con la consiguiente reprimenda que les dirigió Jesús, que cortó por lo sano con aquellas turbias apetencias.

3. Está claro que la Iglesia naciente ya tuvo conocimiento y experiencia de las aspiraciones por conseguir y ejercer poder sobre los demás, que anidan en el corazón de los discípulos de Jesús. Y, por tanto, en los proyectos de gobierno de la Iglesia. La primera carta de Pedro habla de esta tentación con dureza: "Me dirijo a los responsables de vuestras comunidades....: *cuidad del rebaño de Dios que tenéis a vuestro cargo, mirad por él, no por obligación, sino de buena gana, como Dios quiere; tampoco por sacar dinero, sino con entusiasmo; no tiranizando a los que os han confiado, sino haciéndoos modelo del rebaño*" (1 Pe 5, 1-3).

Mc 10, 46-52

En aquel tiempo. Al salir Jesús de Jericó con sus discípulos y bastante gente, el ciego Bartimeo (el hijo de Timeo) estaba sentado al borde del camino pidiendo limosna. Al oír que era Jesús Nazareno, empezó a gritar: "Hijo de David, Jesús, ten compasión de mí". Muchos le regañaban para que se callara. Pero él gritaba más: "Hijo de David, , ten compasión de mí". Jesús se detuvo y dijo: "Llamadlo". Llamaron al ciego, diciéndole: "Ánimo, levántate, que te llama". Soltó el manto, dio un salto y se acercó a Jesús. Jesús le dijo: "¿Qué quieres que haga por ti?" El ciego le contestó: "Maestro, que pueda ver". Jesús le dijo: "Anda, tu fe te ha curado". Y al momento recobró la vista y lo seguía por el camino.

1. Este episodio de la curación del ciego, a la salida de Jericó, ya cerca de Jerusalén, fue considerado de importancia en las comunidades primitivas. Prueba de ello es que lo relatan, además de Marcos, los otros dos sinópticos (Mt 20, 29-34; Lc 18, 35-43). Y en los tres relatos, se repite que el ciego apeló a Jesús utilizando el título de "Hijo de David", cosa que en cada relato se repite dos veces. Es claro que, en el caso de esta curación, lo que se destaca es, no sólo y como es obvio, la curación en sí, sino además el apelativo que un pobre mendigo, además ciego, le dirige a Jesús. Sin duda, ese título estaba aceptado y era común en vida de Jesús.

2. ¿Qué importancia tiene esto? "Hijo de David" era un título que se utilizaba para designar al Mesías. Y es claro que, si un pordiosero ciego grita llamando así a Jesús, resulta evidente que era popular y generalizado reconocer a Jesús como el Mesías, como el esperado y el que colmaría las aspiraciones populares de un pueblo sufrido, pero que no se resignaba a su situación.

3. Lo determinante para un creyentes en Jesús es que en él se vea la solución y en él se tenga la esperanza para salir adelante. Creer en Jesús no es sólo esperar de él la salvación eterna. Es, ante todo, confiar en que él nos abre los ojos, nos hace ver las cosas como son y nos abre un camino para seguirle con alegría. Esto es lo que, sobre todo, nos tiene que aportar la fe en Jesús. Y lo que nosotros, como seguidores de Jesús, debemos ofrecer a quienes nos necesitan.

Mc 11, 11-26

Después que la muchedumbre lo hubo aclamado, entró Jesús en Jerusalén, en el templo, lo estuvo observando todo, y, como era ya tarde, se marchó a Betania con los Doce. Al día siguiente, cuando salió de Betania, sintió hambre. Vio de lejos una higuera con hojas, y se acercó para ver si encontraba algo; al llegar no encontró más que hojas, porque no era tiempo de higos. Entonces le dijo: "Nunca más coma nadie de ti". Los discípulos lo oyeron. Llegaron a Jerusalén, entró en el templo, se puso a echar a los que traficaban allí, volcando las mesas de los cambistas y los puestos de los que vendían palomas. Y no consentía a nadie transportar objetos por el templo. Y los instruía diciendo: "¿No está escrito: Mi casa se llama Casa de Oración para todos los pueblos?" Vosotros en cambio la habéis convertido en cueva de bandidos". Se enteraron los sumos sacerdotes y los letrados, y como le tenían miedo, porque todo el mundo estaba asombrado de su enseñanza, buscaban una manera de acabar con él. Cuando atardeció, salieron de la ciudad. A la mañana siguiente, al pasar, vieron la higuera seca de raíz. Pedro cayó en la cuenta y dijo a Jesús: "Maestro, mira, la higuera que maldijiste se ha secado". Jesús contestó: "Tened fe con Dios. Os aseguro que si uno dice a ese monte: "Quítate de ahí y tirate al mar", no con dudas, sino con fe en que sucederá lo que dice, lo obtendrá. Por eso os digo: Cualquier cosa que pidáis en la oración, creed que os la han concedido, y la obtendréis. Y cuando os pongáis a orar, perdonad lo que tengáis contra otros, para que también vuestro Padre del cielo os perdone vuestras culpas".

1. Este extenso relato tiene claramente tres partes: 1) el episodio de la higuera; 2) la expulsión de los comerciantes del templo; 3) la enseñanza sobre la eficacia de la oración. Lo de la higuera está relatado de forma que lo que queda patente es el hecho de la esterilidad, que los profetas interpretaron como la resistencia de quienes no querían convertirse al Señor (Jer 8, 13; Os 9, 10). Jesús no se refiere al pueblo, sino a los dirigentes del templo y del culto. Ellos eran los responsables de la esterilidad de aquel culto con sus ceremonias.

2. El incidente de la higuera prepara el hecho central: la violenta expulsión de los comerciantes del templo. Los sumos sacerdotes habían convertido el templo en un mercado, que les proporcionaba importantes ganancias (J. Jeremías). Eso es lo primero que denuncia Jesús, que califica de "bandidos" a quienes hacen eso. Cosa que es aplicable a los responsables de iglesias y centros de culto, cuando se exhiben como museos en los que hay que pagar entrada para visitarlos. Pero hay algo más serio aún: a fin de cuentas, la venta de animales era necesaria para los sacrificios del culto. Eso indica que, en el fondo, lo que Jesús rechaza es el templo mismo y sus ceremoniales. El Dios de Jesús no habita en templos de piedra (Hech 7, 48-50), sino que quiere el culto que brota del espíritu y de la verdad (Jn 4, 21-25).

3. Lo que Jesús dice sobre la eficacia de la oración, que es capaz de trasladar un monte, no se refiere (al menos, en este texto de Marcos) a que la oración traslade montañas, como se suele decir. Jesús no habla de cualquier monte, sino de "ese monte". ¿Qué monte era ése? Era el monte sobre el que estaba construido el templo (cf. Sal 2, 6; Jer 2, 20). Con lo cual Jesús está afirmando que la fe sólida, que no vacila, acaba con el monte santo, con su templo y su culto. Porque Dios quiere el culto "en espíritu y verdad".

Mc 11, 27-33

En aquel tiempo, Jesús y los discípulos volvieron a Jerusalén, y, mientras paseaba por el templo, se le acercaron los sumos sacerdotes, los letrados y los senadores, y le preguntaron: "¿Con qué autoridad haces esto? ¿Quién te ha dado semejante autoridad?" Jesús les replicó: "Os voy a hacer una pregunta y, si me contestáis, os diré con qué autoridad hago esto. El bautismo de Juan, ¿era cosa de Dios o de los hombres? Contestadme". Se pusieron a deliberar: "Si decimos que es de Dios, dirá: "¿Y por qué no le habéis creído?" Pero como digamos que es de los hombres..." (Temían a la gente, porque todo el mundo estaba convencido de que Juan era un profeta). Y respondieron a Jesús: "No sabemos". Jesús les replicó: "Pues tampoco yo os digo con qué autoridad hago esto".

1. Está claro que lo que más preocupa, a los dirigentes del templo y del culto, no es el tema de la conducta, sino el de la autoridad. Jesús ha denunciado que han hecho del templo una cueva de bandidos, un negocio turbio, un asunto de dinero que nada tiene que ver con el culto a Dios. Pero los sacerdotes del templo, en lugar de preguntar si eso es cierto y qué responsabilidad tienen ellos en eso, lo que preguntan es con qué autoridad se les acusa de semejante cosa.

2. La religión está en crisis y los templos vacíos, no porque la gente no busque a Dios, sino porque a los responsables de la religión les interesa más que nadie discuta su autoridad o dude de ella, en vez de preocuparse por lo que se tendrían que preocupar: por su ejemplaridad, su honradez, su preparación para explicar bien la palabras de Dios y celebrar el culto de forma que la gente sienta en eso una experiencia religiosa profunda.

3. Todo esto explica el miedo que sentían los hombres de la religión. Le temían, no a Dios, sino a la opinión popular. Lo que les interesaba era asegurar su propia imagen y su propio prestigio. Pero, como carecían de eso, vivían asustados. Por eso no podían ser hombres libres. Ni podían hablar con libertad ante la gente. Eran un colectivo roto en su interior, descompuesto, inútil. Da pena pensar que eso se pueda repetir todavía, después de tantos siglos leyendo el mismo evangelio.

Mt 28, 16-20

"En aquel tiempo, los Once discípulos se fueron a Galilea, al monte que Jesús les había indicado. Al verlo, ellos se postraron, pero algunos vacilaban. Acercándose a ellos, Jesús les dijo: "Se me ha dado pleno poder en el cielo y en la tierra. Id y haced discípulos de todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo; y enseñándoles a guardar todo lo que os he mandado. Y sabed que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo".

1. Se ha discutido mucho el origen de este texto y su significado. La opinión más autorizada indica que, aunque se produjera esta última aparición de Jesús a sus discípulos, lo que no consta es que Jesús diera este mandato a su comunidad y, menos aún, que hiciera una declaración del misterio de la Santísima Trinidad. El contenido de este misterio, tal como quedó definido en los concilios del s. IV (Nicea y Constantinopla), no está en el Nuevo Testamento. En él no se dice que existan tres personas divinas, unidas en un solo Dios.

2. En el Nuevo Testamento se afirma la fe en Dios como *Padre*, en Jesús como el *Hijo*, y en el *Espíritu Santo*. Es decir, se nos dice que el Dios, en el que creemos, es ante todo "Padre" que no se impone por su poder, sino por su bondad amorosa. Este Padre se ha dado a conocer en un ser humano, Jesús, al que se le denomina el Hijo. Así, el Hijo, Jesús, revela a un Padre profundamente humano y cercano a todos los seres humanos. Finalmente, este Dios actúa en el mundo y en la historia por la fuerza del Espíritu. De forma que los "signos de los tiempos", en la historia y en la vida de los "hombres de espíritu", nos marcan la orientación y los caminos que hemos de seguir para ser fieles al Padre de Jesús, en el Espíritu.

Mc 12, 1-12

“En aquel tiempo, Jesús se puso a hablar en parábolas a los sumos sacerdotes, a los letrados y a los senadores: “Un hombre plantó una viña, la rodeó con una cerca, cavó un lagar, construyó la casa del guarda, la arrendó a unos labradores, y se marchó de viaje. A su tiempo envió un criado a los labradores, para percibir su tanto del fruto de la viña. Ellos lo agarraron, lo apalearon y lo despidieron con las manos vacías. Les envió otro criado: a éste lo insultaron y lo descalabraron. Envio a otro y lo mataron; y a otros muchos los apalearon o los mataron. Le quedaba uno, su hijo querido, y lo envió el último pensando que a su hijo lo respetarían. Pero los labradores se dijeron: “Éste es el heredero. Venga, lo matamos, y será nuestra la herencia”. Y agarrándolo, lo mataron y lo arrojaron fuera de la viña. ¿Qué hará el dueño de la viña? Acabará con los labradores y arrendará la viña a otros. ¿No habéis leído aquel texto: “La piedra que desecharon los arquitectos es ahora la piedra angular. Es el Señor quien lo ha hecho, ha sido un milagro patente?” Intentaron echarle mano, porque veían que la parábola iba por ellos; pero temieron a la gente y se marcharon”.

1. La clave de interpretación de esta parábola hay que buscarla en el *antisemitismo* que pronto brotó en la Iglesia naciente. Jesús fue judío. Pero fue también un crítico muy severo de las desviaciones en que habían incurrido los dirigentes del judaísmo: sumos sacerdotes, letrados y senadores, los tres grupos que formaban el Sanedrín y a los que Jesús dirige la parábola. Además, Jesús presentó a Dios y la Religión de forma muy distinta de como se entendía todo eso en la tradición anterior.

2. Pero la parábola distingue muy bien entre los *dirigentes* y el *pueblo*. Los dirigentes son acusados de asesinos. El pueblo está de parte de Jesús, hasta tal punto que aquellos dirigentes no mataron a Jesús, allí mismo, porque tenían miedo al pueblo. Jesús se enfrentó a los dirigentes, al Dios de los dirigentes y a la Religión que ellos manipulaban.

3. En todo caso, *Jesús no fue antisemita. Ni dio pie al antisemitismo*. Sin embargo, lo que sí es cierto es que Jesús: 1) nos dejó una “imagen” de Dios, encarnado y humanizado, que no coincide con el Dios de la tradición de

Israel; 2) modificó el modo de entender y practicar la religión, no identificada ya con leyes, ritos y espacios sagrados; 3) por todo esto, para Jesús, lo determinante para el encuentro con Dios no es lo que se reduce a “lo religioso” y “lo sagrado”, sino la totalidad de “lo laico”, ya que el punto de ese encuentro no es la *práctica religiosa*, sino el *amor*, que nos ha de unir a todos con todos, también con los semitas. Un punto capital en el que los cristianos no hemos sido precisamente un ejemplo.

Mc 12, 13-17

"En aquel tiempo, mandaron a Jesús unos fariseos y partidarios de Herodes, para cazarlo con una pregunta. Se acercaron y le dijeron: "Maestro, sabemos que eres sincero y que no te importa de nadie; porque no te fijas en apariencias, sino que enseñas el camino de Dios sinceramente. ¿Es lícito pagar impuesto al César o no? ¿pagamos o no pagamos?". Jesús, viendo su hipocresía, les replicó: "¿Por qué intentáis cogerme? Traedme un denario, que lo vea". Se lo trajeron. Y él les preguntó: "¿De quién es esta cara y esta inscripción?". Le contestaron: "Del César". Les replicó: "Lo que es del César pagádselo al César y lo que es de Dios a Dios". Se quedaron admirados".

1. La enseñanza que da Jesús en este evangelio no es, sin más, que hay que pagar los impuestos, a los poderes civiles, lo mismo que hay que dar culto a Dios. El "dinero" y el "culto" religioso son dos cosas que, en la mentalidad de Jesús, no podían estar a la misma altura ni Jesús habló jamás de esas dos cosas dándoles el mismo valor. Entonces, ¿qué quiso decir Jesús con estas palabras que tanto se usan sin saber exactamente lo que se dice?

2. Los que le hicieron la pregunta a Jesús eran individuos adictos a Herodes, un rey déspota que, según los historiadores Josefo y Tácito, arruinó al pueblo con impuestos brutales. Los impuestos se cobraban con dinero romano. De eso se aprovechaban, como es lógico, el César y Herodes. Pero también sacaban tajada los sumos sacerdotes, que aumentaban los ingresos del Templo mediante el dinero romano que era la moneda circulante.

3. Así las cosas, si Jesús hubiera dicho que había que pagar los impuestos, les habría dado la arazón a los canallas que vivían de la explotación fiscal de la pobre gente. La cosa se aclaró cuando nos damos cuenta de que Jesús no dijo "pagad al César", sino "devolved al César". El verbo *apodidomi*, en este contexto, tiene ciertamente el sentido de *devolver*. Lo que Jesús dice, por tanto, es: "devolved al César su dinero, que se lo meta donde le quepa, y no os aprovechéis de él. Y a Dios, *devolvedle* la honra y el respeto que le estáis robando a fuerza de tanto explotar a los pobres y a la gente humilde.

Mc 12, 18-27

"En aquel tiempo, se acercaron a Jesús saduceos, de los que dicen que no hay resurrección, y le preguntaron: "Maestro, Moisés nos dejó escrito: "Si a uno se le muere su hermano, dejando mujer pero no hijos, cácese con la viuda y dé descendencia a su hermano". Pues bien, había siete hermanos: el primero se casó y murió sin hijos; el segundo se casó con la viuda y murió también sin hijos; lo mismo el tercero; y ninguno de los siete dejó hijos. Por último murió la mujer. Cuando llegue la resurrección y vuelvan a la vida, ¿de cuál de ellos será la mujer? Porque los siete han estado casados con ella". Jesús les respondió: "Estáis equivocados, porque no entendéis la Escritura ni el poder de Dios. Cuando resuciten, ni los hombres ni las mujeres se casarán: serán como ángeles del Cielo. Y a propósito de que los muertos resucitan, ¿no habéis leído en el libro de Moisés, en el episodio de la zarza, lo que le dice Dios: Yo soy el Dios de Abrahán, el Dios de Isaac, el Dios de Jacob? No es Dios de muertos, sino de vivos. Estáis muy equivocados".

1. Los saduceos eran el partido opuesto a los fariseos. Sociológicamente pertenecían a la clase alta. No aceptaban la resurrección de los muertos (Hech 23, 8 y Josefo). Por eso, para demostrar su creencia en que no hay nada después de la muerte, le plantean a Jesús un caso esperpéntico, basado en la ley judía (Dt 25, 5-10) interpretada de forma muy rigurosa.

2. La respuesta de Jesús no significa ningún tipo de contraposición entre lo terrenal y lo celestial, como si el matrimonio y la sexualidad fueran cosas terrenales, de las que nos liberaremos en el cielo, cuando seamos como ángeles. Jesús no se refiere a eso. Se limita a decirles a los saduceos que el ejemplo, que le han puesto, no demuestra nada. Por tanto, Jesús reafirma lo que creemos los cristianos sobre la resurrección de los muertos.

3. Pero, de paso, la respuesta de Jesús también sugiere que, en la plenitud de la vida que se nos promete, la sexualidad, "ese oscuro objeto del deseo", dejará de ser un "objeto imposible" (Carlos Domínguez). Porque quizá entonces, cuando la vida no tenga limitación alguna, será cuando el deseo encuentre el paraíso reconstruido, ese fantasma que en esta vida no es sino un mito elaborado por nuestra fantasía. ¿No da pie este evangelio para decir estas cosas?

Mc 12, 28 b-34

"En aquel tiempo, un letrado se acercó a Jesús y le preguntó: "¿Qué mandamiento es el primero de todos?". Respondió Jesús: "El primero es: Escucha, Israel, el Señor nuestro Dios es el único Señor: amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente, con todo tu ser. El segundo es éste: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. No hay mandamiento mayor que éstos". El letrado replicó: "Muy bien, Maestro, tienes razón cuando dices que el Señor es uno solo y no hay otro fuera de él; y que amarlo con todo el corazón, con todo el entendimiento y con todo el ser, y amar al prójimo como a uno mismo, vale más que todos los holocaustos y sacrificios". Jesús, viendo que había respondido sensatamente, le dijo: "No estás lejos del Reino de Dios". Y nadie se atrevió a hacerle más preguntas".

1. Si el "maestro de la ley" pregunta cuál es el mandamiento más importante de todos (el primero), es porque eso era objeto de discusión y los contemporáneos de Jesús no lo tenían claro. Por otra parte, lo que se discutía no era una cuestión meramente especulativa o teórica, sino un asunto de enorme importancia práctica. Porque todo se reducía a saber cuál tiene que ser el criterio central para organizar la vida y la propia conducta.

2. Sobre este asunto tan serio había numerosas respuestas. Seguramente la más generalizada era la que ponía la observancia del sábado como el principal mandamiento. Con esto se estaba afirmando que el centro de la vida era la religión, no el ser humano. Una afirmación de extrema gravedad. Porque quien defiende eso, si lleva tal postura hasta sus últimas consecuencias, puede terminar diciendo, como dijo san Bernarndo, que matar al infiel "no es un *homicidio*, sino un *malicidio*" (*Exhort. Ad milites Templi*, I, 1). En nombre de la religión, se justifica la violencia, la mayor violencia.

3. Jesús es tajante. El centro de la vida y del comportamiento es Dios vinculado al ser humano de tal forma que lo uno es inseparable de lo otro. Lo cual es elevar el respeto a lo humano hasta su valor supremo. Ante eso, ni sacrificios ni holocaustos. O sea, ante eso, ni la religión. Es decir, la religión no puede ser jamás justificante para agredir o marginar a alguien.

Mc 12, 35-37

"En aquel tiempo, mientras enseñaba en el templo, Jesús preguntó: ¿Cómo dicen los letrados que el Mesías es hijo de David? El mismo David, movido por el Espíritu Santo, dice: "Dijo el Señor a mi Señor: siéntate a mi derecha y haré de tus enemigos estrado de tus pies". Si el mismo David lo llama Señor, ¿cómo puede ser hijo suyo?". La gente, que era mucha, disfrutaba escuchándolo".

1. Hay quienes piensan que este texto no procede de Jesús, sino que fue introducido por el propio Marcos. Pero esto no está demostrado. No pasa de ser una mera hipótesis, nacida de la mera suposición de que Jesús no pudo desautorizar al Salmo 110, 1. ¿Qué hay detrás de todo este asunto?

2. Efectivamente, en las Escrituras, que manejaban y explicaban los letrados, había textos que presentaban al Mesías como perteneciente a la dinastía del rey David (2 Sm 7, 16; Is 9, 6; 11, 1; Ez 34, 24). Además, el pueblo entusiasmado había aclamado a Jesús, en su entrada en Jerusalén, como el realizador del reinado de David (Mc 11, 10). Y antes lo había aclamado igualmente el ciego de Jericó (Mc 10, 47). Todo esto suponía que los letrados le enseñaban a la gente que el Mesías tenía que ser, como David, un rey guerrero, victorioso y nacionalista, que vendría para expulsar a los romanos, si era necesario, con violencia.

3. Pues bien, todo esto es lo que desmonta con su pregunta y con un sencillo razonamiento que desautoriza la teología mesiánica que presentaban los letrados. La reacción de la gente, que disfrutaba al oír a Jesús, puede ser una interpretación que añade Marcos. En cualquier caso, pone al descubierto lo impopulares que eran los letrados.

Mc 12, 38-44

“En aquel tiempo, enseñaba Jesús a la multitud y les decía: “¡Cuidado con los letrados! Les encanta pasearse con amplio ropaje y que les hagan reverencias en la plaza, buscan los asientos de honor en las sinagogas y los primeros puestos en los banquetes; y devoran los bienes de las viudas con pretexto de largos rezos. Esos recibirán una sentencia más rigurosa”. Estando Jesús sentado enfrente del cepillo del templo, observaba a la gente que iba echando dinero: muchos ricos echaban en cantidad; se acercó una viuda pobre y echó dos reales. Llamando a sus discípulos les dijo: “Os aseguro que esa pobre viuda ha echado en el cepillo más que nadie. Porque los demás han echado de lo que les sobra, pero ésta, que pasa necesidad, ha echado todo lo que tenía para vivir”.

1. Está bien documentado que los escribas eran hombres bastante estimados ante la opinión pública en el s. I. De ahí el riesgo que corrió Jesús al atacar a los Maestros de la Ley, como aparece en este texto (J. Jeremías). Lo que llama la atención es que Jesús censura con dureza a los escribas, no por la doctrina que enseñan, sino por la forma de vivir que llevan. Para Jesús, es más grave la imagen que dan, que la enseñanza que imparten. ¿De qué imagen se trata?

2. Usan una vestimenta que los distingue de forma que así inspiran un respeto especial. Apetecen reverencias en público. Quieren estar siempre los primeros, lo mismo en los actos religiosos que en los banquetes. Y, como muchos de ellos eran de origen humilde, se aprovechaban de la religión y sus rezos para sacarle el dinero a la gente más sencilla o ingenua. El problema de fondo no era la vanidad o el orgullo. Era el uso de la religión para gozar de prestigio, tener buena imagen, ser vistos como los selectos y así, tener argumentos irrefutables para sacar dinero y vivir bien.

3. Jesús no soporta un montaje así. Lo rechaza con más dureza que las desviaciones doctrinales, que también se daban en aquellos Rabinos. ¿Por qué tal rechazo? Porque una institución, que lo que más cuida es su buena imagen, cae en la degradación peor que se puede caer, en la “hipocresía de los buenos”, los que viven obsesionados por sí mismos pensando que están sirviendo a Dios, al mundo o a los demás. Esto sucedía en tiempo de Jesús. Y sigue sucediendo ahora. Es más peligrosa la imagen pomposa de un personaje religioso que las doctrinas desviadas que pueda enseñar.

Mc 14, 12-16

El primer día de los ázimos, cuando se sacrificaba el cordero pascual, le dijeron a Jesús sus discípulos: “¿Dónde quieres que vayamos a prepararte la cena de Pascua?” Él envió a dos discípulos, diciéndoles: “Id a la ciudad, encontraréis un hombre que lleva un cántaro de agua; seguidlo, y en la casa en que entre, decidle al dueño: “El Maestro pregunta: ¿Dónde está la habitación en que voy a comer la Pascua con mis discípulos? Os enseñará una sala grande en el piso de arriba, arreglada con divanes. Preparadnos allí la cena”. Los discípulos se marcharon, llegaron a la ciudad, encontraron lo que les había dicho y prepararon la cena de Pascua. Mientras comían, Jesús tomó un pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo dio, diciendo: “Tomad, esto es mi cuerpo”. Cogiendo una copa, pronunció la acción de gracias, se la dio y todos bebieron y les dijo: “Esta es mi sangre, sangre de la alianza, derramada por todos. Os aseguro que no volveré a beber del fruto de la vid hasta el día que beba el vino nuevo en el Reino de Dios”. Después de cantar el salmo, salieron para el Monte de los Olivos”.

1. La fiesta del Corpus, instituida por el papa Urbano IV en 1264, por inspiración de una religiosa visionaria, Juliana de Lieja, se consideró, en el s. XIII, como la máxima exaltación de la eucaristía. Pero en realidad fue el culmen de la deformación que, desde entonces, ha servido más para desorientar a los fieles cristianos para que comprendamos el significado más importante de la eucaristía, tal como la vivió y la enseñó Jesús.

2. La desorientación, que muchos tienen en lo que se refiere a la eucaristía, está en lo siguiente: Jesús instituyó la eucaristía en la cena de despedida. Aquella cena, según los evangelios sinópticos, se celebró en la noche de Pascua. Pero el evangelio de Juan, que se escribió varios años después, corrige a los sinópticos en este punto y afirma que la cena de despedida se celebró la víspera de la Pascua judía (Jn 13, 1). La última cena no fue, pues, un acto religioso, sino una cena de despedida. Fue el hecho, tan profundamente humano, de compartir la mesa, cosa “que simboliza la existencia de unos sentimientos y de una relación” (L. E. Klosinski). Así, Jesús fundaba una comunidad nueva en el mundo, no basada en ritos sagra-

dos, en honores y ceremonias solemnes, sino en la comunión de personas que se quieren y comparten sus vidas.

3. Pero es institución genial de Jesús, con el paso del tiempo, dejó de ser una experiencia humana profunda; y se fue transformando en una solemne ceremonia religiosa. Una ceremonia a la que la gente acude con fervor religioso, en el mejor de los casos, pero en la que puede (y en muchos casos suele) carecer de relaciones de respeto, tolerancia, estima, amor y solidaridad, que es lo que se simboliza en el pan que se parte y se comparte; y en el vino consagrado que es la sangre de la vida, la sangre de Jesús, dando vida a los que creen en él.

11 DE JUNIO - LUNES

10ª SEMANA DEL TIEMPO ORDINARIO

Mt 5, 1-12

"En aquel tiempo, al ver Jesús el gentío, subió a la montaña, se sentó y se le acercaron sus discípulos; y él se puso a hablar, enseñándoles: "Dichosos los pobres en el espíritu, porque de ellos es el Reino de los Cielos. Dichosos los sufridos, porque ellos heredarán la tierra. Dichosos los que lloran, porque ellos serán consolados. Dichosos los que tienen hambre y sed de la justicia, porque ellos quedarán saciados. Dichosos los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia. Dichosos los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios. Dichosos los que trabajan por la paz, porque ellos se llamarán "los Hijos de Dios". Dichosos los perseguidos por causa de la justicia, porque de ellos es el Reino de los Cielos. Dichosos vosotros cuando os insulten y os persigan y os calumnien de cualquier modo por mi causa. Estad alegres y contentos, porque vuestra recompensa será grande en el Cielo, que de la misma manera persiguieron a los profetas anteriores a vosotros".

1. Si algo hay claro en este texto, que siempre se ha considerado central en el Evangelio, es que lo primero que le preocupa a Jesús, lo primero que desea para los seres humanos, es *la felicidad*. Jesús insiste en eso machaconamente. Jesús habla de los que son "*dichosos*". No habla de los "*ricos*", ni de los "*poderosos*", ni de los "*notables*". Ni siquiera se refiere a los que son "*religiosos*". Jesús se centra en *lo que es central para todos los seres humanos*. Está clara la mentalidad de Jesús.

2. Jesús piensa y quiere la felicidad de todos. Pero, ¿desde dónde ve él esa felicidad? No la ve, ni la piensa, desde lo que tienen los mejor situados en la vida. La ve desde lo que no tienen los que están más abajo en este mundo. Ahora bien, el *desde dónde* se ve la vida determina *cómo* se ve la vida. Jesús ve este mundo y esta vida desde las carencias de los pobres, desde el dolor de los que sufren y lloran, desde el trabajo de los que se afanan porque en este mundo haya paz, desde el corazón limpio de las buenas personas, desde la humillación de los que se ven perseguidos, insultados, calumniados. Cuando la vida se ve desde tales situaciones, lógicamente se moviliza lo mejor que cada cual lleva en sus entrañas: la sensibilidad ante el sufrimiento; y la protesta ante los causantes de tanta injusticia.

3. El peligro que tienen las "*Bienaventuranzas*" es que las promesas de Cielo, que Jesús hace en ellas, sean utilizadas por gente inmoral para desplazar su contenido a la "*otra vida*". Es la inmoralidad de los "*espirituales*", que se sirven del Cielo para vivir ellos mejor en la Tierra.

Mt 5, 13-16

“En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: “Vosotros sois la sal de la tierra. Pero si la sal se vuelve sosa, ¿con qué la salarán? No sirve más que para tirarla fuera y que la pise la gente. Vosotros sois la luz del mundo. No se puede ocultar una ciudad puesta en lo alto de un monte. Tampoco se enciende una vela para tenerla debajo del celemín, sino para ponerla en el candelero y que alumbre a todos los de la casa. Alumbre así vuestra luz a los hombres, para que vean vuestras buenas obras y den gloria a vuestro Padre que está en el Cielo”.

1. Estas palabras van dirigidas a los mismos a quienes se refieren las bienaventuranzas. A esas gentes, que eran pobres, que sufrían, que se veían perseguidas, ofendidas y calumniadas, les dice Jesús que ellos son la sal de la tierra y la luz del mundo. Cuando se lee el Sermón del Monte, conviene fijarse en que este texto lo dice Jesús a renglón seguido de las bienaventuranzas, sin separación, sin otra aclaración. El criterio de Jesús es que *los que están abajo en la historia son la sal de la tierra y la luz de este mundo*.

2. El criterio de Jesús es que el condimento y la luz, que hacen soportable este mundo, no son los intelectuales, ni los políticos, ni los notables, ni los eclesiásticos, sino los vencidos y los que están abajo en la historia. Lo cual nos parece una contradicción. Y un despropósito sin pies ni cabeza. ¿Por qué Jesús tensa las cosas hasta este extremo? Porque nos quiere decir a todos que *el problema más grave que tenemos es el sufrimiento que, por acción o por omisión, nos causamos unos a otros*. Y eso es lo que más urge remediar. Eso está antes que los saberes de los intelectuales, que los poderes de los políticos, que las influencias de los notables, y que los dogmas y normas de los predicadores religiosos. Lo más apremiante, en cualquier momento de la historia, es que la gente deje de sufrir o, en todo caso, que sufra menos.

3. Cuando se hace eso, el mundo se ilumina y se glorifica a Dios. La vida tiene sentido.

Mt 5, 17-19

“En aquel tiempo, dijo Jesús: “No creáis que he venido a abolir la ley o los profetas: no he venido a abolir, sino a dar plenitud. Os aseguro que antes pasarán el cielo y la tierra que se deje de cumplir hasta la última letra o tilde de la ley. El que se salte uno solo de los preceptos menos importantes, y se lo enseñe así a los hombres, será el menos importante en el Reino de los Cielos. Pero quien los cumpla y enseñe será grande en el Reino de los cielos”.

1. Estas palabras de Jesús, después de lo que ha dicho en las bienaventuranzas y con las metáforas de la sal y de la luz, tienen su razón de ser. Es más, Jesús tenía que decir algo de esto. Porque él hablaba a gente educada en la religión de la ley y los profetas. Pero ahora acaban de escuchar que lo central en la vida no es someterse a la ley religiosa o escuchar las diatribas de los profetas de Dios. Lo central para Jesús es la felicidad de los humanos. De forma que eso es la sal y la luz de este mundo. Pero, entonces, ¿no es eso acabar con la religión? ¿qué queda en pie de la ley y los profetas?

2. Jesús sale al paso de quienes, entonces o ahora, se hacen tales preguntas. El punto de vista de Jesús es muy claro: “No ha venido a suprimir (*katalýo*) la ley o los profetas, sino a llevar todo eso a su plenitud (*pleróo*)”. Con esto Jesús quiso decir lógicamente que la religión alcanza su plenitud, no cuando se centra en sí misma y se reduce a la perfecta observancia de sus ritos y normas. La religión alcanza su plenitud cuando ella deja de ser el centro y se pone al servicio de la felicidad humana, no mediante promesas para otra vida, sino mediante hechos tangibles para esta vida.

3. El que entiende y vive así la religión de la ley y los profetas es el que alcanza grandeza en el Reino de Dios. O sea, así la religión alcanza su pleno sentido. Jesús no anuló la religión. La puso en su sitio.

Mt 5, 20-26

"En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: "Si no sois mejores que los letrados y fariseos, no entraréis en el Reino de los Cielos. Habéis oído que se dijo a los antiguos: No matarás, y el que mate será procesado. Pero yo os digo: todo el que esté peleado con su hermano, será procesado. Y si uno llama a su hermano "imbécil", tendrá que comparecer ante el Sane-drín, y si lo llama "renegado", merece la condena del fuego. Por tanto, si cuando vas a poner tu ofrenda sobre el altar, te acuerdas allí mismo de que tu hermano tiene quejas contra ti, deja allí tu ofrenda ante el altar y vete primero a reconciliarte con tu hermano, y entonces vuelve a presentar tu ofrenda. Procura arreglarte con el que te pone pleito, en seguida, mientras vais todavía de camino, no sea que te entregue al juez, y el juez al alguacil, y te metan en la cárcel. Te aseguro que no saldrás de allí hasta que no hayas pagado el último cuarto".

1. El principio general que establece Jesús es muy claro: si os limitáis a ser como los letrados y fariseos, no tenéis sitio en mi proyecto. Ahora bien, los letrados eran los que mejor conocían la religión; y los fariseos los que tenían fama de ser los más observantes. Por tanto, lo que Jesús les dice a sus discípulos es que el conocimiento de la religión y la observancia de sus normas no son suficientes. ¿Por qué? Porque falta la principal. Es lo que Jesús explica en las antítesis que propone a continuación.

2. La primera antítesis se refiere al Precepto fundamental del respeto en la relación con los demás: "no matarás" (cf. Ex 21, 12; Lev 24, 17). Pero Jesús radicaliza ese respeto hasta el extremo de no tolerar ni el enfado, ni palabras despectivas. Jesús exige, por tanto, el respeto total al otro. Al exigir este tipo de conducta, Jesús hace referencia a castigos de este mundo y del otro para quien falta al respeto al otro. Pero obviamente lo que Jesús establece no es un ordenamiento jurídico estricto. Al contrario, lo que Jesús pide es que seamos de tal calidad humana que no tengamos que ir, ni recurrir, a pleitos y tribunales.

3. El ordenamiento jurídico está establecido para garantizar los derechos de las personas. Eso es enteramente necesario, dado lo que da de sí la condición humana. Pero Jesús pide que la bondad del corazón sea la fuerza que supera cualquier situación de enfrentamiento. Y, en cualquier caso, que jamás faltemos al respeto a nadie.

Mt 5, 27-32

"En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: "Habéis oído el mandamiento "no comerás adulterio". Pues yo os digo: el que mira a una mujer casada deseándola, ya ha sido adúltero con ella en su interior. Si tu ojo derecho te hace caer, sácatelo y tirallo. Más te vale perder un miembro, que ser echado entero en el Abismo. Si tu mano derecha te hace caer, córtatela y tirallo, porque más te vale perder un miembro, que ir a parar entero al Abismo. Está mandado: el que se divorcie de su mujer, que le dé acta de repudio. Pues yo os digo: el que se divorcie de su mujer –excepto en caso de prostitución– le induce al adulterio, y el que se case con la divorciada comete adulterio".

1. Cuando pretendemos entender correctamente estas palabras de Jesús, el mayor disparate que se puede cometer es interpretarlas desde los postulados de la moral católica actual, tanto en lo que se refiere al adulterio como al divorcio. Porque, tanto en el problema del adulterio como en el del divorcio, las leyes y la sociedad del tiempo de Jesús eran muy distintas de lo que son nuestras leyes y nuestra sociedad.

2. Jesús prohíbe "desear" a la mujer casada. Eso ya estaba dicho en el décimo mandamiento (Ex 20, 17), que prohíbe el "deseo" de "todo lo que pertenece al prójimo". Porque el deseo de lo ajeno es la raíz de la violencia (R. Girard). Jesús mostró una notable rigidez moral cuando se trata del comportamiento de los varones: llama adulterio al deseo del varón, no el de la mujer (Mt 5, 27 s) y prohíbe al varón disolver el matrimonio por decisión propia (Mc 10, 2 s). En cambio, Jesús fue muy tolerante con las mujeres cuya conducta sexual no fue ejemplar (Lc 7, 36 ss; Jn 8, 2 ss). En una sociedad patriarcal, Jesús exigió a los varones una ética sexual más rigorista que a las mujeres, a las que protegió de discriminaciones humillantes (G. Theissen).

3. La prohibición del divorcio se refiere al derecho unilateral que tenían los varones, como privilegio de ellos, de repudiar a la mujer (cf. Mt 19, 1-9). La famosa frase: "Lo que Dios ha unido, que no lo separe el hombre" (*ánthropos*) (Mc 10, 9 par) se refiere con seguridad al privilegio del varón (*ánēr*) (Mc 10, 2 par). Jesús no establece la indisolubilidad del matrimonio, sino que defiende la igualdad de derechos de hombre y mujer.

Mt 5, 33-37

“En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: “Sabéis que se mandó a los antiguos: no jurarás en falso y cumplirás tus votos al Señor. Pues yo os digo que no juréis en absoluto: ni por el cielo, que es el trono de Dios; ni por la tierra, que es estrado de sus pies; ni por Jerusalén, que es la ciudad del Gran Rey. Ni jures por tu cabeza, pues no puedes volver blanco o negro un solo pelo. A vosotros os basta decir sí o no. Lo que pasa de ahí viene del Maligno”.

1. Jesús prohíbe de forma terminante el juramento. Lo prohíbe, ante todo, porque jurar es utilizar el nombre de Dios y su autoridad, lo que, si tenemos en cuenta la falibilidad humana, puede degenerar en una falta de respeto al valor supremo que admiten los creyentes. Sobre todo cuando el juramento se utiliza para legitimar cosas y causas injustificables, como es el caso de los cargos públicos que juran en nombre de Dios ocupar puestos de mando que normalmente conllevan violencias, injusticias y atrocidades indecibles.

2. Pero, más allá de lo ya dicho, Jesús exige la veracidad absoluta de la palabra humana. Jesús “eliminó la distinción entre las palabras que tienen que ser verdaderas y aquellas otras que no necesitan serlo” (A. Schlatter). En definitiva, lo que quiere inculcar Jesús es que “el hombre está ligado a Dios en toda su vida cotidiana sin restricción alguna” (U. Luz).

3. Lo que Jesús quiere dejar claro es que cualquier persona ha de ser siempre “de una pieza”. Lo cual se ha de manifestar, ante todo, en la verdad de lo que dice, sin tener que apelar a nada que esté fuera de lo humano. En otras palabras, para Jesús, “lo humano” es una realidad de tal categoría, que no debe tener que echar mano de nada distinto a él o que esté fuera de él, ni siquiera de Dios. La palabra de un ser humano, si es un ser humano cabal, merece un crédito y un respeto absoluto.

Mc 4, 26-34

En aquel tiempo decía Jesús a las turbas: “El Reino de Dios se parece a un hombre que echa simiente en la tierra. Él duerme de noche, y se levanta de mañana; la semilla germina y va creciendo, sin que él sepa cómo. La tierra va produciendo la cosecha ella sola: primero los tallos, luego la espiga, después el grano. Cuando el grano está a punto, se mete la hoz, porque ha llegado la siega”.

Dijo también: “¿Con qué podemos comparar el Reino de Dios? ¿Qué parábola usaremos? Con un grano de mostaza: al sembrarlo en la tierra es la semilla más pequeña, pero después, brota, se hace más alta que las demás hortalizas y echa ramas tan grandes, que los pájaros pueden cobijarse y anidar en ellas”.

Con muchas parábolas parecidas les proponía la Palabra, acomodándose a su entender. Todo se lo exponía con parábolas, pero a sus discípulos se lo explicaba todo en privado.

1. Empezando por el final, lo primero que se ha de tener en cuenta, al reflexionar sobre el contenido de este evangelio, es que Jesús le hablaba a la gente sencilla y humilde de Galilea de forma que “se acomodaba a su entender”. Hablar de las cosas de Dios es siempre difícil, muy difícil. Y hablar de forma que hasta la gente más sencilla se entere y comprenda el mensaje, eso exige una profundidad de pensamiento y una sensibilidad de conexión con los oyentes, que supone un nivel muy profundo de empatía. En todo caso, eso exige no hablar jamás desde el poder y la superioridad, sino desde la solidaridad, la cercanía, la bondad sincera. Es lo que hacía Jesús.

2. La parábola de la semilla automática indica que la “palabra de Dios” tiene tal fuerza en sí misma, que la persona que la acoge, que se interesa por ella y está dispuesta a dejarse interpelar por esa palabra, esa persona es como una tierra fecunda, productiva, que pasará por la vida dando fruto, generando vida, siendo fuente de bienestar, de felicidad y de futuro.

3. Por último, la comparación del Reino de Dios con el grano de mostaza es la afirmación más clara y más firme de que la fuerza de transformación está en lo pequeño, lo insignificante, lo que pasa desapercibido. Lo gran-

dilocuente, lo llamativo, lo solemne..., todo eso, y cuanto se parece a eso, ni es de Dios, ni lleva a Dios. El Dios de Jesús "se despojó de su rango y se hizo como uno de tantos, abandonando su "forma" o "representación" de Dios y asumiendo la de un esclavo (Fil 2, 7-9). Al Dios de Jesús se le encuentra en lo más pequeño, en lo más humilde, en lo más sencillo. Desde una vida así, se puede hacer algo serio y grande en la vida.

18 DE JUNIO - LUNES

11ª SEMANA DEL TIEMPO ORDINARIO

Mt 5, 38-42

"En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: "Sabéis que está mandado: ojo por ojo, diente por diente. Pues yo os digo: no hagáis frente al que os agravia. Al contrario, si uno te abofetea en la mejilla derecha, preséntale la otra; al que quiera ponerte pleito para quitarte la túnica, dale también la capa; a quien te requiera para caminar una milla, acompáñalo dos; a quien te pide, dale; y al que te pide prestado, no lo rehuyas".

1. La "ley del talión", extendida en las culturas orientales antiguas, fue asumida por Israel: "vida por vida, ojo por ojo, diente por diente, mano por mano, pie por pie, quemadura por quemadura, herida por herida, cardenal por cardenal" (Ex 21, 23-25; cf. Lv 24, 19 s; Dt 19, 21). Se sabe que esta ley fue una liberación y un alivio para las gentes más oprimidas de la antigüedad. En todo caso, aceptó la represión de la violencia con la misma violencia.

2. Jesús anula esta ley que, en la práctica, es la legitimación de la venganza. Pero Jesús llega mucho más lejos. Porque no se limita a anular la ley de la venganza, sino que además dispone la *renuncia* a la propia *dignidad* (la bofetada), la renuncia a la *propiedad* (de la capa al ladrón), y la renuncia a la *defensa* (no negarse nunca a dar con creces). En definitiva, se trata de que, no sólo no te vengues de quien te humilla, te pide lo tuyo o se aprovecha de ti, sino que seas generoso con él, hasta llegar al exceso de lo que razonablemente supera todo límite. Jesús no sólo invita a refrenar la agresividad, sino que invita a soportar la agresividad del violento.

3. Es evidente que, al pedir estas cosas, Jesús propone algo que es provocativo. ¿Por qué? Sin duda, porque por aquí va el único camino eficaz que conduce a la eliminación de la violencia. Nunca deberíamos olvidar que la violencia constituye un círculo cerrado sobre sí mismo que se alimenta en la propia violencia, que así se hace más fuerte y, además, se perpetúa. Los "excesos" de no-violencia, que propone Jesús, son "un gemido del oprimido" ("a sigh of the oppressed". K. Tagawa), que desarma al violento. Pero no basta cualquier gemido. Tiene que ser tan fuerte como las renunciaciones que plantea Jesús. Y conviene caer en la cuenta de que, para exigir tanta renuncia, Jesús no invoca ni el motivo del Reino, ni nada relacionado con Dios. El asunto es tan grave, que Jesús consideró que ya era bastante con presentar el tema en toda su crudeza.

Mt 5, 43-48

"En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: "Habéis oído que se dijo: Amarás a tu prójimo y aborrecerás a tu enemigo. Yo, en cambio, os digo: Amad a vuestros enemigos, haced el bien a los que os aborrecen y rezad por los que os persiguen y calumnian. Así seréis hijos de vuestro Padre que está en el cielo, que hace salir su sol sobre malos y buenos, y manda la lluvia a justos e injustos. Porque, si amáis a los que os aman ¿qué premio tendréis? ¿No hacen lo mismo también los publicanos? Y si saludáis sólo a vuestro hermano, ¿qué hacéis de extraordinario? ¿No hacen lo mismo también los paganos? Por tanto, sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto".

1. El precepto del amor a los enemigos es uno de los textos cristianos fundamentales. Incluso se ha dicho que este amor, tan infrecuente, "se considera como lo propio y nuevo del cristianismo" (U. Luz). Porque es fuerte y único lo que aquí se manda: "amar", "hacer el bien", "bendecir" y "orar", todo eso precisamente en favor de quien peor te quiere, de quien te odia y te hace todo el daño que puede.

2. Evidentemente, ir así por la vida, portándose de esta manera con la gente más mala que uno puede encontrar en este mundo, es algo que supera con mucho lo que normalmente da de sí la condición humana. El que reacciona así, ante el odio y la calumnia, es que tiene una motivación y una fuerza que ha dominado lo inhumano que todos llevamos dentro de nosotros. Por eso Jesús dice a los que se portan de esta manera inusual: *"Así seréis hijos de vuestro Padre que está en el cielo"*. "Ser" hijo de Dios no es fruto de unas creencias o de asistir a unos ritos religiosos. Jesús es tajante: *Es hijo de Dios el que ama siempre y a todos, incluso a sus peores enemigos*.

3. Cuando Jesús pide esto, no está urgiendo que alcancemos una *alta santidad*, sino una *profunda humanidad*. Se trata, en efecto, de que seamos sencillamente humanos. Y humanos siempre. Jamás inhumanos con nadie ni por nada. El mejor ejemplo, que Jesús encuentra, es la *"humanidad de Dios"*. El Padre que dispone lo más natural del mundo: que el sol que sale cada mañana alumbra a todos; y que la lluvia que cae del cielo dé vida a todos. Lo más perfectamente natural y humano es no establecer desigualdades, nunca ni por nada.

Mt 6, 1-6. 16-18

"En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: "Cuidad de no practicar vuestra justicia delante de los hombres para ser vistos por ellos; de lo contrario no tendréis recompensa de vuestro Padre celestial. Por tanto, cuando hagais limosna, no vayas tocando la trompeta por delante, como hacen los hipócritas en las sinagogas y por las calles, con el fin de ser honrados por los hombres, os aseguro que ya han recibido su paga. Tú, en cambio, cuando hagais limosna, que no sepa tu mano izquierda lo que hace tu derecha; así tu limosna quedará en secreto, y tu Padre, que ve en lo secreto, te lo pagará. Cuando recéis, no seáis como los hipócritas, a quienes les gusta rezar de pie en las sinagogas y en las esquinas de las plazas, para que los vea la gente. Os aseguro que ya han recibido su paga. Cuando tú vayas a rezar, entra en tu cuarto, cierra la puerta y reza a tu Padre, que está en lo escondido, y tu Padre que ve en lo escondido te lo pagará.. Cuando ayunéis, no andéis cabizbajos, como los fariseos que desfiguran su cara para hacer ver a la gente que ayunan. Os aseguro que ya han recibido su paga. Tú, en cambio, cuando ayunes, perfúmate la cabeza y lávate la cara para que tu ayuno lo note, no la gente, sino tu Padre que está en lo escondido; y tu Padre, que ve en lo escondido, te recompensará".

1. Jesús plantea aquí *cómo se ha de poner en práctica la religiosidad*. Jesús se refiere a eso, de entrada, hablando de la "justicia" (*dikaioσύνη*), que traduce el hebreo *sedeq*, un término central en el judaísmo, que expresa "la recta conducta". Para explicar cómo ha de ser tal religiosidad, Jesús se refiere a tres prácticas frecuentes en la piedad judía de aquel tiempo: la limosna, la oración y el ayuno. Aquí ya hay algo que llama poderosamente la atención: Jesús no toca el tema del culto religioso en el templo o en la sinagoga, ni de la asistencia a la comunidad judía. Jesús aquí no tiene en cuenta nada más que la religiosidad del individuo.

2. Pero lo más sorprendente es que, a juicio de Jesús, la religiosidad se ha de practicar de forma que nadie se entere. Todo ha de hacerse "en secreto", sin llamar la atención para nada, "en lo escondido". Porque, según dice Jesús, lo secreto y lo escondido, lo que nadie nota, es lo único que ve el Padre del cielo.

3. Al decir estas cosas, Jesús no se limita a recomendar la humildad. El asunto es mucho más serio. Jesús quiere que la religiosidad se practique “totalmente al margen del control social” (G. Theissen). Jesús es consecuente: al ser “la Palabra encarnada” (Jn 1, 14), se despojó de todo poder y gloria y “se hizo como uno de tantos” (Fil 2, 7). Si esto se toma en serio, ¿no apunta a un cristianismo laico en una sociedad laica?

21 DE JUNIO - JUEVES

11ª SEMANA DEL TIEMPO ORDINARIO

Mt 6, 7-15

“En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: “Cuando recéis no uséis muchas palabras como los paganos, que se imaginan que por hablar mucho les harán caso. No seáis como ellos, pues vuestro Padre sabe lo que os hace falta antes que se lo pidáis. Vosotros rezad así: Padre nuestro del cielo, santificado sea tu nombre, venga tu reino, hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo, danos hoy el pan nuestro, perdónanos nuestras ofensas, pues nosotros hemos perdonado a los que han ofendido, no nos dejes caer en tentación, sino libranos del maligno. Porque si perdonáis a los demás sus culpas, también vuestro Padre del cielo os perdonará a vosotros. Pero si no perdonáis a los demás, tampoco vuestro Padre perdonará vuestras culpas”.

1. No rezamos para informar a Dios de lo que pensamos que nos hace falta. Según la idea comúnmente aceptada, Dios sabe lo que necesitamos antes de que se lo digamos. Tampoco rezamos para mover a Dios a que quiera lo que nosotros queremos. Rezamos porque es humano acudir a quien pensamos que nos puede ayudar. Lo cual quiere decir que, cuando rezamos, expresamos nuestros deseos más sinceros y más apremiantes.

2. Según lo dicho, la oración es la mejor expresión de *cómo* es nuestra religiosidad y *para qué* nos moviliza. En esto radica la importancia singular que tiene la oración que Jesús nos enseñó. En esta oración, Jesús nos dice lo que, ante todo, nos tiene que interesar en la vida. Es decir, los motivos y los valores que han de movilizar nuestro comportamiento.

3. El *tema de Dios* es decisivo, quizá lo más decisivo, para movilizarlos hacia el bien o hacia el mal. La creencia en Dios ha hecho santos y ha humanizado a mucha gente. Como ha hecho criminales y ha deshumanizado a tantas personas. Por eso Jesús dice que, cuando acudimos a Dios, sólo tengamos en la cabeza a un *Padre*, jamás a un *Déspota* o un *Tirano*. Que le pidamos, es decir, que lo más apremiante para nosotros sea que nadie le falta al respeto a ese nombre, o sea que no lo utilice para mandar, en nombre de Dios, lo que nunca se debe mandar: privar a las personas de su libertad, de su dignidad, de su felicidad. Y, menos aún, para conseguir que la gente se sienta mal, se sienta culpable, amenazada, indigna. Si de Dios pensamos y sentimos así, lo demás que dice el “Padre nuestro” resulta lógico y es la mejor oración que se puede hacer.

Jn 19, 31-37

“En aquel tiempo, los judíos, como era el día de la Preparación, para que no se quedaran los cuerpos en la cruz el sábado, porque aquel sábado era el día solemne, pidieron a Pilato que les quebraran las piernas y que los quitaran. Fueron los soldados, le quebraron las piernas al primero y luego al otro que habían crucificado con él; pero al llegar a Jesús, viendo que ya había muerto, no le quebraron las piernas, sino que uno de los soldados con la lanza le traspasó el costado, y al punto salió sangre y agua. El que lo vio da testimonio y su testimonio es verdadero, y él sabe que dice verdad, para que también, vosotros creáis. Esto ocurrió para que se cumpliera la Escritura: “No le quebrarán un hueso”, y en otro lugar la Escritura dice: “Mirarán al que atravesaron”.

1. La festividad del Sagrado Corazón de Jesús evoca uno de los temas de la espiritualidad cristiana que más han motivado a muchas personas y comunidades religiosas desde el s. XVII al XX. El recuerdo del amor y el sufrimiento de Jesús han inspirado una piedad generosa y sincera, más centrada en la devoción y en la experiencia religiosa como tal, que en la responsabilidad social y eclesial.

2. La imagen de Jesús muerto y traspasado en su pecho invita, como es lógico, a la piedad y devoción de los creyentes. Pero, si se piensa en esa imagen con más amplitud de miras, enseguida se advierte en ella la expresión más fuerte y patética de lo que es la historia de la libertad. Esta historia se ve al revés cuando se estudia y se contempla “como pura historia de éxitos, como pura historia de vencedores” (J. B. Metz). La libertad de los individuos y de los pueblos no ha sido el logro de los que han ganado, sino el paradójico éxito de los perdedores. Los vencedores, después de su victoria, han mutilado las libertades y han organizado legiones de esclavos. Los vencidos, con su dolor y sus humillaciones, han movilizad a la humanidad para ir alcanzando logros de libertad.

3. Jesús, vencido y derrotado en la cruz, es la imagen de las víctimas, imagen universal de todos los que han luchado y han alcanzado porciones de libertad. Es el costado de Cristo crucificado que quizá nunca hemos sido capaces de mirar con serenidad y con impaciencia.

Mt 6, 24-34

“En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: “Nadie puede estar al servicio de dos amos. Porque despreciará a uno y querrá al otro; o al contrario, se dedicará al primero y no hará caso del segundo. No podéis servir a Dios y al dinero. Por eso os digo: no estéis agobiados por la vida pensando qué vais a comer, ni por el cuerpo pensando con qué os vais a vestir. ¿No vale más la vida que el alimento, y el cuerpo que el vestido? Mirad a los pájaros: ni siembran, ni siegan, ni almacenan y, sin embargo, vuestro Padre celestial los alimenta. ¿No valéis vosotros más que ellos? ¿Quién de vosotros, a fuerza de agobiarse, podrá añadir una hora al tiempo de su vida? ¿Por qué os agobiáis por el vestido? Fijaos cómo crecen los lirios del campo: ni trabajan ni hilan. Y os digo que ni Salomón, en todo su fasto, estaba vestido como uno de ellos. Pues si a la hierba, que hoy está en el campo y mañana se quema en el horno, Dios la viste así, ¿no hará mucho más por vosotros, gente de poca fe? No andéis agobiados pensando qué vais a comer o qué vais a beber, o con qué os vais a vestir. Los paganos se afanan por esas cosas. Ya sabe vuestro Padre del cielo que tenéis necesidad de todo eso. Sobre todo buscad el Reino de Dios y su justicia; lo demás se os dará por añadidura. Por tanto, no os agobiéis por el mañana, porque el mañana traerá su propio agobio. A cada día le bastan sus disgustos”.

1. Jesús es tajante: el servicio a Dios y el servicio al dinero son incompatibles. Porque, a juicio de Jesús, Dios y el dinero son dos “Señores” (*kyrioi*), una palabra que designa a “dueños” o “amos”, que exigen servicio sin condiciones. En realidad, el Dios del que habla Jesús no es así, sino todo lo contrario. Porque es el Padre que se ocupa y se preocupa de que a sus hijos no les falte lo que necesitan. Y hasta quiere que se vistan con más elegancia que el rey Salomón.

2. Precisamente por esto son incompatibles Dios y el dinero. Porque el Padre de Jesús quiere que los bienes de este mundo se gestionen de forma que haya para todos, para que nadie se sienta agobiado, ni por la comida, ni por el vestido. Lo que pasa es que, cuando la gente se interesa más por el proyecto del dinero que por el proyecto del Padre, los intere-

sados por el dinero inevitablemente cortan con Dios. No porque dejen de rezar o de ir a misa, sino porque, al interesarse tanto por el dinero, inevitablemente se hacen responsables o cómplices de la “economía canalla” (Loretta Napoleoni).

3. Y es que el “dinero”, como instrumento de cambio, es necesario. Pero el “capital”, como instrumento de ganancia, se convierte en instrumento de acumulación. Y la consecuencia de eso es, no ya el agobio por la comida y el vestido, sino la muerte diaria de miles de criaturas por las hambrunas, las pandemias y las miserias más humillantes. Ante eso, Jesús es tajante: o Dios o el dinero.

Mc 4, 35-40

“Aquel día, al anochecer, dijo Jesús a sus discípulos: “Vamos a la otra orilla”. Dejando a la gente, se lo llevaron en barca, como estaba: otras barcas los acompañaban. Se levantó un fuerte huracán y las olas rompían contra la barca hasta casi llenarla de agua. Él estaba a popa, dormido sobre un almohadón. Lo despertaron diciéndole: “Maestro, ¿no te importa que nos hundamos?”. Se puso en pie, increpó al viento y dijo al lago: “¡Silencio, cállate!”. El viento cesó y vino una gran calma. Él les dijo: “¿Por qué sois tan cobardes? ¿Aún no tenéis fe?”. Se quedaron espantados y se decían unos a otros: “¿Pero, quién es éste? ¡Hasta el viento y las aguas le obedecen!”.

1. No parece verosímil que, en el pequeño y tranquilo lago de Galilea, se desencadenase un huracán de tal magnitud que llegó a poner en serio peligro a hombres avezados al mar. En cualquier caso, lo que interesa de este relato no es si Jesús hizo o no hizo un milagro. Lo que importa, al lector religioso de este pasaje, es la información que aquí se nos da para comprender y vivir mejor la fe en Jesús. Porque a eso se refiere este relato.

2. Es normal que sintieran miedo unos hombres que se vieron en una situación de peligro grave. No se ve por qué se les tenía que reprochar por eso. Lo que allí paso se comprende cuando se cae en la cuenta de que Jesús asocia el miedo a la falta de fe. Es decir, lo importante aquí está en que, según este relato, para Jesús, la falta de fe no consiste en el error o en la inmoralidad, sino en dejarse llevar por el miedo hasta el extremo de pensar que, por más que estemos embarcados con Jesús, podemos estar metidos en un grave peligro.

3. El enemigo número uno de la fe en Jesús no es el error, sino el miedo. Porque el miedo paraliza la capacidad de pensar. Y más aún la posibilidad de decir lo que se piensa. El miedo nos condena al silencio estéril. Y además nos pervierte. Porque nos hace fuertes ante los débiles y débiles ante los fuertes. Cuando se llega a semejante vileza, ya no es Jesús quien conduce nuestra vida. En tal situación, nuestra vida es juguete de intereses inconfesables.

Mt 7, 1-5

"En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: "No juzguéis y no os juzgarán. Porque os van a juzgar como juzguéis vosotros, y la medida que uséis, la usarán con vosotros. ¿Por qué te fijas en la mota que tiene tu hermano en el ojo y no reparas en la viga que llevas en el tuyo? ¿Cómo puedes decirle a tu hermano: "Déjame que te saque la mota del ojo", teniendo una viga en el tuyo? Hipócrita: sácate primero la viga del ojo; entonces verás claro y podrás sacar la mota del ojo de tu hermano".

1. Las buenas relaciones entre personas sólo son posibles cuando los que se relacionan entre sí no se juzgan unos a otros. Cuando uno sabe o sospecha que los demás le están juzgando, y le están juzgando mal, la relación humana se complica, posiblemente se envenena, y termina por hacerse insoportable. Es muy duro ir por la vida sabiendo que hay gente que piensa mal de ti, que te juzga, y te condena.

2. El verbo que el Evangelio pone en boca de Jesús es *kríno*, que tiene un amplio abanico de significados. Se refiere a "juzgar", "actuar de juez", "dictar sentencia". Ahora bien, uno que se erige en juez de la vida de los otros y, además, se considera con conocimientos y el suficiente criterio para condenarlos, lo que realmente hace es usurpar el puesto y la tarea que corresponde a Dios. Por eso es tan frecuente que las personas que se consideran más cercanas a Dios y a los principios de la recta moral son los jueces más implacables. Sin darse cuenta, le quitan el puesto a Dios. Dejemos que Dios sea Dios y que Él tenga la última palabra.

3. Jesús debió ver, en esta inclinación que tenemos a juzgar a otras personas, algo muy serio. Las hipérboles de la mota y la viga son "un dardo clavado de un golpe dirigido al corazón del hombre que (piensa que) sabe del bien y del mal" (D. Bonhoeffer).

Mt 7, 6. 12-14

"En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: "No deis lo santo a los perros, ni les echéis vuestras perlas a los cerdos; las pisotearán y luego se volverán para destrozaros. Tratad a los demás como queréis que ellos os traten; en esto consiste la ley y los profetas. Entrad por la puerta estrecha. Ancha es la puerta y espacioso el camino que lleva a la perdición, y muchos entran por ellos. ¡Qué estrecha es la puerta y qué angosto el camino que lleva a la vida! Y pocos dan con ellos".

1. La exhortación enigmática sobre los perros y los cerdos es desconocida, tanto en su origen como en su significado. Seguramente el autor del evangelio de Mateo la puso aquí porque así la encontró en la llamada "Fuente Q", la fuente de *los dichos*, que sirvió de base a este evangelio.

2. El texto central de este evangelio es la llamada "*Regla de Oro*", que, como es bien sabido, es muy anterior al cristianismo. Ya se encuentra en Confucio (551-489), en el judaísmo (Lev 19, 18) y se puede decir que es una norma de ética universal. Se ha formulado negativamente ("lo que no quieres que te hagan los demás, no se lo hagas a ellos) o positivamente, como hace aquí Jesús. Se puede decir que la forma positiva es más exigente que la negativa. Porque la positiva sugiere al interpelado una iniciativa propia, mientras que la versión negativa puede acabar en mera pasividad.

3. En cualquier caso, lo más importante es tener el coraje de aplicar esta regla a todas las situaciones de la vida, sobre todo, en cuanto se refiere, no sólo al amor a los enemigos, sino a las relaciones con los creyentes de otras religiones. Y, por supuesto, con los ateos, agnósticos y, en general, con quienes tienen ideas y conductas distintas a las propias en todo lo relacionado con la religión. Esto es ahora especialmente urgente, cuando la sociedad es más plural y la convivencia resulta más complicada.

Mt 7, 15-20

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: "Cuidado con los profetas falsos; se acercan con piel de oveja, pero por dentro son lobos rapaces. Por sus frutos los conoceréis. A ver, ¿acaso se cosechan uvas de las zarzas o higos de los cardos? Los árboles sanos dan frutos buenos; los árboles dañados dan frutos malos. Un árbol sano no puede dar frutos malos, ni un árbol dañado dar frutos buenos. El árbol que no da fruto bueno se tala y se echa al fuego. Es decir, por sus frutos los conoceréis".

1. En la tradición de Israel era frecuente la advertencia sobre el cuidado que se debía tener ante el peligro de los falsos profetas (Zac 13, 2-5; Jer 6, 13; 26, 7. 8. 11. 19; 27, 9; 28, 1; 29, 1. 8). Lo que indica que se trataba de un peligro serio e insistente. Los profetas falsos eran los hombres que, invocando la voluntad de Dios, lo que hacían era predicar la codicia, la falsedad, la hipocresía. De individuos así, dice Jesús que tales individuos son auténticos lobos, disfrazados de "ovejas", es decir, de buenas personas o de hombres piadosos. Jesús retrata así a determinados hombres de la religión o a personas devotas, que en realidad causan destrozos en las conciencias de la gente sencilla.

2. La repetida expresión evangélica, "Por sus frutos los conoceréis", viene a decir, en el fondo, que la ética de Jesús no es una "ética de principios", sino una "ética de consecuencias". Es decir, la bondad o maldad de una conducta no se mide por el criterio de si se ajusta o no se ajusta a unos determinados principios o normas, sino por los resultados que da. Una persona cuya conducta da buenos resultados, es buena persona. Y si da malos resultados, por mucho que se ajuste a determinadas normas, no es buena persona.

3. El tema de la bondad o la maldad es ocasión o motivo de muchos engaños. Porque una cosa es la "apariencia" de bondad; y otra cosa muy distinta es la "realidad" de la bondad. Donde hay bondad de verdad, hay paz, bienestar, buenas relaciones, sosiego, diálogo... De forma que la bondad se refleja hasta el rostro y la mirada de las personas que se benefician de la buena conducta de una buena persona.

Mt 7, 21-29

"En aquel tiempo, Jesús dijo a sus discípulos: "No todo el que me dice "Señor, Señor" entrará en el Reino de los Cielos, sino el que cumpla la voluntad de mi Padre, que está en el cielo. Aquel día muchos dirán: "Señor, Señor, ¿no hemos profetizado en tu nombre, y en tu nombre echado demonios, y no hemos hecho en tu nombre muchos milagros?". Yo entonces les declararé: "Nunca os he conocido. Alejaos de mí, malvados". El que escucha estas palabras mías y las pone en práctica se parece a aquel hombre prudente que edificó su casa sobre roca. Calló la lluvia, se salieron los ríos, soplaron los vientos y descargaron contra la casa; pero no se hundió, porque estaba cimentada sobre roca. El que escucha estas palabras mías y no las pone en práctica se parece a aquel hombre necio que edificó su casa sobre arena. Calló la lluvia, se salieron los ríos, soplaron los vientos y rompieron contra la casa y se hundió totalmente". Al terminar Jesús este discurso, la gente estaba admirada de su enseñanza, porque les enseñaba con autoridad y no como los letrados".

1. Al acabar el Sermón del Monte, como recopilación de todo lo que ha dicho en este discurso, el evangelio de Mateo pone en boca de Jesús dos advertencias que dan mucho que pensar: 1) *No te fíes de tu religiosidad.* 2) *Sólo vale lo que haces.* Estas dos advertencias necesitan su explicación.

2. Hay gente que se siente bien porque piensa que tiene fe. Y porque además practica la religión con piedad, con devoción, más aún, no se limita a rezar, sino que además hace apostolado y hasta consigue algunos éxitos que llaman la atención. Como es lógico, el que se siente bien con todo eso, es una persona que da mucha importancia a su religiosidad. Pues bien, Jesús advierte; "No te fíes de todo eso". Al final, puedes encontrarte con la dura sorpresa de que tu vida ha sido un fracaso. Las "piedades", las "devociones", los "apostolados", pueden terminar siendo el mayor engaño de nuestra vida. ¿Por qué?

3. Porque *lo único que vale es poner en práctica lo que dice Jesús.* De forma que, si no lo haces, por más devociones, piedades y apostolados que organices, todo eso no será sino la apariencia de una casa sin cimientos, un hundimiento, una ruina. Y es que la religión es seguramente la cosa que más engaña. Porque su peligro está en que engaña, no a los demás, sino a uno mismo. En esto consiste la advertencia más seria que hace Jesús.

Mt 16, 13-19

"En aquel tiempo, llegó Jesús a la región de Cesarea de Felipe y preguntaba a sus discípulos: "¿Quién dice la gente que es el Hijo del Hombre?" Ellos contestaron: "Unos que Juan Bautista, otros que Elías, otros que Jeremías o uno de los profetas". Él les preguntó: "Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?" Simón Pedro tomó la palabra y dijo: "Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo". Jesús le respondió: "¡Dichoso tú, Simón, hijo de Jonás! Porque eso no te lo ha revelado nadie de carne y hueso, sino mi Padre que está en el cielo. Ahora te digo yo: Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y el poder del infierno no la derrotará. Te daré las llaves del Reino de los Cielos; lo que ates en la tierra, quedará atado en el cielo, y lo que desates en la tierra, quedará desatado en el cielo".

1. Casi todos los estudiosos del evangelio de Mateo están hoy de acuerdo en que la respuesta de Jesús a Pedro no fue pronunciada por Jesús, sino que se introdujo más tarde. Jesús nunca habló de la Iglesia. En Mt 18, 17 se refiere a la "comunidad". Jesús no fundó la Iglesia. Lo más que se puede decir es que, al anunciar el Reino de Dios, "puso el comienzo" (Conc. Vat. II: LG 5) de lo que después de Pentecostés empezó a ser la Iglesia.

2. Pedro tuvo el puesto más destacado entre los apóstoles y en la comunidad primitiva de Jerusalén. Con el paso del tiempo, el obispo de Roma alcanzó un puesto preeminente en la Iglesia universal. Es lógico que, en una institución de ámbito universal, exista una instancia suprema que pueda tomar decisiones y resolver problemas que a nivel local tienen difícil solución. En este sentido, el papa es fuente de cohesión y unidad en la Iglesia.

3. Sobre todo, a partir de Gregorio VII (s. XI), el papado ha asumido y concentrado en la Curia Vaticana un poder tan pleno y universal, y ha alcanzado tal protagonismo en la vida y organización de la Iglesia, que con seguridad se puede afirmar que ni ese poder viene de Cristo, ni es lo mejor para la Iglesia, entre otras razones porque, mientras el papado siga acumulando los poderes que ahora tiene, la unidad de los cristianos será imposible. Juan Pablo II pidió, repetidas veces, a los obispos y teólogos de todo el mundo, que colaborasen en la búsqueda de formas de ejercer el "ministerio de Pedro" que sean más coherentes con lo que Dios quiere para su Iglesia y también para hacer viable el diálogo entre cristianos y con otras religiones.

Mt 8, 5-17

"En aquel tiempo, al entrar Jesús en Cafarnaún, un centurión se le acercó diciéndole: "Señor, tengo en casa a un criado que está en cama paralítico y sufre mucho". Él le contestó: "Voy yo a curarlo". Pero el centurión le replicó: "Señor, ¿quién soy yo para que entres bajo mi techo? Basta que lo digas de palabra y mi criado quedará sano. Porque yo también vivo bajo disciplina y tengo soldados a mis órdenes: y le digo a uno "ve, y va; al otro, ven, y viene; a mi criado, haz esto, y lo hace". Cuando Jesús lo oyó quedó admirado y dijo a los que le seguían: "Os aseguro que en Israel no he encontrado en nadie tanta fe. Os digo que vendrán muchos de Oriente y Occidente y se sentarán con Abraham, Isaac y Jacob en el Reino de los Cielos; en cambio, a los ciudadanos del Reino los echarán fuera, a las tinieblas. Allí será el llanto y el rechinar de dientes. Y al centurión le dijo: "Vuelve a casa, que se cumpla lo que has creído". Y en aquel momento se puso bueno el criado. Al llegar Jesús a casa de Pedro, encontró a la suegra en cama con fiebre; y la cogió de la mano, y se le pasó la fiebre; se levantó y se puso a servirles. Al anochecer, le llevaron muchos endemoniados; él con su palabra expulsó los espíritus y curó a todos los enfermos. Así se cumplió lo que dijo en el profeta Isaías: "Él tomó nuestras dolencias y cargó con nuestras enfermedades".

1. Impresiona en este relato la humanidad de Jesús. Y la humanidad del centurión. Jesús atiende la petición de un hombre que es: extranjero, militar de graduación, de las tropas de ocupación. Y lo atiende de forma que quiere ir a su casa, le concede lo que pide y, sobre todo, lo elogia hasta decir que tiene más fe que cualquier judío. Más aún, Jesús afirma que se acabaron los privilegios de cualquier religión, ya que del mundo entero (Oriente y Occidente) vendrán los que, ante Dios, tendrán el mismo premio que los patriarcas de Israel.

2. El centurión no quiere que su criado siga sufriendo. No se considera digno de que Jesús vaya a su casa. No menciona su autoridad, sino su sumisión a la disciplina establecida. Y muestra una fe sin límites en Jesús. Es la fe-confianza que acepta la palabra de Jesús con tal convicción, que

está completamente seguro de que esa palabra suprime el sufrimiento y da vida.

3. El relato no habla de la “conversión” del centurión. No dice que dejara su religión y se hiciera prosélito judío. Ni dice que los que vendrán de Oriente y Occidente, para alcanzar tanta gloria como los patriarcas, abandonarán sus “falsas creencias”. ¿No se puede decir que, para Jesús, lo decisivo no es la pertenencia a una determinada religión, sino la humanidad y la fe que muestra el centurión?

Mc 5, 21-43

“En aquel tiempo, Jesús atravesó de nuevo a la otra orilla, se reunió mucha gente a su alrededor, y se quedó junto al lago. Se acercó un jefe de la sinagoga, que se llamaba Jairo, y al verlo se echó a sus pies, rogándole con insistencia: “mi niña está en las últimas; ven, pon las manos sobre ella, para que se cure y viva”. Jesús se fue con él, acompañado de mucha gente que lo apretujaban. Había una mujer que padecía flujos de sangre desde hacía doce años. Muchos médicos la habían sometido a toda clase de tratamientos y se había gastado en eso toda su fortuna; pero en vez de mejorar, se había puesto peor. Oyó hablar de Jesús y, acercándose por detrás, entre la gente, le tocó el manto, pensando que con sólo tocarle el vestido, curaría. Inmediatamente se secó la fuente de sus hemorragias y notó que su cuerpo estaba curado. Jesús, notando que había salido fuerza de él, se volvió enseguida, en medio de la gente, preguntando: “¿Quién me ha tocado el manto?”. Los discípulos le contestaron: “Ves como te apretuja la gente y preguntas: “¿quién me ha tocado?”. Él seguía mirando alrededor, para ver quién había sido. La mujer se acercó asustada y temblorosa, al comprender lo que había pasado, se le echó a los pies y le confesó todo. Él le dijo: “Hija, tu fe te ha curado. Vete en paz y con salud”. Todavía estaba hablando, cuando llegaron de casa del jefe de la sinagoga para decirle: “Tu hija se ha muerto. ¿Para qué molestar más al maestro?”. Jesús alcanzó a oír lo que hablaban y le dijo al jefe de la sinagoga: “No temas; basta que tengas fe”. No permitió que lo acompañara nadie, más que Pedro, Santiago y Juan, el hermano de Santiago. Llegaron a casa del jefe de la sinagoga y encontraron el alboroto de los que lloraban y se lamentaban. Entró y les dijo: “¿Qué estrépito y qué llores son estos? La niña no está muerta”. Se reían de él. Pero él los echó fuera a todos, y con el padre y la madre de la niña y sus acompañantes entró donde estaba la niña, la cogió de la mano, y le dijo: “Talitha Qumi” (que significa: Contigo hablo, niña, levántate). La niña se puso en pie inmediatamente y echó a andar –tenía doce años– y se quedaron viendo visiones. Les insistió en que nadie se enterase; y les dijo que dieran de comer a la niña”.

1. Jesús se puso de parte de las personas más débiles y peor vistas en aquella sociedad. Especialmente lo hizo así con las mujeres. Y más, si se trataba de mujeres rechazadas y excluidas sobre todo por la religión. Tal era el caso de la mujer que padecía hemorragias, una enfermedad que hacía impura a la mujer que la sufría (Lv 15, 25-30). Aquí vemos que a esta mujer, la religión la hizo impura, Jesús le devolvió la salud y la dignificó.

2. Jesús devuelve la vida a la hija del jefe de la sinagoga. Da vida a otra mujer. La hija de un jefe religioso. Jesús no hace distinciones, atiende a todos, da vida a todos por igual. La religión nunca debe servir para dividirnos, sino para unirnos en un mismo proyecto: dar vida.

2 DE JULIO - LUNES

13ª SEMANA DEL TIEMPO ORDINARIO

Mt 8, 18-22

En aquel tiempo, viendo Jesús que lo rodeaba mucha gente, dio orden de atravesar a la otra orilla. Se le acercó un letrado y le dijo: "Maestro, te seguiré adonde vayas". Jesús le respondió: "Las zorras tienen madrigueras y los pájaros nidos, pero el hijo del hombre no tiene donde reclinar la cabeza". Otro que era discípulo, le dijo: "Señor, déjame ir primero a enterrar a mi padre". Jesús le replicó: "Tú, sígueme. Deja que los muertos entierren a sus muertos".

1. Lo más claro que se relata, en este doble episodio, son dos casos de vocaciones frustradas. Porque, de hecho, lo que aquí se dice es que hubo dos posibles discípulos que, en realidad, no llegaron a serlo. Esto, por lo pronto, quiere decir que el seguimiento de Jesús entraña unas exigencias que, a veces, no imaginamos. Lo cual explica por qué hay tantas personas, que se figuran que siguen (o piensan que quieren seguir) a Jesús, cuando en realidad no le siguen. De ahí, el interés enorme que lleva en sí este doble episodio de posibles seguimientos fracasados.

2. El primero de estos dos fracasos se debe, sin duda alguna, a que no es Jesús el que llama al seguimiento, sino que es un "letrado" el que toma la iniciativa y se ofrece a seguir a Jesús sin haber sido llamado por éste. Los letrados eran hombres instalados. No sólo porque tenían su dedicación estable en una ciudad. Sino más que nada porque eran hombres instalados en sus convicciones, en sus teorías, en sus normas y doctrinas. Y eso es lo que Jesús no acepta. Por eso, el propio Jesús le responde a este espontáneo letrado con la doble referencia a las zorras y a los pájaros. Con lo que Jesús le viene a decir a aquel hombre: "mientras no seas un hombre libre, tan libre como las alimañas del campo o las aves del cielo, no pienses en seguirme". Y es que todo lo que nos ata, nos instala y nos limita la libertad, todo eso hace imposible el discipulado.

3. El otro fracasa porque le pone a Jesús una condición, a primera vista, no sólo razonable, sino sobre todo enteramente necesaria: cuidar a su padre mientras estuviera vivo. Esto, por supuesto, era razonable y necesario. Pero, además de eso, se sabe que el deber de dar sepultura a los difuntos era algo tan determinante para la religiosidad de entonces, que eso

resumía todas las obligaciones de la religión (M. Hengel). De ahí que, en realidad, lo que este individuo le estaba diciendo a Jesús era esto: déjame primero cumplir con mi religión; y, hecho eso, te seguiré. Pero eso precisamente es lo que Jesús no tolera. De nuevo, el problema de la libertad. Si no nos liberamos, incluso de la religión, nunca podremos seguir a Jesús con todas sus consecuencias.

3 DE JULIO - MARTES

13ª SEMANA DE TIEMPO ORDINARIO

Mt 8, 23-27

"En aquel tiempo, subió Jesús a la barca y sus discípulos lo siguieron. De pronto se levantó un temporal tan fuerte que la baraca desaparecía entre las olas; él dormía. Se acercaron los discípulos y lo despertaron gritándole: "¡Señor, sálvanos, que nos hundimos!" Él les dijo: "¡Cobardes! ¡Qué poca fe!" Se puso en pie, increpó a los vientos y al lago, y vino una gran calma. Ellos se preguntaban admirados: "¿Quién es éste? ¡Hasta el viento y el agua le obedecen!"

- 1.** La inseguridad y el miedo, en el caso de personas que han embarcado su vida junto a Jesús, son experiencias que indican claramente que se tiene una fe débil. De ahí, la corrección que Jesús les hace a los discípulos.
- 2.** Pero es razonable reconocer que en la vida se nos presentan situaciones en las que, por mucha fe que tengamos, resulta inevitable experimentar el miedo y la inseguridad. Y es bueno tener siempre presente que el miedo y la inseguridad pueden ser situaciones privilegiadas para sentir a Jesús el Señor más cerca de nosotros.
- 3.** Nunca nos hemos sentido tan inseguros como ahora. Por eso podemos decir que nunca hemos estado tan cerca de Dios (Pedro Arrupe). Por eso, si nuestra fe es fuerte, el deseo que debe impulsar nuestra vida, no debería ser "salir de dudas", sino "salir de seguridades".

Mt 8, 28-34

"En aquel tiempo, llegó Jesús a la otra orilla, a la región de los gerasenos. Desde el cementerio, dos endemoniados salieron a su encuentro; eran tan furiosos que nadie se atrevía a transitar por aquel camino. Y le dijeron a gritos: "¿Qué quieres de nosotros, Hijo de Dios? ¿Has venido a atormentarnos antes de tiempo?" Una gran piara de cerdos a distancia estaban hozando. Los demonios le rogaron: "Si nos echas, mándanos a la pira". Jesús les dijo: "Id". Salieron y se metieron en los cerdos. Y la pira entera se abalanzó acantilado abajo y se ahogó en el agua. Los porquerizos huyeron al pueblo y lo contaron todo, incluso lo de los endemoniados. Entonces el pueblo entero salió a donde estaba Jesús y, al verlo, le rogaron que se marchara de su país".

1. El episodio ocurre en la región de Gerasa, habitada por gentes que no eran judíos, es decir, no pertenecían ni a la cultura ni a la religión de Israel. Jesús no teme, ni duda, ir también a visitar y convivir con otros pueblos, otras culturas y otras religiones. Para Jesús, las fronteras nacionales, culturales y religiosas no dividen, han de ser superadas.

2. Según este relato, los demonios son fuerzas de muerte (salen del cementerio) y de violencia (eran furiosos y nadie se atrevía a acercarse a ellos). Al expulsar a los demonios, Jesús muestra con vigor que su proyecto es acabar con la muerte y la violencia que son origen de tanto sufrimiento. La postura, tan frecuente, de quienes asumen una posición de *pasividad* o de *imposible neutralidad* ante los poderes de muerte y violencia, que actúan a sus anchas en nuestra sociedad, es una forma de comportamiento más cercano a lo demoníaco que a Jesús.

3. El episodio de los cerdos indica, por lo menos, una cosa: aquellas gentes estaban más apegadas a sus cerdos (fuente de prosperidad económica) que a la superación de las fuerzas de violencia y muerte, que tenían entre ellos. Es un retrato dramático de lo que hoy vivimos: antepone la prosperidad económica a la eliminación radical de la violencia y la muerte. ¿No le estamos diciendo, nosotros también, a Jesús que se marche, que se aleje, y que nos deje con nuestros cerdos, con los que vivimos mejor, por más que junto a nosotros haya tantos demonios de violencia y muerte?

Mt 9, 1-8

"En aquel tiempo, subió Jesús a una barca, cruzó a la otra orilla y fue a su ciudad. Le presentaron un paralítico, acostado en una camilla. Viendo la fe que tenían, dijo al paralítico: "¡Ánimo, hijo!, tus pecados están perdonados". Algunos de los letrados se dijeron: "Este blasfema". Jesús, sabiendo lo que pensaban, les dijo: "¿Por qué pensáis mal? ¿Qué es más fácil decir: "tus pecados están perdonados", o decir "levántate y anda?" Pues para que veáis que el Hijo del Hombre tiene potestad en la tierra para perdonar pecados -dijo dirigiéndose al paralítico-: "Ponte en pie, coge tu camilla y vete a tu casa". Se puso en pie, y se fue a su casa. Al ver esto, la gente quedó sobrecogida y alababa a Dios, que da a los hombres tal potestad".

1. Para entender este relato, lo primero que se debe recordar es la relación que, en aquel tiempo, las religiones establecían entre *enfermedad* y *pecado*. Las gentes con creencias religiosas estaban convencidas de que quien padecía alguna enfermedad era porque había cometido algún pecado (cf. Jn 9, 2; 1 Cor 11, 30). Los dirigentes religiosos, para afianzar su poder, han tenido la tendencia a asociar los pecados con toda clase de desgracias. Así conseguían mayor sumisión de los fieles.

2. Jesús sana al enfermo. Pero antes le dice que sus pecados están perdonados. Jesús le devuelve la integridad corporal y moral. Restaura al hombre entero: le da salud y dignidad. Además, para Jesús, la prueba de que se reconcilia a la gente con Dios es que a esa gente se le da vida y se la levanta de sus postraciones de dolor y parálisis. Ir diciendo que se perdonan pecados sin mejorar en nada la situación de los que sufren es demasiado fácil.

3. Los expertos religiosos consideran que hacer lo que hizo Jesús es *blasfemar*! Ellos veían en Jesús a un hombre sin más. Y eso es lo que no toleran. Si el poder sobre las conciencias y sobre las personas deja de ser privilegio exclusivo de Dios, por eso mismo, ellos también, que son los representantes de Dios, salen perdiendo. El poder religioso es privilegio de los hombres de la religión, que no toleran recortes en cuanto toca o roza ese poder.

Mt 9, 9-13

"En aquel tiempo, vio Jesús a un hombre llamado Mateo sentado al mostrador de los impuestos, y le dijo: "Sígueme". El se levantó y lo siguió. Y estando en la mesa en casa de Mateo, muchos publicanos y pecadores, que habían acudido, se sentaron con Jesús y sus discípulos. Los fariseos, al verlo, preguntaron a los discípulos: "¿Cómo es que vuestro maestro come con publicanos y pecadores?" Jesús lo oyó y dijo: "No tienen necesidad de médico los sanos, sino los enfermos. Andad, aprended lo que significa "misericordia quiero y no sacrificios": que no he venido a llamar a los justos sino a los pecadores".

1. Cuando leemos este relato, que quedó recogido en los tres evangelios sinópticos (Mc 2, 14-17; Lc 5, 27-32), puede ocurrir que pensemos en la "bondad" de Jesús, al querer tener entre sus discípulos a un publicano. Pero, en realidad, lo que Jesús hizo al llamar a Mateo, más que un acto de bondad o de generosidad, fue una "imprudencia". En aquel tiempo y en aquella sociedad, querer a un publicano entre sus acompañantes era una decisión, no sólo imprudente, sino sobre todo escandalosa. Si Jesús quería transmitir un mensaje religioso, lo más indiscreto que podía hacer era andar con "malas compañías", con gente odiosa y despreciable, que eso eran los publicanos en la Galilea de aquel tiempo.

2. Por lo que aquí se relata, Jesús tenía unos "criterios vocacionales" muy distintos de los que se suelen tener ahora. Está claro que lo que Jesús quería era, no tanto personas "ejemplares", sino sobre todo personas "generosas". Así, por lo visto, era Mateo. Un hombre que no dudó ni un minuto en dejar todo lo que tenía e irse con aquel desconocido profeta ambulante. Mateo abandonó su negocio, para asumir un destino desconocido y arriesgado.

3. A la gente "religiosa" le preocupa mucho su "buena imagen". Por eso es frecuente encontrar, en los ambientes eclesiásticos, hombres y mujeres que lo que más les preocupa es que se hable bien de ellos. Por eso escogen cuidadosamente sus amigos, lo que dicen o escriben, lo que se piensa de ellos... Nada de eso le preocupó especialmente a Jesús. Lo decisivo para Jesús no era su buena imagen, sino la acogida para todos por igual. Jesús no hacía distinciones. Y jamás despreció a nadie. Cada cual se tendría que preguntar con frecuencia: ¿quiénes son mis amigos? ¿con quién me llevo mal y por qué?

Mt 9, 14-17

"En aquel tiempo, los discípulos de Juan se le acercaron a Jesús preguntándole: "¿Por qué nosotros y los fariseos ayunamos a menudo y, en cambio, tus discípulos no ayunan?". Jesús les dijo: "¿Es que pueden guardar luto los amigos del novio, mientras el novio está con ellos?". Llegará un día en que se lleven al novio y entonces ayunarán. Nadie echa un remiendo de paño sin remojar a un manto pasado; porque la pieza tira del manto y deja un roto peor. Tampoco se echa vino nuevo en odres viejos; porque revientan los odres: se derrama el vino y los odres se estropean; el vino nuevo se echa en odres nuevos, y así las dos cosas se conservan".

1. Un día dijo Jesús que *"la Ley y los Profetas llegaron hasta Juan Bautista; a partir de entonces se anuncia el Reino de Dios"* (Lc 16, 16). Según este principio, los discípulos de Juan, al igual que los de los fariseos, vivían sometidos a la Ley. Por eso, lógicamente, tenían sus días de ayuno. El ayuno es una de las obligaciones que no pocas religiones imponen a sus fieles. Los discípulos de Jesús estaban recibiendo otra educación: lo determinante para ellos no era someterse a la Ley, sino vivir la experiencia del Reino de Dios, que, a juicio de Jesús, es la experiencia del gozo y de la vida. La experiencia que se simboliza en el gran banquete del reino, en el que entran todos, "buenos y malos"; y en el que hay alegría para todos por igual (Mt 22, 1-10; Lc 14, 15-24).

2. De acuerdo con lo dicho, el ayuno es luto de muerte, en tanto que los discípulos de Jesús viven en la fiesta de una boda sin fin. Y conste que la apelación a que *"un día se llevarán al novio y entonces ayunarán"* es texto redaccional, es decir, añadido por Mateo. Seguramente para justificar la costumbre de ayunar que, ya en aquel tiempo, se había introducido en alguna comunidad cristiana.

3. El problema que plantea este evangelio no se limita al ayuno, que es bastante secundario en la vida. Lo que Jesús enseña aquí, con las metáforas del remiendo y el vino, es que los cristianos no debemos hacer componendas o buscar fórmulas de compromiso entre *lo viejo y lo nuevo*. Entre la Ley y el Evangelio. Lo que define a los discípulos de Jesús no es la *privación*, sino la *alegría compartida*.

Mc 6, 1-6

"En aquel tiempo, fue Jesús a su tierra en compañía de sus discípulos. Cuando llegó el sábado, empezó a enseñar en la sinagoga; la multitud que le oía se preguntaba asombrada: "¿De dónde saca todo eso? ¿Qué sabiduría es ésta que le han enseñado? ¿Y esos milagros de sus manos? ¿No es éste el carpintero, el hijo de María, hermano de Santiago y José y Judas y Simón? ¿Y sus hermanas no viven con nosotros aquí?". Y desconfiaban de él. Jesús les decía: "No desprecian a un profeta más que en su tierra, entre sus parientes y en su casa". No pudo hacer allí ningún milagro, sólo curó algunos enfermos imponiéndoles las manos. Y se extrañó de su falta de fe".

1. En el reducido ambiente y en la sociedad cerrada de un pequeño pueblo de la Galilea del s. I, la familia y la sinagoga eran (tenían que ser) los dos cauces, a través de los cuales, cada individuo que venía a este mundo se socializaba, es decir, se integraba en la sociedad judía de su tiempo. ¿Ocurrió esto en el caso de Jesús? Por lo que cuenta este relato, parece que no. Tanto la familia como la sinagoga, se sorprenden cuando, después de un tiempo seguramente corto, se dan cuenta de que Jesús ya no piensa, ni habla, ni vive como era de esperar en un vecino del pueblo y en un hijo de aquella familia.

2. El hecho es que la conducta de Jesús se vio allí tan "desviada", que sólo mereció "desprecio". Y, por supuesto, nadie, ni su familia más íntima, se fió de él. Esto es muy duro en la vida de una persona. Es el precio de la libertad. Sobre todo, la libertad ante las personas a las que uno se siente más vinculado afectivamente. La dolorosa extrañeza de Jesús estaba justificada.

3. Los tres sinópticos recuerdan este hecho (Mt 13, 53-58; Lc 4, 16-30). ¿Qué importancia tiene este episodio? Si Jesús fue incomprendido donde mejor se le conocía, sin duda es que Jesús fue visto como una novedad que no se podía entender. Y si además fue rechazado, es que fue visto como un peligro serio. Un peligro para aquella religión (la sinagoga) y para aquel modelo de sociedad (la familia). Hoy lo veríamos como una novedad más extraña. Y como un peligro mayor.

Mt 9, 18-26

"En aquel tiempo, mientras Jesús hablaba, se acercó un personaje que se arrodilló ante él y le dijo: "Mi hija acaba de morir. Pero ven tú, ponle la mano en la cabeza, y vivirá". Jesús lo siguió con sus discípulos. Entretanto, una mujer que sufría flujos de sangre desde hacía doce años, se acercó por detrás y le tocó el borde del manto, pensando que con sólo tocarle el manto se curaría. Jesús se volvió, y al verla le dijo: "¡Ánimo, hija! Tu fe te ha curado". Y en aquel momento quedó curada la mujer. Jesús llegó a casa del personaje y, al ver a los flautistas y el alboroto de la gente, dijo: "¡Fuera! La niña no está muerta, está dormida". Se reían de él. Cuando echaron a la gente, entró él, cogió a la niña de la mano, y ella se puso en pie. La noticia se divulgó por toda aquella comarca".

1. Es evidente que la actividad de Jesús, por lo que nos cuentan los evangelios, giró en torno a tres tareas que ocuparon prácticamente toda su vida pública: 1) la salud de los enfermos; 2) la comensalidad compartiendo la mesa con toda clase de personas, sobre todo con pobres y pecadores; 3) la enseñanza a la gente en torno al tema de las buenas relaciones humanas. Es verdad que, en el fondo de esta actividad, siempre está la referencia al Padre, del que habla con frecuencia y al que dedica horas y noches enteras de oración. Pero el Padre es el motivo y el referente último.

2. La actividad de Jesús no se centró ni en torno al templo, ni en las reuniones de la sinagoga. No fue una actividad "religiosa", como la de un profesional de la religión. El centro de la actividad de Jesús fue el ser humano: su salud, su alimentación, sus buenas relaciones con los demás. Sin duda, en eso vio Jesús lo que más quiere el Padre del cielo. Y el único camino que nos lleva al Padre, es decir, que da sentido a nuestras vidas. Jesús no fue un agitador social. Y menos aún un revolucionario. Lo que ocurre es que Jesús vio que no hay más camino para ir a Dios que humanizar este mundo.

3. En la curación de la mujer de las hemorragias y en la devolución de la vida a la niña del personaje, Jesús muestra su preocupación central por la vida. No olvidemos que el grupo humano más despreciado de que aquella cultura era la mujer. Y más, si se trataba de una mujer que padecía una enfermedad que impurificaba; o si era una niña, que se podía abandonar o venderla como esclava. Para Jesús, todas las mujeres tenían la misma importancia y dignidad que los varones.

Mt 9, 32-38

En aquel tiempo, llevaron a Jesús un endemoniado mudo. Echó al demonio, y el mudo habló. La gente decía admirada: "Nunca se ha visto en Israel cosa igual". En cambio, los fariseos decían: "Este echa los demonios con el poder del jefe de los demonios". Jesús recorría todas las ciudades y aldeas, enseñando en sus sinagogas, anunciando el evangelio del Reino y curando todas las enfermedades y todas las dolencias. Al ver a las gentes, se compadecía de ellas, porque andaban extenuadas y abandonadas, "como ovejas que no tienen pastor". Entonces dijo a sus discípulos: "La mies es abundante, pero los trabajadores son pocos; rogad, pues, al Señor de la mies que mande trabajadores a su mies".

1. Como bien sabemos, la tecnología ha logrado que las personas, que padecen sordera y mudez, puedan comunicarse sin mayores problemas. En tiempo de Jesús, la situación, en este orden de cosas, era muy distinta. La imposibilidad de hablar era equivalente, en buena medida, a la incomunicación. Y sabemos perfectamente que uno de los problemas más serios, que tenemos, en la sociedad actual, es el problema de la incomunicación. La falta de comunicación entre padres e hijos, entre esposos, entre ricos y pobres, entre gobernantes y gobernados, entre vecinos, entre gentes de creencias religiosas distintas, etc.

2. Este es el problema que resuelve aquí Jesús. Y por eso produjo tanta impresión entre la gente. Porque la incomunicación es el origen o la expresión de trastornos profundos en las personas y en la sociedad. Trastornos que lo trastornan todo. Por el contrario, la presencia de Jesús se manifiesta, entre otras cosas, en la transparencia y la sinceridad entre los humanos. Y, por otra parte, donde hay transparencia y sinceridad se resuelven automáticamente las dificultades más graves de convivencia que sufrimos los mortales. Donde hay sinceridad se rompe el aislamiento, la soledad, el alejamiento entre los amigos, los compañeros, los hermanos...

3. Ante el doloroso espectáculo de tantas gente rota por dentro, sola, aislada..., Jesús siente la conmoción profunda de la bondad agredida. Jesús pasó por la vida curando dolencias y enfermedades, aliviando el sufrimiento, contagiando paz, bienestar, sosiego, alegría, esperanza. La fe en Jesús, cuando esa fe es auténtica, produce en las personas y en los grupos humanos estos efectos tan determinantes para el bien o la desgracia de los humanos.

Mt 10, 1-7

"En aquel tiempo, Jesús llamó a sus doce discípulos y les dio autoridad para expulsar espíritus inmundos y curar toda enfermedad y dolencia. Éstos son los nombres de los doce apóstoles: el primero, Simón, el llamado Pedro, y su hermano Andrés; Santiago el Zebedeo, y su hermano Juan, Felipe y Bartolomé, Tomás y Mateo el publicano; Santiago el Alfeo y Tadeo, Simón el fanático, y Judas Iscariote, el que lo entregó. A estos doce los envió Jesús con estas instrucciones: "No vayáis a tierra de paganos, ni entréis en las ciudades de Samaría, sino id a las ovejas descarriadas de Israel. Id y proclamad que el reino de los cielos está cerca".

1. El capítulo diez de Mateo tiene una importancia singular. Es el capítulo de "la misión" de los "apóstoles". El relato de Mateo no habla directamente de la Iglesia. Pero habla de los doce apóstoles que, con el paso del tiempo, han sido (y son) fundamentales en la vida y organización de la Iglesia. La Iglesia cree que los obispos son sucesores de los apóstoles. Por eso, lo que aquí dice Jesús sobre los apóstoles de entonces es fundamental para los obispos de hoy.

2. Lo primero que dice este evangelio es que Jesús dio a los discípulos "autoridad". Mateo escogió bien esta palabra. No usa aquí el término griego *dynamis*, que indica el poder que se basa en la propia fuerza (natural o espiritual), sino que utiliza la palabra *exousía*, que se refiere al poder o autoridad vinculada a una misión determinada. De acuerdo con las palabras de Jesús, la *exousía* que se les da a los apóstoles es, antes que nada, un poder, una autoridad, para curar enfermos y expulsar demonios, es decir, para aliviar sufrimientos y dar vida. Esto es lo que dice Jesús de entrada. Y a partir de esto se ha de entender la misión de los apóstoles.

3. Mateo empieza llamándolos "discípulos". Y de ahí, a renglón seguido, los llama "apóstoles". Obviamente, eso quiere decir que los Doce Apóstoles (y sus sucesores *los obispos*), antes que apóstoles, han de ser *discípulos*. No como los "discípulos" de los Rabinos, que se caracterizaban por su sentido jerárquico y su sumisión a la Ley, sino los discípulos de Jesús, que eran los que "compartían vida y mesa con él" (M. Hengel). Sólo el que vive así puede ser llamado "apóstol" y "sucesor de los apóstoles".

Mt 10, 7-15

"En aquel tiempo, dijo Jesús a sus apóstoles: "Id y proclamad que el Reino de los Cielos está cerca: curad enfermos, resucitad muertos, limpiad leprosos, echad demonios. Lo que habéis recibido gratis, dadlo gratis. No llevéis en la faja oro, plata, ni calderilla; ni tampoco alforja para el camino, ni otra túnica, ni sandalias, ni bastón; bien merece el obrero su sustento. Cuando entréis en un pueblo o aldea, averiguad quién hay allí de confianza y quedaos en su casa hasta que os vayáis. Al entrar en una casa, si la casa se lo merece, la paz que le deseáis vendrá a ella. Si no se lo merece, la paz volverá a vosotros. Si alguno no os recibe o no os escucha, al salir de su casa o del pueblo, sacudid el polvo de los pies. Os aseguro que el día del juicio les será más llevadero a Sodoma y Gomorra, que a aquel pueblo".

1. Lo primero que Jesús deja claro, en lo que les dice a los apóstoles, es que hay una relación directa entre la *proclamación del Reino* y todo lo que es *dar vida*. Jesús piensan, por tanto, que el Reino de Dios se hace presente, antes que mediante doctrinas y teorías, dando vida a los que la tienen limitada o amenazada. Es una equivocación pensar que el anuncio del Reino se hace obligando a la gente a que acepte una "teología ortodoxa", cuando lo que más urge Jesús es que trabajemos y luchemos por dar vida y por dignificar la vida.

2. Jesús pensó en la misión de los apóstoles de forma que, para realizar tal misión no necesitaban dinero. Más aún, Jesús pensaba que, para hacer visible el Reino de Dios, *el dinero es un estorbo*. Lo mismo que es un estorbo todo lo que sea (o parezca) ostentación o imagen que llama la atención. Jesús no quiere nada de eso, ni para sus apóstoles, ni por tanto para los sucesores de sus apóstoles. ¿Por qué esta postura tan radical de Jesús?

3. Un Evangelio que se transmite sin dinero, ni con dinero ni por dinero, ¿no es la prueba más evidente de que el Evangelio es la fuerza de la vida, que brota del amor y sólo busca amor, respeto, bondad, tolerancia, en definitiva otro modelo de persona, que ya no puede ser nada más que el "*hombre-no-económico*" (M. Daraki), el ser humano que añoramos y nunca alcanzamos? San Pablo parece que lo entendió así. Por eso insiste, hasta diez veces, que él renunció a recibir dinero por su apostolado, "para no crear obstáculos al Evangelio" (1 Tes 4, 10 ss; 2, 3. 6-12; 1 Cor 4, 12; 9, 4-18; 2 Cor 11, 7-12; 12, 13-18; Hech 20, 33-35; cf. Hech 18, 1-4).

Mt 10, 16-23

"En aquel tiempo, dijo Jesús a sus apóstoles: "Mirad que os mando como ovejas entre lobos; por eso, sed sagaces como serpientes y sencillos como palomas. Pero no os fiéis de la gente, porque os entregarán a los tribunales, os azotarán en las sinagogas y os harán comparecer ante gobernadores y reyes por mi causa; así daréis testimonio ante ellos y ante los gentiles. Cuando os arresten, no os preocupéis de lo que vais a decir o de cómo lo diréis: en su momento se os sugerirá lo que tenéis que decir; no seréis vosotros los que habléis, el Espíritu de vuestro Padre hablará por vosotros. Los hermanos entregarán a sus hermanos para que los maten, los padres a los hijos; se rebelarán los hijos contra los padres, y los matarán. Todos os odiarán por mi nombre: el que persevera hasta el final, se salvará. Cuando os persigan en una ciudad, huid a otra. Creedme, no terminaréis con las ciudades de Israel antes de que vuelva el Hijo del Hombre".

1. El proyecto del Reino, tal como lo presenta Jesús, es intolerable para los poderes de este mundo. Un proyecto que desmotiva a la gente ante el dinero, y los valores que lleva consigo el afán por el dinero, desencadena la persecución contra los apóstoles. Jesús es muy claro en este punto. Por tanto, cuando los apóstoles del Reino no encuentran rechazo y persecución sino aplauso y privilegios, tales apóstoles tienen que preguntarse si son "auténticos" o si, por el contrario, son "falsos" apóstoles, como ya en el antiguo Israel hubo "falsos" profetas.

2. Dice Jesús que la persecución vendrá de las "sinagogas"; y de los "gobernadores y reyes". O sea, será persecución *religiosa* y persecución *civil*. Ambas cosas. En cuanto a la persecución religiosa, lo más sorprendente es que no vendrá de los paganos o de otras religiones, sino *de la propia religión*. Exactamente como le ocurrió al propio Jesús, que fue asesinado por la misma religión en la que fue educado, la religión a la que socialmente perteneció durante toda su vida. En asuntos de persecución religiosa, lo primero que hay que preguntarse es si nos persiguen por causa del apego al dinero (y a quienes lo tienen) o por causa del Evangelio.

3. La familia es la institución que transmite los valores establecidos, las costumbres de siempre, los intereses de toda la vida. Por eso, el Evangelio del Reino puede llegar a desencadenar tanto conflicto dentro de la propia casa. De sobra sabemos que el dinero divide a las familias y siembra el odio entre hermanos de la misma sangre.

Mt 10, 24-33

"En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: "Un discípulo no es más que su maestro, ni un esclavo más que su amo; ya le basta al discípulo con ser como su maestro, y al esclavo como su amo. Si al dueño de la casa lo han llamado Belcebú, ¡cuánto más a los criados! No les tengáis miedo, porque nada hay cubierto, que no llegue a descubrirse; nada hay escondido, que no llegue a saberse. Lo que os digo de noche, decidlo en pleno día, y lo que os digo al oído, pregonadlo desde la azotea. No tengáis miedo a los que matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma. No, temed al que puede destruir con el fuego alma y cuerpo. ¿No se venden un par de gorrones por unos cuartos? Y, sin embargo, ni uno solo cae al suelo sin que lo disponga vuestro Padre. Pues vosotros hasta los cabellos de la cabeza tenéis contados. Por eso, no tengáis miedo: no hay comparación entre vosotros y los gorrones. Si uno se pone de mi parte ante los hombres, yo también me pondré de su parte ante mi Padre del cielo. Y si uno me niega ante los hombres, yo también lo negaré ante mi Padre del cielo".

1. Jesús les ha dicho a sus apóstoles que van a ser perseguidos. Y enseña les explica por qué. Si de verdad se han identificado con Jesús, lo lógico es que les va a pasar en la vida lo mismo que le pasó a Jesús. Si él fue perseguido por los dirigentes de su propia religión, es evidente que quienes se presentan como los discípulos de aquel Jesús, si de verdad lo son, tendrán que pasar por la misma situación. Están equivocados los dirigentes actuales que piensan que eso ocurrió en el "antiguo pueblo de Dios", pero que ya no puede ocurrir en el "nuevo y definitivo pueblo elegido". No hay en este mundo religión elegida y exenta de error. Los sumos sacerdotes de Israel no se equivocaron por ser de Israel, sino por ser sumos sacerdotes que tenían la convicción de que ellos no se equivocaban.

2. El que se ve amenazado, siente miedo. Por eso, la gran tentación de los apóstoles (y de sus sucesores) es el miedo. Cuatro veces habla Jesús del miedo. Y el gran peligro del que tiene miedo es callarse o decir las cosas de forma que no le compliquen la vida. Cuando eso ocurre, el Evangelio se convierte en "proyecto político" disfrazado de "proyecto apostólico", de "responsabilidad pastoral" o cosas parecidas.

Mc 6, 7-13

"En aquel tiempo, llamó Jesús a los Doce y los fue enviando de dos en dos, dándoles autoridad sobre los espíritus inmundos. Les encargó que llevaran para el camino un bastón y nada más, pero ni pan, ni alforja, ni dinero suelto en la faja; que llevaran sandalias, pero no una túnica de repuesto. Y añadió: "Quedáos en la casa donde entréis, hasta que os vayáis de aquel sitio. Y si un lugar no os recibe ni os escucha, al marcharos sacudíos el polvo de los pies, para probar su culpa". Ellos salieron a predicar la conversión, echaban muchos demonios, ungían con aceite a muchos enfermos y los curaban".

1. Este relato de Marcos, que es más antiguo que el paralelo de Mateo (10, 5-15), contiene ya el mandato de la misión que consiste, ante todo, en la "autoridad" para expulsar espíritus inmundos, una denominación que se daba a los demonios. Esta creencia en los demonios era muy fuerte en Israel en tiempos de Jesús. La cosa venía desde los tiempos del exilio en Babilonia. Y es seguro que para Jesús, como para sus contemporáneos, hablar de demonios o de espíritus inmundos era hablar de enfermos del cuerpo y de la mente (O. Böcher). La autoridad de los discípulos es para liberar a la gente de esos males.

2. Lo que menos importa aquí son los detalles. Lo que interesa es el fondo del asunto. Y el fondo está en que, como se ha dicho, "el radicalismo ético de la tradición sinóptica era un radicalismo itinerante que podía practicarse únicamente en condiciones de vida extremas y marginales" (G. Theissen). Esta afirmación necesita ser matizada. La misión de Jesús no puede quedar reducida únicamente a condiciones extremas y marginales. El Evangelio no es para situaciones extremas y marginales. Es para todos y para toda la vida. ¿Cómo es esto posible?

3. El Evangelio no presenta una forma extrema y extravagante de vivir. Lo que el Evangelio ofrece es una forma de vivir, que no está ni determinada ni condicionada por el dinero y el bienestar, sino por el proyecto de aliviar el sufrimiento, por la lucha contra los agentes de violencia, por el respeto a la dignidad y derechos de todos, por el empeño en hacer felices a quienes nos rodean. Esto es lo que quiere decir Jesús con las prohibiciones que impone a sus discípulos. Jesús no presentó un *proyecto extravagante*, sino un *proyecto de humanidad*.

Mt 10, 34-11, 1

"En aquel tiempo, dijo Jesús a sus apóstoles: "No penséis que he venido a la tierra a sembrar paz: no he venido a sembrar paz, sino espadas. He venido a enemistar al hombre con su padre, a la hija con su madre, a la nuera con su suegra; los enemigos de cada uno serán los de su propia casa. El que quiere a su padre o a su madre más que a mí, no es digno de mí; el que quiere a su hijo o a su hija más que a mí, no es digno de mí; y el que no coge su cruz y me sigue, no es digno de mí. El que encuentre su vida la perderá, y el que pierda su vida por mí, la encontrará. El que os recibe a vosotros, me recibe a mí, y el que me recibe, recibe al que me ha enviado; el que recibe a un profeta porque es profeta, tendrá paga de profeta; y el que recibe a un justo porque es justo, tendrá paga de justo. El que dé a beber, aunque no sea más que un vaso de agua fresca, a uno de éstos pobrecillos, solo porque es mi discípulo, no perderá su paga, os lo aseguro". Cuando Jesús acabó de dar instrucciones a sus doce discípulos, partió de allí para enseñar y predicar en sus ciudades".

1. Lo que dice Jesús sobre la espada que divide a la familia resulta lógicamente provocativo y duro de aceptar. Para entenderlo, es necesario recordar que la familia judía del tiempo de Jesús era distinta de la actual. Era la "familia patriarcal", en la que el padre y patriarca tenía todos los derechos, mientras que la mujer y los hijos no tenían más que obligaciones, la sumisión total. Eso precisamente es lo que Jesús no tolera. Y porque no lo tolera, puede afirmar que ha venido a "sembrar" los conflictos que simbolizan las "espadas".
2. Los conflictos que anuncia Jesús en la familia no provienen de que en ella unos crean en Jesús y otros no. Lo que Jesús ataca no es un problema de fe religiosa. Lo que ataca es una estructura familiar opresora, en la que: 1) no hay libertad para decidir; 2) hay una desigualdad total de derechos entre hombres y mujeres. Las divisiones que enumera Jesús son conflictos generacionales y de sexos. No habla para nada de enfrentamientos religiosos.
3. La familia reproduce lo que es la sociedad. Y es la institución transmisora del modelo de sociedad existente y de los valores que la determinan. El movimiento, que originó Jesús, en cuanto movimiento socio-religioso de una revolución de valores, afecta, antes que nada, a la fuente donde se transmiten los valores y así se perpetúan los conflictos sociales y de relaciones humanas. Aquí está el nudo del problema más fuerte que a muchos nos plantea el Evangelio.

Mt 11, 20-24

"En aquel tiempo, se puso Jesús a recriminar a las ciudades donde había hecho casi todos sus milagros, porque no se habían convertido: "¡Ay de ti Corozaim, ay de ti Betsaida! Si en Tiro y en Sidón se hubieran hecho los milagros que en vosotras, hace tiempo que se habrían convertido, cubiertas de sayal y ceniza. Os digo que el día del juicio les será más llevadero a Tiro y a Sidón que a vosotras. Y tú Cafarnaún, ¿piensas escalar el cielo? Bajarás al abismo. Porque si en Sodoma se hubieran hecho los milagros que en ti, habría durado hasta hoy. Os digo que el día del juicio le será más llevadero que a ti".

1. Ante todo, hay que decir que las recriminaciones a Corozaim y Betsaida son "narrativamente" falsas (U. Luz). Es decir, Jesús nunca pronunció esas amenazas. Porque, hasta el momento en que se dicen estas cosas en el relato de Mateo, no se ha hecho mención alguna de milagros en tales ciudades. Y en cuanto a Cafarnaún, no hay noticia alguna de que allí precisamente fuera rechazado por la ciudad entera.
2. Lo que "narrativamente" es falso, tiene "teológicamente" una razón de ser: el redactor de esta narración puso en boca de Jesús una amenaza de fuerte rechazo hacia ciudades galileas, que, cuando se escribió este texto (unos 40 años después de la muerte de Jesús), expresaba algo que los cristianos de entonces vivían intensamente: el rechazo de Jesús, del que fueron responsables los dirigentes judíos, era vivido por los cristianos como rechazo del Mesías que Dios envió a Israel.
3. Este texto debería ponernos en guardia para no incurrir, a la ligera, en posturas de antisemitismo, que nunca se debe justificar en los evangelios. Al contrario, si algo nos enseña Jesús es el respeto, la tolerancia y la aceptación incondicional de las ideas y prácticas religiosas de quienes no coinciden con nuestras ideas religiosas y nuestras prácticas rituales.

Mt 11, 25-27

“En aquel tiempo, Jesús exclamó: “Te doy gracias, Padre, Señor de cielo y tierra, porque has escondido estas cosas a los sabios y entendidos, y se las has revelado a la gente sencilla. Sí, Padre, así te ha parecido mejor. Todo me lo ha entregado mi Padre, y nadie conoce al Hijo más que el Padre, y nadie conoce al Padre sino el Hijo, y aquél a quien el Hijo se lo quiera revelar”.

1. Este texto, centro y clave del Evangelio, establece una contraposición asombrosa entre los *sabios* y los *sencillos*. Lo que asombra es que Jesús, orando al Padre, afirma que los sabios son los que no se enteran de las cosas de Dios, mientras que los sencillos son los que saben de eso. Jesús da gracias al Padre porque esto es así. Lo que indica claramente que Jesús ve bien, y se alegra de ello, que sean precisamente los sencillos, con los que Jesús se siente solidario, los que saben de Dios.

2. Los “sabios” son un grupo, una clase social, que se contraponen al “pueblo ordinario”. Son los que en Israel eran considerados como “sabios”, la aristocracia religiosa, principalmente los “letrados”, los estudiosos de la ley religiosa y sus complicadas interpretaciones. Los “sencillos” son los que en griego eran llamados los *népioi*, literalmente los “niños”, los “lactantes”, términos que designaban a los “simples”, “incultos”, “ignorantes”. Justamente, los que fueron los oyentes de Jesús, las mujeres, los galileos, los pobres del campo, los que no pueden acudir a los centros de estudio de los “sabios” (U. Luz).

3. Los “sabios” no saben de Dios y los “ignorantes” saben de eso porque el Padre (Dios) no está al alcance de los humanos. Nadie, nada más que el Hijo, Jesús, es quien da a conocer quién es Padre y cómo es el Padre. Y Jesús lo da a conocer, no a la gente de estudios y de mucha religión, sino a los ignorantes y simples, los *‘am ha’arets*. Sin duda alguna, en el Padre de Cielo coinciden y se funden de tal forma *lo más profundo y lo más sencillo*, que la absoluta profundidad sólo es accesible en la absoluta sencillez. Esto es lo que los sencillos captan, mientras que se nos escapa a quienes nos tenemos por entendidos.

Mt 11, 28-30

“En aquel tiempo, Jesús exclamó: “Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados, y yo os aliviaré. Cargad con mi yugo y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y encontraréis vuestro descanso. Porque mi yugo es llevadero y mi carga ligera”.

1. Jesús, que es imagen de Dios, es también alivio y descanso para todos los que se sienten cansados y agobiados. Pero, si Dios es alivio y descanso, ¿por qué hay tanta gente que no lo percibe así? ¿Por qué hay tantos agnósticos y tantos ateos? No cabe duda de que o Dios no es como lo presenta el Evangelio; o somos nosotros los que lo hemos deformado hasta hacer de él o bien una cosa que no interesa; o quizá –lo que es más grave– una cosa que molesta y que una enorme cantidad de gente no soporta y no lo puede aguantar. ¿Por qué ocurre esto?

2. Decimos que Dios es un “Enigma”, un “Misterio”. Pero, sobre todo, decimos que es el “Trascendente”. Ahora bien, desde el momento en que afirmamos eso de Dios, estamos diciendo que Dios no está a nuestro alcance y nadie lo puede conocer. Pero, entonces, ¿qué pasa? Sencillamente, que, al no poder saber nada de Dios, quedamos a merced de “los entendidos”, “los sabios”, “los teólogos”, que nos lo explican (seguramente sin darse cuenta) de acuerdo con sus conveniencias e intereses. De donde resulta que, para mucha gente, Dios es tan inaceptable, y quizá tan odioso, como inaceptables y odiosos nos hemos hecho muchos de los que lo representamos o explicamos. Y por eso a Dios se le han atribuido tantas violencias y atropellos que se han cometido contra personas, religiones y países enteros precisamente por personas que invocaban a Dios o que en su nombre han privado de libertad o humillado a gentes indefensas.

3. La imagen que tenemos de Dios es Jesús. Por eso, en Jesús, en su vida y en su humanidad, aprendemos cómo es la humanidad y la cercanía de Dios. Por eso Dios es alivio y descanso.

Mt 12, 1-8

“Un sábado de aquellos, Jesús atravesaba un sembrado; los discípulos, que tenían hambre, empezaron a arrancar espigas y comérselas. Los fariseos, al verlo, le dijeron: “Mira, tus discípulos están haciendo una cosa que no está permitida en sábado”. Les replicó: “¿No habéis leído lo que hizo David, cuando él y sus hombres sintieron hambre? Entró en la casa de Dios y comieron de los panes presentados, cosa que no les estaba permitida ni a él ni a sus compañeros, sino sólo a los sacerdotes. ¿Y no habéis leído en la ley que los sacerdotes pueden violar el sábado en el templo sin incurrir en culpa? Pues os digo que aquí hay uno que es más que el templo. Si comprendierais lo que significa “quiero misericordia y no sacrificios”, no condenaríais a los que no tienen culpa porque el Hijo del Hombre es señor del sábado”.

1. Uno de los peligros más serios, que llevan consigo las religiones, está en que establecen preceptos, que afectan a cosas importantes en la vida de las personas, y convencen a sus fieles que la observancia de esos preceptos es más importante que la felicidad, la dignidad o incluso la vida misma de los seres humanos. Cuando las religiones hacen eso, lo que en realidad hacen es dar más importancia a la religión que a la vida del ser humano. Con lo cual se llega a la absurda situación de que se anteponen los medios al fin. La religión es un medio para un fin, que es la plenitud de vida del ser humano. Una religión que no funciona así, no puede ser la religión que representa al Dios de la vida.

2. Así era la religión de los fariseos que interpellaron a Jesús y le exigieron que reprendiera a sus discípulos por arrancar espigas en sábado para quitarse el hambre. La religión de los fariseos antepone la observancia del sábado (el medio) a la necesidad de saciar el hambre y poder vivir (el fin). Es algo que ocurre constantemente en la vida de las gentes que se someten a la religión. Por eso hay cada día más gente que no quiere saber nada de la religión. Ni de los dirigentes de la religión. Ni del Dios al que la religión y sus dirigentes representan.

3. La respuesta de Jesús viene a decir que las exigencias de la vida, y de una vida que no pasa faltas y se siente feliz, está antes que la religión y sus observancias. Porque, de no ser así, tendríamos que llegar a la horrible conclusión de que Dios quiere sumisión sin condiciones, aun a costa del sufrimiento de las personas. ¿Quién puede creer en semejante Dios?

Mt 12, 14-21

“En aquel tiempo, los fariseos, al salir, planearon el modo de acabar con Jesús. Pero Jesús se enteró, se marchó de allí y muchos le siguieron. Él los curó a todos, mandándoles que no lo descubrieran. Así se cumplió lo que dijo el profeta Isaías: “Mirad a mi siervo, mi elegido, mi predilecto. Sobre él he puesto mi espíritu, para que anuncie el derecho a las naciones. No porfiará, no gritará, no voceará por las calles. La caña cascada no la quebrará, el pábilo vacilante no lo apagará, hasta implantar el derecho; en su nombre esperarán las naciones”.

1. Los fariseos que presenta aquí el evangelio son consecuentes con su religión: si Jesús quebranta la ley religiosa, hay que matarlo. Al tomar semejante decisión, no hacían sino ser consecuentes, hasta el final, con sus creencias. He aquí el peligro que entrañan, a veces, las religiones. Y si no llegan a matar, es frecuente que lleguen a humillar y someter a las personas hasta el extremo de hacerles la vida insoportable.

2. El contraste con la religión de los fariseos es la vida de Jesús, que es la otra forma de entender y vivir la religión. Para explicar lo que fue y cómo fue la vida de Jesús, Mateo echa mano de una cita del profeta Isaías (42, 1-4). La cita es tan extensa porque Mateo vio en ella un excelente resumen de lo que fue la vida de Jesús, la religión de Jesús, que describe el contraste más fuerte con la religión de los fariseos.

3. Según Is 42, 1-4, Jesús es, no el “siervo”, sino el “hijo pequeño” (*païs*) del Padre. La misión que el Padre le encomendó fue “anunciar el derecho a las naciones” del mundo. El problema está en la palabra “derecho”. El texto griego utiliza el término *krisis*, que no significa “derecho”, sino “juicio”. Pero, en Is 42, 1-4, el profeta se refiere efectivamente al juicio divino, pero no un juicio de *desgracia*, sino de *salvación*. Por tanto, este evangelio dice que Jesús vino a traer, no ya el derecho, sino la realización del derecho, que es salvación, para todos, no sólo para los elegidos, sino para todas las naciones. Y eso lo hizo, no a base de imponerse y dominar, sino todo lo contrario, a fuerza de callar, de no enfrentarse a nadie, de aprovechar todo lo aprovechable. Es la bondad y la humanidad sin fisuras. Así es la vida y la religión de Jesús.

Mc 6, 30-34

"En aquel tiempo, los apóstoles volvieron a reunirse con Jesús. Y le contaron todo lo que habían hecho y enseñado. Él les dijo: "Venid vosotros solos a un sitio tranquilo a descansar un poco". Porque eran tantos los que iban y venían, que no encontraban tiempo ni para comer. Se fueron en barca a un sitio tranquilo y apartado. Muchos los vieron marcharse y los reconocieron; entonces de todas las aldeas fueron corriendo por tierra a aquel sitio y se les adelantaron. Al desembarcar, Jesús vio una multitud y le dio lástima de ellos; porque andaban como ovejas sin pastor; y se puso a enseñarles con calma".

1. Lo primero que llama la atención en este relato es la preocupación de Jesús por el descanso de sus discípulos. Vienen de una misión que les había exigido trabajo y desplazamientos. Y lo que enseguida quiere Jesús es que se retiren con él a un sitio tranquilo, para un merecido reposo. Jesús era sencillamente humano. Y le gustaba todo lo que nos gusta a los humanos. Unas buenas vacaciones, un viaje de descanso, una convivencia agradable, es algo que todos deseamos. También lo desea Jesús.

2. Lo segundo que llama la atención es el uso del tiempo. En esto, casi todos somos muy celosos. Más ahora que en tiempos de Jesús. Y más en la sociedad industrial que en una sociedad rural. Las personas que viven en aldeas, y trabajan en el campo, disponen de más tiempo para ellos que quienes viven sometidos a horarios y desplazamientos ajustados y agotadores. Por eso el tiempo se paga a precios de oro en no pocas profesiones y en las empresas. En contraste con todo esto, Jesús, en aquel tipo de vida y sociedad, no tenía tiempo ni para comer. Y cuando llegó al "sitio tranquilo", se encontró con nuevas gentes que le esperaban para quitarle su tiempo. Jesús no se inmuta. Y se pone a "enseñarles con calma", es decir, sin prisa...

3. Lo tercero que llama la atención es lo entrañable que era Jesús. La reacción suya, al encontrarse allí tal gentío, no fue inquietarse y menos aún impacientarse. Todo lo contrario. El texto dice que "se le conmovieron las entrañas" (*splagnísthe*). Decimos que una persona es "entrañable" cuando reacciona a partir de sus sentimientos más viscerales. Eso es lo que dice el relato, que se le conmovieron las tripas. Así era Jesús. Porque su sensibilidad no estaba puesta en sus vacaciones, sino en el desamparo de la pobre gente.

Mt 12, 38-42

"En aquel tiempo, un grupo de letrados y fariseos dijeron a Jesús: "Maestro, queremos ver un milagro tuyo". Él les contestó: "Esta generación perversa y adúltera exige una señal, pues no se le dará más signo que el del profeta Jonás. Tres días y tres noches estuvo Jonás en el vientre del cetáceo: pues tres días y tres noches estará el Hijo del Hombre en el seno de la tierra. Cuando juzguen a esta generación, los hombres de Nínive se alzarán y harán que les condenen, porque ellos se convirtieron con la predicación de Jonás, y aquí hay uno que es más que Jonás. Cuando juzguen a esta generación, la reina del Sur se levantará y hará que les condenen, porque ella vino desde los confines de la tierra, para escuchar la sabiduría de Salomón, y aquí hay uno que es más que Salomón".

1. Este relato plantea problemas que no tienen una respuesta fácil. La misma referencia a la "señal de Jonás" se encuentra en Lc 11, 29 ss. Pero en Lucas no se habla de los tres días en el vientre de la ballena. Lo que parece indicar que el texto original, tomado de la fuente Q, fue manipulado, de forma que no resulta fácil saber a ciencia cierta si lo que se dice aquí fue dicho por Jesús o fue modificado por Mateo.

2. Por otra parte, tal como Mateo presenta este texto, tropezamos con una dificultad seria. Se trata de que el texto, al hablar de "esta generación perversa y adúltera", se presta a ser utilizado como sentencia condenatoria contra todo Israel. Lo que fomentaría el antisemitismo, con todos los enfrentamientos y violencias que eso ha acarreado. Pero, además, se podría también utilizar este texto evangélico como un bumerang que se revuelve contra el propio cristianismo y daña la imagen de Jesús. ¿No se podría pensar que los primeros cristianos usaron la memoria de Jesús para satisfacer sus posibles resentimientos contra los judíos?

3. En cualquier caso, el Evangelio nunca puede ser motivo o argumento para despreciar a nadie. Y menos aún para condenar a un pueblo entero, a una generación de seres humanos o una cultura. Ni el Evangelio se puede utilizar como arma arrojada para fomentar divisiones, odios o resentimientos. Ni siquiera para desacreditar a nadie. Dejemos el juicio a Dios y seamos más humildes y más humanos.

Mt 12, 46-50

"En aquel tiempo, estaba Jesús hablando a la gente cuando su madre y sus hermanos se presentaron fuera, tratando de hablar con él. Uno se lo avisó: "Oye, tu madre y tus hermanos están fuera y quieren hablar contigo". Pero él contestó al que le avisaba: "¿Quién es mi madre y quiénes son mis hermanos?" Y señalando con las manos a los discípulos, dijo: "Estos son mi madre y mis hermanos. El que cumple la voluntad de mi Padre del cielo, ése es mi hermano y mi hermana y mi madre".

1. Es evidente que cuando Jesús, ya en torno a los treinta años, decidió irse de su pueblo y de su casa, abandonar su familia y su trabajo, para andar como carismático itinerante por ciudades y aldeas, tomó una decisión arriesgada para su futuro. Pero, por el solo hecho de alejarse de la familia, no se puede decir que cortara con ella. Para casi todo el mundo, llega el día en que se aleja de la casa paterna. Es ley de vida. Además, sabemos que Jesús tenía cuatro hermanos y algunas hermanas (Mc 6, 1-6), que sin duda siguieron cerca de la madre en la pequeña aldea donde vivían.

2. De este episodio no se puede deducir que Jesús se hubiera distanciado de su familia o que la hubiese dejado en un segundo plano en su vida. Ni con su respuesta Jesús quiso decir que la familia no tiene importancia o debe ser marginada. Lo que Jesús deja claro es que las relaciones de parentesco no son las más fuertes. Ni tienen que ser las más determinantes para una persona. De ser así, los hijos nunca deberían dejar a sus padres para formar ellos una nueva familia. Las relaciones de parentesco son enteramente necesarias. Pero no son un fin, sino un medio. Más aún, la relaciones de parentesco son sanas y constructivas cuando producen personas libres, que se relacionan por la fuerza de una "relación pura", la relación basada en la comunicación emocional, transparente y libre.

3. Cuando Jesús habla de los discípulos como su nueva familia, lo que en realidad está diciendo es que lo importante en la vida es la "relación pura", no basada en ataduras que se nos imponen o en conveniencias e intereses que corrompen las relaciones entre personas. Los discípulos de Jesús le seguían y estaban con él porque entre ellos existía ese tipo de relación que debería ser motivadora para todos.

Mt 20, 20-28

"En aquel tiempo, se acercó a Jesús la madre de los Zebedeos con sus hijos y se postró para hacerle una petición. Él le preguntó: "¿Qué deseas?" Ella contestó: "Ordena que estos dos hijos míos se sienten en tu reino, uno a tu derecha y el otro a tu izquierda". Pero Jesús replicó: "No sabéis lo que pedís. ¿Sois capaces de beber el cáliz que yo he de beber?" Contestaron: "Lo somos". Él les dijo: "Mi cáliz lo beberéis pero el puesto a mi derecha o a mi izquierda no me toca a mí concederlo, es para aquellos para quienes lo tiene reservado mi Padre". Los otros diez, que lo habían oído, se indignaron contra los dos hermanos. Pero Jesús, reuniéndolos, les dijo: "Sabéis que los jefes de los pueblos los tiranizan y que los grandes los oprimen. No será así entre vosotros: el que quiera ser grande entre vosotros, que sea vuestro servidor, y el que quiera ser primero entre vosotros, que sea vuestro esclavo. Igual que el Hijo del Hombre no ha venido para que le sirvan, sino para dar su vida en rescate por muchos".

1. El problema que Jesús tuvo con los apóstoles no fue un problema doctrinal. Ni tuvo con ellos problemas de celibato y sexo. San Pablo nos informa que los apóstoles, incluido Pedro, estaban casados y viajaban con sus mujeres (1 Cor 9, 5). Jesús no se preocupó de nada de eso. Lo único que le preocupó en serio a Jesús fue el tema del honor y el poder. Ante todo, porque, como está bien demostrado, de la misma manera que, para nosotros hoy, el problema número uno es el *dinero*, en las sociedades mediterráneas del s. I, lo que más preocupaba a la gente era el *honor* (B. J. Malina).

2. La insistencia de Jesús en que los últimos son los primeros, en poner como modelo a los niños, en la preferencia provocativa por los excluidos sociales y por la gente sencilla, la dureza con que respondió a los hijos de Zebedeo, el enfrentamiento entre los discípulos por causa de esta pretensión de Santiago y Juan, el hecho de llamarle Satanás a Pedro cuando éste se quiso oponer al fracaso final de Jesús o lo tajante que fue el mismo Jesús cuando Pedro no toleraba que le lavase los pies, todo eso va en la misma dirección: si algo hay que Jesús no tolera entre sus apóstoles, ni en los sucesores de sus apóstoles, es el deseo de subir, de ser importantes,

de mandar sobre otros. Y no digamos nada si lo que pretenden es tener un poder venido del cielo y, por tanto, indiscutible. Una Iglesia que consiente y hasta (quizá sin pretenderlo) fomenta todo eso, no es, no puede ser, la sucesión en el tiempo de lo que Jesús les confió a los primeros apóstoles.

3. La “estructura” de la Iglesia se fundamenta en el episcopado, que tiene como cabeza al obispo de Roma. Pero la “organización” de la Iglesia tiene que recuperar lo que fue en los primeros siglos. Las vocaciones de entonces eran, como decían los concilios locales, vocaciones *invitus* y *coactus* (Y. Congar), es decir, se ordenaba de sacerdotes y obispos a los que se resistían y no querían serlo. Los tenía que elegir cada comunidad.

Mt 13, 10-17

“En aquel tiempo, se acercaron a Jesús los discípulos y le preguntaron: “¿Por qué les hablas en parábolas?” Él les contestó: “A vosotros se os ha concedido conocer los secretos del Reino de los Cielos y a ellos no. Porque al que tiene se le dará y tendrá de sobra, y al que no tiene, se le quitará hasta lo que tiene. Por eso les hablo en parábolas, porque miran sin ver y escuchan sin oír ni entender, Así se cumplirá en ellos la profecía de Isaías: “Oiréis con los oídos sin entender, miraréis con los ojos sin ver; porque está embotado el corazón de este pueblo, son duros de oído, han cerrado los ojos; para no ver con los ojos, ni oír con los oídos, ni entender con el corazón, ni convertirse para que yo los cure”. Dichosos vuestros ojos porque ven y vuestros oídos porque oyen. Os aseguro que muchos profetas y justos desearon ver lo que veis vosotros y no lo vieron, y oír lo que oís y no lo oyeron”.

1. Este evangelio necesita una aclaración. La explicación que Jesús da a los discípulos, diciendo por qué habla a la gente en parábolas, fue redactada bastantes años después de la muerte de Jesús. Y reproduce *lo que dijo Jesús, pero interpretado* de acuerdo con la situación en que vivía la comunidad cristiana para la que Mateo escribió su evangelio. Aquella comunidad estaba convencida de que el rechazo de Cristo no fue sólo responsabilidad de los sumos sacerdotes, sino de todo Israel. Y eso es lo que Mateo recoge y refleja en la respuesta que pone en labios de Jesús.

2. Por eso, en este texto, quedan muy bien los discípulos, en los que se veía retratada la comunidad para la que se escribió el evangelio. Y queda fatal la gente, la masa de los que oían a Jesús, en los que los cristianos (de finales del s. I) veían a todo Israel, como responsable del rechazo y de la muerte de Jesús. Esto es lo que viene a decir la interpretación más aceptable de los especialistas más competentes en el evangelio de Mateo.

3. Lo que sin duda Jesús quiso decir es que las parábolas tienen, al mismo tiempo, un sentido “revelador” y “encubridor”: revelan lo que dice Jesús a quienes sintonizan con él; pero al mismo tiempo encubren el Evangelio a quienes están enfrentados con él. Y es que la parábola es un género literario que se entiende, no cuando *se interpreta*, sino cuando *se vive* (Paul Ricoeur). Entonces ocurre lo que se ha dicho con tanta clarividencia: “Si practicáis las parábolas, vosotros mismos os convertiréis en parábola, y así os veréis libres de la fatiga diaria” (Franz Kafka).

Mt 13, 18-23

"En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: "Vosotros oíd lo que significa la parábola del sembrador. Si uno escucha la palabra del Reino sin entenderla, viene el Maligno y roba lo sembrado en su corazón. Esto significa lo sembrado al borde del camino. Lo sembrado en terreno pedregoso significa el que la escucha y la acepta en seguida con alegría; pero no tiene raíces, es inconstante, y, en cuanto viene una dificultad o persecución por la Palabra, sucumbe, Lo sembrado entre zarzas significa el que escucha la Palabra; pero los afanes de la vida y la seducción de las riquezas la ahogan y se queda estéril. Lo sembrado en tierra buena significa el que escucha la Palabra y la entiende; ése dará fruto y producirá ciento o sesenta o treinta por uno".

1. Sirviéndose de la semilla como metáfora de la palabra; y de la metáfora de la tierra sembrada como metáfora de la experiencia humana, Jesús explica por qué, tantas veces, la palabra del Evangelio no da fruto en el corazón y en la convivencia entre los humanos. Jesús propone tres casos posibles. El primero es *el que no se entera*. Es el que oye o incluso estudia el Evangelio, pero no sabe de qué va, cosa que le puede ocurrir incluso a un profesor de teología. Es el que tiene el corazón y la cabeza tan duros como un camino pisoteado por los caminantes.

2. El segundo caso es el entusiasta superficial. Es el que oye el Evangelio y le parece maravilloso. Pero es una persona sin profundidad. Por eso, en cuanto se le presenta una dificultad, empieza a ver las cosas de otra manera. Y enseguida es otra persona. Estamos hartos de ver gente que, hace unos años, pensaba de una forma; y ahora piensan al contrario. Hay católicos, que fueron entusiastas del Concilio Vaticano II, y ahora lo ven como un fracaso. ¡Gente sin raíces! Con esa gente no vamos a ninguna parte.

3. El tercer caso es el que tiene pinchos en el corazón. Éste está de acuerdo con el Evangelio. Pero está también de acuerdo en que lo que importa es vivir bien y ganar dinero, acumular cuanto se pueda, por más que eso lleve consigo afanes y todo lo que haga falta. Una persona así, dice Jesús, por muy de acuerdo que esté con el Evangelio, es una persona "ahogada" y "estéril". Con gente así, tampoco vamos a ninguna parte.

Mt 13, 24-30

En aquel tiempo, Jesús propuso esta otra parábola a la gente: "El Reino de los Cielos se parece a un hombre que sembró buena semilla en su campo; pero, mientras la gente dormía, un enemigo fue y sembró cizaña en medio del trigo y se marchó. Cuando empezaba a verdear y se formaba la espiga, apareció también la cizaña. Entonces fueron los criados a decirle al amo: "Señor, ¿no sembraste buena semilla en tu campo? ¿De dónde sale la cizaña?" El les dijo: "Un enemigo lo ha hecho". Los criados le preguntaron: "¿Quieres que vayamos a arrancarla?" Pero él les respondió: "No, que podríais arrancar también el trigo. Dejados crecer juntos hasta la siega, y cuando llegue la siega diré a los segadores: Arracad primero la cizaña y atadla en gavillas para quemarla y el trigo almacenadlo en el granero".

1. Lo primero y lo más claro, que se dice en esta parábola, es que la realidad de la vida humana es de tal condición, que en ella siempre van a estar mezclados el bien y el mal, el trigo y la cizaña, la buena y la mala hierba. Éste es el hecho. Otra cosa es cómo podemos explicar eso, es decir, por qué la vida es así. A todos nos gustaría que las cosas sucedieran de otra manera. Y que, por tanto, no tuviéramos que ver cada día tanta cizaña que emponzoña el buen trigo que crece y da vida. Pero así es la realidad.

2. Lo segundo que aparece en la parábola es que los "obreros del Señor", es decir, los que se ven a sí mismos como los vigilantes de la ortodoxia y de la moralidad, tienen la tendencia de querer enseguida arrancar la cizaña. O sea, no toleran que el bien y el mal estén mezclados. Y quieren un campo limpio de todo lo que ellos ven como cizaña. Normalmente, esta tendencia de los que se ven como vigilantes del bien suele desembocar en la intolerancia y hasta en la intransigencia e incluso el fanatismo. Lo vemos a diario y por todas partes.

3. Sin embargo, el Señor (dueño del gran campo de la vida) no quiere que nadie se vea con el derecho de discernir lo que es trigo y lo que es cizaña. Pero, sobre todo, el Señor no tolera que nadie se constituya en juez y, en consecuencia, vaya por la vida arrancando todo lo que a él le parece que es cizaña. Porque puede equivocarse. Solamente el Señor, o sea Dios, puede saber quién es trigo y quién es cizaña. La enseñanza es clara: Seamos tolerantes y respetuosos. No juzguemos, no condenemos y dejemos a Dios ser Dios. Nosotros no lo somos.

Jn 6, 1-15

“En aquel tiempo, Jesús se marchó a la otra parte del lago de Galilea (o de Tiberíades). Lo seguía mucha gente, porque habían visto los signos que hacía con los enfermos. Subió Jesús entonces a la montaña y se sentó allí con sus discípulos. Estaba cerca la Pascua, la fiesta de los judíos. Jesús entonces levantó los ojos, y al ver que acudía mucha gente dijo a Felipe: “¿Con qué compraremos panes para que coman éstos?” (lo decía para tentarlo, pues bien sabía él lo que iba a hacer). Felipe le contestó: “Doscientos denarios de pan no bastan para que a cada uno le toque un pedazo”. Uno de sus discípulos, Andrés, el hermano de Simón Pedro, le dijo: “Aquí hay un muchacho que tiene cinco panes de cebada y un par de peces, pero, ¿qué es eso para tantos?” Jesús dijo: “Decid a la gente que se sienten en el suelo”. Había mucha hierba en aquel sitio. Se sentaron: sólo los hombres eran unos cinco mil. Jesús tomó los panes, dijo la acción de gracias y los repartió a los que estaban sentados; lo mismo todo lo que quisieron del pescado. Cuando se saciaron, dijo a sus discípulos: “Recoged los pedazos que han sobrado; que nada se desperdicie”. Los recogieron y llenaron doce canastas con los pedazos de los cinco panes de cebada que sobraron a los que habían comido. La gente entonces, al ver el signo que había hecho, decía: “Este sí que es el Profeta que tenía que venir al mundo”, Jesús entonces, sabiendo que iban a llevarse para proclamarlo rey, se retiró otra vez a la montaña, él solo”.

1. Por una serie de razones, que aquí no hay sitio para explicar, la eucaristía se ha deformado en la Iglesia hasta tal punto, que ya es prácticamente imposible reconocer lo que quiso Jesús. Y no digamos, si se trata de una misa de pontifical solemne en una catedral. El problema está en que la eucaristía tuvo su origen en las comidas de Jesús con la gente, especialmente en la multiplicación de los panes y en la cena de despedida. Pero todo eso ha desaparecido. Y la comida compartida se ha convertido en un ceremonial religioso que además no se entiende y a mucha gente ni le interesa.

2. Además, la misa se ha organizado de forma que la atención de los creyentes se centra en la presencia de Jesucristo y en la comunión. Otros, lo

que desean es que la misa les aproveche para ser ellos mejores, para rezar por un difunto o quizá otra intención. Así las cosas, a muchos de los que van a misa no les interesa lo que de verdad quiso Jesús: la comensalía, la mesa compartida, destinada a construir una comunidad humana basada, no en la religiosidad, ni en la piedad y devoción, y menos aún en la sumisión al poder sacerdotal. La comensalía de Jesús con todos, empezando por los pecadores y descreídos, fue pensada para construir la convivencia y las relaciones humanas sobre la bondad, el respeto, la ayuda mutua y la solidaridad.

3. Jesús se hace presente en la eucaristía. Por eso, el derecho de los cristianos a celebrar la presencia de Jesús entre ellos está antes que el privilegio de los sacerdotes a presidir la misa. Cada día hay menos sacerdotes. Y más cristianos sin eucaristía. Y sobre todo más gente a la que ni le interesa ir a misa. La Iglesia se está desmoronando por sí sola. Los que mandan han conseguido que sólo les queden los grupos incondicionales.

Mt 13, 31-35

"En aquel tiempo, Jesús propuso otra parábola a la gente: "El Reino de los Cielos se parece a un grano de mostaza que uno siembra en su huerta: aunque es la más pequeña de las semillas, cuando crece es más alta que las hortalizas; se hace un arbusto más alto que las hortalizas y vienen los pájaros a anidar en sus ramas". Les dijo otra parábola: "El Reino de los Cielos se parece a la levadura; una mujer la amasa con tres medidas de harina y basta para que todo fermente". Jesús expuso todo esto a la gente en parábolas, y sin parábolas no les exponía nada. Así se cumplió el oráculo del profeta: Abriré mi boca diciendo parábolas; anunciaré lo secreto desde la fundación del mundo".

1. En la parábola del grano de mostaza, Jesús destaca el contraste entre lo más insignificante, lo que apenas se ve, de una parte, y de otra, cómo lo más pequeño es lo que llega a ser grande. Los términos de ese contraste no son dos momentos de la historia: los inicios insignificantes de la Iglesia y su grandeza actual que llega a los confines de la tierra. No se trata de eso. El contraste es lo insignificante del Reino de Dios en esta vida. Y su grandeza en la otra vida. Lo cual quiere decir que el Reino de Dios, mientras estemos en este mundo, será una cosa insignificante. Y que precisamente *lo pequeño e insignificante es lo que produce plenitud*. He ahí la ley del Reino.

2. Lo mismo, en definitiva, viene a decir la parábola de la levadura. Aquí también se destaca el contraste de lo que se funde con la masa y se pierde en ella, pero luego la cambia por completo. Lo que importa es que los valores del Reino se fundan con la masa social, en el tejido social, entre la gente. Eso es lo que hace cambiar a la sociedad. La solemnidad, la grandeza de una imagen pública que impresiona y cualquier forma de apariencia, todo eso ni corresponde a lo que quiso Jesús, ni socialmente conduce a nada.

Mt 13, 36-43

"En aquel tiempo, Jesús dejó a la gente y se fue a casa. Los discípulos se le acercaron a decirle; "Acláranos la parábola de la cizaña en el campo". Él les contestó: "El que siembra la buena semilla es el Hijo del Hombre, el campo es el mundo, la buena semilla son los ciudadanos del Reino, la cizaña son los partidarios del Maligno; el enemigo que la siembra es el diablo; la cosecha es el fin del tiempo: el Hijo del Hombre enviará a sus ángeles, y arrancarán de su Reino a todos los corruptores y malvados y los arrojarán al horno encendido; allí será el llanto y el rechinar de dientes. Entonces los justos brillarán como el sol en el Reino de su Padre. El que tenga oídos, que oiga".

1. La parábola de la cizaña afirma: 1) que, en este mundo y por todas partes, la buena hierba está siempre mezclada con la mala hierba; 2) que "los obreros del Señor" (Mt 13, 27 s) quieren enseguida arrancar la mala hierba; 3) que Jesús no quiere que se haga eso porque nadie está capacitado para distinguir la mala hierba de la buena y puede suceder que, pensando que se arranca la cizaña, lo que en realidad se hace es arrancar la buena semilla; 4) que por eso hay que dejar las cosas de forma que sólo cuando llegue la cosecha, o sea, "el fin del tiempo", entonces será el momento de que "los ángeles" harán la debida separación y darán a cada cual su merecido.

2. Hay demasiada gente que, no sólo se siente capacitada, sino que además está empeñada en arrancar cuanto antes lo que ellos piensan que es la mala hierba. Son, como ya se ha dicho antes, los intolerantes, los que no soportan al que hace o dice lo que ellos creen que no se debe hacer ni decir. Por eso no respetan el pluralismo, ni la diversidad. Exigen que todo el mundo les respete a ellos, pero ellos se consideran con derecho a no respetar al disidente, al diferente o sencillamente al otro.

3. En la sociedad civil existen los tres poderes (legislativo, judicial y ejecutivo) que tienen el deber de velar por el respeto de los derechos de los ciudadanos. Esto pertenece al poder civil. Pero lo que Jesús no quiere es que los "obreros del Reino de Dios" se dediquen a decidir ellos y a castigar ellos a quienes no hacen las cosas como los hombres de la religión piensan que se tienen que hacer. La religión no tiene ni autoridad ni competencia para decidir lo que es cizaña en la sociedad. Y menos aún tiene competencias para arrancar esa presunta cizaña.

Mt 13, 44-55

En aquel tiempo, dijo Jesús a la gente: "El Reino de los Cielos se parece a un tesoro escondido en el campo: el que lo encuentra, lo vuelve a esconder, y, lleno de alegría, va a vender todo lo que tiene y compra el campo. El Reino de los Cielos se parece también a un comerciante en perlas finas que, al encontrar una de gran valor, se va a vender todo lo que tiene y la compra".

1. Estas dos parábolas, aparentemente tan simples y sencillas, nos enfrentan a un problema capital en la vida. Se trata del problema que consiste en ver y vivir la diferencia que hay entre "creencia" y "convicción". Hay mucha gente que cree que lo que dicen los evangelios es verdad y que esa verdad nos conviene a todos. Pero su creencia no pasa de eso. Y, por lo tanto, la fe de quienes piensan así no pasa de ser una fe que jamás se traduce en comportamientos que estén de acuerdo con el Evangelio. Por ejemplo, se trata de personas que admiran y estudian las bienaventuranzas, pero no las han incorporado a su vida, ni se rigen por lo que Jesús dijo en el Sermón del Monte. Quienes piensan y viven así, no pasan de la simple "creencia".

2. La "convicción" no se limita a la "creencia". Una "convicción" se define por el hecho de que orientamos nuestro comportamiento conforme a ella (J. Habermas). Por eso, la convicción consiste principalmente en el hecho de que está uno dispuesto a dejarse guiar en su actividad por la fórmula de la que está convencido (Ch. S. Peirce). El que está convencido de una cosa, la hace. Y si no la hace, es que no está convencido de tal cosa. El que no se quita del tabaco, es que no está convencido de que tiene que dejar de fumar. De ahí que las convicciones son las que determinan nuestros hábitos de vida y de comportamiento.

3. Con las parábolas del tesoro y la perla, lo que Jesús quiere decir es que uno cree en el Evangelio cuando esa creencia llega a ser la convicción que determina nuestras decisiones y nuestros hábitos de vida y de conducta. El que tiene y mantiene convicciones, que nada tienen que ver con el Evangelio, se incapacita para creer en el Evangelio. Por ejemplo, creer en Jesús y no estar dispuesto ni a ceder una pizca en lo que toca al honor o al dinero es sencillamente imposible. Si crees en el Evangelio, las convicciones, que de eso se siguen, te llevan a ver el honor y el dinero como cosas que se tienen que subordinar al bien de los demás. Así de simple.

Mt 13, 47-53

"En aquel tiempo, dijo Jesús a la gente: "El Reino de los Cielos se parece también a la red que echan en el mar y recoge toda clase de peces: cuando está llena, la arrastran a la orilla, se sientan, y reúnen a los buenos en cestos y a los malos los tiran. Lo mismo sucederá al final del tiempo: saldrán los ángeles, separarán a los malos de los buenos y los echarán al horno encendido. Allí será el llanto y el rechinar de dientes. ¿Entendéis bien todo esto?" Ellos le contestaron: "Sí". Él les dijo: "Ya veis, un letrado que entiende del Reino de los Cielos es como un Padre de familia que va sacando del arca lo nuevo y lo antiguo". Cuando Jesús acabó estas parábolas, partió de allí".

1. Con una imagen que tenía que resultar familiar para gentes que vivían de la pesca en el lago, Jesús les asegura que en el Reino de Dios cabemos todos, sin distinciones de buenos y malos. Esas distinciones se harán al final de los tiempos. Porque el juicio corresponde a Dios, no a los hombres. Lo cual es tanto como decir que el proyecto de Jesús es constitutivamente tolerante, respetuoso y acepta a todos sin distinciones ni rechazos. Es el proyecto de la humanidad, el proyecto en el que coincidimos todos los humanos, sean cuales sean nuestras culturas, creencias, ideologías. El proyecto de Jesús, antes que un proyecto de religión, es un proyecto de humanidad.

2. Jesús habla de la separación final de buenos y malos. Y de castigo de "horno encendido" para los malos, con "rechinar de dientes". Con eso, Jesús indica que Dios hace justicia para gentes que en este mundo son causa de tanto sufrimiento. No podemos acabar todos igual, si es que Dios es Dios y hace justicia. Pero lo que no sabemos es en qué consistirá la aplicación de esa justicia para los causantes del sufrimiento humano. En todo caso, una cosa es segura: el castigo del infierno, tal como se ha enseñado tradicionalmente, no puede ser como se nos ha dicho. Ese infierno eterno no existe. Ni puede existir. Porque el castigo nunca puede ser fin, sino que siempre tiene que ser medio (para corregir, evitar otros males mayores, educar...). Pero un infierno eterno no puede ser medio para nada. Es el castigo por el castigo, como fin en sí. Ahora bien, eso es literalmente contradictorio con un Dios que se define como Amor.

Mt 13, 54-58

"En aquel tiempo, fue Jesús a su ciudad y se puso a enseñar en la sinagoga. La gente decía admirada: "¿De dónde saca éste esa sabiduría y esos milagros? ¿No es el hijo del carpintero? ¿No es su madre María y sus hermanos Santiago, José, Simón y Judas? ¿No viven aquí todas sus hermanas? Entonces, ¿de dónde saca todo eso?" Y desconfiaban de él. Jesús les dijo: "Sólo en su tierra y en su casa desprecian a un profeta". Y no hizo allí muchos milagros, porque les faltaba fe".

1. Está claro en este relato que Jesús hablaba de manera que lo que decía sorprendía a quienes lo habían conocido desde niño. Les llama la atención y no se explican cómo, hasta poco antes, era un vecino más. ¿Qué había ocurrido? La cosa, humanamente hablando, no tenía explicación. Sin duda, la clave está en lo que ocurrió en la experiencia del bautismo que Jesús recibió de manos de Juan el Bautista. Allí Jesús tuvo una experiencia misteriosa y profunda: vio el cielo abierto, oyó la voz del Padre del Cielo (Mt 3, 16-17), se sintió llamado a dar a conocer al Padre y su proyecto (Mt 11, 25-27). ¿Qué nos viene a decir esto?

2. Jesús no impresionaba a la gente con lo que decía porque había estudiado mucho. Jesús había dicho que lo que él enseñaba eran cosas que quedan ocultas para los "sabios y entendidos" (Mt 11, 25) y cosas que paradójicamente las saben los "pequeños", los ignorantes, los sencillos. Esto, justamente, es lo que le ocurrió a Jesús. La experiencia religiosa le cambió. Pero no le cambió en "sabio", sino en "sencillo". Y lo que enseñaba era la sabiduría de los últimos, de los nadie, de los excluidos. Es el saber en el que el "ser" y el "deber ser" no se pueden disociar. El saber que nunca puede ser neutral ante la violencia y el sufrimiento que genera la tecnología y la llamada "ciencia" (?) que hay detrás de esa tecnología. A esa sabiduría de los sencillos le tenemos miedo los intelectuales y los clérigos. Porque si de veras la asumiéramos, cambiarían radicalmente las universidades, las parroquias, los conventos y las curias episcopales.

3. El relato termina dejando claro que los "milagros" de Jesús no eran posibles donde faltaba la fe-confianza. Jesús no era un "omnipotente", tal como nosotros nos imaginamos eso. Jesús tenía una *fuerza de espíritu* que donde no encontraba acogida y respuesta dejaba de ser fuerza y nada podía hacer. He aquí el profundo misterio de la fuerza de espíritu que tenemos los humanos, cuando somos profundamente humanos.

Mt 14, 1-12

"En aquel tiempo, oyó el virrey Herodes lo que se contaba de Jesús y dijo a sus ayudantes: "Es Juan Bautista, que ha resucitado de entre los muertos, y por eso los poderes actúan en él". Es que Herodes había mandado prender a Juan y lo había metido en la cárcel encadenado, por motivo de Herodías, mujer de su hermano Felipe: porque Juan le decía que no le estaba permitido vivir con ella. Quería mandarlo matar, pero tuvo miedo de la gente, que lo tenía por profeta. El día del cumpleaños de Herodes, la hija de Herodías danzó delante de todos y le gustó tanto a Herodes, que juró darle lo que pidiera. Ella, instigada por su madre, le dijo: "Dame ahora mismo en una bandeja la cabeza de Juan Bautista". El rey lo sintió, pero por el juramento y los invitados, ordenó que se le dieran; y mandó decapitar a Juan en la cárcel. Trajeron la cabeza en una bandeja, se la entregaron a la joven, y ella se la llevó a su madre. Sus discípulos recogieron el cadáver, lo enterraron, y fueron a contárselo a Jesús".

1. El evangelio de Mateo presenta aquí al poder despótico con características muy sombrías. Ese poder está asociado a: 1) la muerte asesina; 2) la corrupción moral; 3) el miedo. Un individuo corrupto, que puede matar a quien le conviene, y que toma sus decisiones por intereses pasionales o por miedos irracionales, es el mayor peligro que puede amenazar a un pueblo, a una nación, a todos y cada uno de los ciudadanos.

2. Frente a tanta desvergüenza y a semejante violencia, la figura egregia de Juan Bautista, que: 1) no se calla ante la corrupción del poder; 2) paga con su vida la libertad del que denuncia el despotismo.

3. Es un error de gente ingenua pensar que estos abusos del poder ocurrían sólo antiguamente. En la antigüedad, el poder corrupto y criminal estaba concentrado en el soberano de cada país, que ejercía su despotismo sobre sus propios súbditos. En la actualidad, debido a la economía global, al comercio global, al poder de veto que las grandes potencias tienen sobre la ONU, y al poder que ejercen los organismos internacionales (Banco Mundial, Fondo Monetario Internacional, Organización Internacional del Comercio), controlados por los grandes de la política y del capital, el poder corrupto de la muerte y el miedo dirige y gestiona

un mundo en el que cada día mueren de hambre y miseria más de 70.000 personas. Y sabemos que este poder sigue matando a los profetas que denuncian. Según el Informe 2007, de Amnistía Internacional, en 2006, al menos 1.544 personas fueron ejecutadas en 25 países distintos. El martirio de Juan Bautista sigue presente ante nosotros.

Jn 6, 24-35

“En aquel tiempo, cuando la gente vio que ni Jesús ni sus discípulos estaban allí, se embarcaron y fueron a Cafarnaún en busca de Jesús. Al encontrarlo en la otra orilla del lago, le preguntaron: “Maestro, ¿cuándo has venido aquí?”. Jesús les contestó: “Os lo aseguro: me buscáis no porque habéis visto signos, sino porque comisteis pan hasta saciaros. Trabajad no por el alimento que perece, sino por el alimento que perdura, dando vida eterna, el que os dará el Hijo del Hombre; pues a éste lo ha sellado el Padre, Dios”. Ellos le preguntaron: “¿Cómo podremos ocuparnos en los trabajos que Dios quiere?”. Respondió Jesús: “Éste es el trabajo que Dios quiere: que creáis en el que Él ha enviado”. Ellos le replicaron: “¿Y qué signo vemos que haces tú, para que creamos en ti? Nuestros padres comieron el maná en el desierto, como está escrito: Les dio a comer pan del cielo”. Jesús les replicó: “Os aseguro que no fue Moisés quien os dio pan del cielo, sino que es mi Padre quien os da el verdadero pan del cielo. Porque el pan de Dios es el que baja del cielo y da vida al mundo. Entonces le dijeron: “Señor, danos siempre de ese pan”. Jesús les contestó: “Yo soy el pan de vida. El que viene a mí no pasará hambre, y el que cree en mí no pasará nunca sed”.

1. Lo primero que señala este evangelio es que lo primero y lo que más interesa a los humanos es la comida. Por eso buscan a Jesús de nuevo los que se habían hartado de comer. Nuestra primera y más lógica preocupación es el pan, es decir, no pasar necesidad. Y, de ahí, que la crisis económica nos preocupe tanto a todos.

2. Cuando Jesús advierte que lo buscan motivados por ese interés, les dice que hay algo más importante, algo que les conviene más. Hay un alimento superior, el que da “vida eterna”, que no se refiere a la “otra vida”, sino a “una vida distinta de la existencia de antes” (J. Guhr). Jesús les dice así que no basta el interés por la comida y la sana economía, sino que lo determinante es una vida en la que se imponga, antes que ninguna otra cosa, la bondad, el respeto, la solidaridad. Porque, cuando ése es el tipo de vida que se impone, se resuelve, no sólo el problema del hambre, sino tantos otros problemas humanos que nos hacen desgraciados o, si se resuelven, nos hacen felices.

3. Esta nueva vida se alcanza por medio de la fe, es decir, la adhesión a Jesús, a su mensaje, a su forma y estilo de vida. Cuando el Evangelio se hace en nosotros convicción, entonces empezamos a vivir esa vida distinta, la “vida eterna”, que nos cambia y cambia el mundo.

Mc 9, 2-10

“En aquel tiempo, Jesús se llevó a Pedro, a Santiago y a Juan, subió con ellos solos a una montaña alta, y se transfiguró delante de ellos. Sus vestidos se volvieron de un blanco deslumbrador, como no puede dejarlos ningún batanero del mundo. Se le aparecieron Elías y Moisés conversando con Jesús. Entonces Pedro tomó la palabra y le dijo a Jesús: “Maestro, ¡Qué bien se está aquí! Vamos a hacer tres chozas, una para ti, otra para Moisés y otra para Elías”. Estaban asustados y no sabían lo que decía. Se formó una nube que los cubrió y salió una voz de la nube: “Éste es mi Hijo amado; escuchadlo”. De pronto, al mirar alrededor, no vieron a nadie más que a Jesús, solo con ellos. Cuando bajaban de la montaña, Jesús les mandó: “No contéis a nadie lo que habéis visto hasta que el Hijo del Hombre resucite de entre los muertos”. Esto se les quedó grabado y discutían qué quería decir aquello de resucitar de entre los muertos”.

1. Es evidente que este relato pone de manifiesto que en el hombre Jesús, en la humanidad de aquel hombre y a través de aquella humanidad, se revelaba algo enigmático y misterioso que supera y trasciende lo humano. La humanidad de Jesús es la revelación de la divinidad del Padre. Y lo es porque la divinidad no puede ser conocida por nosotros los humanos. Lo que podemos saber de la divinidad es lo que vemos, oímos y palpamos en la humanidad, en la que se hizo presente y con la que se fundió Jesús.

2. Esto explica por qué, en los evangelios, encontramos hechos (nacimiento, tentaciones, transfiguración y resurrección) en los que nos encontramos con lo enigmático y lo misterioso o lo “mítico”, como dicen algunos teólogos bien conocidos. El problema está en que, en ese enigma, en ese misterio o en ese “mito” el Jesús histórico *quedó “succionado”* (G. Theissen). Esto es lo que a muchas personas les complica la lectura de los evangelios y la correcta comprensión de la persona y de la vida de Jesús.

3. Como es lógico, este episodio sólo pudo ser conocido después de la resurrección. El título de “Hijo de Dios” aplicado a Jesús, según san Pablo (Rom 1, 3-4) sólo pudo aplicarse a Jesús después que se supo que él no

había fracasado en la muerte, sino que es el Viviente Resucitado. La dificultad con que tropezamos en los evangelios esta en que en ellos leemos la historia de un hombre que es revelación de lo que trasciende al hombre. Pero de forma que en ello se revela también que la trascendencia de lo divino nunca puede contradecir o entrar en conflicto con la inmanencia que palpamos en lo humano de Jesús.

Mt 14, 22-36

"Después que se sació la gente, Jesús apremió a la discipulos a que subieran a la barca y se le adelantaran a la otra orilla, mientras él despedía a la gente. Y después de despedir a la gente, subió al monte a solas para orar. Llegada la noche, estaba allí solo. Mientras tanto la barca iba ya muy lejos de tierra, sacudida por las olas, porque el viento era contrario. De madrugada se les acercó Jesús andando sobre el agua. Los discipulos, viéndole andar sobre el agua, se asustaron y gritaron de miedo, pensando que era un fantasma. Jesús les dijo enseguida: "¡Ánimo, soy yo, no tengáis miedo!" Pedro le contestó: "Señor, si eres tú mándame ir hacia ti andando sobre el agua". Él le dijo: "Ven". Pedro bajó de la barca y echó a andar sobre el agua acercándose a Jesús; pero, al sentir la fuerza del viento, le entró miedo, empezó a hundirse y gritó: "Señor, sálvame". Enseguida Jesús extendió la mano, lo agarró y le dijo: "¡Qué poca fe! ¿Por qué has dudado?" En cuanto subieron a la barca, amainó el viento. Los de la barca se postraron ante él diciendo: "realmente eres Hijo de Dios". Terminada la travesía, llegaron a tierra en Genesaret. Y los hombres de aquel lugar, apenas le reconocieron pregonaron la noticia por toda aquella comarca y trajeron donde él a todos los enfermos. Le pedían tocar siquiera la orla de su manto; y cuantos la tocaron quedaron curados".

1. No es posible saber si efectivamente Jesús caminó sobre el mar. La verdad histórica de este episodio está muy cuestionada y con razón. Pero eso no es lo importante aquí. Lo que interesa es tener en cuenta que, inmediatamente después de la multiplicación de los panes, ocurrió algo que es decisivo para la comunidad cristiana. ¿De qué se trata?

2. Una vez que la gente se sació de comer, Jesús hizo dos cosas: 1) despidió a la gente, que, entusiasmada, quería proclamarlo rey (Jn 6, 14-15); 2) "forzó" (anagkazo) a los discipulos a irse en la barca. No es que los "apremió", sino que los "obligó". Esto indica que no querían irse y fue necesario forzarlos a que se marcharan de allí. ¿Por qué? Sin duda, porque al ver la oportunidad de que el Maestro se convirtiera en Rey, no querían perder la ocasión de tener algo de poder político. Esto supuesto, lo demás del

relato se entiende enseguida: el mar se les puso en contra, no avanzaban y, sobre todo, cuando vino Jesús a buscarlos, vieron en él a un fantasma, tuvieron miedo, sobre todo Pedro, y Jesús les dijo que no tenían fe.

3. La actualidad del relato es patente: cuando los discipulos de Jesús no se contentan con ser lo que son, sino que además pretenden poderes de orden político, se les hace de noche, no avanzan, todo son problemas, en Jesús ven a un fantasma que les da miedo, Pedro se hunde. Se ha dicho que el "fundamentalismo religioso" es "tradición acorralada" (A. Giddens). Los actuales sucesores de los apóstoles dan muestra de que no les basta con ser discipulos de Jesús y quieren cotas de poder político. ¿No será por eso por lo que no ven la fuerza que tiene el Evangelio y, en vez de ver a Jesús, ven fantasmas? ¿No explicará esto el actual éxito de los grupos más integristas y más fundamentalistas? Pero, ¿es ésa la solución que hoy necesita la Iglesia?

Mt 15, 21-28

"En aquel tiempo, Jesús salió y se retiró al país de Tiro y Sidón. Entonces una mujer cananea, saliendo de uno de aquellos lugares, se puso a gritarle: "Ten compasión de mí, Señor, Hijo de David. Mi hija tiene un demonio muy malo", Él no le respondió nada. Entonces los discípulos se le acercaron a decirle: "Atiéndela, que viene detrás gritando". Él les contestó: "Sólo me han enviado a las ovejas descarriadas de Israel". Ella los alcanzó y se postró ante él, y le pidió de rodillas: "Señor, socórreme". Él le contestó: "No está bien echar a los perros el pan de los hijos". Pero ella repuso: "Tienes razón, Señor; pero también los perros se comen las migajas que caen de la mesa de los amos". Jesús le respondió: "Mujer, qué grande es tu fe: que se cumpla lo que deseas". En aquel momento quedó curada su hija".

1. Ante este relato, son muchas las personas que, de entrada, se sienten mal. Porque no es propio de una persona bien educada responder a una mujer que pide ayuda, lo que dice este evangelio que respondió Jesús. Por eso cabe preguntarse si efectivamente este episodio sucedió tal y como aquí se cuenta.

2. Para comprender lo que este evangelio quiere enseñar, hay que tener presente que la mujer, que acude a Jesús, era cananea. Es decir, era una mujer pagana. Esto supuesto, la clave de interpretación del relato está en que primero hay un rechazo del paganismo (representado por la mujer), y después se hace un elogio de lo que antes se ha rechazado. Suciedera o no sucediera esto tal como se cuenta, el hecho es que, en Jesús, se produce un cambio: el paso del exclusivismo religioso a la aceptación y el elogio de la fe de quien pertenece a otra religión.

3. Por tanto, Jesús representa el fin del exclusivismo religioso. Que no es solamente la aceptación de la tolerancia y el respeto a quien tiene otras creencias y otras prácticas religiosas. Es, sobre todo, el elogio de quien, tenga las creencias que tenga, tiene una profunda humanidad, que se manifiesta en el cariño a su hija, la preocupación por ella, la bondad del que soporta un rechazo humillante y, sobre todo, la fe-confianza en Jesús, es decir, fiarse de quien pudo poner fin al sufrimiento. Jesús no le pidió a la mujer que cambiara de religión. Jesús sólo se fijó en la humanidad de aquella madre.

Mt 16, 13-23

En aquel tiempo llegó Jesús a la región de Cesarea de Felipe y preguntaba a sus discípulos: "¿Quién dice la gente que es el Hijo del Hombre?" Ellos contestaron: "Unos que Juan Bautista, otros que Elías, otros que Jeremías o uno de los profetas". Él les preguntó: "Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?" Simón Pedro tomó la palabra y dijo: "Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo". Jesús le respondió: "¡Dichoso tú, Simón, hijo de Jonás!, porque eso no te lo ha revelado nadie de carne y hueso, sino mi Padre que está en el cielo. Ahora te digo yo: Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y el poder del infierno no la derrotará. Te daré las llaves del Reino de los cielos; lo que ates en la tierra, quedará atado en el cielo, y lo que desates en la tierra, quedará desatado en el cielo". Y les mandó a los discípulos que no dijese a nadie que él era el Mesías. Desde entonces empezó Jesús a explicar a sus discípulos que tenía que ir a Jerusalén y padecer allí mucho por parte de los senadores, sumos sacerdotes y letrados, y que tenía que ser ejecutado y resucitar al tercer día. Pedro se lo llevó aparte y se puso a increparlo: "¡No lo permita Dios, Señor! Eso no puede pasarte". Jesús se volvió y dijo a Pedro: "Quítate de mi vista, Satanás, que me haces tropezar; tú piensas como los hombres, no como Dios".

1. Este evangelio tiene claramente dos partes. La primera (Mt 16, 13-20), recoge el diálogo de Jesús con los discípulos, especialmente con Pedro. La segunda (Mt 16, 21-23) relata la reacción que tuvo Pedro ante el primer anuncio que hace Jesús del final trágico que iba a tener su vida. Para entender el significado y el alcance de la primera parte es enteramente necesario recordar la segunda. Es decir, para comprender la famosa confesión de Pedro, y la promesa que le hizo Jesús, es indispensable tener presente cómo reaccionó Pedro cuando se enteró del fracaso mortal que le esperaba al mismo Jesús.

2. Es importante caer en la cuenta de que lo primero que confiesa Pedro es la "mesianidad" de Jesús: "Tú eres el Mesías" (el "Cristo", el "Unigido"). Y después de eso añade que es "el Hijo de Dios". Pero este título no hace sino reforzar el anterior. Era el título que se le daba al emperador Augusto

(W. Carter). A esto, Jesús responde afirmando que “sobre esta roca” va a edificar la Iglesia. En realidad, la Iglesia empezó a existir y a denominarse así bastantes años después de la muerte y resurrección de Jesús. El evangelio pone esta palabra en boca de Jesús porque las primeras comunidades (que empezaron a auto-denominarse “iglesias”) tenían el convencimiento de que ellas provenían de Jesús. Deducir de esto que la Iglesia está construida sobre la roca de Pedro es sacar las cosas de quicio. El Evangelio no dice eso.

3. La segunda parte del relato nos revela algo sorprendente: Pedro no aceptó la mesianidad y el proyecto de Jesús. Es más, intentó disuadir a Jesús de que siguiera ese camino. Pedro, y con él los demás apóstoles, querían un Mesías triunfante y poderoso, no un fracasado y condenado por los poderes que brillan en este mundo. La lección de todo esto es clara: tenemos que preguntarnos si estamos con el Jesús del Evangelio o con el Pedro que presenta aquí el Evangelio.

10 DE AGOSTO - VIERNES 18ª SEMANA DEL TIEMPO ORDINARIO

Mt 16, 24-28

“En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: “El que quiera venirse conmigo, que se niegue a sí mismo, que cargue con su cruz y me siga. Si uno quiere salvar su vida, la perderá; pero el que la pierda por mí, la encontrará. ¿De qué le sirve a un hombre ganar el mundo entero, si malogra su vida? ¿O qué podrá dar para recobrarla? Porque el Hijo del Hombre vendrá entre sus ángeles, con la gloria de su Padre y entonces pagará a cada uno según su conducta. Os aseguro que algunos de los aquí presentes no morirán sin antes haber visto llegar al Hijo del Hombre con majestad”.

1. Las gentes de Galilea, que escuchaban a Jesús, sabían muy bien lo que era “cargar con una cruz”. Junto a los caminos de Galilea se veían señales que indicaban dónde habían sido crucificados los galileos revolucionarios que no soportaban la opresión de los legionarios romanos. Por eso, cuando Jesús les dice a los discípulos que “seguirle” es “cargar con la cruz”, no se refiere a nada religioso, ascético, espiritual. Porque nada de eso era “cargar con la cruz” en los pueblos que Roma dominaba. La cruz era el tormento con el que se ejecutaba a los esclavos y a los subversivos contra el imperio romano (Tácito). Era el suplicio que arrancaba el honor y la dignidad al ciudadano del imperio (Cicerón). Seguir a Jesús es vivir de forma que uno tiene que estar dispuesto a que lo tengan por un subversivo y un indigno de seguir viviendo. Y eso, no por intereses de poder, sino por causa de una bondad que no escurre el hombro ante las injusticias.

2. Las últimas palabras de Jesús son la prueba más clara de que él no lo sabía todo. Le pasaba lo que nos pasa a todos los humanos: nos equivocamos, a veces. Se equivocó porque ninguno de los allí presentes vio al Hijo del Hombre “venir con majestad”. No olvidemos que Jesús fue “probado en todo igual que nosotros, excluido el pecado” (Heb 4, 15). Ignorar ciertas cosas o equivocarse no es pecado. Es lo propio de la condición humana.

Mt 17, 14-20

“En aquel tiempo, se acercó a Jesús un hombre que le dijo de rodillas: “Señor, ten compasión de mi hijo, que tiene epilepsia y le dan ataques: muchas veces se cae en el fuego o en el agua. Se lo he traído a tus discípulos y no han sido capaces de curarlo”. Jesús contestó: “¿Gente sin fe y perversa! ¿Hasta cuándo os tendré que soportar?” Traédmelo. Jesús increpó al demonio y salió; en aquel momento se curó el niño. Los discípulos se acercaron a Jesús y le preguntaron aparte: “¿Y por qué no pudimos echarlo nosotros?” Les contestó: “Por vuestra poca fe. O aseguro que, si fuera vuestra fe como un grano de mostaza, le diríais a aquella montaña que viniera aquí, y vendría. Nada os sería imposible”.

1. En este relato se ve claramente que, en aquella cultura, la epilepsia era interpretada como tener un demonio. La curación del niño se realiza mediante la expulsión del demonio. La ignorancia de los fenómenos o causas naturales busca explicación en fenómenos o causas sobrenaturales. En esos casos, Dios se convierte en un “tapa-agujeros” con el que pretendemos resolver nuestras ignorancias. Las creencias no deben ser eso. Deben ser fuerza de transformación que nos impulse a superar las deshumanización que todos llevamos dentro de nosotros.

2. Jesús entiende la fe como una fuerza que traslada montañas, cosa que el evangelio repite dos veces (Mt 17, 20; 21, 21), lo que indica que es algo importante para comprender lo que es la fe. No se trata de que la fe consiste en la capacidad de hacer lo imposible. En Mt 21, 21, Jesús dijo esta misma sentencia cuando estaba llegando a Jerusalén. ¿De qué monte hablaba entonces? Las palabras de Jesús indican “este monte”. Ahora bien, allí no podía señalar nada más que al “monte santo” sobre el que estaba edificado el grandioso templo de Jerusalén, centro de la religión establecida. Por tanto, lo que Jesús afirma es que la fe, que él presenta, acaba con la religión, sus ceremonias y sus funcionarios. Cuando la fe en Jesús es verdadera y fuerte, derriba la montaña de creencias raras, seguridades supersticiosas y sentimientos de culpa enfermizos que llevamos dentro. Y, en su lugar, pone la fuerza que da vida y hace felices a los humanos.

Jn 6, 41-51

“En aquel tiempo, criticaban los judíos a Jesús porque había dicho: “Yo soy el pan bajado del cielo”, y decían: “¿No es éste Jesús, el hijo de José? ¿No conocemos a su padre y a su madre?, ¿cómo dice ahora que ha bajado del cielo?” Jesús tomó la palabra y les dijo: “No critiquéis. Nadie puede venir a mí, si no lo trae el Padre que me ha enviado. Y yo lo resucitaré en el último día. Está escrito en los profetas: Serán todos discípulos de Dios. Todo el que escucha lo que dice el Padre y aprende, viene a mí. No es que nadie haya visto al Padre, a no ser el que viene de Dios: ése ha visto al Padre. Os lo aseguro: el que cree tiene vida eterna. Yo soy el pan de la vida. Vuestros padres comieron en el desierto el maná y murieron: éste es el pan que baja del cielo, para que el hombre coma de él y no muera. Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo: el que coma de este pan vivirá para siempre. Y el pan que yo daré es mi carne, para la vida del mundo”.

1. Lo primero que el evangelio de Juan deja claro aquí es que Jesús era un ser humano. La gente lo veía y lo sabía: tenía su padre y su madre, como todos los humanos. Éste es uno de los grandes temas del IV Evangelio: dejar firmemente asentada la humanidad de Jesús. Porque cuando se escribió este evangelio, ya tenían fuerza algunos de los movimientos gnósticos a los que este evangelio se propone combatir. El peligro de los gnósticos no estaba en que negaran la divinidad. Todo lo contrario: lo que no admitían era la humanidad de Jesús.

2. El IV Evangelio habla de Jesús y de Dios utilizando el lenguaje de los sentidos: “ver”, “oír”, “comer”... Dios era para los gnósticos tan trascendente, que era incompatible con la materia, con lo carnal, con lo que se puede percibir por los sentidos. El Evangelio ve en esto un peligro fuerte para la fe. Es el peligro de que la divinidad oculte a la humanidad de manera que *deformamos a Jesús*. Es ese Jesús tan sobrenatural y celeste, que eso no es un ser humano. Ahora bien, lo que entonces ocurre es que, no sólo deformamos a Jesús, sino que además e inevitablemente *deformamos a Dios*.

3. Todo el que piensa que para *acercarse a Dios* tiene que *alejarse de lo humano*, ha deformado a Dios y a Jesús hasta tal extremo, que ya le es imposible creer y relacionarse con el Padre del que nos habla Jesús. El camino para acercarse a Dios es el camino que Dios hizo para acercarse al hombre: humanizarse. No hay otro camino. Ese camino nos da miedo. Porque nuestros instintos de "endiosamiento" son más fuertes que la sencillez propia de lo humano.

13 DE AGOSTO - LUNES

19ª SEMANA DEL TIEMPO ORDINARIO

Mt 17, 21-26

En aquel tiempo, mientras Jesús y los discípulos recorrían juntos la Galilea, les dijo Jesús: "Al Hijo del Hombre lo van a entregar en manos de los hombres, lo matarán, pero resucitará al tercer día". Ellos se pusieron muy tristes. Cuando llegaron a Cafarnaúm, los que cobraban el impuesto de las dos dracmas se acercaron a Pedro y le preguntaron: "¿Vuestro maestro no paga las dos dracmas?" Contestó: "Sí". Cuando llegó a casa, Jesús se adelantó a preguntarle: "¿Qué te parece, Simón? Los reyes del mundo, ¿a quién le cobran impuestos y tasas, a sus hijos o a los extraños?" Contestó: "A los extraños". Jesús le dijo: "Entonces, los hijos están exentos. Sin embargo, para no darles mal ejemplo, ve al lago, echa el anzuelo, coge el primer pez que pique, ábrele la boca y encontrarás una moneda de plata. Cógela y págales por mí y por ti".

1. Jesús no era un adivino que sabía de antemano lo que iba a ocurrir en el futuro. Sin embargo, Jesús sabía que lo iban a matar porque era consciente de que el conflicto, que las autoridades religiosas mantenían con él, iba en aumento. Jesús veía claro que su ida terminaba mal. Y que eso se acercaba inevitablemente, tal como se habían puesto las cosas. Jesús lo anuncia con claridad y serenidad. Pero no presenta signos de dar marcha atrás o de moderar su lenguaje y cambiar de vida. Jesús sabía lo que tenía que hacer. Y lo hizo hasta el final.

2. El impuesto por el que le preguntan a Pedro era el impuesto del templo. No era, por tanto, el impuesto civil, que cobraban los romanos, sino el impuesto religioso, que cobraban los sacerdotes. Esto está bien estudiado y se sabe con seguridad. El impuesto era la didrakma, una moneda de plata, que, según parece, equivalía al jornal de dos días. Pero su equivalencia con nuestras monedas actuales resulta difícil (por no decir imposible) de establecer.

3. La respuesta de Jesús a Pedro equivale a decir que "los hijos (los cristianos) no están obligados a los deberes con el templo y, además, están exentos de todo lo que se relaciona con el templo: culto, sacerdocio, impuestos, etc. Hay quien piensa que "los hijos" serían los israelitas. También en este caso, Jesús viene a decir que todos, israelitas y cristianos,

están exentos de todo el sagrado y solemne tinglado del templo y lo que eso supone. El apéndice final de la moneda en la boda del pez no pasa de ser una pequeña leyenda añadida por el redactor. Lo que importa, en el conjunto de este evangelio, es que Jesús da un paso más en su planteamiento según el cual *para el encuentro con Dios, lo que importa no es la buena relación con el templo, sino la buena relación con las personas.*

Mt 18, 1-5. 10. 12-14

“En aquel tiempo, se acercaron los discípulos a Jesús y le preguntaron: “¿Quién es el más importante en el Reino de los Cielos?” Él llamó a un niño, lo puso en medio y dijo: “os digo que, si no volvéis a ser como niños, no entraréis en el Reino de los Cielos. Por tanto, el que se haga pequeño como este niño, ése es el más grande en el Reino de los Cielos. El que acoge a un niño como éste en mi nombre, me acoge a mí. Cuidado con despreciar a uno de estos pequeños, porque os digo que sus ángeles están viendo siempre en el cielo el rostro de mi Padre celestial. ¿Qué os parece? Suponed que un hombre tiene cien ovejas: si una se le pierde, ¿no deja las noventa y nueve y va en busca de la perdida? Y si la encuentra, os aseguro que se alegra más por ella que por las noventa y nueve que no se habían extraviado. Lo mismo vuestro Padre del cielo: no quiere que se pierda ni uno de estos pequeños”.

1. A los discípulos les preocupaba el tema de la *importancia*. Seguían teniendo en su corazón las convicciones que dominaban en las culturas mediterráneas del s. I, en las que el valor determinante no era el *dinero*, sino el *honor*. Pero lo más peligroso de esta pregunta no está en que aquellos hombres sintieran el natural deseo de ser importantes. El peligro estaba en que asociaban la *importancia* (honor) con el *Reino de Dios*. Se notaba ya, en aquellos primeros discípulos, la convicción dominante en tantos hombres de Iglesia, persuadidos de que lo más importante para la causa del Reino es la buena imagen, el buen nombre, la dignidad, el honor, el cargo. Y se apetece todo eso, ocultando (si es preciso) cosas indignas e indignantes.

2. La respuesta de Jesús desmonta todo el tinglado de los honores y los cargos. Para muchos hombres de Iglesia, el tinglado ése es importante. Para Jesús, el tinglado de las importancias es la imposibilidad para entrar en el Reino de Dios. Jesús lo dice afirmando que es necesario “hacerse pequeño”, es decir “abajarse” (*tapeinósei eautón*). El verbo griego que pone aquí Mateo está intencionadamente elegido. Porque el verbo *tapeinóo*, lo mismo que el adjetivo *tapeinós*, no se refiere, en el griego usado por los judíos de la época, a la sola “humildad”, sino que apunta directamente a la “bajeza” (U. Luz), la baja condición social. Que era la condición de los niños en aquella sociedad. Las apetencias de importancia incapacitan para hacer algo que sea de utilidad para el Reino de Dios.

Lc 1, 39-56

"En aquellos días, María se puso en camino y fue aprisa a la montaña, a un pueblo de Judá; entró en casa de Zacarías y saludó a Isabel. En cuanto Isabel oyó el saludo de María, saltó la criatura en su vientre. Se llenó Isabel de Espíritu Santo y dijo a voz en grito: "¡Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre! ¿Quién soy yo para que me visite la madre de mi Señor? En cuanto tu saludo llegó a mis oídos, la criatura saltó de alegría en mi vientre. ¡Dichosa tú, que has creído! Porque lo que te ha dicho el Señor se cumplirá". María dijo: "Proclama mi alma la grandeza del Señor, se alegra mi espíritu en Dios, mi salvador; porque ha mirado la humillación de su esclava. Desde ahora, me felicitarán todas las generaciones, porque el Poderoso ha hecho obras grandes por mí: su nombre es santo. Y su misericordia llega a sus fieles de generación en generación. Él hace proezas con su brazo: dispersa a los soberbios de corazón, derriba del trono a los poderosos y enaltece a los humildes; a los hambrientos los colma de bienes y a los ricos los despide vacíos. Auxilia a Israel, su siervo, acordándose de la misericordia como lo había prometido a nuestros padres, en favor de Abrahán y su descendencia para siempre". María se quedó con Isabel unos tres meses y después volvió a su casa".

1. Ni en el Nuevo Testamento ni durante los primeros siglos de la vida de la Iglesia hay testimonios sobre la asunción de María a los cielos. Los primeros datos que se conocen sobre la fiesta litúrgica de la Asunción datan del s. VI. La creencia en la Asunción se fue imponiendo en la Edad Media. El papa Pío XII definió esta creencia, como dogma de fe, en 1950, tras una consulta al episcopado del mundo entero, que afirmó la fe de la Iglesia en la Asunción de María.

2. El contenido de esta festividad es la creencia en que María, la madre de Jesús, "terminado el curso de su vida mortal, fue asunta en cuerpo y alma a la gloria celestial" (Pío XII). Lo más lógico es que María murió, cosa que ha sido negada por algunos teólogos. El contenido del dogma católico se centra en la creencia de que María vive glorificada, también en su corporalidad, con el Señor.

3. Dado que la fe en la vida después de la muerte trasciende la historia, esta festividad es una ocasión privilegiada para que la memoria de lo que fue la vida de María en este mundo sirva para fortalecer nuestras convicciones cristianas. María fue una mujer de fe, como dice Isabel en el evangelio de hoy. Y esa fe le llevó al convencimiento de que Dios actúa en la historia destronando a los soberbios y poderosos, al tiempo que enaltece a los humildes; a los hambrientos los colma de bienes y a los ricos los despide vacíos. Así vivía la madre de Jesús la fe que le llevó a educar a su hijo según los criterios que, en su ministerio público, transmitió a la gente.

Mt 18, 21 - 19, 1

"En aquel tiempo, acercándose Pedro a Jesús le preguntó: "Señor, si mi hermano me ofende, ¿cuántas veces le tengo que perdonar? ¿Hasta siete veces? Jesús le contesta: "No te digo hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete". Y les propuso esta parábola: "Se parece el Reino de los Cielos a un rey que quiso ajustar las cuentas con sus empleados. Al empezar a ajustarlas, le presentaron uno que debía diez mil talentos. Como no tenía con qué pagar, el señor mandó que lo vendieran a él con su mujer y sus hijos y todas sus posesiones y que pagara así. El empleado, arrojándose a sus pies, le suplicaba diciendo: "ten paciencia conmigo y te lo pagaré todo". El Señor tuvo lástima de aquel empleado y lo dejó marchar, perdonándole la deuda. Pero al salir, el empleado aquél encontró a uno de sus compañeros que le debía cien denarios y, agarrándolo lo estrangulaba diciendo: "Págame lo que me debes". El compañero arrojándose a sus pies, le rogaba diciendo: "Ten paciencia conmigo, y te lo pagaré". Pero él se negó y fue y lo metió en la cárcel hasta que pagara lo que debía. Sus compañeros, al ver lo ocurrido, quedaron consternados y fueron a contarle a su señor todo lo sucedido. Entonces el señor lo llamó y le dijo: "¡Siervo malvado! toda aquella deuda te la perdoné porque me lo pediste. ¿No debías tú también tener compasión de tu compañero, como yo tuve compasión de ti?" Y el señor, indignado, lo entregó a los verdugos, hasta que pagara toda la deuda. Lo mismo hará con vosotros mi Padre del Cielo, si cada cual no perdona de corazón a su hermano. Cuando acabó Jesús estos discursos, partió de Galilea y vino a la región de Judea al otro lado del Jordán".

1. La pregunta de Pedro a Jesús quiere decir si hay que perdonar siempre. Porque el número siete, en aquella cultura, se refería a la idea de plenitud. Esto supuesto, la respuesta de Jesús sobrepasa toda medida. Ya no se trata de siete, sino de setenta veces siete. O sea, siempre y sin limitación alguna, sea cual sea la ofensa que te hayan hecho. Es una postura que rompe todos los moldes. Pero Jesús está convencido de que sólo rompiendo todos los moldes del perdón se puede acabar con todos los excesos de la violencia.

2. La parábola que propone Jesús, para explicar su respuesta, rompe efectivamente todos nuestros esquemas de pensamiento. En la parábola todo es desmesurado: la cantidad que debe el primer deudor; el perdón que, sin más, se le concede; la brutalidad de ese individuo con el desgraciado que le debía sólo unas monedas. Se trata de una historia en la que se rompe la lógica de nuestros comportamientos.

3. Nuestra lógica pide justicia para castigar a los canallas. La "lógica" del Evangelio pide perdón siempre. La Justicia del Estado debe cumplir con su deber. Pero el perdón que conceden las víctimas es la única arma que desarma a los violentos.

Mt 19, 3-12

"En aquel tiempo, se acercaron a Jesús unos fariseos y le preguntaron para ponerlo a prueba: "¿Es lícito a uno despedir a su mujer por cualquier motivo?" Él les respondió: "¿No habéis leído que el Creador en el principio los creó hombre y mujer, y dijo: "Por eso abandonará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y serán los dos una sola carne"? De modo que ya no son dos, sino una sola carne. Pues lo que Dios ha unido que no lo separe el hombre". Ellos insistieron: "¿Y por qué mandó Moisés darle carta de repudio y divorciarse?" Él les contestó: "Por lo tercios que sois os permitió Moisés divorciaros de vuestras mujeres; pero al principio no era así. Ahora os digo yo que si uno se divorcia de su mujer –no hablo de inmoralidad– y se casa con otra comete adulterio". Los discípulos le replicaron: "Si ésta es la situación del hombre con la mujer, no trae cuenta casarse". Pero él les dijo: No todos pueden con eso, sólo los que han recibido ese don. Hay eunucos que salieron así del vientre de su madre, a otros los hicieron los hombres, y hay quienes se hacen eunucos por el Reino de los Cielos. El que pueda entender, que entienda".

1. Para entender este pasaje, tantas veces citado para justificar la indisolubilidad del matrimonio, hay que tener en cuenta que Jesús responde a la pregunta que le hacen los fariseos. Y la pregunta se refería: 1) al derecho unilateral del marido a repudiar a la mujer; 2) además, si el hombre tenía ese derecho de tal forma que podía ejercerlo *"por cualquier motivo"*. Detrás de esta fórmula estaba la disputa teológica, que había en tiempo de Jesús, entre dos rabinos famosos, Hillel (liberal) y Shammai (rigorista). Lo que le preguntan a Jesús es si estaba de acuerdo con las ideas permisivas de Hillel.

2. Lo que, en definitiva, preguntaban los fariseos es si el hombre tiene un derecho que no tiene la mujer: divorciarse cuando a él le dé la gana. Pues bien, en respuesta a esa pregunta, lo que Jesús afirma es que no existe ese derecho unilateral del varón. Y para argumentar eso, Jesús echa mano del proyecto original de Dios (Gn 1, 27 y 2, 24), que no fue un proyecto

de superioridad del hombre sobre la mujer, sino un proyecto de unidad, fusión e igualdad entre ambos.

3. La Iglesia de los primeros siglos aceptó la legislación civil del Imperio sobre el matrimonio. Y no hizo problema del divorcio cuando se llegaba a esa decisión por una causa seria. El año 726, el papa Gregorio II le escribía a san Bonifacio una carta en la que permitía el divorcio a unos cónyuges que no podían cohabitar por motivos de salud (PL 89, 525). Una decisión que en el s. XI recogió el Decreto de Graciano (J. Gaudemet).

Mt 19, 13-15

En aquel tiempo, le presentaron unos niños a Jesús para que les impusiera las manos y rezara por ellos, pero los discípulos les regañaban. Jesús dijo: "Dejadlos, no impidáis a los niños acercarse a mí; de los que son como ellos es el Reino de los Cielos". Les impuso las manos y se marchó de allí.

1. Los numerosos estudios que se han hecho sobre la situación de los niños, en las sociedades mediterráneas del siglo primero (T. Wiedemann, B. Rawson, M. Manson, H. Marrou), demuestran que los niños, al igual que los esclavos, eran sujetos sin derechos, que vivían en total sumisión a los mayores en sociedades de tipo patriarcal. Además, los niños eran vistos con recelo, como peligrosos para el orden social, aparte de ignorantes y carentes de razón. Había quienes los apreciaban y hasta los querían (cf. Plinio, Plutarco, Quintiliano). Pero no se les veía como hoy vemos a los niños y pensamos en ellos.

2. Esto explica la actitud contrapuesta, de Jesús (acogiendo a los niños) y de los discípulos (rechazando a los niños). En el fondo, lo que aquí presenta el Evangelio son dos posturas ante la vida, ante la sociedad y, sobre todo, ante los demás. Se trata de la postura de "acogida" ante los "débiles". Y de la postura de "preferencia" por los "fuertes". Son dos estructuras de pensamiento, una frente a otra: la estructura del "poder dominante" frente a la estructura de la "humanidad acogedora".

3. En la política de este mundo, el dominio lo tiene la estructura del poder. En el proyecto evangélico, el dominio lo tiene la estructura de la humanidad. Por eso este evangelio da mucho que pensar. Porque son muchos los cristianos y los hombres de Iglesia, que, afirmando su fe en el Evangelio de Jesús, en realidad han organizado su vida en función del poder. Es gente que, hablando todos los días del Evangelio, en realidad les interesa muy poco el Evangelio.

Jn 6, 51-58

"En aquel tiempo, dijo Jesús a los judíos: "Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo: el que coma de este pan, vivirá para siempre. Y el pan que yo daré es mi carne, para la vida del mundo. Disputaban entonces los judíos entre sí: "¿Cómo puede éste darnos a comer su carne?" Entonces Jesús les dijo: "Os aseguro que si no coméis la carne del Hijo del Hombre y no bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna, y yo lo resucitaré en el último día. Mi carne es verdadera comida y mi sangre es verdadera bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre, habita en mí y yo en él. El Padre que vive me ha enviado y yo vivo por el Padre; del mismo modo, el que me come, vivirá por mí. Éste es el pan que ha bajado del cielo: no como el de vuestros padres, que comieron y murieron: el que coma este pan vivirá para siempre".

1. Estas palabras de Jesús que, según el criterio del evangelio de Juan, explican el significado de la eucaristía, dicen varias cosas: 1) que en la eucaristía está presente el mismo Jesús, su carne y su sangre; 2) que esa presencia está vinculada al pan y al vino; 3) que ese pan y ese vino son verdadera comida y verdadera bebida; 4) que esa comida y esa bebida dan vida, una vida sin limitación alguna.

2. Nunca se ha puesto en duda el hecho de la presencia de Jesús en la eucaristía. Otra cosa ha sido la explicación de ese hecho. Hasta el s. XI, la explicación común se tomó de la filosofía de Platón. Era la explicación simbólica. Después se impuso la explicación a partir de la filosofía de Aristóteles, la realidad como *substancia* y *accidentes*. Ésta es la doctrina oficial de la Iglesia. En el s. XX, se empezó a hablar de la explicación *fenomenológica*, es decir, lo que importa es la "finalidad" y la "significación" del pan y el vino en la eucaristía.

3. En la eucaristía no recibimos el cuerpo "histórico" de Jesús, porque ese cuerpo ya no existe. Recibimos el cuerpo "resucitado". En la eucaristía no tomamos carne y sangre (cf. Jn 6, 63). Recibimos a una persona, a Jesús mismo. Pero dos personas (el creyente y Jesús) no pueden unirse nada más que mediante expresiones simbólicas, que así es como se expresa la entrega, la donación y la unión de un ser personal con otro. El pan y el vino de la eucaristía, si los analiza un químico, siguen siendo pan y vino. Pero ese pan y ese vino, para el creyente, simbolizan y contienen la presencia de Jesús en nuestras vidas. Comulgar, por tanto, no es recibir una "cosa sagrada", sino unirse a Jesús, de forma que la vida de Jesús sea vida en nuestra vida y forma de vivir.

Mt 19, 16-22

“En aquel tiempo, se acercó uno a Jesús y le preguntó: “Maestro, ¿qué tengo que hacer de bueno, para obtener la vida eterna?” Jesús le contestó: “¿Por qué me preguntas qué es bueno? Uno solo es el Bueno. Mira, si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos. Él le preguntó: “¿Cuáles?” Jesús le contestó: “No matarás, no comerás adulterio, no robarás, no darás falso testimonio, honra a tu padre y a tu madre, y ama a tu prójimo como a ti mismo”. El muchacho le dijo: “Todo eso lo he cumplido. ¿Qué me falta?” Jesús le contestó: “Si quieres llegar hasta el final, vende lo que tienes, da el dinero a los pobres –así tendrás un tesoro en el cielo– y luego vente conmigo”. Al oír esto, el joven se puso triste, porque era rico”.

1. Jesús no establece aquí una distinción entre dos clases de cristianos: los que viven sin dinero (que serían los sacerdotes y religiosos) y los que se quedan con su dinero (los laicos). Ni Jesús quiso decir eso. Ni eso sucede en la vida. Porque la mayoría de los clérigos tienen más seguridad económica y mejor nivel de vida que millones de laicos. Jesús se refiere a dos clases de seres humanos: los que llegan a lo más, hasta lo último, a lo mejor (*téleios*) y los que se quedan a medias y no llegan hasta donde tendrían que llegar.

2. Lo que distingue a unos y otros es *asunto de dinero*. No se trata de que unos roben y los otros no. Jesús habla con un hombre que no roba. Y lo que le exige a ese hombre es que, además, se desprenda de sus bienes y se los dé a los pobres. ¿Es esto realista? ¿Se puede hacer semejante cosa? En el cristianismo primitivo, la aplicación que esto podía tener, sin duda se refería a los “carismáticos itinerantes”, que, efectivamente, lo dejaban todo y se iban a anunciar el Reino, el mensaje de Jesús.

3. En nuestro tiempo, si hablamos de dinero, nos tenemos que referir al sistema económico dominante: el capitalismo. Un sistema que se mantiene y prospera sobre la base del consumismo. Pero sabemos que este sistema crea enormes desigualdades, pervierte a muchas personas y erige al capital en el nuevo “dios” que manda en el mundo. Así las cosas, la aplicación que razonablemente debe tener hoy la exigencia de Jesús es: 1) dominar y moderar el consumo propio; 2) denunciar las injusticias que cometen los poderes capitalistas; 3) favorecer los grupos alternativos que buscan formas de comercio y consumo más humano y más igualitario.

Mt 19, 23-30

“En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: “Creedme: difícilmente entrará un rico en el Reino de los Cielos. Lo repito: Más fácil le es a un camello pasar por el ojo de una aguja, que a un rico entrar en el Reino de los Cielos”. Al oírlo los discípulos dijeron espantados: “Entonces, ¿quién puede salvarse?” Jesús se les quedó mirando y les dijo: “Para los hombres es imposible; pero Dios lo puede todo”. Entonces le dijo Pedro: “Pues nosotros lo hemos dejado todo y te hemos seguido. ¿Qué nos va a tocar?”. Jesús les dijo: “Creedme, cuando llegue la renovación, y el Hijo del Hombre se siente en el trono de su gloria, también vosotros, los que me habéis seguido, os sentaréis en doce tronos, para regir a las doce tribus de Israel. El que por mí deja casa, hermanos y hermanas, padre o madre, mujer, hijos o tierras, recibirá cien veces más, y heredará la vida eterna. Muchos primeros serán últimos y muchos últimos serán primeros”.

1. Jesús reafirma lo que le ha dicho al joven rico sobre la dificultad que tienen los ricos para entrar en el Reino de Dios. Y lo reafirma con una sentencia popular que radicaliza aún más el problema. La sentencia del camello y el ojo de la aguja se ha intentado suavizar. Se ha dicho que el camello (*kámelos*) era un cable de barco (*kámilos*), cosa que no resuelve nada porque ese cable era el más grueso de entonces y tampoco cabía por el ojo de una aguja. En cuanto al ojo de la aguja, se ha dicho que era una puerta que hubo en Jerusalén (Pascasio Radberto), pero nunca existió tal puerta. Tampoco parece que se pueda interpretar como una ventana. No hay trazas de eso. Ni este texto tiene nada que ver con “la puerta estrecha” (Mt 7, 13 par), que es una “exhortación”, mientras que aquí es una “afirmación” (G. Schneider) que expresa una imposibilidad.

2. Tenían motivos los discípulos para quedarse “espantados”. La afirmación de Jesús, aplicada a nuestro tiempo, es clara y coherente: no puede entrar en el proyecto de Jesús el que retiene y consume de sobra, mientras al mismo tiempo hay criaturas que se mueren de hambre. No es posible ser humano cuando se comete lo más inhumano que se puede hacer en este mundo.

3. Ahora mismo hay cerca de mil millones de personas abocadas a una muerte cercana cuando hay familias y personas que no saben dónde invertir tanto dinero como tienen, ni dónde almacenar más comida, y más ropa, y más caprichos... No es demagogia barata. Es una realidad tan espantosa como brutal.

Mt 20, 1-16a

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos esta parábola: "El Reino de los Cielos se parece a un propietario que al amanecer salió a contratar jornaleros para su viña. Después de ajustarse con ellos en un denario por jornada, los mandó a la viña. Salió otra vez a media mañana, vio a otros que estaban en la plaza sin trabajo, y les dijo: "Id también vosotros a mi viña y os pagaré lo debido". Ellos fueron. Salió de nuevo hacia mediodía y a media tarde e hizo lo mismo. Salió al caer la tarde y encontró a otros, parados, y les dijo: "¿Cómo es que estáis aquí el día entero sin trabajar?" Le respondieron: "Nadie nos ha contratado". El les dijo: "Id también vosotros a mi viña". Cuando oscureció, el dueño dijo al capataz: "Llama a los jornaleros y págales el jornal, empezando por los últimos y acabando por los primeros". Vinieron los del atardecer y recibieron un denario cada uno. Cuando llegaron los primeros, pensaban que recibirían más, pero ellos también recibieron un denario cada uno. Entonces se pusieron a protestar contra el amo: "Estos últimos han trabajado sólo una hora y los has tratado igual que a nosotros, que hemos aguantado el peso del día y el bochorno". Él replicó a uno de ellos: "Amigo, no te hago ninguna injusticia. ¿No nos ajustamos en un denario? Toma lo tuyo y vete. Quiero darle a este último igual que a ti. ¿Es que no tengo libertad para hacer lo que quiera en mis asuntos? ¿O vas a tener tú envidia porque yo soy bueno? Así, los últimos serán los primeros y los primeros los últimos".

1. Lo primero que se puede pensar, al leer esta parábola, es que aquí se comete una injusticia. Porque la conducta del dueño de la viña no se ajusta a las leyes más elementales de la justicia laboral. El criterio de pagar a cada cual según el rendimiento en el trabajo. Y es evidente que el que trabaja de la mañana a la noche produce más y merece más que quien trabaja sólo un rato. De ahí que resulta complicado entender la ejemplaridad de esta parábola.

2. Lo que pasa es que, en la vida, hay dos formas de relacionarse con los demás: 1) La "relación patronal", que se basa en los méritos y el rendimiento del trabajador. 2) La "relación paternal", que se basa en el cariño

y en la bondad que un buen padre tiene con sus hijos. En este caso, el padre bueno no duda en favorecer al hijo más débil, al más enfermo, al más desgraciado, al que menos puede defenderse en la vida, al que menos prospera o que siempre va retrasado, por lo que sea.

3. Jesús no pretende presentar, en esta parábola, a Dios como un "patrón", sino como un "padre. O sea, Jesús no intenta dar aquí una lección de derecho laboral o de sindicalismo. Ni quiere presentar a Dios como el que imparte justicia según los criterios de productividad empresarial. Nada de eso. Jesús habla del Padre del Cielo. Y presenta de forma que nos viene a decir: Mirad, Dios es tan bueno con todos, que precisamente a los últimos los trata con más cariño que a los que están siempre los primeros. No porque Dios sea un revolucionario social. Sino porque el Padre del Cielo rompe todos nuestros esquemas de justicia y de bondad. O sea, la bondad del Padre-Dios nos desconcierta, no porque se injusto o caprichoso, sino porque su bondad es tan enorme, que nos desconcierta y no la entendemos.

Mt 22, 1-14

“En aquel tiempo volvió a hablar Jesús en parábolas a los sumos sacerdotes y a los senadores del pueblo, diciendo: “El Reino de los Cielos se parece a un rey que celebraba la boda de su hijo. Mandó criados para que avisaran a los convidados, pero no quisieron ir. Volvió a mandar criados encargándoles que les dijeran: “tengo preparado el banquete, he matado terneros y reses cebadas y todo está a punto. Venid a la boda”. Los convidados no hicieron caso: uno se marchó a sus tierras, otro a sus negocios, los demás echaron mano a los criados y los maltrataron hasta matarlos. El rey montó en cólera, envió sus tropas, que acabaron con aquellos asesinos y prendieron fuego a la ciudad. Luego dijo a sus criados: “La boda está preparada, pero los convidados no se la merecían. Id ahora a los cruces de los caminos, y a todos los que encontréis, convidadlos a la boda. Los criados salieron a los caminos y reunieron a todos los que encontraron, malos y buenos. La sala del banquete se llenó de comensales. Cuando el rey entró a saludar a los comensales, reparó en uno que no llevaba traje de fiesta y le dijo: “Amigo, ¿cómo has entrado aquí sin vestirme de fiesta?” El otro no abrió la boca. Entonces el rey dijo a los camareros: “Atadlo de pies y manos y arrojado fuera, a las tinieblas”. Allí será el llanto y rechinar de dientes. Porque muchos son los llamados y pocos los elegidos”.

1. Para entender esta parábola, lo primero que se ha de tener en cuenta es que se trata de la última de las “parábolas de denuncia” que pronunció Jesús ante los sumos sacerdotes y senadores (las otras son la de los dos hermanos [Mt 21, 28-31] y la de los viñadores homicidas [Mt 21, 33-46]). No es, pues, una parábola de exhortación, sino de confrontación (J. Jeremías). Esto indica que el final de la parábola, tal como la presenta Mt, la expulsión del que iba sin traje de fiesta, eso no lo pudo decir Jesús, es una añadidura redaccional (W. Harnisch, E. Schweitzer).

2. El sentido, pues, de la parábola es claro: el Reino de Dios representa el cambio más inconcebible, e incluso más “insoportable”, para el “orden” que los mortales hemos establecido en esta sociedad. Lo que Dios quiere es que esta vida sea un gran banquete para los excluidos y marginados

de esta sociedad, “malos y buenos”, mientras que los que se ven como los “elegidos” y “selectos” no tienen sitio en la gran fiesta que Jesús quiere que sea este mundo.

3. Teniendo muy en cuenta algo que es central en el mensaje de Jesús: la comida, la alimentación, el banquete. Dios quiere que esta vida sea una fiesta de bodas, un banquete regio, sobre todo para los que se sienten desplazados de la fiesta de la vida.

Mt 22, 34-40

"En aquel tiempo, los fariseos, al oír que había hecho callar a los saduceos, se acercaron a Jesús y uno de ellos le preguntó para ponerlo a prueba: "Maestro, ¿cuál es el mandamiento principal de la Ley?" Él le dijo: "Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todo tu ser. Este mandamiento es el principal y primero. El segundo es semejante a él: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. Estos dos mandamientos sostienen la Ley entera y los profetas".

1. La pregunta del fariseo a Jesús tenía su razón de ser. Los rabinos distinguían hasta 248 preceptos y 365 prohibiciones. Y como es lógico entre ellos había una notable diversidad de opiniones sobre cuál de todos aquellos preceptos y prohibiciones era el más importante. La pregunta iba intencionadamente dirigida a ver por quién se inclinaba Jesús. Lo que suponía enfrentarlo a los que tenían opiniones contrarias.

2. Jesús responde citando Dt 6, 5, el precepto del amor a Dios, que, según los letrados, se cumplía en los actos de obediencia, piedad y fidelidad a la Torá (U. Luz). Jesús, sin embargo, no se limitó a recordar el mandamiento principal. A ese mandamiento añadió el segundo, el amor al prójimo (Lev 19, 18). Es importante saber que el texto litúrgico traduce mal. El texto griego no dice: "El segundo es semejante a él", sino que dice: "Pero el segundo es igual de importante". O sea, en el texto litúrgico no se ha traducido la preposición *dè* = "pero", con lo que se indica que Jesús, no sólo añade algo al texto, sino que *corrige* al fariseo. Y sobre todo, traduce *homoios* por "semejante", cuando en este caso tiene el sentido claro de "igual" (G. Haufe). Con lo que Jesús quiere decir que el amor al prójimo es "igual de importante" que el amor a Dios (U. Luz). El amor a Dios es inseparable del amor a los demás.

3. Es peligroso *separar* el amor a Dios del amor al prójimo. Y más peligroso anteponer el amor a Dios a cualquier otro amor. Porque a "Dios nadie lo ha visto" (Jn 1, 18). De ahí el peligro de que cada cual se imagine a Dios de acuerdo con sus ideas y sus conveniencias. Lo cual puede traducirse (y se traduce) en que, por amor a Dios, ofendemos, faltamos al respeto, perseguimos y hasta matamos al prójimo. Y además se puede hacer eso con la conciencia del deber cumplido.

Mt 23, 1-12

"En aquel tiempo, Jesús habló a la gente y a sus discípulos diciendo: "En la cátedra de Moisés se han sentado los letrados y fariseos: haced y cumplid lo que os digan; pero no hagáis lo que ellos hacen, porque ellos no hacen lo que dicen. Ellos lían fardos pesados e insoportables y se los cargan a la gente en los hombros, pero ellos no están dispuestos a mover un dedo para empujar. Todo lo que hacen, es para que los vea la gente: alargan las filacterias y ensanchan las franjas del manto; les gustan los primeros puestos en los banquetes y los asientos de honor en las sinagogas; que les hagan reverencias por la calle y que la gente los llame "maestro". Vosotros, en cambio, no os dejéis llamar maestro, porque uno solo es vuestro maestro, y todos vosotros sois hermanos. Y no llaméis padre vuestro a nadie en la tierra, porque uno solo es vuestro Padre, el del cielo. No os dejéis llamar jefes, porque uno solo es vuestro señor, Cristo. El primero entre vosotros será vuestro servidor. El que se enaltece será humillado y el que se humilla será enaltecido".

1. El capítulo 23 de Mateo es, sin duda alguna, el texto que plantea más dificultades a los exegetas y que, además, resulta el más odioso en todo el Evangelio. El antisemitismo, que tanta violencia ha desencadenado, se ve argumentado y justificado desde este texto y desde la mentalidad que subyace a este capítulo del evangelio de Mt. La pregunta fundamental que hay que hacerse es ésta: ¿Jesús dijo estas cosas tal como están aquí? ¿No será todo esto una manifestación del enfrentamiento entre cristianos y judíos que ya apunta en los escritos del Nuevo Testamento?

2. No es verosímil que Jesús recomendara a sus discípulos y a la gente que hiciesen lo que enseñaban los escribas y fariseos. Mt había prevenido a la gente ante las enseñanzas de los fariseos (16, 12). Además, del conjunto de enfrentamientos que Jesús tuvo con los seguidores de este partido, se puede deducir que se trata de una advertencia inicial que prepara al lector para aceptar la dureza de lo que viene a continuación.

3. En cualquier caso, y sean cuales sean los matices que haya que poner a la historicidad de este evangelio, una cosa es cierta: Jesús rechaza de forma terminante todo lo que sea vanidad, orgullo y ambición que

se manifiesta en vestimentas, honores públicos, puestos de preferencia y honor, títulos, privilegios y distinciones, concretamente en los hombres que pretenden representar la religión. Y adoptan esos comportamientos justificándolos porque piensan que así representan y promueven mejor la fe en Dios. Aunque todo esto no se pueda aplicar literalmente a los fariseos y letrados (E. P. Sanders), es indudable que Jesús detesta que quienes pretenden ser líderes en la comunidad, se aprovechen de semejantes formas de conducta pública, basados en la idea de que así representan con más autoridad a Jesús de Nazaret. Es verdad que decir esto no es agradable. Pero si, por lo menos no se dice esto, borremos este capítulo del Evangelio.

26 DE AGOSTO - DOMINGO

21º DEL TIEMPO ORDINARIO

Jn 6, 60-69

"En aquel tiempo, muchos discípulos de Jesús, al oírlo, dijeron: "Este modo de hablar es intolerable, ¿quién puede hacerle caso?" Adivinando Jesús que sus discípulos lo criticaban, les dijo: "¿Esto os hace vacilar?, ¿y si vierais al Hijo del Hombre subir a donde estaba antes? El Espíritu es quien da vida, la carne no sirve de nada. Las palabras que os he dicho son espíritu y son vida. Y con todo, algunos de vosotros no creen". Pues Jesús sabía desde el principio quiénes no creían y quién lo iba a entregar. Y dijo: "Por eso os he dicho que nadie puede venir a mí, si el Padre no se lo concede". Desde entonces muchos discípulos se echaron atrás y no volvieron a ir con él. Entonces Jesús les dijo a los Doce: "¿También vosotros queréis marcharos?" Simón Pedro le contestó: "Señor, ¿a quién vamos a acudir? Tú tienes palabras de vida eterna; nosotros creemos. Y sabemos que tú eres el Santo consagrado por Dios".

1. El escándalo que produjeron las palabras de Jesús sobre la eucaristía estuvo motivado por una mala interpretación de lo que Jesús quiso decir. Esa mala interpretación consistió en lo que se ha llamado el "cafarnaísmo" (esto lo dijo Jesús en Cafarnaún), que consiste en la idea de que comulgar es comerse la carne histórica de Jesús. Cuando la eucaristía se explica así, tal explicación puede ser motivo de escándalo y de que haya gente que se aleja para siempre de la Iglesia.
2. Jesús insiste en que para comprender lo que representa la eucaristía es indispensable la fe. Jesús no se refería, lógicamente, a la fe que consiste en creer en unos dogmas. Jesús se refería a la fe que es adhesión personal a él, a sus criterios, a su forma de vivir, a los valores que él propuso y defendió. Quien vive eso, entiende lo que es la eucaristía, comer su carne y beber su sangre, que es la expresión simbólica de la unión y hasta la fusión con su vida y su destino.
3. Cuando se vive esa adhesión a la persona de Jesús (tal era el caso de Pedro y de los discípulos que se quedaron con él), las crisis de dudas y oscuridades se superan. La fuerza del Espíritu da consistencia a la vida, que sigue una marcha rectilínea, sin vaivenes ni rodeos. Es la vida que se caracteriza por la firmeza y la transparencia.

Mt 23, 13-22

“En aquel tiempo, habló Jesús diciendo: “¡Ay de vosotros, letrados y fariseos hipócritas, que cerráis a los hombres el Reino de los Cielos! Ni entráis vosotros, ni dejáis entrar a los que quieren. ¡Ay de vosotros, letrados y fariseos hipócritas, que devoráis los bienes de las viudas con pretexto de largas oraciones! Vuestra sentencia será por eso más severa. ¡Ay de vosotros, letrados y fariseos hipócritas, que viajáis por tierra y mar para ganar un prosélito y cuando lo conseguís, lo hacéis digno del fuego el doble que vosotros! ¡Ay de vosotros guías ciegos, que decís: jurar por el templo no obliga, jurar por el oro del templo sí obliga! ¡Necios y ciegos! ¿Qué es más, el oro o el templo que consagra el oro? O también: jurar por el altar no obliga, jurar por la ofrenda que está en el altar sí obliga. ¡Ciegos! ¿Qué es más, la ofrenda o el altar que consagra la ofrenda? Quien jura por el altar, jura también por todo lo que está sobre él; quien jura por el templo, jura también por el que habita en él; y quien jura por el cielo, jura por el trono de Dios y también por el que está sentado en él”.

1. La serie de denuncias que este capítulo de Mt pone en boca de Jesús, y que todas empiezan con un ¡Ay! son características de los profetas de Israel (Is 5, 8-24; 10, 1-11; Hab 2, 6-20...). Mateo presenta aquí a Jesús como un profeta que denuncia con libertad y audacia las contradicciones que, a su juicio, se daban en los fariseos.

2. Estas contradicciones llegaban a ser verdaderas aberraciones que se producían en torno al culto religioso y a las prácticas sagradas: templo, altar, juramentos, ofrendas... Pero lo más importante es que tales aberraciones se llevaban a cabo de forma que eran la justificación de formas de conducta en las que se anteponian las observancias religiosas al bien de las personas.

3. Seguramente, al interpretar el valor histórico que pueden tener estos hechos, sea necesario distinguir entre la situación anterior al año 70 y lo que ocurrió después. Parece que el endurecimiento de los comportamientos fariseos se produjo después de la caída de Jerusalén cuando Roma se apoderó de la ciudad en la guerra contra los judíos. En cualquier caso, tenemos datos históricos suficientes para pensar con seguridad

que Jesús no toleró los comportamientos que, aprovechándose de fidelidades y observancias religiosas, se traducían en agresiones a los seres humanos. Jesús comprendió que cuando la religión se comporta así, se hace odiosa, resulta inaceptable y, sobre todo, en lugar de cumplir con su papel, que es llevar a la gente a Dios, engaña a los incautos.

Mt 23, 23-26

"En aquel tiempo, habló Jesús diciendo: "¡Ay de vosotros letrados y fariseos hipócritas, que pagáis el diezmo de la menta, del anís y del comino, y descuidáis lo más grave de la ley: el derecho, la compasión y la sinceridad! Esto es lo que habría que practicar, aunque sin descuidar aquello. ¡Guías ciegos, que filtráis el mosquito y os tragáis el camello! ¡Ay de vosotros letrados y fariseos hipócritas, que limpiáis por fuera la copa y el plato, mientras por dentro estáis rebosando de robo y desenfreno! ¡Fariseo ciego!, limpia primero la copa por dentro y así quedará limpia también por fuera".

1. El evangelista pone en boca de Jesús un tercer "Ay" (lamento de queja y denuncia), que se refiere al problema del diezmo, la décima parte de los ingresos, que los israelitas debían pagar al templo. Se trataba, por tanto, de un impuesto religioso. En la Biblia, se prescribía un impuesto por los frutos del campo (Lev 27, 30) y de algunos productos de la siembra (Dt 14, 22 s). El dinero que se recolectaba con estos diezmos iba destinado al Templo, concretamente a los sacerdotes y empleados. Pero, además de esto, la Misná había establecido otro segundo diezmo por toda clase de frutos secos y legumbres. El hecho es que con estos impuestos se oprimía a la pobre gente trabajadora, en provecho del clero judío.

2. Así las cosas, lo que Jesús denuncia es la exigencia escrupulosa que ponían los letrados y fariseos a la hora de exigir el pago de estos impuestos, mientras que las exigencias éticas básicas, el derecho, la misericordia y la sinceridad, se descuidaban y hasta se atropellaban de forma escandalosa. ¿Hasta qué punto todo esto no ha sido y es aplicable a comportamientos "religiosos" en ambientes o instituciones eclesíásticas?

3. El cuarto ¡Ay! habla directamente de la hipocresía que cuida con esmero la imagen externa, la apariencia pública, al tiempo que "por dentro" las cosas están impresentables. Se puede discutir si esto ocurría así en tiempos de Jesús. En las religiones que conocemos es algo que, por desgracia, se vive a diario, a veces hasta extremos difíciles de explicar.

Mt 23, 27-32

"En aquel tiempo, habló Jesús diciendo: "¡Ay de vosotros, letrados y fariseos hipócritas, que os parecéis a los sepulcros encalados! Por fuera tienen buena apariencia, pero por dentro están llenos de huesos y podredumbre; lo mismo vosotros: por fuera parecéis justos, pero por dentro estáis repletos de hipocresía y crímenes. ¡Ay de vosotros, letrados y fariseos hipócritas, que edificáis sepulcros a los profetas y ornamentalís los mausoleos de los justos, diciendo: "Si hubiéramos vivido en tiempo de nuestros padres, no habríamos sido cómplices suyos en el asesinato de los profetas!" Con esto atestiguáis en contra vuestra, que sois hijos de los que asesinaron a los profetas. ¡Colmad también vosotros la medida de vuestro padre!"

1. Para leer este texto con espíritu y talante sereno y objetivo, parece conveniente hacer tres observaciones. La primera es que resulta duro de aceptar que Jesús pudiera emplear este lenguaje y acusar, de forma genérica y sin precisiones ni matices, a todo un colectivo de hombres, que eran numerosos, y de los que no sabemos que, de todos ellos, se pudieran decir las cosas tan graves que aquí se dicen. Sin duda alguna, aquí se advierte la mano de un redactor que, por causa de la conflictividad que existió entre cristinos y judíos a finales del s. I, puso en boca de Jesús afirmaciones durísimas y tajantes que no se le pueden echar en cara a nadie si no se tiene seguridad de que es cierto lo que se afirma.

2. La segunda observación es que el caso de este redactor, seguramente resentido contra los judíos, al manifestar su resentimiento precisamente cuando hablaba de Jesús y de los fariseos, con eso no le hizo ningún beneficio ni al recuerdo de Jesús, ni a la memoria del judaísmo, ni a la ejemplaridad del cristianismo. Es un criterio que también es válido para cuantos intentamos presentar la imagen de Jesús de forma que resulte objetiva y no como desahogo de nuestros sentimientos personales.

3. La tercera observación es que, aun siento cierto lo que se acaba de indicar, también es aconsejable tener presente que todo lo que en este evangelio se expresa no puede ser fruto de la mera invención. Porque, como bien sabemos, las religiones han sido, y siguen siendo, violentas. No se trata de culpar a nadie. Se trata de reconocer un hecho en el que, quienes tenemos creencias religiosas, nos podemos ver implicados quizá sin ser plenamente conscientes de nuestra responsabilidad.

Mt 24, 42-51

"En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: "Estad en vela, porque no sabéis qué día vendrá vuestro Señor. Comprended que si supiera el dueño de casa a qué hora de la noche viene el ladrón, estaría en vela y no dejaría abrir un boquete en su casa. Por eso estad también vosotros preparados, porque a la hora que menos penséis, viene el Hijo del Hombre. ¿Dónde hay un criado fiel y cuidadoso, a quien el amo encarga de dar a la servidumbre la comida a sus horas? Pues dichoso ese criado, si el amo, al llegar, lo encuentra portándose así. Os aseguro que le confiará la administración de todos sus bienes. Pero si el criado es un canalla y, pensando que su amo tardará, empieza a pegar a sus compañeros, y a comer y a beber con los borrachos, el día y la hora que menos se lo espera, llegará el amo y lo hará pedazos, como se merecen los hipócritas. Allí será el llanto y el rechinar de dientes".

1. Este evangelio es un llamamiento a la vigilancia que implica la idea y la recomendación de *estar preparados*, no os descuidéis. Para ello, se utiliza el verbo *gregorein*, que, como exigencia ética, es una novedad aportada por el cristianismo. Parece lo más probable que esta recomendación a la vigilancia fue importante, en el cristianismo primitivo, por lo frecuentes que, en no pocas comunidades, eran las vigiliat de oración, atestiguadas desde el s. II y que, desde el s. III y especialmente en el monacato, fueron centrales en la vida de los cristianos, que tenían la costumbre de levantarse a media noche para orar, cada cual en su casa, como testifica, por ejemplo, Tertuliano (*Ad Uxor.* II, 4 y 8).

2. Pero, en este texto de Mt, Jesús introduce un contenido nuevo a la vigilancia. Se trata de la vigilancia referida a las relaciones que cada cual mantiene con los demás. Primero, Jesús pone como ejemplo al criado "fiel y cuidadoso" que da la comida a su tiempo. Y en segundo lugar, Jesús reprueba al que, en lugar de ser buena persona con los demás, es un hombre violento y egoísta que sólo se preocupa por comer y beber, o sea darse buena vida y pasarlo lo mejor posible. En el conjunto del relato, esta vigilancia constante *para ser siempre bueno con todos* es lo central del mensaje que aquí transmite Jesús. La vigilancia que pide Jesús es la postura atenta y vigilante ante las necesidades de los otros, sobre todo las situaciones de dolor de los más necesitados: el hambre de los pobres, la soledad de los ancianos, el desamparo de los niños, la desesperanza de tantos enfermos. A estas cosas es a lo que tenemos que estar vigilantes.

Mt 25, 1-13

"En aquel tiempo dijo Jesús a sus discípulos esta parábola: "El Reino de los Cielos se parecerá a diez doncellas que tomaron las lámparas y salieron a esperar al esposo. Cinco de ellas eran necias y cinco eran sensatas. Las necias, al tomar las lámparas, se dejaron el aceite; en cambio, las sensatas se llevaron alcuza de aceite con las lámparas. El esposo tardaba, les entró sueño a todas y se durmieron. A medianoche se oyó una voz: "¡que llega el esposo, salid a recibirlo!" Entonces se despertaron todas aquellas doncellas y se pusieron a preparar sus lámparas. Y las necias dijeron a las sensatas: "Dadnos un poco de vuestro aceite, que se nos apagan las lámparas". Pero las sensatas contestaron: "Por si acaso no hay bastante para vosotras y nosotras, mejor es que vayáis a la tienda y os lo compréis". Mientras iban a comprarlo llegó el esposo, y las que estaban preparadas entraron con él al banquete de bodas y se cerró la puerta. Más tarde llegaron también las otras doncellas, diciendo: "Señor, señor, ábrenos". Pero él respondió: "Os lo aseguro, no os conozco". Por tanto, velad, porque no sabéis el día ni la hora".

1. Esta parábola produce una impresión de extrañeza, de sorpresa y de estupor. Hay en este relato un "corte" con la realidad de la vida cotidiana. Ni el retraso inexplicable del novio, ni la negativa de las muchachas que no quisieron dar el aceite, ni eso de mandar a la tienda a alguien a las tantas de la noche, ni lo de dar con la puerta en las narices a unas chicas que piden entrar a la fiesta, ni siquiera el cerrar la puerta en una boda que, en aquellos pueblos, era una fiesta para toda la gente, todo eso, sencillamente no tiene ni pies ni cabeza. Ni Jesús pudo poner eso como ejemplo para nadie.

2. El "corte" y la "extravagancia del relato" (Paul Ricoeur) son la mejor garantía de una parábola evangélica auténtica. El "novio" (*nympheos*), en los evangelios, es Jesús (Mc 2, 19; Mt 9, 15; Lc 5, 34; Jn 3, 29). Y viene a celebrar un banquete de boda, la gran metáfora del Reino (Mt 22, 2 par). Ahora bien, de acuerdo con lo que dicen estos textos evangélicos, estar con el novio es cortar con los ayunos y privaciones que imponía la religión de los fariseos. Y es también cortar con los intereses y conveniencias

de los que no entraron al banquete de boda del Reino, al banquete en el que entraron los pobres y vagabundos de los caminos.

3. La parábola no es una amenaza para estar preparados para el juicio de Dios (no se celebra un juicio, sino un banquete). Ni es una exhortación ética para ser generoso con quien pide un poco de aceite. La parábola viene a recordar que al banquete de boda, que es la presencia de Jesús en esta vida, entran los que viven preparados para eso: los que no centran su vida en cumplir observancias y privaciones religiosas, los pobres, sencillos, humildes y gentes que no son los que se ven como los importantes y los selectos de este mundo. Esos son los que están representados, como “metáfora viva”, en las doncellas prudentes. Las palabras finales de la parábola indican que fue manipulada, como amenaza, por el redactor.

1 DE SEPTIEMBRE - SÁBADO 21ª SEMANA DEL TIEMPO ORDINARIO

Mt 25, 14-30

“En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos esta parábola: “Un hombre que se iba al extranjero llamó a sus empleados y los dejó encargados de sus bienes: a uno le dejó cinco talentos de plata, a otro dos, a otro uno, a cada cual según su capacidad; luego se marchó. El que recibió cinco talentos fue enseguida a negociar con ellos y ganó otros cinco. El que recibió dos hizo lo mismo y ganó otros dos. En cambio el que recibió uno, hizo un hoyo en la tierra y escondió el dinero de su señor. Al cabo de mucho tiempo volvió el señor de aquellos empleados y se puso a ajustar las cuentas con ellos. Se acercó el que había recibido cinco talentos y le presentó otros cinco, diciendo: “Señor, cinco talentos me dejaste, mira, he ganado otros cinco”. Su señor le dijo: “Muy bien, eres un empleado fiel y cumplidor, como has sido fiel en lo poco, te daré un cargo importante: pasa al banquete de tu Señor”. Se acercó luego el que había recibido dos talentos y dijo: “Señor, dos talentos me diste; mira, he ganado otros dos”. Su señor le dijo: “Muy bien. Eres un empleado fiel y cumplidor: como has sido fiel en lo poco, te daré un cargo importante; pasa al banquete de tu Señor”. Finalmente se acercó el que había recibido un talento y dijo: “Señor, sabía que eres exigente, que siegas donde no siembras y recoges donde no esparces; tuve miedo y fui a esconder tu talento bajo tierra. Aquí tienes lo tuyo”. El señor le respondió: “Eres un empleado negligente y holgazán, ¿con que sabías que siego donde no siembro y recojo donde no esparzo? Pues debías haber puesto mi dinero en el banco, para que al volver yo, pudiera recoger lo mío con los intereses. Quitadle el talento y dádsele al que tiene diez. Porque al que tiene se le dará y le sobraré, pero al que no tiene, se le quitará hasta lo que tiene. Y a ese empleado inútil echadlo fuera, a las tinieblas: allí será el llanto y el rechinar de dientes”.

1. Esta parábola no es una llamada de exigencia para que seamos responsables y rindamos según los “talentos” que cada cual ha recibido. Así es como se ha explicado esta parábola demasiadas veces. Lo que ha sido motivo de angustias de conciencia para algunas personas.

2. La clave de la parábola está en lo que le ocurrió al que había recibido un solo talento. La ruina de ese hombre estuvo en que *tuvo miedo*. Porque veía a su señor como un "Señor terrible". Eso fue lo que lo condenó a la esterilidad y fue su perdición.

3. La parábola rechaza al Dios de los fariseos, que era un Señor exigente y terrible. Y, en su lugar, Jesús afirma que lo peor que podemos hacer es permitir que el miedo sea lo que determina nuestra relación con Dios. El Padre de Jesús no es Dios de miedo, sino de confianza.

Mc 7, 1-8. 14-15. 21-23

"En aquel tiempo, se acercó a Jesús un grupo de fariseos con algunos letrados de Jerusalén y vieron que algunos discípulos comían con manos impuras, es decir, sin lavarse las manos (los fariseos, como los demás judíos, no comen sin lavarse antes las manos, restregando bien, aferrándose a la tradición de sus mayores, y al volver de la plaza no comen sin lavarse antes, y se aferran a otras muchas tradiciones, de lavar vasos, jarras y ollas). Según esto, los fariseos y los letrados preguntaron a Jesús: "¿Por qué comen tus discípulos con manos impuras y no siguen tus discípulos la tradición de los mayores?" Él les contestó: "Bien profetizó Isaías de vosotros, hipócritas, como está escrito: Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí. El culto que me dan está vacío, porque la doctrina que enseñan son preceptos humanos. Dejáis a un lado el mandamiento de Dios para aferraros a la tradición de los hombres". En otra ocasión llamó Jesús a la gente y les dijo: "Escuchad y entended todos: Nada que entre de fuera puede hacer al hombre impuro; lo que sale de dentro es lo que hace impuro al hombre. Porque de dentro del corazón del hombre salen los malos propósitos, las fornicaciones, robos, homicidios, adulterios, codicias, injusticias, fraudes, desenfreno, envidia, difamación, orgullo, frivolidad. Todas estas maldades salen de dentro y hacen al hombre impuro".

1. La clave para comprender lo que quiere decir este evangelio está en esto: un ritual (religioso, militar, político, deportivo...), por sí solo, no cambia a una persona. Atribuir a un ritual una eficacia automática es magia. Nadie se hace mejor o peor por ejecutar escrupulosamente un determinado ceremonial. Cuando decimos que los sacramentos son eficaces "ex opere operato", utilizamos una fórmula medieval (repetida en el concilio de Trento, Ses. VII), que atribuye la eficacia de los sacramentos *a la obra realizada por Cristo*. Pero ni Trento pretendió afirmar que el ritual bien ejecutado santifica al que lo practica. Además, por experiencia sabemos que así es.

2. Este evangelio pone al descubierto el peligro de engaño que tiene la religión. Es el que se produce en todo el que antepone el *ritual* a la *ética*.

Porque la honradez, la bondad, la sinceridad, la honestidad, todo eso no nace del ritual, sino del corazón. Jesús lo afirma rotundamente. Y la vida nos enseña que hay gente que se pasa años observando escrupulosamente rituales, sacramentos y observancias, pero sabemos que, después de tantos años de fidelidades religiosas, el observante sigue teniendo los mismos defectos y miserias humanas que antes.

— **c 4, 16-30**

"En aquel tiempo, fue Jesús a Nazaret, donde se había criado, entró en la sinagoga, como era su costumbre los sábados, y se puso en pie para hacer la lectura. Le entregaron el Libro del Profeta Isaías y, desenrollándolo, encontró el pasaje donde estaba escrito: "El Espíritu del Señor está sobre mí, porque él me ha ungido. Me ha enviado para dar la Buena Noticia a los pobres, para anunciar a los cautivos la libertad, y a los ciegos, la vista. Para dar libertad a los oprimidos; para anunciar el año de gracia del Señor". Y, enrollando el libro, lo devolvió al que le ayudaba y se sentó. Toda la sinagoga tenía los ojos fijos en él. Y él se puso a decirles: "Hoy se cumple esta Escritura que acabáis de oír". Y todos le expresaban su aprobación y se admiraban de las palabras de gracia que salían de sus labios. Y decían: "¿No es éste el hijo de José?" Y Jesús les dijo: "Sin duda me recitaréis aquel refrán: "Médico, cúrate a ti mismo": haz también aquí en tu tierra lo que hemos oído que has hecho en Cafarnaún". Y añadió: "Os aseguro que ningún profeta es bien mirado en su tierra. Os garantizo que en Israel había muchas viudas en tiempos de Elías, cuando estuvo cerrado el cielo tres años y seis meses y hubo una gran hambre en todo el país; sin embargo, a ninguna de ellas fue enviado Elías, más que una viuda de Sarepta, en el territorio de Sidón. Y muchos leprosos había en Israel en tiempos del Profeta Eliseo, sin embargo, ninguno de ellos fue curado más que Naamán, el sirio". Al oír esto, todos en la sinagoga se pusieron furiosos y, levantándose, lo empujaron fuera del pueblo hasta un barranco del monte en donde se alzaba su pueblo con intención de despeñarlo. Pero Jesús se abrió paso entre ellos y se alejaba".

1. Jesús fue un hombre como los demás hombres, "perfecto en la humanidad" (conc. Calcedonia: Definic. - a. 451), que tuvo la misión de revelar a Dios, en y desde su condición humana. El Jesús histórico nos da a conocer la humanidad de Dios. Más aún, que Dios es irreconocible si lo desligamos de lo más humano de nuestra condición mortal. Por eso el Espíritu de Dios envió a Jesús a anunciar a los pobres, cautivos, ciegos y esclavos la Buena Noticia de la liberación. Desligado de los últimos entre los huma-

nos, el Dios de Jesús pierde su identidad. Semejante "dios" no sería Dios, el Padre de Jesús.

2. Se discute si la traducción correcta es que los oyentes de la sinagoga de Nazaret se declararon a favor o en contra de Jesús (J. A. Fitzmyer). Lo cierto es que se pusieron furiosos contra Jesús porque destacó los privilegios que se habían concedido a unos extranjeros, por encima de todos los israelitas. Jesús no quería nacionalismos privilegiados y excluyentes.

4 DE SEPTIEMBRE - MARTES 22ª SEMANA DEL TIEMPO ORDINARIO

Lc 4, 31-37

"En aquel tiempo, Jesús bajó a Cafarnaún, ciudad de Galilea, y los sábados enseñaba a la gente. Se quedaban asombrados de sus enseñanzas, porque hablaba con autoridad. Había en la sinagoga un hombre que tenía un demonio inmundo, y se puso a gritar a voces: "¿Qué quieres de nosotros, Jesús Nazareno? ¿Has venido a destruirnos? Sé quién eres: el Santo de Dios". Jesús le ordenó: "¡Cierra la boca y calla! El demonio tiró al hombre por tierra en medio de la gente, pero salió sin hacerle daño. Todos comentaban estupefactos: "¿Qué tiene su palabra? Da órdenes con autoridad y poder a los espíritus inmundos y salen". Noticias de él iban llegando a todos los lugares de la comarca".

1. Se ha dicho, con toda razón, que "en el Evangelio de Jesús se consuma y perfecciona la aspiración a... humanizar la idea de Dios". Pero "sería un error pensar que esta "humanización" significa la eliminación de todo sentimiento numinoso" (R. Otto), es decir, el sentimiento de experimentar, ante Jesús, el Enigma y el Misterio. Por eso la gente, al oír a Jesús, se quedaba "asombrada". Porque Jesús, que era "perfecto en la humanidad", era también, precisamente en esa humanidad, la revelación de Dios que se une a la humanidad perfecta y en ella se conoce y se descubre al Dios que nadie ha visto (Jn 1, 18), ni puede ver.

2. La gente se quedaba asombrada porque hablaba "con autoridad". Y con la misma "palabra" y la misma "autoridad" expulsa a los "espíritus inmundos". Se ha dicho acertadamente que Jesús "se parecía a otros exorcistas de su tiempo, pero era diferente". Porque la fuerza de Jesús "está en sí mismo". No necesita de amuletos ni de otras artes mágicas para actuar con autoridad. "Basta su presencia y el poder de su palabra para imponerse" a las fuerzas del mal (J. A. Pagola).

3. Aquí y en esto tocamos el fondo del problema que nos plantea el Evangelio. Jesús no hizo prodigios para demostrar su condición divina. Se negó siempre a eso (Mc 8, 11-12; Lc 11, 29-30; Mt 12, 38-39). Una "divinidad" que se da a conocer mediante "obras divinas" no nos da a conocer nada nuevo, sino que se limita a reafirmar lo que ya conocíamos: sólo la divinidad puede hacer milagros. En ese caso, Jesús no habría sido el reve-

lador de Dios, sino el repetidor de lo que ya se conocía como propio de Dios. Lo que demuestra Jesús, con sus palabras y sus obras prodigiosas, es su condición humana. Una humanidad tan profunda y tan perfecta que no soporta el sufrimiento del enfermo o la humillación del que es visto como un endemoniado. Y ahí, en eso, es donde se nos revela Dios, como el Dios encarnado, es decir, el Dios humanizado. El magisterio de la Iglesia definió, en el concilio de Calcedonia (a. 451) que Jesucristo es "perfecto en la divinidad" (DH 301). Jesús "fue constituido Hijo de Dios a partir de la resurrección" (Rm 1,4). En todo caso, la Biblia expresa el mensaje y la revelación de Jesús, no en categorías metafísicas del "ser", sino en categorías históricas del "acontecer" (Bernhard Welte).

5 DE SEPTIEMBRE - MIÉRCOLES 22ª SEMANA DEL TIEMPO ORDINARIO

Lc 4, 38-44

"En aquel tiempo, al salir Jesús de la sinagoga, entró en casa de Simón. La suegra de Simón estaba con fiebre muy alta y le pidieron que hiciera algo por ella. Él de pie a su lado, increpó a la fiebre, y se le pasó: ella, levantándose enseguida, se puso a servirles. Al ponerse el sol, los que tenían enfermos con el mal que fuera, se los llevaban; y él, poniendo las manos sobre cada uno, los iba curando. De muchos de ellos salían también demonios, que gritaban: "Tú eres el Hijo de Dios". Los increpaba y no les dejaba hablar; porque sabían que él era el Mesías. Al hacerse de día salió a un lugar solitario. La gente lo andaba buscando; dieron con él e intentaban retenerlo para que no se les fuese. Pero él les dijo: "También a otros pueblos tengo que anunciarles el Reino de Dios, para eso me han enviado". Y predicaba en las sinagogas de Judea".

1. Este evangelio, continuación del que se leyó ayer, es un resumen de lo que era la actividad de Jesús en una jornada normal. Enseñanza que impresiona a la gente, sin duda, porque no se limitaba a repetir lo que enseñaban los letrados, sino que decía cosa que aquellos pobres galileos no podían imaginar. Hablar del Evangelio y aburrir a la gente es lo mismo que no hablar del Evangelio. Cuando se explica el Evangelio, el Evangelio produce admiración y entusiasmo. Si no se produce eso, hay que preguntarse qué es lo que se predica.
2. La otra actividad de Jesús era la atención a los enfermos, la expulsión de demonios, la acogida a todos los que sufrían penas y adversidades. A veces, ocurre que los hombres de la religión no entusiasman, sino que atemorizan, infunden no sé qué respeto o cierto miedo. En otros ambientes, lo que se produce es rechazo o desconfianza. Si la presencia de Jesús era motivo de atracción precisamente para todos los que sufrían o tenían que soportar desgracias, sin duda alguna, es que la humanidad, la bondad, la acogida de Jesús superaba toda ponderación.
3. Es importante saber que Jesús se levantaba temprano y se retiraba a sitios solitarios. ¿Reflexión? ¿Oración? ¿Búsqueda de sosiego y paz interior? Seguramente todo eso. Lo necesitamos todos los humanos. Y Jesús lo necesitaba como todos. Precisamente porque vivía a fondo la existencia, por eso, porque no fue un hombre superficial, tenía la fuerza que siempre tuvo en su palabra y la acogida para todo achaque y toda dolencia.

Lc 5, 1-11

"En aquel tiempo, la gente se agolpaba alrededor de Jesús para oír la Palabra de Dios, estando él a la orilla del lago de Genesaret; y vio dos barcas que estaban junto a la orilla: los pescadores habían desembarcado y estaban lavando las redes. Subió a una de las barcas, la de Simón, y le pidió que la apartara un poco de la tierra. Desde la barca, sentado, enseñaba a la gente. Cuando acabó de hablar, dijo a Simón: "Rema mar adentro y echad las redes para pescar". Simón contestó: "Maestro, nos hemos pasado la noche bregando y no hemos cogido nada, pero por tu palabra, echaré las redes". Y, puestos a la obra, hicieron una redada de peces tan grande, que reventaba la red. Hicieron señas a los socios de la otra barca para que vinieran a echarles una mano. Se acercaron ellos y llenaron las dos barcas, que casi se hundían. Al ver esto, Simón Pedro se arrojó a los pies de Jesús diciendo: "Apártate de mí, Señor, que soy un pecador". Y es que el asombro se había apoderado de él y de los que estaban con él, al ver la redada de peces que habían cogido y lo mismo les pasaba a Santiago y Juan, hijos de Zebedeo, que eran compañeros de Simón. Jesús dijo a Simón: "No temas, desde ahora serás pescador de hombres". Ellos sacaron las barcas a tierra y, dejándolo todo, lo siguieron".

1. En los evangelios hay dos episodios de "pesca milagrosa": éste de Lc, que origina en los discípulos el "seguimiento" de Jesús (Lc 5, 11); y el de Jn 21, 1-14, que origina también el llamamiento a Pedro para "seguir" a Jesús (Jn 21, 19). Se ha discutido si se trata de dos hechos distintos o si hubo una sola "pesca milagrosa". Y, de ser así, se debate si el relato original fue el de Lc 5 o el de Jn 21. La opinión más aceptable es la que afirma que hubo una sola pesca milagrosa, que fue la que cuenta Jn 21 (J. P. Meier), un relato de aparición del Resucitado. Este texto habría sido aprovechado por Lc para la enseñanza religiosa que quiere transmitir. ¿Qué pretende enseñar aquí el relato de Lc?

2. Lo que este relato quiere resaltar es el "asombro", el "miedo" y hasta el "terror" que experimentaron los pescadores ante el hecho asombroso de la pesca tan enorme que hicieron. La palabra que pone el relato, *thámbo*s

(de *thambeō*, "dejar atónito"), expresa las teofanías divinas, tanto en el A. T. (Ex 3, 5-6; Is 6, 1 ss) como en la literatura griega (Polibio, Plutarco). Se trata del "profundo estupor que se apodera de una persona cuando asiste a una revelación divina" (W. Grimm). (cf. Mc 1, 27; Lc 4, 36; Hech 3, 10 s).

3. Los discípulos vieron en Jesús un ser humano que trascendía lo humano. En lo humano de Jesús sintieron el estremecimiento de lo divino. Pero lo sintieron como algo completamente nuevo: no era ya el miedo ante lo sagrado que exige respeto (Ex 3; Is 1), sino ante la abundancia que satisface la necesidad (Lc 5) o que libera del mal y de la enfermedad (Mc 1, 27 par; Hech 3, 10 s). En el hombre Jesús, lo divino se revela rebosante de humanidad. En Jesús, la idea y la experiencia de Dios cambia radicalmente. Dios se ha humanizado.

Lc 5, 33-39

“En aquel tiempo, dijeron a Jesús los fariseos y los letrados: “Los discípulos de Juan ayunan a menudo y oran, y los de los fariseos también; en cambio los tuyos, a comer y a beber”. Jesús les contestó: “¿Queréis que ayunen los amigos del novio mientras el novio está con ellos? Llegará el día en que se lo lleven y entonces ayunarán”. Y añadió esta comparación: “Nadie recorta una pieza de un manto nuevo para ponérsela a un manto viejo; porque se estropea el nuevo, y la pieza no le pega al viejo. Nadie echa vino nuevo en odres viejos; porque revientan los odres, se derrama, y los odres se estropean. A vino nuevo, odres nuevos. Nadie que cate vino añejo quiere del nuevo, pues dirá: “Está bueno el añejo”.

1. Este relato plantea, con ejemplos casi provocativos, dos formas distintas de entender y vivir la espiritualidad. Se trata de dos caminos contrapuestos: 1) el camino de la mortificación y la piedad; 2) el camino del gozo y la felicidad. Posiblemente, Lucas exagera cuando, al ayuno, añade la oración (que no está en Mc y Mt). Y también cuando caracteriza a los seguidores de Jesús como si fueran comilones y bebedores. En todo caso, y aunque la exageración de Lucas sea posible, es evidente que los tres sinópticos destacan la misma contraposición de dos religiosidades. La de la privación y el sacrificio y la del gozo y el disfrute.

2. Si algo hay claro, en este relato, es que Jesús no formó a sus discípulos en la espiritualidad de la privación y el sacrificio. Jesús vio que es más importante en la vida la felicidad y el disfrute compartido. La importancia que la comensalía, la mesa compartida, tuvo en la vida de Jesús, refuerza esta idea. Es más, como ya se sabe, con los ejemplos del remiendo y los odres de vino, Jesús afirma que, en este asunto capital, no caben medias tintas o fórmulas de compromiso. Y otra cosa: la advertencia de que “llegará el día en que se lleven al novio y entonces ayunarán”, es seguramente una añadidura de comunidades primitivas que seguían practicando el ayuno. El “novio”, que es Jesús, no se ha ausentado de su Iglesia.

3. ¿Por qué orientó Jesús la espiritualidad de esta manera? La espiritualidad de la “propia privación” es más fácil y soportable que la espiritualidad de “compartir la felicidad”. Además, lo de la privación y el sacrificio pro-

duce personas rígidas, intransigentes y desagradables. Lo de la felicidad es lo más connatural con la condición humana. Los griegos inventaron un “dios”, Dioniso, que concedió a los humanos la “felicidad suprema de la bacanal”, que les conducía a “poner sus almas en común” (M. Daraki). Lo peor que nos puede pasar, al leer el Evangelio, es que el comportamiento de Jesús nos llegue a escandalizar. ¿No será que los fariseos siguen vivos?

Lc 6, 1-5

“Un sábado, Jesús atravesaba un sembrado; sus discípulos arrancaban espigas y, frotándolas con las manos, se comían el grano. Unos fariseos les preguntaron: “¿Por qué hacéis en sábado lo que no está permitido?” Jesús les replicó: “¿No habéis leído lo que hizo David, cuando él y sus hombres sintieron hambre? Entró en la casa de Dios, tomó los panes presentados –que sólo pueden comer los sacerdotes–, comió y les dio a sus compañeros”. Y añadió: “El Hijo del Hombre es señor del sábado”.

1. Los exegetas cristianos se esfuerzan por demostrar que Jesús se opuso a la Ley y la quebrantó repetidamente. Por el contrario, los investigadores judíos mantienen que Jesús no se opuso conscientemente a la Torá de Moisés (E. P. Sanders). Seguramente, esta discusión no va a terminar nunca. Entre otras razones, porque cada cual ve las cosas con el color del cristal con que se miran.

2. En cualquier caso, leyendo los evangelios de principio a fin, en ellos se encuentra un hecho que queda muy claro: para Jesús era más importante el bien y la felicidad de las personas que la observancia de los preceptos religiosos. Esto está tan insistentemente dicho en los cuatro evangelios que, una de dos: o los evangelistas se inventaron la mitad de las cosas que cuentan; o Jesús pensó, habló y actuó de forma que dejó patente que lo primero en la vida es la mejor relación posible con los seres humanos y no la mejor relación posible con las *observancias religiosas*.

3. El ejemplo de David pone en evidencia que Jesús tenía más respeto al hambre de la gente que a los panes del altar. Para Jesús, lo sagrado se subordina a lo profano.

Mc 7, 31-37

“En aquel tiempo, dejando Jesús el territorio de Tiro, pasó por Sidón, camino del lago de Galilea, atravesando la Decápolis. Y le presentaron a un sordo que, además, apenas podía hablar; y le piden que le imponga las manos. Él, apartándolo de la gente a un lado, le metió los dedos en los oídos y con la saliva le tocó la lengua. Y mirando al cielo, suspiró y le dijo: “Effatá” (esto es, “ábrete”). Y al momento se le abrieron los oídos, se le soltó la traba de la lengua y habló sin dificultad. Él les mandó que no lo dijeran a nadie; pero, cuanto más se lo mandaba, con más insistencia lo proclamaban ellos. Y en el colmo del asombro decían: “Todo lo ha hecho bien: hace oír a los sordos y hablar a los mudos”.

1. La significación del hecho prodigioso, que aquí se cuenta, se comprende mejor empezando por el final: la gente llegó al colmo del asombro, quedó como fuera de sí, al ver lo que Jesús había hecho. Y lo llamativo es que de Jesús se cuentan cosas más prodigiosas (resucitar muertos...), pero sólo aquí se acaba el relato haciendo referencia al colmo del asombro y que todo lo hizo bien. ¿Qué hay de particular en este caso?

2. No sabemos con seguridad cómo se apañaban los sordomudos en tiempo de Jesús para comunicarse entre ellos y con los demás. En cualquier caso, un sordomudo es una persona que tiene dificultades para recibir información. Y que además tiene también serios problemas para decir lo que piensa. O sea, el sordomudo puede ser una metáfora de lo que representa en la vida la incomunicación. Por eso, lo que interesa, en este relato, no es tanto el milagro, sino el hecho de que Jesús soluciona el problema de la incomunicación humana.

3. La actualidad de este evangelio es apasionante. Vivimos en la sociedad de la “incomunicación” y de la “desinformación”. Cuando tenemos más medios de comunicación que nunca, vivimos más solos, más aislados; y levantando cada día más fronteras, más muros de separación, más nacionalidades, lenguajes y tradiciones que nos separan y marcan nuestras intolerancias. Y cuando decimos que poseemos más información que nunca, decimos una ingenuidad increíble. Porque la información que se nos da es la que no daña al sistema que oculta la información que más nos interesa.

Lc 6, 6-11

“Un sábado, entró Jesús en la sinagoga a enseñar. Había allí un hombre que tenía parálisis en el brazo derecho. Los letrados y los fariseos estaban al acecho para ver si curaba en sábado, y encontrar de qué acusarlo. Pero él, sabiendo lo que pensaban, dijo al hombre del brazo paralítico: “Levántate y ponte ahí en medio”. Él se levantó y se quedó en pie. Jesús les dijo: “Os voy a hacer una pregunta: ¿qué está permitido en sábado, hacer el bien o el mal, salvar a uno o dejarlo morir?” Y echando, en torno una mirada a todos, le dijo al hombre: “Extiende el brazo”. Él lo hizo, y su brazo quedó restablecido. Ellos se pusieron furiosos y discutían qué había que hacer con Jesús”.

1. Hay estudiosos de los evangelios que consideran “razonable que los fariseos se opusieran a esta acción (la curación) cuando la vida no estaba en peligro” (Geza Vermes). En cualquier caso, parece razonable decir que las transgresiones del sábado, que se cuentan en los evangelios, no son importantes (R. Pesch). Este caso del manco es muy claro en ese sentido.
2. Pero es que el problema serio, que se plantea en estos relatos, no está en saber si Jesús transgredió o no la Ley de Moisés y sus interpretaciones oficiales. El problema está en saber qué era importante para Jesús y qué cosas no tenían importancia para él. Es importante tener esto en cuenta. Por más que las cosas, que se relaten, sea cosas de poca importancia. En la vida diaria, lo que nos hace felices o desgraciados, son muchas veces cosas (aparentemente) de poca importancia.
3. Planteado así el problema, lo que está claro es que para Jesús era más importante la salud de la gente que la observancia de las normas religiosas. Como también está claro que para los observantes fariseos era más importante el fiel cumplimiento de las normas religiosas que la salud y el bienestar de las personas.

Lc 6, 12-19

Por entonces, subió Jesús a la montaña a orar, y pasó la noche orando a Dios. Cuando se hizo de día, llamó a sus discípulos, escogió a doce de ellos y los nombró apóstoles: Simón, al que puso de nombre Pedro, y Andrés, su hermano, Santiago, Juan, Felipe, Bartolomé, Mateo, Tomás, Santiago Alfeo, Simón apodado el Celotes, Judas el de Santiago y Judas Iscariote, que fue el traidor. Bajó Jesús del monte con los Doce y se paró en un llano con un grupo grande de discípulos y de pueblo, procedente de toda Judea, de Jerusalén y de la costa de Tiro y de Sidón. Venían a oírlo y a que los curara de sus enfermedades, los atormentados por espíritus inmundos quedaban curados, y la gente trataba de tocarlo, porque salía de él una fuerza que los curaba a todos.

1. Jesús se pasa toda la noche orando. Lo cual indica, no tanto su vida ascética, sino su concentración total en lo único que importa. ¿Qué era eso? ¿Qué le preocupaba más a Jesús? Él se dio cuenta de que la conversión y el cambio de letrados y fariseos no era de esperar (F. Bovon). por tanto, no podía ir por ahí la solución a la desgracia de aquel pueblo, su pueblo querido. De ahí, la atrevida decisión que tomó Jesús: elegir a los doce que él vio más dispuestos a tomar en serio la tarea del Evangelio que él proponía.
2. En la lista de los Doce, que propone Lucas, se destacan el primero (Pedro) y el último (Judas). El primero es el único al que Jesús le cambia el nombre. Y sabemos que, en la cultura israelita, cambiar de nombre era cambiar de personalidad. Simón pasa a ser “Petros”, sólido como una roca, no obstante todas sus flaquezas e infidelidades. El último es Judas, que se califica como “el traidor”. ¿Sabía Jesús todo esto de antemano? Lo seguro es que Lucas, cuando redactó la lista de los Doce, lo sabía. Y lo puso en su evangelio. Para que quedara por escrito y para siempre que, entre los apóstoles de Jesús, hay firmeza y traición. Con eso tenemos que contar.
3. Y todo esto, ¿para qué? Para ser un grupo humano, con la firmeza y la debilidad de lo humano, que, sin embargo, prolonga en el tiempo la seducción de Jesús, el atractivo de Jesús y la fuerza de Jesús para dar vida, aliviar dolor y contagiar felicidad.

Lc 6, 20-26

"En aquel tiempo, Jesús, levantando los ojos hacia sus discípulos, les dijo: "Dichosos los pobres, porque vuestro es el Reino de Dios. Dichosos los que ahora tenéis hambre, porque quedaréis saciados. Dichosos los que ahora lloráis porque reiréis. Dichosos vosotros cuando os odien los hombres, y os excluyan, y os insulten y proscriban vuestro nombre como infame por causa del Hijo del Hombre. Alegráos ese día y saltad de gozo: porque vuestra recompensa será grande en el cielo. Eso es lo que hacían vuestros padres con los profetas. Pero, ¡Ay de vosotros, los ricos, porque ya tenéis vuestro consuelo! ¡Ay de vosotros los que estáis saciados porque tendréis hambre! ¡Ay de los que ahora reís, porque haréis duelo y lloraréis! ¡Ay si todo el mundo habla bien de vosotros! Eso es lo que hacían vuestros padres con los falsos profetas".

1. El evangelio de Mt, en el Sermón del Monte (5, 1), recuerda ocho bienaventuranzas (5, 3-10). El evangelio de Lc, en el Sermón de la Llanura (6, 17), menciona sólo cuatro bienaventuranzas (6, 20-23). Los expertos que han estudiado este asunto están de acuerdo en que las cuatro bienaventuranzas de Lucas son *las cuatro afirmaciones nucleares* del discurso primitivo de Jesús, tal como lo recogió la fuente Q (U. Luz, J. Gnllka, J. A. Fitzmyer, J. P. Meier).

2. Según la redacción más antigua y original que ha llegado a nosotros, Jesús no habló de "pobres *de espíritu*", sino de "pobres, sin más. Jesús, por tanto, no habla de los que "espiritualmente están desprendidos" de las riquezas que poseen. Eso es una gran mentira. Porque si estuvieran desprendidos espiritualmente de verdad, se desprenderían también materialmente. Tampoco se trata de los que hacen "voto de pobreza", pero suelen estar respaldados por una institución económicamente fuerte. Ni se trata de los que "eligen ser pobres". Porque son contadísimos los que eligen eso de verdad. Vamos, pues, a entender la frase de Jesús tal como suena. ¿Por qué el Reino de Dios es de los más de dos mil millones de criaturas que son pobres de verdad?

3. El Reino de Dios es de los pobres porque el Reino de Dios es la fuerza que puede cambiar este mundo. Ahora bien, esa fuerza no la tienen los ricos. Sencillamente porque son ricos. Y al que es rico y le va bien, lógicamente no quiere que las cosas cambien. Pero no es sólo asunto de dinero. Los pobres son los que *están abajo* en la historia. Y, *desde abajo*, la vida se ve de manera completamente distinta a como se ve *desde arriba*. Los que están abajo ven la política, la economía, la religión... desde los que *sólo tienen su humanidad*. Los que están arriba ven las cosas desde los que *tienen bienes, quizá muchos bienes*. Los que están abajo luchan por defender lo mínimamente humano. Los que están arriba se empeñan en mantener sus bienes y su bienestar. El Reino de Dios, antes de darnos el cielo, tiene que hacer este mundo más humano. Y eso, solamente los pobres lo pueden hacer. Y lo van a hacer.

Lc 6, 27-38

"En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: "A los que me escucháis os digo: Amad a vuestros enemigos, haced el bien a los que os odian, bendecid a los que os maldicen, orad por los que os injurian. Al que te pegue en una mejilla, preséntale la otra; al que te quite la capa, déjale también la túnica. A quien te pide, dale; al que se lleve lo tuyo, no se lo reclames. Tratad a los demás como queréis que ellos os traten. Pues, si amáis sólo a los que os aman, ¿qué mérito tenéis? También los pecadores aman a los que los aman. Y si hacéis bien sólo a los que os hacen bien, ¿qué mérito tenéis? También los pecadores lo hacen. Y si prestáis sólo cuando esperáis cobrar, ¿qué mérito tenéis? También los pecadores prestan a otros pecadores con intención de cobrárselo. ¡No! Amad a vuestros enemigos, haced el bien y prestad sin esperar nada: tendréis un gran premio y seréis hijos del Altísimo, que es bueno con los malvados y desagradecidos. Sed compasivos como vuestro Padre es compasivo. No juzguéis y no seréis juzgados; no condenéis y no seréis condenados; perdonad y seréis perdonados; dad y se os dará: os verterán una medida generosa, colmada, remecida, rebosante. La medida que uséis la usarán con vosotros".

1. La primera convicción de Jesús, que queda patente en este discurso, es que el mundo no se transforma (se hace más humano y más habitable) cambiando estructuras políticas y económicas. Eso es importante, es fundamental incluso. Pero no es lo decisivo. El mundo se transforma cambiando a las personas. Por eso Jesús, en este discurso, que es central en el Evangelio, no dice ni palabra de luchas políticas o económicas. Estamos cansados de ver cambios políticos y económicos en los que siempre ocurre lo mismo: los que están arriba viven bien y los que están abajo siguen en la miseria.

2. Jesús vio que lo decisivo en la vida es la humanización de los seres humanos. Decimos que "es humano" odiar, injuriar, humillar, robar, pensar mal para acertar. Todo eso "es inhumano". Porque lo humano químicamente puro no existe. Lo humano siempre está mezclado con lo inhumano. Por eso Jesús propone, como modelo de humanidad, el amor que

vence al odio, la mansedumbre que vence a la injuria, la aceptación de la ofensa que vence a la humillación, la renuncia a lo propio que vence al robo, el juicio bueno que vence al mal pensado.

3. ¿Qué quiere decir todo esto? Sólo la bondad es digna de fe. Porque la bondad es lo más propio, lo más original y lo más específico del ser humano. Por eso se explica que únicamente lo verdaderamente humano es lo que nos hace felices. De forma que sólo donde hay humanidad hay paz, respeto, tolerancia, amistad, gozo y disfrute de la vida para todos. De ahí que la consecuencia es patente: el Evangelio, antes que un libro de religión o de espiritualidad, es un gran tratado de humanidad. Lo que ocurre es que alcanzar este nivel de humanidad sólo es posible por la fuerza del Espíritu.

Lc 6, 39-42

"En aquel tiempo, ponía Jesús a sus discípulos esta comparación: "¿Acaso pude un ciego guiar a otro ciego? ¿No caerán los dos en el hoyo? Un discípulo no es más que su maestro, si bien cuando termine su aprendizaje, será como su Maestro. ¿Por qué te fijas en la mota que tiene tu hermano en el ojo y no reparas en la viga que llevas en el tuyo? ¿Cómo puedes decirle a tu hermano: "hermano, déjame que te saque la mota del ojo", sin fijarte en la viga que llevas en el tuyo? ¡Hipócrita! Sácate primero la viga de tu ojo, y entonces verás claro para sacar la mota del ojo de tu hermano".

1. A Jesús no le preocupa solamente el cambio del corazón de cada persona. Además de eso, le preocupan las relaciones humanas. Porque en las relaciones de unos con otros es donde se verifica si, efectivamente, el corazón de una persona es bueno. Cuando el corazón es bueno, contagia bondad. Y esto es importante. Porque la bondad, como la felicidad, no se impone mediante órdenes y mandatos, se contagia. Convivir con una persona de buen corazón es el mayor regalo que nos puede hacer la vida.

2. La maldad de corazón ciega a la persona. Y un *corazón ciego no contagia* sino ceguera y desorientación. Todos los que en la vida tienen la misión de "guiar" (padres, educadores, dirigentes sociales, sacerdotes...) son los más directamente responsables de tanta desorientación que a diario precipita a tantas personas en la oscuridad, la desesperanza, la desorientación.

3. Pero más allá de todo lo dicho, lo más fuerte en la vida es la constante tendencia a ver defectos, fallos, errores y maldades en los demás. Jesús afirma que quien hace eso es un hipócrita profesional. Este tipo de individuos se caracteriza por un hecho asombroso: son personas que llevan una viga en sus ojos, una viga que les ciega. Y lo peor de todo es que, siendo ciegos, van detectando pequeñas motas en los ojos de los demás. Así vamos todos por la vida.

Jn 19, 25-27

En aquel tiempo, junto a la cruz de Jesús estaba su madre, la hermana de su madre, María de Cleofás, y María la Magdalena. Jesús, al ver a su madre y al discípulo que tanto quería, dijo a su madre: "Mujer, ahí tienes a tu hijo". Luego, dijo al discípulo: "Ahí tienes a tu madre". Y desde aquella hora, el discípulo la recibió en su casa.

1. En esta festividad, que la liturgia dedica al recuerdo de María, la madre de Jesús, junto a su hijo en el momento de la muerte, el evangelio de Juan destaca que allí había ("estaban de pie", *eistékesan*) cuatro mujeres y un hombre. Las cuatro mujeres eran: la madre de Jesús, una hermana suya cuyo nombre no se indica, María la de Cleofás y María Magdalena. El hombre era el "discípulo al que tanto quería Jesús". Fueron las cinco personas que, según el testimonio del IV evangelio, permanecieron fieles hasta el final, allí, junto a la cruz, acompañando la agonía de Jesús.

2. No sólo la presencia, sino sobre todo la cercanía, de estas cinco personas junto a Jesús, en aquel momento agónico, y dadas las circunstancias que allí se daban, expresan algo que rebasa, con mucho, los naturales sentimientos humanos de parentesco y amistad. Lo que allí estaba en juego era algo trascendente. Porque era la fe, la adhesión fiel a Jesús y al proyecto de Jesús, hasta sus últimas consecuencias.

3. No era, no podía ser, fácil estar allí, firmes y fieles, junto a un "condenado", en el momento de la ejecución. Era un hombre "excomulgado" por la religión y "ejecutado" por el poder militar. Rechazado, hasta la muerte, por los sumos sacerdotes y por los militares del imperio, fracasado en todos los aspectos de la vida y de su proyecto de cambio en aquella sociedad, había sido traicionado por uno de los suyos, negado por otro y abandonado por todos los demás. ¿Qué quedaba en pie de todo lo que había intentado construir? El cariño, la fidelidad, la fe de su madre y de las tres mujeres que la acompañaban. Y el discípulo amado. El amor fiel estaba allí venciendo, derrotando, a todos los poderes de este mundo: a los poderes de la religión y a los de la política y su imperio. Tu madre, tu hijo, tu todo, tiene que ser siempre la bondad, el cariño, la fidelidad. Esta es la lección suprema de aquel momento y de aquella muerte.

Mc 8, 27-35

"En aquel tiempo, Jesús y sus discípulos se dirigieron a las aldeas de Cesarea de Felipe; por el camino preguntó a sus discípulos: "¿Quién dice la gente que soy?" Ellos le contestaron: "Unos, Juan Bautista; otros, Elías, y otros, uno de los profetas". Él les preguntó: "Y vosotros, ¿quién decís que soy?" Pedro le contestó: "Tú eres el Mesías". Él les prohibió terminantemente decírselo a nadie. Y empezó a instruirlos: "El Hijo del Hombre tiene que padecer mucho, tiene que ser condenado por los senadores, sumos sacerdotes y letrados, ser ejecutado y resucitar a los tres días". Se lo explicaba con toda claridad. Entonces Pedro se lo llevó aparte y se puso a increparlo. Jesús se volvió, y de cara a los discípulos increpó a Pedro: "¡Quitate de mi vista, Satanás! ¡Tú piensas como los hombres, no como Dios!" Después llamó a la gente y a sus discípulos y les dijo: "El que quiera venirse conmigo, que se niegue a sí mismo, que cargue con su cruz y me siga. Mirad, el que quiera salvar su vida, la perderá; pero el que pierda su vida por el Evangelio, la salvará".

1. La gente tiene a Jesús por un profeta. Los más cercanos a él piensan que es el Mesías. Cuando Jesús comprueba que así lo ve la opinión pública, considera que ha llegado el momento de empezar a "instruir" a los discípulos sobre el final que se le avecina, es decir explicarles la muerte que le espera y la significación teológica de su muerte para la salvación de los humanos.

2. Jesús les revela que le espera: "padecer mucho", "ser condenado" y morir "ejecutado". Pero no sólo eso. Para el "Profeta" y el "Mesías" de Dios, lo más duro tuvo que ser que el sufrimiento, la condena y la ejecución vendría de parte de las máximas autoridades de la religión. Lo que, en sana lógica, planteaba, para aquellos hombres, una pregunta sin respuesta: ¿o Jesús era un falso profeta y un falso mesías; o la falsedad y la mentira estaba en la religión que iba a matar a Jesús. Por eso Pedro no aguantó y se atrevió a "increpar" a Jesús.

3. A la vista de tal resistencia "satánica" (Mc 8, 33), Jesús les dice "a los discípulos y a la gente" que su muerte va a ser la de un crucificado. De forma que el que quiera "salvarse" tiene que "cargar con su cruz", la cruz de

Jesús. ¿Significa esto que Dios nos salva por medio del sufrimiento? No. Dios no quiere que sus hijos sufran. Lo que Dios quiere es que sigamos a Jesús, que hagamos lo que hizo Jesús: aliviar el sufrimiento de pobres y enfermos aunque para eso tuviera que enfrentarse con la religión. Eso le costó la vida a Jesús. Y ése es el camino de la salvación. *Dios no quiere más sufrimiento que el que nos viene por causa de nuestra lucha contra el sufrimiento.* En eso consistió la cruz de Jesús. Y en eso tiene que consistir la nuestra.

Lc 7, 1-10

En aquel tiempo, cuando terminó Jesús de hablar a la gente, entró en Cafarnaúm. Un centurión tenía enfermo, a punto de morir, a un criado a quien estimaba mucho. Al oír hablar de Jesús, le envió unos ancianos de los judíos, para rogarle que fuera a curar a su criado. Ellos, presentándose a Jesús, le rogaban encarecidamente: "Merece que se lo concedas, porque tiene afecto a nuestro pueblo y nos ha construido la sinagoga". Jesús se fue con ellos. No estaba lejos de la casa, cuando el centurión le envió unos amigos a decirle: "Señor, no te molestes, no soy yo quién para que entres bajo mi techo; por eso tampoco me creí digno de venir personalmente. Dilo de palabra, y mi criado quedará sano. Porque yo también vivo bajo disciplina y tengo soldados a mis órdenes, y le digo a uno: "ve, y va"; al otro: "ven", y viene; y a mi criado: "haz esto", y lo hace". Al oír esto, Jesús se admiró de él, y volviéndose a la gente que lo seguía, dijo: "Os digo que ni en Israel he encontrado tanta fe", Y al volver a casa, los enviados encontraron al siervo sano.

1. Este relato es fuerte y nos pide a todos repensar nuestros comportamientos ante (o frente) a las personas que tienen otras creencias religiosas. El personaje central aquí es un "centurión". En el texto paralelo del IV evangelio (Jn 4, 46 b), se dice que era un "basilikós", un término que se aplicaba (según el historiador Josefo) a oficiales o funcionarios que estaban al servicio de un príncipe, probablemente al servicio de Herodes, ya que todo esto ocurre en Galilea. En todo caso, era un hombre que no tenía ni las creencias, ni las observancias religiosas de los judíos.

2. No tenía la "fe" de los judíos, pero sí tenía una "ética" ejemplar. Era un hombre bueno: un buen profesional, en el cumplimiento de sus deberes cívicos, y un buen padre de familia, con entrañas de bondad para quienes vivían en su casa. Pero no sólo eso. Además, era bueno con todos, con los galileos, a los que incluso les construyó una sinagoga. Para este hombre, lo importante no era defender su religión romana, sino ayudar a la gente, también en sus creencias, por más que fueran creencias distintas de las que él tenía.

3. Y Jesús afirma que la fe de aquel hombre era la fe más grande que él había encontrado. Lógicamente, esto quiere decir que la fe, para Jesús, no consistía en las verdades que se aceptan, ni en las observancias religiosas que se practican. Para Jesús, la "fe" se funde con la "ética", es decir, con la bondad, con la ayuda a los demás, con la honestidad y la honradez. Nuestras seguridades doctrinales y nuestras observancias piadosas nos pueden engañar. Sólo la bondad efectiva con los demás es digna de fe.

Lc 7, 11-17

"En aquel tiempo, iba Jesús camino de una ciudad llamada Naín, e iban con él sus discípulos y mucho gentío. Cuando estaba cerca de la ciudad, resultó que sacaban a enterrar a un muerto, hijo único de su madre, que era viuda; y un gentío considerable de la ciudad la acompañaba. Al verla el Señor, le dio lástima y le dijo: "No llores". Se acercó al ataúd, lo tocó (los que lo llevaban se pararon) y dijo: "¡Muchacho, a ti te lo digo, levántate!" El muerto se incorporó y empezó a hablar, y Jesús se lo entregó a su madre. Todos, sobrecogidos, daban gloria a Dios diciendo: "Un gran Profeta ha surgido entre nosotros. Dios ha visitado a su pueblo". La noticia del hecho se divulgó por toda la comarca y por Judea entera".

1. Sobre este episodio se plantean muchas dudas entre los exegetas, la principal de ellas se refiere a si realmente se produjo esta resurrección o, más bien, se trata de una composición de Lucas, con vistas a justificar la afirmación final del relato: *"Un gran Profeta ha surgido entre nosotros"*. Sería, por tanto, un relato simbólico, pensado para destacar que Jesús fue el gran Profeta que Dios mandó a Israel.

2. Esta idea se basa principalmente en el paralelismo que existe entre la actuación de Jesús, en este caso, y la actuación del profeta Elías cuando resucitó al hijo de una viuda de Sarepta (1 Re 17, 7-24) y en el caso del profeta Eliseo cuando resucitó al hijo de una viuda en Sunam (2 Re 4, 8-37). Con el relato de la viuda de Naín, Lucas pretende enaltecer a Jesús como el último y más grande de los profetas. De todas maneras, hay quien piensa que este relato se remonta a algún hecho de Jesús (J. P. Meier), relacionado con su actuación en defensa de la vida y como consuelo de los más desamparados de este mundo.

3. El mensaje religioso del relato salta a la vista: Jesús no soporta las lágrimas de una pobre viuda a la que se le muere su hijo único. La viuda y el huérfano eran los prototipos del desamparo en las sociedades mediterráneas del s. I. Sin seguridad ni protección económica, la imagen de la viuda que llora la muerte de su hijo es una de las grandes representaciones del dolor humano. Jesús no pasa indiferente ante una situación así. Sea cual sea el valor histórico del relato, la grandeza de la humanidad de Jesús queda patente. Y es un grito de exigencia y de protesta ante tantas situaciones de dolor y desamparo en las que casi todos pasamos de largo.

Lc 7, 31-35

"En aquel tiempo, dijo el Señor: "¿A quién se parecen los hombres de esta generación? ¿A quién los compararemos? Se parecen a unos niños, sentados en la plaza, que gritan a otros: "Tocamos la flauta y no bailáis, cantamos lamentaciones y no lloráis". Vino Juan Bautista, que ni comía ni bebía, y dijisteis que tenía un demonio; viene el Hijo del Hombre, que come y bebe, y decís: "Mirad qué comilón y qué borracho, amigo de recaudadores y pecadores". Sin embargo, los discípulos de la sabiduría le han dado la arazón".

1. Se ha discutido lo que quiere decir esta parábola de los dos grupos de niños, que, en la plaza de un pueblo, unos juegan a imitar una boda (tocando una flauta y bailando) y los otros juegan a imitar un entierro (cantando lamentaciones de luto y llanto). Sean cuales sean los matices que se puedan poner a la parábola, lo que salta a la vista es que, en el conjunto del relato, la austeridad de vida de Juan Bautista se asocia a la idea de la muerte (el entierro), mientras que la normalidad de vida de Jesús se asocia a la idea de la vida (la boda).

2. Este evangelio contrapone dos formas de entender la vida, la religión y la espiritualidad. Dos comprensiones radicalmente distintas: 1) la de Juan Bautista: vivía en el desierto (Mt 3, 1 par), vestía de forma estrafalaria (Mt 3, 4 par) y comía como los pobres en épocas de hambre (Mt 3, 4) (J. P. Meier); 2) la de Jesús: vivía entre la gente, vestía una túnica valiosa que se le rifaron los soldados que lo mataron (Jn 19, 23-24) y asistía a bodas y banquetes sin reparo alguno. Es evidente que, en la historia del cristianismo, el recuerdo y el ejemplo de Jesús ha sido interpretado y vivido más de acuerdo con la religiosidad y la espiritualidad de Juan Bautista que con la forma de vida que llevó el propio Jesús. Las vidas de santos, las reglas y costumbres de los monasterios, las ideas de muchos creyentes devotos... se parecen más a Juan en el desierto que a Jesús en un banquete.

3. No se puede, en este breve comentario, analizar por qué ha ocurrido esto. Lo que se puede y se debe decir es que la forma de vida de Juan Bautista produce gente rara y con la que no es fácil convivir. La forma de vida de Jesús es más humana y, sobre todo, genera una forma de convivencia que espontáneamente une a las personas. Está claro: Jesús nos vino a enseñar que lo más importante en la religión no es la propia santificación mediante sacrificios y renunciaciones, sino contagiar vida y felicidad a los demás en la gozosa convivencia de todos.

Lc 7, 36-50

"En aquel tiempo, un fariseo rogaba a Jesús que fuera a comer con él. Jesús, entrando en casa del fariseo, se recostó a la mesa. Y una mujer de la ciudad, una pecadora, al enterarse de que estaba comiendo en casa del fariseo, vino con un frasco de perfume, y, colocándose detrás junto a sus pies, llorando, se puso a regarle los pies con sus lágrimas, se los enjugaba con sus cabellos, los cubría de besos y se los ungía con el perfume. Al ver esto, el fariseo que lo había invitado, se dijo: "Si éste fuera profeta, sabría quién es esta mujer que lo está tocando y lo que es: una pecadora". Jesús tomó la palabra y le dijo: "Simón, tengo algo que decirte". Él respondió: "Dimelo, Maestro". Jesús le dijo: "Un prestamista tenía dos deudores: uno le debía quinientos denarios y el otro cincuenta. Como no tenían con qué pagar, los perdonó a los dos. ¿Cuál de los dos lo amará más?" Simón contestó: "Supongo que aquél a quien le perdonó más". Jesús le dijo: "Has juzgado rectamente". Y, volviéndose a la mujer, dijo a Simón: "¿Ves a esta mujer? Cuando yo entré en tu casa, no me pusiste agua para los pies; ella en cambio me ha lavado los pies con sus lágrimas y me los ha enjugado con su pelo. Tú no me besaste; ella en cambio, desde que entró, no ha dejado de besarme los pies. Tú no me ungiste la cabeza con ungüento; ella en cambio me ha ungido los pies con perfume. Por eso te digo, sus muchos pecados están perdonados, porque tiene mucho amor: pero al que poco se le perdona, poco ama". Y a ella le dijo: "Tus pecados están perdonados". Los demás convidados empezaron a decir entre sí: "¿Quién es éste que hasta perdona pecados?" Pero Jesús dijo a la mujer: "Tu fe te ha salvado, vete en paz".

1. El fariseo invita a Jesús a comer en su casa. Pero no tiene con Jesús las atenciones de educación y acogida que se tenían con cualquier invitado. Y además piensa mal de Jesús, que se deja tocar por una mujer conocida como pecadora. El observante religioso no trata bien a las personas, piensa mal de ellas y las desprecia.

2. La mujer, que tenía tan mala fama, no se avergüenza de entrar en una casa ajena y allí se echa a los pies de uno de los comensales, se suelta el pelo, llora, besa los pies de Jesús, los seca con sus cabellos, los perfuma.

La gran pecadora, despreciada por la buena sociedad y por la religión, "tiene mucho amor", como dijo Jesús. Un amor que superó todas las vergüenzas y humillaciones. Y le llevó a extremos de delicadeza que hoy, en nuestro tiempo, nos parecen atrevidos y hasta impensables.

3. Jesús es el hombre de la bondad, la libertad y la sinceridad. Acepta las manifestaciones de afecto de aquella mujer. Le dice al fariseo, con delicadeza y firmeza, lo que le tiene que decir, delante de todos. No esperó a decírselo en privado. Y, sobre todo, afirmó que quien piensa que poco le tienen que perdonar, es que tiene poco amor. O sea: en la medida en que uno se considera mejor que los demás, en esa misma medida se incapacita para amar. Por eso, aquella mujer, que se veía como la peor de todos, es la que tuvo más amor que nadie.

Mt 9, 9-13

En aquel tiempo, vio Jesús al pasar a un hombre llamado Mateo, sentado al mostrador de los impuestos, y le dijo: "Sígueme". El se levantó y lo siguió. Y, estando en la mesa en casa de Mateo, muchos publicanos y pecadores, que habían acudido, se sentaron con Jesús y sus discípulos. Los fariseos, al verlo, preguntaron a los discípulos: "¿Cómo es que vuestro maestro come con publicanos y pecadores?" Jesús lo oyó y dijo: "No tienen necesidad de médico los sanos, sino los enfermos. Andad, aprended lo que significa "misericordia quiero y no sacrificios", que no he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores".

1. No se sabe quién fue el autor del evangelio que se atribuye a Mateo. La primera noticia que asocia el primer evangelio con el apóstol Mateo procede de Ireneo de Lyon, a finales del s. II, o sea unos cien años después de que este evangelio fue escrito. Pero, sea quien sea el verdadero autor de este escrito, lo que no admite duda es que la Iglesia primitiva asoció su primer evangelio con el recuerdo de un hombre cuya historia estaba asociada a gente indeseable, a uno de los grupos más despreciados y odiados en la Palestina que conoció a Jesús.

2. La primera lección que lógicamente se sigue de lo dicho es que la Iglesia naciente no veía dificultad alguna en asociar sus orígenes al recuerdo de gente de mal vivir. Es decir, aquella Iglesia y sus autoridades no andaban obsesionadas por su "buena imagen". Ni parece que pretendieran aparecer como un grupo de personas "intachables" a toda costa. Jesús mismo, tal como aquí lo presenta el Evangelio, anduvo con "malas compañías". Y con gentes poco ejemplares compartió mesa y mantel. Es más, vivió de forma que acabó denunciado, acusado, juzgado y sentenciado a la más vergonzosa de las muertes, la muerte de un subversivo peligroso. Es justamente lo contrario a lo que vemos que ocurre ahora. Porque es un hecho que a los obispos, a los clérigos y a la gente de Iglesia le preocupa mucho que no se sepan ciertas cosas, se ocultan los "malos ejemplos", los "escándalos", las "amistades", las "cuentas bancarias" y tantas otras cosas.

3. La explicación del comportamiento de Jesús, en contraste con el comportamiento de la Iglesia actual, está en el texto de Os 6, 6, que recuerda

Mateo. Según el Evangelio, lo que Dios quiere es, sobre todo, "misericordia" (*hesed*), que no se limita a la compasión o la condescendencia, sino que se refiere a la bondad de Dios, contraria a las prácticas excluyentes cargadas de desprecio a personas concretas. Según la Iglesia oficial actual, lo que Dios quiere sobre todo es "sacrificios", es decir, observancias rituales y cultos exigentes y hasta violentos. Este contraste explica por qué el Evangelio seduce a tanta gente y por qué la Iglesia repele a la mayoría.

Lc 8, 4-15

"En aquel tiempo, se le juntaba a Jesús mucha gente y, al pasar por los pueblos, otros se iban añadiendo. Entonces les dijo esta parábola: "Salió el sembrador a sembrar su semilla. Al sembrarla, algo cayó al borde del camino, lo pisaron y los pájaros se lo comieron. Otro poco cayó en terreno pedregoso y, al crecer, se secó por falta de humedad. Otro poco cayó entre las zarzas, y las zarzas, creciendo al mismo tiempo, lo ahogaron. El resto cayó en tierra buena y, al crecer, dio fruto al ciento por uno". Dicho esto, exclamó: "El que tenga oídos para oír, que oiga". Entonces le preguntaron los discípulos: "¿Qué significa esa parábola?" Él les respondió: "A vosotros se os ha concedido conocer los secretos del Reino de Dios; a los demás, sólo en parábolas, para que viendo no vean y oyendo no entiendan. El sentido de la parábola es éste: la semilla es la Palabra de Dios. Los del borde del camino son los que escuchan, pero luego viene el diablo y se lleva la Palabra de sus corazones para que no crean y se salven. Lo del terreno pedregoso son los que, al escucharla, reciben la Palabra con alegría, pero no tienen raíz; son los que por algún tiempo creen, pero en el momento de la prueba fallan. Lo que cayó entre zarzas son los que escuchan, pero con los afanes y riquezas y placeres de la vida, se van ahogando y no maduran. Los de la tierra buena son los que con un corazón noble y generoso escuchan la Palabra, la guardan y dan fruto perseverando".

1. Cuando se explica la parábola del sembrador, es frecuente que, de acuerdo con el texto de la parábola, se cargue la mano sobre la responsabilidad de los que están representados en los tres tipos de terreno en los que la semilla resulta estéril y, por tanto, no produce fruto. Por eso esta parábola se presta a que el predicador de turno les diga a sus oyentes que se piensen muy en serio si son tierra de camino, tierra pedregosa o tierra con cardos y espinas. El resultado es, con frecuencia, que la gente sale del sermón con mala conciencia y no sacando nada en claro.

2. No vendría mal que quien explica la parábola (el hablante) se pare a pensar si el problema no estará en que "el sembrador no siembra lo que tiene que sembrar". Porque se trata de sembrar la Palabra. Ahora bien, no

se siembra la Palabra en cuanto uno se pone a hablar, sino que se siembra la Palabra únicamente cuando, al hablar, se dan las condiciones de lo que se ha llamado la "acción comunicativa" (J. Habermas). Condiciones básicas: 1) que lo que dice el hablante resulte comprensible; 2) que el hablante sea fiable; es decir, que tenga credibilidad, 3) que la comunicación tenga relación con un contexto normativo vigente, o sea que se hable de cosas que se aceptan como normas de conducta ahora, no hace mil años, 4) que la intención del hablante sea la que él expresa, por ejemplo no utilizar la religión para hablar de otros intereses. Si no se dan estas condiciones, el problema no está en la tierra, sino en el sembrador, que no siembra palabra alguna.

Mc 9, 30-37

“En aquel tiempo, instruía Jesús a sus discípulos. Les decía: “El Hijo del Hombre va a ser entregado en manos de los hombres, y lo matarán; y después de muerto, a los tres días, resucitará. Pero no entendían aquello, y les daba miedo preguntarle. Llegaron a Cafarnaún, y una vez en casa, les preguntó: “¿De qué discutíais por el camino?” Ellos no contestaron, pues por el camino habían discutido quién era el más importante. Jesús se sentó, llamó a los Doce y le dijo: “Quien quiera ser el primero, que sea el último de todos y el servidor de todos”. Y acercando a un niño, lo puso en medio de ellos, lo abrazó y les dijo: “El que acoge a un niño como éste en mi nombre, me acoge a mí; y el que me acoge a mí, no me acoge a mí, sino al que me ha enviado”.

1. El contraste entre Jesús y los apóstoles (los Doce) es fuerte, lo más fuerte que se puede imaginar: cuando Jesús les está hablando del fin trágico que le espera, ellos no entienden nada, no se enteran de una cosa tan clara y, además, no quieren entender. Porque les da miedo preguntarle. Los apóstoles le tienen miedo al acontecimiento central del Evangelio. Y explican los entendidos (en la historicidad de los evangelios) que esto tuvo que suceder así, no pudo ser una cosa que se le ocurrió a Marcos al redactar su evangelio. ¿Por qué?

2. Porque aquí los apóstoles quedan fatal: no se enteran, tienen miedo, son cobardes y, para colmo, precisamente cuando Jesús les está diciendo que su vida va a terminar como terminan los últimos de este mundo (juzgados, condenados y ejecutados como malditos), los apóstoles se ponen a discutir con pretensiones de ser ellos los primeros. Aquellos hombres pensaban al revés de como pensaba Jesús. Y aspiraban justamente a lo contrario de lo que ellos estaban viendo y viviendo que era el camino que llevaba Jesús. Era evidente que Jesús se puso con los últimos de este mundo y los defendió provocativamente. Por eso acabó como acabó. Los apóstoles, sin embargo, lo que discuten es quién es el primero, el más importante.

3. Esto da que pensar. Cuando se escribió este evangelio, los apóstoles eran conocidos en las comunidades de la Iglesia. Los Doce eran famosos:

eran los testigos oficiales de la resurrección de Cristo (1 Cor 15, 5), representaban las doce tribus del “nuevo Israel” (Mt 19, 28; Lc 22, 30; Hech 26, 7; Ap 21, 12), se sabía su forma de vida y de trabajo (1 Cor 9, 4-5). Y lo sorprendente es que, a estos hombres a los que tanto debía la Iglesia naciente, los evangelios no tuvieron la menor dificultad en contar todas sus ignorancias, cobardías, miedos y contradicciones. El Evangelio nos dice así que lo mejor para la Iglesia no es la buena imagen de sus dirigentes, sino la verdad y la transparencia de lo que cada cual vive en el seguimiento de Jesús.

Lc 8, 16-18

En aquel tiempo, dijo Jesús a la gente: "Nadie enciende un candil y lo tapa con una vasija o lo mete debajo de la cama; lo pone en el candelero para que los que entran tengan luz. Nada hay oculto que no llegue a descubrirse, nada secreto que no llegue a saberse o a hacerse público. A ver si me escucháis bien: al que tiene se le dará, al que no tiene se le quitará hasta lo que cree tener".

1. Estas sentencias de Jesús están puestas aquí por Lucas inmediatamente después de la explicación de la parábola del sembrador. Es la parábola de lo que se predica, es decir, lo que se enseña. Y Jesús viene a afirmar: en vuestra enseñanza y en vuestra relación con la gente, vuestro procedimiento y vuestra conducta ha de ser tal que no tengáis nada que ocultar. Al contrario: todo lo que digáis y todo lo que enseñéis debe ser algo que se pueda enseñar. Es más, se debe enseñar, se debe mostrar, debe ser conocido y notorio.

2. Jesús procedió así siempre. En el relato de la pasión, según el IV evangelio, en el primer interrogatorio ante el sumo sacerdote Anás, cuando a Jesús le preguntaron por su doctrina, la respuesta fue clara: "Yo siempre he enseñado públicamente" (literalmente, con "parresía", o sea diciendo abiertamente todo lo que tenía que decir) (Jn 18, 20). Eso le valió una bofetada (Jn 18, 22).

3. ¿Por qué, tantas veces, tenemos que ocultar tantas cosas? ¿Por qué decimos verdades a medias? ¿Por qué no somos enteramente transparentes? Cuando hay muchas cosas que tenemos que callarlas, mal asunto. En la vida de las comunidades, de las parroquias, de las diócesis, del Vaticano, hay demasiadas cosas que ocultar. ¿Por qué vivimos así? ¿Por qué no somos luz que se puede poner donde todo el mundo vea lo que somos y cómo somos? Se comprende por qué la Palabra de Dios no da fruto o se pierde. Hemos perdido credibilidad porque hemos perdido transparencia.

Lc 8, 19-21

"En aquel tiempo, vinieron a ver a Jesús su madre y sus hermanos, pero con el gentío no lograban llegar hasta él. Entonces le avisaron: "Tu madre y tus hermanos están fuera y quieren verte". Él les contestó: "Mi madre y mis hermanos son éstos: los que escuchan la Palabra de Dios y la ponen por obra".

1. No se puede decir que Jesús adoptara una postura contraria a la institución familiar. Ni siquiera que fuera crítico con la familia. Pero lo que sí es cierto es que Jesús no centró su mensaje en trono a la idea del mantenimiento y protección de la familia. Y, sobre todo, vivió y habló siempre con una sorprendente libertad en relación a la familia. Jesús, por tanto, no propuso un modelo concreto de familia como modelo universal y válido para siempre. Esto no consta en ninguna parte, si nos atenemos a lo que dicen los evangelios.

2. Como es lógico, desde el momento en que Jesús se alejó de su casa y su familia, y después reunió en trono a sí un grupo de discípulos que le acompañaron y compartieron su forma de vivir, sus criterios sobre la familia tuvieron que evolucionar. El *grupo familiar* tuvo que pasar a un segundo plano y el *grupo comunitario* pasó a ocupar el centro de su proyecto y de sus preocupaciones.

3. La familia es necesaria para la socialización de los individuos que vienen a este mundo. El ser humano, cuando nace, no está acabado. La configuración de su cuerpo y de su psique crece y se configura en el aprendizaje e integración de la vida afectiva, emocional, cultural, valorativa que le contagian sus padres y educadores. Así el individuo se integra en la sociedad y en la cultura. Pero ocurre que, a través de la estructura familiar, se perpetúa el modelo de sociedad, con sus valores y sus contravalores. Así las cosas, lo que las creencias cristianas pueden y deben aportar no es *perpetuar* el modelo de sociedad (y de familia) establecido, sino *humanizar* la convivencia social, de forma que no se impongan los valores basados en el poder, el dinero y la desigualdad, sino en el respeto, la tolerancia, la solidaridad y, sobre todo, el amor.

Lc 9, 1-6

"En aquel tiempo, Jesús reunió a los Doce y les dio poder y autoridad sobre toda clase de demonios y para curar enfermedades. Luego los envió a proclamar el Reino de Dios y a curar a los enfermos, diciéndoles: "No llevéis nada para el camino: ni bastón ni alforja, ni pan ni dinero, tampoco llevéis túnica de repuesto. Quedaos en la casa donde entréis, hasta que os vayáis de aquel sitio. Y si alguien no os recibe, al salir de aquel pueblo sacudíos el polvo de los pies, para probar su culpa. Ellos se pusieron en camino y fueron de aldea en aldea, anunciando la Buena Noticia y curando en todas partes".

1. Lo primero que destaca este relato es que Jesús *toma verdaderamente en serio el sufrimiento humano*. Es lo que más resalta en este evangelio. Jesús da a los Doce "poder" (*dynamis*) y "autoridad" (*exousía*). ¿Para qué? Ante todo, para expulsar demonios y curar enfermos, cosa que se dice dos veces. Todo eso, relacionado con la proclamación del Reino de Dios. Por tanto, Jesús entiende la misión de los Doce como *misión para remediar males y hacer más feliz la vida*. De forma que el Reino de Dios está unido a eso y es inseparable de eso.

2. Para realizar esta misión y, por lo tanto, para ser efectivos en la tarea de aliviar el sufrimiento humano, Jesús manda a los apóstoles con lo puesto, sin comida y sin dinero encima, y además sin repuesto alguno. ¿Por qué este radicalismo? Seguramente en ello influyó la llamada fuente Q (Ch. Tuckett). Pero no se trata aquí de estudiar esa cuestión. Lo que interesa es el mensaje que nos deja el Evangelio, a saber: la civilización nació en Oriente Próximo durante el III Milenio (a. C.). Y nació al aparecer la tecnología. Con ello desapareció el "hombre-no-económico", que vivía en contacto directo y en armonía con la naturaleza, y aparecieron las desigualdades económicas y el poder de unos hombres sobre otros. Así dio sus primeros pasos la apasionante y terrible historia del dinero y de la economía, que ha resuelto muchos problemas, pero ha creado otros casi siempre ligados al sufrimiento de los pobres. Jesús no está en contra del progreso económico. No puede estarlo. Pero Jesús no quiere que sus apóstoles se sirvan del dinero para "hacer apostolado". *La misión que quiere Jesús se hace con humanidad, bondad, respeto, tolerancia y cariño*. Con eso es con lo que quiere Jesús que se anuncie el Reino.

Lc 9, 7-9

"En aquel tiempo, el virrey Herodes se enteró de lo que pasaba y no sabía a qué atenerse, porque unos decían que Juan había resucitado, otros que había aparecido Elías, y otros que había vuelto a la vida uno de los antiguos profetas. Herodes se decía: "A Juan lo mandé decapitar yo. ¿Quién es éste de quien oigo semejantes cosas?" Y tenía ganas de verlo.

1. Con frecuencia, los exegetas y los teólogos, preocupados por los dogmas de fe sobre Jesucristo, cuando analizan este pequeño relato, se interesan ante todo por su historicidad, cosa en la que no se ponen de acuerdo. Y, más que nada, quieren saber el significado que tiene la pregunta de Herodes para la cristología: ¿Quién era Jesús? ¿Era un hombre como los demás? Y si era más que los demás, ¿se puede saber si era o no era Dios? Por supuesto, tales preguntas son fundamentales. Pero ocurre que, al concentrar la atención en el tema de "divinidad", tenemos el peligro de no prestar la atención que merece la sorprendente "humanidad" de Jesús. Y es lástima que, por esto, se nos escapa o se nos oculta lo más importante que podemos aprender en los evangelios sobre Jesús. Y sobre el Dios que se nos revela en Jesús.

2. El comportamiento, tan profundamente humano de Jesús, curando males y aliviando penas, suscita la curiosidad de todos, incluso de un hombre tan degenerado como Herodes. Poco después, este tirano andaba buscando a Jesús para matarlo (Lc 13, 31). Cuando Jesús se enteró de eso, se limitó a decir: "Id a decirle a ese zorro: yo, hoy y mañana, seguiré curando y echando demonios" (Lc 13, 32). La amenaza del poder no desvió a Jesús ni un ápice de su lucha contra el sufrimiento. Y cuando llegó la hora de la verdad, y Jesús se vio atado de pies y manos ante el tribunal de Herodes, que le hizo muchas preguntas, Jesús "no le contestó palabra" (Lc 23, 9). Lo que le importaba a Jesús era el dolor de enfermos y pobres. Para eso nunca necesitó privilegios del poder. Por eso, ni le asustaron sus amenazas, ni le sedujeron sus promesas.

Mt 9, 18-22

Una vez que Jesús estaba orando solo, en presencia de sus discípulos, les preguntó: "¿Quién dice la gente que soy yo?" Ellos contestaron: "Unos que Juan Bautista, otros que Elías, otros dicen que ha vuelto a la vida uno de los antiguos profetas". El les preguntó: "Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?" Pedro tomó la palabra y dijo: "El Mesías de Dios". Él les prohibió terminantemente decírselo a nadie. Y añadió: "El Hijo del Hombre tiene que padecer mucho, ser desechado por los ancianos, sumos sacerdotes y letrados, ser ejecutado y resucitar al tercer día".

1. En los tres evangelios sinópticos se dice que cuando Pedro, en nombre de los discípulos, confesó que Jesús era el Mesías (Mt 16, 16; Mc 8, 29; Lc 9, 20) e incluso el Hijo de Dios (Mt 16, 16), la respuesta de Jesús, después de aceptar que efectivamente así era (Mt 16, 17), fue *una prohibición y un anuncio*. Jesús les prohibió terminantemente decir a nadie que él era el Mesías (Mt 16, 20; Mc 8, 30; Lc 21, 22). Y les anunció que le esperaba un final de fracaso, sufrimiento y muerte (Mt 16, 21; Mc 8, 31; Lc 9, 22).

2. Dos cosas quedan claras: 1) Jesús no quería popularidad en un país en el que se esperaba la llegada de un Mesías que era deseado como un militar, guerrero y victorioso (O. Cullmann, V. Taylor, J. Schmid), lo que se refuerza con el anuncio que Jesús hace a continuación (J. Gnllka). Jesús asumió conscientemente una forma de vida que le llevó a lo que se anuncia aquí: el rechazo y la condena a muerte de los dirigentes oficiales de la religión.

3. Estos hechos han sido leídos, interpretados y vividos de forma que han hecho del cristianismo, para la mentalidad de mucha gente, una religión que tiene su centro en el fracaso y no en el éxito, en el sufrimiento y no en la felicidad, en la muerte y no en la vida que vivimos en este mundo. Así, la *humanidad de Jesús* y la *humanidad del Evangelio*, al ser leídas e interpretadas como *divinidad de Cristo*, y como *divinización del cristiano*, han dado paso y han justificado una teología y una espiritualidad que le dicen a la gente que, para lograr esa divinización y sus premios eternos, lo que hay que hacer en esta vida es mortificarse, someterse, callar y aguantar con paciencia. Porque la felicidad no está en esta vida, sino en la otra.

Ahora bien, cuando hacemos eso, no se nos pasa por la cabeza que lo que Jesús hizo, y por lo que se jugó la vida, fue aliviar los sufrimientos de esta vida, dignificar a los pobres y excluidos de este mundo. Porque en el centro de las preocupaciones de Jesús siempre estuvo humanizar este mundo y hacer más soportable esta vida. Sólo así es posible alcanzar lo que la fe nos dice que es la eternidad.

Lc 9, 43 b - 45

"En aquel tiempo, entre la admiración general, por lo que hacía, Jesús dijo a sus discípulos: "Meteos bien esto en la cabeza: al Hijo del Hombre lo van a entregar en manos de los hombres". Pero ellos no entendían este lenguaje; les resultaba tan oscuro que no cogían el sentido. Y les daba miedo preguntarle sobre el asunto".

1. Este texto recoge el segundo anuncio de la pasión que, según el evangelio de Lucas, Jesús hizo a sus discípulos. El relato está construido de forma que en él se destaca el contraste entre la admiración de la gente por lo que Jesús hacía y el rechazo de los que lo van a entregar a la muerte. La conducta de Jesús no resultó indiferente. Provocó la máxima admiración y el máximo rechazo. En la vida no se puede pretender contentar a todos. Ni estar bien con todo el mundo. Es decir, la pretendida "neutralidad", que algunos quieren, es sencillamente imposible. El silencio y la pasividad de los "neutrales" (ingenuos o cobardes) es tomar postura a favor del que tiene más poder.

2. Lo que más destaca este evangelio es la incomprensión y el miedo de los discípulos. Ellos se habían hecho ilusiones falsas con el Mesías que los había llamado y escogido. Y también se habían montado fantasías de éxitos e importancias con el asunto del Reino. La petición de los Zebedeos y el enfrentamiento que aquello provocó (Mt 20, 20-28; Mc 10, 35-46; cf. Lc 22, 25-26) son indicadores elocuentes. Ciertamente, las aspiraciones de los discípulos no coincidían con el proyecto de Jesús. Es algo que nos ocurre a todos. El lenguaje de Jesús nos resulta oscuro, no captamos su sentido y, sobre todo, nos da miedo. Nunca lo decimos. Pero nos da miedo. Nos da miedo pensar que de nosotros se diga lo que se dijo de Jesús. Nos da más miedo que la religión nos rechace como rechazó a Jesús. Nos da miedo perder el cargo, vernos metidos en líos, que se nos tenga por sospechosos o indeseables. Nos cuesta reconocerlo, pero los miedos de aquellos hombres son nuestros miedos, los miedos de todos.

Mc 9, 38-43. 45. 47-48

"En aquel tiempo, dijo Juan a Jesús: "Maestro, hemos visto a uno que echaba demonios en tu nombre y se lo hemos querido impedir, porque no es de los nuestros". Jesús respondió: "No se lo impidáis, porque uno que hace milagros en mi nombre no puede luego hablar mal de mí. El que no está contra nosotros, está a favor nuestro. El que os dé a beber un vaso de agua, porque seguís al Mesías, os aseguro que no se quedará sin recompensa. El que escandalice a uno de estos pequeños que creen, más le valdría que le encajasen en el cuello una piedra de molino y lo echasen al mar. Si tu mano te hace caer, córtatela: más te vale entrar manco en la vida que ir con las dos manos al abismo, al fuego que no se apaga. Y si tu pie te hace caer, córtatelo: más te vale entrar cojo en la vida que ser echado con los dos pies al abismo. Y si tu ojo te hace caer, sácatelo: más te vale entrar tuerto en el Reino de Dios que ser echado al abismo con los dos ojos, donde el gusano no muere y el fuego no se apaga".

1. Jesús se opone a la mentalidad de gueto que, con frecuencia, caracteriza a no pocos grupos cerrados, intolerantes, intransigentes, que además se consideran privilegiados o se ven a sí mismos como los auténticos, los mejores. Por lo general, los grupos en los que domina esta mentalidad están formados por personas con una mentalidad fundamentalista y además combativa contra todos los que no son del propio grupo. Este fenómeno se suele producir por motivos políticos, ideológicos y sobre todo religiosos. Según este evangelio, algo de esta forma de pensar estaba muy presente en los discípulos de Jesús.

2. Pero Jesús no quiere entre sus discípulos gente cerrada, intolerante o intransigente. Y menos aún gente excluyente, que se considera con el monopolio de la verdad y del bien. Todo el que hace el bien, todo el que libera a otras personas de sufrimientos, opresiones y fuerzas de muerte, esté en el grupo que esté, sea de la religión que sea, y tenga las creencias que tenga, merece nuestro respeto, nuestra aceptación y nuestra acogida sin más. Jesús no le exigió al exorcista aquél que se uniera al grupo de los discípulos. Lo que importa no es estar en éste o en el otro grupo, en esta

comunidad o en la otra... Lo único que importa de verdad es si vamos por la vida liberando a la gente de sus penas y sufrimientos o, si por el contrario, vamos haciendo y siendo motivo de tropiezo, que eso justamente es lo que significa el "escándalo" en el lenguaje del Evangelio.

3. Lo terrible es que hay personas que se consideran con derecho a impedir a los demás o incluso a ofenderles porque no son del grupo ideológico del que ellos son. Ellos se ven como los únicos auténticos. Quien hace eso es el que más escandaliza. Y Jesús dice que quien va por la vida haciendo eso, más le valdría que se arranque la mano, el ojo o el pie. Es preferible que vaya por la vida mutilado a que intente mutilar la libertad de quien se dedica a expulsar demonios, aunque los expulse en otro grupo o en otra religión.

1 DE OCTUBRE - LUNES

26ª SEMANA DEL TIEMPO ORDINARIO

Lc 9, 46-50

"En aquel tiempo, los discípulos se pusieron a discutir quién era el más importante. Jesús, adivinando lo que pensaban, cogió la mano a un niño, lo puso a su lado y les dijo: "El que acoge a este niño en mi nombre, me acoge a mí; y el que me acoge a mí, acoge al que me ha enviado. El más pequeño de vosotros es el más importante". Juan tomó la palabra y dijo: "Maestro, hemos visto a uno que echaba demonios en tu nombre y, como no es de los nuestros, se lo hemos querido impedir". Jesús le respondió: "No se lo impidáis: el que no está contra vosotros, está a favor vuestro".

1. Una vez más, el Evangelio le recuerda a la Iglesia el interés y hasta la preocupación casi obsesiva, que tenían los discípulos, por saber quién es el más importante. Lo más razonable es pensar que el problema no estaba en que aquellos hombres fueran especialmente orgullosos o ambiciosos. No. Aquellos hombres eran como somos todos los humanos. La apetencia por ser importantes es más fuerte que la apetencia por ser ricos. Y no olvidemos que se trata de una apetencia que nos dura mientras vivimos, aunque seamos creyentes, religiosos, sacerdotes... Por otra parte, si Jesús se opuso siempre de forma tajante a esta apetencia, es que en ella vio el mayor peligro para los humanos y para su comunidad de seguidores. ¿Por qué?

2. No es, ante todo, cuestión de humildad. El problema está en que, como es lógico, el que quiere ser el primero, por eso mismo quiere estar por encima de los demás, quiere ser más que los demás. Y para lograr eso, lo más seguro es que se va a enfrentar a otros, los va a humillar o los querrá dominar. Todo el que sube, divide. Como todo el que baja, une. Y no hay argumento o motivo que justifique o haga santas estas apetencias.

3. Pero hay algo más grave. Lo peor que hace, el que quiere ser el más importante, es que pretende ponerse por encima de Cristo y hasta por encima de Dios. Es lo que afirma Jesús cuando presenta al niño y dice que en el niño está él y está Dios. Como lo está en el que acoge o escucha a cualquiera de los discípulos (Mt 10, 40; Mc 9, 37; Mt 18, 5; Lc 10, 16; 9, 48; Jn 13, 20)). Dios se ha fundido con Jesús. Y Dios en Jesús se ha fundido con el ser humano. Por tanto, querer ser el más importante, en última instancia, es pretender (sin darse cuenta de ello) estar por encima de Dios. Ni Dios puede humanizarse más. Ni el hombre puede endiosarse más.

Lc 9, 51-56

"Cuando se iba cumpliendo el tiempo de ser llevado al cielo, Jesús tomó la decisión de ir a Jerusalén. Y envió mensajeros por delante. De camino entraron en una aldea de Samaria para prepararle alojamiento. Pero no lo recibieron, porque se dirigía a Jerusalén. Al ver esto, Santiago y Juan, discípulos suyos, le preguntaron: "Señor, ¿quieres que mandemos bajar fuego del cielo y acabe con ellos?" Él se volvió y les regañó, y dijo: "No sabéis de qué espíritu sois. Porque el Hijo del Hombre no ha venido a perder a los hombres, sino a salvarlos". Y se marcharon a otra aldea".

1. Este relato es capital en el evangelio de Lucas. Porque aquí empieza el viaje de Jesús a Jerusalén. El comienzo del relato es redacción de Lucas. Pero indica algo muy fuerte. Cuando Jesús sabe ya que su vida va a terminar en un conflicto mortal con las autoridades religiosas, decide ir a la capital central, donde residen esas autoridades, para enfrentarse allí y denunciarles, en su cara, el daño que están haciendo al pueblo y a la religión. Lo que estaba en juego era lo más serio de la vida. Y Jesús lo afrontó con tanto atrevimiento como libertad.

2. Para ir de Galilea a Jerusalén, había que pasar por Samaria. Es llamativo que Lucas presenta a Jesús en buena relación con los samaritanos (Lc 10, 30-37; 17, 11-19; Hech 1, 8; 8, 1-13; 9, 31; 15, 3), como también lo hace el IV evangelio (Jn 4, 4-42). Sin embargo, aquí Lucas destaca el rechazo. Los samaritanos eran considerados como herejes por los judíos: sólo creían en el Pentateuco y habían construido un templo para ellos en el monte Garizín, con su propia liturgia.

3. Los discípulos no toleran a los herejes o a los que tienen otras creencias y otras prácticas religiosas. No soportan verse rechazados. Y quieren que el cielo arrase a los infieles. Pero lo que Jesús no soporta es a los que se consideran discípulos suyos y quieren unir el Evangelio con la intolerancia religiosa. A juicio de Jesús, Evangelio e intolerancia religiosa son incompatibles.

Lc 9, 57-62

"En aquel tiempo, mientras iban de camino Jesús y sus discípulos, le dijo uno: "Te seguiré a donde vayas". Jesús le respondió: "Las zorras tienen madriguera y los pájaros, nido, pero el Hijo del Hombre no tiene donde reclinar la cabeza". A otro le dijo: "Sígueme". Él respondió: "Déjame primero ir a enterrar a mi padre". Le contestó: "Deja que los muertos entierren a sus muertos, tú vete a anunciar el Reino de Dios". Otro le dijo: "Te seguiré, Señor. Pero déjame primero despedirme de mi familia". Jesús le contestó: "El que echa mano al arado y sigue mirando atrás, no vale para el Reino de Dios".

1. Una vez que Jesús ha tomado la decisión de ir a Jerusalén, lo primero que hace Lucas es dejar bien claro que ser discípulo de Jesús es una cosa extremadamente seria. Porque pone al descubierto que, si se asume el seguimiento de Jesús, pueden entrar en conflicto diversas lealtades (J. A. Fitzmyer), quizá las más serias lealtades de la vida.

2. Se trata concretamente de tres lealtades fundamentales: 1) Renuncia al status: estar dispuesto a perder seguridades, instalaciones y dignidades, para verse, si es preciso, peor que las alimañas del campo. 2) Renuncia a las convicciones religiosas tradicionales: eso es lo que significa la renuncia a enterrar al propio padre, ya que, para los piadosos judíos de entonces, el último servicio a los muertos era considerado como la cima de todas las buenas obras de la Ley (M. Hengel). 3) Renuncia a ataduras que impiden el servicio incondicional al Reino: es la libertad ante los vínculos de sangre que más condicionaban a la gente en el modelo de familia patriarcal.

3. ¿Qué hay detrás de estas exigencias tan radicales? La radical humanidad de Jesús hecha pasión dominante y determinante en la vida de una persona. No por motivaciones emocionales o afectivas. Sino por la comunión en un mismo proyecto: el proyecto del Reino, que es el proyecto por la vida, por la seguridad y dignidad de la vida, por la felicidad de la vida para todos por igual. Cuando eso pasa, de ser una ideología a ser una convicción que genera unos hábitos de vida, he ahí lo que es el seguimiento, que, con Jesús, hace el camino hacia Jerusalén.

Lc 10, 1-12

“En aquel tiempo, designó el Señor otros setenta y dos, y los mandó por delante, de dos en dos, a todos los pueblos y lugares a donde pensaba ir él. Y les decía: “La mies es abundante y los obreros pocos: rogad, pues, al dueño de la mies que mande obreros a su mies. ¡Poneos en camino! Mirad que os mando como corderos en medio de lobos. No llevéis talega, ni alforja, ni sandalias; y no os detengáis a saludar a nadie por el camino. Cuando entréis en una casa, decid primero: “Paz a esta casa. Y si allí hay gente de paz, descansará sobre ellos vuestra paz; si no, volverá a vosotros. Quedaos en la misma casa, comed y bebed de lo que tengan: porque el obrero merece su salario. No andéis cambiando de casa. Si entráis en un pueblo y os reciben bien, comed lo que os pongan, curad a los enfermos que haya, y decid: “Está cerca de vosotros el Reino de Dios”. Cuando entréis en un pueblo y no os reciban, salid a la plaza y decid: “Hasta el polvo de vuestro pueblo, que se nos ha pegado a los pies, nos lo sacudimos sobre vosotros. De todos modos, sabed que está cerca el Reino de Dios”. Os digo que aquel día será más llevadero para Sodoma que para ese pueblo”.

1. Según el evangelio de Lucas, Jesús, estando en Galilea, ya había elegido y enviado a los Doce en misión para anunciar el Reino (Lc 9, 1-6). Ahora, una vez emprendido el camino a Jerusalén, el mismo Lucas menciona un segundo envío (esta vez más numeroso) de discípulos que han de ir de pueblo en pueblo anunciando el mensaje del Reino. Con este motivo, Lucas recoge materiales de la fuente Q y del Evangelio de Tomás (apócrifo) relacionados con la misión.

2. Por estos materiales, que aparecen en los sinópticos, está claro que el cristianismo nació, sociológicamente, como un movimiento de “carismáticos itinerantes”. Lo que es tanto como decir que nació como un movimiento de “automarginados” (G. Theissen). De hecho, Jesús fue un carismático. Teniendo en cuenta que el carisma se entiende como el don de ejercer autoridad, sin basarse en instituciones y funciones previas. Jesús, al igual que los discípulos que escogió, no tuvieron ni estudios, ni títulos,

ni formación previa, ni pertenecieron a ninguna institución que les diera autoridad o credibilidad ante la sociedad en que vivieron.

3. ¿Cómo se explica que aquellos movimientos de personas incultas y sin titulación alguna llegaran a ejercer una influencia tan fuerte? Jesús y sus seguidores adoptaron conscientemente una forma de “conducta desviada”. Y lo hicieron dentro de la integridad y coherencia que exigía lo que anunciaban. Eso precisamente fue una fuerza de cambio de valores. La comunidad de personas resultó ser el sustitutivo del templo. El templo (naos) de los cristianos, en el N. T., es la comunidad de personas (1 Cor 3, 16. 17; 6, 19; 2 Cor 6, 16; Ef 2, 21). La comunidad es la casa de Dios (1 Tim 3, 15). Con ello la religión cambió radicalmente: las relaciones humanas, en las que el centro era el amor mutuo, sustituyeron a los rituales sagrados, en los que el centro era la observancia.

Lc 10, 13-16

"En aquel tiempo, dijo Jesús: "¡Ay de ti Corozáin, ay de ti Betsaida! Si en Tiro y en Sidón se hubieran hecho los milagros que en vosotras, hace tiempo que se habrían convertido vestidos de sayal y sentados en las cenizas. Por eso el juicio les será más llevadero a Tiro y a Sidón, que a vosotras. Y tú, Cafarnaúm, ¿piensas escalar el cielo? Bajarás al abismo. Quien a vosotros escucha, a mí me escucha; quien a vosotros rechaza, a mí me rechaza, y quien me rechaza a mí, rechaza al que me ha enviado".

1. Ocurre con este texto lo mismo que con su paralelo de Mt 11, 20-24. Se puede asegurar que Jesús no pronunció esta amenaza contra dos ciudades de las que no se tiene noticia o, al menos, no se sabe que Jesús hiciera milagros en ellas. Por eso los estudiosos que han analizado este pasaje piensan que fue producto del redactor que, al igual que Mt, lo tomó de la fuente Q. Y expresa simplemente algo que pensaba la comunidad para la que Lucas escribió su evangelio (R. Bultmann, F. Mussner). El rechazo de Cafarnaúm, una ciudad en la que Jesús vivió y en la que su ministerio tuvo éxito, sólo se puede explicar por el rechazo que la comunidad cristiana seguramente sentía hacia esa ciudad.

2. De este evangelio se deduce, entre otras cosas, una reflexión de importancia para quienes pensamos en realidades trascendentes. Y, sobre todo, para quienes hablamos de esas cosas. Las personas religiosas echamos mano, a veces, de la diatriba y la amenaza, para fustigar a quien no coincide con nuestra manera de pensar y de vivir. Pero, desde el momento en que hacemos eso en nombre del Trascendente, al que nadie tiene acceso, bien puede suceder que nos estemos sirviendo del santo nombre de Dios o de la memoria de Jesús para potenciar o apoyar nuestros intereses y conveniencias. ¿Fue eso lo que hizo la comunidad en la que se redactó este texto? En cualquier caso, si aquella comunidad no lo hizo, nosotros lo hacemos y vemos que otros lo hacen. Pero ni Dios ni Jesús están para amenazar a nadie.

Lc 10, 17-24

"En aquel tiempo, los setenta y dos volvieron muy contentos y dijeron a Jesús: "Señor, hasta los demonios se nos someten en tu nombre". Él los contestó: "Veía a Satanás caer del cielo como un rayo. Mirad: os he dado potestad para pisotear serpientes y escorpiones y todo el ejército del enemigo. Y no os hará daño alguno. Sin embargo, no estéis alegres porque se os someten los espíritus; estad alegres porque vuestros nombres están escritos en el cielo". En aquel momento, lleno de la alegría del Espíritu Santo, exclamó: "Te doy gracias, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has escondido estas cosas a los sabios y a los entendidos, y las has revelado a la gente sencilla. Sí, Padre, porque así te ha parecido bien. Todo me lo ha entregado mi Padre, y nadie conoce quién es el Hijo sino el Padre; ni quién es el Padre, sino el Hijo, y aquél a quien el Hijo se lo quiere revelar". Y volviéndose a sus discípulos, les dijo aparte: "¡Dichosos los ojos que ven lo que vosotros veis! Porque os digo que muchos profetas y reyes desearon ver lo que veis vosotros y no lo vieron o oír lo que oís y no lo oyeron".

1. El evangelio de Lucas ha reunido aquí dos textos que no están directamente relacionados el uno con el otro. El primero, recoge la respuesta que, según Lc, Jesús dio a los setenta y dos al regresar de su misión. El segundo (paralelo de Mt 11, 25-27), es la expresión de la experiencia más profunda de Jesús en su relación con el Padre.

2. Los discípulos regresan de la misión exultantes por el éxito que han tenido y por la constatación de que los demonios se les sometían. La respuesta de Jesús no es congratularse con ellos. Por lo visto, Jesús no se congratulaba con nadie por el hecho de conseguir sometimientos, ni siquiera de demonios. Lo que a Jesús le interesaba no eran los éxitos de sus discípulos, sino la liberación de los que sufrían las enfermedades que entonces se atribuían al demonio. Eso es lo que nos tiene que alegrar. Y eso es ver a Satanás caer como un relámpago. Nuestros éxitos personales no deben ser el motor de lo que hacemos o dejamos de hacer.

3. La intimidad, y hasta la fusión, de Jesús con el Padre es lo que capacita a Jesús para hablar del Padre como nadie más puede darlo a conocer. Ha-

blar de Dios es siempre problemático. Dar a conocer a Dios lo es mucho más. Pero lo es, sobre todo, porque de Dios hablamos por lo que de él sabemos, no por lo que de él *experimentamos*. Seguramente hablamos de Dios sin saber lo que decimos. O presentamos a un Dios que poco a nada tiene que ver con el Padre. Porque nuestra experiencia del Padre poco o nada tiene que ver con la experiencia de Jesús: experiencia de *intimidad* y experiencia de *bondad con todos*.

7 DE OCTUBRE - DOMINGO

27º DEL TIEMPO ORDINARIO

Mc 10, 2-16

“En aquel tiempo, se acercaron unos fariseos y le preguntaron a Jesús para ponerlo a prueba: “¿Le es lícito a un hombre divorciarse de su mujer?” Él les replicó: “¿Qué os ha mandado Moisés?” Contestaron: “Moisés permitió divorciarse dándole a la mujer un acta de repudio”. Jesús les dijo: “Por vuestra terquedad dejó escrito Moisés este precepto. Al principio de la creación Dios los creó hombre y mujer. Por eso abandonará el hombre a su padre y a su madre, se unirá a su mujer y serán los dos una sola carne. De modo que ya no son dos, sino una sola carne. Lo que Dios ha unido que no lo separe el hombre”. En casa, los discípulos volvieron a preguntarle sobre lo mismo. Él les dijo: “Si uno se divorcia de su mujer y se casa con otra, comete adulterio contra la primera. Y si ella se divorcia de su marido y se casa con otro, comete adulterio”.

1. El tema del divorcio se planteaba en el judaísmo, en tiempos de Jesús, de forma muy distinta a como se plantea en nuestro tiempo. El derecho a divorciarse estaba exclusivamente de parte del hombre. Los casos en los que la mujer podía demandar el divorcio eran muy escasos y de difícil aplicación. Y para complicar más las cosas, el rabino Hillel interpretaba la ley de Moisés (Dt 24, 1) de forma que cualquier cosa que desagradara al marido, le daba derecho a éste a repudiar a la mujer.
2. Por tanto, la pregunta de los fariseos no era la pregunta por el divorcio, tal como ahora se plantea ese asunto, sino la pregunta por la desigualdad de derechos entre el hombre y la mujer. Es decir, los fariseos preguntaban si los privilegios del hombre eran prácticamente ilimitados. Ahora bien, eso es lo que Jesús no tolera. La desigualdad de derechos está directamente en contra del Evangelio.
3. Y eso es lo que Jesús argumenta recurriendo al proyecto original de Dios: que el hombre y la mujer “no son dos, sino una sola carne”, es decir se funden en una unidad que es tanto como decir una perfecta igualdad en dignidad y derechos, por más que sean tan patentes las diferencias. La diferencia es un hecho. La igualdad es un derecho. Deducir de este evangelio lo que Jesús no pudo pretender decir, ya que ni se lo preguntaron, es manipular (por ignorancia) lo que dijo Jesús.

Mt 7, 7-11

"En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: "Pedid y se os dará, buscad y encontraréis, llamad y se os abrirá; porque quien pide recibe, quien busca encuentra y al que llama se le abre. Si a alguno de vosotros le pide su hijo pan, ¿le va dar una piedra?; y si le pide pescado, ¿le dará una serpiente? Pues si vosotros, que sois malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¡cuánto más vuestro Padre del cielo dará cosas buenas a los que le piden?"

1. Las "Témporas" son los días que la Iglesia, siguiendo una costumbre que data del s. XI, dedicaba a la oración y a la penitencia, al comenzar cada trimestre del año eclesiástico. En la práctica, esta costumbre ha caído en desuso. Y de ella sólo queda la fiesta litúrgica.

2. Se ha cuestionado seriamente si tiene o no tiene sentido la oración de petición. ¿Qué sentido puede tener pedirle a Dios alguna cosa? Dios sabe lo que necesitamos. Y quiere lo mejor para nosotros. Por tanto, ¿para qué pedirle lo que a nosotros nos interesa, cuando puede ocurrir que Dios, en su sabiduría, ve que lo que le pedimos no nos conviene? ¿No sería un acto de fe más profundo dejar que Dios nos conceda lo que él ve que realmente necesitamos? ¿No es más importante la confianza en Dios que la insistencia en nuestros intereses? Por lo demás, la experiencia nos enseña que a Dios se le piden cosas que no se nos conceden. Por tanto, no parece que este evangelio tenga razón de ser.

3. En ninguna parte está garantizado que la oración sea infalible. Ni sabemos con seguridad si realmente Dios interviene en los acontecimientos de esta vida. Es más, ¿existen realmente los "milagros"? El único efecto seguro, que tiene la oración de petición, es que el Padre del cielo "dará su Espíritu a los que se lo piden" (Lc 11, 13 b). En cualquier caso, es enteramente razonable pensar que la oración de petición tiene pleno sentido. Porque es humano que, cuando nos vemos en apuros o sentimos que necesitamos algo, acudamos a quien nos da confianza o alivia nuestra preocupaciones o carencias. Se suele decir que en las trincheras no hay ateos. Y es verdad. Porque así es la condición humana. Además, la oración de petición nos hace sentir que Dios da sentido a nuestras vidas, sobre todo cuando nos vemos en situaciones de dificultad o peligro.

Lc 10, 38-42

"En aquel tiempo, entró Jesús en una aldea, y una mujer llamada Marta lo recibió en su casa. Ésta tenía una hermana llamada María que, sentada a los pies del Señor, escuchaba su palabra. Y Marta se multiplicaba para dar abasto con el servicio; hasta que se paró y dijo: "Señor, ¿no te importa que mi hermana me haya dejado sola con el servicio? Dile que me eche una mano. Pero el Señor le contestó: "Marta, Marta, andas inquieta y nerviosa con tantas cosas: sólo una es necesario. María ha escogido la mejor parte; y no se la quitarán".

1. Se ha discutido si estas dos hermanas son las mismas de las que habla el IV evangelio cuando relata la resurrección de Lázaro (Jn 11, 1-46). No se puede saber con seguridad. Por otra parte, en la literatura ascética y en la teología de la Vida Religiosa, se ha utilizado este relato, con frecuencia, para explicar las dos formas de vida que la espiritualidad cristiana ha planteado: la vida activa (Marta) y la vida contemplativa (María). Un tema que ha interesado a los maestros de espiritualidad y a los teólogos especializados en los temas de la Vida Religiosa.

2. Sin negar que este evangelio se pueda utilizar para doctas discusiones sobre las diversas formas de Vida Religiosa, no parece que el evangelio de Lucas nos recuerde lo de Marta y María para pronunciarse en favor de la acción o de la contemplación. En todo caso, lo que ocurrió en la casa de aquellas dos hermanas, y la respuesta de Jesús, se refiere sin duda a algo que interesa a todo el mundo. Es importante la ayuda, pero es más importante la escucha. Es importante el ser para, pero es más importante el estar con. Por supuesto, hay situaciones en la vida en las que lo más urgente es la ayuda. Pero, en el conjunto de la vida, lo que más necesitamos es que se nos escuche, que alguien nos dedique su tiempo, su interés, su atención. Es decir, que haya personas que, con su actitud profunda, nos hacen ver y palpar que les podemos aportar algo, que les podemos enseñar algo, que por eso somos importantes y necesarios para el que nos escucha. Marta es la persona que quiere "ayudar". María es la persona que "quiere". Es más importante el "cariño" que la "ayuda".

Lc 11, 1-4

"Una vez que estaba Jesús orando en cierto lugar, cuando terminó, uno de sus discípulos le dijo: "Señor, enséñanos a orar como Juan enseñó a sus discípulos". Él les dijo: "Cuando oréis, decid: "Padre, santificado sea tu nombre, venga tu Reino, danos cada día nuestro pan del mañana, perdónanos nuestros pecados, porque también nosotros perdonamos a todo el que nos debe algo, y no nos dejes caer en la tentación".

1. Los evangelios sinópticos hablan con frecuencia de la oración de Jesús (Mt 14, 23; 19, 13; 26, 36-44; Mc 1, 35; 6, 46; 14, 32-39; Lc 3, 21; 5, 16; 6, 12; 9, 18. 29 s; 11, 1; 22, 41-45). La oración era importante para Jesús. Se puede afirmar que era fundamental en su vida. Es más, si Jesús tuvo la intimidad que tuvo con el Padre, y si habló de él como sabemos, eso se debe a la profunda familiaridad que tuvo con él. Sin oración, Jesús hubiera sido otro hombre. Y no hubiera podido hacer lo que hizo.

2. El discípulo le pide a Jesús que les enseñe a orar "como Juan enseñó a sus discípulos". La forma de orar de un grupo religioso es una de las cosas que más claramente caracterizan al grupo y más unido lo mantienen (J. Jeremías). Pues bien, aquí nos encontramos con algo sorprendente: Jesús, lo mismo que Juan, nunca vincularon su oración o su espiritualidad al templo, al culto religioso, a la dirección de sacerdotes y teólogos del tiempo. Jesús oró siempre en la soledad del campo, del monte, donde nadie lo veía. Y, por lo visto, nunca hablaba de su vida de oración. Fue un discípulo el que tuvo la iniciativa de que les hablara de eso. La oración se enseña con el ejemplo personal, antes que de ninguna otra forma.

3. El "Padre nuestro", antes que una lista de necesidades, señala una escala de valores. Es decir, el "Padre nuestro" es una guía de lo que ante todo le tiene que interesar al cristiano: que se respete el santo nombre del Padre, que venga ya su Reino a este mundo, que no falte para nadie el pan "para la subsistencia" (J. A. Fitzmyer), que nos perdone de la misma manera que nosotros perdonamos, y que no permita que "tropecemos" en la vida. Esta escala de valores da que pensar. Y, por supuesto, este mundo sería distinto si esta escala de valores se metiera en nuestras entrañas de tal forma, que no soportáramos que haya criaturas que se mueren de hambre o en la soledad más espantosa.

Lc 11, 5-13

"En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: "Si alguno de vosotros tiene un amigo y viene a medianoche para decirle: "Amigo, préstame tres panes, pues uno de mis amigos ha venido de viaje y no tengo nada que ofrecerle". Y, desde dentro, el otro le responde: "No me molestes; la puerta está cerrada; mis niños y yo estamos acostados: no puedo levantarme para dártelos". Si el otro insiste llamando, yo os digo que, si no se levanta y se los da por ser amigo suyo, al menos por la importunidad se levantará y le dará cuanto necesite. Pues así a vosotros: Pedid y se os dará, buscad y hallaréis, llamad y se os abrirá; porque quien pide, recibe, quien busca, halla, y al que llama, se le abre. ¿Qué padre entre vosotros, cuando el hijo le pide pan, le dará una piedra? ¿O si le pide un pez, le dará una serpiente? ¿O si le pide un huevo, le dará un escorpión? Si vosotros, pues, que sois malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre celestial dará el Espíritu Santo a los que se lo piden?"

1. A continuación de la oración del "Padre nuestro", Lucas coloca la enseñanza de Jesús sobre la oración de petición. Al explicar este asunto, Jesús pone como ejemplo la petición que hace un pobre. Tenía que ser un pobre de solemnidad aquel hombre que no tenía ni un pan para ofrecer al amigo que llega a horas intempestivas. Con lo cual Jesús está diciendo que la oración es eficaz cuando lo que se pide es necesario de verdad. Lógicamente, Jesús no compromete la generosidad del Padre para algo que no sea enteramente necesario en cualquier caso. ¿Qué puede ser eso?

2. Jesús promete con seguridad que la oración es indefectible solamente cuando al Padre le pedimos que nos dé el Espíritu Santo. Sólo tenemos garantizado el don del Espíritu. Pero, como bien sabemos, eso es lo que a mucha gente no le interesa, ni le preocupa, ni probablemente le viene bien. Porque es claro que hay personas, que si tuvieran algo del Espíritu de Dios, no desearían lo que desean, no buscarían lo que buscan y, en definitiva, no serían como son.

3. En resumen, lo que Jesús nos enseña es que el Espíritu Santo es lo que tiene que centrar y orientar nuestros deseos, nuestra aspiraciones y nuestras esperanzas.

Lc 11, 15-26

"En aquel tiempo, habiendo echado Jesús un demonio, algunos de entre la multitud dijeron: "Si echa los demonios es por arte de Belcebú, el príncipe de los demonios". Otros, para ponerlo a prueba, le pedían un signo en el cielo. Él, leyendo sus pensamientos, les dijo: "Todo reino en guerra civil va a la ruina y se derrumba casa tras casa. Si también Satanás está en guerra civil, ¿cómo mantendrá su reino? Vosotros decís que yo echo los demonios con el poder de Belcebú; y si yo echo los demonios con el poder de Belcebú, vuestros hijos, ¿por arte de quién los echan? Por eso, ellos mismos serán vuestros jueces. Pero si yo echo los demonios con el dedo de Dios, entonces es que el Reino de Dios ha llegado a vosotros. Cuando un hombre fuerte y bien armado guarda su palacio, sus bienes están seguros. Pero si otro más fuerte lo asalta y lo vence, le quita las armas de que se fiaba y reparte el botín. El que no está conmigo, está contra mí; el que no recoge conmigo, desparrama. Cuando un espíritu inmundo sale de un hombre, da vueltas por el desierto, buscando un sitio para descansar; pero no lo encuentra, dice: "Volveré a la casa de donde salí. Al volver se la encuentra barrida y arreglada. Entonces va a coger otros siete espíritus peores que él, y se mete a vivir allí. Y el final de aquel hombre resulta peor que el principio".

1. Este extraño relato deja patente un hecho estremecedor. Jesús fue un hombre tan controvertido, que sobre él llegó a plantearse la cuestión más radical: si traía la salvación o tenía un demonio dentro (E. Schillebeeckx). Por tanto, lo que menos interesa en esta disquisición, que el evangelio de Lucas pone en boca de Jesús, es la demonología subyacente y que, sin duda, reproduce ideas que las gentes de entonces tenían sobre los demonios. Lo que importa aquí es que, siendo Jesús quien fue, de él se pudiera pensar y decir que era el más autorizado representante de Satanás.

2. Es peligroso hablar de cosas trascendentes y de seres personales que están fuera del orden inmanente de este mundo. Es peligroso decir: "Esto es voluntad de Dios". Es también peligroso decir: "Eso me lo ha revelado un ángel". Y peor aún puede ser afirmar: "Esta persona está endemoniada". Echando mano de estas entidades sobrenaturales, se han justificado

hasta las guerras más crueles. Y sin llegar a tanto, "dioses", "Ángeles" y "demonios" han sido grandes aliados de gentes visionarias que han hecho mucho daño. Desde trastornar a algunas personas hasta difamarlas para siempre.

3. Interpretar lo que Dios quiere o lo que Dios rechaza, lo que nos salva o lo que nos condena, con esas cosas hay que tener tanto o más cuidado que cuando manipulamos una sustancia que puede ser una medicina o un veneno. Por tanto, si no tenemos las mejores garantías de que una cosa es para bien y felicidad de las personas, no le carguemos a Dios o a los demonios lo que bien puede ser expresión de nuestros intereses o de nuestros resentimientos. ¿Quién se atreve a decir: "Esto es lo que Dios quiere". El osado que se arriesga a decir semejante cosa, en situaciones y circunstancias muy concretas, seguramente no se da cuenta del peligro que corre.

Lc 11, 27-28

"En aquel tiempo, mientras Jesús hablaba a las turbas, una mujer de entre el gentío levantó la voz diciendo: "¡Dichoso el vientre que te llevó y los pechos que te criaron!" Pero él repuso: "Mejor: ¡Dichosos los que escuchan la palabra de Dios y la cumplen!"

1. Algunos exegetas se preguntan si este breve relato no será una variante del otro en que la madre y los hermanos de Jesús van en busca de él (Lc 8, 19-21) (E. Klostermann). Hay quienes descartan esa hipótesis (J. A. Fitzmyer). Sea lo que sea de esta cuestión, el hecho es que la respuesta de Jesús en ambos casos es la misma: la mayor grandeza y la mayor dicha es escuchar la palabra de Dios y cumplirla. Eso es más importante en la vida que incluso tener la relación de parentesco más íntima que se puede tener con Jesús, la relación "madre - hijo".

2. Lo decisivo no es oír la palabra de Dios, sino cumplirla. Es decir, lo decisivo es que la Palabra de Dios sea el principio determinante y organizativo de nuestra vida. Hay que recordar aquí que, en las culturas del antiguo oriente, *la palabra* no tenía principalmente la función de signo que transmite un conocimiento, sino que era considerada como una fuerza que transformaba el ámbito en que penetraba. Toda la Biblia se ha de entender desde este punto de vista. De ahí que integrar la Palabra de Dios en la propia vida es más determinante que ser de la misma familia de Jesús.

3. Pero hay algo más fuerte aún. Según el N. T., la Palabra de Dios es Jesús. Esto ya se dice en los sinópticos (Mc 4, 14 ss; Lc 5, 1...). Pero sobre todo en el evangelio de Juan en el que se afirma que la Palabra se ha hecho carne (Jn 1, 14), es decir, la Palabra de Dios se ha hecho humanidad, que es como decir debilidad, bondad, cercanía humana, amor. Por eso, lo que en definitiva afirma Jesús y en lo que insiste es que lo más importante en la vida es ser profundamente humano.

Mc 10, 17-30

"En aquel tiempo, cuando salía Jesús al camino, se le acercó uno corriendo, se arrodilló y le preguntó: "Maestro bueno, ¿qué haré para heredar la vida eterna?" Jesús le contestó: "¿Por qué me llamas bueno? No hay nadie bueno más que Dios". Ya sabes los mandamientos: no matarás, no cometerás adulterio, no robarás, no darás falso testimonio, no estafarás, honra a tu padre y a tu madre". Él replicó: "Maestro, todo eso lo he cumplido desde pequeño. Jesús se le quedó mirando con cariño y le dijo: "Una cosa te falta, anda vende lo que tienes, da ese dinero a los pobres –así tendrás un tesoro en el cielo–, y luego sígueme. A esas palabras, él frunció el ceño y se marchó pesaroso, porque era muy rico. Jesús, mirando alrededor, dijo a sus discípulos: "¿Qué difícil les va a ser a los ricos entrar en el Reino de Dios!" Los discípulos se extrañaron de esas palabras. Jesús añadió: "Hijos, ¡qué difícil les es entrar en el Reino de Dios a los que ponen su confianza en el dinero! Más fácil le es a un camello pasar por el ojo de una aguja que a un rico entrar en el Reino de Dios". Ellos se espantaron y comentaban: "Entonces, ¿quién puede salvarse?" Jesús se les quedó mirando y les dijo: "Es imposible para los hombres, no para Dios. Dios lo puede todo".

1. El que se acerca a Jesús a preguntar lo que tiene que hacer para alcanzar la vida eterna no es un cristiano que quiere ser generoso con Dios, sino un judío que quiere cumplir bien con su religión. Por eso la primera respuesta de Jesús se reduce a recordarle los mandamientos del Decálogo del judaísmo. Pero le recuerda solamente los mandamientos que se refieren a la relación con el prójimo, no los que se refieren a la relación con Dios. Lo mismo hace san Pablo cuando recuerda los mandamientos (Rom 13, 9; cf. Ex 20, 13-17; Dt 5, 17-21). Una de las grandes aportaciones del cristianismo primitivo estuvo en que presentó el pecado como ofensa al ser humano. Eso es lo que ofende a Dios.

2. Según este evangelio, Jesús no tenía conciencia de que él era Dios. Jesús no acepta el calificativo de "bueno" que, a su juicio, sólo se puede aplicar a Dios. Este dato es fundamental para una cristología. Según el N. T., Jesús fue "constituido Señor y Mesías" a partir de la resurrección (Hech

2, 36); “constituido Hijo de Dios en plena fuerza a partir de la resurrección” (Rom 1, 4). Durante su vida mortal, Jesús fue un ser humano y tuvo conciencia de ser un hombre como los demás. La “cristología descendente” (a partir de la encarnación) nos enseña que Jesús fue la imagen de Dios y el revelador de Dios. La “cristología ascendente” (que culmina en la resurrección) nos dice que Jesús fue constituido Hijo de Dios a partir de la resurrección.

3. Jesús se quedó mirando “con cariño” al que le vino a preguntar. Y con aquel cariño, Jesús le vino a decir que dejara de seguir confiando en el dinero, apeteciendo dinero. Jesús le dijo sencillamente que viviera como vivió el propio Jesús: con sus intereses y preocupaciones puestos en el dolor de la gente, no en el lucro de las propias ganancias.

Lc 11, 29-32

“En aquel tiempo, la gente se apiñaba alrededor de Jesús y él se puso a decirles: “Esta generación es una generación perversa. Pide un signo, pero no se le dará más signo que el signo de Jonás. Como Jonás fue un signo para los habitantes de Nínive, lo mismo será el Hijo del Hombre para esta generación. Cuando sean juzgados los hombres de esta generación, la reina del Sur se levantará y hará que los condenen; porque ella vino desde los confines de la tierra para escuchar la sabiduría de Salomón y aquí hay uno que es más que Salomón. Cuando sea juzgada esta generación, los hombres de Nínive se alzarán y harán que los condenen; porque ellos se convirtieron con la predicación de Jonás, y aquí hay uno que es más que Jonás”.

1. Según el lenguaje de los evangelios sinópticos, Jesús no aceptó realizar “signos” prodigiosos que sirvieran como argumento o prueba para demostrar que él tenía poderes extraordinarios, sobrenaturales o divinos. No parece, pues, que los hechos prodigiosos, que se cuentan en los evangelios, se puedan interpretar como argumentos para demostrar la divinidad de Cristo.

2. En la historia de las religiones se advierte que, por lo general, la experiencia religiosa es experiencia de lo extraordinario. Porque, para el común de los mortales, “lo extraordinario” es lo que se asocia con “lo divino”. Ahora bien, a partir de esta experiencia de siglos, la novedad y la genialidad de Jesús estuvo, sobre todo, en que situó la experiencia religiosa, no en la experiencia de lo extraordinario, sino en la experiencia de lo humano.

3. La experiencia de lo humano es experiencia de: 1) las limitaciones que son propias de la condición humana; 2) las malas inclinaciones que advertimos tantas veces en los humanos; 3) la bondad amorosa y libre que también y tan generosamente encontramos en las personas más profundamente humanas. Esto supuesto, la experiencia de lo más propiamente humano es la experiencia de la superación de lo inhumano que hay en nosotros, para que la bondad amorosa y libre se sobreponga a la deshumanización que origina nuestras incoherencias y todas las formas de violencia que nos rompen y rompen nuestras relaciones con los otros.

Lc 11, 37-41

“En aquel tiempo, cuando Jesús terminó de hablar, un fariseo lo invitó a comer a su casa. ÉL entró y se puso a la mesa. Como el fariseo se sorprendió al ver que no se lavaba las manos antes de comer, el Señor le dijo: “Vosotros, los fariseos, limpiáis por fuera la copa y el plato, mientras por dentro rebosáis de robos y maldades. ¡Necios! El que hizo lo de fuera, ¿no hizo también lo de dentro? Dad limosna de lo de dentro, y lo tendréis limpio todo”.

1. Estas invectivas de Jesús contra los fariseos son paralelas a las que recoge Mt 23, pero ordenadas de forma distinta. Aquí, por tanto, se plantean las mismas preguntas que en el capítulo 23 de Mt. Sea cual sea la respuesta que se dé a esas cuestiones de tipo histórico y de redacción, lo que interesa es el mensaje religioso que, en éste y en los textos siguientes, nos presenta el Evangelio.

2. Lo primero que está claro, en este relato, es que Jesús no observaba los rituales religiosos de purificación que tan celosamente observaban los fariseos. Se sabe que Jesús no estaba de acuerdo en bastantes cosas con lo que hacían y decían los fariseos. Pero eso no le impide ir a casa de uno de ellos y sentarse a la mesa con él. Al fariseo, lo que le interesa es la observancia de los ceremoniales religiosos. A Jesús, lo único que le interesa es la comensalidad, la mesa compartida, que es el símbolo universal de la vida compartida. Jesús salta por encima de todas las diferencias ideológicas y éticas. Y busca, ante todo, lo que puede unir a las personas.

3. Jesús rechaza una religiosidad y una forma de vida en la que lo que importa es lo exterior, la apariencia, es decir, la imagen externa, lo que ve la gente. Es la religión en la que el parecer interesa más que el ser. Es un fenómeno frecuente en las religiones y entre gentes piadosas. Lo que importa a muchas instituciones religiosas es que no se sepa lo que pasa, por más que lo que pasa sea inhumano y vergonzoso.

Lc 11, 42-46

“En aquel tiempo, dijo el Señor: “¡Ay de vosotros, fariseos, que pagáis el diezmo de la hierbabuena, de la ruda y de toda clase de legumbres, mientras pasáis por alto la justicia y el amor de Dios! Esto habría que practicar sin descuidar aquello. ¡Ay de vosotros, fariseos, que os encantan los asientos de honor en las sinagogas y las reverencias por la calle! ¡Ay de vosotros, que sois como tumbas sin señal, que la gente pisa sin saberlo!” Un jurista intervino y le dijo: “Maestro, diciendo eso nos ofendes también a nosotros”. Jesús replicó: “¡Ay de vosotros también, juristas, que abrumáis a la gente con cargas insoportables, mientras vosotros no las tocáis ni con un dedo!”

1. Lo primero que Jesús les echa en cara a los fariseos es el interés minucioso en el cumplimiento de cosas sin importancia, al tiempo que ni se fijan en lo más fundamental: la justicia y el amor a Dios. Jesús retrata aquí la perversión inconsciente de los observantes bienintencionados. En tiempo de Jesús se trataba del contraste entre el escrupuloso pago del diezmo por las legumbres y el descuido escandaloso de la justicia o la buena relación con Dios. Ahora se podría hablar del contraste entre la escrupulosa observancia de normas canónicas o litúrgicas, al tiempo que, por ejemplo, hay personas o instituciones religiosas que hacen negocios turbios, por no hablar de auténticos escándalos

2. Jesús les echa en cara también la vanidad ingenua de los que pretenden ser siempre el centro y que la gente los admire y reverencie. Recordando estas palabras de Jesús, resulta inevitable pensar en no pocos comportamientos de quienes, basándonos en títulos y cargos religiosos, nos hemos complacido en puestos de honor, reverencias y besamanos, dignidades y otras cosas que ponen en evidencia que no nos basta la humanidad. Apetecemos algo de divinidad o, mejor, cierto inconsciente endiosamiento.

3. De los juristas, Jesús denuncia la contradicción ética de quienes hemos cargado las conciencias con deberes y exigencias que nosotros no cumplimos. Si somos sinceros, en este asunto, nos sorprendemos con las manos manchadas de incoherencias que han sido agresiones demasiado dolorosas a personas de buena voluntad.

Lc 11, 47-54

"En aquel tiempo, dijo el Señor: "¡Ay de vosotros, que edificáis mausoleos a los profetas, después que vuestros padres los mataron! Así sois testigos de lo que hicieron vuestros padres, y lo aprobáis; porque ellos los mataron y vosotros les edificáis sepulcros. Por algo dijo la sabiduría de Dios: "Les enviaré profetas y apóstoles; a algunos los perseguirán y matarán" y así a esta generación se le pedirá cuenta de la sangre de los profetas derramada desde la creación del mundo; desde la sangre de Abel hasta la de Zacarías, que pereció entre el altar y el santuario. Sí, os lo repito: se le pedirá cuenta a esta generación. ¡Ay de vosotros, juristas, que os habéis quedado con la llave del saber: vosotros que no habéis entrado y habéis cerrado el paso a los que intentaban entrar!" Al salir de allí, los letrados y fariseos empezaron a acosarlo y a tirarle de la lengua con muchas preguntas capciosas, para cogerlo con sus propias palabras".

1. Con demasiada frecuencia, en los ambientes religiosos y eclesiásticos se tiene la idea (que se defiende con numerosos argumentos) de que Jesús hizo estas denuncias contra los fariseos y juristas de entonces. Y no se nos ocurre pensar que las hace también contra nosotros. Es más, hay estudiosos de los evangelios que se esfuerzan en demostrar que Jesús no dijo jamás estas cosas contra los fariseos de entonces. Y menos aún contra los de ahora. Y no olvidemos que, tanto los fariseos como los juristas, eran laicos.

2. Las denuncias que hace aquí Jesús no son meros datos históricos para que nos enteremos cómo eran los fariseos de entonces. Lo que dice aquí Jesús son denuncias contra todos los que hacemos, de la manera que sea, lo que se dice en este evangelio. Y lo que dice aquí Jesús es muy fuerte: los hombres de la religión no soportamos a los profetas. Los perseguimos, los desprestigiamos, los excomulgamos y, si es necesario, los matamos. Y luego escribimos sus biografías, les dedicamos calles y monumentos en nuestras ciudades, a veces, hasta los canonizamos. Pero, por supuesto, no hacemos lo que ellos nos dijeron.

3. Pero hay más. No es ninguna exageración decir que es la misma religión la que no soporta a los profetas. Es lógico. Porque los profetas de-

nuncian las contradicciones en que incurren las religiones. De ahí que la religión ve en el profeta una amenaza. Por eso la religión del tiempo de Jesús lo mató a él. Y por eso después, a lo largo de la historia, la lista de profetas, primero asesinados, y más tarde elogiados y ensalzados, es interminable. Jesús tenía razón en su tiempo. Y la sigue teniendo hoy.

Lc 12, 1-7

"En aquel tiempo, miles y miles de personas se agolpaban hasta pisarse unos a otros. Jesús empezó a hablar; dirigiéndose primero a sus discípulos: "Cuidado con la levadura de los fariseos, o sea, con su hipocresía. Nada hay cubierto que no llegue a descubrirse, nada hay escondido que no llegue a saberse. Por eso, lo que digáis de noche, se repetirá a pleno día, y lo que digáis al oído en el sótano, se pregonará desde la azotea. A vosotros os digo, amigos míos: no tengáis miedo a los que matan el cuerpo, pero no pueden hacer más. Os voy a decir a quién tenéis que temer: temed al que tiene poder para matar y después echar en el fuego. A ése tenéis que temer, os lo digo yo. ¿No se venden cinco gorrones por dos cuartos? Pues ni de uno solo se olvida Dios. Hasta los pelos de vuestra cabeza están contados. Por lo tanto, no tengáis miedo: no hay comparación entre vosotros y los gorrones".

1. Jesús les advierte a sus discípulos que es peligrosa "la levadura" de los fariseos. Es decir, Jesús compara a los fariseos con la levadura. Y, como sabemos, la levadura actúa como fermento que corrompe. O sea, *levadura* y *corrupción* vienen a indicar un mismo proceso. Pero, ¿en qué consiste la corrupción que generan los fariseos? Consiste en la hipocresía, que no se ha de entender como simple altanería o vulgar vanidad, sino como un comportamiento que consiste en el disimulo que antepone la apariencia, como disfraz de una conducta que es muy distinta de la apariencia. Todos tenemos que matar al fariseo que llevamos dentro.

2. En esta vida estamos tantos hipócritas, o sea tantos fariseos, que debe ser muy raro el que se escape de esta forma de vivir. Todos antepone-mos nuestra imagen pública a la realidad de nuestra vida. Nadie quiere aparecer externamente como realmente es. Seguramente, cuanto más se va bajando en la escala social y religiosa, menos sitio tiene la hipocresía. En el mendigo o la prostituta, la imagen pública no tiene más remedio que coincidir con la realidad. Porque viven de la imagen pública. En los altos cargos, en las ilustres familias, en los buenos religiosos o religiosas, no hay más salida que ocultar cosas que no puedan pasar a la opinión pública. Todos estos viven de una imagen que, menos en casos extraor-

dinarios, no puede coincidir con la realidad de vidas que, a veces, dejan mucho que desear.

3. Jesús insiste en que no tengamos que ocultar nada en la vida. Que se sepa todo. Nada de disimular sentimientos turbios que fomentamos y disfrazamos celosamente. Jesús es tan machacón en este asunto porque, seguramente, las instituciones y organizaciones religiosas son de tal naturaleza y funcionan de tal manera que no tienen más remedio que vivir ocultando, disfrazando, disimulando. Lo cual, en buena medida, es comprensible. Porque se trata de seres humanos, con sus consiguientes limitaciones y miserias humanas, que, al mismo tiempo, tienen que aparecer ante la gente como profesionales de la ejemplaridad. En grupos humanos así, la hipocresía es la gran tapadera que oculta lo que quizá no imaginamos.

Lc 12, 8-12

"En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: "Si uno se pone de mi parte ante los hombres, también el Hijo del Hombre se pondrá de su parte ante los ángeles de Dios. Y si uno me niega ante los hombres, lo renegará a él ante los ángeles de Dios. Al que hable contra el Hijo del Hombre se la podrá perdonar, pero al que blasfeme contra el Espíritu Santo, no se le perdonará. Cuando os conduzcan a la sinagoga, ante los magistrados y las autoridades, no os preocupéis de lo que vais a decir o de cómo os vais a defender. Porque el Espíritu Santo os enseñará en aquel momento lo que tenéis que decir".

1. Jesús fue un hombre controvertido. Y un hombre enjuiciado y juzgado. De ahí que tuvo amigos y enemigos. Los que se pusieron de su parte y los que lo negaron. Es decir, ante Jesús no cabe quedarse indiferente. Y, por tanto, la neutralidad es imposible. Esto supuesto, lo importante para nosotros está en saber siempre que este proceso sigue adelante en la historia. De forma que ahora mismo hay personas que se ponen de parte de Jesús, lo mismo que hay quienes le niegan. Evidentemente, esto no se hace en un juicio. Se hace en la vida. Hay quienes, con sus decisiones y sus hábitos de vida, afirman que Jesús tiene razón. Lo mismo que hay quienes viven y hablan de forma que a todas horas están diciendo que Jesús se equivocó.

2. La blasfemia contra el Espíritu Santo consiste en la postura obstinada, ciega y firme de oposición y enfrentamiento al Evangelio (A. Plummer, T. W. Manson), es decir, de oposición y enfrentamiento al ser humano, que ocupa el centro de las preocupaciones evangélicas. No olvidemos que, en la encarnación del Logos (que es Dios), el mismo Dios se ha fundido con el ser humano. Así las cosas, resulta lógico y coherente que blasfemar contra semejante proyecto sea imperdonable. No porque el Padre no quiera perdonar, sino porque el que blasfema así no quiere ser perdonado.

3. En este contexto de enfrentamiento y conflicto, Jesús advierte a sus discípulos que pueden ser conducidos "a la sinagoga". Es decir, a un juicio religioso. Porque también puede ocurrir (y ocurre) que la religión tome decisiones y asuma formas de comportamiento que son auténticas agresiones al ser humano, a personas concretas. Y entonces, de acuerdo con lo que dice el Evangelio, se trata de agresiones contra el mismo Dios.

Mc 10, 35-45

"En aquel tiempo, se acercaron a Jesús los hijos de Zebedeo, Santiago y Juan, y le dijeron: "Maestro, queremos que hagas lo que te vamos a pedir". Les preguntó: "¿Qué queréis que haga por vosotros?" Contestaron: "Concedéndonos sentarnos en tu gloria uno a tu derecha y otro a tu izquierda". Jesús replicó: "No sabéis lo que pedís, ¿sois capaces de beber el cáliz que yo he de beber, o de bautizaros con el bautismo con que yo me voy a bautizar?" Contestaron: "Lo somos". Jesús les dijo: "El cáliz que yo voy a beber lo beberéis y os bautizaréis con el bautismo con que yo me voy a bautizar, pero sentarse a mi derecha o a mi izquierda no me toca a mí concederlo; está ya reservado". Los otros diez al oír aquello, se indignaron contra Santiago y Juan. Jesús, reuniéndolos, les dijo: "Sabéis que los que son reconocidos como jefes de los pueblos los tiranizan, y que los grandes los oprimen. Vosotros nada de eso: el que quiera ser grande, sea vuestro servidor; y el que quiera ser primero, sea esclavo de todos. Porque el Hijo del Hombre no ha venido para que le sirvan, sino para servir y dar su vida en rescate por todos".

1. El problema capital que plantea este evangelio no es el rechazo de la soberbia, sino el rechazo del poder. Para que los discípulos entiendan lo que el Evangelio les pide, Jesús no pone, como ejemplo de lo que hay que evitar, a los orgullosos, sino a los poderosos. Sin embargo, es un hecho que en la Iglesia se ha entendido y se ha justificado el "ministerio apostólico" como "sacerdocio" dotado de "potestad" (Trento, ses. 23. DH 1764; 1771) y como "episcopado" dotado de "plena y suprema "potestad" (Vat. II. LG 22). El problema que tiene la Iglesia con el Evangelio no está en el posible orgullo, la vanidad o la soberbia que puedan tener algunos de sus miembros, sino en el poder que el "ministerio apostólico" ejerce sobre los demás católicos.

2. Al decir esto, no se trata de afirmar que en la Iglesia no debe haber presbíteros, obispos y papa. El problema no está en la existencia del poder, sino en el ejercicio de ese poder. Jesús no quiere que los apóstoles (y sus sucesores o colaboradores) ejerzan el poder como lo ejercen los jefes políticos. Sin embargo, resulta chocante que el texto evangélico en el que Jesús pro-

híbe eso, de forma tajante (Mt 20, 26; Mc 10, 43), no se cita ni una sola vez en los documentos principales del Magisterio de la Iglesia (DH, pg. 1583 s).

Resulta inevitable pensar que el Magisterio eclesiástico ha escogido del Evangelio lo que ha justificado su poder y su forma de ejercer el poder, al tiempo que se ha marginado lo que plantea el más serio problema al ejercicio del poder eclesiástico.

3. Los documentos eclesiásticos sobre el poder en la Iglesia no son la última palabra sobre este asunto. La Iglesia tiene el derecho y el deber de seguir buscando el modo de ejercer el poder que sea coherente con el Evangelio. Un poder nunca basado en la sumisión incondicional de unos (los laicos) a otros (presbíteros, obispos, papa), sino en el seguimiento de todos a Cristo el Señor.

Lc 12, 13-21

"En aquel tiempo, dijo uno del público a Jesús: "Maestro, dile a mi hermano que reparta conmigo la herencia". Él le contestó: "Hombre, ¿quién me ha nombrado juez o árbitro entre vosotros?" Y dijo a la gente: "Mirad: guardaos de toda clase de codicia. Pues aunque uno ande sobrado, su vida no depende de sus bienes". Y les propuso una parábola: "Un hombre rico tuvo una gran cosecha. Y empezó a echar cálculos: ¿qué haré? No tengo donde almacenar la cosecha. Y se dijo: "Haré lo siguiente: derribaré los graneros y construiré otros más grandes, y almacenaré allí todo el grano y el resto de mi cosecha. Y entonces me diré a mí mismo: "Hombre, tienes bienes acumulados para muchos años: tumbate, come, bebe y date buena vida". Pero Dios le dijo: "Necio, esta noche te van a exigir la vida. Lo que has acumulado, ¿de quién será?" Así será el que amasa riquezas para sí y no es rico ante Dios".

1. Sabemos por el Sermón del Monte (Mt 6, 19-24) y por el Sermón de la Llanura (Lc 6, 20-24; cf. 12, 22-36) que Jesús fue extremadamente crítico con el dinero y con los ricos (Mt 19, 16-24 par). El dinero divide a los hermanos que, por el reparto de una herencia, llegan a enfrentamientos que rompen las familias y desatan odios. Además, el dinero engaña al que lo tiene en abundancia, como queda claro en esta parábola. El peligro de este engaño consiste en que el dinero acumulado da una seguridad que en realidad no es tal. Y produce la impresión de que con dinero se resuelven problemas que el dinero no puede resolver.

2. Pero en esta parábola se apunta un problema mucho más grave. El rico de la parábola acumuló riqueza para él y no pensó en nadie más. El dinero se puede convertir en capital cuando se pasa de la acumulación del rico a la producción del agricultor, del industrial, del investigador, del profesional o del comerciante. El problema que hoy se plantea es que el capital mundial está organizado de forma que se ha concentrado en pocos países y, dentro de esos países, en un reducido número de personas en el conjunto de la población mundial. La consecuencia es que ahora mismo hay cerca del mil millones de personas abocadas a una muerte urgente y

espantosa. Mientras que el capital, no obstante las crisis económicas que sobrevienen de tiempo en tiempo, se sigue concentrando cada vez en menos países y en menos personas.

3. Quizá la crisis económica que, todavía en 2012 nos sigue castigando, obligue a replantear la producción mundial de otra manera y reorientar el comercio mundial con criterios de mayor y más equitativa participación de todos en la riqueza global. Quizá la aportación mejor que podemos hacer todos en este momento sea precisamente favorecer y potenciar las iniciativas que tendrán que surgir en esa dirección. Por ejemplo, potenciar las economías emergentes de América Latina o de África. En todo caso, por favor, pensemos que si es urgente salir aquí de la crisis, más urgente es que dejen de morir cada día en torno a setenta mil personas de hambre.

23 DE OCTUBRE - MARTES 29ª SEMANA DEL TIEMPO ORDINARIO

Lc 12, 35-38

"En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: "Tened ceñida la cintura y encendidas las lámparas. Vosotros estad como los que aguardan a que su señor vuelva de la boda, para abrirle, apenas venga y llame. Dichosos los criados a quienes el Señor, al llegar, los encuentre en vela: os aseguro que se ceñirá, los hará sentar a la mesa y los irá sirviendo. Y si llega entrada la noche o de madrugada, y los encuentra así, dichos ellos".

1. Esta llamada a la vigilancia quizá tenga su explicación en el hecho de que, como es sabido (1 Tes 4, 13-18 - 5, 1-11), en la Iglesia naciente se tuvo la convicción de que el fin del mundo y la venida del Señor era inminente. Seguramente, las palabras originales de Jesús, referidas a la fidelidad al Evangelio, se transformaron, al redactarlas, en esta recomendación apremiante en vista de la próxima venida del Señor.

2. Es buena y recomendable, por supuesto, la vigilancia, ya que, cuando menos lo pensemos se nos puede venir encima el final de nuestros días. Pero también es cierto que ni es bueno vivir en esa constante tensión, ni sobre todo es recomendable organizar la propia vida en función del premio que nos pueden dar después de la muerte. Semejante conducta es mezquina. Si somos buenas personas y queremos a los demás, eso nos debe nacer del respeto y del cariño que merecen los otros, no de los premios que yo pueda conseguir.

3. Conviene caer en la cuenta de la insistencia del Evangelio, una vez más, en el tema del banquete de boda, la mesa compartida, el gozo y la alegría de verse sentado en una mesa bien preparada y servida nada menos que por el "señor". Jesús insiste en lo que más felices nos hace a los humanos. Si esa fuera también nuestra insistencia...

Lc 12, 39-48

"En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: "Comprended que si supiera el dueño de casa a qué hora viene el ladrón, no le dejaría abrir un boquete. Lo mismo vosotros, estad preparados, porque a la hora que menos pensáis, viene el Hijo del Hombre". Pedro le preguntó: "Señor, ¿has dicho esa parábola por nosotros o por todos?" El Señor le respondió: "¿Quién es el administrador fiel y solícito a quien el amo ha puesto al frente de su servidumbre para que les reparta la ración a sus horas? Dichoso el criado a quien su amo al llegar lo encuentre portándose así. Os aseguro que lo pondrá al frente de todos sus bienes. Pero si el empleado piensa: "Mi amo tarda en llegar", y empieza a pegarles a los mozos y a las muchachas, a comer y beber y emborracharse; llegará el amo de ese criado el día y a la hora que menos lo espera y lo despedirá, condenándolo a la pena de los que son fieles. El criado que sabe lo que su amo quiere y, no está dispuesto a ponerlo por obra, recibirá muchos azotes; el que lo sabe, pero hace algo digno de castigo, recibirá pocos. Al que mucho se le dio, mucho se le exigirá; al que mucho se le confió, más se le exigirá".

1. En el ambiente de una comunidad, que vive en la impaciente expectativa de una posible e inminente llegada del final de la historia y de un juicio discriminatorio, se comprende esta recopilación de sentencias que el trabajo de redacción de Lucas atribuye a Jesús (D. Lührmann). Por tanto, al leer este texto, hay que pensar más en los sentimientos de la comunidad, para la que escribe, Lucas que en palabras originarias de Jesús (W. Grundmann).

2. No resulta fácilmente comprensible la venida de Jesús, el Hijo del Hombre, como la vuelta de un patrono exigente que es visto por sus siervos como una posible amenaza. Las palabras de este texto, que aluden a eso, tienen sentido como un llamamiento a la propia responsabilidad. Sobre todo, la responsabilidad ante los que cada cual tiene como súbditos o inferiores. Tratarlos con desprecio o dureza es algo que el Hijo del Hombre ve con desagrado y de ello pedirá cuentas a cada uno. Pero, en todo caso, nada de esto debe dar pie para pensar en Jesús, el Señor, como un patrono implacable. Eso jamás.

3. Si realmente creemos que el Dios de Jesús es el Padre que nos quiere siempre y nos busca, por más extraviados que andemos, lo importante no es la preocupación por la propia fidelidad, sino la confianza inagotable en la misericordia del Padre.

Lc 12, 49-53

"En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: "He venido a prender fuego en el mundo: ¡y ojalá estuviera ya ardiendo! Tengo que pasar por un bautismo, ¡y qué angustia hasta que se cumpla! ¿Pensáis que he venido a traer al mundo paz? No, sino división. En adelante, una familia de cinco estará dividida: tres contra dos y dos contra tres; estarán divididos: el padre contra el hijo y el hijo contra el padre, la madre contra la hija y la hija contra la madre, la suegra contra la nuera y la nuera contra la suegra".

1. Jesús utiliza la metáfora del fuego, que en la Biblia es la representación de una teofanía: hablar de fuego es hablar de una manifestación de Dios (Dn 7, 10; Hech 7, 30; Ap 1, 14; 15, 2). Con esta imagen del fuego, Jesús introduce el tema del bautismo, que, en la teología del evangelio de Lucas, es el "bautismo en el Espíritu y el fuego" (Lc 3, 16; 12, 49 s). Jesús afirma de esta manera que él es la manifestación de Dios en el mundo. Pero lo manifiesta mediante el bautismo que el mismo Jesús recibió. ¿Cuándo? ¿Cómo? En su muerte en la cruz (Mc 10, 39). De ahí la "angustia" de Jesús hasta que llegara ese momento. Por tanto, para Jesús, ser bautizado es ser crucificado, es decir, sufrir y morir por el pueblo (O. Cullmann). El bautismo es el acto por el que el cristiano asume en la vida el mismo destino que asumió Jesús.

2. Ahora bien, cuando este destino se toma en serio, inevitablemente sobrevienen los conflictos. Por eso Jesús dice que él no ha venido a traer paz, sino división. ¿Por qué? Las divisiones y los conflictos se producen por intereses económicos, por ideas políticas, por motivos éticos o por causa de las creencias religiosas. Jesús se refiere a algo mucho más profundo y decisivo en la vida: cuando una persona asume en la vida el mismo destino que asumió Jesús, ponerse de parte de los últimos hasta llegar al enfrentamiento mortal con los poderes políticos y religiosos, esa persona entra en conflicto con su propia familia. Lo tendrán por loco, como le pasó a Jesús (Mc 3, 21), lo despreciarán como a Jesús (Mc 6, 4), no se fiarán de él, como hicieron con Jesús sus parientes (Jn 7, 5). Es duro optar en serio por el pueblo. Es dura la condición del cristiano, que, como Jesús, revela a Dios en su opción por los últimos. Es el destino de todos los que, a lo largo de la historia, han tomado en serio el dolor de los últimos de este mundo.

Lc 12, 54-59

"En aquel tiempo, decía Jesús a la gente: "Cuando veis subir una nube por el poniente, decís enseguida: "Chaparrón tenemos", y así sucede. Cuando sopla el sur decís: "Va a hacer bochorno", y lo hace. Hipócritas: si sabéis interpretar el aspecto de la tierra y del cielo, ¿cómo no sabéis interpretar el tiempo presente? ¿cómo no sabéis juzgar vosotros mismos lo que se debe hacer? Cuando te diriges al tribunal con el que te pone pleito, haz lo posible por llegar a un acuerdo con él, mientras vais de camino; no sea que te arrastre ante el juez y el juez te entregue al guardia, y el guardia te meta en la cárcel. Te digo que no saldrás de allí hasta que pagues el último céntimo".

1. A todo el mundo le preocupa ahora el cambio climático. Y son muchos los que se preguntan angustiados si no estamos asistiendo a una nueva era en la historia y en la vida de la humanidad. No vivimos en una época de cambio, sino en un cambio de época. Un cambio acelerado y creciente que lo está trasformando todo: las costumbres, las formas de vida, los valores y, de un modo especial, los usos y tradiciones religiosas.

2. Por eso ahora, más que nunca, la Iglesia tiene "el deber permanente de escrutar a fondo los signos de los tiempos e interpretarlos a la luz del Evangelio (Conc. Vaticano II. GS 4, 1). ¿Qué quiere decir esto ahora mismo? Cuando se producen cambios tan rápidos y tan profundos, con tales cambios ocurren dos cosas: 1) la religiones se quedan rezagadas, no pueden evolucionar con la misma rapidez con que cambia la sociedad; 2) mucha gente se desconcierta y por eso, mientras unos abandonan las creencias, otros se aferran a lo que les da seguridad, lo tradicional, lo de siempre. Así las cosas, surgen las divisiones, las tensiones, los conflictos. El problema en este momento está en que, después de Pablo VI, el papado ha protegido y potenciado a los grupos de creyentes más fundamentalistas, al tiempo que grandes cantidades de cristianos abandonan masivamente las creencias y prácticas religiosas. Los "signos de los tiempos" nos impulsan a poner los ojos en la humanidad sufriente que busca, y no encuentra, un mundo más humano. Es urgente que todos en la Iglesia nos esforcemos por humanizar este mundo a la luz del Evangelio.

Lc 13, 1-9

"En aquella ocasión, se presentaron algunos a contar a Jesús lo de los galileos, cuya sangre vertió Pilatos con la de los sacrificios que ofrecían. Jesús les contestó: "¿Pensáis que esos galileos eran más pecadores que los demás galileos, porque acabaron así? Os digo que no; y si no os convertís, todos pereceréis lo mismo. Y aquellos dieciocho que murieron aplastados por la torre de Siloé, ¿pensáis que eran más culpables que los demás habitantes de Jerusalén? Os digo que no. Y si nos os convertís, todos pereceréis de la misma manera". Y les dijo esta parábola: "Uno tenía una higuera plantada en su viña, y fue a buscar fruto en ella, y no lo encontró. Dijo entonces al viñador: "Ya ves: tres años llevo viniendo a buscar fruto en esta higuera, y no lo encuentro. Córdala. ¿Para qué va a ocupar terreno en balde? Pero el viñador contestó: "Señor, déjala todavía este año; yo cabaré alrededor y le echaré estiércol, a ver si da fruto. Si no, el año que viene la cortarás".

1. Se sabe que Galilea fue, en tiempo de Jesús, patria de numerosos grupos disidentes antirromanos. En Hech 5, 37 se menciona a Judas el Galileo. Y en el relato de hoy nos encontramos con un grupo de Galileos que fueron asesinados por el procurador romano Poncio Pilatos. Además, el hecho se produjo con la especial crueldad de que el asesinato fue cometido por los legionarios romanos en el templo, en un acto religioso. El crimen, por tanto, fue una provocación muy grave para los sentimientos nacionalistas y religiosos de cualquier israelita.

2. Era, pues, una situación que exigía una protesta enérgica y una denuncia pública contra los abusos criminales con los que la dominación romana humillaba a los israelitas. Sin embargo, la respuesta de Jesús fue desconcertante. No dijo ni media palabra contra Pilatos o contra los romanos. Por el contrario, les advirtió a sus oyentes que, si no se convertían y cambiaban de vida, todos iban a terminar también asesinados. ¿No fue esto una cobardía que traicionaba los sentimientos más nobles y los derechos más evidentes de un pueblo sometido al gran tirano?

3. Jesús no fue ni cobarde ni cómplice ante los romanos. Prueba de ello es que lo crucificaron por motivos políticos, como quedó escrito en el

letrero que pusieron en la cruz (Mt 27, 37 par). Jesús no fue cobarde. Jesús fue al fondo del problema. Jesús estaba convencido de que los conflictos políticos no se resuelven solamente cambiando a los gobernantes, aunque sean tiranos. Los conflictos políticos se resuelven cuanto cambian en su intimidad y se convierten en su corazón todos los agentes que son partes del conflicto. Los conflictos políticos dejan heridas que dividen y generan odios y resentimientos. Mientras tales heridas no cicatrizan, el conflicto sigue en carne viva. La solución es curar las heridas, no sólo cambiar a los gobernantes. Estamos cansados de ver países en conflicto, que cambian de régimen, pero la miseria y el conflicto siguen igual, y siempre se llevan la peor parte los mismos, los más pobres.

Mc 10, 46-52

"En aquel tiempo, al salir Jesús de Jericó con sus discípulos y bastante gente, el ciego Bartimeo (el hijo de Timeo) estaba sentado al borde del camino pidiendo limosna. Al oír que era Jesús Nazareno, empezó a gritar: "Hijo de David, ten compasión de mí. Muchos le regañaban para que se callara. Pero él gritaba más: "Hijo de David, ten compasión de mí". Jesús se detuvo y dijo: "Llamadlo". Llamaron al ciego diciéndole: "Ánimo, levántate, que te llama". Soltó el mando, dio un salto y se acercó a Jesús. Jesús le dijo: "¿Qué quieres que haga por ti?" El ciego le contestó: "Maestro, que pueda ver". Jesús le dijo: "Anda, tu fe te ha curado". Y al momento recobró la vista y lo seguía por el camino".

1. Este relato está redactado de forma que en él se destacan tres cosas: 1) la situación de Bartimeo: era ciego y mendigo; 2) la fe firme e insistente que tuvo este hombre; 3) cuando la fe es así de fuerte, el que la tiene vence su condición de invidente y de pordiosero, pasando al discipulado de los que "siguen" a Jesús.

2. Pero la fuerza de este relato se comprende si se tiene en cuenta: 1) que la ceguera era considerada entonces como un castigo de Dios (Ex 4, 11; Jn 9, 2; Hech 13, 11); 2) que los ciegos se veían obligados con frecuencia a mendigar (Mc 10, 46; Jn 9, 1); 3) que la curación de un ciego se veía como un hecho portentoso (Jn 9, 16); 4) que la ceguera simbolizaba las tinieblas del espíritu y la dureza del corazón (Is 6, 9 s; Mt 15, 14; 23, 16-26; Jn 9, 41; 12, 40) (X. León-Dufour).

3. Es evidente que Jesús le devolvió a este hombre la vista, lo liberó de su condición de mendigo y le restituyó la dignidad que las creencias religiosas y la sociedad le habían arrebatado. La religión atribuye a castigos divinos lo que son desgracias humanas. Y la sociedad margina y desprecia al que no es reconocido y estimado, bien sea por su mísera posición económica, por su indignidad ética o por su mala imagen como creyente. Jesús rompe con todo eso. Para Jesús, lo decisivo es la integridad de la vida, la felicidad de las personas y la dignidad de los que la "buena" sociedad y la religión más "ortodoxa" considera indignos.

Lc 13, 10-17

“Un sábado, enseñaba Jesús en una sinagoga. Había una mujer que desde hacía dieciocho años estaba enferma por causa de un espíritu, y andaba encorvada, sin poderse enderezar. Al verla, Jesús la llamó y le dijo: “Mujer, quedas libre de tu enfermedad”. Le impuso las manos, y enseguida se puso derecha. Y glorificaba a Dios. Pero el jefe de la sinagoga, indignado porque Jesús había curado en sábado, dijo a la gente: “Seis días tenéis para trabajar: venid esos días a que os curen, y no los sábados”. Pero el Señor dirigiéndose a él dijo: “Hipócritas: cualquiera de vosotros, ¿no desata del pesebre al buey o al burro, y lo lleva a abreviar aunque sea sábado? Y a ésta, que es hija de Abrahán, y que Satanás ha tenido atada dieciocho años, ¿no había que soltarla en sábado?” A estas palabras, sus enemigos quedaron abochornados, y toda la gente se alegraba de los milagros que hacía”.

1. Por más discutibles que sean las obligaciones sobre el descanso del sábado, tal como las explicaban los rabinos del tiempo de Jesús, sabemos que siempre han existido (y existen) observantes integristas: en tiempo de Jesús, los fariseos hipócritas; en la actualidad los fundamentalistas ortodoxos. Estos grupos son siempre peligrosos. Porque anteponen las observancias (tal como ellos las interpretan) a la vida misma de las personas. Esto es lo que queda patente en este relato.

2. Por este motivo, Jesús se enfrenta directamente a la religión. Además, en este caso, lo que estaba en juego era la salud y la libertad de una mujer a la que Satanás “tenía encadenada”. Jesús no toleraba el sufrimiento de los enfermos. Y cuando se trataba de mujeres, aún menos. Siempre las curaba (menos en casos excepcionales) sin que las mujeres se lo pidieran.

3. Pero lo más fuerte que hay en este relato es que Jesús les echa en cara a los fundamentalistas religiosos que, con sus observancias integristas, en realidad lo que hacen es practicar una religión que trata a las personas peor que a los burros. Porque no tienen dificultad en desatar al burro para que beba, pero no consienten desatar a una mujer esclavizada por creencias que tienen su origen en el otro mundo.

Lc 13, 18-21

“En aquel tiempo, Jesús decía: “¿A qué se parece el Reino de Dios? ¿A qué lo compararé? Se parece a un grano de mostaza que un hombre toma y siembra en su huerto; crece, se hace un arbusto y los pájaros anidan en sus ramas”. Y añadió: “¿A qué compararé el Reino de Dios? Se parece a la levadura que una mujer toma y mete entres medidas de harina, hasta que todo fermenta”.

1. Las parábolas del grano de mostaza y de la levadura no se refieren directamente al éxito y el triunfo final del Reino de Dios, que llegará a ser un árbol grande y acogedor y que terminará transformando la masa entera. Estas dos parábolas no tienen su centro y clave de explicación en el resultado final, sino en el medio o procedimiento con el que se podrá alcanzar ese final feliz.

2. Ahora bien, el procedimiento mediante el cual el Reino de Dios puede crecer y así transformar la masa entera de este mundo no es lo visible, sino lo invisible. Porque la pequeñez del grano de mostaza tiene que ser sembrada y sepultada debajo de tierra. De la misma manera que la levadura tiene que perderse en la masa y fundirse con ella. Solamente desapareciendo es como el grano de mostaza y la levadura transforman, dan vida, crecen y maduran.

3. Jesús no elogia aquí la humildad, la pequeñez o la sencillez. Es decir, Jesús no elogia aquí esas virtudes cristianas. Lo que Jesús afirma y exige es la laicidad. Porque reconoce y enseña que cuando el grano de mostaza se funde con la tierra; y cuando la levadura se funde con la masa, entonces es cuando producen su fruto o causan su efecto. Las religiones tienen la tendencia a destacar su presencia en la sociedad, a situarse por encima de las instituciones civiles, y a dictar las normas y valores que deben regir la vida y la convivencia social. Porque “lo sagrado” es considerado como la última referencia a la que se tiene que subordinar “lo profano”, “lo civil” y “lo laico”. Lo que así se consigue –si es que se consigue– es dominar en la sociedad, pero no transformar la sociedad. Pero Jesús no quiere que el cristianismo sea un principio de dominación, sino una fuerza de transformación.

LC 13, 22-30

En aquel tiempo, Jesús, de camino hacia Jerusalén, recorría ciudades y aldeas enseñando. Uno le preguntó: "Señor, ¿serán pocos los que se salven?" Jesús les dijo: "Esforzaos en entrar por la puerta estrecha. Os digo que muchos intentarán entrar y no podrán. Cuando el amo de la casa se levante y cierre la puerta, os quedaréis fuera y llamaréis a la puerta diciendo: "Señor ábrenos" y él os replicará: "No sé quiénes sois". Entonces comenzaréis a decir: "Hemos comido y bebido contigo y tú has enseñado en nuestras plazas". Pero él os replicará: "No sé quiénes sois. Alejados de mí, malvados". Entonces será el llanto y el rechinar de dientes, cuando veáis a Abrahán, Isaac y Jacob y a todos los profetas en el Reino de Dios y vosotros os veáis echados fuera. Y vendrán de Oriente y Occidente, del Norte y del Sur y se sentarán a la mesa en el Reino de Dios. Mirad: hay últimos que serán primeros y primeros que serán últimos".

1. Ante todo, hay que dejar claro que, si este pasaje del evangelio de Lucas se entiende como una increpación de amenaza, en tal caso estas palabras no provienen de Jesús, sino que son simplemente una llamada de atención que, por lo visto, circulaba por la comunidad para la que Lucas redactó su evangelio. Esto es lo que piensan los comentarios más recientes que se han escrito sobre este asunto (F. Bovon). Jesús no caminaba hacia Jerusalén asustando a la gente. Jesús iba a Jerusalén con la conciencia de lo que allí le esperaba: el enfrentamiento mortal de los dirigentes religiosos con él. No el enfrentamiento condenatorio con la mayoría del pueblo.

2. Es probable que la preocupación por el número de los que se salvan tuviera su origen en algún texto de Isaías (37, 32) donde se insinúa que son pocos los que se liberan del cautiverio. Y así estaba recogido en escritos que se conocían entonces (TestAbr. 11, 11; 9, 15, 16). Desde tiempos muy lejanos, los dirigentes religiosos han utilizado el miedo a la condenación para asustar a la gente. En todo caso, éste no era el estilo o el tema de Jesús.

3. Pero esto no impide que Jesús haga referencia a un hecho frecuente entre personas piadosas. Se trata del caso de los que creen tener buena relación, incluso familiaridad, con Jesucristo, con Dios. Son los que han asistido a misas, retiros, funciones piadosas..., pero han vivido de forma que se les puede denominar "malvados". Se trata de los que han practicado la "anomía", que es lo mismo que "vivir sin ley" (cf. Mt 7, 23; 23, 28; 24, 12; Rom 6, 19; 2 Cor 6, 14; 2 Tes 2, 3. 7. 8; Heb 1, 9; 1 Jn 3, 4). Dado que la Ley de Israel no es una normativa universal, si este evangelio puede tener hoy un alcance general, "vivir sin ley" es "vivir al margen de los Derechos Humanos" o, lo que es más grave, "en contra de los Derechos Humanos". En esto es en lo que cada ser humano se juega su salvación o su perdición.

Mt 5, 1-12 a

"En aquel tiempo, al ver Jesús el gentío, subió a la montaña, se sentó y se acercaron sus discípulos; y él se puso a hablar enseñándolos: "Dichosos los pobres de espíritu, porque de ellos es el Reino de los cielos. Dichosos los sufridos, porque ellos heredarán la tierra. Dichosos los que lloran, porque ellos serán consolados. Dichosos los que tienen hambre y sed de la justicia, porque ellos quedarán saciados. Dichosos los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia. Dichosos los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios. Dichosos los que trabajan por la paz, porque ellos se llamarán los hijos de Dios. Dichosos los perseguidos por causa de la justicia, porque de ellos es el Reino de los Cielos. Dichosos vosotros cuando os insulten y os persigan, y os calumnien de cualquier modo por mi causa. Estad alegres y contentos porque vuestra recompensa será grande en el cielo".

1. En el día que la Iglesia dedica a la memoria de todos los santos, la liturgia elige sabiamente el evangelio de las bienaventuranzas. La sabiduría de este texto, sorprendente y genial, está en que presenta un proyecto de dicha total, de felicidad sin límites. Esa dicha, esa felicidad, es total y no tiene límites porque ni la muerte podrá acabar con ella. Se trata, en efecto, de una felicidad que trasciende este mundo. Y que, por eso, es para siempre y sin limitación alguna. Es por eso la condición de los que la Iglesia considera y venera como santos.

2. Por eso, las nueve bienaventuranzas presentan nueve promesas de felicidad sin límite alguno en la otra vida. Y señalan las nueve situaciones que llevan a esa felicidad desde esta vida. Son, por tanto, nueve situaciones de hecho. Y nueve promesas de esperanza. Como es lógico, las nueve promesas de futuro no están en nuestra mano, porque dependen de Dios. Lo que está en nuestras manos y depende de nosotros son las situaciones de hecho. En esas nueve situaciones de hecho es en lo que Jesús pone todo el acento.

3. Ahora bien, lo sorprendente está en que, leyendo y releendo, las nueve bienaventuranzas, las nueve condiciones para alcanzar el Reino de los Cielos y la recompensa del cielo, nos encontramos con lo inesperado: nin-

guna de esas nueve bienaventuranzas indican prácticas relacionadas con la religión. Las nueve indican conductas relacionadas con la vida, con esta vida, con las condiciones y actitudes desde las que se puede hacer algo eficaz para que esta vida sea más humana, más soportable, más llevadera, más feliz. Los que viven así en esta vida, y sólo los que viven así en esta vida, tienen garantizada la promesa de felicidad sin fin en esa forma de existencia en la que soñamos, aunque nos cuesta creer en ella, y a la que denominamos la vida eterna. Es, en definitiva, la vida de todos los santos.

Jn 5, 24-29

"En aquel tiempo, respondió Jesús a los judíos: "En verdad os digo, que el que oye mi palabra y cree en aquel que me envió, tiene vida eterna y no viene a juicio, sino que pasó de muerte a vida. En verdad os digo, que viene la hora, y ahora es, cuando los muertos oirán la voz del Hijo de Dios, y los que la oyeren, vivirán. Porque así como el Padre tiene vida en sí mismo, así también dio al Hijo el tener vida en sí mismo, y le dio poder de hacer juicio porque es el Hijo del Hombre. No os maravilléis de esto, porque viene la hora, cuando todos los que están en los sepulcros oirán la voz del Hijo de Dios, y los que hicieron bien, irán a resurrección de vida, mas los que hicieron mal a resurrección de juicio".

1. En el día de los difuntos, es lógico, es natural, es inevitable que recordemos a los que murieron, especialmente a quienes, por el motivo que sea, representan para nosotros algo importante en la vida. Sin embargo, lo que más importa, en este día, no es mirar al tiempo pasado, sino fijarnos en la eternidad, que trasciende el espacio y el tiempo. Y nos sitúa en otro orden de existencia para siempre.

2. Pero cuando los cristianos hablamos de la muerte, es importante tener en cuenta que el ser humano no es un compuesto de dos elementos, el cuerpo y el alma, que se separan en el momento de morir y se volverán a juntar al final de los tiempos, cuando todos seamos convocados al llamado juicio final. Esta antropología corresponde al dualismo del pensamiento helenista, que influyó en el pensamiento de la Iglesia antigua y ha marcado la cultura de Occidente. Por el contrario, el pensamiento bíblico no es dualista, sino unitario. El ser humano implica esencialmente corporalidad, es decir, se constituye por un "cuerpo" animado por un "espíritu", fundidos en una unidad tan perfecta, que (al menos, hasta el día de hoy) resulta imposible establecer dónde y cómo se sitúa el punto de sutura de lo corporal con lo espiritual en cada ser humano.

3. La muerte no es una separación del cuerpo y el alma, sino una transformación del ser humano en su totalidad. De forma que el momento de la muerte es también el momento de la resurrección. Se trata de la transformación del ser humano temporal en el ser que trasciende el espacio y

el tiempo, de forma que entra en una condición nueva de existencia. Por eso se puede decir que el cadáver es el último despojo que dejamos en este mundo. En el cementerio ya no está nuestro cuerpo. Sólo está nuestro recuerdo. La plenitud de nuestro ser transformado está para siempre con el Señor de la gloria.

Lc 14, 1. 7-11

“En aquel tiempo, entró Jesús un sábado en casa de uno de los principales fariseos para comer, y ellos le estaban espiando. Notando que los convidados escogían los primeros puestos, les propuso este ejemplo: “Cuando te conviden a una boda no te sientes en el puesto principal, no sea que hayan convidado a otro de más categoría que tú; y vendrá el que os convidó a ti y al otro, y te dirá: Cédele el puesto a éste. Entonces, avergonzado, irás a ocupar el último puesto. Al revés, cuando te conviden, vete a sentarte en el último puesto, para que, cuando venga el que te convidó, te diga: Amigo, sube más arriba. Entonces quedarás muy bien ante todos los comensales. Porque todo el que se enaltece será humillado; y el que se humilla será enaltecido”.

1. Para comprender debidamente lo que representa este relato, es necesario recordar, una vez más, que el valor más apreciado, en las culturas mediterráneas del s. I, no era la *riqueza*, sino el *honor*. Además, las distinciones y la categorías se manifestaban sobre todo con ocasión de las comidas y banquetes. Se ha dicho con razón que “precisamente debido a la compleja interrelación de las categorías culturales, la comida es habitualmente una de las principales formas de marcar las diferencias entre los distintos grupos sociales” (G. Feeley-Harnik).

2. Es importante también tener en cuenta que este evangelio comienza, como el de ayer, recordando que todo esto sucede en casa de uno de los principales fariseos y con asistencia de bastantes de ellos. Es decir, lo que nota Jesús es que los observantes integristas, que eran tan rigurosos para el cumplimiento de las normas religiosas, se daban prisa para ponerse los primeros y, por tanto, para dejar a los demás detrás de ellos. De nuevo nos encontramos con lo de siempre: la religiosidad integrista endurece el corazón humano. Desde el momento que antepone la norma a la dignidad o felicidad del otro, el corazón del hombre, en la misma medida en que se sacraliza, en esa misma medida se deshumaniza.

3. Decididamente, la vida que llevó Jesús, los valores que defendió, los criterios que expuso, todo eso resulta insoportable, increíble, impracticable para todo el que no tiene la firme convicción de que lo primero y

lo esencial en la vida es el ser humano, cada ser humano, el respeto, la dignidad, los derechos, la felicidad y el disfrute de la vida de cada persona. Eso es lo primero y lo esencial porque sólo haciendo eso podemos encontrarnos a nosotros mismos, podemos encontrar el sentido de la vida y, en definitiva, podemos encontrar esa realidad última que los creyentes llamamos Dios.

Mc 12, 28b-34

En aquel tiempo, un escriba se acercó a Jesús y le preguntó: “¿Qué mandamiento es el primero de todos?” Respondió Jesús: “El primero es: “Escucha, Israel, el Señor nuestro Dios es el único Señor: amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente, con todo tu ser”. El segundo es éste: “Amarás a tu prójimo como a ti mismo”. No hay mandamiento mayor que éstos”. Él explicó: “Muy bien, Maestro, tienes razón cuando dices que el Señor es uno solo y no hay otro fuera de él; y que amarlo con todo el corazón, con todo el entendimiento y con todo el ser y amar al prójimo como a uno mismo vale más que todos los holocaustos y sacrificios”. Jesús, viendo que había respondido sensatamente, le dijo: “No estás lejos del Reino de Dios”. Y nadie se atrevió a hacerle más preguntas.

1. La importancia, que los primeros cristianos vieron que tenía este relato, se advierte en el hecho de que los tres evangelios sinópticos repiten, con ligares variantes, este diálogo de Jesús con un letrado (Mc 12, 28-31; Mt 22, 35-40; Lc 10, 25-28). Y es que aquí aparece Jesús dando especial realce al mandato fundamental de la Torá: “Amarás a tu prójimo como a ti mismo” (Lev 19, 18). Además, se destaca la unión del amor al prójimo con el amor a Dios. Lo cual quiere decir que se trata de un mismo y solo amor. O sea, el amor a Dios y el amor al prójimo se funden y se confunden en un solo y mismo amor. No es posible lo uno sin lo otro.

2. Es notable el realismo de este mandato: no se nos pide que amemos a todo el mundo, sino al “prójimo”, es decir, “el próximo” (J. D. G. Dunn). Porque el amor, si es verdadero, siempre tiene rostro y nombre concretos. El que dice que ama a todo el mundo, es que no ama a nadie. En la parábola del buen samaritano (Lc 10, 29), la pregunta: “¿Quién es mi prójimo?”, se transforma en esta otra pregunta: “¿De quién soy yo prójimo?": del ser humano concreto que te encuentras en el camino de tu vida (G. Bornkamm).

3. Esto significa lo siguiente: No hablemos frívolamente de lo más serio que hay en la vida, que es el cariño humano, el amor al otro. Pero, para que haya amor, antes tiene que haber respeto, tolerancia y estima. Sólo cuando y donde hay esas tres actitudes fundamentales, podemos empezar a hablar de amor.

Lc 14, 12-14

En aquel tiempo, decía Jesús a uno de los primeros fariseos que le había invitado: “Cuando des una comida o una cena, no invites a tus amigos ni a tus hermanos ni a tus parientes ni a los vecinos ricos; porque corresponderán invitándote y quedarás pagado. Cuando des un banquete, invita a pobres, lisiados, cojos y ciegos; dichoso tú, porque no pueden pagarte; te pagarán cuando resuciten los muertos”.

1. Jesús desmonta y ataca directamente los “intereses ocultos” que se agazapan con frecuencia en las buenas obras. En la vida, actuamos más por interés que por generosidad. Actuar por interés no es malo, si el interés está justificado. Lo perverso es buscar el interés propio poniendo en práctica una acción que, por sí misma, no puede tener otra finalidad que la generosidad con los otros. Eso es lo propio de individuos (o grupos) hipócritas, embusteros, cínicos y posiblemente peligrosos. Porque son lobos disfrazados de ovejas.

2. Invitar a un banquete, a una cena, es invitar a compartir la comida y la bebida. Es, por tanto, invitar a compartir las fuentes de la vida y la alegría. Pero hacer eso, no porque se quiere compartir la vida con el otro, sino porque se le quiere sacar algo (un favor, un negocio...), eso es cinismo puro y duro. Y lo peor de todo es que hacemos este tipo de cosas como lo más natural del mundo. Incluso como lo más lógico o lo más inteligente... Es la desvergüenza disfrazada.

3. Por eso es tan raro ver que alguien invite a su mesa a “pobres, lisiados, cojos y ciegos”. Para muchos, hacer eso sería una extravagancia, una indiscreción... Por eso estas conductas son tan impensables entre los políticos, que no pasan de la pantomima del beso al niño huérfano. Y tan impensables son también entre intelectuales, que no se suelen codear con ignorantes. Y, por desgracia, no suelen ser frecuentes ni entre gentes de Iglesia, a no ser en los casos de quienes se juegan la vida entre los últimos y los nadies.

Lc 14, 15-24

"En aquel tiempo, uno de los comensales dijo a Jesús: "¡Dichoso el que coma en el banquete del Reino de Dios!" Jesús le contestó: "Un hombre daba un gran banquete y convidó a mucha gente; a la hora del banquete mandó un criado a avisar a los convidados: "Venid, que ya está preparado". Pero ellos se excusaron uno tras otro. El primero le dijo: "He comprado un campo y tengo que ir a verlo. Dispénsame, por favor". Otro dijo: "He comprado cinco yuntas de bueyes y voy a probarlas. Dispénsame, por favor". Otro dijo: "Me acabo de casar y, naturalmente, no puedo ir". El criado volvió a contárselo al amo. Entonces el dueño de casa, indignado, le dijo al criado: "Sal corriendo a las plazas y calles de la ciudad y tráete a los pobres, a los lisiados, a los ciegos y a los cojos". El criado dijo: "Señor, se ha hecho lo que mandaste y todavía queda sitio". Entonces el amo dijo: "Sal por los caminos y senderos, e insísteles hasta que entren y se me llene la casa". Y os digo que ninguno de aquellos convidados probará mi banquete".

1. Las parábolas son pequeñas historias, tomadas de la vida diaria, pero contadas de tal forma que, en el relato, se produce inesperadamente un "corte" con lo cotidiano. Ese "corte" es un elemento de "sorpresa", que constituye una auténtica *extravagancia* con lo normal, con lo que sucede en la vida diaria de los hombres (Paul Ricoeur, W. Harnisch). Este corte sorpresivo es tan importante que en eso está la clave para entender lo que la parábola quiere enseñar.

2. Según lo dicho, lo primero que queda claro en esta parábola es que el gran banquete es la imagen del Reino de Dios. Un banquete es fiesta, gozo, disfrute. Y todo eso compartido, vivido y disfrutado con los demás. Pero lo sorprendente es que en el gran banquete de Dios no entran los que, según las normas de lo establecido y de lo "razonable", tendrían que entrar. Esos no entran porque, en realidad, no les interesa el banquete. Todos ellos tienen asuntos que les interesan más. Asuntos relacionados con sus intereses económicos o con su disfrute privado. Por el contrario, los que entran en el banquete de Dios son los que nadie diría que son los

invitados: pobres, lisiados, ciegos, cojos. Y hasta los vagabundos de los caminos.

3. Jesús trastorna todos nuestros criterios, nuestros esquemas de pensamiento, nuestras escalas de valores. En el gran banquete de Dios no entran los que "oficialmente" y "socialmente" se consideran los invitados, los que tienen títulos, cargos, dignidades y tareas religiosas o apostólicas, que hacen pensar a la gente que ellos son los que van a ir al cielo con pleno derecho. Jesús era más laico y más secular de todo cuanto nosotros podemos imaginar. Jesús puso el gran banquete de Dios, no donde nosotros ponemos la gran solemnidad del boato sagrado, sino donde el mundo ha puesto la gran exclusión de los que nosotros pensamos que no tienen entrada para esa gran solemnidad, tan pomposa como falsa.

Lc 14, 25-33

"En aquel tiempo, mucha gente acompañaba a Jesús; él se volvió y les dijo: "Si alguno se viene conmigo y no pospone a su padre y a su madre, y a su mujer y a sus hijos y a sus hermanos y a sus hermanas, e incluso a sí mismo, no puede ser discípulo mío. Quien no lleve su cruz detrás de mí, no puede ser discípulo mío. Así, ¿quién de vosotros, si quiere construir una torre, no se sienta primero a calcular los gastos, a ver si tiene para terminarla? No sea que, si echa los cimientos y no puede acabarla, se pongan a burlarse de él los que miran, diciendo: "este hombre empezó a construir y no ha sido capaz de acabar". ¿O qué rey, si va a dar la batalla a otro rey, no se sienta primero a deliberar si con diez mil hombres podrá salir al paso del que le ataca con veinte mil? Y si no, cuando el otro está todavía lejos, envía legados para pedir condiciones de paz. Lo mismo vosotros: el que no renuncia a todos sus bienes, no puede ser discípulo mío".

1. Jesús pronunció estas palabras cuando iba de camino hacia Jerusalén (Lc 14, 25). Jesús sabía que iba derecho al enfrentamiento final que le llevaría a la cruz. Él sabía esto, no porque tuviera ciencia divina (cosa que no consta en ninguna parte, ni nadie sabe lo que es), sino porque tenía sensatez humana, con la que había aprendido que quienes se enfrentaban a aquel sistema religioso-político, como él lo venía haciendo, terminaban colgados de una cruz.

2. Jesús tomó esta decisión y echó por este camino porque se dio cuenta de que sólo quienes llegan a este radicalismo son los que mantienen el ideal y la esperanza de que este mundo podría ser distinto: un mundo con menos egoísmo y ambiciones y con más humanidad y gente más honrada. Con un ejemplo basta: desde hace un siglo, los que han logrado que este mundo sea más soportable no han sido los que han organizado y ganado las guerras; ni los que han acumulado enormes capitales, y menos aún los que han matado a todos sus enemigos. Los que han hecho algo por este mundo, algo que ha quedado como memoria de esperanza, han sido los que tomaron decisiones que les han llevado a la muerte: Gandhi, Martin L. King, Oscar Romero, Maximiliano Kolbe y tantos otros cuyos nombres nadie conoce.

3. Jesús dice que para llegar a esto hay que superar y pasar por encima de todos los lazos humanos que nos condicionan la libertad y nos incapacitan para superar el miedo. Es duro esto. Pero es posible. A partir de una mística que se traduce en fuerza. La fuerza que sólo entienden los que la tienen.

Lc 15, 1-10

"En aquel tiempo, se acercaron a Jesús los publicanos y los pecadores a escucharle. Y los fariseos y los letrados murmuraban contra ellos: "Este acoge a los pecadores y come con ellos". Jesús les dijo esta parábola: "Si uno de vosotros tiene cien ovejas y se le pierde una, ¿no deja las noventa y nueve en el campo y se va tras la descarriada, hasta que la encuentra? Y cuando la encuentra, se la carga sobre los hombros, muy contento, y al llegar a casa, reúne a los amigos y a los vecinos, para decirles: "¡Felicítadme!, he encontrado la oveja que se me había perdido". Os digo que así también habrá más alegría en el cielo por un solo pecador que se convierta que por noventa y nueve justos que no necesitan convertirse. Y si una mujer tiene diez monedas y se le pierde una, ¿no enciende una lámpara y barre la casa y busca con cuidado, hasta que la encuentra? Y cuando la encuentra, reúne a los amigos y vecinos para decirles: "¡Felicítadme!, he encontrado la moneda que se me había perdido". Os digo que la misma alegría habrá entre los ángeles de Dios por un solo pecador que se convierta".

1. Todo el capítulo 15 del evangelio de Lucas está dedicado a explicar cómo se relaciona y cómo se comporta Dios con los pecadores, perdidos y extraviados. Esta explicación es capital para comprender cómo es el Dios que Jesús nos dio a conocer. No olvidemos que los evangelios son *teología narrativa*. Es decir, en los relatos (el "acontecer") se nos revela la teología (el "ser") de Dios. Por tanto, al ver cómo se porta Dios con los extraviados, comprendemos cómo es ese Dios en el que creemos. La conducta de una persona nos revela cómo es esa persona.

2. Ahora bien, lo que queda más patente en este capítulo del evangelio de Lucas es que el Dios de Jesús no puede pasar sin los perdidos. Por eso los busca hasta que los encuentra. Y los acoge cuando vuelven. Sin reprocharles nada, sin pedirles explicaciones, sin amenazas, sin juicio ni castigo.. Es más, cuando Dios encuentra al extraviado, se alegra, lo lleva en sus hombros, convoca a todos los que se pueden alegrar con él, y organiza un banquete de fiesta. Porque su alegría es indecible. Esto es lo que se destaca en las tres parábolas: la oveja perdida (Lc 15, 11-32), la moneda

perdida (Lc 15, 8-10), y el hijo “perdido” (Lc 15, 11-32). Así es el Dios que nos presenta Jesús.

3. Por esto, Jesús se comportó con los más extraviados y perdidos, con los despreciables pecadores, de forma que todos acudían a escucharle. Cuando esta clase de personas se acercan a alguien es porque en esa persona encuentran comprensión, tolerancia, respeto, acogida. Y jamás escuchan un reproche, ni siquiera un recelo o una sospecha. Ya sea por su vida “pública”; bien sea por su vida “privada”. Y si además se les invita a comer, compartiendo la misma mesa, la amistad, el gozo y la alegría de la mutua confianza, entonces y así, nos vemos comprometidos por la inesperada teofanía del Dios de Jesús. Así es el Dios en el que creemos. ¿No vale la pena parecerse a ese Dios?

Lc 16, 1-8

“En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: “Un hombre rico tenía un administrador y le llegó la denuncia de que derrochaba sus bienes. Entonces lo llamó y le dijo: “¿Qué es eso que me cuentan de ti? Entrégame el balance de tu gestión, porque quedas despedido”. El administrador se puso a echar sus cálculos: “¿Qué voy a hacer ahora que mi amo me quita el empleo? Para cavar no tengo fuerzas; mendigar, me da vergüenza. Ya sé lo que voy a hacer para que cuando me echen de la administración, encuentre quién me reciba en su casa”. Fue llamando uno a uno a los deudores de su amo, y le dijo al primero: “¿Cuánto debes a mi amo?” Éste respondió: “Cien barriles de aceite”. Él le dijo: “Aquí tienes tu recibo: aprisa, siéntate y escribe: ‘cincuenta’. Luego dijo a otro: “Y tú, ¿cuánto debes?” Él contestó: “Cien fanegas de trigo”. Le dijo: “Aquí está tu recibo: Escribe ‘ochenta’”. Y el amo felicitó al administrador injusto, por la astucia con que había procedido. Ciertamente los hijos de este mundo son más astutos con su gente que los hijos de la luz”.

1. Después del capítulo 15, el capítulo cumbre sobre el Dios que no puede pasar sin los perdidos y extraviados de esta vida, Lucas coloca, en el capítulo 16, dos parábolas sobre el dinero: la parábola del administrador perverso (16, 1-8) y la del rico y el pobre Lázaro (16, 19-31). Entre ambas parábolas, Lucas pone la tajante afirmación de Jesús: “No podéis servir a Dios y al dinero” (16, 3 b). ¿Qué sentido pueden tener estas parábolas, contra la acumulación de capital, precisamente a continuación del Dios que se desvive por los pecadores y perdidos? La respuesta parece clara: *no puede estar con el Dios de los más desgraciados y despreciados el que tiene el centro de sus intereses en los negocios astutos y en la buena vida.*

2. De acuerdo con lo dicho, se comprende la perplejidad que ha causado esta parábola del administrador perverso. ¿Qué pretende Jesús al proponer esta parábola? ¿Elogiar a un individuo que no sólo derrochó los bienes del dueño, sino que además lo engañó haciendo trampas? ¿Recomendar astucia y sagacidad para gestionar los asuntos del Reino de Dios? (J. A. Fitzmyer). En el contexto de un capítulo que afirma la imposibilidad

de servir a Dios y al dinero, no se entiende cómo Jesús pueda recomendar la astucia en el manejo del dinero. Y menos aún se entiende que el significado de la parábola pueda ser la buena administración de la "riqueza espiritual" que Dios nos concede (J. D. M. Derrett).

3. En el contexto de la imposibilidad de estar con Dios y con el dinero, la parábola no puede tener otro sentido que presentar descaradamente la corrupción a que está expuesto el que se dedica a manejar y acumular dinero. Se trata de la corrupción del administrador estafador y embustero. Y de la corrupción del propietario que, cuando está en juego el negocio del dinero, no tiene inconveniente en elogiar a un sinvergüenza porque tiene el "gran mérito" (¿?) De la habilidad de un estafador y un canalla. Jesús deja así muy claro que "el afán por el dinero trastorna y corrompe" hasta el extremo de que el corrupto se ve a sí mismo como un modelo, como un ejemplo, que merece todos los elogios de este mundo. Llegar a ser un canalla no es la peor degradación. Más repugnante aún es llegar hasta el extremo de ver en las canalladas un motivo de elogio y un ejemplo a imitar. Más bajo, ya no se puede caer.

Lc 16, 9-15

"En aquel tiempo, decía Jesús a sus discípulos: "Ganaos amigos con el dinero injusto, para que cuando os falte, os reciban en las moradas eternas. El que es de fiar en lo menudo, también en lo importante es de fiar; el que no es honrado en lo menudo, tampoco en lo importante es honrado. Si no fuisteis de fiar en el vil dinero, ¿quién os confiará lo que vale de veras? Si no fuisteis de fiar en lo ajeno, ¿lo vuestro quién os lo dará? Ningún siervo puede servir a dos amos: porque o bien aborrecerá a uno y amará al otro, o bien se dedicará al primero y no hará caso del segundo. No podéis servir a Dios y al dinero. Oyeron esto los fariseos, amigos del dinero, y se burlaban de él. Jesús les dijo: "Vosotros presumís de observantes delante de la gente, pero Dios os conoce por dentro. La arrogancia con los hombres, Dios la detesta".

1. La terrible sentencia de Jesús, con que empieza este evangelio, confirma el significado de la parábola del administrador injusto. Jesús no está en contra del dinero, como instrumento de cambio. Ni está en contra del capital, necesario para la productividad, para el progreso, para generar vida y bienestar. Pero con tal que el dinero y el capital se utilicen para bien. Y para bien de todos. Pero nunca para acumular riqueza a costa del hambre y la necesidad de los más indigentes. Por eso Jesús recomienda hacerse amigos con el "dinero injusto" (*mamonâ tes adikias*). Sencillamente, quedándose sin él, es decir, dándolo. Y así, cuando os quedéis sin la "mamona iniquitatis", entonces os recibirán "en las moradas eternas".

2. Jesús no era un "comunista prematuro". Era un hombre honesto y libre. El término "mamona" aparece en los evangelios sólo en boca de Jesús, normalmente asociado a la "iniquidad" o la "injusticia" (Mt 6, 24 par; Lc 16, 13; 16, 9; 16, 11). El "mamona" se asocia con la adquisición no honrada de bienes o con el afán de obtener ganancias (H. Balz). Y esto es lo que Jesús no soporta. Es más, resulta indignante ver los equilibrios que hacen no pocos exegetas de renombre para terminar justificando el lucro y el afán de ganancias. Sobre todo cuando sabemos que eso lleva consigo el hambre y la muerte de millones de seres humanos.

3. Por todo esto se comprende la incompatibilidad que Jesús establece entre Dios y el afán de ganancias. Como también se comprende la dura sentencia contra los fariseos, "amigos del dinero": "Presumís de observantes, pero Dios os conoce por dentro". Es sano, es honesto, sentirse con mala conciencia cuando se quiere aparecer como persona religiosa y honesta; y al mismo tiempo uno se siente seguro por la sana y sólida cuenta corriente que se tiene en el banco. El que, siendo así, no siente mala conciencia, ¿cómo puede considerarse "observante".

Mc 12, 38-44

"En aquel tiempo enseñaba Jesús a la multitud y les decía: "¡Cuidado con los letrados! Les encanta pasearse con amplio ropaje y que les hagan reverencias en la plaza, buscan los asientos de honor en las sinagogas y los primeros puestos en los banquetes; y devoran los bienes de las viudas con pretexto de largos rezos. Esos recibirán una sentencia más rigurosa. Estando Jesús sentado enfrente del cepillo del templo, observaba a la gente que iba echando dinero: muchos ricos echaban en cantidad; se acercó una viuda pobre y echó dos reales. Llamando a sus discípulos les dijo: "Os aseguro que esa pobre viuda ha echado en el cepillo más que nadie. Porque los demás han echado de lo que les sobra, pero ésta, que pasa necesidad, ha echado todo lo que tenía para vivir".

1. La crítica de los escribas que hace Jesús no se refiere a la soberbia o al orgullo de aquellos hombres. Es lógico pensar que entre ellos habría individuos orgullosos y otros que serían humildes. Lo que Jesús critica es la institución misma de un colectivo de hombres que eran los intérpretes oficiales de la Ley, es decir, de la voluntad de Dios. A hombres así, revestidos de tal dignidad y autoridad, no había más remedio que someterse. Por eso ellos tenían que aparecer revestidos de dignidad, ocupar los primeros puestos y recibir las mayores reverencias. Cuando una institución religiosa se organiza de esta manera, los que pertenecen al grupo de los privilegiados de arriba (sacerdotes, rabinos, imanes...) inevitablemente se consideran, no sólo con el derecho, sino además con la obligación de ser inflexibles en el mantenimiento de los dogmas, las normas y las dignidades que sólo a ellos les competen.

2. El contraste es la pobre viuda que da hasta lo que tiene para vivir, sin figurar ni aparecer, porque es una persona en la que no hay ni cargo, ni poder, ni dignidad, ni saberes, ni nada que no sea un corazón bueno, lo que es lo mismo que decir: una persona en la que no hay ni títulos, ni dignidades, sino solamente humanidad.

Lc 17, 1-6

“En aquel tiempo, Jesús dijo a sus discípulos: “Es inevitable que sucedan escándalos; pero ¡Ay del que los provoca! Al que escandaliza a uno de estos pequeños, más le valdría que le encajaran en el cuello una piedra de molino y lo arrojasen al mar. Tened cuidado. Si tu hermano te ofende, repréndelo; si se arrepiente, perdónalo; si te ofende siete veces en un día, y siete veces vuelve a decirte: “lo siento”, lo perdonarás”. Los apóstoles le pidieron al Señor: “Auméntanos la fe”. El Señor contestó: “Si tuvierais fe como un granito de mostaza, diríais a esa morera: “arráncate de raíz y plántate en el mar”, y os obedecería”.

1. El *skandalon* griego significa una trampa que hace caer. Según este significado general, el problema del escándalo depende del sentido que tenga la caída. En los evangelios, se dice que Jesús era motivo de escándalo (Mt 11, 6; 13, 57; 26, 31. 33...). Es decir, había quien tropezaba en el camino que Jesús iba trazando con su vida. En este texto, el escándalo se refiere a los que “son causa de ruina para alguien” (G. Stählin). Concretamente, Jesús se refiere a los que causan el escándalo para los niños, los pequeños e indefensos.

2. La recomendación sobre el perdón para el que ofende, se ha de entender a partir de su paralelo en Mt 18, 15. 21-22. No se trata de ir por la vida reprendiendo a todo el que molesta o dice algo desagradable o hiriente. Se trata de la reconciliación que se ha de conceder, sin límite alguno, a todo el que nos ofende, de la forma que sea. Jesús quiere que haya unión y se superen las diferencias o divisiones, por muy graves o repetidas que sean.

3. Los apóstoles aparecen aquí, una vez más, como hombres de una fe débil, limitada o inexistente. De los discípulos dicen los evangelios que no tenían fe (Mc 4, 40) o que eran “increyentes” (Mt 17, 17) o que eran lentos para creer (Lc 24, 25). Lo que más se repite de aquellos hombres es que tenían una fe insignificante (*oligopistoi*) (Mt 8, 26; 14, 31; 16, 8; Lc 12, 28). Por más extraño que parezca, de los apóstoles no se dice, en los sinópticos, ni una sola vez que fueran hombres de fe. Este dato es un motivo de esperanza: si ni siquiera los primeros apóstoles tuvieron claro lo de la fe, ¿qué de particular tiene que nosotros tengamos dudas y oscuridades?

Lc 17, 7-10

“En aquel tiempo, dijo el Señor: “Suponed que un criado vuestro trabaja como labrador o como pastor; cuando vuelve del campo, ¿quién de vosotros le dice: “En seguida, ven y ponte a la mesa”. ¿No le diréis: “Prepárame de cenar, ciñete y sírve me mientras como y bebo: y después comerás y beberás tú?” ¿Tenéis que estar agradecidos al criado porque ha hecho lo mandado? Lo mismo vosotros: Cuando hayáis hecho todo lo mandado, decid: “Somos unos pobres siervos, hemos hecho lo que teníamos que hacer”.

1. Siempre que en este texto aparecen los términos “siervo” o “criado” hay que traducir esas palabras por “esclavo” (*doulos*). En tiempo de Jesús, existía en Palestina la esclavitud. Había mercados de esclavos. Los esclavos paganos eran más caros porque su situación de esclavitud era perpetua, mientras que los esclavos judíos sólo se compraban para un tiempo limitado de seis años (J. Jeremias; Str.-Billerbeck).

2. Por lo que cuenta este relato, el esclavo no tenía ni derechos, ni tiempo limitado de servicio. Estaba a disposición del amo todo el día, toda la noche, y para todo lo que se le pidiera hacer. Y además no podía protestar, ni exigir nada.

3. Pues bien, así ha de ser el principio ético que debe regir la conducta del cristiano. Ante Dios y ante los demás. Es la postura utópica de entera disponibilidad, sin quejas ni exigencias. Una ética así y una espiritualidad así producen una hondura de humanidad inexplicable.

Lc 17, 11-19

“En aquel tiempo, yendo Jesús camino de Jerusalén, pasaba entre Samaria y Galilea. Cuando iba a entrar en un pueblo, vinieron a su encuentro diez leprosos, que se pararon a lo lejos y a gritos le decían: “Jesús, maestro, ten compasión de nosotros”. Al verlos, les dijo: “Id a presentaros a los sacerdotes”. Y mientras iban de camino, quedaron limpios. Uno de ellos, viendo que estaba curado, se volvió alabando a Dios a grandes gritos, y se echó por tierra a los pies de Jesús, dándole gracias. Éste era un samaritano. Jesús tomó la palabra y dijo: “¿No han quedado limpios los diez?; los otros nueve ¿dónde están? ¿No ha vuelto más que este extranjero para dar gloria a Dios?” Y le dijo: “Levántate, vete: tu fe te ha salvado”.

1. Se suele explicar este episodio hablando de la gratitud del que volvió a Jesús; y de la ingratitud de los nueve que no volvieron a dar las gracias por la curación recibida. Y es evidente que uno fue agradecido, mientras que los otros no lo fueron. Jesús, por tanto, tenía motivos para quejarse. Pero el problema, que plantea este relato, no está en que uno fuera agradecido y los otros no. La cuestión es otra. Y mucho más grave.

2. El que volvió a Jesús era samaritano. Los que no volvieron eran judíos. O sea, volvió el que no era observante de la religión verdadera. Y no volvieron los que eran observantes de la verdadera religión. ¿Por qué sucedió esto? No por una actitud ética (gratitud de uno, ingratitud de los otros), sino por una motivación religiosa. Según la ley judía (Lev 13, 39), el que se curaba de la lepra, debía presentarse a un sacerdote como acción de gracias. Se trataba, pues, de una observancia religiosa. Por eso, los nueve judíos, que creían en la eficacia de las observancias religiosas, pensaron que con eso era suficiente. Así cumplían con la religión, por más que no cumplieran con el ser humano, que era el que los había curado. Por el contrario, el samaritano, como no creía en las observancias religiosas, no le quedaba más motivación que la gratitud humana ante el que le había devuelto la salud.

3. Las observancias religiosas que deshumanizan, que nos ciegan para ver dónde está la verdadera causa de lo que nos ocurre en la vida, que

nos endurecen el corazón, no las quiere Dios. El evangelio de Lucas es duro en este sentido. En el caso del buen samaritano (Lc 10, 30-35), el sacerdote y el levita, los observantes religiosos, pasan de largo ante el que se desangra en la cuneta del camino. Lucas es claro: la religión tiene el enorme peligro de tranquilizar la conciencia con sus observancias y eso es lo que nos deshumaniza, hasta hacernos ingratos o insensibles ante el sufrimiento.

Lc 17, 20-25

"En aquel tiempo, a unos fariseos que le preguntaban cuándo iba a llegar el Reino de Dios, Jesús les contestó: "El Reino de Dios no vendrá espectacularmente, ni anunciarán que está aquí o está allí; porque mirad, el Reino de Dios está dentro de vosotros". Dijo a sus discípulos: "Llegará un tiempo en que desearéis vivir un día con el Hijo del Hombre y no podréis. Si os dicen que está aquí o está allí, no os vayáis detrás. Como el fuego del relámpago, brilla de un horizonte a otro, y así será el Hijo del Hombre en su día. Pero antes tiene que padecer mucho y ser reprobado por esta generación".

1. A la pregunta de los fariseos, que seguramente pensaban en una manifestación portentosa del Reino de Dios, Jesús responde que *"el Reino de Dios está dentro de vosotros"*. Frente a las ideas de la teología liberal del s. XIX, que presentaba el Reino de Dios como una realidad más allá de la historia ("meta-histórica"), desde A. Ritsch se presta la debida atención a estas palabras de Jesús: el Reino está *"en vosotros"* (*entos ymôn*). Es decir, el Reino es una realidad *ética*, que está ligada a la conducta humana.

2. Por eso Jesús insiste en que el Reino de Dios no es una realidad aparatosa y espectacular. No se ha de buscar en nada de eso, sino en la verdad de la vida honrada y justa de cada uno.

3. Por eso Jesús advierte que antes de la presencia del Reino él tendrá que pasar por el dolor y la humillación de la cruz. La exigencia ética máxima es el motor de la presencia y la eficacia del Reino en este mundo.

Lc 17, 26-37

"En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: "Como sucedió en los días de Noé, así será también en los días del Hijo del Hombre: comían, bebían y se casaban, hasta el día que Noé entró en el arca; entonces llegó el diluvio y acabó con todos. Lo mismo sucedió en tiempo de Lot: comían, compraban, vendían, sembraban, construían; pero el día que Lot salió de Sodoma, llovió fuego y azufre del cielo y acabó con todos. Así sucederá el día que se manifieste el Hijo del Hombre. Aquel día, si uno está en la azotea y tiene sus cosas en casa, que no baje por ellas; si uno está en el campo, que no vuelva. Acordaos de la mujer de Lot. El que pretenda guardarse su vida, la perderá; y el que la pierda, la recobrará. Os digo esto: aquella noche estarán dos en una cama: a uno se lo llevarán y al otro lo dejarán; estarán dos en el campo: a uno se lo llevarán y al otro lo dejarán". Ellos le preguntaron: "¿Dónde, Señor?" Él contestó: "Donde está el cadáver se reunirán los buitres".

1. Se ha dicho con razón que no podemos afirmar con seguridad que Jesús pronunció estas palabras, camino de Jerusalén. De forma que esta instrucción sobre *"los días del Hijo del Hombre"*, con su sombría tonalidad escatológica, es una añadidura del propio Lucas ante el evidente retraso de la venida del Señor, venida que la comunidad cristiana esperaba, pero que no llegaba (J. A. Fitzmyer).

2. Con frecuencia las religiones orientan sus discursos en la dirección de amenazas tremendistas que no pueden tener otra finalidad que atemorizar a los fieles. El contenido de este discurso, que Lucas puso en labios de Jesús, tiene claramente esta orientación. A eso sin duda se refieren los recuerdos tenebrosos de Noé y el diluvio, de Lot y el fuego que arrasó Sodoma, el recuerdo de la mujer de Lot convertida en estatua de sal, etc. Por desgracia y desde muy pronto, el cristianismo tomó el camino de la sombría temática de *"el pecado y el miedo"*, que tan profundamente ha marcado a la cultura de Occidente (J. Delumeau).

3. El Padre del Cielo, que se nos reveló en Jesús, no coincide con este Dios del terror.

Lc 18, 1-8

“En aquel tiempo, Jesús, para explicar a los discípulos cómo tenían que orar siempre sin desanimarse, les propuso esta parábola: “Había un juez en una ciudad que ni temía a Dios ni le importaban los hombres. En la misma ciudad había una viuda que solía ir a decirle: “Hazme justicia frente a mi adversario”; por algún tiempo se negó, pero después se dijo: “Aunque ni temo a Dios ni me importan los hombres, como esa viuda me está fastidiando, le haré justicia, no vaya a acabar pegándome en la cara”. Y el Señor añadió: “Fijaos en lo que dice el juez injusto; pues Dios ¿no hará justicia a sus elegidos que le gritan día y noche? ¿o les dará largas? Os digo que les hará justicia sin tardar. Pero cuando venga el Hijo del Hombre, ¿encontrará esa fe en la tierra?”

1. Jesús insiste en que los discípulos han de orar. Y han de orar siempre, sin cansarse jamás. Con esto, Jesús destaca la importancia de la oración en la vida. Porque todos en la vida, de una manera o de otra, por un motivo o por otro, nos vemos en la situación de la viuda que reclama justicia. Lo que ocurre es que, con demasiada frecuencia, no tenemos esa experiencia de seres necesitados, indigentes. Nuestra autosuficiencia nos incapacita para la oración. Porque ni sentimos lo necesaria que es.

2. La oración es eficaz cuando pedimos lo que, de verdad y en todo caso, es de “justicia”. La viuda no pedía caprichos, ni intereses, ni ganancias. La mujer, desamparada y sola (eso era lo que simbolizaba la “viuda” en aquella cultura), no pedía nada caprichoso ni superfluo. Pedía justicia, que le hicieran justicia, que se le concediera lo más fundamental que necesita todo ser humano. Es decisivo tener la convicción, la seguridad, de que, por más injusto que pueda ser este mundo, la oración nos consigue lo que de verdad necesitamos en la vida.

3. En definitiva, el problema es asunto de fe: la convicción de que nosotros no nos bastamos a nosotros mismos, es decir, la convicción de que más allá de los límites de la vida, hay una realidad última que es la que da sentido a nuestras vidas.

Mc 13, 24-32

“En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: “En aquellos días, después de una gran tribulación, el sol se hará tinieblas, la luna no dará su resplandor, las estrellas caerán del cielo, los ejércitos celestes se tambalearán. Entonces verán venir al Hijo del Hombre sobre las nubes con gran poder y majestad; enviará a los ángeles para reunir a sus elegidos de los cuatro vientos, del extremo de la tierra al extremo del cielo. Aprended lo que os enseña la higuera. Cuando las ramas se ponen tiernas y brotan las yemas, sabéis que la primavera está cerca; pues cuando veáis vosotros suceder esto, sabed que él está cerca, q la puerta. Os aseguro que no pasará esta generación antes que todo se cumpla. El cielo y la tierra pasarán, mis palabras no pasarán. El día y la hora nadie lo sabe, ni los ángeles del cielo ni el Hijo, sólo el Padre”.

1. Este evangelio, que la Iglesia presenta cuando ya se acerca el final del año litúrgico, recuerda a los cristianos “la época del cumplimiento de las promesas” (J. Mateos). Se trata de las promesas que se condensan en esta buena noticia, la gran noticia que a todos nos pueden dar: la instauración del reinado de Dios en la humanidad. No se trata de un momento concreto de la historia; no será un acontecimiento determinado. Será un proceso lento y largo en el que el Dios humanizado en Jesús se hará presente entre los humanos, hasta humanizar este mundo liberándolo de la deshumanización que origina tanto sufrimiento y tanta opresión.

2. Jesús dice que este grandioso proceso se producirá mediante la caída del sol, la luna y las estrellas. Con este lenguaje figurado, que Marcos toma de los profetas de Israel, el Evangelio afirma que la humanización de este mundo se producirá mediante la caída de los grandes imperios opresores. Uno tras otro, todos irán cayendo, se irán derrumbando. Es el anuncio gozoso de los grandes profetas (Is 13, 9 s; 34, 4; Jr 4, 23-24; Ez 32, 7 s; Jl 3, 4; 4, 1-8...). Se irá debilitando la opresión, se implantará progresivamente la justicia, la igualdad, la solidaridad.

3. Además, este proceso grandioso, de esperanza y gozo, se llevará a cabo de tal forma que en él, a diferencia de los antiguos anuncios proféticos, no irá acompañado de calamidades que afecten a la tierra; ni ha-

brá sujetos que experimenten terror ante el eclipse de los astros. Todo lo contrario, será un proceso de creciente humanización y liberación. Tal es el anuncio de esperanza que Dios nos promete en Jesús. Pero se trata de una promesa que se realiza mediante la progresiva humanización de los individuos, los grupos, las instituciones y las naciones. He ahí la tarea que Jesús nos propone a todos.

Lc 18, 35-43

“En aquel tiempo, cuando se acercaba Jesús a Jericó, había un ciego sentado al borde del camino, pidiendo limosna. Al oír que pasaba gente, preguntaba qué era aquello; y le explicaron: “Pasa Jesús Nazareno”. Entonces gritó: “Jesús, hijo de David, ten compasión de mí”. Los que iban delante le regañaban para que se callara, pero él gritaba más fuerte: “Hijo de David, ten compasión de mí”. Jesús se paró y mandó que se lo trajeran. Cuando estuvo cerca, le preguntó: “¿Qué quieres que haga por ti?” Él dijo: “Señor, que vea otra vez”. Jesús le contestó: “Recobra la vista, tu fe te ha curado”. Enseguida recobró la vista y lo siguió glorificando a Dios. Y todo el pueblo al ver esto, alababa a Dios”.

1. Jesús se acerca ya a Jerusalén. Y antes de llegar, en Jericó, le devuelve la vista a un ciego. Esta curación se relata también en los otros sinópticos (Mc 10, 46-52; Mt 9, 27-31 y 20, 29-34). Estamos ante un hecho que interesó vivamente a la Iglesia primitiva. Sin duda porque indica que Jesús hizo todo su camino, hacia el conflicto y la muerte, aliviando sufrimientos, dando luz y vida a quienes van por la vida sin posibilidad de ver la realidad que les rodea.

2. Además el relato termina diciendo que el mendigo que recobró la vista y “todo el pueblo”, al ver lo que Jesús había hecho, glorificaba a Dios y alababa a Dios. Como es bien sabido, la glorificación y la alabanza a Dios son dos experiencias y dos manifestaciones fundamentales de la religiosidad en casi todas las tradiciones religiosas de la humanidad. Pero lo notable, en este caso, es que la gloria y la alabanza no se expresan en el culto sagrado del templo, sino cuando la gente ve la alegría de quien se siente liberado de sus limitaciones y sufrimientos.

3. ¿No tendríamos que pensar la religión de otra manera y practicarla de forma distinta? Cada día que pasa, la gente es más insensible al culto sagrado y a las ceremonias rituales de los templos. Y esto ocurre de forma que, a medida que decrece el interés por lo sagrado, en esa misma medida se acentúa y aumenta el interés por lo humano. Pues bien, si algo nos dejó claro Jesús, es que él vio que la gente (la de entonces y la de ahora) alaba a Dios en experiencias que representan el desplazamiento de lo sagrado a lo humano.

Lc 19, 1-10

“En aquel tiempo, entró Jesús en Jericó y atravesaba la ciudad. Un hombre llamado Zaqueo, jefe de publicanos y rico, trataba de distinguir quién era Jesús, pero la gente se lo impedía, porque era bajo de estatura. Corrió más adelante y se subió a una higuera, para verlo, porque tenía que pasar por allí. Jesús, al llegar a aquel sitio, levantó los ojos y dijo: “Zaqueo, baja enseguida, porque hoy tengo que alojarme en tu casa”. Él bajó en seguida, y lo recibió muy contento. Al ver esto, todos murmuraban diciendo: “Ha entrado a hospedarse en casa de un pecador”. Pero Zaqueo se puso en pie, y dijo al Señor: “Mira, la mitad de mis bienes, Señor, se la doy a los pobres; y si de algo me he aprovechado, le restituiré cuatro veces más”. Jesús le contestó: “Hoy ha sido la salvación de esta casa; también éste es hijo de Abrahán. Porque el Hijo del Hombre ha venido a buscar y salvar lo que estaba perdido”.

1. Este episodio tiene mucho que ver con la vocación de Leví y el banquete siguiente (Lc 5, 27-32). Y es una renovación resumida del capítulo 15 de Lc, en el que Jesús explicó cómo se comporta Dios con los perdidos y extraviados. En esos relatos se explica la atracción que Jesús ejercía sobre los pecadores y los recaudadores de impuestos, que eran los grupos más despreciados socialmente y religiosamente. Sin duda, la gente sabía que Jesús, no sólo no rechazaba ni reprendía a esa clase de individuos, sino que tenía con ellos tan buena relación, que solía comer con ellos, lo que era el signo más claro de una amistad y una acogida sin condiciones.

2. Por todo esto se explica que Zaqueo tuviera tanto interés por ver a Jesús. Y sus sentimientos llegaron al colmo de la admiración cuando Jesús le dijo que tenía que ir a hospedarse en su casa. Era inimaginable que un profeta de Dios se fuera a cenar y pasar la noche en la casa del hombre más despreciable y despreciado del pueblo. La reacción de Zaqueo impresiona: 1) por lo que hizo, dar la mitad de su fortuna a los pobres y devolver cuatro veces más al que había robado; 2) por lo que no dice el texto, ya que el relato no habla ni de conversión, ni de arrepentimiento, ni se pondera la contrición de aquel pecador. Según este relato, al Evangelio no le interesan los sentimientos, le interesan los hechos.

3. ¿De qué les sirven, a los que acumulan fortunas, sus sentimientos de devoción, piedad, arrepentimiento y solidaridad, si no sueltan lo que han robado (ellos o sus antepasados [San Jerónimo]), sabiendo que hay millones de criaturas que tienen que vivir con menos de un euro al día, al tiempo que ellos se gastan en consumismo innecesario cantidades que nadie se atreve a declarar? ¡Necesitamos “Zaqueos” urgentemente!

Lc 19, 11-28

"En aquel tiempo, dijo Jesús una parábola; el motivo era que estaba cerca de Jerusalén y se pensaban que el Reino de Dios iba a despuntar de un momento a otro. Dijo, pues: "Un hombre noble se marchó a un país lejano para conseguirse el título de rey y volver después. Llamó a diez empleados suyos y les repartió diez onzas de oro, diciéndoles: "Negociad mientras vuelvo". Sus conciudadanos, que lo aborrecían, enviaron tras de él una embajada para informar: "No queremos que él sea nuestro rey". Cuando volvió con el título real, mandó llamar a los empleados a quienes había dado el dinero, para enterarse de lo que había ganado. El primero se presentó y dijo: "Señor, tu onza ha producido diez". Él le contestó: "Muy bien, eres un empleado cumplidor; como has sido fiel en una minucia, tendrás autoridad sobre diez ciudades". El segundo llegó y dijo: "Tu onza, señor, ha producido cinco". A éste le dijo también: "Pues toma tú el mando de cinco ciudades". El otro llegó y dijo: "Señor, aquí está tu onza; la he tenido guardada en el pañuelo; te tenía miedo porque eres hombre exigente, que reclamas lo que no prestas y siegas lo que no siembras". Él le contestó: "Por tu boca te condeno, empleado holgazán. ¿Con que sabías que soy exigente, que reclamo lo que no presto y siego lo que no siembro? Pues, ¿por qué no pusiste mi dinero en el banco? Al volver yo, lo habría cobrado con los intereses". Entonces dijo a los presentes: "Quitadle a éste la onza y dádsele al que tiene diez". Le replicaron: "Señor, si ya tiene diez onzas". Os digo: "Al que tiene se le dará, pero al que no tiene, se le quitará hasta lo que tiene". Y a esos enemigos míos que no me querían por rey, traedlos acá y degolladlos en mi presencia". Dicho esto, echó a andar delante de ellos subiendo hacia Jerusalén".

1. Esta parábola no es sino una versión distinta de la parábola de los talentos (Mt 25, 14-30). Pero la enseñanza es la misma: el Dios, que nos vino a revelar Jesús, no soporta a los que le tienen miedo. Porque el miedo, representado en el que devolvió la onza tal como la recibió, paraliza, es improductivo y, sobre todo, desagrada a Dios.

2. Lo peor que podemos hacer en esta vida es dejarnos llevar por el miedo en nuestras experiencias religiosas. Porque el miedo bloquea, inutiliza, paraliza y, al final, es la perdición del hombre asustado ante

Dios. Con lo cual estamos diciendo también que el peor servicio, que podemos hacerle a la causa del Evangelio y de la Iglesia, es dedicarnos a predicar el miedo a Dios, de la forma que sea. Lo que importa de verdad no es la responsabilidad angustiosa ante Dios, sino la esperanza confiada en Él.

Lc 19, 41-44

“En aquel tiempo, al acercarse Jesús a Jerusalén y ver la ciudad, le dijo llorando: “¡Si al menos tú comprendieras en este día lo que conduce a la paz! Pero no: está escondido a tus ojos. Llegará un día en que tus enemigos te rodearán de trincheras, te sitiarán, apretarán el cerco, te arrasarán con tus hijos dentro, y no dejarán piedra sobre piedra. Porque no reconociste el momento de mi venida”.

1. Se ha discutido ampliamente si este relato es un *vaticinium ex eventu*, es decir, un anuncio profético sobre la destrucción de Jerusalén, escrito después de la destrucción. O sea, el texto sería fruto de lo que sabía el redactor (Lucas) y no de lo que había profetizado Jesús. En este momento, después de muchas discusiones, no se ha llegado a una conclusión definitiva. En cualquier caso, se suele dar por cierto que el contenido sustancial del texto proviene de Jesús, sin que se pueda precisar el origen de los detalles. Pero llama la atención este dato: si el redactor conocía la historia de la guerra de los judíos contra Roma, ¿cómo no alude a los numerosos detalles que cuenta Flavio Josefo en su *De Bello Iudaico*?

2. Lo central del vaticinio de Jesús es la destrucción de la ciudad santa y, con ella, la desaparición del templo. Este asunto es central en el mensaje de Jesús, que anunció proféticamente tal acontecimiento (Mc 13, 2; Jn 2, 10-20; Mt 24, 2; Lc 21, 6). Además, sabemos que Jesús mostró su desacuerdo con el templo, del que sus dirigentes habían hecho una cueva de bandidos (Mt 22, 13; cf. Jr 7, 14). Además, la Iglesia primitiva tuvo muy clara la convicción de que Jesús había iniciado un nuevo culto. La Iglesia no dudó en aceptar como evangelio auténtico el anuncio según el cual la verdadera adoración a Dios no será el culto ligado a un edificio, a un templo de piedra, sino el culto “en espíritu y verdad” (Jn 4, 21-23).

3. Los expertos discuten en qué consiste el culto “en espíritu y verdad”. En todo caso, lo que está fuera de duda es que el culto a Dios, según el texto de Jn 4, 21-23, no es el culto de los ceremoniales religiosos y de los rituales que se celebran en sitios sagrados. No es ciertamente el culto ritual, sino el culto existencial, que presenta y justifica la carta a los hebreos (Heb 8, 7-13; 9, 11-27). Jesús no ofreció a Dios un culto ritual, sino que se ofreció a sí mismo en su existencia toda (A. Vanhoye). La conclusión es clara: “No os olvidéis de la solidaridad y de hacer el bien, que tales sacrificios son los que agradan a Dios” (Heb 13, 16).

Lc 19, 45-48

“En aquel tiempo, entró Jesús en el templo y se puso a echar a los vendedores, diciéndoles: “Escrito está: “Mi casa es casa de oración”; pero vosotros la habéis convertido en una “cueva de bandidos”. Todos los días enseñaba en el templo. Los sumos sacerdotes, los letrados y los senadores intentaban quitarlo de en medio, pero se dieron cuenta de que no podían hacer nada, porque el pueblo entero estaba pendiente de sus labios”.

1. La interpretación más difundida sobre este episodio consiste en decir que Jesús quiso la “purificación” del templo. Pero esta explicación tropieza con una dificultad: ¿qué había que purificar en el templo? Los sacrificios de animales eran parte esencial del culto religioso. Y para sacrificar los animales, como es lógico, había que adquirirlos. ¿Es que los vendían demasiado caros? ¿Es que con eso hacían negocio los sacerdotes? No hay indicio alguno de estas cosas. No parece, pues, que fuera necesaria ninguna “purificación del templo”.

2. Entonces, ¿por qué hizo Jesús una acción tan provocativa, que resultó ser la acusación más fuerte que se hizo contra Jesús en el juicio religioso (Mt 26, 60 s par) y el motivo de burla cuando estaba en la cruz (Mt 27, 39 s par)? Para responder a esta cuestión, se ha dicho que el gesto de Jesús fue una “acción simbólica” (J. Roloff, J. P. Meier...). ¿En qué sentido? Es evidente que la acción de Jesús fue un “ataque” al templo. Y un ataque que fue visto como un anuncio de la “destrucción” del templo. Los primeros cristianos estaban convencidos de esto. De ahí la acusación que hacen contra Esteban (Hech 6, 14). Lo que Jesús pretendía era la desaparición del templo, que sería sustituido por el templo nuevo y perfecto (E. P. Sanders).

3. El templo nuevo y perfecto es Jesús mismo (Jn 2, 19-22). La presencia de Dios ya no está circunscrita a un espacio sagrado. Dios está en Jesús, el Dios humanizado. Y por eso está en todo ser humano. De ahí que el autor de la carta a los hebreos afirma que la muerte de Jesús, interpretada como “sacrificio”, introdujo un “cambio radical en la condición religiosa de la humanidad” (A. Vanhoye). La nueva religiosidad, a partir de Jesús, no consiste en el culto y el respeto en el templo, al margen de la vida en su totalidad, sino que consiste en la vida entera, en el respeto a todo ser humano y en el amor sin condiciones. He aquí el cambio de religiosidad que la Iglesia no acepta y que los cristianos no entendemos.

Lc 20, 27-40

"En aquel tiempo, se acercaron a Jesús unos saduceos, que niegan la resurrección y le preguntaron: "Maestro, Moisés nos dejó escrito: "Si a uno se le muere su hermano dejando mujer pero sin hijos, cásese con la viuda y dé descendencia a su hermano". Pues bien, había siete hermanos: el primero se casó y murió sin hijos. Y el segundo y el tercero se casaron con ella, y así los siete murieron sin dejar hijos. Por último murió la mujer. Cuando llegue la resurrección, ¿de cuál de ellos será la mujer? Porque los siete han estado casados con ella". Jesús les contestó: "En esta vida hombres y mujeres se casan; pero los que sean juzgados dignos de la vida futura y de la resurrección de entre los muertos, no se casarán. Pues ya no pueden morir, son como ángeles: son hijos de Dios, porque participan en la resurrección. Y que resucitan los muertos, el mismo Moisés lo indica en el episodio de la zarza, cuando llama al Señor: "Dios de Abrahán, Dios de Isaac, Dios de Jacob". No es Dios de muertos sino de vivos: porque para Él todos están vivos". Intervinieron unos letrados: "Bien dicho, Maestro". Y no se atrevían a hacerle más preguntas".

1. Una de las cuestiones teológicas fundamentales, que distinguían a los saduceos de los fariseos, era que no creían en la resurrección para la vida futura, mientras que los fariseos sí creían en eso. Conviene recordar que en casi todo el Antiguo Testamento no se menciona la fe en la vida eterna. Sólo al final, en Dn 12, 2; 2 Mac 7, 9 y Jub 23, 31. La fe de los fariseos era, en cierto modo, una innovación teológica.

2. Los saduceos, para defender su postura, echan mano de la ley del levirato, muy extendida en el Oriente antiguo. Y plantean a Jesús un caso extravagante. Pero no caen en la cuenta de que la vida, posterior a la resurrección de los muertos, no necesita perpetuarse mediante las leyes biológicas que son fuente de fecundidad y de vida en este mundo. Aunque, hablando con más precisión, de la vida después de la muerte sólo podemos hablar por negaciones: sabemos lo que no es. Pero nunca sabremos en este mundo lo que es la vida que, por la fe, esperamos para después de la muerte.

Jn 18, 33-37

"En aquel tiempo, preguntó Pilatos a Jesús: "¿Eres tú el rey de los judíos?" Jesús le contestó: "¿Dices eso por tu cuenta o te lo han dicho otros de mí?" Pilatos replicó: "¿Acaso soy yo judío? Tu gente y los sumos sacerdotes te han entregado a mí: ¿Qué has hecho?" Jesús le contestó: "Mi reino no es de este mundo. Si mi reino fuera de este mundo, mi guardia habría luchado para que no cayera en manos de los judíos. Pero mi reino no es de aquí". Pilatos le dijo: "Con que, ¿tú eres rey?" Jesús le contestó: "Tú lo dices: Soy Rey. Yo para esto he nacido y para esto he venido al mundo; para ser testigo de la verdad. Todo el que es de la verdad, escucha mi voz".

1. En el último domingo del año litúrgico, la Iglesia celebra la festividad de Jesucristo Rey del Universo. Una festividad de alto contenido teológico, pero que aún no ha llegado a ser una fiesta popular, ni parece que tenga especial significación para la espiritualidad de la gran mayoría de los cristianos. Y es que el título de "rey", aplicado a Jesús, tropieza con dos dificultades. 1) la secular "mundanización"; 2) el exagerado "misticismo".

2. El título de rey es un título secular, mundano. Que además está asociado, en la mentalidad de mucha gente, a las antiguas monarquías absolutas. Por eso, aplicarle a Jesús el título de "rey" tiene el peligro de evocar el poder político que tuvo la religión de Israel. Y el poder temporal que, desde el emperador Constantino, la Iglesia ha ejercido con tanta frecuencia. Un poder, además, que hoy pretende seguir ejerciendo, basándose en el argumento según el cual la religión es la referencia última en los asuntos relacionados con el comportamiento ético (Benedicto XVI). Fijar los límites y competencias de la religión en este orden de cosas es uno de los asuntos más apremiantes del momento en que vivimos.

3. El exagerado misticismo se puede dar en aquellas personas que, cuando piensan en Jesucristo Rey, lo ven clavado en la cruz. Lo cual responde al título que Pilatos mandó colocar sobre la cabeza del Crucificado. Pero entonces, el peligro puede estar en aquellos que asocian la cruz solamente con el sufrimiento y no con la lucha contra el sufrimiento. Jesús murió crucificado, no porque Dios quiere el sufrimiento, sino porque no lo quiere. Jesús vivió para hacer el bien y aliviar el dolor del mundo. Eso, llevado hasta sus últimas consecuencias, es lo que a Jesús lo llevó a la cruz. Y así es como Jesucristo es Rey: siendo bueno con todos y haciendo el bien a todos.

Lc 21, 1-4

"En aquel tiempo, alzando Jesús los ojos, vio unos ricos que echaban donativos en el cepillo del templo; vio también una viuda pobre que echaba dos reales, y dijo: "Sabed que esta pobre viuda ha echado más que nadie, porque todos los demás han echado de lo que les sobra, pero ella, que pasa necesidad, ha echado todo lo que tenía para vivir".

1. El motivo por el que Jesús elogia a esta pobre viuda no necesita muchas explicaciones. La fe de esta mujer, manifestada en su desprendimiento, es ejemplar. Porque cuando la fe llega a tocar el bolsillo, y lo toca hasta tal extremo que el creyente se quita de la boca lo que da, entonces no cabe la menor duda de que la fe de esa persona es tan enorme, que está por encima incluso de la propia subsistencia.

2. Pero en este breve relato hay algo que hace pensar. Y pensar mucho. Cuando se trata de los donativos a la religión (representada en el templo), lo que interesa no es la cantidad que se da, sino la generosidad con que se da. Porque la religión (el templo, la Iglesia...) no es una empresa, cuyo éxito se mide por las ganancias y la acumulación de capital, sino que es un sacramento, es decir, un símbolo que debe centrar nuestra atención y nuestras aspiraciones, no en el interés, sino en el desinterés, o sea, en la generosidad y el desprendimiento.

3. Los donativos religiosos de los ricos tienen un peligro, a saber: que mediante tales donativos pueden tranquilizar sus conciencias. Es decir, pueden pretender que la caridad con Dios (que no necesita ninguna caridad) borre o tape las negras manchas de la injusticia con el prójimo (que sí necesita que se le haga justicia).

Lc 21, 5-11

"En aquel tiempo, algunos ponderaban la belleza del templo, por la calidad de la piedra y los exvotos. Jesús les dijo: "Esto que contempláis, llegará un día en que no quedará piedra sobre piedra: todo será destruido". Ellos le preguntaron: "Maestro, ¿cuándo va a ser eso?, ¿y cuál será la señal de que todo eso está para suceder?" Él contestó: "Cuidado con que nadie os engañe. Porque muchos vendrán usando mi nombre diciendo: "Yo soy", o bien "el momento está cerca"; no vayáis tras ellos. Cuando oigáis noticias de guerras y de revoluciones, no tengáis pánico. Porque eso tiene que ocurrir primero, pero el final no vendrá enseguida". Luego les dijo: "Se alzarán pueblos contra pueblos y reino contra reino, habrá grandes terremotos, y en diversos países epidemias y hambre. Habrá también espantos y grandes signos en el cielo".

1. El anuncio que hace Jesús, sobre la destrucción de la belleza y la calidad del templo, es el anuncio del fin del esplendor y el boato como mediación para encontrar a Dios. La riqueza en oro y la belleza consiguiente debió ser algo tan asombroso que, después de la conquista de Jerusalén por parte de los romanos, la provincia de Siria se vio inundada por una gigantesca oferta de oro; lo que trajo como consecuencia, según el historiador F. Josefo, que "la libra de oro se vendiese a la mitad de precio que antes" (J. Jeremias). El esplendor de nuestras basílicas y catedrales, empezando por la de San Pedro en Roma, impresiona y admira. Pero todo eso no lleva a la gente a ser más honrada, más justa y de mejor corazón. Eso ya no es mediación para encontrar a Dios.

2. Cuando se dicen estas cosas, hay personas que sienten lo que sintieron los apóstoles cuando Jesús le dijo que todo lo del templo y sus grandezas estaba a punto de hundirse para siempre. Los discípulos sintieron miedo. Por eso se comprende todo lo que Jesús añade sobre las situaciones en las que mucha gente piensa que se nos viene encima el fin del mundo o poco menos. En tales situaciones, aparecen los "salvadores", los que dicen que ellos son los "auténticos", los que saben dónde y cómo hay que buscar la solución. Jesús dice: "no vayáis tras ellos", Los "iluminados", que aprovechan los momentos de crisis y desconciertos, para ofrecer soluciones seguras, son gente peligrosa.

3. Desgracias, calamidades, guerras y crisis económicas las habrá siempre. Hasta el fin de los tiempos. Pero no perdamos la cabeza. Ni nos dejemos invadir por la angustia y el miedo. La vida es más fuerte que todo lo demás. Y la historia sigue adelante. La peor de todas las calamidades es el miedo y la pérdida de nuestras mejores ilusiones.

Lc 21, 12-19

“En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: “Os echarán mano, os perseguirán, entregándoos a los tribunales y a la cárcel, y os harán comparecer ante reyes y gobernadores por causa de mi nombre: así tendréis ocasión de dar testimonio. Haced propósito de no preparar vuestra defensa: porque yo os daré palabras y sabiduría a las que no podrá hacer frente ni contradecir ningún adversario vuestro. Y hasta vuestros padres, y parientes, y hermanos, y amigos os traicionarán, y matarán a alguno de vosotros, y todos os odian por causa de mi nombre. Pero ni un cabello de vuestra cabeza perecerá: con vuestra perseverancia salvareis vuestras almas”.

1. Si algo hay claro, en estas palabras de Jesús, es que sus discípulos no van a encontrar siempre buena acogida ante los gobernantes políticos. Por tanto, cuando los que anuncian el Evangelio encuentran buena acogida en quienes manejan el poder y el dinero, es probable (¿seguro?) que no anuncian el Evangelio, sino otras cosas que, disfrazadas de Evangelio, en realidad nada tienen que ver con Jesús.

2. El mejor disfraz del Evangelio suele ser la “religión”. Los hombres de la religión suelen tener la fuerte inclinación a entenderse bien con los poderes públicos que respetan, costean y promueven las instituciones religiosas y los actos de la religión. Los gobernantes que hacen eso mantienen buenas relaciones con los dirigentes religiosos y, por supuesto, jamás los persiguen. Por otra parte, como a grandes sectores de la población le interesa más la Religión que el Evangelio, los gobernantes se dedican a promover la Religión, por más que el Evangelio no se tenga en cuenta para nada.

3. El hecho es que las cosas se han puesto de tal manera que ya resulta complicado saber si lo que buscan los religiosos y protegen los políticos es el Evangelio, es la Religión o son los intereses y conveniencias de todos. ¿No ha llegado la hora de poner las cosas en claro?

Lc 21, 20-28

“En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: “Cuando veáis a Jerusalén sitiada por ejércitos, sabed que está cerca su destrucción. Entonces, los que estén en Judea, que huyan a la sierra; los que estén en la ciudad, que se alejen; los que estén en el campo, que no entren en la ciudad; porque serán días de venganza en que se cumplirá todo lo que está escrito. ¡Ay de las que estén encinta o criando en aquellos días! Porque habrá angustia tremenda en esta tierra y un castigo para este pueblo. Caerán a filo de espada, los llevarán cautivos a todas las naciones, Jerusalén será pisoteada por los gentiles, hasta que a los gentiles les llegue su hora. Habrá signos en el sol y la luna y las estrellas, y en la tierra angustia de las gentes, enloquecidas por el estruendo del mar y el oleaje. Los hombres quedarán sin aliento por el miedo y la ansiedad, ante lo que se le viene encima al mundo, pues las potencias del cielo temblarán. Entonces verán al Hijo del Hombre venir en una nube, con gran poder y gloria. Cuando empiece a suceder esto, alzad la cabeza, se acerca vuestra liberación”.

1. Es muy dudoso que Jesús pronunciara las frases tan duras, que contiene este texto, sobre la destrucción de Jerusalén (Lc 21, 20-24), el castigo del pueblo y la dispersión de Israel por todas las naciones. La redacción de este discurso salió de la mano de Lucas (J. A. Fitzmyer) que sin duda expresaba las ideas y sentimientos de la comunidad cristiana para la que escribió su evangelio. Este texto puede dejar la impresión de que los sentimientos, que en él se expresan, dejan traslucir resentimientos anti-semíticos, que ningún bien hicieron a la unión y concordia entre creyentes.

2. En los vv. 25-28, Lucas presenta la profecía de Jesús sobre los acontecimientos que precederán a la venida del Hijo del Hombre. ¿Esperaba Jesús una venida inminente y así lo pensó la Iglesia primitiva? ¿Se trata, más bien, de un proceso histórico que se irá desarrollando, como proceso de creciente liberación, a lo largo de los tiempos? Estas preguntas no han encontrado aún una respuesta clara y definitiva. Ni seguramente será posible encontrarla. En todo caso, es claro que estamos viendo y viviendo guerras, calamidades y situaciones que nos causan miedo y ansiedad. Pues bien, Jesús dice: “cuando empiecen a suceder estas cosas, alzad la cabeza, se acerca vuestra liberación”. Lo que Jesús profiere no es una amenaza. Es una promesa de esperanza.

Lc 21, 29-33

"En aquel tiempo, puso Jesús una comparación a sus discípulos: "Fijáos en la higuera o en cualquier árbol: cuando echan brotes, os basta verlos para saber que la primavera está cerca. Pues cuando veáis que suceden estas cosas, sabed que está cerca el Reino de Dios. Os aseguro que antes que pase esta generación, todo eso se cumplirá. El cielo y la tierra pasarán, mis palabras no pasarán".

1. Como ya se dijo a propósito del evangelio de ayer, no es posible saber con seguridad a qué acontecimientos concretos se refiere la advertencia sobre la cercanía de "la primavera". En todo caso, es seguro que Jesús anuncia la llegada del Reino de Dios *como una liberación* para los mortales. No podemos concretar en qué consistirá esa liberación. Pero es evidente que hablar de liberación es hablar de un acontecimiento gozoso: el paso de la opresión a la libertad.

2. Jesús ha comprometido su palabra en la promesa firme de que esto sucede. Y, por tanto, de que esto nos concierne a todos. El Evangelio es una promesa de esperanza. Lo cual quiere decir que quienes lo aceptan, lo asumen y lo hacen inspiración de sus convicciones, tienen todo derecho a vida esperanzada, por muchos y muy fuertes que sean los signos que puedan infundir miedo o pesimismo.

Lc 21, 34-36

"En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: "Tened cuidado no se os embote la mente con el vicio, la bebida y la preocupación del dinero, y se os eche encima de repente aquel día; porque caerá como un lazo sobre todos los habitantes de la tierra. Estad siempre despiertos, pidiendo fuerza para escapar de todo lo que está por venir; y manteneos en pie ante el Hijo del Hombre".

1. Lo último que Jesús les dice a sus discípulos y a quienes creen en lo que él dijo, es que cuiden, con vigilancia y oración, para que no se les "embote la mente". Propiamente, lo que dice Jesús es que no dejen que se les opriman o se les sobrecarguen ("*barethôsin*", de *baréo*, "abrumar", "oprimir") los corazones ("*kardíai*"). Todos, en efecto, tenemos el peligro de pasar por situaciones o, lo que es peor, orientar nuestra vida de forma que el corazón se embote. Y cuando el corazón se embota, con ello la mente se incapacita para ver lo que realmente nos ocurre. Nada influye tanto en la mente como los afectos y sentimientos que ocupan y cargan el corazón.

2. Pero Jesús dice más. Lo que embota el corazón y la mente es la postura, la opción fundamental, del que sólo piensa en sí, en su propio bienestar y disfrute de la vida, de los placeres y del dinero que los puede costear. De sobra sabemos que eso nos incapacita para vernos por dentro. Y para ver lo que realmente nos conviene. De eso es de lo que Jesús nos previene. Porque un individuo que va así por la vida es un peligro para sí mismo y para todo el que se roce con él.

3. Si Jesús dice esto, no es para amargarnos la vida. Ni para reprimir lo que nos hace felices. El problema está en distinguir con cuidado que una cosa es la diversión y otra cosa es la fiesta. En la fiesta compartimos la felicidad. En la diversión alimentamos el burdo egoísmo del que sólo piensa en sí. Y eso es lo que embota el corazón y la mente. Y lo que nos impide ver la realidad.